JOE ABERCROMBIE

Tierras Rojas

Traducción de Javier Martín Lalanda

Alianza Editorial, S.A.

Sinopsis

Shy Sur creía haber enterrado su sangriento pasado, pero tendrá que recuperar algunos de sus viejos hábitos para rescatar a sus hermanos. Comienza la persecución con un par de bueyes y su cobarde padre adoptivo Lamb por toda compañía. Pero Lamb también tiene sus propias cuentas por ajustar. El viaje por las áridas llanuras, marcado por viejas hostilidades, duelos y matanzas, los conducirá a un enfrentamiento con los Fantasmas. Peor aún, les obligará a aliarse con Nicomo Cosca, infame soldado de fortuna, y su abogado Temple, dos hombres de los que nadie debería fiarse.' Joe Abercrombie sabe describir cada acontecimiento con una facilidad asombrosa como si estuviésemos viendo una película. Un soplo de aire fresco para amantes del género.'La Espada en la Tinta'. Para los lectores que aún no conozcan a Abercrombie... ¿a qué esperáis? Via-News En su sexta novela Abercrombie rinde tributo al western, pero continúa su misión de arrastrar la fantasía al siglo XXI, con su característica mezcla de crudo realismo, grandes caracterizaciones, escenas de una violencia atroz y villanos que son tan redondos como sus imperfectos héroes.'The Guardian' Ésta no es la fantasía épica de nuestros padres. Abercrombie ha intentado algo muy audaz: ha escrito un western al estilo del periodo clásico de Clint Eastwood pero en el mundo de la fantasía épica.'The Independent' Impresionantes escenas de combates, personajes convincentes y una prosa expresiva y sarcástica muestran a Abercrombie en su mejor momento.'Publisher Weekly'

Traductor: Martín Lalanda, Javier

Autor: Joe Abercrombie

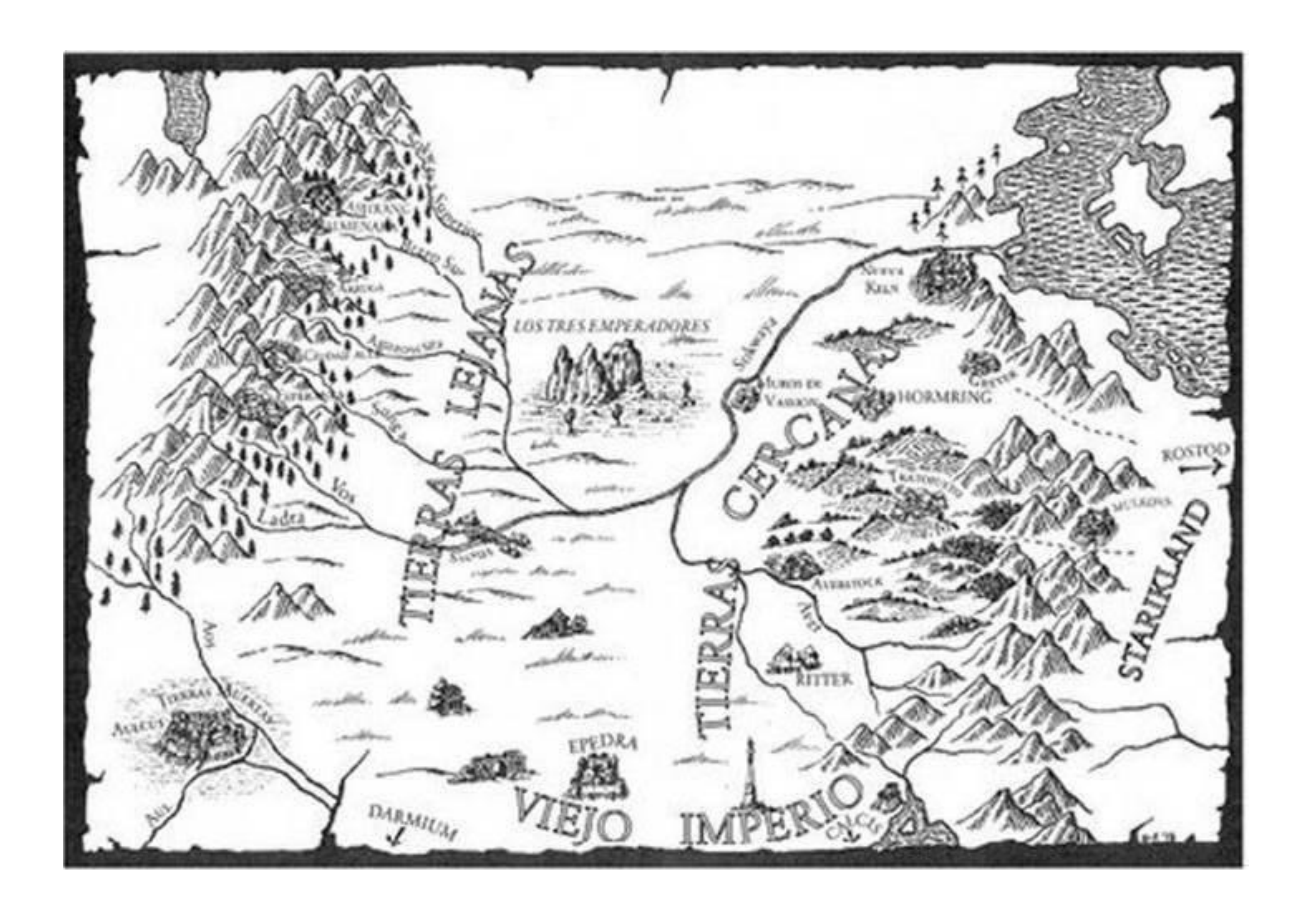
Colección: Runas, 31

ISBN: 9788420678054



Para Teddy y Clint Eastwood.

Pero como Clint, posiblemente, no se molestará en leerlo, más para Teddy.



TIERRAS LEJANAS
LOS TRES EMPERADORES
TIERRAS CERCANAS
HORMRING
Nueva Keln
Muros de Vasson
Sidwaya
ROSTOD
STARIKLAND
Ritter
Avez
Aberstock
Vos
Ladra
Epedra
VIEJO IMPERIO
DARMIUM
Aus
Tierras Muertas

I. PROBLEMAS

«A vosotros, que juzgáis a los hombres por la empuñadura y por la vaina,

¿cómo podré enseñaros lo que es una buena espada?»

JEDEDIAH M. GRANT

UNA ESPECIE DE COBARDE

—**O**RO. —Wist pronunciaba aquella palabra como si fuese algo misterioso—. Vuelve locos a los hombres.

—A los que aún no lo están —dijo Shy, asintiendo.

Ambos se sentaban junto a *La Casa de la Carne de Stupfer*. Aunque al ver aquel nombre cualquiera pudiese pensar que se trataba de un burdel, no lo era, sino el peor sitio para comer en ochenta kilómetros a la redonda, un galardón conseguido en ardua competición. Shy estaba encima de los sacos amontonados en la carreta, y Wist, encaramado en la valla de la que parecía formar parte, como si un poste acabara de metérsele por el culo para dejarlo ensartado en ella, pues ambos observaban a la gente que pasaba.

—Y yo que he venido hasta aquí para alejarme de la gente... —dijo Wist.

—Pues vaya... —comentó Shy, asintiendo.

Durante el último verano, cualquier persona que hubiese recorrido a diario aquel pueblo no habría sido capaz de encontrar siquiera en él a dos forasteros. Y si hubiese seguido haciendo lo mismo durante varios días, el resultado habría sido idéntico. Pero las cosas cambian muchísimo cuando pasan varios meses y se descubre oro. En aquellos momentos, Tratojusto estaba llena de prospectores que no se arredraban ante nada. El tráfico de su calle principal, que se desarrollaba en un único sentido, llevaba hacia el Oeste a los que ya se imaginaban ricos, dejando pasar a los que iban tan deprisa como se lo permitían los atascos, y reteniendo a quienes hacían un alto en el pueblo para aportar su granito de arena al comercio y al caos que reinaban en él. Las ruedas de las carretas chirriaban, las mulas rebuznaban, los caballos relinchaban, las ovejas balaban y los bueyes mugían. Hombres, mujeres y niños de toda raza y condición aportaban asimismo su parte alícuota de berridos y mugidos con todo tipo de lenguas y de caras. Si no hubiese sido porque la polvareda dominante velaba todos aquellos contrastes hasta rebajarlos a la gris ubicuidad de la mugre, el resultado final habría llegado a ser un espectáculo lleno de colorido.

Wist se echó un trago de la botella que tenía en una mano.

—Cuánta variedad, ¿no te parece?

—Hacen lo que sea a cambio de nada —dijo Shy, asintiendo.

La esperanza los volvía locos a todos. O la codicia, según la fe en la humanidad que tuviera quien se detuviese a mirarlos, la cual, en el caso de Shy, estaba muy lejos de colmar el vaso. Todos estaban ebrios por las ganas de llegar a un río helado, allá en la gran desolación, para pescar en él una nueva vida con ambas manos, dejando sus vidas rutinarias tiradas en la orilla como si acabasen de mudar la piel antes de tomar el atajo que les conduciría a la felicidad.

—¿No sientes la tentación de irte con ellos? —preguntó Wist.

Shy apretó la lengua contra sus incisivos y escupió por el hueco que quedaba entre ellos, diciendo:

—No.

Porque, en el caso de que consiguieran llegar vivos a las Tierras Lejanas, pasarían el invierno con el culo metido en el agua helada, sin desenterrar apenas nada más que porquería. Además, ¿y si el extremo metálico de la pala atraía un rayo? Nada mejor que ser rico para no tener problemas.

Hubo un tiempo en el que Shy pensaba que podría conseguir algo a cambio de nada. Habría mudado su piel y seguido caminando con una sonrisa. Resultó que a veces el atajo no te conduce adonde esperabas, y que pasa por territorios sangrientos.

—La certeza de que hay oro los vuelve locos. —Wist se echó otro trago que hizo bambolear la nuez de su pescuezo pelado y observó a los dos prospectores que se disputaban el último pico que quedaba en un puesto, cuyo propietario intentaba calmarlos—. Imagínate cómo se comportarían esos malnacidos si pudiesen echarle las zarpas a una pepita de oro.

Shy no necesitaba imaginárselo. Ya lo había visto antes, y no le apetecía recordarlo.

—Los hombres no necesitan gran cosa para comportarse como animales.

—Ni las mujeres —añadió Wist.

—¿Por qué me miras? —Shy le miraba con los ojos entornados.

—Porque eres la primera mujer que acude a mi mente.

—No estoy segura de querer estar tan cerca de tu cara.

Al reír, Wist mostró unos dientes como lápidas, y luego le pasó la botella.

—¿Por qué no te has comprometido con ningún hombre?

—Porque los hombres no me gustan demasiado, supongo.

—Nadie te gusta.

—Los hombres me decepcionan.

—¿Todos?

—La mayoría. —Dio un buen restregón al gollete de la botella y se aseguró de tomar sólo un sorbo. Sabía lo poco que le costaría pasar del sorbo al trago, del trago a la botella y de la botella a un despertarse oliendo a meados, con una pierna metida en un charco. Algunas personas contaban con ella, y ya no podía seguir decepcionándolas.

Ya habían apartado a aquellos dos hombres que seguían insultándose en la lengua que les era propia, y aunque nadie entendiese lo que decían, el significado de la mayoría de sus palabras era evidente para todos. Porque el pico se había desvanecido durante la trifulca, seguramente escamoteado por otro aventurero más listo, mientras los demás miraban a otro lado.

—Creo que el oro vuelve locos a los hombres —musitó Wist, haciendo honor a la melancolía implícita en su nombre[1]—. Pero si el suelo se abriese en este momento para ofrecerme un buen botín, supongo que arramblaría con una o dos pepitas.

Shy recordó la granja y todas las faenas que quedaban por hacer, y también que ella nunca se molestaba gran cosa en hacerlas. Molesta por aquel pensamiento, clavó sus uñas mordisqueadas en los pulgares resecos de sus manos. Durante un brevísimo instante, la idea de hacer una excursión por las colinas no le pareció tan

descabellada como antes. ¿Y si era cierto que había oro en ellas? No tardó en espantar aquel pensamiento como si se tratase de una mosca molesta. Las grandes esperanzas eran un lujo que no podía permitirse.

—Según mi experiencia, la tierra no suele ofrecer nada gratis. Y menos a unos miserables como nosotros.

—Tienes bastante, ¿verdad?

—¿De qué?

—De experiencia.

Hizo una mueca al devolverle la botella.

—Más de la que te puedas imaginar, viejo. —De cualquier modo, su experiencia era mucho mayor de la que pudieran tener aquellos prospectores. Meneó la cabeza al observar el último grupo que llegaba... gente honesta de la Unión, a juzgar por su aspecto, mejor vestida para una merienda campestre que para recorrer los centenares de kilómetros de una desolación sin ley llena de peligros. Gente que, en vez de sentirse satisfecha con la confortable vida que había llevado hasta entonces, decidía repentinamente que necesitaba algo más. Shy se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que todos regresaran arrastrándose, sin blanca y agotados. Eso si regresaban.

—¿Dónde está Gully? —preguntó Wist.

—En la granja, cuidando de mis dos hermanos.

—Llevo algún tiempo sin verlo.

—Pues todo el que lleva sin venir por aquí. Dice que no le sienta bien subirse a una carreta.

—Se está haciendo viejo. Nos pasa a todos. Cuando vuelvas, dile que le echo de menos.

—Si hubiese venido, seguro que esa botella tuya la habría dejado seca de un trago, y ahora estaría renegando hasta de su nombre.

—Si me lo permites —Wist suspiró—, te diré que eso es lo que suele pasar

con las cosas a las que uno echa de menos.

En aquel momento, Lamb vadeaba la calle llena de gente, agitando su cabellera gris por encima de las cabezas que lo rodeaban, porque era un hombre muy alto, con sus pesados hombros un poco más cargados de lo habitual.

—¿Cuánto has sacado? —preguntó ella, saltando del carro.

Lamb hizo una mueca como si supiera lo que estaba a punto de caerle encima.

—Veintisiete...? —La afirmación se convirtió en una pregunta, porque dudó al terminar de pronunciar aquella palabra. Lo que, realmente, quería decir era: *Y ahora, ¿en qué la he cagado?*

Shy movió la cabeza a uno y otro lado mientras apretaba la lengua contra uno de sus carrillos, como dándole a entender que el desaguisado estaba entre mediano y grave.

—Lamb, eres una especie de cobarde. —El golpe que acababa de dar a las sacas llenas de grano levantó una pequeña nube de polvo—. No he perdido dos días trayendo todos estos sacos para regalarlos.

Aquella mueca, enmarcada en un rostro de barba gris lleno de cicatrices y de arrugas, y curtido tanto por la intemperie como por la mugre, se hizo mayor.

—Shy, no soy bueno regateando, ya lo sabes.

—¿Hay algo en lo que seas bueno? —le preguntó por encima del hombro mientras se encaminaba a grandes zancadas hacia *El Cambio de Clay*, dejando pasar a un rebaño de cabras de muy variados pelajes que balaban, para luego deslizarse hacia uno de los lados de la calle—. ¿Quizá cargar con los sacos?

—Ah, pues sí, ¿no crees? —murmuró él.

La tienda estaba mucho más repleta que la calle, y olía a serrín, a especias y a los cuerpos sudorosos de los trabajadores que se hacinaban en ella. Se abrió paso a empujones, quedándose atascada entre un escribiente y un negro negrísimo del Sur que se expresaba en un lenguaje que nunca había oído, y luego rodeó una palangana que colgaba de unas traviesas, estando a punto de perder el equilibrio por culpa del codazo que alguien le propinó, y dejó atrás a un Fantasma

malencarado que adornaba su cabellera rojiza con ramitas, hojas y otros abalorios. Toda aquella gente que se dirigía al Oeste quería hacer fortuna, y ¡ay del comerciante que intentara interponerse entre Shy y sus ganancias!

—¿Clay? —preguntó a voz en grito, sabiendo que de nada le habría valido hablar en voz baja—. ¡Clay!

El sorprendido comerciante frunció el ceño mientras pesaba harina en el platillo de una enorme balanza.

—Shy Sur en Tratojusto. Hoy no es mi día de suerte.

—Echa un vistazo. ¡Tienes una ciudad llena de atontados a los que *estafar*!

La entonación tan teatral con la que pronunció aquella última palabra consiguió que varias cabezas se volvieran y que Clay pusiera los brazos en jarras.

—Aquí nadie estafa a nadie —declaró.

—Por supuesto, siempre que yo no pierda de vista este negocio.

—Shy, tu padre y yo acordamos veintisiete.

—Sabes que no es mi padre, y también que el trato no debía cerrarse hasta que yo llegara.

Clay frunció una ceja al mirar a Lamb, y el norteño bajó los ojos hacia el suelo y se echó hacia un lado como si intentara pasar desapercibido, pero sin conseguirlo. Pues, a pesar de su tamaño, Lamb era un cobardón, y una simple mirada bastaba para hacerlo callar. Podía ser un hombre adorable y muy trabajador, y había sido lo bastante bueno para hacer de padre de Ro, de Pit y de Shy siempre que esta última se lo había permitido. Era un hombre bastante bueno, pero, ¡por los muertos!, también era una especie de cobarde.

Como a Shy no le gustaba avergonzarse de él, se enfadó. Apuñaló el rostro de Clay con un dedo, como dándole a entender que no tendría escrúpulos a la hora de repetirlo con un cuchillo de verdad.

—*Tratojusto*, ¡vaya nombrecito para el pueblo que uno se dispone a sangrar con su negocio! El año pasado me diste veintiocho, y entonces no tenías ni la cuarta parte de los compradores que tienes hoy. Treinta y ocho.

—¿Cómo? —La voz de Clay sonaba más aguda de lo que ella había esperado—. ¿Es grano dorado, no?

—Así es. Y de la mejor calidad. Trillado con mis propias manos llenas de ampollas.

—Y con las mías —apostilló Lamb.

—*Shh* —dijo Shy—.Treinta y ocho, y no me moveré de aquí hasta que cierres el trato.

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! —rugió Clay, cuyas papadas se agitaban por lo furioso que estaba—. Porque quise a tu madre, te doy veintinueve.

—Tú nunca quisiste a nadie ni nada que no fuese tu bolsa. Vuelve a bajar de treinta y ocho y me largo de tu tienda para ofrecerle la mercancía a toda esta gente, y a un precio ligeramente inferior al que piensas poner.

Él sabía que lo haría aunque perdiese dinero. Jamás amenaces a menos de estar casi seguro de que acabarás cumpliendo la amenaza.

—Treinta y uno —dijo, rechinando los dientes.

—Treinta y cinco.

—¡Estás haciendo que esta buena gente pierda su tiempo, zorra presumida! —La verdad era que ella les estaba revelando los beneficios que él quería conseguir a su costa, por lo que, antes o después, acabarían dándose cuenta del latrocinio.

—Eres una escoria de hombre, y por eso seguiré haciéndoles perder el tiempo hasta que Juvens regrese de la tierra de los muertos. A menos que antes me des treinta y cinco.

—Treinta y dos.

—Treinta y cinco.

—Treinta y tres. ¡Ni aunque me quemes la tienda te saldrás con la tuya!

—No me tientes, gordinflón. Treinta y tres, y añade un par de esas palas

nuevas que estoy viendo y algo de comida para los bueyes. Comen casi tanto como tú. —Escupió en la palma de su mano derecha y se la tendió.

Clay, amargado, abrió la boca y, al igual que ella, escupió en la palma de su mano para luego estrechar la suya.

—Tu madre no era mejor que tú —comentó.

—No lo soportaba —Shy se abrió paso a codazos hacia la puerta, dejando que Clay se desahogara con el siguiente comprador—. No era tan difícil ¿verdad? —añadió, mirando por encima del hombro a Lamb.

—Creo que podríamos haberlo dejado en veintisiete —dijo aquel norteño alto y entrado en años al que le faltaba un trozo de oreja.

—Dices eso porque eres una especie de cobarde. *Mejor enfrentarse a las cosas que vivir con el miedo de que se enfrenten a ti*. ¿No era eso lo que solías decir?

—He tenido mucho tiempo para aprender adónde pueden llevar esas palabras —musitó Lamb, pero Shy no le escuchó, porque estaba demasiado ensimismada en la victoria que acababa de conseguir.

Treinta y tres era muy buen precio. Terminó de echar las cuentas y vio que, después de arreglar las goteras del granero y comprar la pareja de cerdos de cría con los que reemplazar a los sacrificados durante el invierno, quedaría algo de dinero para Ro. Quizá pudieran estirarlo para comprar un poco de simiente y conseguir que el pequeño huerto de hortalizas volviese a estar en condiciones. Apretó los dientes al pensar en todo lo que podría hacer con ese dinero, en todo lo que podría construir.

No necesitas sueños de grandeza, solía decirle su madre en los raros momentos en que estaba de buen humor, *con uno pequeño te bastará*.

—Descarguemos los sacos —dijo.

Aunque Lamb hubiera ido envejeciendo con los años y fuese tan lento como una vaca vieja, en absoluto había perdido fuerza física. Ningún peso podía doblegarlo. Shy sólo tuvo que subirse a la carreta y cargar los sacos uno a uno encima de sus hombros para que se los llevase de cuatro en cuatro al almacén de Clay. Pues él los cogía como si estuviesen llenos de plumas, resintiéndose menos que el vehículo que había transportado toda aquella carga. Aunque Shy sólo pesara

la mitad que Lamb, fuese veinticinco años más joven y le tocara el trabajo más fácil, los poros de su cuerpo no tardaron en bombear sudor, de suerte que la camisa se le pegó a la espalda y los cabellos a la cara, mientras sus brazos adquirían un tono entre rosado, a causa del cañamazo de los sacos, y blanquecino, por el polvo que soltaba el grano, y su lengua se encajaba entre el hueco de sus dientes por los juramentos que soltaba.

Lamb se detuvo con dos sacos en un hombro y un tercero en el otro, entero a pesar de su respiración agitada, mientras unas profundas líneas producidas por las ganas de reír se le marcaban en los rabillos de los ojos.

—Shy, ¿necesitas un descanso?

—Un descanso de tus quejas —contestó ella, mirándole.

—Si te parece, junto unos cuantos sacos y te preparo una cama. A lo mejor hay una manta detrás. Incluso puedo cantar para que te quedes dormida, como hacía cuando eras joven.

—Aún lo soy.

—*Shh*. A veces recuerdo a aquella niñita que me sonreía. —Lamb miró a lo lejos y meneó la cabeza—. Y entonces me pregunto qué hicimos mal tu madre y yo.

—¿Te refieres a que ella decidió morirse y que tú no sirves para nada? —Shy levantó el último saco que quedaba y lo dejó caer sobre uno de los hombros de Lamb con toda la fuerza que podía.

El norteño se limitó a hacer una mueca y a levantar una mano para sujetarlo.

—Es posible. —Mientras se volvía, estuvo a punto de tirar al suelo a otro hombre del Norte que casi era tan alto como él y que tenía una fea catadura. Aquel individuo comenzó a balbucir alguna palabrota, pero luego se detuvo. Lamb siguió trabajando con la cabeza gacha, como siempre que veía llegar algún problema. El desconocido miró enfadado a Shy.

—¿Qué? —dijo ella, manteniéndole la mirada.

El hombre volvió a mirar a Lamb y se largó, rascándose la barba.

Después de que Shy descargara sonoramente el último saco bajo la mirada

burlona de Clay, aún pasó algún tiempo antes de que el comerciante le tendiera la bolsa de cuero que daba vueltas alrededor de su dedo índice, pues había metido por él la cuerda que la cerraba. Shy se irguió, se secó la frente con el dorso de uno de sus guantes, abrió la bolsa y miró en su interior.

—¿Está todo?

—No voy a robarte.

—Más te vale —dijo ella, y comenzó a contar el dinero. Como su madre solía decir, *siempre se sabe cuando estás delante de un ladrón por el cuidado con el que cuenta su dinero.*

—Debería registrar todos los sacos para asegurarme de que contienen grano y no mierda.

—Si fuese mierda —Shy lanzó un bufido—, ¿qué te impediría venderla?

—Te has salido con la tuya —dijo el comerciante, suspirando.

—Pues sí.

—Tiene que cuidar del ganado —añadió Lamb.

Se hizo una pausa mientras las monedas tintineaban y los números daban vueltas en la cabeza de la joven.

—He oído que Glama Dorado ganó otro combate en el foso que está cerca de Greyer —dijo Clay—. Es el bastardo más duro de las Tierras Cercanas, y anda que no hay bastardos duros en ellas. Habría que ser un loco para apostar contra él, por muy favorables que fuesen las apuestas. Realmente, uno tendría que estar loco.

—Por supuesto —murmuró Lamb, que siempre parecía tranquilo cuando se hablaba de violencia.

—Me dijeron que golpeó tan fuerte al viejo Oso Rechoncho, que las tripas se le salieron por el culo.

—¿Qué os resulta tan divertido? —preguntó Shy.

—Cagar tus propias tripas a fuerza de golpes.

—Pues eso no parece un gran motivo de conversación.

—Me he entretenido hablando de cosas peores. —Clay se encogió de hombros—. ¿No oíste hablar de la batalla que hubo cerca de Rostod?

—Supongo que sí —dijo ella entre dientes, intentando no perder las cuentas que hacía.

—Al parecer, los rebeldes volvieron a atacar. Un desastre, en esta ocasión. Todos salieron huyendo. Todos a los que la Inquisición no pudo atrapar.

—Pobres bastardos —dijo Lamb.

Shy dejó de contar durante un instante y luego prosiguió. Aunque muchos bastardos lo estuvieran pasando mal, no eran problema suyo. Bastante tenía ella con sus dos hermanos, por no hablar de Lamb, Gully y de la granja, para lamentarse por las desgracias que otros se habían labrado.

—Quizá resistan en Mulkova, pero no por mucho tiempo. —La valla se quejó cuando Clay apoyó en ella su espalda fofa y metió las manos entre sus sobacos de manera que sólo los pulgares sobresalieran por ellos—. La guerra, si así queréis llamarla, no parece que vaya a terminar pronto, y la región está llena de gente sin hogar. La gente a la que no quemaron, que fue expulsada o que perdió todo lo que tenía. Los pasos están abiertos, y las mercancías pasan por ellos. La gente que busca fortuna en el Oeste viene hacia aquí. —Señaló el caos que dominaba la calle—. Sólo son las primeras gotas. Se avecina una inundación.

Lamb sorbió por las narices y dijo:

—Hasta que lleguen a las montañas y encuentren un buen filón de oro. Entonces la inundación tomará la dirección contraria.

—Algunos lo conseguirán. Algunos echarán raíces. Y la Unión llegará después. Por muchas tierras que tenga, siempre quiere más, y cuando descubra que el Oeste existe, olerá el dinero. Ese viejo bastardo vicioso de Sarmis se sienta en la frontera y defiende el Imperio con su espada, pero le tiembla la mano. No creo que consiga detener la marea. —Clay dio otro paso más hacia Shy y bajó el tono de voz, como si se dispusiera a compartir con ella un secreto—. He oído decir que en Hormring ya hay agentes unionistas que preparan la anexión.

—¿Están sobornando a la gente?

—Aunque muestren una moneda en una mano, seguro que con la otra agarran una espada. Como siempre. Deberíamos pensar cómo vamos a jugar esta mano, en el caso de que se les ocurra venir a Tratojusto. Todos los que llevamos algún tiempo en el pueblo deberíamos permanecer unidos.

—No me interesa la política. —A Shy no le interesaba nada que pudiese darle problemas.

—Tampoco a la mayoría de nosotros —repuso Clay—, pero lo malo es que, en ocasiones, la política sí que se interesa por nosotros. La Unión llegará, y traerá la ley consigo.

—La ley no parece algo malo. —Shy no se creía lo que decía.

—Quizá no lo sea. Pero los impuestos siguen a la ley tan deprisa como la carreta al burro.

—No puedo decir que yo sea una entusiasta de los impuestos.

—Sólo es una manera imaginativa de robar a la gente, ¿no te parece? Pero prefiero que me robe un ladrón honrado, de esos que llevan antifaz y puñal, antes que uno de esos bastardos sin sangre, armados con lápiz y papel.

—No sé —musitó Shy. Ninguno de aquellos bastardos a los que había robado parecían demasiado contentos por la experiencia, y algunos de ellos mucho menos que los demás. Dejó que las monedas se deslizaran por el interior de la bolsa y apretó la cuerda que la cerraba.

—¿Te salen las cuentas? —preguntó Clay—. ¿Falta algo?

—De momento, no. Pero la próxima vez también contaré las monedas.

—No esperaba menos —dijo el comerciante, haciendo una mueca.

Shy apartó unas cuantas cosas que necesitaban: sal, vinagre, un poco del azúcar que llegaba de vez en cuando, un costillar de carne de vaca seca y media bolsa de clavos. Lo de la bolsa de clavos dio pie a la broma de Clay, por otra parte nada original, de que para qué iba a necesitar más clavos, si pinchaba tanto como media bolsa; la cual dio pie a que Shy le devolviera la broma al decirle que, como ella pinchaba tanto, le clavaría sus frutas en la entrepierna; la cual propició otra broma de Lamb, al asegurar que las frutas de Clay eran tan pequeñas que Shy no

podría encontrarlas a la hora de querer clavárselas. Como es evidente, todos se divirtieron con aquellas ocurrencias tan poco imaginativas.

Como Shy estaba a punto de comprarle una camisa nueva a Pit que costaba más de lo que se podían permitir, ya fuese con rebaja o sin ella, Lamb sonrió y le pasó una mano enguantada por el brazo. Así que Shy desistió y compró hilo y agujas para hacerle a Pit una camisa con alguna de las viejas de Lamb. Aquel chico era tan desmirriado que de una sola de las de Lamb saldrían hasta cinco para él. Las agujas eran de un tipo nuevo; según Clay, las hacían a cientos en Adua con una máquina. Shy sonrió, pensando que Gully, nada más enterarse, menearía su blanca cabeza y diría que después de construir una máquina para hacer agujas, a saber qué sería lo siguiente que iban a inventar. Y que Ro, dando vueltas y más vueltas a las agujas entre sus ágiles dedos, frunciría el ceño cuando ella le explicase cómo las hacían.

Y como para entonces ya había recuperado su buen humor, hizo una pausa en sus pensamientos y se pasó la lengua por los labios, pues acababa de imaginarse un vaso de licor que brillaba de manera muy atractiva en la oscuridad. Acto seguido, desencantada por la cruda realidad, discutió con Clay más que antes, de suerte que ambos acabaron agotados.

—¡No vuelvas a venir nunca más a esta tienda, furcia loca! —decía el comerciante a gritos mientras ella se encaramaba en el pescante de la carreta, al lado de Lamb—. ¡Casi me has arruinado!

—¿Qué tal hasta la próxima estación?

—Vale, nos veremos para entonces —y movió una mano regordeta para llamar la atención de la clientela.

Cuando Shy fue a quitar el freno, vio que el norteño al que Lamb había empujado antes accidentalmente estaba al lado de la carreta, frunciendo el ceño como si intentase recordar algo. Había metido los pulgares por dentro del cinturón de su espada... grande, de empuñadura sencilla, lista para ser desenvainada. Tenía cierto aire hosco a causa de la cicatriz que nacía en uno de sus ojos para luego recorrer su barba hirsuta. Shy puso buena cara mientras desenfundaba el cuchillo y le daba la vuelta, empuñándolo sin que se viese la hoja, porque había quedado oculta bajo su brazo. Mejor tener el acero en la mano y cerciorarse de que no hay ningún problema, que encontrarte con un problema sin tener el acero en la mano.

El hombre del Norte dijo unas palabras en su lengua y Lamb se encogió un poco más en el pescante, sin volverse para mirarle. El desconocido insistió. Lamb rezongó algo a modo de respuesta, chasqueó las riendas y la carreta se puso en movimiento. Shy dio un salto por culpa de las ruedas, que traqueteaban. Cuando ya habían recorrido unos cuantos pasos por la calle llena de baches, echó una mirada por detrás del hombro, sin volver del todo la cabeza. El norteño seguía donde estaba, mirándolos con cara de pocos amigos.

—¿Qué quería?

—Nada.

Volvió a meter el cuchillo en la vaina, apoyó una bota en el estribo y se acomodó en el asiento.

—De acuerdo, el mundo está lleno a rebosar de gente muy extraña. En vez de perder el tiempo preguntándonos qué estarán pensando, mejor será que nos preocupemos de nuestra propia vida.

Lamb estaba más encogido que nunca, con el sombrero calado hasta abajo, como si intentase meter la cabeza dentro del pecho para que no se le viera.

—Eres un maldito cobarde —le espetó Shy.

—Un hombre puede ser cosas mucho peores —dijo él, tras mirarla de soslayo y luego de frente.

Reían cuando la cuesta se terminó con un traqueteo y el pequeño valle apareció ante ellos. Lamb había dicho algo divertido después de animarse en cuanto dejaron el pueblo, como de costumbre. Jamás se sentía cómodo delante de la gente.

Subir por aquel sendero, que apenas venía a ser más que dos roderas borrosas entre la hierba crecida, mejoró el humor de Shy. En su juventud había pasado muy malos ratos, como cuando creía que iba a morir al raso, o ahorcada y echada a los perros, si la atrapaban. En más de una ocasión se había jurado que, si lograba encontrar el buen camino, disfrutaría de todos los momentos felices que le brindase la vida. Y aunque no hubiera encontrado la felicidad plena, aún la buscaba. Por eso volvió a sentirse más aliviada cuando la carreta la llevaba de vuelta a casa.

Pero cuando vieron la granja, la risa se ahogó en su garganta, muriendo cuando el viento revolvió torpemente la hierba que los rodeaba. No podía respirar, sólo mirar fijamente la granja mientras se le helaba la sangre en las venas. Bajó de la carreta y echó a correr.

—¡Shy! —exclamó Lamb, pero ella ya no le oía, pues su mente sólo escuchaba su propia respiración entrecortada mientras bajaba la pendiente a la carrera y la tierra y el cielo se entrecruzaban a su alrededor. Pasó entre los rastrojos del campo que habían segado hacía menos de una semana. Por encima de la valla, caída y pisoteada, y de las plumas de gallina incrustadas en el barro.

Se dirigió hacia el patio —hacia lo que había sido el patio— y se detuvo al llegar a él, impotente. La casa sólo era un amasijo de vigas chamuscadas y de escombros entre los que nada quedaba en pie, excepto el desvencijado tubo de la chimenea. No había humo. La lluvia debía de haber apagado el incendio hacía uno o dos días. Pero todo había ardido. Recorrió uno de los lados del ennegrecido granero, gimiendo, con los ojos llenos de lágrimas.

Gully colgaba del gran árbol plantado en la parte trasera. Lo habían ahorcado encima de la tumba de su madre, cuya lápida yacía tirada en el suelo, desprendida posiblemente a patadas. Gully estaba acribillado de flechas. Unas veinte, o quizá más.

Shy sintió como si acabaran de darle una patada en las tripas y se dobló por la cintura, agarrándosela con ambas manos y gimiendo. El árbol gimió con ella cuando el viento lo alcanzó y agitó sus hojas, haciendo que el cadáver de Gully oscilase lentamente. Pobre bastardo, tan viejo como inofensivo. Cuando los demás se subieron a la carreta la había llamado para decirle que no se preocupara, porque él cuidaría de los niños. Y ella rió, diciéndole que no iba a preocuparse, porque los niños cuidarían de él. Pero ya no podía mirarle, porque los ojos le dolían a causa del viento que se clavaba en ellos, así que apretó fuertemente los brazos alrededor de su propio cuerpo, sintiendo de repente un frío tan intenso que creyó que por nada del mundo volvería a entrar en calor.

Oyó las pesadas botas de Lamb acercarse hasta ella, primero lentamente, luego más deprisa, hasta que llegó a su lado.

—¿Dónde están los niños?

Buscaron en la casa y en el granero. Al principio despacio, luego más deprisa,

y luego más despacio, por el cansancio que sentían. Lamb arrastró las vigas quemadas mientras Shy escarbaba entre las cenizas, preparada para encontrar en cualquier momento los huesos de Pit y de Ro. Pero los niños no estaban en la casa. Ni en el granero. Ni en el patio. Siguió buscando para olvidar el miedo que sentía, y con más frenesí, intentando sofocar su esperanza, mirando entre la hierba y escarbando entre los escombros. Pero lo más cerca que estuvo de encontrar a sus hermanos fue el caballo de juguete renegrido que Lamb había tallado para Pit hacía muchos años, y las páginas chamuscadas de algunos de los libros ilustrados de Ro que ella pasaba con los dedos.

Los niños se habían desvanecido.

Y allí permaneció ella, azotada por el viento, mirando fijamente la granja, con el dorso de una de sus arañadas manos contra su boca y el pecho en tensión. Sólo podía pensar en una cosa.

—Los han raptado —dijo con un quejido.

Lamb se limitó a asentir, con los cabellos y la barba más grises que nunca y manchados de hollín.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Shy se restregó las manos llenas de hollín con la parte delantera de la camisa y las cerró con fuerza.

—Hay que ir tras ellos.

—Sí.

Se agachó encima del césped ralo que rodeaba el árbol. Se restregó la nariz y los ojos. Siguió las huellas hasta llegar a otra parte del suelo que estaba pisoteada. Encontró una botella vacía medio enterrada en el barro y la lanzó lejos. No habían hecho nada para borrar su rastro. Unas huellas de caballos rodeaban por todas partes los edificios.

—Serían unos veinte caballos. Y ahí dejaron las monturas de refresco.

—¿Para llevarse a los niños?

—Sí, pero ¿adónde?

Lamb se limitó a menear la cabeza.

Ella siguió hablando, dispuesta a encontrar una pista. Dispuesta a trabajar con cualquier hipótesis en la que no hubieran pensado.

—Creo que llegaron por el oeste y se dirigieron hacia el sur. A toda prisa.

—Cogeré las palas. Enterraremos a Gully.

Y así lo hicieron, sin perder tiempo. Shy trepó rápidamente por el árbol, pues conocía los huecos que le permitían poner las manos y los pies en él. Solía hacer aquello mucho antes de que llegara Lamb, siempre bajo la atenta mirada de su madre y los aplausos de Gully. Pero su madre estaba enterrada debajo, y a Gully lo habían colgado de él. En cierta manera, se sentía responsable de lo sucedido. Es imposible enterrar un pasado como el suyo y pensar que uno puede largarse como si nada.

Quitó las flechas y las cuerdas que lo sujetaban, y acarició su cabello ensangrentado mientras Lamb cavaba un agujero junto a la tumba de su madre. Cerró sus abultados ojos y acarició sus mejillas, sintiendo su frialdad. Parecía tan pequeño y tan delgado... Intentó cubrirlo con alguna prenda grande, pero no tenía ninguna a mano. Lamb lo abrazó de un modo desmañado y luego llenaron la fosa entre los dos, volviendo a poner derecha la lápida de su madre, echando encima la hierba que habían arrancado y pisándola con fuerza, mientras las cenizas formaban bajo el frío viento pequeñas manchas de gris y de negro que se dispersaban por el terreno para perderse en la nada.

—¿No hay que decir unas palabras? —preguntó Shy.

—Yo no tengo nada que decir. —Lamb se disponía a subir al pescante de la carreta. Aún les quedaba una hora de luz.

—Yo no voy a subir —dijo Shy—. Puedo correr más deprisa que estos malditos bueyes.

—Me parece que no por mucho tiempo, y menos cargada. Nada saldrá bien si nos precipitamos. Además, ¿cuánta ventaja nos sacan? ¿Dos o tres días? Seguro que cabalgan a toda prisa. ¿Veinte hombres, decías? Hay que ser realistas, Shy.

—¿Realistas? —masculló la palabra como si no creyera lo que estaba escuchando.

—Si los perseguimos a pie, y no morimos de hambre ni arrastrados por las aguas de algún torrente y conseguimos alcanzarlos, ¿qué haremos? Ni siquiera tenemos armas. Ese cuchillo tuyo no cuenta. No. Les seguiremos lo más deprisa que Scale y Calder puedan llevarnos. —Señaló a los bueyes, que aprovechaban el descanso para comer un poco de hierba—. A ver si podemos prescindir de un par de animales. Averiguar qué pretenden.

—Está claro qué pretenden —dijo ella, señalando a la tumba de Gully—. ¿Y que les pasará a Ro y a Pit mientras *los seguimos como unos gilipollas*? —Como terminó la frase gritando, su voz rompió el silencio que los rodeaba, haciendo que dos cuervos confiados abandonasen, volando, las ramas del árbol.

Lamb torció la boca sin dignarse mirarla.

—Los seguiremos. —Ya lo daba por hecho—. Quizá podamos arreglarlo hablando. Pagaremos un rescate.

—¿Un rescate? Te queman la granja, ahorcan a tu amigo, se llevan a tus niños, ¿y tú quieres *pagarles* por el privilegio de hacerlo? ¡Eres un maldito cobarde!

Pero él seguía sin mirarla.

—Hay ocasiones en las que es preciso comportarse como un cobarde. —Su voz era ronca y le raspaba la garganta—. Ningún derramamiento de sangre hará que la granja vuelva a ser como antes, ni que Gully vuelva a la vida. Lo mejor que podemos hacer es traer de vuelta a los pequeños, y eso es lo que haremos. Devolverlos a una vida segura. —En aquel momento, el rictus de su boca se extendió hasta la mejilla llena de cicatrices para terminar en el rabillo del ojo—. Y luego, ya veremos.

Shy echó una última mirada mientras avanzaban lentamente hacia el ocaso. Su casa. Sus esperanzas. Cómo cambian las cosas de un día para otro. Nada quedaba de todo aquello, salvo unas cuantas vigas quemadas que apuntaban hacia el cielo rosado. No necesitaba sueños de grandeza. Se sintió más abatida que nunca, y eso que había pasado por lugares llenos de maldad, oscuros e infectos. Apenas tenía fuerza para levantar la cabeza.

—¿Por qué lo han quemado todo? —preguntó con un susurro.

—Porque a algunas personas les gusta quemarlo todo —respondió Lamb.

Shy lo miró detenidamente: el perfil de su ajado y fruncido ceño que asomaba por debajo de su sombrero raído, el moribundo sol que centelleaba en su mirada y, sobre todo, y por extraño que pudiera parecerle, la tranquilidad que desprendía. Un hombre que no tenía redaños para regatear, pensando en muertos y en secuestros. Siendo realista sobre el final de todo por lo que habían trabajado.

—¿Cómo puedes seguir tan tranquilo? —le preguntó en voz baja—. Es... es como si lo estuvieras esperando.

—Siempre lo he estado esperando. —Lamb seguía sin mirar a Shy.

EL CAMINO FÁCIL

—**H**E sufrido muchas decepciones. —Nicomo Cosca, Capitán General de la Compañía de la Graciosa Mano, se reclinó en su asiento, apoyándose en un codo mientras hablaba—. Supongo que todos los grandes hombres se enfrentan a ellas, abandonando los sueños malogrados por la traición y encontrando otros nuevos a los que perseguir. —Frunció el ceño al mirar la incendiada ciudad de Mulkova y observar las columnas de humo que subían por el azul del cielo—. He abandonado muchos sueños.

—Para eso tuvo que hacer un gran acopio de coraje —dijo Sworbreck, cuyas gafas brillaron durante un instante al levantar él la vista de sus notas.

—¡Por supuesto! Ya he perdido la cuenta de todas las veces en que, de manera prematura, tal o cual enemigo demasiado optimista me declaró muerto. Cuarenta años de juicios, escaramuzas, desafíos, traiciones. Vivir demasiado... para verlo todo en ruinas. —Cosca se despabiló de sus ensoñaciones—. Pero, al menos, ¡no ha resultado aburrido! Menudas aventuras a lo largo del camino, ¿eh, Temple?

Temple hizo una mueca de dolor. Había sentido en sus carnes cinco años de miedo esporádico, de aburrimiento frecuente, de diarrea intermitente, de miedo a coger la peste y de huir del combate casi tanto como de la peste. Pero no le pagaban por decir la verdad. Todo lo contrario.

—Heroicas —comentó.

—Temple es mi notario. Redacta los contratos e intenta que se cumplan. Uno de los bastardos más listos que he conocido. ¿Cuántos idiomas hablas, Temple?

—Con fluidez, sólo cinco.

—¡El hombre más importante de toda la maldita Compañía! Aparte de mí, por supuesto. —La brisa que recorría la falda de la colina agitaba los mechones de pelo blanco dispersos por el cadavérico cráneo de Cosca—. ¡Por eso no he visto el momento de que llegase la hora en que, finalmente, pudiera contarle mis historias, Sworbreck! —Temple reprimió otra mueca de disgusto—. ¡El Sitio de Dagoska! Que

acabó en un completo desastre. ¡La batalla de Afieri! Una derrota vergonzosa. ¡Los Años de Sangre! La gente cambiaba de bando como de chaqueta. ¡La campaña de Kadiri! Un fiasco de borrachera.

Sworbreck finalizó la nada desdeñosa empresa de hacer una reverencia servil mientras se sentaba con las piernas cruzadas junto a una loseta de mampostería que se había caído, antes de decir:

—No tengo duda alguna de que mis lectores se estremecerán con sus hazañas.

—¡Que podrían llenar veinte volúmenes!

—Tres serán más adecuados...

—Como sabe, en cierta ocasión me nombraron Gran Duque de Visserine. —Cosca movió la mano para que quienes le rodeaban se arrodillasen, lo que, como era de suponer, no sucedió—. No se preocupe, no tendrá que llamarme «Excelencia»... La informalidad reina en la Compañía de la Graciosa Mano, ¿verdad, Temple?

Temple tomó aire antes de responder:

—Todos somos informales. —Lo cierto era que, si la mayoría de sus miembros eran unos mentirosos, todos eran ladrones y, algunos de ellos, asesinos. La informalidad no era algo de lo que sorprenderse.

—El sargento Amistoso lleva conmigo mucho tiempo, desde que depusimos al Gran Duque Orso y colocamos a Monzcarro Murcatto en el trono de Talins.

Sworbreck levantó la mirada.

—¿Conoce a la Gran Duquesa?

—Íntimamente. Le salvé la vida en el sitio de Muris, ¡y ella salvó la mía! Su ascenso al poder es otra historia que le contaré a su debido tiempo, una noble empresa. Hay muy pocas personas, poquísimas, personas de calidad con o contra las que yo no haya luchado en una u otra ocasión. ¿Sargento Amistoso?

Aquel sargento sin cuello levantó la mirada, y su rostro fue tan inexpresivo como una lápida en blanco.

—¿Qué le parece lo que ha visto durante todo el tiempo que lleva conmigo?

—Me gustaba más la cárcel —dijo, y siguió tirando los dados, una actividad en la que podía pasar varias horas seguidas.

—¡Menudo chistoso que está hecho! —Cosca agitó un dedo huesudo en su dirección, aunque era evidente que, de chistoso, nada. Temple jamás había oído al sargento Amistoso contar chistes—. ¡Sworbreck, descubrirá que las bromas son muy frecuentes en la Compañía!

Por no hablar de las disputas enconadas, los castigos por holgazanería, la violencia, las enfermedades, los saqueos, la traición, la ebriedad y un libertinaje capaz de sonrojar incluso a un diablo.

—Durante estos cinco años —decía Temple— apenas he podido dejar de reírme.

En cierta ocasión, las historias que contaba el Viejo le habían parecido hilarantes, encantadoras y emocionantes. Una muestra de lo que era no tener miedo. Pero en aquel momento le daban asco. Mas no es fácil decir si Temple había descubierto la verdad o si Cosca la había olvidado. Quizá un poco de ambas cosas.

—Sí, ha sido toda una carrera. Muchos momentos de orgullo. Muchos triunfos. También muchas derrotas. Todo gran hombre las tiene. Como Sazine solía decir, los pesares son los costes del negocio. La gente me ha acusado con frecuencia de ser inconsecuente, pero yo creo que siempre, ante cualquier coyuntura, he actuado de la misma manera. Haciendo, exactamente, lo que me apetecía. —Puesto que la veleidosa atención del viejo mercenario había vuelto a vagabundear por el lejano pasado que tanto le gustaba recordar, Temple decidió escaquearse. Así que aprovechó la ocasión para deslizarse por detrás de una columna rota—. Tuve una infancia feliz, aunque una juventud desenfrenada, repleta de incidentes desagradables, de suerte que cuando cumplí diecisiete años abandoné el lugar que me había visto nacer y, con sólo mi ingenio, mi coraje y mi fiel espada, fui en busca de fortuna...

Los sonidos de tanta baladronada fueron desvaneciéndose misericordiosamente cuando Temple abandonó la falda de la colina, dejando atrás las sombras de las antiguas ruinas para salir al sol. A pesar de lo que Cosca pudiese decir, no le resultaba divertido seguir en aquel sitio.

Temple había visto miseria. Había vivido más cosas de las que hubieran

debido tocarle en suerte. Pero en muy pocas ocasiones había visto personas más miserables que las que componían la última hornada de prisioneros de la Compañía: una docena de los temibles rebeldes de Starikland, desnudos, ensangrentados, con la mirada perdida, mugrientos y encadenados a un poste hincado en el suelo. Se le hacía difícil pensar que supusieran una amenaza para la nación más poderosa del Círculo del Mundo. Se le hacía difícil pensar en ellos como en seres humanos. Sólo los tatuajes de sus antebrazos mostraban algún desafío fútil.

Que se joda la Unión. Que se joda el Rey. Así decía el tatuaje que estaba más cerca de él, una línea de letras oscuras que iban desde el codo hasta la muñeca. Temple sentía cada vez más simpatía por aquel sentimiento de rebeldía, al punto de tener la extraña sensación, cada vez más acuciante, de que había ido a parar al bando equivocado. Y en aquellos momentos volvía a sentirla. Pero cuando escoges un camino, no siempre sabes adónde puede llevarte. Quizá fuese como Kahdia le había dicho en cierta ocasión, que ya estás en el camino desde que escoges uno. A lo que Temple había objetado que quienes deciden no seguir ningún camino siempre llevan la peor parte. Y él había terminado por escoger el peor.

Sufeen estaba entre los prisioneros, con una cantimplora vacía en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Temple.

—Malgastar agua —dijo Bermi, que haraganeaba bajo el sol y se rascaba su barba rubia.

—Al contrario —repuso Sufeen—, intento administrar la piedad de Dios a nuestros prisioneros.

Uno de ellos, desnudo, tenía una herida terrible en un costado. Sus ojos parpadeaban y sus labios murmuraban órdenes sin sentido, a menos que se tratase de oraciones también sin sentido. En cuanto una herida comienza a oler, la esperanza también comienza a desaparecer. Pero el aspecto de los demás prisioneros no era mejor.

—Si hay Dios, entonces debe de ser un estafador que da largas y en el que no se puede confiar a la hora de tratar asuntos importantes —dijo Temple en voz baja—. La muerte sería un acto de piedad.

—Es lo que le he estado diciendo —apostilló Bermi.

—Para eso se necesita coraje. —Sufeen levantó su espada envainada para

acercarle su empuñadura—. ¿Tú lo tienes, Temple?

Temple lanzó un bufido.

Sufeen bajó el arma y dijo:

—Yo tampoco. Por eso les doy agua y me siento en paz. ¿Qué sucede en la cima de la colina?

—Esperamos a nuestros patrones. Mientras tanto, el Viejo alimenta su vanidad.

—Pues parece tener un apetito insaciable —dijo Bermi, cogiendo unas margaritas y lanzándolas al aire.

—Que aumenta día a día. Lo mismo que la culpabilidad que siente Sufeen.

—No es culpabilidad —repuso Sufeen, mirando ceñudo a los prisioneros—, sino rectitud. ¿No te lo enseñaron los sacerdotes?

—Nada mejor que una educación religiosa para curar de su rectitud a cualquier hombre —musitó Temple. Y recordó al Haddish Kahdia, impartiendo sus enseñanzas en aquella habitación blanca que era tan austera, y a él mismo, pero mucho más joven, burlándose de ellas. Caridad, piedad, desapego. La conciencia, esa parte de Sí Mismo que Dios pone en cada uno de los hombres. Una astilla de la conciencia divina. La misma que Temple tardó largos y azarosos años en arrancarse. Captó la mirada de uno de los rebeldes. Una mujer con el cabello enmarañado alrededor del rostro. Se abalanzaba hacia delante todo lo que se lo permitían las cadenas. Para coger el agua o, quizá, la espada. *¡Agarra tu futuro!*, decían las palabras grabadas con tinta en su piel. Temple tomó su cantimplora y frunció el ceño mientras la sopesaba para ver si aún le quedaba agua.

—¿Algún sentimiento de culpa? —preguntó Sufeen.

Aunque hubiera pasado bastante tiempo desde la última vez que había cargado con cadenas, Temple no había olvidado lo que se siente al llevarlas.

—¿Cuánto tiempo llevas de explorador? —preguntó de repente.

—Dieciocho años.

—Pues ya deberías saber que la conciencia es un navegante desastroso.

—Es evidente que no conoce el mundo de ahí fuera —añadió Bermi.

—Entonces, ¿quién os mostró el camino? —Sufeen abrió los brazos y enseñó las palmas de sus manos.

—¡Temple! —era el grito de Cosca, que llegaba desde arriba.

—Nuestro jefe te llama —dijo Sufeen—. Tendrás que dejar el agua para más tarde.

Temple les tiró la cantimplora mientras comenzaba a subir por la falda de la colina.

—Dásela tú —dijo Temple—. La Inquisición no tardará en llevárselos.

—Siempre el camino fácil, ¿eh, Temple? —comentó Sufeen.

—Siempre —musitó Temple. Y no se disculpó.

—¡Bienvenidos, caballeros, bienvenidos! —Cosca se despojó de su inaudito sombrero cuando sus ilustres patrones se acercaron, cabalgando en estrecha formación alrededor de un gran carruaje reforzado con planchas metálicas. Aunque, gracias a Dios, el Viejo hubiese abandonado las bebidas espirituosas unos pocos meses antes, seguía dando la impresión de estar beodo. El floreo poco enérgico de sus nudosas manos, la indolente caída de sus arrugados párpados, la musicalidad titubeante de su parloteo. Eso y que nadie podía estar completamente seguro de lo siguiente que iba a hacer o a decir. Hubo un tiempo en el que Temple había encontrado estremecedora aquella incertidumbre permanente, pensando que era como ver girar la ruleta mientras te preguntas si saldrá tu número. Pero en aquellos momentos se sentía como si se encontrase bajo un nubarrón, esperando que el rayo fuese a caer de un momento a otro.

—General Cosca. —El Superior Pike, cabeza de la Inquisición de Su Augusta Majestad en Starikland y el hombre más poderoso en ochocientos kilómetros a la redonda, fue el primero en desmontar. Su rostro estaba quemado hasta lo irreconocible, sus ojos relucían bajo la sombra de una máscara de color rosado, las comisuras de su boca estaban fruncidas permanentemente en lo que era una sonrisa o el efecto de los estragos del fuego. Una docena de sus enormes Practicantes, con ropas y máscaras negras, fuertemente armados y dispuestos estratégicamente

alrededor de las ruinas, vigilaban celosamente lo que sucedía.

Cosca hizo una mueca y señaló las brasas de la ciudad que se encontraba al otro lado del valle, en absoluto intimidado.

—Mulkova está en llamas.

—Mejor que arda bajo la Unión que prospere en manos de los rebeldes —dijo el Inquisidor Lorsen mientras se acercaba a él: alto y nervudo, sus ojos brillaban como los de un fanático. Temple sintió envidia de él, porque estaba seguro de lo que hacía sin que le importasen los errores que pudiera cometer.

—Estoy de acuerdo —dijo Cosca—. Un sentimiento que deben de compartir todos sus habitantes. Ya conoce al sargento Amistoso, y éste es maese Temple, el notario de mi Compañía.

El general Brint fue el último en desmontar, operación que siempre le resultaba muy incómoda desde que perdiera un brazo en la batalla de Osrung junto con su sentido del humor, tal y como atestiguaba la manga izquierda, doblada y sujeta al hombro con un imperdible de su uniforme carmesí.

—Ya veo que está preparado para discutir los aspectos legales —dijo mientras se ajustaba el cinturón de la espada y miraba a Temple como si acabase de ver la carreta que se lleva cada mañana a los apestados.

—La segunda cosa que un mercenario necesita es una buena arma. —Cosca le dio un palmada paternal a Temple en el hombro—. Porque la primera es disponer de un excelente consejero legal.

—¿Y dónde dejamos la más absoluta carencia de escrúpulos morales?

—En el quinto lugar —dijo Temple—, exactamente después de una memoria frágil y un ingenio agudo.

El Superior Pike, a quien no se le había escapado que Sworbreck tomaba notas todo el tiempo, preguntó:

—¿Y qué tipo de consejos le da este hombre?

—Es Spillion Sworbreck, mi biógrafo.

—¡Sólo un simple narrador de historias! —Sworbreck hizo al Superior una reverencia extravagante—. Aunque no tengo ningún reparo en confesar que mi prosa ha hecho llorar a más de un hombre maduro.

—¿Para bien? —preguntó Temple.

Pero el autor estaba demasiado atareado en hacerse el panegírico para contestar a aquella pregunta, siempre que la hubiese oído.

—¡Escribo historias de heroísmo y de aventuras que inspiran a los ciudadanos de la Unión! Y que ahora han sido distribuidas por doquier gracias a esa maravilla que son los talleres de imprenta de la editorial Rimaldi. Quizá usted haya oído hablar de mis *Cuentos de Harod el Grande*, publicados en cinco volúmenes... —silencio— en los que expuse el mítico esplendor de los orígenes de la mismísima Unión. —Silencio—. O su secuela en ocho volúmenes, *La vida de Casimir, héroe de Angland...* —silencio—, en la que esgrimí ante los lectores el espejo de las antiguas glorias, para resaltar el colapso moral de los tiempos presentes...

—Creo que no. —El rostro quemado de Pike no dejaba traslucir ninguna emoción.

—¡Tengo que enviarle unos cuantos ejemplares, Superior!

—Siempre podrá utilizarlos para que confiesen sus prisioneros —comentó Temple por lo bajo.

—No se moleste —dijo Pike.

—¡No es ninguna molestia! ¡El general Cosca me ha permitido acompañarle en esta última campaña mientras me relata los detalles de su fascinante carrera como soldado de fortuna! ¡Quiero convertirlo en el protagonista de la obra más célebre de todas las que he escrito!

Los ecos de las palabras de Sworbreck se desvanecieron en un silencio aplastante.

—Aparten a este hombre de mi presencia —ordenó Pike—. Su manera de hablar me ofende.

Escoltado por dos Practicantes, que se lo llevaron como si ellos fueran perros pastores y él una oveja, Sworbreck desapareció a toda prisa colina abajo. Cosca

prosiguió, sin dar a entender que se hubiera molestado.

—General Brint, creo que usted tiene ciertas inquietudes que comentar respecto a nuestra participación en el asalto...

—¡Es la falta de ellas lo que me ha molestado! —contestó enérgicamente Brint.

Cosca alargó sus labios hacia fuera, como haciéndose el inocente, mientras replicaba:

—¿Considera usted que nos quedamos cortos con lo que había quedado estipulado en el contrato?

—Ustedes se quedaron cortos de honor, de decencia, de profesionalidad...

—No recuerdo que en el contrato se hiciera la menor alusión a todo eso —dijo Temple.

—¡Se le ordenó atacar! ¡Su negativa a hacerlo les costó la vida a varios de mis hombres, entre ellos un íntimo amigo mío!

Cosca movió indolentemente una mano, como si los amigos íntimos fuesen unas cosas efímeras que nadie debía mencionar en una conversación de personas adultas.

—Manteníamos un combate en este sitio, general Brint, y muy arduo.

—¡Un maldito intercambio de flechas!

—Usted habla como si un maldito intercambio, a secas, hubiera sido preferible. —Temple hizo una seña a Amistoso. El sargento sacó el contrato de uno de sus bolsillos interiores—. Creo que es la cláusula ocho—. Encontró rápidamente la cláusula a la que se refería y la señaló para que la leyese—. *Técnicamente, cualquier intercambio de proyectiles equivale a un combate. Por tanto, cada uno de los miembros de la Compañía recibirá el correspondiente emolumento.*

—¿Un emolumento, además? —Brint estaba pálido—. ¿Aunque ninguno de ustedes resultase herido?

—Se nos ha presentado un caso de disentería —dijo Cosca después de

aclararse la garganta.

—¿Es una broma?

—¡Le aseguro que no se lo parecerá a aquellos que han sufrido los estragos de la disentería!

—Cláusula diecinueve... —Los papeles chasqueaban mientras Temple pasaba uno tras otro los folios de aquel documento que había sido redactado con una letra muy apretada—. *Cualquier hombre que, durante la vigencia del presente contrato, haya permanecido inactivo a causa de una enfermedad será considerado por la Compañía una baja*. O sea, que hay que abonar un nuevo pago por lo que cuesta reemplazar las bajas. Por no mencionar los prisioneros entregados...

—Así que todo se reduce a dinero, ¿no?

Cosca se encogió tanto de hombros que sus charreteras doradas le hicieron cosquillas en los lóbulos de las orejas, para acabar diciendo:

—¿Y a qué otra cosa se va a reducir? Somos mercenarios. Las motivaciones más nobles se las dejamos a quienes lo son más que nosotros.

Brint, inequívocamente lívido, miró a Temple.

—Usted, maldito gusano gurko, debe de estar divirtiéndose con sus culebreos legales.

—Tanto como usted cuando firmó el contrato con su nombre, general. —Temple dio vuelta a la página para mostrar la desmayada firma de Brint—. Si me divierto o no, es algo que no hace al caso. Ni mis culebreos. Y, puesto que usted saca a colación mis orígenes, le diré que siempre me he considerado medio dagoskano y medio estirio...

—Usted es un maldito negruzco hijo de puta.

Temple se limitó a sonreír.

—Si mi madre jamás se avergonzó de su profesión... ¿por qué iba yo a sentirme avergonzado?

El general se quedó mirando al Superior Pike, que, tras sentarse en un bloque

de piedra manchado de líquenes, había sacado un mendrugo de pan con el que intentaba atraer a los pajarillos que merodeaban por las ruinas, haciendo mientras tanto unos sonidos que sonaban como besos.

—¿Debo suponer, Superior, que usted aprueba este latrocinio legal? ¿Esta cobardía contractual, este ultrajoso...?

—General Brint, todos apreciamos la diligencia que han mostrado usted y sus hombres. —Aunque amable, la voz de Pike poseía en momentos un timbre tan agudo que, como el sonido que hacen los goznes oxidados al moverse, hería el apacible silencio—. Pero la guerra ha terminado. Nosotros hemos vencido. —Lanzó unas cuantas miguitas a la hierba y observó al pajarillo que revoloteaba hasta el suelo para comérselas—. No resulta apropiado que queramos darle la vuelta a lo que hicimos. Usted firmó el contrato. Lo cumpliremos. No somos bárbaros.

—*No* lo somos. —Brint miró con furia a Temple y luego a Cosca y a Amistoso, que no se movieron—. Me voy a tomar el aire. ¡Aquí dentro *apesta*! —Y, no sin cierto esfuerzo, el general subió a su silla de montar, dio media vuelta a su caballo y salió de estampía, perseguido por algunos ayudantes de campo.

—Pues yo encuentro este aire muy placentero —dijo Temple con una súbita inspiración, en cierta forma aliviado porque la confrontación hubiese finalizado.

—Les ruego que disculpen al general —dijo Pike—, está muy comprometido con su trabajo.

—Siempre intento disculpar las flaquezas de otros hombres —dijo Cosca—, porque, a fin de cuentas, ya tengo bastante con las mías.

Pike no intentó llevarle la contraria y añadió:

—Aun así, tengo un nuevo encargo para usted. ¿Puede darle los detalles, Inquisidor Lorsen? —Y les dio la espalda, concentrándose en los pájaros, como si su entrevista tuviese lugar con ellos y todo lo ocurrido hubiera sido una molesta distracción.

Lorsen dio un paso al frente, ciertamente saboreando el momento, y dijo:

—La rebelión está terminando. La Inquisición captura a todos aquellos que son desleales a la Corona. No obstante, algunos rebeldes han logrado escapar para atravesar los pasos y dirigirse al indómito Oeste, donde, sin duda, fomentarán

nuevas discordias.

—¡Cobardes y bastardos! —exclamó Cosca, dándose una palmada en el muslo—. ¿Por qué no se han quedado para que los maten como a la gente decente? ¡Me gusta la fermentación, pero en absoluto la fomentación, y menos impuesta!

—Por razones políticas —seguía diciendo Lorsen—, los ejércitos de Su Majestad no pueden perseguirlos...

—Por razones políticas... —le interrumpió Temple— ¿como una frontera?

—Precisamente —musitó Lorsen.

Cosca se miró las uñas antes de decir:

—Bueno, la verdad es que nunca nos tomamos las fronteras muy en serio.

—Precisamente —musitó Pike.

—Queremos que la Compañía de la Graciosa Mano cruce las montañas y pacifique las Tierras Cercanas que se extienden al oeste, llegando al río Sokwaya. Este absceso de putrefacción debe ser extirpado de una vez y para siempre. —Lorsen cortó una podredumbre imaginaria con el filo de su mano derecha, alzando la voz mientras se animaba al hablar—. ¡Debemos sajar ese pozo de depravación al que se le ha permitido enconarse durante largo tiempo en nuestra frontera! ¡Esa... letrina que rebosa! ¡Esa alcantarilla atascada que no deja de lanzar su porquería de caos contra la Unión!

Temple reflexionó en el hecho de que, para ser un hombre que se decía contrario a la porquería, el Inquisidor Lorsen se complaciese en usar tantas metáforas derivadas de la mierda.

—Bueno, a nadie le gusta una alcantarilla atascada —le concedió Cosca—, excepto a quienes las limpian, supongo, porque la mierda es lo que les da de comer. Desatascar alcantarillas es nuestra especialidad, ¿verdad que sí, sargento Amistoso?

El grandullón levantó la vista de los dados el tiempo suficiente para encogerse de hombros.

—¿Me permite que interprete bajo mi óptica todo lo que usted ha dicho? —El Viejo retorció entre los dedos pulgar e índice de ambas manos las puntas enceradas

de su bigote gris—. Quiere que le hagamos una visita a la peste que acaba de llegarles a los colonos de las Tierras Cercanas. Quiere que castiguemos ejemplarmente a cualquier rebelde que se cobije entre ellos y a cualquier persona que los cobije. Quiere que les hagamos comprender que sólo tendrán futuro si cuentan con la gracia y el favor de Su Augusta Majestad. Quiere que los obliguemos a volver a los acogedores brazos de la Unión. ¿Me voy acercando bastante a lo que quiere?

—Se acerca bastante —murmuró el Superior Pike.

Temple se dio cuenta de que estaba sudando. Cuando se enjugó la frente, le temblaba la mano.

—El contrato ya está preparado. —Era el turno de que Lorsen sacara un montón de documentos que crujían al rozar entre sí, sujetos en una de sus esquinas superiores con un abultado sello de cera roja.

Cosca los apartó con un ademán.

—Mi notario los examinará. Todas las zarandajas legales me producen mareo. Sólo soy un simple soldado.

El dedo índice de Temple, siempre manchado de tinta, recorrió los párrafos escritos a mano mientras sus ojos se fijaban rápidamente en las cláusulas más importantes. Se detuvo cuando comprendió que pasaba las páginas con mucho nerviosismo.

—Yo mismo los acompañaré en la expedición —explicó Lorsen—. Hemos hecho una lista con los asentamientos susceptibles de dar cobijo a los rebeldes. O que albergan sentimientos de rebeldía.

—¡No hay nada más peligroso que los sentimientos! —comentó Cosca, haciendo una mueca.

—Aparte de esto, Su Eminencia el Archilector ofrece una recompensa de cincuenta mil marcos por la captura, vivo, del jefe que instigó la insurrección, uno al que los rebeldes llaman Conthus. También responde al nombre de Symok. Los Fantasmas lo llaman Hierba Negra. En la masacre de Rostod empleaba el alias de...

—¡No más alias, se lo ruego! —Cosca se masajeaba las sienes como si le dolieran—. Desde que en la batalla de Afieri recibí una herida en la cabeza, mi

memoria sufre la maldición de no poder recordar bien los nombres. Son una continua fuente de malestar. Pero el sargento Amistoso se ha quedado con todos los detalles. Si ese tal Conshus...

—Conthus.

—¿Qué he dicho?

—Conshus.

—¡Eso es! Si se encuentra en las Tierras Cercanas, será suyo.

—Lo quiero vivo —especificó Lorsen—. Tiene que responder por sus crímenes. Servirá de lección. ¡Quiero que todos lo vean!

—¡Seguro que será un espectáculo muy educativo!

Pike lanzó otro puñado de migajas a la bandada que ya le rodeaba.

—Los métodos a aplicar se los dejamos a usted, capitán general. Lo único que le pedimos es que en las cenizas que deje quede algo que podamos anexionarnos.

—Espero que comprenda que una compañía mercenaria es más una maza que un escalpelo.

—Su Eminencia ha pensado en el método que debe aplicar, porque comprende sus limitaciones.

—Un hombre inspirado, el Archilector. No sé si sabrá que somos amigos íntimos.

—Como podrá apreciar por el contrato, sólo se le exige evitar cualquier enfrentamiento con el Imperio. Del modo que sea, ¿me ha comprendido? —Pike recalcó las palabras con una mueca—. El Legado Sarmis aún recorre la frontera como un fantasma enfadado. Aunque no creo que vaya a cruzarla, debe saber que, ciertamente, no hay que jugar con él, pues es un adversario de ánimo exaltado, y también un hombre sanguinario. Su Eminencia no desea más guerras por ahora.

—No se preocupe, evitaré la confrontación todo lo que me sea posible. —Cosca acarició la empuñadura de su espada—. La espada es para

enseñarla, no para desenvainarla.

—También tenemos un regalo para usted. —El Superior Pike señaló el carruaje reforzado, un monstruo de madera de roble con remaches de hierro del que tiraban ocho caballos musculosos. Parecía un híbrido de transporte y de castillo, con ballesteras y un parapeto almenado en su parte superior, desde el que, presumiblemente, los defensores podían disparar a los enemigos que hubieran conseguido rodearlos. No era un regalo práctico, pero Cosca nunca había sentido mucho interés por lo práctico.

—¿Para mí? —El Viejo apretó sus ajadas manos contra su peto dorado—. ¡Será como mi casa cuando me encuentre sin casa en medio de la desolación!

—Dentro guarda un... *secreto* —dijo Lorsen—. Su Eminencia insistió mucho en que se pusiera a prueba.

—¡Me encantan las sorpresas! De esas que no tienen que ver con hombres armados a mis espaldas. Puede decirle a Su Eminencia que será un honor. —Cosca se detuvo, haciendo una mueca al comprobar que sus veteranas piernas chasqueaban de una manera que todos podían oír—. ¿Qué te parece el contrato?

Temple, que ya había llegado a la penúltima página, no dejaba de mirarle.

—Bueno... —El contrato era muy parecido al anterior, con las cláusulas muy claras e incluso más generosas en ciertos apartados—. Algunos problemas con el equipo —añadió mientras buscaba alguna pega—; las armas y las provisiones están cubiertas, pero la cláusula realmente debería incluir...

—Detalles. No hay motivo para posponerlo. Prepáralo para firmarlo y que los hombres se dispongan a ponerse en marcha. Cuanto más tiempo sigan aquí sentados, ociosos, más me costará que levanten el culo. No hay fuerza de la naturaleza tan dañina para la vida y el comercio como los mercenarios sin trabajo. Excepto, quizá, los mercenarios que ya lo tienen.

—Sería prudente que pudiese disponer de un poco más de...

Cosca se acercó a Temple y puso de manera amistosa su mano derecha encima de uno de sus hombros, diciendo:

—¿Tienes que hacer alguna objeción de carácter legal?

Temple rebuscó durante un instante las palabras que pudieran suponer algo importante para un hombre al que nada le importaba y, finalmente, dijo:

—Ninguna objeción de carácter legal.

—¿Y alguna de carácter financiero? —insistió Cosca.

—No, general.

—¿Entonces...?

—¿Recuerda usted la primera vez que nos vimos?

De repente, Cosca le deslumbró con esa sonrisa suya tan radiante que sólo él era capaz de mostrar, y el buen humor y las buenas intenciones iluminaron su rostro curtido.

—Claro que sí. Yo llevaba un uniforme azul, y tú unos andrajos marrones.

—Usted dijo... —en aquellos momentos aquello le parecía imposible— usted dijo que juntos haríamos el bien.

—¿Y no ha sido así, en líneas generales? ¿Legal y financieramente? —respondió Cosca, como si el amplio espectro de lo que se supone que es el bien se encontrase entre ambos polos gemelos.

—¿Y... moralmente?

El Viejo frunció el ceño como si la palabra perteneciese a una lengua extranjera.

—¿Moralmente?

—General, por favor. —Temple miraba a Cosca con toda la seriedad que le era posible. Y Temple sabía que podía ser muy serio cuando se lo proponía. De lo contrario, tenía mucho que perder—. Se lo ruego. No firme el documento. No tiene que ver con la guerra, sino con el asesinato.

—Una excelente diferencia para los que van a morir —dijo Cosca, arqueando una ceja.

—¡No somos jueces! ¿Qué será de la gente de esas ciudades cuando nuestros hombres entren en ellas ansiosos de saqueo? General, mujeres y niños que no participaron en ninguna rebelión. Servimos para algo más que todo eso.

—¿De veras? No decías lo mismo en Kadir. Si lo recuerdo bien, me convenciste de que firmara aquel contrato.

—Bueno...

—Y en Estiria, ¿no fuiste tú quien me animó a que cogiera lo que era mío?

—Su demanda era legítima...

—Y antes de que nos embarcáramos hacia el Norte me ayudaste a convencer a los hombres. Puedes ser condenadamente persuasivo cuando te lo propones.

—Entonces, permítame que le persuada ahora. Por favor, general Cosca. No firme.

Se hizo una larga pausa. Cosca respiraba con dificultad mientras arrugaba la frente más de lo habitual. Finalmente dijo:

—Entonces se trata de una objeción de *conciencia*.

—¿No es la conciencia —murmuró Temple, lleno de esperanza— una astilla de la conciencia divina? —Por no mencionar que también era un navegante desastroso que había acabado por meterle en aquellas aguas peligrosas. Fue consciente de que, a causa de los nervios, tiraba del dobladillo de su camisa mientras Cosca le miraba—. Tengo la sensación de que este trabajo... —se peleó consigo mismo para encontrar las palabras capaces de detener la marea que estaba por llegar— saldrá mal —acabó diciendo, casi sin convicción.

—Los buenos trabajos raramente requieren el servicio de los mercenarios. —La mano de Cosca le apretó un poco más fuerte en el hombro, al tiempo que la presencia de Amistoso a sus espaldas seguía incomodándole. Inmóvil y silencioso, pero *sin apartarse* del sitio—. Es posible que los hombres con principios y conciencia se amolden mejor a otros trabajos. Creo que la Inquisición de Su Majestad responde al sentido de lo que es la justicia, ¿no te parece?

Temple tragó saliva cuando miró al Superior Pike, que para entonces había conseguido atraer a toda una multitud aviar que gorjeaba.

—No estoy seguro de que me guste su sentido de la justicia.

—Bueno, eso es lo que suele pasar con lo que pensamos de la justicia —musitó Cosca—, pues cada uno la interpreta a su manera. Por otra parte, el significado del oro es universal. Según mi amplia experiencia, las personas hacen mejor preocupándose de lo que es bueno para su bolsa que de lo que es simplemente... bueno.

—Yo sólo...

—No quiero ser cruel, Temple —el apretón sobre su hombro se hizo más fuerte—, pero no depende de *ti*. Tengo que pensar en el bienestar de toda la Compañía. Quinientos hombres.

—Quinientos doce hombres —precisó Amistoso.

—Más otro con disentería. No puedo importunarlos a cuenta de tus *sensaciones*. Sería... *inmoral*. Te necesito, Temple. Pero si quieres irte... —Cosca le miró fijamente—, a pesar de todas las promesas que intercambiamos, a pesar de mi generosidad, a pesar de todo aquello por lo que hemos pasado juntos... —movió un brazo hacia Mulkova, que ardía, y enarcó las cejas— la puerta sigue abierta.

Temple tragó saliva. Habría podido irse. Habría podido decir que no quería tomar parte en aquello. ¡Maldición, ya estaba harto! Pero para eso se necesitaba coraje. Si lo hacía, dejaría de tener hombres armados que le cubriesen las espaldas. De nuevo estaría solo y se sentiría débil, y volvería a ser una víctima. No le sería fácil soportarlo. Y Temple siempre tomaba el camino fácil. Aunque supiera que no era el correcto. Porque el camino fácil, aunque no fuese el correcto, siempre le proporcionaba una buena compañía. Y aunque supiera exactamente lo que significaba el bien, siempre terminaba por seguir el mal camino. ¿Por qué pensar en el mañana cuando el ahora no es un camino de rosas?

Quizá Kahdia hubiera encontrado la manera de detener todo aquello. Lo más seguro es que tuviera que ver con un acto supremo de sacrificio personal. Pero Temple, ni falta hará decirlo, no era Kahdia. Así que se enjugó la frente, lustrosa por el sudor, y, a regañadientes, enarboló una débil sonrisa mientras declaraba, con una reverencia:

—Para mí seguirá siendo un honor servir bajo su mando.

—¡Excelente! —Cosca le arrancó el contrato de su mano, ya sin fuerza, lo

extendió encima de una columna torcida y se dispuso a firmarlo.

El Superior Pike se levantó. Cuando limpió de miguitas su casaca negra, para entonces bastante arrugada, los pájaros echaron a volar.

—¿Sabe usted lo que nos aguarda en el Oeste?

Dejó la pregunta en el aire durante un instante. Más abajo podían escuchar el ruido de las cadenas y los débiles gemidos de los prisioneros, a quienes se llevaban sus Practicantes. Entonces la contestó.

—El futuro. Y el futuro no pertenece al Viejo Imperio... que gobernó hace mil años. No a los Fantasmas, que son unos salvajes. Tampoco a los fugitivos, escoria de oportunistas y aventureros que han echado sus primeras raíces en su suelo virgen. No. El futuro pertenece a la Unión. Y nosotros debemos tomarlo en nuestras manos.

—Y no nos arredra hacer lo que sea preciso para ello —apostilló Lorsen.

—No teman, caballeros. —Cosca hizo una mueca mientras rascaba el papel al firmarlo a toda prisa—. Juntos tomaremos el futuro en nuestras manos.

GENTE CORRIENTE

LA lluvia había cesado. Shy miró a través de los árboles que goteaban agua y lo primero que vio fue un tronco abandonado y medio descortezado que descansaba encima de unos soportes, así como el cepillo empleado para aquella faena, el cual se encontraba cubierto por varias cortezas peladas, y después los ennegrecidos huesos de la casa.

—No es difícil seguir a esos malnacidos —musitó Lamb—. Van dejando edificios quemados por donde pasan.

Lo más seguro era que acabasen con cualquiera que intentara seguirlos. No quería pensar en lo que podía suceder al ver que Lamb y Shy, subidos en su carreta que traqueteaba, los seguían.

Siempre había estado obsesionada por el tiempo, el de Lamb, el de Gully, el de Pit y el de Ro, siempre asignándoselo a todos en cada lugar y momento precisos. Siempre mirando hacia delante, esperando que el futuro fuese mejor que el presente, y casi percibiéndolo tan claramente como la casa que casi había terminado. Era difícil creer que desde entonces sólo hubieran pasado cinco noches bajo la lona de la carreta, que no dejaba de ondear al viento. Y cinco mañanas en las que se había despertado rígida y cansada bajo una aurora que le hacía sentir como si la tierra fuese a abrirse bajo sus pies. Cinco días siguiendo la pista entre la campiña vacía y los bosques, sin perder de vista su aciago pasado y preguntándose, cada vez que saludaba con una mueca a la mañana, qué parte del mismo se había librado del frío abrazo de la tierra y le había robado la vida.

Nerviosa, se rascó la palma de una mano con las uñas de la otra.

—¿No echamos un vistazo? —Tenía miedo de lo que pudiese encontrar. Miedo de mirar y de no mirar. Miedo de cualquier espacio vacío donde pudiera encontrarse su esperanza.

—Iré a dar una vuelta. —Lamb se golpeó las rodillas con el sombrero y comenzó a rodear el claro. Al tronchar las ramitas de vegetación con sus botas, unos pichones que volaban por el blanco cielo se sobresaltaron, avisando a todo el

mundo de su llegada. Pero no había nadie por los alrededores. Nadie con vida.

Distinguió una pequeña extensión que estaba cubierta por unas hortalizas muy crecidas. En su duro suelo habían excavado una zanja que llegaba a la altura de los tobillos. Junto a ella, una manta sucia cubría algo abultado. Bajo ella sobresalían un par de botas y un par de pies huesudos que tenían las uñas de los dedos cubiertas de barro.

Lamb se agachó, agarró la manta por un extremo y la levantó. Los rostros grises y flácidos de un hombre y de una mujer, ambos con profundos cortes. La cabeza de la mujer cayó hacia un lado, revelando la herida carmesí, aún fresca, que tenía en el cuello.

—¡Ah! —Shy metió la lengua por el hueco que formaban sus incisivos y se quedó mirando al suelo. Aunque no era tan optimista como para creer que no fueran a encontrar a nadie, aquellos rostros le quitaron la poca esperanza que le quedaba. Le preocupaban Pit y Ro, o quizá ella misma, aunque quizá fuesen los malos recuerdos de los malos tiempos, en los que contemplar cadáveres estaba a la orden del día.

—¡Soltadlos, bastardos!

Lo primero que vio fue cómo brillaba la punta de la flecha. Lo siguiente, la mano que asía el arco, cuyos nudillos resaltaban por su blancura contra la madera oscura. Lo último, el rostro que estaba detrás... el de un chico de unos dieciséis años que, a causa de la humedad, tenía sus enmarañados cabellos del color de la arena pegados a la blanca piel de su cabeza.

—¡Te mataré! ¡Lo haré! —Acababa de dejar atrás los arbustos y hacía esfuerzos para pisar tierra más compacta, mientras las sombras se deslizaban por su estrecho rostro y le temblaba la mano con que agarraba el arco.

Shy hizo todo lo posible para no moverse, intentando hacer caso omiso de aquellos instintos, contrarios entre sí, que le obligaban a abalanzarse contra él o a salir corriendo. Le dolían todos los músculos por las ganas de hacer una cosa u otra, pues en otro tiempo Shy solía hacer caso a lo que le decían sus instintos. Pero como, indefectiblemente, habían acabado llevándola por el desagradable camino que conduce directamente hacia la mierda, en aquella ocasión no hizo caso de aquellos cabronazos y se limitó a quedarse quieta y a mirar directamente los ojos de aquel chico. Unos ojos asustados, lo que no era de extrañar, y abiertos como platos, cuyas

comisuras relucían. Decidió hablar en voz baja, como si ambos estuvieran en el baile de la cosecha y no hubiese entre ellos edificios quemados, gente muerta ni una flecha lista para salir volando.

—¿Cómo te llamas?

La lengua del chico se asomó rápidamente por su boca mientras la punta de la flecha temblaba, consiguiendo que la parte del pecho adonde apuntaba le picase terriblemente.

—Yo soy Shy. Y éste es Lamb.

Los ojos del chico cambiaron de objetivo, lo mismo que su arco. Lamb no se acobardó, y se limitó a dejar la manta como se la había encontrado y luego a quedarse inmóvil. Visto con los inocentes ojos del chico, parecía cualquier cosa excepto inocuo. Aunque se hubiese dejado aquella barba gris que se le enmarañaba, aquel hombre tenía que ser muy, pero que muy descuidado para hacerse accidentalmente tantas cicatrices con la navaja de afeitar. Porque, aunque Shy siempre hubiera pensado que debía de haber participado en las guerras del Norte, nada en él recordaba en aquellos momentos al antiguo combatiente. Por eso siempre decía que era una especie de cobarde. Pero aquel chico ignoraba todo aquello.

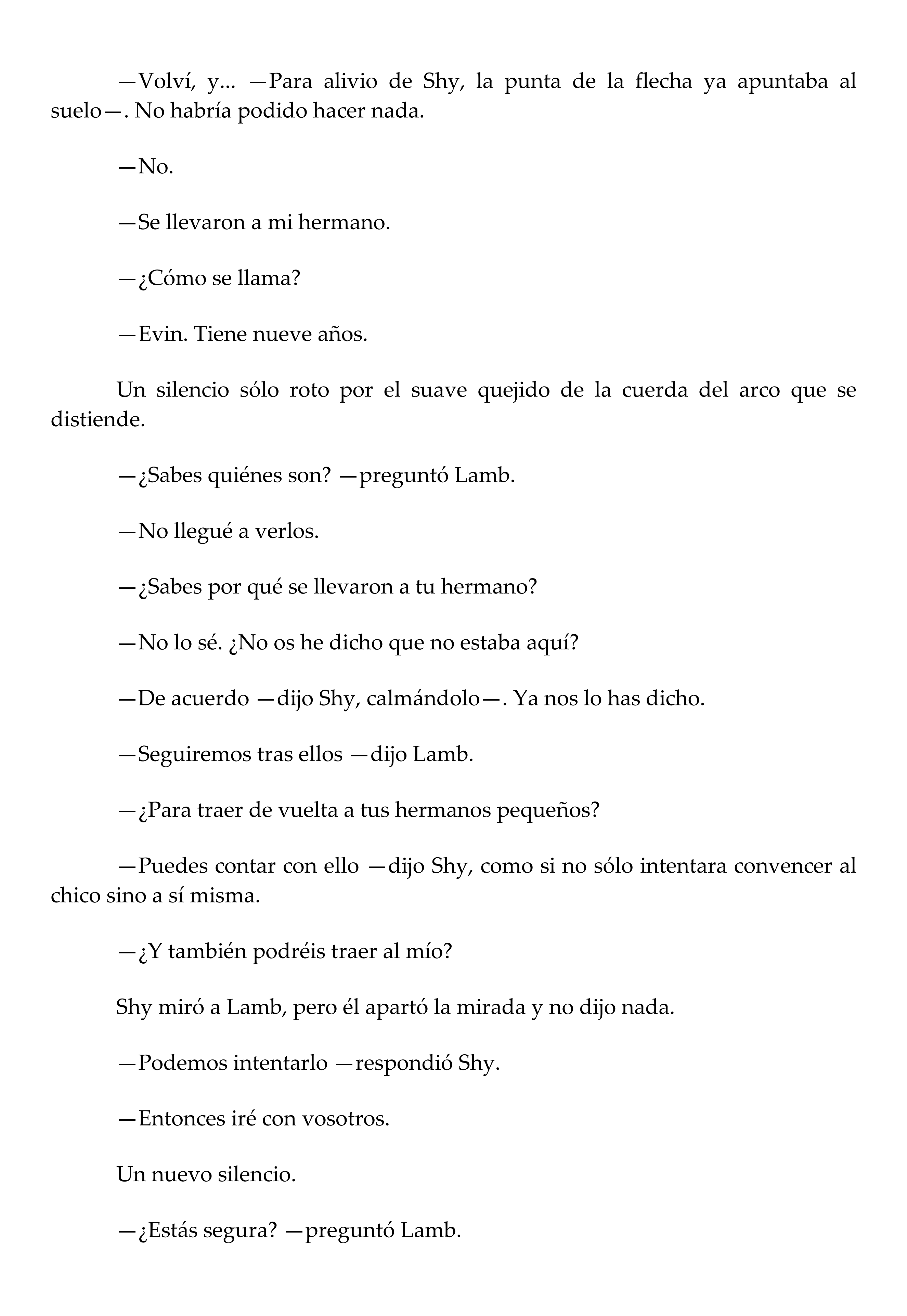
—Estamos siguiendo a unos hombres. —Shy seguía hablándole con mucha, mucha dulzura, como si quisiera convencer al chico y a la punta de la flecha que se encontraba ante ella—. Quemaron nuestra granja, cerca de Tratojusto. La quemaron, mataron al hombre que trabajaba para nosotros y se llevaron a mi hermana y a mi hermanito... —Como la voz se le quebró, tuvo que aclararse la garganta para seguir hablando con aquel tono meloso—. Los estamos persiguiendo.

—Creemos que han pasado por aquí —dijo Lamb.

—Les seguimos la pista. Deben de ser unos veinte hombres, y se mueven deprisa. —La punta de la flecha comenzó a bajar hacia el suelo—. Se detuvieron antes en otras dos granjas. Igual que en ésta. Luego los seguimos por los bosques. Y aquí estamos.

—Yo estaba cazando —dijo el chico en voz baja.

—Y nosotros en la ciudad —Shy asintió—, vendiendo el grano.



—Volví, y... —Para alivio de Shy, la punta de la flecha ya apuntaba al suelo—. No habría podido hacer nada.

—No.

—Se llevaron a mi hermano.

—¿Cómo se llama?

—Evin. Tiene nueve años.

Un silencio sólo roto por el suave quejido de la cuerda del arco que se distiende.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Lamb.

—No llegué a verlos.

—¿Sabes por qué se llevaron a tu hermano?

—No lo sé. ¿No os he dicho que no estaba aquí?

—De acuerdo —dijo Shy, calmándolo—. Ya nos lo has dicho.

—Seguiremos tras ellos —dijo Lamb.

—¿Para traer de vuelta a tus hermanos pequeños?

—Puedes contar con ello —dijo Shy, como si no sólo intentara convencer al chico sino a sí misma.

—¿Y también podréis traer al mío?

Shy miró a Lamb, pero él apartó la mirada y no dijo nada.

—Podemos intentarlo —respondió Shy.

—Entonces iré con vosotros.

Un nuevo silencio.

—¿Estás segura? —preguntó Lamb.

—¡Yo puedo hacer lo que haya que hacer, viejo bastardo! —exclamó el chico, con las venas hinchándosele en el cuello.

Lamb ni siquiera movió un músculo al replicar:

—Ni siquiera nosotros sabemos lo que hay que hacer.

—Creo que queda sitio en la carreta, por si sigues queriendo venir con nosotros. —Tendió la mano al chico, que la miró durante un instante antes de dar un paso adelante y estrecharla. Con mucha fuerza, como suelen hacer los hombres cuando intentan convencer a otro de que son más duros de lo que realmente son.

—Me llamo Leef.

Ella asintió, mirando los dos cadáveres.

—¿Son tu familia?

El chico parpadeó al mirarlos.

—He intentado enterrarlos, pero el suelo está muy duro y no tengo nada con qué cavar—. Se pasó el pulgar de una mano por las uñas rotas—. Lo he intentado.

—¿Quieres que te ayudemos? —le preguntó ella.

Sintiéndose abrumado, agachó la cabeza y asintió, haciendo que sus cabellos mojados se movieran de un lado para otro.

—De vez en cuando, todos necesitamos algo de ayuda —dijo Lamb—. Cogeremos las palas.

Shy se acercó al chico, lo observó durante un instante y, con mucha calma, le puso una mano en el hombro. Al sentir que estaba muy tenso, pensó que se apartaría, pero no lo hizo, y ella se lo agradeció. Quizá lo necesitase más que él.

Prosiguieron viaje sin grandes novedades, excepto por el hecho de ser antes dos y en aquellos momentos tres. El mismo viento, el mismo cielo, las mismas huellas que seguir, el mismo silencio pesaroso entre ellos. El carro se iba deteriorando a medida que seguían las huellas, tambaleándose cada vez más a cada

kilómetro que quedaba atrás de los pacientes bueyes. Una de las ruedas tembló como si fuera a hacerse pedazos dentro de la llanta de hierro que la rodeaba. Descargaron los pertrechos, dejaron que los bueyes pastaran a su aire en la hierba y Lamb levantó uno de los costados del toldo, gruñendo y encogiéndose de hombros mientras Shy recogía las herramientas y el medio saco de clavos, y Leef, que parecía ansioso por echarle una mano, se contentaba con pasarle el martillo cada vez que se lo pedía.

Las huellas los condujeron hasta un río y unos bajíos poco profundos. Puesto que Calder y Scale no mostraron muchas ganas de cruzarlos, Shy optó por llevarlos hasta un molino de piedra bastante alto, de tres plantas. Como aquellos a quienes perseguían no se habían molestado en quemarlo, su rueda aún seguía moviéndose sin trabas, chirriando al recibir el agua que caía en ella. Dos hombres y una mujer colgaban juntos de la ventana de la buhardilla. El cuello roto de uno de los hombres aparecía tremendamente estirado, mientras que los pies del otro, que habían quemado de una manera atroz, oscilaban encima del barro como si se movieran a zancadas sobre él.

—¿Qué clase de gente puede hacer una cosa así? —Leef los miraba con unos ojos como platos.

—Gente corriente —dijo Shy—. Para hacer este tipo de cosas no se necesita ser especial. —Pero en ocasiones a ella le parecía que aquellos a quienes perseguían tenían que ser algo más. Una tempestad de locura que golpeaba aquella tierra abandonada, agitando el fango y dejando a su paso cascos de botellas, excrementos, edificios quemados y gente ahorcada. Una tempestad que se llevaba a los niños vaya usted a saber adónde y con qué propósito—. Leef, ¿quieres acercarte hasta ellos y bajarlos?

Aunque no pareciera tener muchas ganas de hacerlo, sacó su cuchillo y se dirigió a donde se le decía.

—Me parece que últimamente estamos enterrando a demasiada gente —musitó Shy.

—Menos mal que le sacaste a Clay unas palas —dijo Lamb.

Ella rió por la ocurrencia, para luego comprobar que su risa se convertía en una tos bastante fea. Leef se asomaba por la ventana mientras cortaba las cuerdas, haciendo que los cadáveres cayeran al suelo.

—No me gusta tener que limpiar todo lo que dejan esos bastardos.

—Alguien tiene que hacerlo. —Lamb le tendió una de las palas—. ¿O prefieres dejar que esa gente siga bailoteando?

Al atardecer, cuando el sol poniente teñía de fuego el borde de las nubes y el viento formaba senderos entre la hierba y obligaba a bailar a las ramas de los árboles, llegaron a lo que quedaba de un campamento. Un gran fuego había ardido cerca de la linde de un bosque, pues las ramas quemadas y las cenizas mojadas tenían un diámetro de tres pasos largos. Shy abandonó de un salto el carro mientras Lamb indicaba a Scale y a Calder que se detuviesen. Luego sacó su cuchillo y hurgó con él en los restos, dándoles la vuelta a algunas brasas que aún ardían.

—Estuvieron aquí anoche —comentó.

—Entonces, ¿vamos a atraparlos? —preguntó Leef, que bajaba de un salto del carro y colocaba una flecha en el arco.

—Eso creo. —Pero Shy no dejaba de preguntarse si sería buena idea. Recogió un trozo de cuerda deshilachada que estaba entre la hierba y encontró entre los arbustos de la linde una telaraña rota, así como un pedazo de tela que había quedado encima de una zarza.

—¿Ha pasado alguien por aquí? —preguntó Leef.

—Eran varias personas. E iban a toda prisa. —Shy siguió avanzando, agachándose, arrastrándose por la pendiente, resbalando por el barro y las traicioneras hojas caídas que pisaba, intentando mantener el equilibrio y mirar entre la penumbra...

Y entonces le pareció ver a Pit. Estaba boca abajo junto a un árbol caído y parecía muy pequeño, comparado con las nudosas raíces. Intentó gritar, pero no podía hablar, ni siquiera respirar. Echó a correr, resbaló, creando una lluvia de hojas muertas, y siguió corriendo. Se agachó a su lado, viendo que su cara era una masa de grumos. Le temblaban las manos cuando se acercó para verle bien la cara, pero no quería mirar. Mantuvo la respiración cuando se puso encima de él, de aquel cuerpo pequeño que estaba tan tieso como una tabla, y apartó con dedos temblorosos las hojas que se le habían pegado a la cara.

—¿Es tu hermano? —preguntó Leef en voz baja.

—No. —El alivio que dominó todo su ser le hizo sentirse enferma. Y luego culpable, por haber experimentado aquella sensación de alivio aun sabiendo que aquel niño estaba muerto—. ¿No será el tuyo?

—Tampoco —respondió Leef.

Shy pasó las manos por debajo del niño muerto y lo levantó, subiendo con mucho esfuerzo por la pendiente, siempre seguida por Leef. Lamb seguía arriba del todo, mirando entre los árboles, una silueta oscura que se recortaba bajo el arrebol del ocaso.

—¿Es él? —preguntó con voz cascada—. ¿Es Pit?

—No. —Shy lo dejó con los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás en la hierba pisoteada.

—¡Por los muertos! —Lamb se pasó los dedos por la larga cabellera gris y se agarró la cabeza como si fuera a estallarle.

—Quizá intentó huir. Y ellos lo aprovecharon para darles una lección a los demás. —Esperaba que Ro no hubiese intentado nada parecido. Era demasiado lista para hacer tal cosa. Sobre todo, teniendo que cuidar de Pit. Shy quería creer que era demasiado lista para hacerlo. Esperaba que lo fuera más que ella, a su edad. Se apoyó en el carro, dándole la espalda a los demás, cerró los ojos y se secó las lágrimas. Otra vez a sacar las malditas palas para luego meterlas.

—A joderse y a cavar otra vez —masculló Leef, atacando al suelo como si fuese el bandido que se había llevado a su hermano.

—Mejor cavar que ser enterrado —aseveró Lamb.

Shy los dejó cavando mientras los bueyes pacían y se movían en círculo, para agacharse y peinar la fría hierba en busca de indicios que poder interpretar bajo la luz que se apagaba. Intentando descubrir lo que habían hecho y el siguiente paso que hubieran podido dar.

—Lamb.

El norteño gruñó al agacharse a su lado, y sus manos se agitaron.

—¿Qué sucede?

—Creo que tres de ellos se separaron en este sitio para dirigirse al suroeste. Los demás siguieron hacia el oeste. ¿Qué te parece?

—No lo sé. Tú eres la rastreadora. Cree lo que quieras, yo no tengo ni idea.

—Sólo es cuestión de imaginarse lo que pudo pasar. —Shy no quería admitir que perseguir y ser perseguido sólo eran las dos caras de una misma moneda, y que ella había estado viendo sólo la segunda durante dos años.

—¿Se separaron? —preguntó Leef.

Lamb se tocó el corte de la oreja mientras miraba hacia el sur.

—¿Porque discutieron?

—Es posible. O quizá los mandaron a moverse en círculo alrededor del grupo para ver si alguien los seguía.

Leef buscó a tientas una flecha mientras escrutaba el horizonte, pero Lamb le hizo desistir.

—Si saben rastrear, ya nos habrán visto. —Siguió mirando al suroeste, hacia la línea de árboles que llevaba hasta una pequeña quebrada, por donde Shy suponía que se habían marchado—. No. Supongo que ya habían aguantado demasiado. Quizá las cosas fueron demasiado lejos para su gusto. Quizá comenzaran a pensar que podían ser los siguientes en colgar de un árbol. Sea como fuere, los seguiremos. Espero cogerlos antes de que las ruedas de este carro terminen por romperse. O yo —añadió con mucha tranquilidad mientras hacía una mueca para acomodarse en el asiento.

—Los niños no iban con esos tres —comentó Leef con cierta hosquedad.

—No —Lamb volvió a ponerse el sombrero—. Pero podrían llevarnos por el camino correcto. Necesitamos reparar bien este carro, encontrar nuevos bueyes o conseguir algunos caballos. Necesitamos comida. Quizá esos tres...

—Viejo, eres un jodido cobarde.

Una pausa, que Lamb aprovechó para asentir mientras replicaba, dirigiéndose a Leef:

—Ella y yo llevamos muchos años discutiendo acerca de esta cuestión, así que el último comentario no añade nada nuevo a lo ya dicho.

Ella los miró, al chico que seguía en el suelo, al parecer, muy enfadado, y al viejo grandullón, que le devolvió la mirada desde su asiento sin inmutarse.

—Tenemos que ir a por los niños, o... —Leef apretaba los labios.

—Sube al carro, chaval, o tendrás que ir tú solo a por los niños.

Leef abrió la boca, pero Shy le cogió por un brazo antes de que pudiera decir nada.

—Yo quiero cogerlos tanto como tú, pero Lamb tiene razón... por ahí andan sueltos veinte hombres malos, armados y decididos a todo. No podemos hacer nada.

—Pero antes o después los atraparemos, ¿verdad? —preguntó Leef, que respiraba de manera muy agitada—. ¡Mejor cuanto antes, mientras mi hermano y los tuyos aún siguen vivos!

Aunque no pudiera darle toda la razón, Shy tuvo que admitir que la tenía en parte. Así que siguió mirándole mientras le decía a la cara, tranquila pero sin ceder:

—Sube al carro, Leef.

En esa ocasión, hizo lo que le pedía y se sentó entre los pertrechos, dándoles la espalda en silencio.

Shy puso un brazo lleno de arañazos cerca de Lamb y tiró de las riendas, obligando a Scale y a Calder a moverse, lo cual hicieron a regañadientes.

—¿Y qué haremos cuando atrapemos a esos tres? —preguntó en voz baja, para que Leef no pudiera oírlo—. Estoy segura de que estarán armados y decididos a todo. Mucho mejor armados que nosotros.

—Entonces nosotros tendremos que mostrarnos mucho más decididos que ellos.

Enarcó las cejas al oírlo. Aquel hombre del Norte tan enorme y amable, que solía correr entre el trigo con Ro encima de uno de sus hombros y con Pit encima del

otro, que acostumbraba a sentarse fuera con Gully al atardecer para compartir una botella durante horas y que jamás le había puesto la mano encima cuando ella se había hecho mayor, a pesar de algunas provocaciones..., hablaba de mancharse de sangre hasta los codos como si no tuviera importancia.

Pero Shy sabía que sí la tenía.

Cerró los ojos y recordó la cara de Jeg después de que ella lo apuñalara, con su maldito sombrero calado hasta los ojos, dando tumbos por la calle mientras murmuraba: *Humo, Humo*. Y a aquel empleado de la tienda que la miraba fijamente mientras la camisa se le oscurecía. Y la mirada de Dodd, que boqueaba al ver la flecha que ella acababa de clavarle en el pecho. *¿Por qué lo has hecho?*

Se restregó fuertemente la cara con una mano, sudando de repente, mientras el corazón le latía tan fuerte como entonces, y se retorció la grasienta ropa que llevaba como si pudiese hacer otro tanto con el pasado. Pero el pasado se resistía y la atrapaba. Tenía que volver a mancharse las manos de sangre por Pit y por Ro. Agarró con fuerza la empuñadura de su cuchillo, respiró hondo y apretó la mandíbula. No había elección entonces y no la había ahora. Y nada de derramar lágrimas por gente de la calaña de los que estaban siguiendo.

—Cuando los encontremos —su voz sonaba empequeñecida en la tiniebla que la rodeaba—, ¿harás lo que te diga?

—No —contestó Lamb.

—¿Eh? —Lamb llevaba acatando sus órdenes tanto tiempo que ella no se imaginaba que pudiera hacer las cosas por su cuenta.

Cuando lo miró, su viejo rostro lleno de cicatrices se retorció como si algo le doliese.

—Le hice una promesa a tu madre. Antes de morir. Le prometí cuidar de sus pequeños. Pit y Ro... Y creo que eso te incluye a ti, ¿no te parece?

—Creo que sí —dijo por lo bajo, aunque un tanto insegura.

—He incumplido muchas promesas a lo largo de mi vida. Dejé que pasaran ante mí como hojas que llevaba la corriente. —Se secó los ojos con el dorso de una de sus manos enguantadas—. Pero ésta pienso cumplirla. Así que cuando los encontremos... tú seguirás mis órdenes. Al menos por esta vez.

—De acuerdo. —Si le servía de ayuda, ¿por qué no seguirle la corriente?

Luego ya haría ella lo que mejor le pareciese.

EL MEJOR HOMBRE

—**C**REO que esto es Tratojusto —dijo el Inquisidor Lorsen, un tanto molesto mientras consultaba su mapa.

—¿Y Tratojusto está en la lista del Superior? —preguntó Cosca.

—Lo está. —Lorsen se aseguró de imprimir a su voz el tono necesario para que nadie pudiese pensar que no estaba seguro. Era el único hombre en cientos de kilómetros a la redonda que tenía algo parecido a una causa. No podía dudar.

El Superior Pike había dicho que el futuro se encontraba en el Oeste, pero la ciudad de Tratojusto, contemplada a través del catalejo del Inquisidor Lorsen, no se parecía en nada a ese futuro. Tampoco se parecía a ningún presente en el que él quisiese tomar parte. La gente que se buscaba la vida en las Tierras Cercanas era mucho más pobre de lo que él se había imaginado. Fugitivos y proscritos, inadaptados y fracasados. Al ser demasiado pobres, era evidente que su principal prioridad no era la de apoyar una rebelión contra la nación más poderosa del mundo. La permisividad, el dar explicaciones y el compromiso eran lujos que no se podían permitir. En el transcurso de los muchos y dolorosos años transcurridos como administrador de un campo de prisioneros situado en Angland, Lorsen sabía que la gente tenía que escoger entre el bando correcto y el equivocado, y que a quienes escogían el equivocado no había que darles merced. No le gustaba, pero hacer un mundo nuevo no salía gratis.

Así que dobló el mapa, alisó su doblez con la uña del pulgar y se lo guardó en la casaca.

—Que sus hombres se preparen para el ataque, general.

—*Mmmm*.

Cuando Lorsen miró de reojo, le extrañó que Cosca estuviera bebiendo de una petaca de metal.

—¿No es un poco temprano para las bebidas espirituosas? —preguntó,

apretando los dientes. A fin de cuentas, sólo habían pasado una o dos horas desde el amanecer.

—Las cosas que son buenas a la hora del té seguro que también lo son a la del desayuno —respondió Cosca, encogiéndose de hombros.

—El mismo principio también puede aplicarse a las que son malas —dijo Lorsen, hablando entre dientes.

Sin hacerle caso, Cosca se echó otro trago.

—Le agradecería que no contara nada de esto a Temple. El pobre se preocupa mucho. Piensa en mí como en un padre. Tenía cierta penuria cuando lo conocí. Ya sabe...

—Fascinante —dijo Lorsen, interrumpiéndole—. Que sus hombres se *preparen*.

—Muy bien, Inquisidor. —El venerable mercenario enroscó el tapón con mucha fuerza... como si acabara de decidir que no volvería a desenroscarlo, y luego, con mucha afectación y muy poca dignidad, comenzó a bajar ladera abajo.

Daba toda la impresión de ser un hombre repugnante: vano e inexpresivo, tan digno de confianza como un escorpión y completamente ajeno a la moralidad. Pero después de llevar varios días con los hombres de la Compañía de la Graciosa Mano, el Inquisidor Lorsen había llegado a la lamentable conclusión de que Cosca, o el Viejo, como a él le encantaba que lo llamasen, era el mejor de todos ellos. Sus subordinados directos eran, ciertamente, peores. El capitán Brachio era un estirio vil que tenía un ojo lloroso a causa de una antigua herida. Aunque fuese buen jinete, era tan gordo como una casa, y había convertido la permisividad que le venía de su indolencia en una religión. El capitán Jubair, un enorme kantic de piel negra, era todo lo contrario, al convertir en religión su locura por querer hacerlo todo por sí mismo. Corría el rumor de que era un antiguo esclavo que antaño había luchado en un foso. Aunque hiciera mucho que lo había dejado, Lorsen sospechaba que una parte del foso aún permanecía dentro de él. El capitán Dimbik, que al menos era un hombre de la Unión, aunque hubiese sido expulsado de su Ejército por incompetencia y por debilidad, también pecaba de petulancia. A pesar de estar calvo, se había dejado el cabello largo, de suerte que en vez de parecer simplemente calvo parecía ser calvo y también necio.

Según el criterio de Lorsen, ninguno de ellos creía en nada que no fuese su

propio provecho. Por mucho afecto que Cosca le demostrase, el letrado Temple era el peor del equipo, pues, además de celebrar el egoísmo, la codicia y las manipulaciones hechas bajo cuerda como virtudes, era un hombre tan adulador que hubiera podido dedicarse al trabajo de engrasar ejes de carretas. Lorsen se estremecía al mirar las caras del resto de la gente que se movía alrededor del carruaje reforzado del Superior Pike: despojos andrajosos de todas las razas y de todos los mestizajes, cubiertos por un gran surtido de cicatrices, depravados, zarrapastrosos y, todos ellos, de mirada obscena, en previsión del saqueo y la violencia.

Pero, ¿acaso no podía ser que instrumentos tan viles sirvieran para conseguir nobles propósitos? Esperaba poder demostrarlo. El rebelde Conthus se escondía en algún lugar de aquella tierra abandonada, oculto en la sombra mientras urdía más sediciones y masacres. Había que extirparlo de ella costara lo que costase. Tenía que servir de ejemplo, para que Lorsen lograra cosechar la gloria de haberlo capturado. Echó una última mirada con su catalejo a Tratojusto... que seguía tranquila... antes de cerrarlo de golpe y echar a andar cuesta abajo.

En la base de la colina, Temple hablaba en voz baja con Cosca, dando un tono de lamento a su voz que a Lorsen le parecía extremadamente exasperante.

—¿No podríamos... quizá... hablar con la gente de la ciudad?

—Eso haremos —dijo Cosca— en cuanto nos hayamos asegurado el forraje.

—O sea, después de que les hayamos robado.

—¡Malditos abogados! —dijo Cosca, dándole una palmada en el brazo—. ¡Qué directos vais al centro de las cosas!

—Tiene que haber una manera mejor...

—Llevo toda la vida buscando una y, mira, aquí estoy. Como bien sabes, Temple, hemos firmado un contrato, y el Inquisidor Lorsen quiere que lo cumplamos hasta el final, ¿eh, Inquisidor?

—Debo insistir en eso —dijo Lorsen entre dientes, lanzando a Temple una mirada envenenada.

—Si querías evitar un derramamiento de sangre —dijo Cosca—, deberías haberlo dicho antes.

—Si lo hice... —el letrado parpadeó.

El Viejo levantó indolentemente las palmas de sus manos para indicar que los hombres se armaran, montaran, bebieran y que, del modo que fuese, se dispusieran a realizar todo tipo de violencia.

—Es evidente que no fuiste lo suficientemente elocuente. ¿Cuántos hombres tenemos hoy listos para luchar?

—Cuatrocientos treinta y dos —respondió al instante Amistoso. Le pareció a Lorsen que Amistoso, ese individuo tan grande, descollaba en dos especialidades extraordinarias: amedrentar a la gente y contar—. Además de los sesenta y cuatro que decidieron no unirse a la expedición, ha habido once deserciones desde que nos fuimos de Mulkova y cinco bajas por enfermedad.

Cosca no le dio importancia.

—Alguna merma es inevitable. Cuantos menos seamos, tocaremos a más gloria, ¿eh, Sworbreck?

El escritor, que se había embarcado estúpidamente en aquella expedición, no parecía muy convencido.

—Bueno, supongo...

—La gloria no resulta tan fácil de contar como la gente —comentó Amistoso.

—Muy cierto —se lamentó Cosca—. Igual que el honor, la virtud y todos esos intangibles tan deseables. Pero cuantos menos seamos, también tocaremos a una parte mayor del botín.

—Las partes del botín sí se pueden contar.

—Y pesar, y tocar, y enseñarlas —dijo el capitán Brachio, acariciando su voluminosa barriga con ambas manos.

—La extensión lógica del razonamiento —Cosca retorcía las puntas enceradas de sus bigotes— sería que todos los grandes ideales de nuestra existencia valen menos que un cobre.

Lorsen se estremeció por el profundo disgusto que sentía.

—Usted describe un mundo en el que yo no podría vivir.

El Viejo le respondió con una sonrisa burlona.

—Y, sin embargo, está aquí, conmigo. ¿Se ha puesto Jubair en posición?

—Casi —respondió Brachio entre dientes—. Esperamos su señal.

Lorsen apretó los dientes y respiró por sus intersticios. Un puñado de locos aguardando la señal de otro que lo estaba aún más.

—No es demasiado tarde —Sufeen hablaba en voz baja para que los demás no pudieran escucharle—. Podemos impedirlo.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa? —Jubair desenvainó la espada, observó el miedo pintado en los ojos de Sufeen y sintió lástima y desprecio por él. El miedo nacía de su arrogancia. De la creencia de que nada se debía a la voluntad de Dios y que, por tanto, todo podía cambiarse. Pero no era así. Y por eso, Jubair no tenía miedo—. Dios lo quiere.

La mayoría de los hombres se niegan a ver la verdad. Sufeen se lo quedó mirando fijamente, como si pensase que estaba loco de atar.

—¿Y por qué va a querer Dios castigar al inocente?

—No eres quién para juzgar la inocencia. Ni se le ha dado al hombre conocer la voluntad de Dios. Si Él quiere que alguien se salve, sólo tiene que desviar mi espada hacia un lado.

Sufeen disentía lentamente con la cabeza.

—Si ése es tu Dios, yo no creo en Él.

—¿Y qué clase de Dios sería si le importase lo más mínimo que tu creyeses en él? ¿O yo, o cualquier otro? —Cuando Jubair alzó la espada, la luz del sol brilló a lo largo de su filo recto, revelando sus numerosas melladuras y marcas—. Quizá no creas en esta espada, pero puede herirte. Ella es Dios. Y todos seguimos Su camino sin cuestionarlo.

Sufeen volvió a menear su pequeña cabeza, como si así pudiera cambiar el curso de los acontecimientos.

—¿Eso te lo enseñó algún sacerdote?

—He visto cómo es el mundo y he juzgado por mí mismo cómo debería ser. —Echó una mirada por encima de su hombro y vio que sus hombres se reunían en el bosque, con armas y armaduras listas para la tarea, sin dudas en el rostro, ansiosos de comenzar—. ¿Estamos listos para atacar?

—He estado ahí abajo —dijo Sufeen, apuntando con el dedo a Tratojusto, que se encontraba al otro lado del sotobosque—. Tienen tres alguaciles, y dos de ellos son idiotas. Me parece que un ataque con todas nuestras fuerzas sería algo excesivo, ¿no crees?

Realmente tenían muy pocas defensas. Una valla de troncos mal cortados había protegido antaño el perímetro de la ciudad, pero luego la habían quitado en muchos sitios para que la ciudad pudiera crecer. El tejado de madera que cubría la atalaya estaba lleno de musgo, y alguien había utilizado uno de sus postes para tender la ropa. Como hacía mucho tiempo que habían expulsado a los Fantasmas de la región, la gente de la ciudad no se sentía amenazada. No iban a tardar en descubrir su error.

Jubair miró a Sufeen.

—Ya estoy cansado de tus críticas. Da la señal.

Aunque la mirada del explorador delatara la amargura que sentía, obedeció a regañadientes, cogiendo el espejo y reptando hasta la linde del bosque para dar la señal a Cosca y a los demás. Era lo que tenía que hacer, porque, de no obedecer, Jubair lo hubiese matado, ya que las ordenanzas le permitían hacerlo.

Echó la cabeza hacia atrás y, mirando a través de aquellas ramas negras, de aquellas hojas negras, sonrió al cielo azul. Podría seguir haciendo otras cosas, y eso estaría bien, porque se había convertido en la marioneta complaciente de los propósitos de Dios y, al hacerlo, se había liberado a sí mismo. Estaba solo, rodeado de esclavos. Era el mejor hombre de las Tierras Cercanas. El mejor hombre del Círculo del Mundo. No tenía miedo, porque Dios estaba con él.

Pero Dios siempre estaba en todas partes.

¿Cómo hubiera podido ser de otra manera?

Después de comprobar que nadie le miraba, Brachio tiró del guardapelo que guardaba bajo su camisa y lo abrió con un chasquido. Los dos pequeños retratos que contenía en su interior estaban tan cuarteados y desgastados que cualquier otra persona que no fuese Brachio sólo habría visto en ellos unos simples manchones. Pero él sabía cómo eran. Con mucho cariño, tocó aquellos rostros con las yemas de uno de sus dedos, viéndolos en su mente tal y como eran cuando se había ido de su lado, hacía de aquello mucho tiempo: suaves, perfectos y sonrientes.

—No os preocupéis, hijas mías —dijo, arrullándolos—, pronto volveré.

Un hombre tenía que quedarse con lo que le importaba y dejar todo lo demás a los perros. Preocúpate de todo y no serás bueno en nada. Era el único hombre de la Compañía que tenía algo de sentido común. Dimbik era un tipo melancólico y atildado. Jubair y la cordura eran conceptos contrarios. A pesar de todas sus artes y sus tretas, Cosca era un soñador... toda esa mierda de tener un biógrafo lo demostraba.

Brachio era el mejor de todos, porque sabía que lo era. Nada de grandes ideales, nada de grandes desilusiones. Era un hombre sensible, con ambiciones sensibles, que hacía lo que tenía que hacer y estaba contento. Sus hijas eran lo único que le importaba. Vestidos nuevos, buena comida, buenas dotes y buenas vidas. Vidas mejores que el infierno de vida que él llevaba...

—¡Capitán Brachio! —La voz musical de Cosca, más profunda que de ordinario, le devolvió a la realidad—. ¡La señal!

Brachio cerró el guardapelo, secó su ojo húmedo con el dorso de un puño y se ajustó la bandolera donde llevaba los cuchillos. Cosca acababa de meter una bota en el estribo y se empinaba una, dos, tres veces, para agarrarse al pomo sobredorado de su silla de montar. Sus ojos parecían salírsele de las órbitas cada vez que dejaba de moverse.

—¿Cómo es posible que...?

El sargento Amistoso deslizó una mano bajo el trasero de Cosca y lo acomodó fácilmente en la silla. Ya en ella, el Viejo tardó unos instantes en recobrar el aliento y entonces, con cierto esfuerzo, desenvainó su espada y la mantuvo en

alto.

—¡Desenvainad las espadas! —Luego se lo pensó mejor y añadió—. ¡O lo que tengáis! ¡Vamos a hacer... algo *bueno*!

Brachio señaló la cresta de la colina y exclamó:

—¡Cargad!

Y con un grito lleno de emoción, la primera fila picó espuelas y salió de estampía, levantando una lluvia de barro y de hierba seca. Cosca, Lorsen, Brachio y los demás, como conviene a los mandos, fueron al trote tras ellos.

—¿Era esto? —Brachio escuchó el comentario en voz baja de Sworbreck mientras el triste valle, sus campos destartalados y el pequeño asentamiento rodeado de polvo salían a su encuentro. Quizá hubiera esperado contemplar una fortaleza de un kilómetro de altura, cúpulas de oro y murallas adamantinas. Quizá acabase por describir una igual cuando pasara al papel aquella escena—. Si parece...

—¿No le cuadra? —dijo Temple, con voz cortante.

Los estirios de Brachio cruzaban los campos que rodeaban la ciudad cuando los kantics de Jubair llegaron como un enjambre desde el sentido opuesto, haciendo que sus jinetes parecieran puntos negros al recortarse contra la tormenta de arena que provocaban los caballos.

—¡Miradlos! —Cosca se quitaba el sombrero para agitarlo—. ¡Qué chicos tan valientes! ¡Menuda energía, menudo brío! ¡Cuánto me gustaría poder cargar al lado de ellos!

—¿De veras? —Brachio recordaba que dirigir una carga era un trabajo difícil, doloroso y lleno de peligros que exigía poca energía y menos brío.

Cosca se lo pensó durante unos instantes y luego volvió a calar el sombrero en su calva cabeza y a envainar la espada.

—No, en realidad no.

Así que se acercaron a la ciudad dando un paseo.

Si esperaban encontrar alguna oposición, para cuando llegaron a Tratojusto ya había terminado.

En medio del polvo, y apretándose la herida que tenía en la cara con unas manos llenas de sangre, el hombre que se sentaba al lado de la carretera parpadeó cuando Sworbreck pasó a su lado. El escritor vio un corral destrozado, todas las ovejas muertas, y un perro que se afanaba entre sus cadáveres. Un carro aparecía volcado cerca de él, y dos mercenarios, uno kantic y otro estirio, discutían como salvajes en términos que no conseguía entender acerca del contenido del mismo, que se encontraba tirado por el suelo. Otros dos estirios intentaban echar abajo, a patadas, la puerta de una fragua. Otro se había subido al tejado para desde allí apalancar la puerta con su hacha. En el centro de la calle, Jubair seguía montado en su caballo, apuntando aquí y allá con su espada descomunal y dando órdenes a voz en grito, alternándolas con comentarios incomprensibles que tenían que ver con la voluntad de Dios.

Sworbreck había cogido su lápiz. Sus dedos recorrían la cuerda que lo mantenía sujeto al cuaderno, pero a él no se le ocurría nada que escribir. Al final, de manera absurda, garabateó unas cuantas letras: *Sin heroísmo aparente.*

—Pero, ¿qué hacen esos idiotas? —preguntó Temple en voz baja. Varios mercenarios kantics habían atado unas cuantas mulas a uno de los postes de aquella atalaya cubierta de musgo y les daban de latigazos para ver si podían tirarla abajo. Pero no lo conseguían.

Sworbreck sabía por experiencia propia que la mayoría de los mercenarios se divertían rompiendo cosas. Cuanto mayor fuese el esfuerzo que hiciera falta para causar el daño que fuese, más se divertían. Como si quisieran ilustrar esta regla, cuatro de los hombres de Brachio acababan de tirar a alguien al suelo y se empleaban a fondo en golpearlo, mientras un hombre obeso que llevaba puesto un delantal intentaba infructuosamente calmarlos.

Sworbreck apenas sabía qué era la violencia. Por eso se sentía al mismo tiempo desanimado y excitado. Porque, a fin de cuentas, ¿no había ido hasta allí precisamente para eso, para presenciar sangre, degradación y salvajismo en su mayor grado? ¿Para oler las tripas secándose y oír los gritos de los atormentados? Así podría decir que había visto todo aquello. Así podría imprimir convicción y autenticidad a su trabajo. Así podría sentarse en los salones de moda de Adua y hablar de manera desenvuelta acerca de las oscuras realidades de la guerra. Y aunque los motivos no fuesen muy nobles, era evidente que no eran los peores de

todo aquel espectáculo. A fin de cuentas, no pretendía ser el mejor hombre del Círculo del Mundo.

Sólo el mejor escritor.

Cosca bajó de un salto de la silla de montar, gruñó mientras devolvía la vida a sus viejas piernas y luego, un tanto entumecido, se acercó al grupo.

—¡Buenas tardes! Soy Nicomo Cosca, Capitán General de la Compañía de la Graciosa Mano —dijo, mientras señalaba a los cuatro estirios cuyos codos y garrotes seguían subiendo y bajando en el transcurso de la paliza—. Ya veo que conocen a algunos de mis bravos compañeros.

—Me llamo Clay —dijo un individuo obeso cuyos carrillos temblaban de miedo—. Soy el propietario de esta tienda...

—¿Una tienda? ¡Excelente! ¿Podemos echarle un vistazo?

Los hombres de Brachio ya habían comenzado a llevarse suministros por la fuerza de las armas, bajo la vigilante mirada del sargento Amistoso. Si el latrocinio dentro de la Compañía se mantenía dentro de un límite aceptable, todo hacía pensar que el que acontecía fuera de ella no era mal visto. Sworbreck refrenó su lápiz. Una nueva anotación sobre la falta de heroísmo hubiera sido superflua.

—Tomen todo lo que necesiten —dijo Clay, mostrando las palmas de sus manos, que estaban cubiertas de polvo—. No es necesario emplear la violencia. —Una pausa, seguida por el ruido de maderas y de cristales rotos, así como por el quejido del hombre caído en el suelo que seguía recibiendo patadas ocasionales, para entonces carentes de entusiasmo—. ¿Puedo preguntarles a qué han venido?

Lorsen dio un paso adelante.

—Hemos venido para desarraigar la deslealtad, maese Clay. Hemos venido para aplastar la rebelión.

—¿Usted es... de la Inquisición?

Lorsen no respondió, pero su silencio hubiese podido llenar varios volúmenes.

—Aquí no hay ninguna rebelión —Clay tragó saliva—, se lo aseguro. —Sworbreck notó un timbre de falsedad en su voz. Producida por algo más que su lógico nerviosismo—. No nos interesa la política...

—¿De veras? —Era evidente que Lorsen también lo había notado—. ¡Remánguese la camisa!

—¿Cómo? —El comerciante intentó sonreír, esperando salir del mal paso moviendo amablemente sus carnosas manos, pero Lorsen no se dejó engañar. Levantó un dedo y dos Practicantes fueron hacia él: unos hombres enormes, cubiertos con máscara y capucha.

—Desnudadlo.

Clay intentó retorcerse.

—Espere...

Sworbreck parpadeó cuando uno de ellos propinó al comerciante un puñetazo en las tripas que le hizo doblarse en dos. El otro le subió la manga y le retorció el brazo. Desde el codo hasta la muñeca llevada tatuadas, con letras negras, unas palabras escritas en la Vieja Lengua. Algo borradas por el tiempo, pero todavía legibles.

Lorsen ladeó un poco la cabeza para leer mejor.

—*Libertad y justicia*. Qué nobles sentimientos. ¿Qué tal les habrían sentado a los inocentes ciudadanos de la Unión a quienes los rebeldes masacraron en Rostod?

El comerciante intentaba recobrar el aliento.

—¡Nunca he matado a nadie en toda mi vida, lo juro! —Su rostro estaba perlado de sudor—. ¡El tatuaje es una locura que hice en mi juventud! ¡Para impresionar a una mujer! ¡No he hablado con un rebelde en veinte años!

—Y suponía que en este sitio, al otro lado de la frontera de la Unión, podría librarse de expiar sus crímenes. —Sworbreck no había visto antes sonreír a Lorsen, y deseó no volver a verlo nunca más—. La Inquisición de Su Majestad tiene un brazo mucho más largo de lo que usted se imagina. Y una memoria aún mayor. ¿Quién más en esta miserable colección de cuchitriles tiene simpatía por los rebeldes?

—Estoy por asegurar que, si no había nadie que la tuviera antes de que llegáramos —Sworbreck oía hablar por lo bajo a Temple—, todos la tendrán cuando nos hayamos ido...

—Nadie —respondió Clay, meneando la cabeza—. Nadie que quiera hacer daño alguno, y yo menos que...

—¿En qué parte de las Tierras Cercanas podrían estar los rebeldes?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? ¡Se lo diría si lo supiera!

—¿Dónde está Conthus, el jefe rebelde?

—¿Quién? —El comerciante no podía hacer nada más que mirarle fijamente—. No lo sé.

—Ya veremos lo que sabe. Llevadlo dentro. Traed mi instrumental.

Los dos Practicantes levantaron al desafortunado comerciante y se lo llevaron a rastras al interior de su propia tienda, que para entonces ya había sido vaciada completamente de todo lo que pudiese tener algún valor. Lorsen los siguió, y cada fibra de su ser estaba tan ansiosa de comenzar su tarea como las de los mercenarios antes de dar comienzo a la suya. El Practicante que quedaba fue el último en entrar, llevando en una mano la caja de madera barnizada que guardaba los instrumentos, para luego cerrar lentamente la puerta con la otra. Sworbreck tragó saliva y pensó en sacar su cuaderno, pues no estaba seguro de que aquel día hubiera anotado en él todo lo que debía.

—¿Por qué se tatúan esos rebeldes? —preguntó entre dientes—. Eso hace que los identifiquen enseguida.

Mientras se abanicaba con su sombrero, Cosca bizqueaba al mirar al cielo.

—Supongo que porque así se comprometen y ya no pueden volverse atrás. Eso les hace sentirse orgullosos. Cuanto más luchan, más tatuajes se hacen. Uno a quien ahorcaron cerca de Rostod tenía todo el brazo lleno. Yo los vi —dijo el Viejo, suspirando—. Pero la gente hace todo tipo de cosas en el calor del momento, que luego, cuando se lo piensa mejor, no son demasiado sensatas.

Sworbreck enarcó las cejas, se pasó el lápiz por los labios y copió aquella parrafada en su cuaderno. Un débil grito les llegó desde el otro lado de la puerta,

seguido por otro más. Así era muy difícil concentrarse. Sin duda, aquel hombre era culpable, pero Sworbreck no podía ayudarle poniéndose en su posición, y tampoco disfrutaba quedándose en aquel sitio. Parpadeó al pensar en los robos banales, en el vandalismo sin causa, en la violencia gratuita, y buscó algo para secarse las manos, acabando por emplear su propia camisa. Al parecer, comenzaba a perder rápidamente las buenas maneras.

—Esperaba que todo esto fuese un poco más...

—¿Glorioso? —le interrumpió Temple. El hombre de leyes miraba a la tienda con el ceño fruncido, mostrando una expresión de completo desagrado.

—¡La gloria en la guerra es tan rara como el oro a ras de suelo, amigo mío! —dijo Cosca—. ¡O como la constancia en el género femenil, ya puestos a comparar! Puede utilizarlo.

Sworbreck empuñó su lápiz.

—*Ehh*...

—¡Debería haber estado conmigo en el Sitio de Dagoska! ¡Hubo allí tanta gloria que habría recopilado material para escribir miles de cuentos! —Cosca le pasó un brazo por un hombro y movió el otro como si saludase a una esplendorosa legión que iba a su encuentro, y no al grupo de rufianes que se llevaban el mobiliario de una casa—. ¡Oleadas de gurkos avanzando hacia nuestras defensas! ¡Nosotros, pocos, pero impávidos, encaramados en las imponentes murallas, lanzando a gritos nuestro desafío! Y entonces, a la orden...

—¡General Cosca! —Bermi cruzaba la calle a toda prisa. Se echó hacia atrás cuando dos caballos pasaron como un relámpago y se llevó por delante una puerta medio derruida para evitarlos, prosiguiendo luego su camino mientras se quitaba el polvo de las ropas con el sombrero—. Tenemos un problema. Un bastardo del Norte que ha capturado a Dimbik y ha puesto...

—Un momento —dijo Cosca—. ¿Un bastardo del Norte?

—Sí.

—¿*Un*... bastardo?

El estirio se hurgó en sus rizos dorados llenos de pringue y se caló el

sombrero.

—Uno muy grande.

—¿Cuántos hombres tiene Dimbik?

Mientras Bermi se lo estaba pensando, Amistoso contestó por él:

—Hay ciento dieciocho hombres en el contingente de Dimbik.

Bermi abrió los brazos como si quisiera librarse de cualquier responsabilidad que le incumbiese.

—No hemos hecho nada por miedo de que matase al capitán. Me dijo que le llevara a quien estuviese al mando.

Cosca se apretó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice.

—¿Dónde está ese montañés secuestrador? Veamos si le hacemos entrar en razón antes de que acabe con toda la Compañía.

—Está ahí.

El Viejo examinó el cartel deteriorado por la intemperie que seguía colgado delante de la entrada.

—*La Casa de la Carne de Stupfer*. Un nombre nada apetecible para un burdel.

—Creo que es una posada —Bermi le miró de soslayo.

—Pues entonces, aún es menos apetecible —replicó Cosca, y luego, suspirando, entró por su puerta con un tintineo de espuelas doradas.

Sworbreck tardó un poco en acomodar la visión. La luz entraba a raudales por los huecos de los paneles de las paredes. Habían volcado dos sillas y una mesa. Varios mercenarios estaban de pie junto a ellas, y sus armas, dos lanzas, dos espadas, un hacha y las flechas de dos arcos, apuntaban hacia el secuestrador que se sentaba ante una mesa situada en el centro de la estancia.

Aquel hombre no mostraba signo alguno de nerviosismo. Era un norteño muy alto, cuyos cabellos rodeaban su rostro hasta llegar a las pieles que le cubrían

los hombros. Olfateaba el plato lleno de carne y de huevos que se encontraba ante él, masticando lentamente su contenido mientras agarraba un tenedor con la mano izquierda, pero con tan poca maña como un niño. El cuchillo que tenía en la derecha lo cogía con mucho mejor estilo, apretándolo contra la garganta del capitán Dimbik, cuyo rostro de ojos protuberantes se aplastaba indefenso contra la parte superior de la mesa.

Sworbreck se quedó sin aliento. Aquella escena, que no podía calificarse de heroica, estaba llena de audacia. Aunque en cierta ocasión él mismo hubiese publicado al respecto algún artículo controvertido que le había supuesto un gran esfuerzo, apenas podía comprender que un hombre pudiese mostrarse tan impávido en una situación tan desfavorable como aquélla. Mostrarse valiente cuando te acompañan los amigos no tiene mérito. Pero tener al mundo contra ti y seguir tu camino pese a quien pese, eso es tener valor. Lamió el extremo del lápiz para escribir algo al respecto. Entonces, el hombre del Norte le miró, y Sworbreck observó que algo brillaba entre su lacia cabellera. Casi se muere del susto. El ojo izquierdo del norteño, que era de metal, relucía en la penumbra de aquel sorprendente figón. El otro sólo mostraba una terrible decisión. Como si sólo a duras penas consiguiera evitar las ganas de cortarle la garganta a Dimbik para ver qué sucedía.

—¡Vaya, jamás me lo hubiera imaginado! —Cosca abrió los brazos—. ¡Sargento Amistoso, si es nuestro antiguo compañero de armas!

—Caul Escalofríos —dijo Amistoso muy despacio, sin apartar la mirada del norteño. Aunque Sworbreck estuviese razonablemente seguro de que las miradas no matan, se sintió muy contento de no encontrarse entre aquellos dos.

Sin apartar la hoja del cuello de Dimbik, Escalofríos trinchó con su tenedor unos cuantos huevos, los masticó como si ninguno de los presentes tuviera nada mejor que hacer que mirarlo y se los tragó.

—Este cabrón intentó quitarme los huevos.

—¡Eres un bestia sin modales, Dimbik! —Cosca agarró una silla y se sentó enfrente de Escalofríos, agitando un dedo ante la cara del capitán—. Espero que te sirva de lección. Jamás intentes quitarle los huevos a un hombre que tiene un ojo de metal.

Sworbreck apuntó la cita, aun pensando que se trataba de un aforismo difícil

de aplicar en circunstancias normales. Dimbik intentó hablar, quizá para decir eso mismo, pero Escalofríos apretó los nudillos y el cuchillo un poco más contra su garganta, convirtiendo las palabras que estaban a punto de salir en un gorgoteo.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó el norteño casi gruñendo, mirando a su rehén con cara de pocos amigos.

—¿Dimbik? —Cosca se encogió de hombros de manera espectacular—. No diría que no sirve para nada, pero sí que no es el mejor hombre de la Compañía.

Al capitán Dimbik le resultaba muy difícil mostrar su desacuerdo con aquellas palabras, sobre todo porque el puño del norteño le apretaba tanto la garganta que apenas podía respirar, pero estaba en desacuerdo, y mucho. Era el único hombre de la Compañía que se preocupaba un poco por la disciplina, la dignidad y el buen comportamiento, y quizá por todo eso se encontrase en aquella situación. Acogotado por un bárbaro en una casa de lenocinio.

—¿Cuál era la probabilidad —preguntó Cosca— de volver a vernos después de tantos años, a tantos cientos de kilómetros del lugar donde nos encontramos por primera vez? ¿A cuántos kilómetros dirías tú, Amistoso?

—No estoy seguro —contestó Amistoso.

—¿Volviste al Norte, verdad?

—Volví. Y vine a este sitio. —Era evidente que Escalofríos no era un hombre al que le gustase adornar las cosas con detalles.

—¿Y para qué?

—Para encontrar a un hombre con nueve dedos.

Cosca se encogió de hombros.

—Pues haberle cortado uno a Dimbik y te habrías ahorrado la búsqueda.

Dimbik rezongó y se retorció, liándose con su fajín de capitán, a lo que Escalofríos respondió clavándole la punta del cuchillo en el cuello para que se quedara quieto.

—Busco a uno en particular. —Su voz seguía sonando tranquila—. Me llegó el rumor de que podía estar aquí. Calder el Negro quiere ajustar una deuda con él. Y yo también.

—¿No habías ajustado ya bastantes deudas en Estiria? La venganza es un feo asunto. Y también es malo para el alma, ¿no, Temple?

—Eso dicen —dijo el letrado, a quien Dimbik sólo podía ver por el rabillo de uno de sus ojos. Cómo le odiaba. Siempre de acuerdo en todo, siempre dando la razón, siempre comportándose como si supiera más que nadie, pero sin decir nunca a qué se debía que supiera tanto.

—Dejemos el alma a los sacerdotes —decía Escalofríos— y los negocios a los comerciantes. Yo sólo entiendo de ajustar deudas. ¡Joder! —Dimbik lloriqueó, esperando su fin. Luego escuchó un sonido metálico cuando el norteño, a quien se le había escurrido el huevo, que acababa de estrellarse contra el suelo, dejó el tenedor encima de la mesa.

—Si empleas las dos manos, verás que resulta más fácil. —Cosca movió una de las suyas hacia los mercenarios que se apoyaban contra las paredes—. Caballeros, tranquilícense. Escalofríos es un viejo amigo, y no quiero que le hagan ningún daño. —Los arcos, las espadas y las porras perdieron paulatinamente el grado de amenaza que representaban hasta entonces—. ¿No te parece que ahora podrías soltar al capitán Dimbik? Si muere, los demás se pondrán nerviosos. Como patitos.

—Los patitos tienen más ganas de pelear que esta gente —comentó Escalofríos.

—Son mercenarios. Luchar es lo último que se les pasa por la cabeza. ¿Por qué no te alistas con nosotros? Sería como en los viejos tiempos. ¡La camaradería, las risas, la excitación!

—¿El veneno, la traición y la codicia? He descubierto que trabajo mejor solo. —La presión sobre el cuello de Dimbik cesó repentinamente. Cuando apenas había comenzado a respirar con todas sus fuerzas, sintió que una mano le agarraba por el cuello de la camisa y lo lanzaba a todo lo largo de la habitación. Pataleó sin que le sirviera de nada antes de estrellarse contra uno de sus hombres y chocar junto con él, ambos hechos una maraña, contra una mesa.

—Si logro atrapar a alguien con nueve dedos, te lo haré saber —dijo Cosca, levantándose.

—Muy bien. —Con mucha calma, Escalofríos empleó para cortar la carne el cuchillo con el que había estado a punto de matar a Dimbik—. Y cierra la puerta cuando te vayas.

Dimbik se levantó lentamente, respirando de manera entrecortada y llevándose una mano a la rozadura que le había quedado en el cuello mientras miraba fijamente a Escalofríos. Le habría gustado muchísimo matar a aquel animal. O, mejor, ordenar que lo matasen. Pero Cosca había dicho que no le hicieran ningún daño, y Cosca, para lo bueno y lo malo, aunque quizá para lo malo, era el oficial al mando. A diferencia de los demás desechos, Dimbik era un soldado. Todas esas cosas como el respeto, la obediencia y el procedimiento se las tomaba en serio. Aunque fuese el único. Era especialmente importante que él se las tomara en serio, porque nadie lo haría. Se colocó bien el desgastado fajín, observando con disgusto que su vieja seda se había manchado de huevo. Qué bueno había sido aquel fajín. Nunca volvería a serlo.

Como era el mejor hombre de la Compañía, todos se burlaban de él. Le daban el mando más insignificante, las peores misiones, la parte más pequeña del botín. Se alisó el deshilachado uniforme, sacó un peine y se arregló el pelo para luego abandonar aquel lugar donde había sido humillado y salir a la calle con la mayor apostura militar que le era posible aparentar.

En el manicomio, pensó, el único cuerdo parecerá que está loco.

Sufeen notaba en el aire el olor a quemado. Le traía el recuerdo de otras batallas de antaño. De batallas en las que había tenido que combatir. Como, al parecer, aquella en la que había participado. Por no querer luchar por su país había acabado luchando por sus amigos, por su vida, por el botín... por lo que fuera. Los hombres que habían intentado tirar abajo la atalaya se sentaban alrededor de ella con cara de pocos amigos, pasándose una botella cuando el Inquisidor Lorsen los dejó atrás con cara de muy pocos amigos.

—¿Ya terminó los asuntos que tenía que tratar con el comerciante? —le preguntó Cosca mientras bajaba por la escalera de la posada.

—Los terminé —contestó Lorsen con poca gracia.

—¿Y qué descubrió?

—Nada. Murió.

Una pausa.

—La vida es un mar de lágrimas.

—Algunas personas no consiguen resistir un interrogatorio en profundidad.

—¿Fallo cardíaco, producido por un decaimiento moral?

—El resultado es el mismo —dijo el Inquisidor—. Tenemos la lista de los asentamientos que redactó el Superior. El siguiente es Lobbery, y después Averstock. Reúna a la Compañía, general.

Cosca enarcó una ceja. Era la única muestra de desagrado que Sufeen había visto en su cara en todo el día.

—¿No podemos dejarles, al menos, que pasen la noche en este sitio? Algo de tiempo para descansar y disfrutar de la hospitalidad de los locales...

—Las noticias de nuestra aparición no deben llegar a los rebeldes. El justo no puede retrasarse. —Lorsen intentaba evitar cualquier indicio de ironía en sus palabras.

—El trabajo del justo es duro, ¿verdad? —Cosca llenó de aire sus carrillos para vaciarlos con un soplido.

Sufeen sentía una gran indefensión. Apenas podía levantar los brazos, de repente se sentía muy cansado. Si al menos hubiera encontrado allí a algún justo... Pero él era la única persona que se acercaba al concepto de lo que es ser justo. El mejor hombre de la Compañía. No se vanagloriaba de eso. El mejor gusano de la mierda hubiera podido jactarse más que él. Era el único hombre de los allí presentes que tenía algo de conciencia. Excepto, quizá, Temple, pero Temple se pasaba todas las horas del día intentando convencer a todo el mundo, incluido él mismo, de que no tenía conciencia. Sufeen lo vigilaba, quedándose cerca de Cosca, pero a su espalda, un poco agachado como si quisiera pasar desapercibido, y hacía como si se mirase los dedos o intentara abotonarse la camisa. Un hombre que podía haberlo sido todo y que hacía todo lo posible para no ser nada. Pero en medio de toda aquella locura y de toda aquella destrucción, el derroche del potencial de un hombre era algo de lo que apenas valía la pena hablar. ¿Tendría razón Jubair? ¿No sería Dios un asesino vengativo que se complacía en la destrucción?

El enorme norteño estaba junto a la salida principal de la Casa de la Carne de Stupfer viendo cómo montaban, agarrando con sus grandes puños la barandilla mientras el sol de la tarde hacía brillar la muerta bola de metal que tenía por ojo.

—¿Qué piensa escribir acerca de lo sucedido? —preguntaba Temple.

Sworbreck, que aún tenía el lápiz en la mano, miró desanimado su cuaderno de notas y lo cerró cuidadosamente.

—Supongo que edulcoraré un poco el episodio.

—Pues espero que edulcore muchas cosas —dijo Sufeen con sorna.

Pese a todo, y eso había que concedérselo, aquel día la Compañía de la Graciosa Mano se comportó con un comedimiento inusual. Dejaban Tratojusto a sus espaldas quejándose de la escasa calidad del botín obtenido, así como el cadáver del comerciante, que colgaba desnudo de la atalaya con un cartel en el cuello que proclamaba su fin aciago, para que sirviera de escarmiento a los rebeldes de las Tierras Cercanas. Pero Sufeen dudaba mucho de que los rebeldes aprendiesen de aquel escarmiento y pensó en lo que podrían hacer después. Otros dos hombres colgaban al lado del comerciante.

—¿Quiénes eran? —preguntó Temple, frunciendo el ceño.

—Creo que al joven le dispararon cuando intentaba huir. Del otro no estoy seguro.

Temple sonrió apenado mientras retorcía y manoseaba una de sus mangas muy gastadas.

—¿Qué otra cosa habríamos podido hacer?

—Sólo hacer caso a lo que nos decía la conciencia.

Temple se volvió hacia él y exclamó:

—¡Para ser un mercenario, estás a todas horas con la conciencia!

—¿Y a ti qué te importa, a menos que la tuya te moleste?

—¡Pues, por lo que yo veo, no le haces ascos al dinero de Cosca!

—¿Te gustaría que dejara de cogerlo?

Temple abrió la boca. Luego la cerró sin decir nada, miró al horizonte y siguió retorciendo más y más aquella manga.

Sufeen suspiró.

—Dios sabe que jamás me ufané de ser buena persona. —Dos casas que estaban al final del pueblo acababan de estallar en llamas. Siguió con la mirada las columnas de humo que se perdían en el azul del cielo—. Sólo de ser el mejor de toda la Compañía.

TODOS TENEMOS UN PASADO

LA lluvia arreciaba. Anegaba las roderas del carro y las profundas huellas dejadas por las botas y los cascos hasta convertirlas en un cenagal y conseguir que a la calle principal sólo le faltase la corriente para convertirse en un río. Cubría la ciudad con una cortina gris, haciendo que sus escasas luces brillasen tan apagadas como si estuviesen inmersas en la niebla, convirtiéndolas en unos temblores anaranjados que bailoteaban como fantasmas en sus cien mil charcos. De los canalones de las casas caían chorros de agua que levantaban barro al caer, y también de los tejados que no tenían canalones y del ala del sombrero de Lamb, que se encogía, silencioso y empapado, en el pescante del carro. El agua corría hacia abajo, formando perlas de miseria, por el cartel que colgaba de un arco levantado sobre unas vigas podridas, el cual proclamaba que las ruinas que veían eran la ciudad de Averstock. Empapaba los costados llenos de suciedad de los dos bueyes, Calder, que cojeaba a causa de su pata trasera, y Scale, que no estaba mucho mejor. Caía encima de los caballos atados a la barandilla de la casucha que quería pasar por taberna. Tres caballos tristes cuyo pelaje se había vuelto negro tras empaparse.

—¿Serán ésos —preguntó Leef— sus caballos?

—Lo son —respondió Shy, tan fría y mojada bajo su chaquetón empapado como si acabaran de enterrarla.

—¿Qué vamos a hacer? —Leef intentaba ocultar la tensión que lo poseía, pero su voz le delataba.

Lamb tardó en contestar. Se inclinó hacia Shy y dijo en voz baja:

—Supongamos que has hecho dos promesas y que no puedes cumplir ninguna de ellas sin faltar a la otra. ¿Qué harías?

Aunque la pregunta le pareciera a Shy un despropósito a causa del asunto que se traían entre manos, le contestó lo siguiente:

—Supongo que cumpliría la que me pareciese más importante.

—Claro —musitó él, observando el lodo que cubría la calle—. Me has dejado como estaba. No puedo elegir. —Transcurrió un buen rato en el que siguieron mojándose, y luego Lamb se pasó a su asiento—. Yo entraré primero. Acomodad a los bueyes y luego entrad vosotros, pero despacio. —Y saltó del carro, salpicando barro con las botas—. A menos que queráis quedaros aquí. Quizá sea lo mejor.

—Yo haré mi parte —dijo Leef de sopetón.

—¿Y cómo puedes saber en qué consiste tu parte? ¿Has matado a alguien?

—¿Y tú?

—Lo único que os pido es que no os entrometáis en lo que haga. —De alguna manera, Lamb parecía diferente. Ya no estaba cargado de hombros. Era más grande. Enorme. La lluvia repiqueteaba en las hombreras de su chaquetón, y un poco de luz incidía en uno de los lados de su cara tremendamente seria, mientras que el otro seguía a oscuras—. Apartaos de mi camino. Prometédmelo.

—Te lo prometo —dijo Leef, echándole a Shy una mirada divertida.

—Yo también —dijo Shy.

El hecho de que se llamara Lamb[2] siempre le había parecido extraño. Cualquiera hubiera podido encontrar corderos mejores que él en aquellas estaciones del año en que se los trasquila. Pero los hombres hacen cosas raras por culpa del orgullo. Shy jamás había tenido la necesidad de sentirse orgullosa. Por eso pensó que lo mejor era dejarle decir lo que quisiera y luego hacer lo que a ella le pareciese, después de que él hubiese entrado. A fin de cuentas, aquella estrategia había funcionado bastante bien a la hora de vender la cosecha. Así que le dejó entrar el primero y ella se quedó atrás. Deslizó el cuchillo por una de sus mangas y observó al viejo norteño cruzar la calle embarrada, haciendo lo indecible para levantar las botas del suelo, porque se le pegaban al barro, y mantener el equilibrio, abriendo mucho los brazos.

Si Lamb titubeaba, ella sabría lo que había que hacer. ¿No lo había hecho antes por razones menos importantes, y a gente que se lo merecía menos? Sintiendo en las sienes los latidos de su corazón, comprobó que el cuchillo salía rápidamente de su manga mojada. Podía hacerlo de nuevo. Tenía que hacerlo de nuevo.

Si la taberna parecía un cuchitril puertas afuera, por dentro no resultaba menos decepcionante. Sintió nostalgia de la Casa de la Carne de Stupfer... un

pensamiento que jamás se le ocurrió que fuese a tener. Observó la triste lengua de fuego que parpadeaba dentro de una chimenea tan ennegrecida que ya no podría repararse y olió la rancia fragancia a madera quemada y a cuerpos mojados y sudorosos que no sabían lo que era el jabón. La barra era una plancha de madera vieja llena de cortes, pulimentada por todos los codos que se habían apoyado en ella a lo largo de los años y alabeada en el medio. El dueño de la taberna o, mejor, el dueño del antro estaba de pie, secando unas copas con un trapo.

Angosto y bajo, al lugar aún le quedaba mucho para llenarse del todo, por lo que, en una noche tan infame como aquélla, no parecía gran cosa. Cinco individuos, que a Shy le parecieron comerciantes y nada prósperos, a quienes acompañaban dos mujeres, se sentaban delante de un estofado en la mesa más alejada de ella. Un hombre huesudo se sentaba ante una copa con su cansancio por toda compañía. Lo observó por el espejo renegrido que siempre llevaba consigo, y supuso que era un granjero. En la mesa de al lado, un tipo se arrebujaba en un abrigo de piel tan grande que apenas se le veía, con un matojo de pelo gris, un sombrero adornado con un par de plumas grasientas en una de sus alas y una botella medio vacía al lado. Enfrente, tan tiesa como un juez que presidiese un tribunal, se sentaba una mujer mayor, una Fantasma, con la nariz rota y torcida, el cabello recogido con un trapo que parecía los jirones de alguna antigua bandera del Imperio, y el rostro con unas arrugas tan profundas que cualquiera lo hubiera podido emplear como estantería para poner los platos. Siempre que sus platos no hubiesen ardido junto con el espejo y todo lo que tenía, claro está.

La mirada de Shy llegó, reptando, hasta los últimos miembros de aquel alegre grupo, y entonces pensó que había visto mal. Pero no. Había visto bien. Tres hombres, todos muy juntos. Parecían hombres de la Unión, o al menos tenían pinta de serlo, porque cualquiera que nazca en la Unión y sufra durante varias estaciones el clima y la suciedad de las Tierras Cercanas no tarda en envejecer y agostarse. De los dos más jóvenes, uno tenía una mata de cabello rojizo y un tic, como si una mosca le bajase todo el tiempo por la espalda. El otro, que tenía un rostro agraciado, al menos por lo que Shy podía ver desde donde estaba, llevaba un chaquetón de piel de oveja que él ceñía con un cinturón de fantasía hecho con tachones de metal. El tercero, más viejo, con barba y un sombrero alto desgastado por estar a la intemperie, se sentaba de lado, como si tuviera un alto concepto de sí mismo. Que es lo que la mayoría de los hombres suelen hacer en proporción inversa, por supuesto, a lo que valen.

Llevaba una espada... Shy observó la parte superior de su vaina de latón que asomaba por la rendija de su chaquetón. Guapo llevaba un hacha y un cuchillo

grande en el cinturón, junto con un rollo de cuerda. Como Pelirrojo le daba la espalda, no podía ver sus armas, pero hubiera podido asegurar que también tenía una o dos.

Apenas podía creer lo vulgares que le parecían. Como los miles de vagabundos, todos iguales y llenos de mugre, que había visto remoloneando por Tratojusto. Observó que Guapo se llevaba una mano a la espalda para meter el pulgar por aquel cinturón de fantasía de suerte que los demás dedos se le quedasen colgando. Como cualquiera habría hecho al apoyarse en la barra de un bar después de una larga cabalgada. Pero con la diferencia de que aquel jinete había pasado por su granja y la había quemado, haciendo añicos sus esperanzas y llevándose consigo a sus hermanos para sumirlos en la oscuridad.

Apretó las mandíbulas y avanzó, pegándose a las sombras sin ocultarse demasiado, pero intentando no mostrarse abiertamente. No era difícil, porque Lamb estaba haciendo lo contrario, justo al revés de lo que siempre solía hacer. Dando grandes pasos fue hasta al otro extremo de la barra y apoyó sus enormes puños en su madera rajada.

—Bonita noche la que nos han preparado —decía al tabernero, quitándose el sombrero y el chaquetón y haciendo aspavientos cuando descargó toda el agua que tenía encima, de modo que todos los que estaban sentados lo vieron. Sólo los ojos hundidos de la Fantasma siguieron a Shy mientras contorneaba las paredes, pero nada dieron a entender a los demás.

—Con este tiempo no ha venido mucha gente, ¿verdad? —comentó el tabernero.

—Llegar hasta aquí es tan complicado que debería poner una almadía para cruzar la calle.

El tabernero miró a sus parroquianos con poco cariño.

—Lo haría si sirviera para que el negocio mejorase. He oído que hay un montón de gente que está cruzando las Tierras Cercanas, pero aún no han llegado. ¿Le apetece tomar algo?

Lamb se quitó los guantes y los arrojó de manera descuidada encima de la barra.

—Tomaré una cerveza.

El tabernero cogió una copa de metal que relucía de tanto limpiarla.

—Ésa no. —Lamb señaló una gran jarra de cerámica que parecía de diseño antiguo y que descansaba cubierta de polvo en un estante bastante alto—. Me gustan las cosas que pesan al cogerlas.

—¿Estamos hablando de copas o de mujeres? —preguntó mientras iba a por ella.

—¿Por qué no de ambas? —Lamb enseñaba los dientes. ¿Así que podía sonreír? La mirada de Shy fue a parar a los tres hombres que, sentados al otro extremo de la barra, no despegaban la mirada de sus bebidas.

—¿De dónde viene? —preguntó el tabernero.

—Del este. —Lamb le quitó importancia a la pregunta encogiéndose de hombros—. Bueno, de un poco más al norte, cerca de Tratojusto.

Uno de los tres hombres, Pelirrojo, observó a Lamb, resopló y miró a otro sitio.

—Pues hay un buen trecho. Más de cien kilómetros.

—Algo más por el camino por donde hemos venido, subidos en una carreta de bueyes. Mi viejo culo parece picadillo de hacer salchichas.

—Bueno, si quiere proseguir hacia el oeste, yo me lo pensaría. Mucha gente va hacía allí, ávida de oro. Creo que han soliviantado a todos los Fantasmas.

—¿Está seguro?

—Por supuesto, amigo —dijo el hombre del abrigo de piel, asomando la cabeza como la tortuga que saca la suya por el caparazón. Tenía la voz más profunda y sepulcral que Shy jamás hubiese oído en su vida, y eso que había escuchado voces quejumbrosas cuando era más joven—. Las Tierras Lejanas están tan revueltas por todos esos prospectores como las hormigas a las que se les pisa el nido. Llenas de agitación, de bandas y de rumores, como antaño. Incluso se dice que Sangeed ha vuelto a desenvainar la espada.

—¿Sangeed? —el tabernero movió la cabeza como si le apretara el cuello de la camisa.

—El mismísimo Emperador de las Llanuras. —Shy se percató de que aquel viejo bastardo disfrutaba muchísimo asustándolos—. Ni siquiera hace dos semanas que sus Fantasmas masacraron en las llanuras a todo un poblado de prospectores. Cerca de treinta hombres. Les cortaron la nariz y las orejas, y lo que me extraña es que no les cortasen también la polla.

—¿Y qué demonios iban a hacer con tantas pollas? —preguntó el granjero, mirando a la vieja Fantasma y dando un respingo. Pero ella no contestó. Ni siquiera se movió.

—Si sigue decidido a continuar hacia el oeste, hágalo en compañía de mucha gente, y cerciórese de que tienen malas pulgas y mucho acero... eso es lo que yo haría. —Y, con estas palabras, volvió a guarecerse en su abrigo de piel.

—Agradezco el consejo. —Lamb alzó su enorme jarra y tomó un sorbo. Shy deglutió al mismo tiempo que él, repentinamente desesperada por no tener una cerveza. Demonios. Sólo quería irse de allí. Irse de allí o quedarse, pero con una cerveza. Le extrañó que Lamb se mostrase tan paciente como cuando araba—. Pero no estoy muy seguro, realmente, de adónde quiero ir.

—¿Qué le trae desde tan lejos? —preguntó el tabernero.

Lamb había comenzado a remangarse la camisa, poniendo al descubierto los gruesos músculos cubiertos de vello gris de sus antebrazos.

—Los hombres a quienes persigo.

Pelirrojo le miró otra vez con una cascada de tics que llegaban desde el hombro hasta la cara, pero en aquella ocasión no apartó sus ojos de él. Shy dejó que el cuchillo bajara hasta su mano, siempre oculto por el brazo, mientras agarraba con fuerza su empuñadura.

—¿Y por qué los persigue? —insistió el tabernero.

—Porque me quemaron la granja. Se llevaron a mis niños. Colgaron a mi amigo. —Hablaba como si lo que decía apenas tuviera importancia, y luego levantó la jarra.

El lugar quedó en un silencio tan absoluto que hasta se le oyó tragar. Uno de los comerciantes se volvió para mirar, con el ceño fruncido por la pena. Sombrero Alto cogió su copa y Shy vio lo tensos que tenía los tendones de la mano. Leef

aprovechó aquel momento para colarse por la puerta y quedarse en el umbral, pálido, empapado y sin saber a qué atenerse. Los parroquianos ni le miraron, pues todos los ojos estaban fijos en Lamb.

—Eran hombres malos, sin escrúpulos —proseguía él—. Han estado robando niños por todas las Tierras Cercanas y dejando tras de sí a mucha gente ahorcada. Durante estos últimos días hemos enterrado a cerca de una docena.

—¿Cuántos son esos bastardos?

—Unos veinte.

—¿Quiere que formemos una partida y vayamos a buscarlos? —A pesar de la sugerencia, el tabernero parecía más dispuesto a seguir en aquel lugar, limpiando copas. ¿Quién hubiera podido echárselo en cara?

—No es necesario —Lamb denegaba con la cabeza—. Ya tienen que estar muy lejos.

—Bueno. Bien. Supongo que, antes o después, la justicia los cogerá. La justicia no descansa, ya sabe.

—La justicia podrá coger lo que yo deje de ellos. —Lamb se remangó hasta donde quería y se volvió de lado, apoyándose cómodamente en la barra y mirando de frente a los tres hombres que se encontraban en el otro extremo. Shy jamás se hubiera esperado aquello, ver a Lamb sonriendo y charlando, como si nunca hubiera tenido ninguna preocupación—. Cuando dije que tenían que estar muy lejos no hice honor a la verdad. Tres de ellos se separaron de los demás.

—¿Está seguro? —preguntó Sombrero Alto, robándole la conversación al tabernero como el ladrón la bolsa.

—Por supuesto —contestó Lamb, manteniéndole la mirada.

—¿Ha dicho que son tres hombres? —La mano inquieta de Guapo reptó a lo largo de su cinturón para tocar el hacha que llevaba. La cordialidad que había dominado el pequeño salón se enfrió repentinamente, pues el agobio que producía la violencia que estaba por llegar era tan grande como el de los nubarrones antes de que descargue la tormenta.

—Oigan —decía el tabernero—, no quiero problemas en mi...

—Yo tampoco quería problemas —Lamb le interrumpió—, pero me siguen a todas partes. Los problemas se han convertido en un hábito. —Acababa de apartarse de la cara los cabellos empapados y abría mucho los ojos, que también le brillaban mucho, y la boca, para respirar deprisa sin dejar de sonreír. Pero no como lo hubiera hecho cualquier hombre que se dispusiese a emprender un trabajo arduo, sino como aquel que va a comenzar una tarea agradable, sin prisas, como si una comida exquisita le aguardase a su final. Entonces Shy observó todas aquellas cicatrices desde una nueva perspectiva y sintió que la frialdad del lugar reptaba por sus brazos, bajaba por su espalda y cubría todos los vellos de su ser.

—Les he seguido la pista a tres de ellos —dijo Lamb—. Localicé su rastro hace dos días y lo he seguido.

Se hizo otra pausa que los dejó a todos sin respiración y que el tabernero aprovechó para retroceder un paso, con la copa y el trapo entre las manos. Aunque la sombra de una sonrisa aún se insinuase en su rostro, la duda le dominaba. Los tres se acercaron a Lamb, abriéndose en abanico y dando la espalda a Shy, de manera que ella se encontró a sus anchas cuando caminó lentamente para salir de las sombras y dirigirse hacia ellos, apretando con nerviosismo la empuñadura del cuchillo. Mientras todos mantenían la respiración, el tiempo pareció detenerse.

—¿Y adónde llevaba ese rastro? —preguntó Sombrero Alto, arrastrando las palabras con una voz que terminó por sonar cascada.

La sonrisa de Lamb se hizo mayor. Era la sonrisa de la persona que acaba de recibir el regalo de cumpleaños que lleva esperando desde hace mucho tiempo.

—Adonde terminan vuestras putas piernas.

Sombrero Alto se echó el chaquetón hacia atrás con un revoloteo de tejido mientras desenvainaba la espada.

Lamb le lanzó la enorme jarra que tenía en la mano. Rebotó contra su frente y lo tiró al suelo en medio de una lluvia de cerveza.

Una silla chirrió cuando el granjero intentó levantarse y tropezó con ella.

El chico pelirrojo retrocedió un paso, ya fuera por el susto o para hacerse sitio, y Shy le pasó el cuchillo alrededor del cuello y apretó la parte plana de su hoja contra él al tiempo que le agarraba fuertemente con el otro brazo.

Alguien gritó.

Lamb cruzó la habitación de un salto. Agarró la muñeca de Guapo justo cuando sacaba el hacha y se la retorció, mientras con la otra mano le quitaba el cuchillo que llevaba en aquel cinturón de fantasía y se lo clavaba con fuerza en la ingle, para luego mover su hoja y destriparlo en medio de una lluvia de sangre que los roció a ambos. El joven lanzó un grito que más parecía un gorgoteo y que sonó estruendoso en aquel sitio tan pequeño, cayendo de rodillas mientras, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, intentaba colocarse las tripas en su sitio. Lamb le aplastó la nuca con la empuñadura del cuchillo, de suerte que dejó de gritar y cayó al suelo para quedarse tendido en él.

Una de las mujeres que estaban con los comerciantes comenzó a dar saltos, tapándose la boca.

Como el pelirrojo a quien Shy agarraba no dejaba de patalear, ella lo agarró con más fuerza, susurrándole *¡Shh!* para que se calmara mientras apretaba la punta del cuchillo contra su cuello.

Sombrero Alto se levantó medio atontado, olvidándose de su sombrero, con la sangre saliéndole por el chirlo que la jarra le había abierto en la frente. Lamb lo agarró del pescuezo, levantándolo con tanta facilidad como si fuese de trapo, y le aplastó la cara contra la barra una vez, otra más, hasta que sonó como un cacharro roto, y una tercera, hasta que su cabeza colgó tan flácida como la de una muñeca y salpicó con su sangre el delantal del tabernero, la pared que estaba a su espalda y el techo. Lamb levantó el cuchillo en alto mientras su rostro enrojecido seguía animado por aquella mueca de locura y luego lo bajó, convirtiendo su hoja en un destello metálico, hasta la espalda de aquel hombre, creando con un poderoso crujido y una lluvia de astillas una raja a todo lo largo de la barra. Y allí lo dejó clavado, con las rodillas justo encima del suelo y las botas rozando las tablas del mismo, en medio del tamborileo que su sangre hacía al caer, muy parecido al que habría hecho una botella cuyo líquido hubiese comenzado a derramarse.

Todo aquello no duró más tiempo que el que Shy hubiera tardado en tomar tres bocanadas de aire, siempre que no hubiese estado conteniendo la respiración, que es lo que había hecho. Para entonces estaba excitada y aturdida, y todo lo que la rodeaba le parecía demasiado brillante. Parpadeaba. No conseguía comprender exactamente qué había sucedido. No se había movido. Ni ella ni nadie. Sólo Lamb, que caminaba hacia Shy con los ojos brillantes por las lágrimas y una parte de su rostro y de su barba manchados con motitas oscuras, mientras sus dientes desnudos

relucían en la sonrisa de locura que aún no le había abandonado, y cada bocanada de aire se convertía en su garganta en el quejido que hubiese podido emitir cualquier amante.

Pelirrojo gemía.

—¡Joder, joder! —exclamaba Pelirrojo, lloriqueando, por lo que Shy apretó la hoja del cuchillo más fuerte contra su cuello y volvió a decirle entre susurros que se callara. Como aún guardaba en su cinturón un enorme cuchillo al que poco le faltaba para ser una espada, se lo quitó con la mano que tenía libre. Entonces Lamb se inclinó sobre ella y el chico, con la cabeza casi tocando las vigas más bajas, y lo agarró por la camisa, liberándolo del abrazo de Shy.

—Háblame —y le abofeteó en la cara con la suficiente fuerza para dejarlo sin sentido si hubiese querido.

—Yo... —musitó el chico.

Lamb le abofeteó nuevamente, con tanta fuerza que los comerciantes que estaban en el otro extremo se acobardaron, pero sin moverse un ápice.

—Habla.

—¿Qué vas a...?

—¿Quién estaba al mando?

—Cantliss. Así se llama. —El chico comenzó a parlotear, lanzando un montón de palabras que se atropellaban entre sí y babeando por las prisas en hablar—. Grega Cantliss. No sabía lo mala que era su gente, sólo quería ir de aquí para allá y sacar un poco de dinero. Trabajaba en la balsa con la que se pasa el río que está al este, y un día llegaron las lluvias y la arrastraron y... —Bofetón—. Nosotros no queríamos, tiene que creerme. —Bofetón—. Tiene gente muy mala. Un norteño llamado Puntillanegra fue el que disparó flechas a un viejo. Los demás se reían.

—¿Estoy riendo? —dijo Lamb, abofeteándolo otra vez.

El chico pelirrojo levantó una mano temblorosa.

—¡Yo no me reí! ¡Como no queríamos participar en esos crímenes, nos

fuimos! Creímos que sólo se trataba de robar algo, eso nos dijo Cantliss, pero luego resultó que comenzamos a robar niños y...

Lamb le interrumpió con otra bofetada.

—¿Por qué se llevó a los niños? —Y se dispuso a propinarle otra, aunque la pecosa cara del chico estuviese llena de cortes y abultada por un lado, y la nariz le sangrase.

—Dijo que conocía a una persona que se los iba a comprar, y que todos seríamos ricos si se los llevábamos. Dijo que no les harían daño, que no les tocarían ni un solo pelo. Quería que estuvieran perfectos para hacer el viaje.

Lamb le atizó una vez más, haciéndole otro corte.

—¿El viaje adónde?

—A Arruga —dijo él—, y luego a otro sitio un poco más lejos.

—Eso está en la cabecera del Sokwaya —dijo Shy—. Por el camino que cruza las Tierras Lejanas.

—Primero a Arruga, ¿y luego adónde?

El chico pelirrojo estaba a punto de desmayarse, porque se le cerraban los párpados. Lamb le abofeteó en ambas mejillas y lo agarró por la camisa.

—Primero a Arruga, ¿y luego adónde?

—No lo dijo. O no me lo dijo a mí. Quizá a Tabernero. —Y miró al hombre que seguía clavado en la barra y entonces observó el mango del cuchillo que sobresalía de su espalda. Shy pensó que no les mentía.

—¿Quién está comprando niños? —preguntó Lamb.

Pelirrojo movió su cabeza de trapo para dar a entender que no lo sabía. Lamb le abofeteó una, dos, tres veces. Una de las mujeres de los comerciantes se tapó la cara. Los demás seguían mirando sin moverse. El hombre que estaba a su lado se la llevó hasta una silla.

—¿Quién los está comprando?

—No lo sé. —Pronunciaba mal las palabras, y una baba sanguinolenta caía de su labio partido.

—Quédate aquí. —Lamb soltó al chico, se acercó hasta donde se encontraba Sombrero Alto, cuyas botas estaban en el centro de un charco de sangre, le quitó la espada y cogió el puñal que llevaba dentro del chaquetón. Entonces le dio la vuelta a Guapo con la puntera de una bota y lo dejó mirando al techo como si fuese idiota, bastante menos guapo con las tripas fuera. Cogió la cuerda que llevaba a la cintura, se acercó a donde estaba el chico pelirrojo y comenzó a anudar un extremo alrededor de su cuello mientras Shy se limitaba a mirar, completamente extenuada. Aunque los nudos que hizo no fuesen muy buenos, resistirían, así que tiró del chico hacia la puerta y él le siguió sin rechistar, como un perro apaleado.

Luego se detuvieron. El tabernero había recorrido toda la barra y se encontraba en la puerta. Quizá para constatar que uno nunca puede imaginarse lo que llegará a hacer una persona, ni cuándo lo hará. Agarraba con fuerza el trapo de secar la vajilla, como si fuese un escudo que pudiera defenderle de la maldad. Aun reconociendo que no sería muy efectivo, Shy sintió mucho respeto por sus tripas, esperando que Lamb no acabase por juntarlas con las de Guapo, que seguían manchando de sangre las tablas del suelo.

—Esto no es justo —comentó el tabernero.

—¿Quieres morir para que te parezca que es más justo? —La voz de Lamb, monocorde y tranquila, no suponía una amenaza, sino simplemente una pregunta. No había gritado. Aquellos dos muertos lo hacían por él.

Los ojos del tabernero miraron apurados a su alrededor, pero ningún héroe saltó a su lado. Todos estaban aterrorizados, como si Lamb fuese la mismísima Muerte que iba a su encuentro. Todos excepto aquella mujer mayor, la Fantasma, que seguía sentada, mirando, y su acompañante, el del abrigo de piel, que mantenía cruzadas las piernas mientras se servía con movimientos pausados otro trago.

—No es justo —dijo el tabernero, aunque para entonces su voz fuese tan poco contundente como la cerveza aguada.

—Es justo porque hay que hacerlo —dijo Lamb.

—Podríamos adecentar un poco este salón y juzgarlo como es debido, y preguntar...

Lamb se echó hacia delante.

—Lo único que tienes que preguntarte es si vas a interponerte en mi camino. —El tabernero se echó hacia atrás y Lamb tiró del chico. Shy los siguió, súbitamente despejada, adelantando a Leef, que seguía boquiabierto en el umbral.

Fuera, la lluvia había dado paso a una llovizna. Lamb tiraba de Pelirrojo por la calle enlodada, en dirección al arco de maderas podridas del que colgaba el cartel. Lo suficientemente alto para que un hombre a caballo pasara por debajo. O para que otro a pie colgase de él.

—¡Lamb! —Shy saltó desde el porche de la taberna, hundiéndose hasta los tobillos—. ¡Lamb! —Él sopesó la cuerda y luego la pasó por encima del travesaño—. ¡Lamb! —Ella comenzó a cruzar la calle, pero a duras penas, porque el barro succionaba sus pies. Él cogió el extremo libre de la cuerda y tiró de ella, haciendo que el chico pelirrojo tropezara al sentir que el nudo corredizo le apretaba por debajo de la barbilla, mostrando tanta extrañeza en su rostro abotagado que era evidente que no había pensado en lo que iba a ocurrirle.

—¿Es que no hemos visto ya a demasiada gente ahorcada? —exclamó Shy mientras intentaba sortear los charcos. Lamb ni contestó ni la miró, limitándose a pasar el extremo de la cuerda alrededor de uno de sus antebrazos.

—No es justo —dijo ella. Pero Lamb sorbió por la nariz y comenzó a subir al chico por el aire. Shy agarró la cuerda por el extremo que terminaba en el chico y comenzó a cortarla con la espada corta. Como estaba muy afilada, apenas tardó en hacerlo.

—Echa a correr.

El chico la miró, parpadeando.

—¡Corre, jodido idiota! —Le propinó una patada en el trasero y él dio unos cuantos pasos inciertos antes de caer de cara, para luego levantarse de un modo muy torpe y desaparecer en la oscuridad, con la cuerda aún en el cuello.

Shy se volvió hacia Lamb. Él la miraba fijamente, con la espada robada en una mano y el trozo de cuerda en la otra. Pero apenas la veía. Porque apenas era él mismo. ¿Cómo podía ser aquel hombre el mismo que se inclinaba sobre Ro para cantarle cuando tenía fiebre, mientras las arrugas de su rostro se le marcaban por lo preocupado que se sentía? Miró sus ojos negros y se asustó, porque era como mirar

al vacío. Era como estar ante el borde de la nada. Por eso tuvo que hacer acopio de todo su coraje para no echar a correr.

—¡Trae esos tres caballos hasta aquí! —exclamó, dirigiéndose a Leef, que fuera ya del porche iba de un sitio para otro con el sombrero y el chaquetón de Lamb en los brazos—. ¡Tráelos ahora! —Al oírlo, el chico salió a toda prisa. Lamb ni se había movido, buscando con la mirada al pelirrojo mientras la lluvia comenzaba a lavarle la sangre de la cara. Agarró el pomo de la silla de montar cuando Leef le entregó el caballo de mayor tamaño, que se asustó y coceó al intentar montarse en él, de suerte que soltó la silla con un gruñido y se fue hacia atrás sin poder meter el pie en el estribo, cayendo de lado en el barro. Shy se arrodilló a su lado mientras él intentaba levantarse con manos y pies.

—¿Te has hecho daño?

La miró. Tenía lágrimas en los ojos cuando susurró:

—Por los muertos, Shy. Por los muertos.

Ella lo levantó a duras penas, un trabajo muy arduo, pues Lamb era como un peso muerto. Cuando finalmente pudieron ponerse de pie, la abrazó.

—Prométemelo —susurró—. Prométeme que nunca más te interpondrás en mi camino.

—No pienso hacerlo. —Pasó una mano por su mejilla llena de cicatrices—. Te sujetaré el estribo. —Y así lo hizo, y también acarició la cara del caballo, susurrándole para que se tranquilizase y esperando que alguien, llegado el momento, hiciese lo mismo por ella. Entonces, lenta y trabajosamente, Lamb se subió a la silla, apretando los dientes como si le supusiera un esfuerzo mayor de lo que era. Luego se acomodó, cogiendo las riendas con la mano derecha y abotonándose el cuello del chaquetón con la izquierda. De nuevo volvía a parecer un hombre mayor. Más viejo que antes. Un hombre mayor que soportaba un terrible peso y una pena terrible sobre sus hombros contrahechos.

—¿Está bien? —La voz de Leef apenas era un susurro, como si tuviese miedo de hablar demasiado alto.

—No lo sé. —No le pareció que Lamb lo hubiera oído, pues seguía escrutando el oscuro horizonte, que para entonces casi se confundía con el cielo.

—Y tú, ¿estás bien? —Leef seguía hablando en voz baja.

—Tampoco lo sé. —Sintió que el mundo se rompía en mil pedazos y se disolvía, como si ella navegase por mares extraños, rota toda relación con la tierra firme—. ¿Y tú?

Leef se limitó a mover la cabeza y a bajar la mirada con unos ojos como platos.

—Lo mejor será coger del carro lo que necesitemos y montar para irnos, ¿no te parece?

—¿Y qué hacemos con Scale y Calder?

—Están agotados, y nosotros tenemos que irnos. Aquí se quedan.

El viento lanzó gotas de lluvia sobre su rostro mientras se bajaba el ala del sombrero y apretaba las mandíbulas. Su hermano y su hermana... tenía que encontrarlos. Eran las estrellas que guiarían su rumbo, dos puntos de luz en la oscuridad. Ellos eran lo único importante.

Así que azuzó con los talones a su nuevo caballo y condujo hacia la noche a quienes la acompañaban. No habían llegado muy lejos cuando escuchó los ruidos que el viento llevaba hasta ellos, así que puso su caballo al paso. Lamb acomodó el avance de su montura al de la suya y desenvainó la espada. Una vieja espada de caballería, larga y pesada, afilada por un lado.

—¡Alguien nos sigue! —dijo Leef, aprestando su arco.

—¡Aparta eso! Acabarías clavándote la flecha con tan poca luz. O clavándomela a mí, lo que sería peor. —Shy escuchaba ruido de cascos de caballos por el camino que habían tomado, así como el traqueteo de un carruaje, y entonces distinguió entre los árboles la débil luz de una antorcha. ¿Habrían salido de Averstock para perseguirlos? ¿No sería el tabernero un mejor defensor de la justicia de lo que les había parecido? Sacó la espada corta que colgaba del pomo de la silla, y su acero relució al recibir el último rayo rojizo de la aurora. No tenía ni idea de lo que podía acontecerles. Si el mismísimo Juvens hubiera salido de la nada para desearles buenas tardes, ella se habría encogido de hombros antes de preguntarle adónde iba.

—¡Deténganse! —dijo la voz, que era una de las más profundas y ásperas de

todas las que había escuchado. No era el mismísimo Juvens, sino el hombre del abrigo de piel. Acababa de verlo montado a caballo, con una antorcha en la mano—. ¡Soy un amigo! —dijo, poniendo su caballo al paso.

—Usted no es amigo mío —le replicó ella.

—Entonces, permítame que lo sea. —Hurgó en la alforja que llevaba en la silla y lanzó a Shy una botella medio llena. En ese momento apareció un carruaje tirado por dos caballos. La vieja Fantasma llevaba sus riendas, con el mismo rostro arrugado e inexpresivo que había mostrado en la taberna, cuando sujetaba entre los dientes una vieja pipa chamuscada de *chagga* que estaba apagada.

Y allí, en medio de la oscuridad, permanecieron todos inmóviles durante un instante, hasta que Lamb decidió preguntar:

—¿Qué quieren?

El desconocido se acercó lentamente a ellos y echó su sombrero hacia atrás.

—No es necesario derramar más sangre esta noche, grandullón, no somos sus enemigos. Y, si lo fuéramos, ahora mismo lo reconsideraría. Sólo quiero hablar, eso es todo. Hacerle una proposición que nos beneficiará a todos.

—Pues diga lo que tenga que decir —dijo Shy, quitando el corcho de la botella con los dientes para no soltar la espada que llevaba en la mano.

—Lo haré ahora mismo. Me llamo Dab Sweet.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Leef—. ¿Igual que ese explorador del que se cuentan tantas historias?

—Así me llamo. Porque soy ese que dices.

Shy dejó de beber.

—¿Usted es Dab Sweet? ¿El mismo que vio por primera vez las Montañas Negras? —preguntó, pasándole la botella a Lamb, que se la pasó a Leef, quien tomó un trago y comenzó a toser.

Sweet rió por lo bajo.

—Creo que las montañas me vieron antes, pero los Fantasmas ya llevaban allí unos cuantos siglos y, antes que ellos, quizá la gente del Imperio, y quién sabe antes de los Viejos Tiempos. ¿Quién puede decir cuál fue el primero en llegar a esa tierra?

—Pero, ¿no es cierto que usted mató en la cabecera del Sokwaya a aquel enorme oso pardo sólo con sus manos? —preguntó Leef, devolviéndole la botella a Shy.

—Bueno, es cierto que he estado en la cabecera del Sokwaya muchas veces, pero esa historia, en particular, me ofende. —Sweet hizo una mueca, y las arrugas que se extendieron por su curtido rostro mostraron la cordialidad de su dueño—. No me parece que luchar, incluso contra un oso pequeño con las manos desnudas, sea algo muy inteligente, que digamos. Mi manera preferida de acercarme a los osos —lo mismo que a cualquier otro peligro— consiste en estar donde ellos no estén. Pero he atravesado todo tipo de ríos poco conocidos en el transcurso de los años, y debo confesar que mi memoria ya no es lo que era.

—Quizá no recuerde bien su propio nombre —apuntó Shy mientras se echaba otro trago. Tenía una sed infernal.

—Señorita, aceptaría eso que acaba de decir como una posibilidad nada despreciable si no fuera porque escribí mi nombre en esta silla de montar, tal y como puede ver —y dio una palmadita sobre el cuero—: *Dab Sweet*.

—Estoy segura de haber oído que era más alto.

—Si fuera por lo que dicen de mí, debería medir un kilómetro. A la gente le gusta hablar, pero me costaría bastante crecer hasta conseguir la estatura que me adjudican, ¿no le parece?

—¿Qué relación tiene con esa vieja Fantasma? —preguntó Shy.

Con la lentitud y la solemnidad que habría empleado para hacer un elogio fúnebre, la Fantasma respondió:

—Él es mujer.

Sweet volvió a reírse.

—A veces es lo que parece, tengo que reconocerlo. Se llama Roca Llorona.

Hemos recorrido juntos todos los lugares de las Tierras Cercanas y de las Tierras Lejanas, así como muchos otros que no aparecen en los mapas. Una caravana de prospectores que cruza las llanuras para dirigirse a Arruga acaba de contratarnos en calidad de exploradores, cazadores y guías.

—¿Ah, sí? —Shy entornó la mirada.

—Por lo que escuché en el pueblo, ustedes se dirigen a Arruga. No encontrarán ninguna balsa para vadear los ríos, ni a nadie que los lleve hasta allí, lo que significa viajar solos, a caballo, en carro o en balsa. Con los Fantasmas campando a sus anchas, necesitarán compañía.

—O sea, la suya.

—Aunque no haya estrangulado a muchos osos, conozco las Tierras Lejanas. Y las conozco muy bien. Si alguien puede lograr que lleguen a Arruga con las orejas pegadas a la cabeza, ése soy yo.

Roca Llorona se aclaró la garganta, ayudándose con la lengua para mover aquella pipa muerta de uno a otro lado de la boca.

—Yo y Roca Llorona.

—¿Y qué les mueve a hacernos tan gran favor? —preguntó Shy, mosqueada por aquel ofrecimiento después de todo lo que había sucedido.

Sweet se rascó la barba llena de roña.

—La expedición se preparó antes de que las llanuras comenzaran a dar todo tipo de problemas. Aunque algunos lleven armas, tienen poca experiencia y demasiadas responsabilidades. —Echó a Lamb una mirada calculadora. La misma que Clay le habría echado a un buen cargamento de grano—. Ahora que hay problemas en el País Lejano, podemos contratar a un hombre que no se maree al ver la sangre. —Su mirada fue hacia Shy—. Y estoy por asegurar que, si es preciso, usted también puede empuñar una espada bastante bien.

Shy sopesó su espada.

—Apenas puedo manejar una sin que se me caiga. ¿Cuál es su oferta?

—Por lo general, la gente suele pagar una cuota en especie o en metálico para

unirse a una caravana. Luego todos comparten los suministros y se ayudan entre sí cuando pueden. El grandullón...

—Lamb.

—¿De veras que se llama así? —Sweet enarcaba una ceja.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro —dijo Lamb.

—No voy a negárselo, usted vendrá gratis. He sido testigo de sus habilidades. Usted, señorita, puede pagar media cuota, y el chico, la cuota entera. Eso hace... —Sweet frunció toda la cara mientras sumaba mentalmente.

Aunque aquella noche Shy hubiera visto morir a dos hombres y salvado a otro, por no hablar de que el estómago le seguía doliendo y la cabeza le daba vueltas, no quería desaprovechar la oportunidad de hacer un buen negocio.

—Iremos gratis los tres.

—¿Cómo?

—Leef es el mejor tirador con arco que jamás haya conocido. Es una buena inversión.

Sweet no parecía muy convencido.

—¿De veras?

—¿Lo soy? —musitó Leef.

—Los tres iremos gratis. —Shy se echó otro trago y pasó la botella—. Es eso o nada.

Sweet entornó los ojos mientras se echaba un largo y pausado trago. Luego volvió a mirar a Lamb, a quien no se le veía la cara, sólo los rabillos de los ojos, en los que se reflejaba la luz de la antorcha, y suspiró.

—Le gusta regatear, ¿verdad que sí?

—Mi manera preferida de hacer negocios poco ventajosos es no hacerlos.

—Entonces, trato hecho. Creo que acabarás gustándome, chica. ¿Cómo te llamas?

—Shy Sur.

Sweet volvió a enarcar las cejas.

—¿Shy?

—Es un nombre, viejo, no una descripción[3]. Y ahora pásame esa botella.

Y de esta suerte se sumergieron en la noche, mientras Dab Sweet les contaba historias con aquella voz suya tan profunda y agobiante, hablando mucho, no diciendo nada, riendo lo justo al recordar que aquellos dos habían dejado tirados dos cadáveres apenas una hora antes, y pasándoles la botella hasta que quedó vacía y Shy la arrojó a la oscuridad con la barriga bien caliente. Cuando las casas de Averstock se convirtieron a lo lejos en unas lucecitas, Shy llevó su caballo al paso y se acercó a quien era lo más parecido al padre que nunca había tenido.

—Tu nombre no ha sido siempre el de Lamb, ¿verdad que no?

Él la miró y luego apartó la vista. Para agacharse más en la silla. Para arrebujarse más en su chaquetón. Para pasarse el pulgar entre los dedos una y otra vez y rascarse el muñón que tenía donde hubiera debido estar el dedo corazón.

—Todos tenemos un pasado —comentó.

Y era muy cierto.

LOS SECUESTRADOS

LOS niños se apretujaban unos contra otros cada vez que Cantliss les llevaba nuevos compañeros. En el aprisco, decía él, como si sólo fueran ovejas a las que no había por qué matar. No importaba lo que hubieran hecho en la granja. Cuando el número de niños asustados comenzó a crecer, nadie se rió de lo que hacían. Puntillanegra siempre se reía de un modo ridículo, porque le faltaban dos incisivos. Como si el asesinato le pareciera la más divertida de las bromas.

Al principio, Ro intentó averiguar dónde se encontraban. E incluso dejar alguna señal para quienes tenían que ir en su busca. Pero cuando los bosques y los campos dieron paso a una estepa vacía donde las malezas eran sus únicos puntos destacados, lo único que sacó en claro fue que se dirigían hacia el oeste. Como tenía que pensar en Pit y en los demás niños, intentó mantenerlos alimentados, limpios y todo lo tranquilos que podía.

Todos los niños eran amables, con apenas diez años de edad. Había veintiuno de ellos hasta que aquel chico, Care, intentó huir y Puntillanegra fue a perseguirlo, regresando cubierto de sangre. Así que se quedaron en veinte, y ninguno de ellos intentó huir después de lo sucedido.

Los acompañaba una mujer llamada Abeja que se portaba bien, a pesar de tener en los brazos las cicatrices de la sífilis. En ocasiones cuidaba de los niños, pero no de Ro, porque ella no necesitaba que la cuidase, ni de Pit, porque Ro ya cuidaba de él, sino de los más pequeños, a quienes decía en voz baja que se callasen cada vez que lloraban, porque se orinaba de miedo cada vez que aparecía Cantliss. Él la golpeaba de vez en cuando, después de lo cual ella se restañaba la sangre de la nariz y le pedía perdón. Les contó que había tenido una vida muy difícil, que los suyos le pegaban, que la habían abandonado cuando era pequeña, y cosas por el estilo. Por eso le pareció a Ro que no le gustaba pegar a los niños.

Para entonces ya había descubierto que todo el mundo busca excusas, hasta los más débiles.

Tal y como Ro lo veía, nada de lo de Cantliss valía una mierda. Montaba a caballo con sus ropas de fantasía como si fuera un hombre importante que tenía que

hacer muchas cosas importantes, y no un secuestrador de niños, un asesino y un tirado al que le gustaba rodearse de la escoria más baja para sentirse mejor que aquella chusma. Cada noche preparaba un gran fuego, porque le gustaba quemar cosas y beber. Y cuando se ponía a beber, torcía la boca con amargura y se lamentaba de que la vida no era fácil, de que un banquero le había arrebatado su herencia y de que todo le salía mal.

Cuando se detuvieron durante todo un día junto a un río muy caudaloso, Ro le preguntó:

—¿Adónde nos lleváis?

Y él se limitó a contestar:

—Corriente arriba.

Había una balsa amarrada junto a la orilla, así que fueron corriente arriba, impulsándose con las pértigas, las sogas y los remos que manejaban unos hombres que eran pura fibra, mientras las llanuras desaparecían y ellos avanzaban hacia el norte en medio de los tres picos azules de contornos difusos que se recortaban contra el cielo.

Al principio pensó Ro que sería una bendición no tener que ir más a caballo, pero todo lo que hicieron fue viajar sentados. Sentados bajo un toldo dispuesto delante, viendo que el agua y la tierra pasaban deprisa y sintiendo que sus vidas menguaban más y más, mientras los rostros de las personas que habían conocido se desdibujaban cada vez más en sus recuerdos, el pasado se convertía para todos en un sueño, y el futuro, en una pesadilla incierta.

De vez en cuando, Puntillanegra se marchaba con su arco en compañía de otros dos bandidos, trayendo más tarde lo que habían cazado. El resto del tiempo lo pasaba fumando, vigilando a los niños y haciendo muecas durante horas, como si estuviese hechizado. Cuando Ro contempló sus muecas y vio que le faltaban los dientes, se acordó de cuando había disparado a Gully para luego dejarlo colgado de un árbol con el cuerpo lleno de flechas. Y entonces quiso llorar, pero no lloró porque era una de los mayores, y como los más pequeños creían que era fuerte, no podía defraudarlos. Así que pensó que la mejor manera de vencer a aquellos hombres era no llorar. Quizá fuese una pequeña victoria, pero, como Shy solía decir, siempre hay que conseguir todas las victorias que uno pueda.

A los pocos días de estar en la balsa vieron algo que ardía muy lejos, entre la

hierba, unos penachos de humo que se retorcían para luego disiparse en la vastedad del cielo, y unos puntos negros, que eran aves, volando en círculo una y otra vez. El patrón de la balsa dijo que debían dar media vuelta, y entonces Cantliss rió, tocó el puñal que llevaba al cinto y comentó que había demasiadas cosas al alcance de la mano para preocuparse por tonterías. Y ahí terminó la conversación.

Aquella noche uno de los bandidos la despertó y empezó a decirle cuánto le recordaba a alguien, sonriendo, aunque había algo malo en la manera de mirarla y su aliento apestaba a licor. Cuando la agarró por un brazo, Pit le golpeó todo lo fuerte que pudo, lo cual no era gran cosa. Abeja se despertó y gritó, logrando que Cantliss se lo llevase lejos y que Puntillanegra lo golpease hasta dejarlo inconsciente, tras lo cual Cantliss lo arrojó al río, advirtiendo a gritos a los demás que no tocasen la mercancía y que utilizaran sus putas manos si estaban apurados, porque no iba a perder dinero por culpa de ningún bastardo.

Entonces ella no pudo contenerse y estalló, aun sabiendo que no hubiera debido decir lo que dijo a continuación:

—¡Mi hermana nos está siguiendo, así que, si os gusta apostar, ya podéis ir haciendo apuestas! ¡Ella os encontrará!

Y aunque pensó que Cantliss iba a golpearla, sólo la miró, como si fuese la última de las aflicciones que el Hado le obligaba a soportar, y dijo:

—Pequeña, el pasado se ha ido como esta agua que ves correr. Cuanto antes te lo quites de tu cabecita, más feliz te sentirás. Ahora no tienes hermana. Y nadie nos sigue. —Y se fue hacia la parte de delante, olvidándose de lo que había dicho mientras intentaba frotarse con un trapo mojado la mancha de sangre que tenía en sus ropas de fantasía.

—¿Es cierto? —Pit preguntaba a Ro—. ¿No nos sigue nadie?

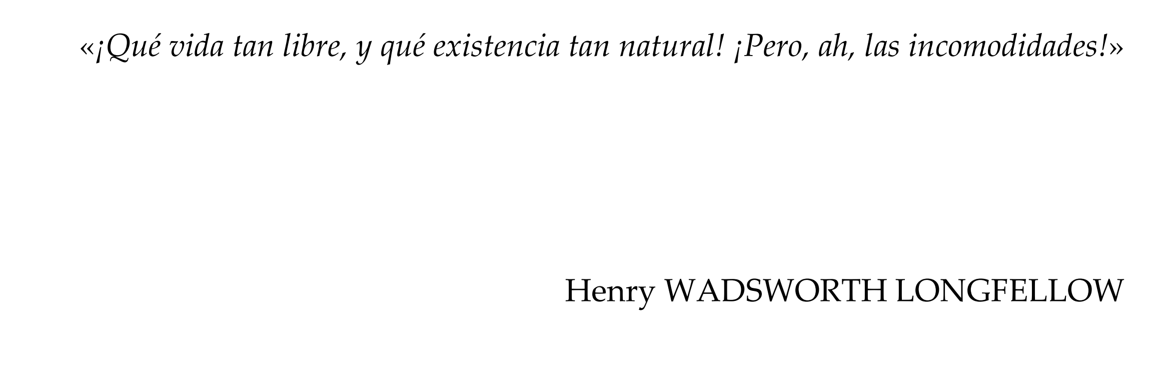
—Shy nos está siguiendo. —Ro nunca lo había dudado, porque Shy no era una persona a la que hubiera que decirle cómo hacer las cosas. Pero lo que Ro no decía era que deseaba fervientemente que Shy no estuviera siguiéndolos, porque no quería ver cómo la atravesaban con flechas, y que no sabía realmente qué podría hacer ella en aquella situación, puesto que, aunque tres de ellos se hubieran marchado —los dos que se habían llevado casi todos los caballos para venderlos antes de que cogieran la balsa y el hombre al que Puntillanegra acababa de matar—, Cantliss contaba con trece hombres. No pensaba que nadie pudiese acabar con

ellos.

Entonces echó de menos a Lamb, porque, de estar allí, habría sonreído, diciendo: «Todo está bien. Que nadie se preocupe».

Que era lo que solía hacer cuando había tormenta y ella no podía dormir. Eso hubiera estado bien.

II. LA CARAVANA



«¡Qué vida tan libre, y qué existencia tan natural! ¡Pero, ah, las incomodidades!»

Henry WADSWORTH LONGFELLOW

CONCIENCIA Y POLLA PODRIDA

—¿REZANDO?

—No —Sufeen suspiró—, sólo estoy aquí arrodillado, con los ojos cerrados mientras preparo unas gachas. Pues claro que estoy rezando. —Abrió un ojo, casi era una rendija, y miró con él a Temple—. ¿Quieres rezar conmigo?

—No creo en Dios, ¿lo recuerdas? —Temple fue consciente de que agarraba el dobladillo de su camisa y lo soltó—. ¿Puedes decirme, con toda sinceridad, si movió alguna vez un dedo para ayudarte?

—Dios no tiene que *gustarte* para que creas en Él. Además, sé que ya no puede ayudarme.

—Entonces, ¿por qué rezas?

Sufeen apartó parte de la tela que le velaba el rostro, la cual se había puesto para rezar, y miró a Temple por el hueco.

—Rezo por ti, hermano. Porque tienes toda la pinta de necesitarlo.

—Me he estado sintiendo... un poco nervioso. —Al comprobar que acababa de pasar del dobladillo a una manga, Temple apartó la mano. Por el amor de Dios, ¿es que sus dedos no pararían hasta deshilachar todas las camisas que se ponía?—. ¿En alguna ocasión has sentido como si un peso terrible pendiese encima ti...

—A menudo.

—... y fuera a caer en cualquier momento...

—Todo el tiempo.

—... y no sabes cómo apartarte?

—Pero tú *sí* que lo sabes, ¿verdad? —Ambos se miraban en silencio.

—No —dijo Temple, dando un paso atrás—. No, no.

—El Viejo te hace caso.

—¡No!

—Puedes hablar con él, hacer que detenga esta...

—¡Lo intenté, pero no quiso escucharme! —Temple se tapó los oídos con las manos, y Sufeen se las apartó.

—¡El camino fácil no lleva a ningún sitio!

—¡Pues habla tú con él!

—¡Sólo soy un explorador!

—¡Y yo un abogado! Jamás dije que fuese un hombre justo.

—Ningún hombre justo dice tonterías cuando habla de sí mismo.

Como Temple quería huir de aquella situación tan incómoda, comenzó a caminar a grandes pasos, dirigiéndose hacia la arboleda.

—¡Si Dios quiere detenerlo, lo detendrá! ¿No es el Todopoderoso?

—¡No dejes para Dios lo que tú puedas hacer! —le dijo Sufeen, y entonces Temple se encogió de hombros, como si aquellas palabras fuesen piedras que le lanzaba con una honda. Aquel hombre comenzaba a parecerse a Kahdia. Temple sólo quería que las cosas no salieran tan mal como con él.

Era evidente que nadie de la Compañía parecía dispuesto a escatimar la violencia. Los bosques estaban llenos de hombres ansiosos por combatir que ajustaban vigorosamente las correas, afilaban las armas, encordaban los arcos. Dos norteños se abofeteaban mutuamente, con sus rosados rostros llenos de excitación. Dos mercenarios kantic ejecutaban sus particulares ritos, arrodillados ante la piedra sagrada que habían dispuesto con sumo cuidado encima del tocón de un árbol. Todos aquellos hombres creían que Dios era su aliado, independientemente del camino que hubieran elegido.

Habían llevado el carruaje reforzado hasta un claro, y sus caballos comían de

los morrales. Cosca se apoyaba en una de sus ruedas, dando su interpretación personal del ataque que iban a realizar contra Averstock a la asamblea formada por los miembros más notorios de la Compañía, que pasaban sin problemas de la lengua estiria a la común, haciendo con las manos unos gestos muy expresivos para beneficio de quienes no hablaban ninguna de las dos. A su lado, Sworbreck se encogía encima de un peñasco, con el lápiz listo para anotar las palabras más memorables que dijera el gran hombre.

—... de suerte que el contingente de la Unión, mandado por el capitán Dimbik, pueda barrerlos desde el oeste a lo largo del río.

—Sí, señor —dijo Dimbik, llevando hacia atrás con el dedo meñique algunas de sus greñas bien aceitadas.

—Brachio cargará simultáneamente desde el este con sus hombres.

—¿Simulta... qué? —preguntó el estirio con un gruñido, mientras se chupaba un diente podrido.

—Al mismo tiempo —explicó Amistoso.

—¡Ah!

—¡Y Jubair bajará colina abajo desde la arboleda, completando el cerco! —La pluma que Cosca llevaba en el sombrero se meneó mientras él conseguía, metafóricamente hablando, una victoria total contra las fuerzas de la oscuridad.

—Que no escape nadie —masculló Lorsen—. Hay que interrogarlos a todos.

—Por supuesto. —Cosca echó hacia delante su mandíbula inferior e, inconscientemente, se rascó el cuello, en el que ya comenzaba a insinuarse un leve sarpullido—. Y luego se declarará el botín aprehendido, para que quede bien registrado a efectos del posterior reparto según la Regla de los Cuartos. ¿Alguna pregunta?

—¿A cuánto ascenderá el número de las personas que el Inquisidor Lorsen piensa torturar hoy mismo hasta morir? —preguntó Sufeen, levantando la voz. Temple se lo quedó mirando con la boca abierta, y no fue el único.

Cosca comenzó a rascarse el sarpullido.

—Me refería a preguntas que tuvieran que ver con la táctica...

—Al que sea necesario —le interrumpió el Inquisidor—. ¿Cree que me divierte? El mundo es un lugar gris. Un lugar de medias verdades. De cosas medio buenas y medio malas. Pero son cosas por las que vale la pena luchar y en las que debemos emplear todo nuestro vigor y nuestro compromiso. Las medias tintas no sirven para nada.

—¿Y si ahí abajo no hubiera rebeldes? —Sufeen dio un manotazo a Temple para que dejara de tirarse de la manga—. ¿Y si usted estuviera equivocado?

—En ocasiones suelo equivocarme —concedió Lorsen, sin darle mayor importancia—. El coraje reside en soportar el precio del error. Aunque todos tengamos remordimientos, ninguno de nosotros puede permitirse verse afectado por ellos. En ocasiones hay que cometer pequeños crímenes para evitar otros mayores. En ocasiones, el mal menor supone el bien mayor. El hombre con principios debe hacer elecciones difíciles, y luego sufrir las consecuencias. O sentarse a llorar por lo injusto que todo le parece.

—A mí me funciona —dijo Temple, lanzando una risotada que sonó falsa.

—Pues a mí no. —Sufeen tenía una expresión extraña, como si a través que los que estaban allí pudiera ver a alguien que estaba muy lejos, y Temple tuvo un mal presentimiento. Mucho peor que los que solían asaltarle—. General Cosca, quiero bajar a Averstock.

—¡Todos lo haremos! ¿Acaso no has escuchado mis directivas?

—Antes del ataque.

—¿Para qué? —preguntó Lorsen.

—Para hablar con la gente de la ciudad —explicó Sufeen—. Para darles la oportunidad de entregar a los rebeldes. —Temple bizqueó. Dios, qué ridículo sonaba. Noble, legítimo, valiente... y ridículo—. Para no repetir lo que sucedió en Tratojusto...

—Creo que nos comportamos extremadamente bien en Tratojusto. —Cosca estaba desconcertado—. ¡Una compañía de gatitos no habría sido más gentil! ¿No le parece, Sworbreck?

El escritor se ajustó las gafas y dijo:

—Se refrenaron de una manera admirable.

—Esa ciudad es pobre. —Sufeen señalaba la arboleda con un dedo tembloroso—. No tiene nada que valga la pena saquear.

—Eso no podremos saberlo hasta que no la veamos de cerca —dijo Dimbik, encogiéndose de hombros.

—Sólo le pido una oportunidad. Se lo ruego. —Sufeen juntó las manos y miró a Cosca a los ojos—. Rezo por ello.

—Rezar es un acto de soberbia —dijo Jubair—. Al rezar, el hombre cree que puede cambiar la voluntad de Dios. Pero Dios ya ha dispuesto Su plan y pronunciado Su palabra.

—¡Pues entonces, que se joda! —exclamó Sufeen, sin poder aguantarse.

Jubair se limitó a enarcar lentamente las cejas y a decir:

—Ya verás como Dios te jode a ti.

Hubo una pausa mientras los ruidos metálicos que delataban los preparativos marciales se filtraban entre los troncos de los árboles, junto con el cántico de la madrugadora alondra.

El Viejo se rascó el caballete de la nariz y suspiró.

—Pareces muy decidido.

Sufeen repitió como un eco las palabras de Lorsen:

—El hombre con principios debe hacer elecciones difíciles, y luego sufrir las consecuencias.

—Si accedo a lo que me pides, ¿qué pasará después? ¿La conciencia seguirá picándonos en el culo cuando recorramos el País Cercano y luego regresemos? Porque eso puede ser algo muy molesto. La conciencia puede resultar tan dolorosa como tener la polla podrida. Un hombre hecho y derecho sufre sus aflicciones en privado y no permite que resulten inconvenientes para sus amigos y camaradas.

—Comparar la conciencia con la polla podrida no me parece muy acertado —dijo Lorsen.

—Así es —repuso Cosca, muy convencido—. La polla podrida raramente resulta fatal.

El rostro del Inquisidor parecía más lívido de lo usual.

—¿Debo considerar que se está tomando en serio esta estupidez?

—Usted lo considera, y yo lo considero. A fin de cuentas, la ciudad está rodeada, y nadie va a salir de ella. Quizá eso haga que nuestras vidas sean un poco más cómodas. ¿Tú qué piensas, Temple?

—¿Yo? —Temple parpadeó.

—Te miro mientras pronuncio tu nombre.

—Sí, bueno, pero... ¿yo? —Había una buena razón para que hubiese dejado de plantearse opciones. Siempre había seguido las malas. Tal y como ponía de manifiesto el apuro por el que estaba pasando, tras treinta años de escarbar entre la miseria y sentir miedo en medio de todo tipo de desastres. Su mirada pasó de Sufeen a Cosca para detenerse en Lorsen y recorrer luego el camino contrario. ¿Dónde estaba el máximo provecho? ¿Dónde el riesgo menor? ¿Qué era en aquellos momentos... lo correcto? Le resultaba tremendamente difícil encontrar el buen camino en medio de toda aquella maraña—. Bueno...

Cosca hinchó los mofletes y luego soltó el aire.

—El hombre con conciencia y el hombre con dudas. Que Dios nos ayude. Tienes una hora.

—¡Debo protestar! —Lorsen aullaba.

—Hágalo, si insiste. Pero no creo que pueda escucharle con todo este ruido.

—¿Qué ruido?

Cosca se metió los dedos en los oídos.

—¡Blah-li-lah-li-lah-li-lah-li-la...!

Aún seguía emitiendo tan singular cacofonía cuando Temple echó a correr entre aquellos árboles tan altos para seguir a Sufeen en medio del ruido que hacían sus botas al pisar las ramas caídas, las piñas podridas y las agujas renegridas, el cual fue atenuándose por los crujidos y roces de las ramas más altas, así como por los gorjeos y trinos de los pájaros.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Temple, mascullando las palabras mientras intentaba no quedarse atrás.

—He recobrado la cordura.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con ellos.

—¿Con quiénes?

—Con quienes quieran escucharme.

—¡No pensarás arreglar este mundo hablando!

—¿No es lo que tú haces?

Dejaron atrás al último grupo de centinelas, que los miraron sorprendidos. Bermi, que era uno de ellos, los interrogó con la mirada, recibiendo a cambio unos hombros encogidos por parte de Temple. No tardaron en salir a campo abierto, sintiéndose cegados al recibir la luz del sol. Las casas de Averstock, apenas unas pocas docenas, se aferraban a una de las curvas del río situado más abajo. Pero llamarlas «casas» resultaba un término más que generoso. Porque apenas eran unas barracas cochambrosas. Sufeen comenzaba a bajar por la colina a grandes pasos, dirigiéndose hacia ellas.

—¿Qué demonios quiere hacer? —susurró Bermi desde la seguridad que le proporcionaba la sombra de los árboles.

—Creo que seguir lo que le dicta su conciencia —contestó Temple.

—La conciencia es un navegante desastroso. —El estirio no parecía muy convencido.

—Eso mismo le he dicho yo muchas veces. —Pero Sufeen no daba muestras

de detener su carrera—. Oh, Dios —musitó Temple, mirando el cielo azul—. Oh, Dios. Oh, Dios. —Y, de un salto, echó a correr tras él, mientras sacudía de sus pantorrillas las hierbas y las florecillas blancas cuyo nombre desconocía.

—¡El sacrificio de uno mismo no sirve para nada! —dijo cuando lo alcanzó—. ¡Lo he visto muchas veces, y es algo desagradable e inútil que nadie suele agradecer!

—Quizá Dios sí que lo agradezca.

—¡Si hay un Dios, seguro que se preocupará por cosas más importantes que por dos tipos como nosotros!

Sufeen apretó el paso sin mirar a derecha ni a izquierda.

—Vuelve, Temple. Éste no es el camino fácil.

—¡Joder, ya lo veo! —exclamó, agarrando a Sufeen por la manga—. ¡Volvamos los dos!

Sufeen se soltó y siguió corriendo.

—¡No!

—¡Pues voy contigo!

—Bien.

—¡Joder! —Temple intentaba llegar nuevamente hasta él, porque la ciudad estaba cada vez más cerca y cada vez le apetecía menos arriesgar su vida por ella—. ¿Cuál es tu plan? Porque tienes un plan, ¿o no?

—Forma... parte de uno.

—Eso no parece muy tranquilizador.

—Que te tranquilices no entra en mis planes.

—Entonces, amigo mío, esperemos que todo salga *cojonudamente bien*. —Pasaron bajo el arco de vigas de madera sin desbastar que servía de puerta de entrada y luego bajo un cartel medio roto en el que podía leerse *Averstock*.

Evitaron las zonas más embarradas de la embarrada calle principal y contornearon los pequeños edificios medio derruidos, la mayoría construidos con maderas torcidas de pino, que sólo tenían una planta, y algunos ni siquiera eso.

—Dios, este sitio es muy pobre —murmuró Sufeen.

—Me recuerda los lugares donde he vivido —susurró Temple. Lo que distaba mucho de ser algo bueno. La ciudad baja de Dagoska, tostada por el sol; los barrios bajos de Estiria, donde uno se cocía; las aldeas de las Tierras Cercanas, arracimadas entre sí. Todas las naciones eran ricas a su manera, pero la pobreza terminaba por hacerlas a todas iguales.

Una mujer despellejaba una carcasa contaminada que podía haber sido de conejo o de gato, y Temple tuvo la impresión de que a ella no le importaba de cuál de los dos animales pudiera ser. Un par de niños semidesnudos jugaban despreocupadamente con espadas de madera en la calle. Desde lo alto de la escalinata de una de las pocas casas de piedra, apoyando la espalda en la pared del porche, un anciano de larga cabellera afilaba un palo con una espada que, ciertamente, no era ningún juguete. Toda aquella gente observaba a Temple y a Sufeen con cierta suspicacia teñida de resentimiento. Cuando sonaron algunas contraventanas, el corazón de Temple comenzó a latir a toda prisa, y cuando ladró un perro, a punto estuvo de estallarle en el pecho, mientras una brisa maloliente enfriaba el sudor que ya mojaba sus cejas. Se preguntó si no estaría haciendo la cosa más estúpida de todas las que había hecho en aquella vida suya tan llena de estupideces. Sabiendo que aún tendría tiempo para ponerla en el primer puesto de la lista, decidió asignarle provisionalmente uno de los más importantes.

El rutilante corazón de Averstock venía a ser un cobertizo con un pichel pintado en el tablón que colgaba encima de su entrada y una clientela desdichada. Una pareja de parroquianos, posiblemente un granjero y su hijo, ambos huesudos y pelirrojos, el chico con una mochila en el hombro, se sentaban junto a una mesa, tomando una ración de queso un tanto reseco. Un individuo de aspecto trágico, engalanado con unas cintas deshilachadas, se inclinaba sobre una copa. Temple lo tomó por algún bardo itinerante, quizá especializado en canciones tristes, porque su mera apariencia ya daba por sí sola ganas de llorar. Una mujer, que cocinaba en unos fogones renegridos, obsequió a Temple con una mirada agria nada más entrar.

La barra era una tabla alabeada que tenía una hendidura reciente a lo largo de ella, así como una mancha muy grande en el medio, la cual tenía la desagradable apariencia de la sangre seca. Detrás de ella, el tabernero limpiaba con mucho

cuidado unas copas, ayudándose con un trapo.

—Aún no es tarde —susurró Temple—. Nos tomamos una copa de los meados que deben de servir en este sitio y nos largamos sin problemas.

—Hasta que el resto de la Compañía pase por aquí.

—Quería decir sin problemas para *nosotros*... —Pero Sufeen ya se acercaba a la barra, dejando que Temple maldijera en silencio desde la entrada para luego seguirle con la mayor desgana.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el dueño.

—Hay unos cuatrocientos mercenarios que rodean su ciudad antes de atacarles —dijo Sufeen, y la esperanza que Temple albergaba de poder evitar la catástrofe sufrió un duro golpe.

Se hizo una pausa preñada de silencio. Muy preñada.

—No ha sido una buena semana —comentó el tabernero con un gruñido—. No estoy de humor para bromas.

—Si hubiéramos querido hacerle reír, le habríamos dicho algo más divertido —musitó Temple.

La voz de Sufeen se sobrepuso a la suya.

—Pertenecen a la Compañía de la Graciosa Mano, comandada por el infame mercenario Nicomo Cosca, y la Inquisición de Su Majestad los ha contratado para erradicar de las Tierras Cercanas a todos los rebeldes. A menos que ustedes colaboren con ellos, las consecuencias serán horrendas.

Aquellas palabras sí que atrajeron la atención del tabernero, así como la de todos los parroquianos de la taberna. Si había sido o no una buena idea, era algo que no tardaría en verse.

—¿Qué pasaría si hubiera rebeldes en la ciudad? —El granjero se apoyó en la parte de la barra situada detrás de ellos y comenzó a remangarse lentamente. El tatuaje de su antebrazo decía: *Derechos, libertad, justicia*. Temple observó su rostro macilento. Acababa de ver al azote de la poderosa Unión, al insidioso enemigo de Lorsen, al terrible enemigo en carne y hueso.

Suffen escogió las palabras con sumo cuidado:

—Pues que tendrían menos de una hora para rendirse y evitar a la gente de la ciudad un derramamiento de sangre.

El individuo huesudo exhibió una sonrisa sin alegría y sin la mitad de los dientes.

—Voy a llevaros ante Sheel. Él verá si os cree o no. —Por su parte, era evidente que no se creía nada de lo que le habían dicho. Quizá ni siquiera lo había comprendido del todo.

—Entonces, llévanos ante Sheel —dijo Sufeen—. Me parece bien.

—¿Te lo parece? —murmuró Temple, a quien, para entonces, la sensación de que el desastre era inminente no le dejaba respirar.

—Tendréis que entregar vuestras armas.

—Con el mayor de los respetos —dijo Temple—, no estoy convencido de...

—Entregadlas. —Temple se sorprendió al ver que la mujer de los fogones acababa de sacar una ballesta cargada que apuntaba hacia él con mano firme.

—Ya estoy convencido —dijo con voz cascada, quitándose el puñal que llevaba al cinto y cogiéndolo cuidadosamente con el pulgar y el índice—. Es muy pequeño.

—El tamaño no importa —comentó el tipo esquelético mientras lo cogía de la mano de Temple—, sino dónde lo clavas. —Sufeen se quitó el cinturón de la espada para que también lo cogiera—. Adelante. Y mejor será que no hagáis movimientos bruscos.

—Siempre intento evitarlos —replicó Temple, levantando las manos.

—Por lo que recuerdo, no los evitaste para seguirme hasta aquí —dijo Sufeen.

—Y no te imaginas cuánto lo lamento ahora.

—Cerrad el pico. —El huesudo los llevó hasta la puerta mientras la mujer los

seguía a una distancia prudencial, sin bajar la ballesta. Temple observó en la parte interior de su muñeca el color azul de un tatuaje. El chico se montó en su espalda, metiendo los pies por un tirante y apretando con fuerza la mochila contra su pecho. Si no hubiera sido por la amenaza de la muerte, aquella procesión habría resultado cómica. Siempre le había parecido a Temple que la amenaza de la muerte era un antídoto infalible contra la comedia.

Sheel resultó ser aquel hombre mayor que había estado vigilándolos desde que entraran en la ciudad. Qué felices le parecían aquellos momentos. Siguió erguido hasta que espantó a una mosca, y luego, como si acabara de tener una súbita inspiración, cogió su espada y bajó del porche, aún más erguido que antes.

—¿Qué sucede, Danard? —preguntó con una voz llena de flemas.

—Hemos cogido a estos dos en la taberna —respondió el tipo esquelético.

—¿Cogido? —dijo Temple—. ¡Pero si entramos en ella y preguntamos por usted!

—Cierra el pico —dijo Danard.

—Ciérralo tu —replicó Sufeen.

Sheel emitió un sonido que se encontraba a medio camino entre la arcada y el carraspeo, y luego deglutió penosamente el resultado de tanto esfuerzo.

—A ver si somos capaces entre todos de ver la diferencia que existe entre hablar demasiado y no decir ni pío. Me llamo Sheel y hablo en nombre de los rebeldes que vivimos en este sitio.

—¿Por los cuatro? —preguntó Temple.

—Éramos más. —Parecía más triste que enfadado. Agotado y a punto de derrumbarse, aunque quizá sólo fuese la impresión que daba.

—Me llamo Sufeen y he venido a advertiros...

—Al parecer, estamos rodeados —dijo Danard, burlándose—. Si nos rendimos a la Inquisición, Averstock seguirá en pie otro día más.

Sheel volvió hacia Temple sus ojos grises, que parecían deslavados.

—Estaréis de acuerdo en que vuestra historia parece cogida por los pelos.

Tras aquellas palabras sólo había una manera de salir del atolladero, y era convencer a aquel hombre de que le estaban diciendo la verdad. Temple le miró de la manera más convincente que podía. La misma que había empleado para convencer a Kahdia de que no volvería a robar, la misma con la que había convencido a su esposa de que todo iría bien, la misma que solía emplear con Cosca para que le otorgase su confianza. ¿Acaso no le había servido para convencerlos a todos?

—Mi amigo dice la verdad. —Hablaba lenta y cuidadosamente, como si sólo estuvieran los dos en aquel sitio—. Ven con nosotros y se salvarán muchas vidas.

—Está mintiendo. —El individuo esquelético empujó a Temple en un costado con el pomo de la espada de Sufeen—. Ahí arriba no hay nadie.

—¿Y por qué íbamos a molestarnos en bajar hasta aquí para mentiros? —Temple ignoró el empujón y no apartó su mirada de la de aquel hombre mayor—. ¿Qué ganábamos haciéndolo?

—Entonces, ¿por qué lo habéis hecho? —preguntó Sheel.

Temple se quedó boquiabierto durante un instante. ¿Por qué no decir la verdad? Al menos sería una novedad para él.

—Pues porque quedarnos sin hacer nada nos hacía sentirnos mal.

—*Uh*. —Al parecer, aquellas palabras habían tocado alguna fibra sensible. El anciano apartó la mano de la empuñadura de su espada. Aunque eso no quisiera decir que fuera a rendirse, ya era algo—. Si nos rendimos, suponiendo que estéis diciendo la verdad, ¿qué pasará?

Nunca sale bien decir muchas verdades al tiempo. Pero Temple quiso aferrarse a la verdad.

—Os prometo que se respetará a la gente de Averstock.

El hombre mayor volvió a aclararse la garganta. ¡Dios, cómo le sonaban los pulmones! ¿No sería que comenzaba a creer que decían la verdad? ¿No sería que todo comenzaba a ir mejor? ¿Sería posible que, aunque ellos no fueran a vivir ni un día más, consiguieran salvar la vida de aquella gente? ¿Sería posible que

consiguiera hacer algo de lo que Kahdia se hubiese sentido orgulloso? Aquel pensamiento le hizo sentirse realmente orgulloso, aunque sólo fuera durante un instante. Por eso se aventuró a sonreír. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido orgulloso? ¿Se había sentido así alguna vez?

Sheel abrió la boca para hablar, para asentir, para rendirse... Y entonces se contuvo, frunciendo el ceño al mirar por encima de los hombros de Temple.

El viento arrastraba un sonido casi imperceptible. El de unos cascos de caballo. Al seguir Temple la mirada del viejo rebelde, vio que un jinete llegaba a galope tendido por la parte del valle que estaba cubierta de hierba. Sheel también lo vio, y su frente se llenó de arrugas por la sorpresa. Otros jinetes aparecieron tras él, bajando por la pendiente, al principio una docena, luego más.

—No —musitó Temple.

—¡Temple! —mascculló Sufeen.

—¡Bastardos! —Sheel abría unos ojos como platos.

Temple levantó una mano.

—¡No!

Escuchó su gruñido, y cuando se volvió para decir que apenas quedaba tiempo, vio a su amigo y a Danard luchando a brazo partido. Y entonces se quedó mirándolos, boquiabierto.

No habían respetado el plazo de una hora que les habían dado.

Sheel desenvainó torpemente su espada con un chirrido de metal, y Temple lo agarró de la mano antes de que pudiera herirle con ella y le propinó un puñetazo.

Lo había hecho sin pensar.

Todo vibró a su alrededor cuando el sibilante y cálido aliento de Sheel alcanzó su mejilla. Ambos se agarraban, zurrándose de lo lindo. Un puño alcanzó la cara de Temple, haciendo que le zumbaran los oídos. Volvió a la carga, sintió que el cartílago de su nariz se reventaba contra la frente de él, y entonces Sheel tropezó y Sufeen apareció al lado de Temple con la espada en la mano, al parecer muy sorprendido.

Temple permaneció un instante sin saber qué hacer, preguntándose cómo habían llegado hasta ahí. Y qué tendrían que hacer ahora.

Escuchó la cuerda de una ballesta y el susurro de un dardo al pasar junto a él, o eso le pareció.

Entonces vio que Danard intentaba levantarse.

—Cabrón de... —y su cabeza cayó al suelo.

Temple parpadeó a causa de la sangre que le corría por la cara. Vio a Sheel intentando coger un cuchillo. Sufeen lo apuñaló, y el anciano emitió una tos quejumbrosa cuando el metal le entró por un costado, agarrándose la herida mientras su rostro se llenaba de convulsiones y la sangre se colaba entre sus dedos.

Murmuró algo que Temple no pudo comprender, y, cuando intentó empuñar nuevamente su cuchillo, la espada le alcanzó justo encima de los ojos.

—Oh —dijo él—. Las gotas de sangre salpicaban el barro mientras el anciano se desplomaba hacia un lado, rebotaba en su propio porche y, agitando una mano, caía rodando por debajo del arco.

Sufeen le miró fijamente.

—Habíamos venido para salvar a la gente —murmuró. Tenía sangre en los labios. Se dejó caer de rodillas y la espada cayó de su mano sin fuerza, rebotando en el suelo.

Temple le agarró.

—¡Qué...!

El cuchillo que antes había entregado a Danard lo tenía clavado Sufeen en las costillas, hasta la empuñadura, de suerte que su camisa se iba oscureciendo poco a poco. A cualquiera le hubiera parecido un cuchillo muy pequeño, pero era más que suficiente para matar.

El perro que antes habían visto seguía ladrando. Sufeen se inclinó para mirarlo. La mujer de la ballesta se había ido. ¿No estaría recargándola en algún sitio para dispararla de nuevo? Temple debía guarecerse donde pudiera.

Pero no lo hizo.

El sonido de los cascos se acercó. La sangre, que seguía brotando de la herida de Sheel, ya formaba un espeso charco alrededor de su cabeza abierta. El chico retrocedió lentamente y echó a correr como un pato, arrastrando consigo su pierna lisiada. Temple vio cómo huía.

Entonces Jubair se acercó a uno de los costados de la taberna, en medio del barro que levantaban los cascos de su enorme caballo, con la espada en alto. El chico intentó retroceder y, presa de la desesperación, adelantó un pie antes de que la hoja lo alcanzara en un hombro y lo enviase rodando por la calle. Jubair pasó como un rayo, gritando. Llegaban más jinetes. Los lugareños corrían. Gritaban. Apenas se los oía a causa del ruido que hacían los cascos de los caballos.

No habían respetado el plazo de una hora que les habían dado.

Temple se arrodilló al lado de Sufeen para darle la vuelta, cuidar de sus heridas, ponerle una venda... en resumen, para hacer todas esas cosas que Kahdia le había enseñado. Pero en cuanto le miró a la cara, supo que había muerto.

Los mercenarios cargaban por toda la ciudad, ladrando como una manada de perros, agarrando sus armas como si éstas fuesen los naipes de una mano ganadora.

Temple notó un olor a humo. Agarró la espada, cuya mellada hoja estaba manchada de gotitas rojas, se levantó y fue a donde estaba el chico lisiado. Lo vio arrastrarse hacia la taberna, apoyándose en un brazo. Al ver a Temple, gimoteó e hizo unas bolas de barro con la mano buena. La mochila que llevaba estaba abierta, liberando las monedas que guardaba en su interior. Plata que se dispersaba por el barro.

—Ayúdame —dijo el chico, con voz apagada—. ¡Ayúdame!

—No.

—¡Me matarán! ¡Me...!

—¡Cierra la puta boca! —Mientras se ahogaba, Temple empujó al chico con su espada en un hombro y se agachó. A medida que se agachaba, más ganas le entraban de meterle la espada por el cuerpo. Como el chico le vio las intenciones pintadas en la cara, gimió y se encogió aún más, y Temple volvió a empujarlo con la

espada.

—¡Cierra la boca, cabrón! ¡Cierra la boca!

—¡Temple! ¿Estás bien? —La alta silueta gris de Cosca le dominaba—. ¡Estás sangrando!

Temple bajó la mirada y vio que una de las mangas de su camisa estaba desgarrada y que la sangre le caía por la palma de la mano. No estaba seguro de cómo se podía haber herido.

—Sufeen ha muerto —murmuró.

—¿Por qué se llevan siempre los hados a los mejores de...? —Cosca acababa de fijarse en el brillo de las monedas caídas en el barro. Hizo una señal a Amistoso, y el sargento le ayudó a bajar de su silla sobredorada. El Viejo se agachó para apartar con mucha ansia el barro y pescar con el pulgar y el índice una de las monedas. Una sonrisa iluminó su rostro.

—Sí —dijo en voz baja, aunque no tanto para que Temple no lo escuchara.

Amistoso arrancó de un tirón la mochila que el chico seguía llevando a la espalda. El sonido que hizo le confirmó que aún quedaban monedas en ella.

Blam, blam, blam. Era el ruido de las patadas que un grupo de mercenarios propinaba a la puerta de la taberna. Cosca se agachó.

—¿Dónde conseguisteis este dinero?

—Hicimos una incursión —explicó el chico en voz baja—. Todo salió mal. —El ruido de la puerta de la taberna al reventar, seguido de una andanada de gritos cuando los mercenarios entraron por ella.

—¿Todo salió mal?

—Sólo regresamos cuatro. Por eso nos quedamos con dos docenas de caballos que ya no necesitábamos. Un hombre llamado Grega Cantliss nos los compró en Greyer.

—¿Cantliss? —Las contraventanas saltaron por los aires cuando una silla salió volando por la ventana de la taberna y cayó en la calle, muy cerca de donde

estaban. Amistoso arrugó la frente al mirar a la ventana, pero Cosca ni se inmutó. Como si sólo existiesen él, el chico y las monedas—. ¿Qué tipo de hombre es el tal Cantliss? ¿Un rebelde?

—No. Lleva unas ropas muy bonitas. Lo acompañan unos cuantos norteños que tienen mirada de locos. Cogió los caballos y nos pagó con estas monedas.

—¿Y de dónde las sacó él?

—No nos lo dijo.

Cosca le levantó la manga para ver su tatuaje.

—Pero, a fin de cuentas, ¿no era uno de vuestros rebeldes?

El chico se limitó a negar con la cabeza.

—Al Inquisidor Lorsen no le gustará esa respuesta —comentó Cosca, asintiendo al mirar a Amistoso, que cerró sus manos alrededor del cuello del chico. El perro seguía ladrando. Ladraba, ladraba y ladraba. A Temple le hubiera gustado que alguien le cerrase la boca. Al otro lado de la calle tres mercenarios kantic golpeaban salvajemente a un hombre bajo la mirada de una pareja de niños.

—Deberíamos detener esto —dijo Temple, sentándose en la calle.

—¿Y cómo? —Cosca llevaba en la mano la mayor parte de las monedas, que ya comenzaba a contar lentamente—. Soy general, no Dios. Muchos generales suelen confundir ambos conceptos, pero hace tiempo que me curé de eso, créeme—. A una mujer la estaban sacando a rastras de un edificio cercano, agarrándola por el pelo. —Los hombres están trastornados. Esto es como una inundación, en la que es más seguro dejarse llevar por la corriente que intentar contenerla. Si no encuentra un canal por donde desahogar su ira, se desbordará por cualquier sitio. Incluso llevándome a mí por delante. Y no creo que yo tenga la culpa de todo esto, ¿lo comprendes?

A Temple le palpitaba la cabeza. Se sentía tan cansado que apenas podía moverse.

—¿Crees que la tengo yo? Sé que querías hacer bien las cosas. —Las llamas comenzaban a lamer con furia los aleros del tejado de la taberna—. Pero eso es lo que pasa con las buenas intenciones. Espero que todos hayamos aprendido bien la

lección de hoy. —Cosca sacó una petaca de su casaca y comenzó a desenroscar lentamente el tapón—. Yo, la de ser indulgente contigo. Y tú, la de ser indulgente contigo mismo. —Se la llevó a la boca y comenzó a beber lentamente.

—¿Ha vuelto a beber? —musitó Temple.

—Eres demasiado remilgado. Un sorbito nunca le hizo daño a nadie. —Cosca relamió las últimas gotas antes de lanzarle a Amistoso la petaca vacía para que la rellenase—. ¡Inquisidor Lorsen! ¡Qué alegría verlo con nosotros!

—¡Le hago responsable de este desastre! —le espetó Lorsen mientras refrenaba salvajemente a su caballo.

—No es el primero —dijo Cosca—. Tendré que vivir con la vergüenza que me produce.

—¡No es el momento de hacer bromas!

El Viejo chasqueó la lengua antes de responder.

—Mi antiguo comandante Sazine me dijo en cierta ocasión que hay que reír en todas las circunstancias de la vida, hasta que llegue ese momento en el que ya no le apetecerá a uno seguir haciéndolo. Creo que hubo alguna confusión con las señales. Suele suceder en las guerras. Por mucho cuidado que uno ponga en planificar las cosas, siempre hay sorpresas. —Y, como si quisiera ilustrar aquel aserto, un mercenario gurko pasó ante ellos, haciendo cabriolas mientras llevaba puesta encima la adornada chaqueta del bardo—. Pero ese chico consiguió decirnos algo antes de morir. —La plata brillaba en la palma enguantada de Cosca—. Monedas imperiales. Se las entregó a estos rebeldes un tipo llamado... —y enarcó las cejas.

—Grega Cantliss —dijo Amistoso.

—Eso, y se las entregó en la ciudad de Greyer.

—¿Está usted diciendo que los rebeldes tenían dinero imperial?—. Lorsen frunció el ceño. —El Superior Pike fue muy claro respecto a evitar cualquier confrontación con el Imperio.

Cosca levantó una moneda para que la viera bien.

—¿Ve esta efigie? Es del Emperador Ostus II. Murió hace cerca de cuatrocientos años.

—No sabía que tuviese tan gran devoción por la historia —comentó Lorsen.

—Mi devoción tiene que ver con el dinero. Son monedas antiguas. Quizá los rebeldes se tropezaran con una tumba. Antes solían enterrar a los grandes hombres con sus riquezas.

—Los grandes hombres de antaño no nos conciernen —repuso Lorsen—, sino los rebeldes que llegaron después.

Un par de mercenarios de la Unión estaban chillando a un hombre arrodillado. Le preguntaban dónde tenía el dinero. Uno de ellos le golpeó con un largo madero procedente de su propia puerta, que antes habían destrozado. Para cuando pudo levantarse, titubeando, la sangre le corría por la cara. Volvieron a preguntárselo. Y a atizarle una, dos, tres veces.

Sworbreck, el biógrafo, los observaba. Luego, sin quitarse la mano de encima de la boca, murmuró:

—¡Dios mío!

—Como todo en este mundo —explicaba Cosca—, una rebelión cuesta dinero: alimentos, ropas, armas, alojamiento. Los fanáticos siguen necesitando lo mismo que nosotros. Quizá un poco menos, puesto que sus altos ideales también los alimentan, pero necesitan todo lo demás. Si seguimos la pista del dinero, daremos con sus jefes. Greyer aparece en la lista del Superior Pike, ¿no es así? Así que quizá el tal Cantliss nos conduzca hasta el tal... Contus de ustedes.

—Conthus —rectificó Lorsen.

—Eso. —Cosca señaló a los cadáveres de los rebeldes con un meneo indolente de su espada, que a punto estuvo de dejar desnarigado a Sworbreck—. Dudo que esos tres puedan darnos más pistas. En muy pocas ocasiones la vida resulta como esperábamos. Debemos doblegarnos a las circunstancias.

Lorsen gruñó de disgusto.

—De acuerdo, pues seguiremos la pista del dinero. —Hizo dar media vuelta a su caballo y, a voz en cuello, dijo a uno de sus Practicantes—: ¡Buscad tatuajes en

los cadáveres, maldición, y traedme a todos los rebeldes que sigan con vida!

Tres puertas más abajo, el mercenario que se había subido al tejado de una casa acababa de quedarse atascado en la chimenea por querer bajar por ella, mientras varios más se arracimaban ante su puerta. Cosca insistía ante Sworbreck:

—Comparto su disgusto por todo esto, créame. He estado involucrado muy de cerca en la quema de algunas de las ciudades más hermosas y antiguas del mundo. ¡Tendría que haber visto Oprile en llamas! ¡Iluminaba el cielo en varios kilómetros a la redonda! Esto apenas ilumina nada.

Jubair colocó varios cadáveres en fila y comenzó a decapitarlos como si nada. *Tac, tac, tac*, cantaba su espadón. Dos de sus hombres habían hecho trizas el arco que cruzaba la calle y afilaban los extremos de sus vigas. Ya habían puesto una en el suelo, clavando en su extremo superior la cabeza de Sheel, que, cosa extraña, parecía hacer pucheros.

—¡Oh, Dios! —volvía a decir Sworbreck.

—Las cabezas cortadas —le explicaba Cosca— nunca se pasan de moda. Usadas con moderación y cierta sensibilidad artística, suelen ser más elocuentes que las que aún permanecen unidas a sus cuellos. Apúntelo. ¿Por qué no está escribiendo?

Una anciana había salido, arrastrándose, de su casa en llamas, con el rostro cubierto de hollín, y varios mercenarios acababan de formar un círculo a su alrededor para observar cómo se movía.

—Qué desperdicio —decía Lorsen a uno de sus Practicantes, quejándose con cierta amargura—. Qué magnífica podría llegar a ser esta tierra con una gestión adecuada. Con un gobierno firme y las últimas técnicas agrícolas y forestales. En las Tierras del Medio tienen una máquina trilladora que sólo con un operario puede hacer en un día lo que doce campesinos en una semana.

—¿Y que hacen mientras tanto los otros once? —preguntó Temple, cuya boca parecía tener vida propia.

—Buscar otro trabajo —le espetó el Practicante.

A sus espaldas, otra cabeza de cabellos lacios acababa de aparecer encima de otra estaca. La casa chamuscada comenzaba a arder alegremente. Las llamas se

agitaban, el aire rielaba, los mercenarios se apartaban, tapándose la cara con las manos para protegerse del calor, dejando que la anciana siguiera arrastrándose.

—Buscar otro trabajo —repitió Temple, hablando consigo mismo,

Cosca cogía a Brachio por el codo y le gritaba al oído en medio de todo aquel ruido:

—¡Tienes que reunir a tus hombres! ¡Tenemos que ir hacia el noreste, a Greyer, para recabar noticias acerca del tal Grega Cantliss!

—¡Tardaré algún tiempo en calmarlos!

—¡Una hora, y luego le diré al sargento Amistoso que me traiga a los rezagados, aunque sea a pedazos! ¡La disciplina, Sworbreck, es vital en un cuerpo de combatientes!

Temple cerró los ojos. Dios, cómo apestaba. A humo, a sangre, a furia y otra vez a humo. Necesitaba agua. Se volvió para preguntarle algo a Sufeen y vio su cadáver en el barrizal a unos pocos pasos por delante de ellos. Un hombre con principios tiene que hacer elecciones difíciles y sufrir las consecuencias.

—Ahora traeremos tu caballo —dijo Cosca, como si aquello pudiera hacerle olvidar algunos de los malos tragos por los que acababa de pasar aquel día—. Si quieres un consejo, mantente ocupado. Olvida este sitio en cuanto puedas.

—¿Cómo puedo olvidar lo sucedido?

—Oh, eso es pedir demasiado. El truco consiste en saber la manera de... —Cosca dio con mucho cuidado un paso atrás cuando uno de los estirios pasó a caballo, arrastrando con su caballo un cadáver que se bamboleaba—. No importa.

—Tengo que enterrar a Sufeen.

—Sí, supongo. Pero date prisa. Tenemos luz diurna y ningún momento que perder. ¡Jubair! ¡Deja eso! —dijo el Viejo, que ya cruzaba la calle, moviendo su espada—. ¡Quema todo lo que haya que quemar y monta! ¡Vamos hacia el noreste!

Cuando Temple se volvió, Amistoso le ofreció en silencio una pala. El perro había dejado, por fin, de ladrar. Un norteño enorme, un bestia tatuado del otro lado del Crinna, había clavado su cabeza en una lanza al lado de las cabezas de los

rebeldes, y señalaba hacia ella haciendo aspavientos.

Temple cogió a Sufeen por las muñecas y se lo echó al hombro, para darle la vuelta al subirlo en su asustado caballo. Aunque no fue una tarea fácil, no le resultó tan penosa como había pensado. En vida, Sufeen había sido un individuo grande en el peso, la charla, los ademanes y la risa. Pero en la muerte todo aquello lo había convertido en un peso muerto.

—¿Estás bien? —le preguntó Bermi, tocándole en un brazo.

Su preocupación casi le hizo llorar.

—No estoy herido, pero Sufeen ha muerto. —Tenía que decírselo, en justicia.

Dos de los norteños habían reventado una cómoda y registraban sus cajones y la ropa que contenían, la cual quedó hecha jirones a lo largo de toda aquella calle embarrada. El de los tatuajes había atado un palo debajo de la cabeza del perro para colgar en ella una camisa de calidad que tenía una pechera horrorosa, adoptando durante todo el proceso la concentración propia del artista.

—¿Seguro que estás bien? —Bermi se despedía desde la otra acera de aquella calle sembrada de desperdicios.

—Nunca he estado mejor.

Temple condujo el caballo hasta las afueras de la ciudad, dejando atrás la senda o, mejor, las dos roderas de barro apisonado que se confundían en una sola, las órdenes impartidas a ladridos y los incendios, hasta que los ruidos de los mercenarios que se marchaban a regañadientes fueron atenuándose para dar paso al sonido cantarín del agua. Siguió el río corriente arriba, encontrando un lugar bastante agradable situado entre dos árboles cuyas ramas más bajas rozaban el agua. Entonces bajó el cuerpo de Sufeen y le dio la vuelta.

—Lo siento —dijo, y arrojó la pala al río. Luego se subió a la silla.

A Sufeen no le hubiera importado el sitio donde lo había dejado, ni el por qué. Si había un Dios, Sufeen ya se encontraba con Él, y quizá le estuviera preguntando por qué siempre fracasaba de una manera tan estrepitosa a la hora de mejorar el mundo. Al noreste, había dicho Cosca. Temple giró su montura hacia el oeste, la azuzó con los talones y echó a galopar, alejándose de aquel sudario de humo que tras cubrir las ruinas de Averstock comenzaba a subir por el cielo.

Lejos de la Compañía de la Graciosa Mano. Lejos de Dimbik, de Brachio y de Jubair. Lejos del Inquisidor Lorsen y de su justiciera misión.

No pensaba en ningún sitio a donde ir. Le valía con cualquier lugar donde no estuviese Nicomo Cosca.

VIDAS NUEVAS

—¡AHÍ está la caravana! —decía Sweet, y sus brazos y los dedos de sus manos bailotearon cuando él se detuvo.

Los carros cubrían una distancia de algo más de un kilómetro a lo largo del fondo del valle. Eran treinta o más, unos cubiertos con lonas llenas de manchas, otros pintados con colores brillantes, puntos de color naranja, púrpura y de oro oscuro que traqueteaban en medio de aquel paisaje marrón cubierto de polvo. Unas motitas caminaban a su lado, precedidas por otras que cabalgaban delante. Atrás iban los animales —caballos, bueyes enflaquecidos y una buena manada de vacas— y, al final de todo aquello, una gruesa nube de polvo mecida por la brisa que subía hasta el cielo para anunciar a todo el mundo su llegada.

—¿Habéis visto eso? —Leef azuzó a su caballo, poniéndose de pie en los estribos mientras una mueca iluminaba su rostro—. ¿Lo veis? —Shy nunca le había visto sonreír, y le pareció que eso le hacía más joven. Más niño que hombre, lo que probablemente ya era. Así que también sonrió.

—Yo sí lo veo —dijo.

—¡Toda una ciudad en marcha!

—Cierto, una buena muestra de lo que es la sociedad —dijo Sweet, levantando su viejo trasero de la silla—. Unos honrados, otros estafadores; unos ricos, otros pobres; unos listos, otros no tanto. Montones de prospectores. Unos cuantos ganaderos y algunos granjeros. Unos cuantos comerciantes. Todos en busca de una vida nueva más allá del horizonte. Incluso tenemos al Primero de los Magos.

—¿Qué? —Lamb dio un respingo y miró a su alrededor.

—Un actor famoso. Iosiv Lestek. Según parece, cuando estaba en Adua hizo tan bien el papel de Bayaz, que encandiló a la muchedumbre. —Sweet cloqueó con su voz de ronquillo—. Hace cien puñeteros años. Ahora, por lo que he oído, espera que el teatro llegue hasta las Tierras Lejanas. Pero, que quede entre nosotros, junto con media población de la Unión, sus poderes han menguado.

—Entonces, ¿ya no resulta convincente en el papel de Bayaz? —preguntó Shy.

—Apenas me convence en el de Iosiv Lestek. —Sweet se encogió de hombros—. Pero, ¿qué sé yo de interpretar?

—Pues su Dab Sweet resulta bastante convincente.

—¡Bajemos hasta allí! —exclamó Leef—. ¡Para verlo más de cerca!

Hacer negocios en sitios estrechos le quitaba a Shy la parte romántica del negocio en sí. Pero, ¿no suele pasar eso con todos los negocios?

Tan gran número de cuerpos calientes, tanto humanos como animales, generaba una cantidad de residuos que no podían despreciarse, tanto por su número como por su olor. A pesar de que los animales más pequeños y menos encantadores —perros y moscas, fundamentalmente, aunque, por supuesto, también piojos— no se vieran a lo lejos, también aumentaban la impresión de agobio. Shy no tuvo más remedio que preguntarse por qué la gente que iba en aquella caravana hacía un esfuerzo tan valiente, pero tan temerario, de exportar los peores demonios de la vida en la ciudad a aquellas soledades aún sin mancillar.

Como si quisieran ratificar aquellos pensamientos, varios de aquellos expedicionarios se habían apartado unos cincuenta pasos del cuerpo principal para estudiar el recorrido, discutiéndolo mientras se echaban un trago y se rascaban la cabeza alrededor de un mapa enorme.

—¡Dejad ese mapa antes de que os cause más problemas! —exclamó Sweet, que ya se dirigía con los demás a su encuentro—. Os habéis apartado unos tres valles del camino.

—¿Sólo tres? Son menos de lo que suponía. —Un kantic alto y vigoroso que tenía un cráneo muy bien proporcionado, pero tan liso como un huevo, se acercó a él, echando de paso una mirada cautelosa al grupo que formaban Shy, Lamb y Leef—. Veo que te has traído unos amigos.

—Estos son Lamb y su hija Shy —ella no quiso corregirle—. Debo confesar que he olvidado el nombre del chico...

—Leef.

—¡Eso es! Os presento a mi... *patrón*. —Sweet pronunció aquel nombre como si el hecho de reconocer su existencia le hiciese perder parte de su libertad—. Un criminal que nunca se arrepiente y que responde al nombre de Abram Majud.

—Es un placer conocerles. —Majud hizo gala de un humor excelente y de un incisivo de oro cuando saludó a cada de uno de ellos con una reverencia—. Pero puedo asegurarles que, desde que formé esta caravana, no he hecho otra cosa que arrepentirme. —Sus ojos rasgados miraban a lo lejos como si observase todos los kilómetros que habían recorrido hasta entonces—. Fue en Keln, junto con mi socio Curnsbick. Un hombre duro, pero muy inteligente. Ha inventado una forja portátil, entre otras cosas. Ahora nos la llevamos a Arruga, para abrir una herrería. Y creo que también encontraremos alguna mina en las montañas.

—¿De oro? —preguntó Shy.

—De hierro y de cobre —Majud se inclinó para hablar en voz baja—. En mi más que humilde opinión, sólo los locos buscan oro en los sitios donde dicen que lo hay. ¿Han pensado ustedes tres en unirse a nuestra caravana?

—Ya lo hemos hecho —dijo Shy—. Tenemos que tratar ciertos asuntos en Arruga.

—¡Pues sean bienvenidos! La cuota de inscripción es de...

—Lamb es un luchador de gran valor —le interrumpió Sweet.

Majud guardó silencio para formar una línea muy delgada con sus labios.

—No quiero ofenderte, pero me parece un poco... *mayor*.

—Eso nadie se lo puede discutir —dijo Lamb.

—Incluso a mí me falta la frescura de la juventud —añadió Sweet—. Y tú tampoco eres un chaval, si nos ponemos en eso. Pero, si buscas juventud, este muchacho que lo acompaña podrá darte la que le falta a él.

Majud aún parecía menos impresionado por Leef.

—Lo que busco es un afortunado punto medio entre ambas edades.

—Bueno, pues no creo que encuentres a mucha gente así —dijo Sweet con un

bufido—. No estamos sobrados de luchadores. Con los Fantasmas obsesionados por la sangre, no es el momento de reparar en gastos. Créeme, el viejo Sangeed no se entretendrá en hablar contigo de dinero. Si Lamb no se queda, yo me iré, y entonces te moverás en círculo para explorar el terreno hasta que los carros se os caigan a trozos.

Majud miró a Lamb y Lamb miró hacia atrás, inmóvil y en tensión. Como si sus ojos llenos de tristeza siguieran viendo Tratojusto. Majud no tardó en comprender que le necesitaba.

—De acuerdo, maese Lamb viajará gratis. Las cuotas de los dos ascienden a...

Sweet se rascó por detrás del cuello.

—Convine con Shy en que los tres viajarían gratis.

La mirada que Majud dirigió a Shy parecía encerrar admiración y un poco de inquina.

—Todo parece indicar que ella saca la mejor parte de esta negociación tan peculiar.

—Soy explorador, no negociante.

—Deberías dejar los negocios a quienes vivimos de ellos.

—Pues, por lo que parece, soy mejor como negociante que tú como explorador.

Majud asintió con aquella cabeza suya tan bien formada.

—No tengo ni idea de cómo podré explicárselo a mi socio Curnsbick —Y echó a andar, levantando un dedo índice mientras decía—: ¡Curnsbick no es una persona a la que le guste gastar demasiado!

—Por los muertos —rezongó Sweet—, ¿habéis oído cómo se queja? Cualquiera pensaría que estamos en una caravana de mujeres.

—Se parece a la tuya —dijo Shy. Uno de los carros más vistosos, que estaba pintado de escarlata, tenía adornos dorados y llevaba dos mujeres al pescante, acababa de pasar a su lado. Una de ellas, vestida como una puta, agarraba el

sombrero con una mano para que no se le volara, haciendo todo lo posible para que a la sonrisa de su rostro pintado no le pasara lo mismo, pues con ella quería dar a entender que, aunque el viaje fuese tan largo, su negocio seguía abierto. La otra, mucho mejor vestida para el viaje, tiraba tan bien de las riendas como un cochero. Entre ambas se sentaba un tipo barbudo y tuerto cuya chaqueta iba a juego con el carro. Shy lo tomó por su chulo. Estaba segura de ello, porque tenía pinta de alcahuete. Se inclinó hacia delante y escupió por el hueco que tenía entre los dientes.

La idea de hacer aquel tipo de negocios en un carro que traquetea, una de cuyas mitades está llena con cacerolas que tintinean y la otra con lo que sea, apenas despertaba en Shy el fuego de la pasión. Como aquellos fuegos tan peculiares habían ardido con una llama muy baja durante mucho tiempo, supuso que habrían acabado por apagarse. Estaba por asegurar que el hecho de trabajar en una granja con dos niños y dos hombres mayores acaba por marchitar en una las ganas de tener aventuras amorosas.

Sweet saludó con la mano a aquellas damas para luego levantar el ala de su sombrero con un dedo engarabitado y decir entre dientes:

—Por todos los infiernos, nada es como debería ser. Mujeres, ropas vistosas, arados, forjas portátiles y quién sabe qué otros horrores. Hubo un tiempo en que aquí sólo había tierra, cielo, fieras, Fantasmas y espacios salvajes que te inspiraban. Diablos, si en cierta ocasión estuve doce meses en este sitio con un caballo por única compañía.

Shy escupió de nuevo.

—Jamás en mi vida he sentido tanta pena por un caballo. Creo que iré a dar una vuelta para saludar a la gente de la caravana y ver si alguien ha oído algo acerca de los niños.

—O de Grega Cantliss —dijo Lamb, frunciendo el ceño con sólo pronunciar aquel nombre.

—De acuerdo —dijo Sweet—. Pero vigila, ¿me has oído?

—Sé cuidar de mí misma —replicó Shy.

Al viejo explorador se le llenó el rostro de arrugas cuando dijo:

—No eres tú la que me preocupa, sino aquellos con los que te encuentres.

El carro más cercano pertenecía a un hombre llamado Gentili, un viejo estirio que viajaba con cuatro primos suyos a los que llamaba «los chicos» aunque no fueran mucho más jóvenes que él, los cuales no hablaban entre sí ni una palabra de la lengua común. Obsesionado por labrarse una nueva vida en las montañas, era demasiado optimista, puesto que, si apenas podía tenerse de pie en un terreno seco, no podría meterse hasta la cintura en un torrente helado. No había oído hablar de los niños secuestrados. Pero Shy no estaba segura de que hubiese oído bien la pregunta, porque, a modo de despedida, le preguntó si no querría compartir con él aquella nueva vida en condición de su quinta esposa, ofrecimiento que ella declinó muy educadamente.

Al parecer, Lord Ingelstad había sufrido muchos infortunios. Cuando empleó aquel término, Lady Ingelstad —una mujer que no había nacido para los infortunios, pero que no obstante estaba decidida a pasar por encima de ellos— lo miró con el ceño fruncido, como si pensara que ella no sólo sufría aquellos infortunios, sino uno más, el que le venía de haberlo elegido como marido. Y aunque a Shy aquellos infortunios le olieran a deudas y a piojos, como su propio recorrido por la vida apenas había seguido un camino recto, le pareció que no debía ser crítica ni hacer ningún comentario. Aquella mujer no sabía nada de bandidos que secuestrasen a niños ni de muchas otras cosas. Cuando ya se iban, su marido los invitó a ella y a Lamb a la partida de cartas que iba a celebrarse aquella misma noche, prometiéndoles que las apuestas serían pequeñas. Aun así, Shy sabía por experiencia que, aunque siempre comenzaran con poco dinero, no tardaban mucho en complicarle a uno las cosas. Por tanto, declinó educadamente la invitación y le sugirió que una persona que, como él, había sufrido tantos infortunios no debía tomarse tantas molestias en cortejar a los nuevos que pudiesen llegar. El aristócrata se puso colorado y consideró la sugerencia con muy buen humor, haciéndole el mismo ofrecimiento a Gentili y a los chicos, mientras Lady Ingelstad parecía estar a punto de matarlos a todos a mordiscos.

El siguiente carro, posiblemente el mayor de todos los de la caravana, tenía ventanas acristaladas y, a lo largo de uno de sus costados, la leyenda *El Famoso Iosiv Lestek*, rotulada con una pintura de purpurina que comenzaba a descascarillarse. Le pareció a Shy que si aquel hombre era tan famoso no habría tenido por qué anunciarlo en su carro. Pero como sus propios escarceos con la fama se debían a los pasquines profusamente difundidos en los que se la buscaba para arrestarla, consideró que no podía considerarse una experta en la materia.

Lo conducía un muchacho de cabellera sarnosa, a cuyo lado se sentaba el gran hombre, anciano y tan blanco como una pared, arropado con una manta deshilachada que debía de haber tejido alguna Fantasma. Al ver que Shy y Lamb iban a su encuentro, aprovechó la oportunidad para hacerse propaganda.

—Soy... Iosiv Lestek. —Fue todo un sobresalto comprobar que de aquella cabeza marchita salía la recia voz de un rey, tan melodiosa, profunda y placentera—. Puedo afirmar que mi nombre es célebre.

—Lamento decirle que no solemos ir con frecuencia al teatro —dijo Lamb.

—¿Qué le trae a las Tierras Lejanas? —preguntó Shy.

—En Adua, la enfermedad me obligó a dejar el papel que representaba en la Casa del Drama. La Compañía se sintió abrumada al perderme, de hecho, *muy abrumada*, pero ahora me he recuperado por completo.

—Buenas noticias. —Shy no quería ni imaginarse qué pinta tendría antes de la recuperación, teniendo en cuenta que en aquellos momentos parecía un cadáver revivido por arte de brujería.

—¡Me dirijo a Arruga para interpretar un papel importante en una fantasía de carácter cultural!

—¿Cultural? —Shy enarcó una ceja mientras observaba aquellas tierras tan vacías—. ¿Por estos parajes?

—Incluso los corazones más mezquinos ansían una pizca de sublimidad —comentó el actor.

—Le tomaré la palabra al pie de la letra —dijo Lamb.

Lestek se entretenía en sonreír al horizonte, que ya comenzaba a teñirse de rojo. Shy tuvo la sensación de encontrarse ante uno de esos hombres que en cualquier conversación sólo hablan de sí mismos.

—La representación definitiva me aguarda más adelante, eso es lo único que sé.

—Es algo bueno en lo que pensar —musitó Shy, haciendo volver grupas a su caballo.

Un grupo de suljuks, más o menos una docena, que se arracimaban alrededor de un carro muy deteriorado, habían estado mirándolos. Como no hablaban la lengua común, Shy apenas pudo entender algunas de las pocas palabras que conocía, por lo que se limitó a asentir cuando pasó a su lado, recibiendo de ellos el mismo trato. Así pues, la mutua incomprensión fue la tónica general de aquel encuentro.

Ashjid era un sacerdote gurko que hacía todo lo posible para ser el primero en difundir la palabra del Profeta en el Oeste, y, más particularmente, en Arruga. O, en realidad, el segundo, pues tres meses antes un hombre llamado Oktaadi había estado en ella para que los Fantasmas le cortaran la cabellera al efectuar el viaje de regreso. Mientras tanto, aunque Ashjid hubiera hecho todo lo posible para propagar la palabra entre los miembros de la caravana con ceremonias diarias, su único converso era un singular retrasado mental que se encargaba de recoger el agua potable. Aun sin tener otra información para Shy y Lamb que la que procedía de las Escrituras, pidió a Dios que les sonriera en su búsqueda, lo que Shy agradeció. Le parecía mejor recibir bendiciones que maldiciones, porque siempre ayudan a la hora de arar el terreno.

El sacerdote señaló con el dedo a un tipo de aspecto rudo, llamado Savian, que viajaba en un carro muy aseado, advirtiéndoles de que no jugaran con él. La espada larga que llevaba al costado tenía toda la pinta de haber visto demasiada acción, y el rostro gris de su dueño muchísima más, pues sus ojos eran como dos rendijas que los mirasen desde la sombra del ala baja de su sombrero.

—Me llamo Shy Sur, y éste es Lamb. —Savian se limitó a asentir, como si aceptase que podían llamarse así y evitara entrar en ulteriores discusiones—. Buscamos a mis dos hermanos, chico y chica. De seis y diez años, respectivamente. —Ni siquiera asintió. No cabía duda, era uno de esos tipos mal nacidos que practicaban el conocido aforismo de que en boca cerrada no entran moscas—. Los secuestró un individuo llamado Grega Cantliss.

—No puedo ayudarles. —Tenía una pizca del acento del Imperio y la miraba de arriba abajo mientras hablaba, como si escrutase sus aptitudes y descubriera que no eran gran cosa. Luego desvió la mirada hacia Lamb y también lo escrutó, sin darle tampoco mucha importancia. Se tapó la boca con una mano y emitió una tos quejumbrosa.

—Esa tos suena bastante mal —comentó Shy.

—¿Y desde cuándo suena bien una tos?

Shy observó la ballesta que colgaba al lado del pescante. Aunque no hubiera colocado un dardo en ella, estaba montada y con el seguro puesto. Tan preparada para entrar en acción como si lo tuviese quitado—. ¿Cree que habrá que luchar?

—Espero que no. —Pero todo en él le decía que no había descartado aquella posibilidad.

—¿Cómo hay que estar de loco para desear que llegue el momento de combatir?

—Lamento decirle que siempre hay uno o dos que lo están deseando.

—Ésa es la triste verdad —comentó Lamb con un bufido.

—¿Qué le ha traído a las Tierras Lejanas? —preguntó Shy, intentando cincelar un poco aquel rostro que parecía esculpido en un bloque de madera muy dura.

—Negocios —respondió, y volvió a toser. Pero incluso cuando tosía, apenas abría la boca. Eso llevó a Shy a preguntarse si su cabeza disponía de los correspondientes músculos que la abrían.

—Pensamos probar fortuna como prospectores. —Una mujer acababa de sacar la cara por la cortinilla de la carreta. Esbelta y fuerte, de cabellos cortos y con ese tipo de ojos muy, pero que muy azules que miran como a lo lejos—. Soy Corlin.

—Es mi sobrina —añadió Savian, aunque había algo raro en la manera en que se miraban. Shy no se lo tragó.

—¿Prospectores? —preguntó, echándose el sombrero hacia atrás—. No conozco a muchas mujeres que se dediquen a eso.

—¿Está diciendo que existe un límite para lo que puede hacer una mujer? —preguntó Corlin.

Shy enarcó las cejas.

—Quizá haya uno para las que son tan lerdas que siguen intentándolo.

—Al parecer, ninguno de los dos sexos tiene el monopolio de la *hybris*.

—No lo tiene —replicó Shy, diciendo para sí: *sea lo que sea*—. Saludó a ambos con una inclinación de cabeza y azuzó a su caballo—. Ya nos veremos.

Ni Corlin ni su tío dijeron nada, empeñados ambos en una competición a muerte para ver quién la seguía más tiempo con la mirada.

—Hay algo raro en esos dos —dijo a Lamb en voz baja mientras cabalgaban—. No he visto ninguna herramienta de minero.

—Quizá piensen comprarlas en Arruga.

—¿Y pagar cinco veces más de lo que valen? ¿Les has mirado a los ojos? No creo que esos dos sean de los que se dejan engañar.

—No se te despinta ni una, ¿eh?

—Intentaré no perderlos de vista, no sea que intenten jugármela. ¿Crees que tienen problemas?

Lamb se encogió de hombros.

—Creo que lo mejor será seguir tratando a la gente como tú sabes y dejarles a ellos sus problemas. Todos los tenemos, de un tipo u otro. Puedo asegurarte que la mitad de todas estas personas podrían contarnos alguna historia triste. ¿Por qué otro motivo querrían aventurarse por estos sitios solitarios, teniendo a gente como nosotros de compañía?

Aunque lo único de lo que Raynault Buckhorm podía hablar se resumiera a las esperanzas que había puesto en aquel viaje, tartamudeaba un poco. Compartía con la caravana la mitad de su ganado, a cambio de que los demás le cedieran algunos hombres para conducirlo, y era la quinta vez que viajaba a Arruga, donde sabía que siempre necesitaban carne. Aquélla era la razón de que lo acompañaran su mujer y sus hijos, porque quería establecerse definitivamente en aquella ciudad. No era fácil saber el número exacto de los hijos que tenía, aunque resultaba evidente que era elevado. Buckhorm preguntó a Lamb si había visto la hierba de las Tierras Lejanas. Era la mejor hierba de todo el Círculo del Mundo. Y su agua también era la mejor. Lo peor eran el clima y los Fantasmas, por no hablar de lo espantosamente lejos que la hierba y el agua se encontraban en aquel momento. Cuando Shy le preguntó por Grega Cantliss y su banda, él denegó con la cabeza y

respondió que aún le sorprendía ver lo bajos que podían caer algunos hombres. Luline, la esposa de Buckhorm, que, dicho sea de paso, tenía una sonrisa gigante y un cuerpo enano, tan pequeño que uno apenas podía creer que hubiera conseguido engendrar tan numerosa descendencia, también denegó con la cabeza y dijo que era la cosa más espantosa que jamás hubiese oído, y que le hubiera gustado poder hacer algo; de no ser por el caballo que se interponía entre ella y Shy, seguro que habría acabado por abrazarla. Luego le regaló una pequeña empanada y le preguntó si había hablado con Hedges.

Hedges era un individuo taimado que tenía una mula a punto de morir de agotamiento, unas cuantas herramientas y el desagradable hábito de bajar el cuello al hablar. El hecho de que nunca hubiera oído hablar de Grega Cantliss no le impidió señalar con un dedo su pierna lisiada y afirmar que se le había quedado así tras encabezar una carga en la batalla de Osrung. Y aunque a Shy le pareciese que no daba el tipo de héroe que uno espera encontrar al frente de una carga, como su madre solía decir que siempre hay que ver lo mejor de la gente, axioma que nunca se aplicaba a sí misma, ofreció a Hedges la empanada que le había regalado Luline. Él la miró a los ojos y dijo:

—Es muy amable.

—Que no le engañe una empanada. —Pero cuando Shy se fue, él aún seguía mirando la empanada que tenía en aquella mano llena de porquería, como si significara tanto para él que no pudiera decidirse a comérsela.

Shy siguió hablando con la gente hasta que se volvió ronca por contar la misma historia y le zumbaron los oídos de escuchar los sueños y los problemas de los demás. Le pareció que aquella caravana era, realmente, una comunidad, porque, en líneas generales, venía a ser un grupo de gente bienintencionada que compartía las cosas. Y aunque algunos fueran secos, raros y excéntricos, todos buscaban un mañana mejor. Incluso Shy sentía lo mismo que ellos, por mucho que le preocuparan el tiempo que no dejaba de correr y los problemas, el trabajo y la climatología, el futuro de Pit y de Ro y el pasado de Lamb. Un viento nuevo soplaba en su rostro y una nueva esperanza campanilleaba en sus oídos mientras una sonrisa bobalicona reptaba por su rostro cada vez que se abría paso entre los carros, saludaba con un movimiento de cabeza a gente que no conocía y daba una palmada en el hombro a aquellos a quienes acababa de conocer. No obstante, cuando recordó por qué estaba allí, la sonrisa se borró de su rostro y las preocupaciones volvieron como los pichones que reclaman, piando, el campo recién sembrado.

Pero luego dejó de preocuparse, porque, aunque los pichones puedan acabar con la cosecha, ¿qué daño puede hacer una sonrisa?

Así que dejó las cosas tal y como estaban. Y se sintió en paz.

—Mucha cordialidad —dijo, después de que hubieran hablado con casi todo el mundo y de que el sol, al ponerse, se asemejase a una rodaja dorada que les mostraba el camino, iluminado para entonces por las antorchas que aún permitirían a la caravana hacer otro kilómetro más antes de acampar—. Mucha cordialidad, pero poca ayuda.

—Al menos es algo —dijo Lamb. Y ella esperó a que siguiera hablando, pero el norteño se limitó a agacharse en la silla, acompañando con la cabeza el paso lento de su caballo.

—Todos me parecen buena gente. Bueno, la mayoría —dijo, por decir algo, sintiéndose un tanto molesta por tener que darle conversación—. No sé cómo se comportarán si aparecen los Fantasmas y las cosas van a peor, pero no me caen mal.

—Mejor será que no tengas que saber cómo se comporta esa gente si las cosas van a peor.

—En eso tienes mucha razón —dijo ella, mirándole de soslayo.

Él mantuvo su mirada durante un instante y luego la apartó, sintiéndose culpable. Shy abrió la boca, pero, antes de que pudiese decir nada, la profunda voz de Sweet resonó en la oscuridad, ordenando el alto con el que finalizaba aquel día.

EL TIPO DURO QUE VIVÍA A LA INTEMPERIE

TEMPLE se retorció en la silla con el corazón a punto de estallar...

Y no vio más luz que la de la luna en las ramas que se movían. Pero estaba tan oscuro que apenas podía distinguirlas. Quizá hubiera oído el ruido de una rama al partirse por el viento, o el de un conejo dedicado a sus inocuos negocios nocturnos, o el de un Fantasma, salvaje y asesino, embadurnado con la sangre de los inocentes a los que había masacrado, obsesionado en despellejarle vivo para ponerse su cara por sombrero.

Se encogió de hombros mientras se levantaba otro golpe de viento helado que agitaba los pinos y le congelaba hasta los tuétanos. La Compañía de la Graciosa Mano lo había arropado con su loco abrazo durante tanto tiempo que había llegado a creer que su integridad física estaba garantizada para siempre. En aquellos momentos era muy consciente de lo que acababa de perder. Hay demasiadas cosas en la vida que uno no aprecia en todo su valor hasta que, con un gesto caballeresco, las deja a un lado. Como una buena chaqueta. O un pequeño cuchillo. O un puñado de asesinos coriáceos y un afable villano a punto de entrar en un asilo de ancianos.

El primer día había cabalgado mucho, preocupándose tan sólo de que no le alcanzaran. Después, cuando el segundo amanecer se mostró tan helador como vacío en medio de aquella desolación, le preocupó que no le alcanzaran. En el tercer amanecer se sintió profundamente agraviado al pensar que quizá ni lo hubieran intentado. No le parecía que salir huyendo de la Compañía sin saber adónde ir y sin equipo, para perderse en aquella desolación que nadie se había molestado en cartografiar, fuera precisamente seguir el buen camino.

Temple había sido muchas cosas durante los treinta años de aquella vida, la suya, marcada por una estrella aciaga. Mendigo, ladrón, aspirante a sacerdote, médico chapucero, carnicero a regañadientes, carpintero y diseñador, marido enamorado —durante muy poco tiempo— y padre alelado —durante mucho menos tiempo. Y a continuación, y como consecuencia de lo último dicho, un quejica miserable, un borracho amargado, un tramposo del que desconfiar, aunque demasiado confiado, un prisionero de la Inquisición y después confidente de ella,

traductor, abogado, colaborador de todos aquellos que siguieran el mal camino, culpable de asesinatos en masa, por supuesto, y, muy recientemente y de manera desastrosa para él, hombre de conciencia. Pero el oficio de tipo duro que vivía a la intemperie jamás había figurado en aquella lista.

Temple no disponía siquiera de lo necesario para preparar un fuego. Y aunque hubiese dispuesto de él, tampoco habría tenido los conocimientos necesarios para prepararlo. No tenía nada para cocinar. Además estaba perdido, en todos los sentidos de la expresión. El hambre, el frío y el miedo no habían tardado en incomodarlo mucho más de lo que nunca antes lo hiciera su conciencia. Quizá hubiera debido pensar las cosas con más cuidado antes de huir, pero el cuidado y la huida son como el agua y el aceite, que suelen mezclarse de muy mala manera. Maldijo a Cosca. Maldijo a Lorsen. Maldijo a Jubair, a Sheel y a Sufeen. Maldijo a cualquier cabronazo que recordase, excepto, por supuesto, al único al que hubiera debido maldecir, el que se sentaba en su silla de montar y que, a cada momento que pasaba, se encontraba más helado, más hambriento y más perdido.

—¡Mierda! —exclamó, sin pensar en nadie en particular.

Su caballo levantó las orejas para comprobar que no pasaba nada y siguió avanzando trabajosamente. Con mucha resignación, comenzaba a hacerse inmune a sus exabruptos. Temple echó un vistazo entre las ramas retorcidas mientras la luna iluminaba débilmente las nubes deshilachadas que se movían a toda prisa.

—Dios —murmuró, demasiado desesperado para sentirse como un idiota—, ¿puedes oírme? —Como era lógico, no obtuvo ninguna respuesta. Porque Dios no suele contestar, y menos a quienes son como él—. Sé que no he sido el mejor de los hombres. Ni siquiera uno medianamente bueno... —Hizo una mueca. En cuanto uno acepta que Él está ahí arriba, que lo sabe todo y que lo ve todo, tiene que aceptar también que no podrá convencerle de ninguna manera—. De acuerdo, soy un pobre desgraciado, pero... ¿cuánto me falta para convertirme en el peor de los hombres? —Eso era una baladronada bastante atrevida. Menuda lápida mortuoria le aguardaba. A menos, claro está, que no hubiera nadie para grabar su nombre en ella, porque acabase muriendo en aquel sitio, solo y mordisqueado por las alimañas—. Estoy seguro de que mejoraré si me concedes... una oportunidad más. —Siempre seduciendo, seduciendo—. ¿Qué tal si sólo me concedes... *una* más?

Ninguna respuesta, sólo otro golpe de viento que llenó la arboleda con susurros. Si existía Dios, seguro que era un maldito bastardo que no soltaba prenda, y no...

Temple observó un tenue destello de color anaranjado entre los árboles.

¡Un fuego! ¡Su corazón, lleno de júbilo, volvía a la vida!

Pero la duda le cayó encima como un jarro de agua fría.

¿De quién era ese fuego? ¿De los bárbaros que coleccionan orejas y que se encuentran a sólo un paso por encima de las fieras salvajes?

Cuando captó una vaharada que olía a carne asada, su estómago emitió un quejido tan sonoro y prolongado que se preguntó si no lo delataría. Pues aunque Temple hubiera pasado hambre la mayor parte de sus primeros años de vida, tanta que casi parecía natural en él, para seguir estando en forma necesitaba lo que todos, practicar.

Así que refrenó suavemente su caballo, se deslizó de la silla todo lo despacio que podía y ató las riendas a una rama. Caminó agachado a través de la maleza, dominado por las sombras de las ramas de los árboles, que parecían querer atraparlo, pues arañaban su ropa, sus botas y su rostro por más que él maldijera.

Habían hecho aquel fuego en medio de un pequeño claro sobre el que se encontraba un pequeño animal limpiamente despellejado que giraba en un espetón. Temple refrenó el poderoso impulso de lanzarse de cabeza contra él y comérselo a dentelladas. Habían extendido una manta entre el fuego y una silla de montar bastante desgastada. Un escudo redondo se apoyaba contra un árbol, con las evidentes señales de su prolongado uso muy visibles en el aro que lo rodeaba y en su parte frontal. A su lado podía ver una pesada hacha de grandes filos. No hacía falta ser un experto en armas para comprender que no era un utensilio para cortar carne, sino personas.

El equipo de un hombre, un hombre al que no le iba a gustar nada encontrarse con quien se disponía a robarle la cena.

Los ojos de Temple se dirigieron primero a la comida y luego al hacha, para luego efectuar el recorrido inverso mientras la boca se le hacía agua de una manera casi dolorosa. Si morir por el hacha le parecía algo muy desagradable, aún más desagradable le parecía morir de hambre. Así que se estiró lentamente, preparándose para...

—Hace una noche bastante agradable. —Unas palabras en norteño, pronunciadas con una voz ligeramente gutural, sonaron junto a uno de los oídos de

Temple.

Él se quedó helado, sintiendo que las puntas de unos cabellos rozaban su cuello. Aun así, pudo decir con voz cascada:

—Quizá un poco ventosa.

—Las he visto peores. —Algo puntiagudo, que le producía frío y pánico, le pinchaba en la base de la columna vertebral—. Y ahora veamos sus armas, suéltelas despacio, tan despacio como hacen los caracoles cuando caminan en invierno.

—Estoy... desarmado.

Una pausa.

—Que usted está... ¿qué?

—Tenía un cuchillo, pero...—se lo había entregado a aquel granjero huesudo que mató con él a su mejor amigo— lo perdí.

—¿Se ha adentrado en esta soledad despoblada sin un arma encima? —Le parecía tan extraño como carecer de nariz. Temple chilló como una chica cuando una mano enorme se deslizó por debajo de uno de sus brazos y comenzó a palparle—. Pues no, no tiene ninguna, a menos que se haya metido una por el culo. —Una sugerencia desagradable—. Pero no voy a mirar ahí. —Eso le supuso algo de alivio—. ¿No será usted un loco?

—Soy abogado.

—¿Acaso no puede ser las dos cosas?

Claro que sí.

—Es posible...

Otra pausa.

—¿Es el abogado de Cosca?

—Lo fui.

—*Uh*. —La punta del cuchillo se apartó, dejándole parte de la espalda llena de picores. Al parecer, cuando uno ha vivido todo tipo de situaciones desagradables, puede llegar a ignorarlas.

Un hombre apareció al lado de Temple. Más bien una sombra enorme y peluda en una de cuyas manos relucía la hoja de un cuchillo. Sacó una espada larga de su cinturón, que tiró encima de la manta, y se sentó con las piernas cruzadas. La luz de la fogata chispeaba roja y amarilla en el espejo que era su ojo de metal.

—La vida le hace caminar a uno por extraños caminos, ¿no cree?

—Caul Escalofríos —musitó Temple, sin estar muy seguro de si debía sentirse mejor o peor que antes.

Escalofríos alargó una mano para, con el pulgar y el índice de ésta, darle una vuelta al espetón. La grasa cayó, goteando, en las llamas.

—¿Hambriento?

Temple se relamió los labios.

—¿Es una pregunta... o una invitación?

—Aquí hay más de lo que me podría comer. Debería traer su caballo antes de que se escape. —El norteño movió rápidamente la cabeza para mirar hacia los árboles—. Y mire por donde pisa. Cerca de aquí se encuentra una garganta que debe de tener sus buenas diez brazas de profundidad, por cuyo fondo corre el agua a toda prisa.

Temple cogió su caballo, le quitó la silla y la manta llena de sudor que tenía debajo y lo dejó suelto para que comiera toda la hierba que pudiese encontrar. Lamentó no haberse acordado de él hasta entonces, pero lo cierto es que cuanto más hambriento está uno, menos tiende a preocuparse por el hambre que pasan los demás. Escalofríos ya le había quitado a la carcasa toda la carne, poniéndola en un plato de metal para luego comérsela con ayuda de su cuchillo. Al otro lado del fuego, las llamas iluminaban otro trozo de carne dispuesto en una fuente medio rota. Como si se tratara del más sagrado de los altares, Temple se arrodilló ante ella.

—Mis más cumplidas gracias. —Cerró los ojos cuando comenzó a comer, lamiéndose el jugo de los labios a cada mordisco que daba—. Ya había comenzado a pensar que moriría en este sitio.

—¿Y quién dice que no morirá?

El trozo de carne que se le atragantó a Temple en el gaznate le hizo toser de mala manera.

—¿Está usted solo? —consiguió decir, más para interrumpir aquel silencio agobiante que por cualquier otra cosa.

—He aprendido que soy una pésima compañía.

—Entonces, ¿no le preocupan los Fantasmas?

El norteño denegó con la cabeza.

—Oí que habían matado a mucha gente en las Tierras Lejanas.

—Si hubieran querido matarme a mí, me preocuparía. —Escalofríos tiró el plato y se apoyó en un codo, de suerte que su destrozado rostro quedó al amparo de la oscuridad—. Aunque un hombre puede invertir el tiempo del que dispone en pensar lo que hubiera podido hacer, ¿de qué le servirá?

Muy cierto.

—¿Aún sigue dando caza a su hombre de nueve dedos?

—Mató a mi hermano.

—Lo lamento. —Temple dejó a medio camino de su boca el trozo de carne que iba hacia ella.

—Pues debería lamentarlo por mí. Mi hermano era un mierda. Pero la familia es la familia.

—No lo sabía. —A Temple no solían durarle mucho los familiares. Una madre muerta, una esposa muerta, una hija muerta—. En mi caso, quien más se parece a un familiar es... —fue consciente de que iba a decir «Sufeen», pero también había muerto— Nicomo Cosca.

—Por experiencia propia, le diré que no es la persona más apropiada para cuidar las espaldas de nadie —dijo Escalofríos, lanzando un gruñido amable.

—¿Y qué experiencia es ésa?

—A ambos nos contrataron para matar a unos individuos. En Estiria, hará de eso unos diez años. También a Amistoso. Y a otros. Un envenenador y una torturadora.

—Pues parece una compañía encantadora.

—Por entonces no tenía este aspecto. Pero las cosas no salieron... —Escalofríos se acarició lentamente la gran cicatriz que le llegaba hasta el ojo de metal— bien.

—Las cosas no suelen salir bien cuando Cosca se mete por medio.

—Hubieran salido igual de mal si Cosca no hubiese estado presente.

—Con él salen peor —musitó Temple, que miraba al fuego—. Aunque nunca se preocupó mucho por nada, antes solía tener algún tipo de miramientos. Pero ahora ha empeorado.

—Le suele pasar a la gente.

—No a toda.

—¡Ah! —Escalofríos enseñó los dientes—. Es usted uno de esos tipos optimistas de los que he oído hablar.

—No, yo no —dijo Temple—.Yo siempre sigo el camino fácil.

—Y hace muy bien. He descubierto que la esperanza de que algo suceda hace que termine sucediendo justo lo contrario. —El norteño giró muy despacio el anillo que llevaba en el dedo meñique y la piedra engastada en él relució con el color de la sangre—. Hace mucho tiempo soñé que podría llegar a ser mejor persona.

—¿Y qué sucedió?

Escalofríos, que seguía junto al fuego, se desperezó cuan largo era, apoyó las botas en la silla de montar y comenzó a abrigarse con una manta.

—Que me desperté.

Temple se despertó al recibir las primeras luces gris azuladas de la aurora y comprobó que sonreía. Aunque el suelo estuviese frío y fuese duro, la manta fuera demasiado pequeña y oliese muchísimo a caballo, y la cena no hubiera sido gran cosa, llevaba mucho tiempo sin dormir tan bien. Los pájaros gorjeaban, el viento susurraba y él podía escuchar el tenue murmullo del agua al otro lado de los árboles.

El hecho de haber abandonado la Compañía le pareció en aquel momento un plan genial, ejecutado con mucha osadía. Se hizo un ovillo por debajo de la manta. Si había un Dios, a lo mejor era aquel tipo misericordioso del que Kahdia siempre...

La espada y el escudo de Escalofríos habían desaparecido, y un hombre que no era él se sentaba en cuclillas encima de su manta.

Estaba desnudo hasta la cintura, y su pálido cuerpo era una masa retorcida de nervios y tendones. De cintura para abajo llevaba un vestido de mujer lleno de mugre, rajado por la mitad y luego cosido con hilo de bramante para formar las perneras de un pantalón. Si se había afeitado media cabeza, la otra mitad la llevaba teñida de naranja y untada de grasa para imitar unos pinchos muy tiesos. En una mano llevaba una pequeña hacha, y un cuchillo en la otra.

Así que era un Fantasma.

Miró fijamente a Temple con unos penetrantes ojos azules desde el otro lado de la fogata, y Temple también lo miró, aunque con ojos mucho menos penetrantes, como es natural, dándose cuenta de que, inconscientemente, acababa de subirse hasta la barbilla aquella manta que apestaba a caballo.

Dos hombres más salieron silenciosamente de entre los árboles. Uno de ellos llevaba una especie de yelmo que no hubiera servido para protegerle de ninguna arma terrenal, porque venía a ser una enorme caja de palillos que hubiera perdido una de sus caras, con unas plumas metidas por las aristas de sus vértices y sujeta a un collar hecho con un cinturón viejo. Las mejillas del otro estaban surcadas por las cicatrices de las heridas que él mismo se había infligido. En otras circunstancias —quizá en un escenario o en uno de los carnavales de Estiria— hubieran dado risa. Pero allí, en las profundidades insondables de las Tierras Lejanas, y siendo Temple el único espectador, la risa brillaba por su ausencia.

—Incordiar. —Un cuarto Fantasma acababa de salir de la nada, una especie

de ser intermedio entre el hombre y el niño, con una cabellera amarilla que circundaba su pálido rostro y una línea de color marrón bajo los ojos. Temple quiso suponer que estaba pintada. Los huesos de algún animal pequeño, cosidos en la pechera de su camisa, sonaban como un sonajero cada vez que él cambiaba su peso de un pie a otro en el baile que había comenzado a dar, y todo ello sin dejar de sonreír. Hizo señas a Temple.

—Incordiar.

Temple se puso en pie lentamente, devolviéndole la sonrisa al chico para luego sonreír a los demás. No dejes de sonreír, no dejes de sonreír, pon cara de ser un amigo.

—¿Incordiar? —se aventuró a decir.

El chico le golpeó en una sien.

Temple cayó al suelo, pero más por el susto que por la fuerza del golpe. O eso se dijo a sí mismo. Por el susto y por una especie de sabiduría ancestral que venía a decirle que nada ganaría quedándose en aquel sitio. Todo le daba vueltas mientras seguía en el suelo. Tenía el pelo pringoso. Se tocó el cuero cabelludo y sus dedos se mancharon de sangre.

Entonces vio que el chico tenía una piedra en la mano. Una piedra pintada con círculos azules. Y, en algunos sitios, con la roja sangre de Temple.

—¡Incordiar! —exclamó el chico, haciéndole más señas.

Pero Temple no tenía muchas ganas de levantarse.

—Mira —dijo, probando antes que nada con la lengua común. El chico le dio una bofetada—. ¡Mira! —le concedió una oportunidad al estirio. El chico lo abofeteó por segunda vez. Probó con el kantic—. No tengo ninguna... —El chico le golpeó nuevamente con la piedra, alcanzándole en una mejilla y tirándolo de lado.

Temple movió la cabeza a uno y otro lado. Atontado. Apenas podía oír.

Se agarró a lo que tenía más cerca. Quizá a las piernas del chico. Comenzó a gatear por ellas. Lo cierto era que no sabía si aquellas rodillas eran del chico o suyas. Tenían que ser de alguien.

La boca le supo a sangre. Sentía un latido en la cabeza. No era, precisamente, que le doliera. Estaba aturdido.

El chico decía algo a los demás, levantando los brazos como si pidiera su aprobación.

El que llevaba el pelo de pincho asintió con mucha seriedad y abrió la boca para hablar. Su cabeza salió volando.

El que estaba a su lado se volvió, un tanto impedido por aquel yelmo de madera. La espada de Escalofríos le cortó el brazo por encima del codo y luego, con un ruido sordo, se hundió profundamente en su pecho, haciendo que un diluvio de sangre brotase de la herida. Con la espada alojada entre las costillas, el Fantasma cayó hacia atrás sin decir ni una palabra.

El de la cara llena de cicatrices corrió al encuentro de Escalofríos, apuñalándolo y agarrando su escudo, de suerte que ambos se enzarzaron alrededor de la fogata bajo la lluvia de chispas producida cuando sus pies pisaron las cenizas aún ardientes.

Aunque no sea fácil de creer, todo esto sucedió en el tiempo que uno tarda en tomar aire una o dos veces, y luego el chico volvió a golpear a Temple en la cabeza. Parecía ridículamente injusto. Como si él representase la mayor amenaza. Temple se agarró a su pierna con un sentimiento de inocencia ultrajada. Escalofríos había obligado a arrodillarse al Fantasma de las cicatrices y comenzaba a destrozarle la cabeza con el borde de su escudo. El chico volvió a golpear a Temple, pero él se le agarró como una lapa, aferrándose a su camisa llena de huesos cuando sintió que sus rodillas se aflojaban.

Cayeron al suelo, arañándose, dándose puñetazos, ahogándose. Temple enseñaba los dientes mientras le metía al Fantasma un dedo por la nariz, impidiendo, sin saber cómo, que se le cayera encima, y sin dejar de pensar, primero, que todo aquello era una gilipollez asombrosa que no servía para nada, y luego que cualquier luchador que lo fuese de verdad habría dejado las filosofías para después de la pelea.

El Fantasma, que seguía gritando en su idioma, le obligó a arrodillarse, y luego ambos echaron a rodar entre los árboles, cayendo colina abajo mientras Temple seguía golpeando la ensangrentada cara del Fantasma con los nudillos cubiertos de sangre, chillando cuando el Fantasma le agarró por un antebrazo y le

mordió en él. Para entonces habían desaparecido los árboles, sólo había tierra suelta bajo ellos y el sonido del río crecía. Luego ya no hubo tierra por debajo de ellos y comenzaron a caer.

Recordó vagamente que Escalofríos había mencionado una garganta.

El viento soplaba con mucha fuerza mientras daban vueltas, ingrávidos, lo mismo que la roca, la hoja y la blanca agua. Temple soltó al Fantasma mientras ambos caían sin emitir ningún sonido. Todo parecía muy extraño. Como en un sueño. Seguro que se despertaba con un sobresalto para encontrarse de nuevo en la Compañía de la...

El sobresalto le llegó al chocar contra el agua.

Con los pies por delante, afortunadamente, para luego sumergirse en ella, aterido de frío, aplastado por su súbita presión, arrastrado por una corriente tan rápida que sintió como si una y otra vez fuera a arrancarle los brazos a la altura de los sobacos. Era como una hoja en medio de un torrente, inerme.

Cuando su cabeza consiguió aflorar en medio del torrente, jadeó y tomó aire, estremeciéndose, con el rostro lleno de gotitas de agua, por el rugido del agua enfurecida. Algo lo arrastró nuevamente bajo el agua, golpeándolo con tanta fuerza en un hombro que se dio la vuelta y durante un momento pudo vislumbrar el cielo. Los miembros le pesaban tanto que, casi vencido, se sintió tentado de dejar de luchar. Temple jamás había tenido madera de luchador. Vislumbró un árbol que iba a la deriva, seco y tan blanco como un hueso por el efecto del sol y del agua. Así que, aunque le estallaran los pulmones, lo alcanzó a duras penas y, dándose la vuelta, se agarró a él. Ya formaba parte del árbol. Aún tenía ramas, pero no hojas. Consiguió pasar su propio tronco por encima de él, tosiendo, escupiendo, raspándose la cara con su madera podrida.

Tomó aire. Unas cuantas veces. Durante una hora entera. Durante cien años.

El agua le lamía, le hacía cosquillas. Levantó la cabeza para poder ver el cielo. Un esfuerzo enorme. Las nubes se desplazaban por aquel cielo indolente de color azul oscuro.

—¿Te parece una broma graciosa? —dijo con voz cascada antes de que una ola le abofetease en la cara y le hiciera tragar agua. Así que no era una broma. Se quedó inmóvil. Demasiado cansado y dolorido para hacer cualquier otra cosa. Al menos, el agua se había calmado. El río se ensanchaba lentamente, las riberas ya no

estaban tan altas, la larga hierba bajaba hasta las playas de guijarros que las conformaban.

Se dejó llevar hasta una de ellas. Creía en Dios porque allí no había nadie más. Tenía la esperanza de llegar al Cielo.

Pero no descartaba la alternativa que le quedaba.

TRONCO A LA DERIVA

—¡**S**O! —exclamaba Shy—. ¡So!

Quizá se debiera al rumor del río, o a que de alguna manera intuyeran que ella había hecho algunas cosas malas durante su vida. Fuera por lo que fuese, el hecho es que, como suelen hacer siempre, los bueyes no le hicieron caso y siguieron dirigiéndose hacia el agua. Malditos animales, obtusos y cabezones. En cuanto se les mete una idea en la cabeza van hacia ella sin importarles todo lo que se les diga para que hagan lo contrario. Quizá fuera que la naturaleza le estaba dando a probar a Shy su propia medicina. Porque a la naturaleza le gusta hacer las cosas de esa manera.

—¡He dicho so, bastardos! —Se agarró a su silla empapada con las piernas también empapadas, enrolló la cuerda un par de veces alrededor de su antebrazo derecho y dio un buen tirón. Como el otro extremo estaba atado sólidamente al yugo delantero, la cuerda se tensó y salpicó agua. Al mismo tiempo, Leef llevó corriente abajo a su poni y lo aguijó un poco. Al final resultaba ser un guía de primera. Uno de los bueyes que iban en cabeza emitió un bufido como si se sintiera ultrajado, orientó sus sensibles ollares hacia la izquierda y volvió al rumbo fijado con anterioridad, hacia la playa pedregosa para entonces surcada con las cicatrices que habían dejado en ella las ruedas de los carros, en la distante ribera donde ya habían comenzado a reunirse la mitad de los miembros de la caravana.

El sacerdote Ashjid, que era uno de ellos, levantó los brazos al cielo como si su oficio fuera lo más importante de todo lo que les rodeaba y entonó una oración para que las aguas se calmasen. Shy observó que no se calmaban. Ni las aguas, ni ella misma, de eso estaba condenadamente segura.

—¡Mantenlos así, sin que se desvíen! —gruñía Sweet, cuyo empapado caballo acababa de detenerse en una franja de arena mientras él se tomaba un respiro... algo que era cada vez más frecuente.

—¡Mantenlos así, sin que se desvíen! —repitió Majud a sus espaldas, agarrándose con tanta fuerza al pescante del carro que era un milagro que no lo rompiese. Al parecer, no se sentía a gusto en el agua, lo que, para un hombre de la

frontera, no deja de ser un inconveniente.

—¿Qué creéis que estoy intentando hacer, jodidos vejestorios holgazanes? —dijo Shy entre dientes, dando otro tirón a la cuerda al tiempo que sacaba a su caballo de la zona profunda y lo llevaba hacia la izquierda—. ¿Creéis que todos nos vamos al mar?

No parecía una tarea fácil. Adelantaron a los bueyes que, en tiros de seis, ocho o incluso doce, arrastraban los carros más pesados, pero el trabajo aún estaba lejos de terminarse. Aunque los carros no hubieran entrado en las partes profundas, con el riesgo de salir flotando, comenzaban a atascarse en los bajíos.

Uno de los carros de Buckhorm acababa de encallar, y Lamb estaba metido en el río hasta la cintura, tirando del eje trasero mientras Savian se inclinaba en su caballo para dar manotazos en los cuartos traseros de los bueyes que iban en cabeza. Shy pensó que les iba a romper el lomo a golpes, porque les atizaba con mucha fuerza, pero, finalmente, logró su objetivo y Lamb pudo regresar, chapoteando, con su caballo. A menos que te llames Dab Sweet, tendrás que trabajar duramente.

Pero el trabajo jamás le había preocupado a Shy. Sabía desde muy pequeña que cuando uno se compromete con un trabajo, lo mejor es darlo todo por él. Entonces las horas pasan muy deprisa y uno no tiene la tentación de holgazanear. Por eso trabajó duramente como mensajera en cuanto pudo correr y en la granja en cuanto fue mujer, y entre ambos trabajos comprobó que era muy buena robando a la gente, pero esta última profesión no le duró mucho, porque no le pareció aconsejable dedicarse a ella por más tiempo. El trabajo que tenía en aquel momento consistía en encontrar a sus dos hermanos, pero, puesto que el Hado había querido que aquellos bueyes se metieran en el río, los sacaría de él como mejor pudiera, a pesar de su mal olor, de las llagas de sus brazos y del agua helada que se le metía por la raja del culo.

Finalmente lograron salir hasta la zona de arena, los animales echando vapor por los ollares y jadeando, las ruedas de los carros aplastando los cascajos. El caballo de Shy temblaba bajo su cuerpo, era el segundo que reventaba aquel día.

—¿Llamas a esto un puñetero vado? —le preguntó a gritos a Sweet, intentando que su voz se sobrepusiera al ruido del agua.

Le contestó con una mueca. Su rostro curtido reflejaba lo bien que se lo estaba pasando.

—¿Y tú cómo lo llamarías?

—Un río tan ancho como cualquier otro, listo para que te ahogues en él.

—Deberías haberme dicho que no sabías nadar.

—Sí que sé nadar, pero es que este carro no es un maldito salmón, no sé si lo sabes.

Sweet hizo volver grupas a su caballo con un ligero toque de talón.

—Me decepcionas, chica. ¡Te había tomado por una aventurera!

—No voluntariamente. ¿Estás preparado? —preguntó a Leef, que asintió—. ¿Y a ti qué te pasa?

Majud movió una mano sin fuerza.

—Me temo que yo nunca estaré preparado. Marchaos, marchaos.

Al oír aquellas palabras, tiró nuevamente de la cuerda, respiró profundamente, pensó durante un instante en los rostros de Ro y de Pit, y siguió a Sweet. El frío se agarró a sus rodillas y luego a sus pantorrillas, mientras los bueyes miraban fijamente, y muy nerviosos, el banco de arena que aún estaba lejos, y su caballo relinchaba y movía la cabeza a uno y otro lado, como si ninguno de aquellos animales estuviera más decidido a volver a sumergirse en el agua de lo que ella lo estaba. Leef, que seguía empuñando la aguijada, decía:

—Despacio, despacio.

Como aquel último trecho era el más profundo, el agua rodeaba a los bueyes, formando olas que golpeaban sus costados. Shy tiraba de la cuerda, haciendo que atravesaran la corriente en diagonal para luego dejarse llevar por ella. El carro traqueteó al pisar el lecho del río. La mitad de sus ruedas quedó bajo las aguas, y luego su eje, para salir casi a flote como si fuera una especie de barca destartalada de aspecto miserable.

Observó que uno de los bueyes había comenzado a nadar, levantando el cuello para que sus ollares, por los que resoplaba, siguieran por encima del agua. Luego fueron dos, que la miraron con ojos asustados. Después tres, y Shy sintió que la cuerda se tensaba. Entonces la enrolló con más fuerza en su antebrazo y tiró con

todas sus ganas, sintiendo que el cáñamo se agarraba a la piel de su guante y mordía la que estaba más abajo, la suya.

—¡Leef! —exclamó, apretando los dientes—. ¡Recupera para...!

Uno de los bueyes que iba en cabeza patinó. Y, al intentar hacer pie, movió sus hirsutas paletillas hacia arriba con tanta fuerza que se fue hacia la derecha y golpeó las patas del que estaba a su lado, de suerte que la corriente les hizo desviarse. La cuerda tiró con tanta fuerza del brazo derecho de Shy, que pensó que le iba a seccionar los músculos uno tras otro, estando a punto de caer de la silla antes de que supiera cómo reaccionar.

Para entonces, los otros dos bueyes que iban en cabeza se debatían, lanzando gotas de vapor y arrastrando a los que iban detrás, mientras Leef chillaba y los pinchaba con la aguijada. Pero era como aguijar al río, porque él era el responsable. Shy tiró con todas sus fuerzas. Pero era como tirar de una docena de bueyes muertos, a los que ella no tardaría en unirse.

—¡Joder! —exclamó, cuando la cuerda se deslizó repentinamente de su mano derecha y se enrolló alrededor de su antebrazo, sin darle casi tiempo para sujetarla. El agua que empapaba el cáñamo se manchaba con su sangre, el agua le caía por el rostro, los animales mugían de terror y Majud gemía de miedo.

El carro derrapaba, rechinaba, sin decidirse a flotar o a hundirse. De alguna manera, uno de los animales que iban en cabeza acababa de hacer pie, y Savian le daba manotazos y lo regañaba. Shy echaba el cuello hacia atrás y tiraba, tiraba, mientras la cuerda le desgarraba el brazo y su caballo se estremecía bajo ella. El banco de arena que se aproxima, la gente que mueve las manos, sus gritos, su propia respiración y los quejidos de los animales sólo son en su cerebro el eco de un latido.

—Shy —era la voz de Lamb. Un brazo muy fuerte alrededor de su cuerpo y sabe que ya puede abandonarse.

Igual que cuando se cayó del tejado del granero y Lamb la cogió con sus brazos.

—Todo está bien. Tranquila. —El sol titila entre sus párpados, la boca le sabe a sangre, pero ya no está asustada. Después, años después, él está vendándole las quemaduras de la espalda—. Ya se te pasará. Ya se te pasará. —Y el paseo que se dio hasta la granja cuando se acabaron aquellos malos tiempos, sin saber lo que

encontraría en ella o a quién, y entonces lo vio, sentado junto a la puerta, con la sonrisa de siempre—. No sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto —dijo, como si ella acabara de irse, mientras la abrazaba con fuerza y ella sentía el picor de las lágrimas por debajo de los párpados...

—¿Shy?

—*Uh*. —Lamb acababa de dejarla en la arena, y ella intentaba enfocar las caras borrosas que la rodeaban.

—¿Está todo bien, Shy? —decía Leef—. ¿Está bien?

—Dejadle un poco de sitio.

—Sí, para que pueda respirar.

—Estoy respirando —dijo ella, gruñendo y dando manotazos a aquellas manos que parecían garras para que se apartasen y pudiera incorporarse, aunque sin estar segura de lo que pasaría.

—¿No deberías quedarte quieta durante un rato? —preguntó Lamb—. Tienes que...

—Estoy bien —dijo ella, cortante, tragándose las ganas de vomitar—. Sólo un poco herida en mi orgullo, pero ya cicatrizará. —De hecho, su orgullo tenía demasiadas cicatrices—. Me he hecho una rozadura en el brazo. —Cerró los ojos cuando se quitó el guante con los dientes y todas las articulaciones de su brazo derecho comenzaron a latir; luego gruñó al mover aquellos dedos suyos que temblaban. La rozadura de la cuerda daba vueltas alrededor de su antebrazo, las mismas que hubiera hecho una serpiente que se hubiese enroscado en una rama.

—Es una fea herida —Leef se dio una palmada en la frente—. ¡Por mi culpa! Si, simplemente...

—No es culpa de nadie, sino mía. Hubiera debido cortar la maldita cuerda.

—No sé los demás, pero yo te agradezco que no lo hicieras. —Majud había acabado por apartar sus dedos del pescante del carro y echaba una manta a Shy por encima de los hombros—. Soy un nadador pésimo.

Shy bizqueó al mirarlo, y aquel simple movimiento bastó para hacerle sentir

de nuevo que la garganta le ardía, así que bajó la mirada hacia los guijarros mojados del suelo y preguntó:

—¿Nunca te pareció que este viaje, donde había que vadear veinte ríos, era un error?

—Me lo pareció cada vez que vadeábamos uno, pero ¿qué otra cosa puede hacer un comerciante cuando olfatea un buen negocio al otro lado del río? Por mucho que deteste el trabajo duro, me gustan mucho más las ganancias.

—Justo lo que necesitamos —Sweet acababa de encajarse el sombrero en la cabeza—. Más codicia. ¡Perfecto! ¡Se terminó la representación, la chica sigue viva! ¡Que quiten el yugo al resto de los bueyes y que retrocedan, y que los demás suban a los carros, a menos que quieran echar a volar!

Corlin apareció entre Lamb y Shy con un maletín. Tras arrodillarse al lado de Shy, tomó su brazo herido y enarcó las cejas. Parecía saber tan bien lo que estaba haciendo que nadie le preguntó dónde lo había aprendido.

—¿Te pondrás bien? —preguntó Leef.

Shy movió una mano para que se fuera.

—Vete de aquí. Marchaos todos. —Shy había conocido gente que siempre buscaba la compasión, pero a ella siempre le hacía sentirse extremadamente incómoda.

—¿Estás segura? —le preguntó Lamb, mirándola desde lo que a ella le pareció muchísima altura.

—Si me lo permites, te diré que deberías irte a donde quieras, porque, quedándote aquí, no me dejas trabajar.

Así que todos regresaron al vado, Lamb mirando de reojo, preocupado, dejando que Corlin, con tanta perfección como rapidez, vendara el brazo de Shy con aquellas manos suyas tan diestras.

—Pensaba que nunca se irían —dijo ella, sacando un frasco de su maletín y dejándolo encima de la mano que Shy tenía sin vendar.

—Eres muy buen médico —dijo Shy, tomando un breve trago y crispando la

boca al sentir el escozor.

—¿Por qué no hacer las cosas bien?

—Siempre me ha sorprendido que algunas personas no sean capaces de cuidar de sí mismas.

—Es cierto. —Corlin dejó de mirar el trabajo que acababa de hacer para observar lo que pasaba en el vado, donde habían comenzado a empujar el destartalado carro de Gentili para llevarlo hasta la ribera del otro lado. Uno de los prospectores de mayor edad agitaba sus desmirriados brazos desde el momento en que una de las ruedas se había atascado en los guijarros—. Hay unos cuantos como ése en este viaje.

—Creo que la mayoría de ellos comenzaron el viaje con muy buenas intenciones.

—Si algún día te decides a construir un bote sólo con buenas intenciones, quiero que me digas qué tal flota.

—Ya lo hice. Y acabé hundiéndome con él.

Corlin frunció una de las comisuras de su boca.

—Me parece que yo podría haber ido contigo en ese bote. El agua debía de estar helada, ¿verdad? —Acompañado por Savian, Lamb acababa de llegar al lado del anciano para tirar de la rueda atascada, de suerte que todo el carro se movía a causa de sus esfuerzos—. Aquí, en este sitio perdido, hay hombres muy fuertes. Tramperos y cazadores que apenas han pasado una noche bajo techado. Hombres de madera y de cuero. Pero no creo que ninguno sea tan fuerte como tu padre.

—No es mi padre —musitó Shy, echándose otro trago del frasco—. Y tu tío tampoco es ningún enclenque.

Corlin sacó un pequeño cuchillo y, con un relampagueo de metal, separó del rollo un trozo de venda.

—Quizá deberíamos soltar a los bueyes para que esos dos viejos bastardos tiren de los carros.

—Creo que tirarían más deprisa.

—¿Crees que podrías conseguir que Lamb se unciera a un yugo?

—Seguro que sí, pero no sé cómo respondería Savian al látigo.

—Seguro que el látigo se rompería al atizarle.

Finalmente, el carro quedó libre y avanzó a duras penas, consiguiendo que el anciano primo de Gentili se estremeciese en su asiento mientras, aún en el agua, Savian le daba a Lamb una palmada.

—Ya se han hecho amigos—comentó Shy—, pues dos hombres hechos y derechos no necesitan decírselo con palabras.

—¡Ah, la muda camaradería de los veteranos!

—¿Qué te hace pensar que Lamb sea un veterano?

—No hay más que mirarlo. —Corlin cerró el vendaje con un imperdible para que no se soltara—. Ya está. —Miró hacia el río, donde los hombres se llamaban sin dejar de chapotear en el agua, y se levantó de improviso, exclamando—. ¡Tío, tu camisa!

Le pareció a Shy que preocuparse porque se le hubiera roto una de las mangas de la camisa era un exceso de pudor, máxime cuando la mitad de los hombres de la caravana estaban desnudos de cintura para arriba y un par de ellos se habían quedado con el culo al aire. Pero cuando Savian se dio la vuelta para mirar, Shy pudo ver su antebrazo desnudo. Estaba lleno de letras, tatuadas en azul y negro.

No hacía falta preguntar de qué era veterano. Era un rebelde. Lo más seguro era que, después de luchar en Starikland, hubiese huido y, por lo que Shy sabía, la Inquisición de Su Majestad lo estuviera persiguiendo enconadamente.

Shy levantó la mirada y Corlin bajó la suya, y ninguna de las dos pudo ocultar a la otra lo que estaba pensando.

—Sólo es una camisa rota, no hay nada de lo que preocuparse. —Pero Corlin había entornado aquellos ojos suyos tan azules, y entonces Shy fue consciente de que aún tenía en la mano aquel pequeño cuchillo tan reluciente; por eso comprendió que debía medir mucho las palabras que iba a decirle.

—Creo que todos hemos dejado atrás alguna que otra rasgadura. —Shy tendió el frasco a Corlin y se levantó lentamente—. Jamás me interesó remendar los rotos de los demás. Sus asuntos sólo les conciernen a ellos.

Corlin se echó un trago del frasco sin dejar de mirar a Shy por encima del vidrio.

—Ésa es muy buena política.

—Tan buena como este vendaje. —Shy hizo una mueca al mover los dedos—. Diría que nunca había visto uno tan bien hecho.

—¿Has visto muchos?

—Bueno, me he hecho bastantes cortes a lo largo de mi vida, pero dejé que la mayoría de ellos sangraran por su cuenta. Supongo que eso fue porque no había nadie que quisiera vendármelos.

—Es una historia triste.

—Oh, podría estar contándote historias tristes un día entero... —Frunció el ceño al mirar al río—. ¿Qué es eso?

Un árbol muerto se dirigía lentamente hacia ellas, tropezando con los guijarros del fondo del río para luego seguir avanzando, con las ramas llenas de hierbajos y de espuma. Algo parecía ir montado encima de su tronco. Algo que tenía unas extremidades que parecían colgar. Shy se quitó la manta y echó a correr hacia la orilla, metiéndose en el agua y sintiendo de nuevo que el frío se aferraba a sus piernas.

Agarró una rama del árbol, haciendo una mueca cuando el dolor le subió por todas las articulaciones del brazo derecho y le llegó a las costillas, por lo que tuvo que soltarla para cogerla con el brazo izquierdo.

El pasajero era un hombre. Como inclinaba la cabeza hacia el otro lado, no pudo verle el rostro, sólo la masa de cabellos negros que lo coronaba y la camisa levantada hacia arriba que dejaba al descubierto parte de un diafragma tostado por el sol.

—¡Qué pez tan vistoso! —dijo Corlin, mirando desde la orilla con los brazos en jarras.

—¿Te importaría dejar las bromas y ayudarme a llevarlo a tierra firme?

—¿Quién será?

—¡El Emperador de la maldita Gurkhul! ¿Cómo voy a saber quién es?

—Ahí quería llegar.

—¿Qué tal si se lo preguntamos cuando lo hayamos sacado del agua?

—A lo mejor es demasiado tarde para entonces.

—¡A este paso, seguro que lo será!

Corlin se chupó con amargura los dientes y comenzó a bajar hacia el agua, pero sin darse mucha prisa.

—Si luego resulta ser un asesino, tú tendrás la culpa.

—Seguro que lo es. —Las dos apretaban los dientes mientras llevaban hasta la orilla el árbol y su cargamento humano, y las ramas rotas hacían surcos en la grava. Las dos estaban empapadas. Cada vez que Shy tomaba aliento, el estómago se le pegaba a la camisa mojada, lo cual le desagradaba.

—Ya está. —Corlin se agachó para coger a aquel hombre por debajo de los brazos—. Ten tu cuchillo a mano.

—Siempre lo tengo a mano —repuso Shy.

Con un gruñido y dando un tirón, Corlin le dio la vuelta, girando una tras otra sus piernas exánimes.

—¿Tienes alguna idea de cómo debe de ser el Emperador de Gurkhul?

—Seguro que estará mejor alimentado —musitó Shy. El hombre era esbelto, musculoso, al menos por lo que podían ver de su cuello, y de pómulos salientes, uno de los cuales presentaba un corte muy feo.

—Y mejor vestido —añadió Corlin. Apenas llevaba encima unos harapos, y le faltaba una bota—. Y seguro que más viejo. —No debía de superar la treintena. Sus mejillas estaban cubiertas por una barba negra muy corta, y unas hebras grises

surcaban su cabellera.

—Y tendrá menos cara... de persona honrada —dijo Shy. Era la palabra que se le acababa de ocurrir al ver su rostro. A pesar del corte, tenía una expresión placentera. Como si acabara de cerrar los ojos durante un instante para pensar en filosofías.

—Resulta que a los que parecen ser más honestos siempre hay que vigilarlos más estrechamente. —Corlin movió su cara hacia uno y otro lado—. Pero es guapo, para ser un pecio a la deriva. —Se inclinó más, para acercar uno de sus oídos a su boca, y luego volvió a ponerse las manos en las caderas, como si sopesara la situación.

—¿Está vivo? —preguntó Shy.

—Hay una manera de saberlo. —El bofetón con el que Corlin le cruzó la cara no fue, precisamente, suave.

Cuando Temple abrió los ojos, sólo vio un brillo cegador.

¡El Cielo!

Pero, ¿por qué sentía tanto dolor?

Entonces, ¡estaba en el Infierno!

Pero, ¿no hace mucho calor en el Infierno?

Porque él sentía mucho frío.

Intentó levantar la cabeza y desistió, porque le costaba mucho trabajo. Intentó mover la lengua y también desistió, porque también le costaba trabajo. Una figura espectral apareció ante su vista, circundada por un nimbo de luz cegadora que le produjo dolor de cabeza.

—¿Dios? —preguntó Temple, con voz cascada.

El bofetón hizo que la cabeza le sonase a hueco, haciendo que le ardiese la mejilla y que pudiera enfocar la visión.

No era Dios.

O, al menos, no bajo la apariencia que Él suele mostrar.

Era una mujer, una mujer de piel pálida. Aunque fuese joven, Temple tuvo la sensación de que sus pocos años la habían puesto a prueba. Su boca, fruncida, albergaba la sombra de la sospecha, y las tenues líneas que se le formaban en las comisuras ratificaron aquella impresión. Un rostro largo y apuntado en la barbilla, quizá más largo por los cabellos castaño-rojizos que lo enmarcaban, con unos pómulos pálidos y húmedos recogidos bajo un sombrero muy gastado cuyas alas estaban manchadas de salitre. Aunque tuviera todo el aspecto de trabajar duro y de no amilanarse por ninguna de las decisiones que tomaba, el estrecho puente de su nariz mostraba bastantes pecas.

El rostro de otra mujer se agachaba también hacia él. De más años que la otra, su rostro aparecía enmarcado por una cabellera corta que se agitaba por el viento y unos ojos azules que parecían no inmutarse por nada.

Ambas mujeres estaban empapadas. Lo mismo que él. Lo mismo que los guijarros sobre los que descansaba. Podía oír el ir y venir de las aguas de un río y, más tenues, las llamadas de hombres y de animales. Para todo aquello sólo había una explicación, a la que él llegó poco a poco mediante un proceso de eliminación muy bien razonado.

Estaba vivo.

Aquellas dos mujeres jamás habían visto una sonrisa tan blanda, mojada y falsa como la que él acababa de esbozar en ese momento.

—Hola —dijo Temple con voz cascada.

—Yo soy Shy —dijo la más joven.

—No tienes ni que decirlo —comentó Temple—. Me siento como si ya nos conociéramos.

En aquellas circunstancias le pareció que como intento no estaba mal, pero ella no sonrió. A la gente no suelen gustarle las bromas que tienen que ver con su nombre. Porque, a fin de cuentas, ya las han oído miles de veces.

—Yo me llamo Temple. —Intentó levantarse de nuevo, y en aquella ocasión

habría podido conseguirlo de no fallarle los codos.

—Así que no es el Emperador de Gurkhul —musitó la de más edad por alguna razón que él desconocía.

—Soy... —intentaba preparar su mente para la situación en la que se encontraba— abogado.

—Vaya con el que tenía rostro de persona honrada.

—No vayas a creer que es la primera vez que estoy tan cerca de un abogado —comentó Shy.

—¿A eso se reducían tus esperanzas? —preguntó la otra mujer.

—Por ahora no parece gran cosa.

—No me están viendo desde mi mejor ángulo. —Con algo de ayuda de las dos mujeres, se incorporó para quedarse sentado, observando con una pizca de nerviosismo que Shy tenía un cuchillo en la mano. A juzgar por el tamaño de su empuñadura, no se trataba de un pequeño cuchillo incapaz de intimidar a nadie. Además, la manera en que apretaba los labios le convenció de que tampoco se vería intimidada por nada a la hora de usarlo.

Así que se cuidó mucho de hacer movimientos bruscos. Y no le resultó difícil, porque, con cualquiera que hiciese, le dolía todo el cuerpo.

—¿Y cómo terminó un abogado dentro de un río? —preguntó la mujer de más años—. ¿Por un mal asesoramiento?

—Los buenos asesoramientos suelen ser los que le meten a uno en problemas. —Probó con otra sonrisa que se parecía bastante a la que solía emplear siempre que ganaba un pleito—. Todavía no me ha dicho su nombre.

Pero en aquella ocasión no ganó nada.

—No. ¿Quiere decir que no le empujaron al río?

—Un servidor y una especie de ser humano... nos empujamos el uno al otro.

—¿Y qué le sucedió a él?

—Por lo que sé, aún debe de flotar por ahí —Temple se encogió de hombros.

—¿Lleva alguna arma encima?

—Si le falta un zapato —dijo Shy.

Temple echó un vistazo a su pie descalzo, comprobando que los tendones tiraban de su piel al mover los dedos, y comentó:

—Solía llevar encima un cuchillo muy pequeño, pero... no me sirvió de mucho. Podría decirse que... estaba pasando unos días bastante malos.

—Suele ocurrir —Shy comenzó a levantarle.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó su acompañante.

—¿Qué otra opción nos queda, arrojarlo de nuevo al agua?

—Hay cosas peores.

—Puede quedarse aquí —dijo Shy, pasándose el brazo de Temple alrededor del cuello y tirando de él para que pudiera levantarse.

Dios, cuánto le dolía. Su cabeza era como un melón que alguien se hubiese entretenido en aporrear. Dios, cuánto frío sentía. Apenas habría estado más helado de haber muerto en el río. Dios, qué débil estaba. Tanto le temblaban las rodillas, que podía oír el ruido que hacían al rozar la parte interior de sus pantalones empapados. ¡Qué bien que tenía a Shy para apoyarse en ella! Porque la joven no parecía que fuera a caerse por su peso. El hombro que él agarraba con una mano era tan firme como si fuese de madera.

—Gracias —dijo, y no era una palabra vacía—. Muchas gracias. —Siempre que tenía a alguien fuerte en quien apoyarse se encontraba de maravilla. Como la enredadera en flor que adorna al árbol bien arraigado. O como el ave cantora encaramada en los cuernos de un toro. O como la sanguijuela en el trasero de un caballo.

Escalaron la ribera con cierta dificultad, y no tuvo más remedio que pisar el barro tanto con el pie calzado como con el otro descalzo. A su espalda, el ganado comenzaba a cruzar el río: los jinetes se inclinaban desde sus sillas para agitar el sombrero o la cuerda, llamando y chillando; los animales se arremolinaban,

nadando, pisándose unos a otros, levantando nubes de rocío.

—Bienvenido a nuestra pequeña caravana —dijo Shy.

Una masa de carros, animales y gente comenzaba a reunirse en un abrigo que estaba al otro lado del río, para resguardarse del viento. Unos hombres cortaban madera para reparar los carros más destartalados. Otros se peleaban con los recalcitrantes bueyes, que no querían que los enjaezasen. Otros más se entretenían en cambiarse las ropas que se les habían empapado durante la travesía, mostrando en sus miembros desnudos las franjas de piel más oscuras producidas por el sol. Dos niños reían mientras perseguían de un sitio para otro a un perro de tres patas. Una pareja de mujeres cocinaba una sopa. Al olerla, el estómago de Temple emitió un gemido de dolor.

Hacía todo lo que podía para sonreír, asentir y caer en gracia mientras Shy, con una fuerte mano metida bajo una de sus axilas, lo llevaba por entre toda aquella gente, pero todo lo que recibió fue unas pocas miradas de hostil curiosidad. La mayoría de aquella gente sólo se preocupaba de su trabajo, pues su principal deseo, aunque ello supusiera hacer los trabajos más pesados, era sacar algún provecho de aquella ingrata tierra. Temple hizo una mueca, pero no de frío o de dolor. Cuando se alistó con Nicomo Cosca fue con la condición de no volver a hacer un trabajo pesado nunca más.

—¿Adónde se dirige la caravana? —preguntó. Sólo le faltaba escuchar que iban a Tratojusto o a Averstock, pues los habitantes que quedaban en dichos asentamientos no se habrían sentido muy contentos de volver a verlo.

—Al Oeste —contestó Shy—. Cruzando las Tierras Lejanas para llegar a Arruga. ¿Le viene bien?

Temple jamás había oído hablar de Arruga. Lo que convertía aquel pueblo en un lugar muy recomendable.

—Cualquier lugar que no sea aquel de donde vengo me viene bien. Ir al Oeste me parece magnífico. Si me permiten acompañarles.

—A mí no tiene que convencerme, sino a esos viejos bastardos.

Había cinco bastardos que formaban un pequeño grupo delante de la columna. Temple se puso un poco nervioso al ver que el que estaba más cerca era una mujer, una mujer Fantasma, alta y delgada, con la cara más gastada que el

cuero de una silla de montar y unos ojos brillantes que parecían traspasar a Temple y llegar hasta el horizonte. A su lado, agazapado en un enorme abrigo de piel y llevando un par de cuchillos y una espada de caza de vaina dorada, vio a un hombre diminuto que tenía una mata de pelo de color gris y que torcía la boca como si Temple fuese un chiste del que, aun encontrándolo divertido, no quisiera reírse abiertamente.

—Ese de ahí es el famoso explorador Dab Sweet, y quien le acompaña, su socia Roca Llorona. Y ese otro es el jefe de nuestra alegre caravana, Abram Majud. —Señalaba a un kantic calvo y fibroso cuyo rostro parecía conformado por unos ángulos imposibles que enmarcaban dos ojos almendrados y precavidos—. Y ése es Savian. —Un hombre alto, con una cabellera gris acerada y una mirada tan impactante como un martillazo—. Y ése es... —Shy hizo una pausa, como si buscase la palabra correcta— Lamb.

Lamb era un norteño enorme y bastante entrado en años que parecía andar encogido, como si quisiera aparentar ser menos alto de lo que era, y a quien le faltaba un trozo de oreja. Bajo la maraña que formaban su cabellera y su barba, aquel rostro suyo daba la impresión de haber sido empleado en más de una ocasión como piedra de moler. Aunque lo natural hubiera sido que Temple, apenas ver aquella colección de arrugas, grietas y cicatrices, hubiese hecho una mueca, su profesionalidad le llevó a enseñar los dientes para sonreír abiertamente a todos y cada uno de aquellos aventureros escapados del geriátrico, como si jamás hubiera visto reunida en un solo lugar a tanta gente tan hermosa como prometedora.

—Caballeros y... —miró de soslayo a Roca Llorona y cayó en la cuenta de que la palabra no cuadraba bien, así que para salir del aprieto añadió— señora... Es un honor conocerles. Me llamo Temple.

—¡Qué bien habla! ¿No? —comentó Sweet con su voz estruendosa, como si al final no estuviera seguro de que fuera así.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Savian con voz de pocos amigos. Temple no había pasado por tantas profesiones para salir de ellas sin saber reconocer a la gente peligrosa, y aquel individuo le daba mucho miedo.

—Lo pescamos en el río —dijo Shy.

—¿Y por qué razón no lo devolvisteis a él?

—Pues porque yo no quería matarlo.

Savian observó fijamente a Temple con una mirada dura y se encogió de hombros.

—Yo no he hablado de matarlo, sino de devolverlo al río.

En el silencio que siguió a aquellas palabras, Temple consideró la situación, mientras el frío del viento le mordía a través de sus pantalones empapados y aquellos cinco personajes lo miraban, según sus propias inclinaciones, con aprecio, sospecha o mofa.

Majud habló primero.

—¿Y desde dónde llegó usted nadando, maese Temple? No me parece que haya nacido en esta tierra.

—Tampoco me parece a mí que usted haya nacido en ella, señor. Nací en Dagoska.

—En la actualidad, una excelente ciudad para el comercio, aunque no tanto desde que proscribieron el Gremio de los Especieros. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí alguien de Dagoska?

El perenne problema de intentar enterrar para siempre tu pasado consiste en que los demás siempre intentan desenterrarlo.

—Debo confesar... que caí en malas compañías.

Majud señaló a sus compañeros con un gesto muy gracioso.

—Eso también suele sucedernos a los mejores.

—¿Bandidos? —preguntó Savian.

Eran eso y mucho más.

—Soldados —respondió Temple, que, como había decidido no mentir, adornó las cosas como pudo para que arrojaran la mejor luz posible sobre su persona—. Los dejé y seguí mi camino. Pero me topé con unos Fantasmas, y en medio de la lucha caí rodando por una pendiente y luego... por una garganta. —Se pasó una mano por aquel rostro suyo tan molido, recordando el espantoso momento en que se había encontrado en el vacío—. Seguido todo ello por una caída

hasta el agua.

—Sé lo que sintió —murmuró Lamb, como si mirase a lo lejos.

Sweet hinchó el pecho y se ajustó el cinturón de la espada.

—¿Y adónde iba usted cuando se encontró con esos Fantasmas?

—¿Río arriba? —Temple se limitó a encogerse de hombros.

—¿Adónde llegó y cuántos eran?

—Sólo vi a cuatro. Sucedió al amanecer y desde entonces floté a la deriva.

—Tuvo que ser a unos treinta kilómetros hacia el sur. —Sweet y Roca Llorona se miraron durante un instante. Si él parecía preocupado, ella se había quedado de piedra—. Deberíamos acercarnos hasta allí para echar un vistazo.

—*Hmm* —murmuró la vieja Fantasma.

—¿Espera algún contratiempo? —preguntó Majud.

—Siempre los espero. Porque, si resulta que no los hay, uno se siente mejor. —Sweet pasó entre Lamb y Savian, dándoles a cada uno una palmada en el hombro cuando llegó a su lado—. Magnífico trabajo el que hicisteis en el río. Espero ser tan bueno como vosotros cuando tenga vuestros años. —Y le dio otra palmada a Shy—. Y el tuyo también fue muy bueno, aunque la próxima vez mejor será que sueltes la cuerda. ¿No te parece? —Al oír aquellas palabras, Temple observó por vez primera el vendaje ensangrentado que rodeaba el brazo herido de la joven. Nunca se había mostrado particularmente sensible por el daño que pudieran sufrir los demás.

—¿Puedo suponer que se siente agradecido al viajar con nuestra caravana? —preguntó Majud.

—Más que agradecido —Temple se relajó por el alivio que sentía en aquel momento.

—Pues debe saber que cualquiera que forme parte de ella debe abonar el viaje o contribuir con lo que sepa hacer mejor.

—Ah. —Temple volvía a estar en tensión.

—¿Tiene usted alguna profesión?

—He tenido varias. —Pasó rápidamente revista a las profesiones que había tenido, para descartar aquellas por las que podían devolverlo rápidamente al río—. Aprendiz de sacerdote, cirujano aficionado...

—Ya tenemos cirujano —dijo Savian.

—Y sacerdote, desafortunadamente —añadió Shy.

—Carnicero...

—De eso se encargan nuestros cazadores —dijo Majud.

—Carpintero...

—¿De los que construyen carros?

—De los que hacen casas... —Temple hizo una mueca de dolor.

—Aquí no necesitamos casas. ¿En qué ha trabajado últimamente?

Como el oficio de mercenario no suele servir para hacer amigos, Temple respondió:

—De abogado. —Y entonces comprendió que con aquel oficio aún haría menos amigos.

—¿Ha conducido alguna vez bueyes? —preguntó Majud.

—Me temo que no.

—¿Llevado ganado en manada?

—Lo lamento, pero no.

—¿Trabajado con caballos?

—¿Vale haberlo hecho con uno solo, en una ocasión?

—¿Experiencia en combate? —preguntó Savian, rechinando los dientes.

—Muy poca, y la verdad es que no me gustó nada. —Para entonces había comenzado a temer que aquella entrevista no estuviera arrojando la mejor luz sobre sí mismo, siempre que eso fuera posible—. Pero estoy decidido a comenzar de nuevo, a ganarme mi puesto, a trabajar tan duro como cualquier hombre —o mujer— de los presentes y... a aprender con todas mis ganas. —Al terminar de hablar se preguntó si tan gran número de exageraciones habían servido alguna vez como atenuante de una pena.

—Pues le deseo que tenga éxito en su educación —dijo Majud—, pero para venir con nosotros tendrá que abonar ciento cincuenta marcos.

Se hizo el silencio mientras todos los presentes, y particularmente Temple, pensaban en la manera de sacarse de la manga una suma tan elevada. Silencio que Temple rompió al rebuscar en los bolsillos de sus pantalones empapados y declarar:

—Creo que me falta un poco para llegar a esa suma.

—¿Cuánto le falta?

—¿Qué tal ciento cincuenta marcos?

—Nos dejaron que los acompañásemos gratis, y creo que la cosa no les salió mal —dijo Shy.

—Sweet hizo el trato, no nosotros. —Majud miró detenidamente a Temple, que se sorprendió al descubrir que intentaba tapar su pie desnudo con el que aún estaba calzado. Pero sin éxito—. Y usted, al menos, no iba descalza. Este hombre necesitará ropas, calzado y una montura. No podemos permitirnos dar cobijo a cualquier descarriado que se cruce en nuestro camino.

Temple parpadeó, no muy seguro de dónde le dejaba aquel discurso.

—Y eso, ¿dónde le deja a él?

—En el vado, esperando a otro grupo de personas que tengan unas exigencias distintas de las nuestras.

—O a otro grupo de Fantasmas, si me permites decirlo.

Majud abrió las manos.

—Si sólo se tratase de mí, no vacilaría a la hora de ayudarle, pero tengo que tener en cuenta lo que mi socio Curnsbick pensará de todo esto, y él tiene un corazón de hierro para lo que se refiere a los negocios. Lo siento. —Aunque parecía un poco apenado, nada hacía pensar que fuera a cambiar de opinión.

Shy miró de soslayo a Temple, que se limitaba a seguir callado y muy serio.

—Mierda. —Shy plantó los brazos en jarras y miró al cielo durante un instante para echar su labio superior hacia atrás, mostrar el hueco que tenía entre los dientes y lanzar limpiamente un escupitajo—. Entonces yo pagaré por él.

—¿De veras? —preguntó Majud, enarcando las cejas.

—¿De veras? —preguntó Temple, tan perplejo como él.

—Pues claro que sí —contestó ella—. ¿Quieres el dinero ahora mismo?

—Oh, no te preocupes. —Los labios de Majud se animaron con lo que parecía ser el anuncio de una sonrisa—. Sé que se te dan bien los números.

—Esto no me gusta —Savian tocaba con el dorso de su mano derecha la empuñadura de uno de sus cuchillos—. Este bastardo podría ser cualquier cosa.

—Lo mismo que tú —replicó Shy—. No tengo ni idea de lo que estabas haciendo hace un mes, o de lo que podrás hacer dentro de un mes, pero no es asunto mío. Yo pago, él se queda. Si no te gusta, puedes seguir río abajo, ¿qué te parece? —Mientras hablaba, no había dejado de mirar con fiereza el inexpresivo rostro de Savian, consiguiendo que a Temple le gustase el suyo cada vez más.

Savian frunció sus labios apenas un instante.

—Lamb, ¿no tienes nada que decir respecto a esto?

La mirada del viejo norteño pasó de Temple a Shy y viceversa. Era evidente que no le gustaba tomar decisiones rápidas.

—Creo que a cualquier persona hay que darle una oportunidad —respondió.

—¿Incluso a las que no se la merecen?

—Sobre todo a ésas.

—Puede confiar en mí —dijo Temple, regalando a aquel hombre mayor una de sus miradas más formales—. No le defraudaré, se lo prometo. —Pero lo cierto era que el rastro formado por las promesas que había roto podía dar la vuelta al Círculo del Mundo. Estaba casi seguro de que una más lo alejaría del Cielo para siempre.

—Prometer no es lo mismo que cumplir, y tú lo sabes. —Savian se inclinó hacia delante, entornando los ojos aún más si cabe, una hazaña que sólo un instante antes cualquiera habría considerado imposible—. Te estaré vigilando, chico.

—Eso es... un enorme alivio —dijo Temple, apartándose lentamente de su lado. Como Shy acababa de volverse, se escondió detrás de ella—. Gracias. De veras. No sé cómo podré pagárselo.

—Pues pagándome.

—Claro. Cómo no —dijo, aclarándose la garganta.

—Con un interés del veinticinco por ciento. No practico la caridad.

Ella comenzaba a gustarle menos.

—Ya lo estoy viendo. El principal más un veinticinco por ciento. Más que justo. Yo siempre pago mis deudas. —Excepto, quizá, las financieras.

—¿Era cierto eso de que querías aprender?

De lo que él tenía ganas era de olvidar.

—Lo era.

—¿Y lo otro, lo de trabajar tan duro como cualquier persona de las que están aquí?

A juzgar por el polvo, el sudor, las quemaduras del sol y el cansancio de la mayoría de los hombres, aquel deseo suyo le parecía en ese momento una temeridad.

—Si no hay más remedio...

—Bien, porque yo te haré trabajar, por eso no te preocupes.

A él le preocupaban otras cosas, entre las que precisamente no se encontraba la de encontrar trabajo.

—No sé si... podré esperar. —Comenzaba a tener la extraña sensación de haber sacado el cuello del lazo corredizo que le había caído encima para meterlo en otro que lo estrangulaba. Mirando las cosas con la perspectiva que da el saber que ya han ocurrido, le pareció que su vida, que él siempre había considerado una sucesión de fugas ingeniosamente urdidas, venía a ser más bien una sucesión de lazos en la mayoría de los cuales él mismo había metido el cuello por cuenta propia. Pero esos lazos también pueden acabar ahorcándolo a uno.

Mientras hacía planes, Shy se tocaba el brazo herido.

—Quizá Hedges tenga algunas ropas que te sienten bien. Gentili tiene una silla de montar vieja, y Buckhorm, una mula que quiere vender.

—¿Una mula?

—Si te resulta muy lenta, siempre puedes llegar a Arruga caminando.

Como Temple comprendió que a pie no llegaría tan lejos como montado en la mula, sonrió a pesar de la adversidad y se consoló pensando que acabaría haciéndoselo pagar. La indignidad, no el dinero.

—Sentiré una enorme gratitud durante todos los momentos en que cabalgue tan noble animal —dijo a regañadientes.

—Claro que sentirás una enorme gratitud —repitió ella.

—La sentiré —insistió él.

—Bueno —dijo ella.

—Bueno.

Una pausa.

—Bueno.

MOTIVOS

—**U**NAS tierras, ¿no?

—A mí me parecen unas tierras muy extensas —decía Leef.

Sweet abrió los brazos, tomando aire con tanta fuerza que cualquiera hubiera pensado que el mundo entero se le iba a colar por la nariz.

—¡Así son las Tierras Lejanas! Son «lejanas» porque están mucho más lejos de lo que cualquier hombre civilizado podría atreverse a ir. Y también porque están tan condenadamente lejos de aquí como cualesquiera otras a las que quisiera dirigirse.

—Son «lejanas» porque están condenadamente lejos de todo —resumió Leef, mirando fijamente aquella extensión monótona de hierba que se mecía plácidamente a causa del viento. Y a lo lejos, muy a lo lejos, tan pálido como si apenas fuese más que un deseo, el perfil gris de unas colinas.

—Condenadamente lejos de los hombres civilizados, ¿eh, Lamb?

Lamb enarcó una ceja.

—¿No podemos olvidarnos de ellos?

—No está mal tener un poco de agua caliente de vez en cuando —musitó Shy mientras se rascaba la axila. Transportaba en ella a unos cuantos pasajeros, por no hablar de la costra de polvo que le cubría todo el cuerpo, y el sabor a porquería salada y a muerte por insolación que dominaban su boca.

—¡Que se jodan, y también el agua caliente! Si lo deseas, siempre puedes cabalgar hacia el sur, entrar en el Imperio y pedirle al viejo Legado Sarmis que te proporcione un baño. O dirigirte hacia el este y, una vez en la Unión, preguntar por la Inquisición.

—Seguro que su agua está demasiado caliente para mi gusto —musitó Shy.

—¡Dime cuándo sentiste en tu cuerpo tanta libertad como ahora!

—Nunca, en ningún lugar —tuvo que admitir ella, aunque aquel vacío interminable siguiera intimidándola por lo salvaje que le parecía. Tanto que se sentía como aplastada.

Eso no le sucedía a Dab Sweet, que una vez más volvía a llenarse los pulmones de aire, tanto que parecía a punto de estallar.

—Es fácil llegar a enamorarse de las Tierras Lejanas, pero son una amante cruel. Siempre haciéndote seguir adelante. Es lo que me pasó cuando era más joven que Leef. La mejor hierba es la que siempre se encuentra al otro lado del horizonte. El agua más dulce, la del siguiente río. El cielo más azul, el que siempre ves encima de otra colina —suspiró profundamente—. Y antes de que te des cuenta, una mañana te castañetean las articulaciones y no puedes dormir dos horas seguidas sin levantarte a orinar, y entonces comprendes de repente que el mejor lugar quedó atrás, y que no lo viste porque estabas obsesionado en seguir adelante.

—A medida que los veranos van quedando atrás, a uno le gusta estar con la gente —musitó Lamb, rascándose la cicatriz con forma de estrella que tenía en una de sus hirsutas mejillas—. Es como si cada vez que te dieras la vuelta, encontraras nuevos bastardos a tus espaldas.

—Suele suceder que todo te trae a la memoria algo del pasado. Algún sitio. Algo. Tú mismo, quizá cómo eras. El presente comienza a desvanecerse y el pasado a hacerse más y más real. El futuro comienza a apagarse hasta convertirse en brasas.

Lamb miraba a lo lejos con una sonrisa en las comisuras de la boca.

—Los felices valles del pasado —murmuró.

—Me gusta la cháchara de estos viejos bastardos, ¿a ti no? —dijo Shy, enarcando una ceja al mirar a Leef—. Hace que me sienta llena de salud.

—Vosotros, los jóvenes intrascendentes, creéis que podéis aplazar para siempre el mañana —rezongó Sweet—. Como el pago del dinero que se le debe al banco. Tenéis que aprender.

—Lo haremos si los Fantasmas no nos matan antes —dijo Leef.

—Gracias por plantear tan feliz posibilidad —dijo Sweet—. Si la filosofía no

te convence, puedo ofrecerte otra cosa en la que ocuparte.

—¿A qué te refieres?

El viejo explorador miró al suelo. Dispersas por la hierba había una enorme cantidad de boñigas, planas, blanquecinas y secas, gloriosos recuerdos de algún rebaño salvaje que había estado pastando en ella.

—A recoger boñigas.

Shy lanzó una risotada.

—¿Acaso no he recogido suficiente mierda quedándome sentado mientras tú y Lamb cantabais las glorias del ayer?

—Es una lástima que no puedas quemar nuestros recuerdos de gloria, porque, de lo contrario, nos calentarían por la noche. —Sweet levantó un brazo para señalar en todas las direcciones la interminable vastedad de la tierra y del cielo—. Puesto que no hay ni un mísero palo en ciento cincuenta kilómetros a la redonda, nos calentaremos con boñigas de vaca hasta que crucemos el Puente de Sictus.

—¿Y también las utilizaremos para cocinar?

—Quizá mejoren el sabor de lo que vayamos a comer —apuntó Lamb.

—Todo esto forma parte del encanto —añadió Sweet—. No te quejes, porque todos los chicos están recogiendo combustible.

Los ojos de Leef lanzaban chispas al mirar a Shy.

—Pero yo no soy uno de esos chicos —dijo Leef, y, como si quisiera demostrarlo, se pasó un dedo por la barbilla, porque, con el mayor cuidado posible, llevaba varios días cultivando en ella una mísera cosecha de pelos rubios.

Shy no estaba muy segura de si ella misma no habría tenido una cosecha mejor en algún momento de su vida. Sweet no se ablandó y dijo:

—¡Muchacho, eres demasiado joven para mancharte las manos de mierda ayudando a la caravana! —y le dio una palmada en la espalda que por poco le tira al suelo—. ¡Pero, hombre! ¡Si tener las manos marrones es un sello de gran coraje y distinción! ¡La medalla de las llanuras!

—¿Quieres que el abogado te eche una mano? —preguntó Shy—. Te lo cedo toda la tarde por tres cobres.

—Te daré dos por él —Sweet entornó los ojos.

—Hecho —dijo ella. No valía la pena regatear por un precio tan bajo.

—Seguro que el abogado disfruta con el trabajo —dijo Lamb, mientras Leef y Sweet volvían a donde se encontraba el núcleo de la caravana y el explorador seguía hablando acerca de cómo solían ser antaño las cosas buenas.

—No creo que se divierta.

—Creo que ninguno nos divertiremos viéndolo.

Cabalgaron en silencio durante un momento, a solas con el cielo, tan grande y profundo que era como si nada pudiera sujetarles en el suelo para impedir que echasen a volar por siempre jamás. Shy movió durante un rato el brazo derecho, sintiendo no sólo la usual debilidad en el codo y en el hombro, sino que el dolor que le subía por el cuello y le bajaba hasta las costillas comenzaba a disminuir. Por supuesto que había pasado por días peores.

—Lo siento —dijo Lamb, como si saliese de la nada.

Shy lo miró y se encogió de hombros. Él agachó la cabeza como si acabaran de colgarle un ancla del cuello.

—Siempre he sabido que lo sentías.

—Me refiero a que siento lo que sucedió en Averstock. Lo que hice. Y lo que no hice. —Como hablaba cada vez más despacio, Shy comprendió que cada palabra que pronunciaba le costaba tanto como combatir en una batalla—. Siento no haberte dicho lo que fui... antes de llegar a la granja de tu madre. —Ella le estuvo mirando mientras se le secaba la boca, pero él se limitó a observar su mano izquierda, pasando una y otra vez el pulgar por el muñón de dedo que tenía en ella—. Sólo quería enterrar el pasado. No ser nada ni nadie. ¿Comprendes a lo que me refiero?

Shy tragó saliva. Había dejado atrás ciertos recuerdos que no quería que aflorasen a la superficie del pantano donde los había sumergido.

—Lo comprendo.

—Pero las semillas del pasado han dado su fruto en el presente, como solía decir mi padre. Soy como ese necio que jamás aprende la lección y que se empeña en seguir meando contra el viento. El pasado nunca queda enterrado, o, al menos, no el mío. La sangre siempre acaba por encontrarle a uno.

—¿Qué fuiste? —En aquel espacio inmenso, su voz sonaba como un tenue graznido—. ¿Un soldado?

Lamb frunció el ceño aún más.

—Un asesino. Eso es lo que fui.

—¿Combatiste en alguna guerra? ¿Arriba, en el Norte?

—En guerras, en escaramuzas, en duelos, en lo que fuera; y cuando se terminaban, yo buscaba otros por mi cuenta; y cuando me quedaba sin enemigos, me volvía contra mis amigos.

Ella siempre había pensado que cualquier tipo de respuesta era mejor que ninguna. Pero ya no estaba segura.

—Supongo que tendrías tus motivos —dijo Shy, en voz tan baja que era como pedirle que se lo explicara.

—Al principio, mis motivos eran buenos. Pero luego no lo fueron tanto. Entonces descubrí que podía verter la sangre de los demás sin necesitar ninguno.

—Supongo que eso también sería un motivo.

—Sí. Y ahora tengo uno nuevo. —Respiró profundamente y se irguió en la silla—. Esos niños... son lo único bueno que he hecho en mi vida. Ro y Pit. Y tú.

Shy lanzó una risotada.

—Si has decidido incluirme en las buenas obras que has hecho, entonces tienes que estar desesperado.

—Lo estoy —dijo, y la miró a los ojos tan fija e inquisitivamente que a ella le costó aguantarle la mirada—. Pero sucede que tú eres la mejor persona que conozco.

Ella apartó la mirada y comenzó a frotarse aquel hombro que le dolía. Siempre le había costado más trabajo digerir las palabras amables que las desagradables. Quizá tuviera que ver con aquello a lo que uno está acostumbrado.

—Tu círculo de amigos es condenadamente limitado.

—Los enemigos siempre me han parecido más asequibles que los amigos. Pero dejémoslo. Aunque no sepa de dónde has podido sacarlo, sé que tienes buen corazón.

Ella lo recordó bajándola de aquel árbol, cantando a los niños, poniéndole una venda en la espalda.

—Tú también.

—Oh, yo puedo engañar a la gente. Los muertos saben que incluso puedo engañarme a mí mismo. —Miró una vez más aquel horizonte plano—. Pero no tengo buen corazón. Siempre encuentro problemas adondequiera que vaya. Me gustaría que hubiéramos tenido un poco de suerte, pero ésta nunca me acompañó a lo largo de los años. Así que escúchame. La próxima vez que te diga que te apartes de mi camino, te apartas, ¿has entendido?

—¿Por qué? ¿Porque podrías matarme? —Aunque se lo preguntara en tono de broma, la voz de Lamb mató la sonrisa que estaba a punto de aparecer en sus labios.

—Porque no sé lo que podría hacerte.

El silencio que los rodeaba quedó roto por unas ráfagas de viento que crearon una especie de olas en la frondosa hierba. A Shy le pareció que arrastraban un grito. Un grito de pánico.

—¿Lo has oído?

Lamb dirigió su caballo a donde se encontraba la caravana.

—¿Qué estaba diciendo acerca de la suerte?

Era un caos total, todos apretujados y gritándose entre sí o dirigiéndose unos al encuentro de otros, una maraña de carros y de perros que entraban y salían por debajo de las ruedas, de niños que lloraban y de pánico total, como si Glustrod se

hubiera levantado de la tumba para acabar con todos ellos.

—¡Fantasmas! —decía el grito gemebundo que Shy acababa de escuchar—. ¡Nos cortarán las orejas!

—¡Tranquilizaos! —decía Sweet a voz en cuello—. ¡No hay ningún Fantasma y nadie quiere nuestras orejas! ¡Sólo son viajeros como nosotros, eso es todo!

Al mirar hacia el norte, Shy divisó una fila de jinetes que avanzaban lentamente, formando una sinuosa línea de puntos entre la vasta negrura de la tierra y la lechosa vastedad del cielo.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Lord Ingelstad con voz exánime, apretando contra su pecho algunos de sus bienes más preciados, como si fuera a echar a correr con ellos hacia algún sitio que nadie conocía.

—¡Porque los Fantasmas sedientos de sangre no suelen perfilarse contra el horizonte, y menos cabalgar al trote! Quedaos aquí e intentad no haceros daño. Me llevo a Roca Llorona para ver qué me cuentan.

—Quizá sepan algo de los niños —dijo Lamb, picando espuelas a su caballo para acompañar a los dos exploradores y siendo seguido por Shy.

Aunque siempre había pensado que la caravana de la que ya formaba parte le parecía mísera y sucia, era algo señorial si se la comparaba con aquella columna deshilvanada de mendigos extenuados y de mirada febril, cuyos famélicos caballos de dientes amarillos tiraban de unos cuantos carros destartalados tras los que se arrastraba unos pocos bueyes escuálidos. Aquélla era una caravana de condenados, de eso no había duda.

—¿Cómo están? —preguntó Sweet.

—¿Que cómo estamos? —El que iba al mando tiró de las riendas. Era un individuo enorme, vestido con una casaca militar de la Unión que estaba hecha trizas y unos pantalones que se le caían y que él sujetaba con un cinturón dorado—. ¿Que cómo estamos? —Se irguió en la silla y escupió—. Pues un año más viejos que cuando comenzamos el viaje, pero ni siquiera una hora más ricos, así es como estamos. Demasiadas Tierras Lejanas para estos chicos. Vamos de regreso a Starikland. Si siguen nuestro consejo, harán lo mismo.

—¿No hay oro por allí? —preguntó Shy.

—Quizá haya algo, muchacha, pero no tanto para que yo vaya a morir por él.

—El oro no lo regala nadie —dijo Sweet—. Hay que arriesgarse para conseguirlo.

—Cuando llegué el año pasado, yo me reía de los riesgos —repuso aquel hombre con un bufido—. ¿Me ve ahora riendo? —Shy tampoco se reía—. Arruga se encuentra en medio de una guerra sangrienta, sus habitantes se matan por la noche, pero a la mañana siguiente son más, por todos los que llegan. Apenas se molestan en enterrar a los muertos.

—Por lo que recuerdo de ese sitio, les gusta más vaciar tumbas que llenarlas —comentó Sweet.

—Bueno, pues ahora está peor. Nosotros fuimos hasta Almenara, que está en las colinas, para encontrar trabajo. El lugar pululaba de gente que había ido a lo mismo.

—¿Almenara? —Sweet hizo una mueca—. Si apenas había más de tres tiendas de campaña en aquel sitio la última vez que pasé por él.

—Bueno, pues ahora es toda una ciudad. O lo era.

—¿Lo era?

—Nos detuvimos allí una o dos noches y luego nos fuimos a las colinas. Después de cavar en una o dos quebradas volvimos a la ciudad, pero sólo encontramos en ella el frío barro. —Se quedó sin palabras, mirando a la nada. Uno de los que iban con él se quitó el sombrero, que había perdido la mitad del ala, y se lo quedó mirando. Por más que resultaran chocantes en aquel rostro suyo tan curtido, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sweet.

—Todos se habían ido. En aquel campamento vivían al menos doscientas personas. Y se habían ido, ¿me entiende?

—¿Y adónde se fueron?

—Pensamos que al maldito Infierno, y nosotros no quisimos seguirlos. El sitio vacío, figúrese usted. La comida seguía en la mesa, y la ropa todavía colgaba

de las cuerdas. Y en la plaza vimos pintado un Círculo del Dragón de diez pasos de ancho. —Aquel hombre se estremeció—. Hay que joderse, dije entonces, y lo repito ahora.

—Hay que joderse, era como estar en el Infierno —añadió el que estaba a su lado, poniéndose en la cabeza su destrozado sombrero.

—Nadie ha visto al Pueblo del Dragón durante años —dijo Sweet, que parecía algo preocupado. Lo malo era que nunca le habían visto preocupado.

—¿El Pueblo del Dragón? —preguntó Shy—. ¿Quiénes son? ¿Una especie de Fantasmas?

—Una especie —respondió Roca Llorona con un bufido.

—Viven al norte —explicó Sweet—. En lo alto de las montañas. No es bueno meterse con ellos.

—Antes me metería con el mismísimo Glustrod —dijo el hombre que llevaba la casaca de la Unión—. Luché contra los norteños en la guerra, contra los Fantasmas en las llanuras y contra los hombres de Papá Anillo en Arruga, y no di cuartel a ninguno de ellos. —Meneó la cabeza—. Pero no voy a luchar contra esos bastardos del Dragón. Ni aunque las montañas estén hechas de oro. Brujos, eso es lo que son. Magos y diablos, y no me gusta nada de eso.

—Gracias por la advertencia —dijo Sweet—, pero hemos llegado hasta aquí y creo que seguiremos adelante.

—Ojalá lleguen a ser tan ricos como Valint y Balk juntos, pero lo serán sin mí. —Aquel hombre hizo una seña a sus decaídos compañeros—. ¡Vámonos!

Mientras se daba la vuelta, Lamb le cogió por un brazo y preguntó:

—¿Ha oído hablar de Grega Cantliss?

El hombre se soltó y respondió:

—Trabaja para Papá Anillo, y no encontrará a un bastardo más infame que él en todas las Tierras Lejanas. El pasado verano, en las colinas próximas a Arruga, mataron y robaron a una caravana de treinta personas, cortándoles luego las orejas y despellejándolos. Papá Anillo dijo que habían sido unos Fantasmas y nadie

demostró lo contrario. Pero yo escuché un rumor que aseguraba que Cantliss era el responsable.

—Tenemos asuntos que tratar con él —explicó Shy.

El hombre volvió sus hundidos ojos hacia ella, diciendo:

—Entonces lo siento por ustedes, pero no lo he visto en meses, y no quiero volver a verlo nunca más. Ni a él, ni Arruga ni la menor porción de este maldito territorio. —Chasqueó la lengua y comenzó a cabalgar hacia el este.

Shy y su grupo permanecieron en aquel sitio durante un rato, viendo cómo aquella caravana de gente derrotada emprendía el viaje de vuelta hacia la civilización. Lo que acababan de ver fue como un jarro de agua fría, porque todos, excepto Shy, se habían dejado arrastrar hasta entonces por el optimismo.

—Pensé que conocías a todos los que viven en las Tierras Lejanas —comentó Shy, dirigiéndose a Sweet.

—Sólo a los que se quedan en ellas por algún tiempo —el viejo explorador se encogía de hombros.

—Entre los que no se cuenta el tal Grega Cantliss, supongo.

—Hay tantos asesinos en Arruga como ratones de campo en un tocón de árbol —y vuelta a encogerse de hombros más que antes—. No he estado en ese sitio el tiempo suficiente para distinguir a unos de otros. Si llegamos con vida a la ciudad, te presentaré a su Alcalde. Entonces tendrás algunas respuestas.

—¿El Alcalde?

—El Alcalde lo dispone todo en Arruga. Aunque mejor sería decir que el Alcalde y Papá Anillo lo disponen todo, y así ha sido desde que clavaron juntas las dos primeras tablas de lo que sería la ciudad. Pero, por aquel tiempo, ninguno de ellos se llevaba bien con el otro. Y no creo que hayan terminado por hacerse amigos.

—¿El Alcalde puede ayudarnos a encontrar a Cantliss? —preguntó Lamb.

Sweet se encogió de hombros con más ímpetu aún. Si seguía así, su sombrero saldría despedido.

—El Alcalde podrá ayudaros. Siempre que vosotros podáis ayudar al Alcalde —dijo Sweet, y espoleó a su montura para regresar a donde se encontraba el resto de la caravana.

¡OH, DIOS, EL POLVO!

—**D**ESPIERTA.

—¡No! —Temple intentaba taparse la cara con los míseros harapos que le servían de manta—. ¡Por favor, Dios, no!

—Me debes ciento cincuenta y tres marcos —dijo Shy, mirándolo sin agacharse. Todas las mañanas pasaba lo mismo. Si es que se las podía llamar «mañanas». En la Compañía de la Graciosa Mano, a menos que hubiese algún botín en perspectiva, muy pocos se levantaban hasta que el sol estaba muy alto, y el notario era el último en hacerlo. Pero en la caravana las cosas marchaban de forma diferente. Por encima de Shy, las estrellas aún parpadeaban, y el cielo que las cubría apenas era una sombra menos oscura que la brea.

—¿A cuánto ascendía mi deuda original? —preguntó con voz cascada, intentando quitar de su garganta el polvo del día anterior.

—A ciento cincuenta y seis.

—¿Cómo? —Llevaba nueve días rompiéndose la espalda, destrozándose los pulmones, despellejándose las nalgas, y sólo había conseguido reducir su deuda en tres marcos. Dijeran lo que dijesen de Nicomo Cosca, aquel viejo bastardo sí que pagaba bien.

—Buckhorm te endiñó otros tres por la vaca que perdiste ayer.

—Soy como un esclavo —murmuró Temple, amargado.

—No eres ni eso. Porque a los esclavos se los puede vender —Shy lo empujó con un pie y él comenzó a levantarse, refunfuñando; se puso las botas mojadas, que eran varios números más grandes que el suyo y que sobresalían por debajo de su manta raquítica, se echó la chaqueta de cuarta mano por encima de la camisa, tiesa por el sudor que se había secado, y saltó hacia el carro de la cocina, agarrándose el trasero, que le dolía por pasarse mucho tiempo encima de la silla de montar. Aunque tuviese ganas de llorar, consiguió sobreponerse para no darle a Shy aquella

satisfacción. Cualquier cosa menos eso.

Allí se quedó, lleno de dolores y miserable, tomándose el agua fría y la carne medio cruda que habían cocinado la noche anterior. A su alrededor, los hombres se disponían a realizar las tareas del día, hablando en voz baja, mientras su aliento humeaba en el amanecer helado, del oro que los aguardaba al final del viaje, y abriendo, maravillados, unos ojos como platos, como si creyeran que en lugar de aquel metal amarillo iban a ver el secreto de su existencia grabado en las rocas de aquellos lugares nunca cartografiados.

—Te toca ir en la retaguardia —dijo Shy.

Aunque buena parte de las profesiones por las que había pasado Temple tuvieran que ver con la suciedad, el peligro y con trabajar a la desesperada, ninguna de ellas se acercaba, por su atroz mezcla de tedio, incomodidad y exiguo salario, a la de cabalgar en la retaguardia de una caravana.

—¿Otra vez? —agachó los hombros como si acabaran de decirle que aquella mañana iba a pasarla en el Infierno. Pues a eso se parecía la tarea que acababan de encomendarle.

—Qué va. Estoy de broma. Tus habilidades como abogado aún son muy demandadas. Hedges quiere que hables en su nombre con el Rey de la Unión, y Lestek ha decidido crear un nuevo país, por lo que necesita que lo aconsejen a la hora de redactar su Constitución. Y Roca Llorona quiere añadir otro codicilo a su testamento.

Seguían parados en la penumbra, con el viento que soplaba en la llanura y que se le metía por el roto que tenía cerca de una axila.

—Me iré a la retaguardia.

—Bien.

Temple estuvo tentado de suplicar, pero el orgullo le venció. Quizá suplicase a la hora de la comida. Así que recogió el montón de cuero desvencijado que le servía de silla de montar y de almohada y, cojeando, fue hacia su mula. Que, con ojos llenos de odio, vio cómo se acercaba a ella.

Había hecho todo lo posible para tratar a la mula como si fuese una compañera más en aquel desafortunado asunto, pero el animal no se daba por

aludido. Era su archienemiga, y aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentase para morderlo o cocearlo, y en una ocasión se orinó de la manera más memorable posible en aquellas botas suyas tan enormes cuando intentó montarse en ella. En aquellos momentos, subido en el recalcitrante animal, se dirigía hacia la retaguardia de la columna, mientras los carros que marchaban en cabeza comenzaban a moverse, y sus ruedas, a rechinar y a despedir polvo.

¡Oh, Dios, el polvo!

Preocupado por los Fantasmas después de que Temple se los hubiera encontrado, Dab Sweet llevó la caravana hasta una árida extensión de hierbas y zarzas agostadas por el sol, donde el polvo se levantaba sólo con mirar aquel terreno reseco. Cuanto más atrás se encontrase uno en la retaguardia, más amigo iba haciéndose del polvo, como Temple, que había pasado los últimos seis días detrás de todos ellos. La mayor parte del tiempo opacaba el sol, cubriéndolo con la lobreguez propia de una tumba, haciendo que el paisaje pareciese borroso, que los carros desaparecieran y que el ganado que estaba justo delante de él se convirtiese en una procesión de siluetas fantasmales. Todas las partes de su ser estaban resecas por el viento e impregnadas de polvo. Tenía arena entre los dientes. Y si el polvo no conseguía asfixiarle, el pestazo de los animales se encargaba de rematar la faena.

El resultado habría sido el mismo que si se hubiese estado frotando el culo con estropajo durante catorce horas seguidas mientras se tomaba un preparado de arena mezclada con mierda de vaca.

No hay duda de que hubiera debido saltar de alegría por la suerte que tenía y dar gracias a Dios por seguir vivo, pero no le era fácil mostrarse agradecido por vivir en aquel purgatorio de polvo. A fin de cuentas, la gratitud y el resentimiento son hermanos inseparables. De vez en cuando pensaba en la manera de escapar, de librarse de aquella deuda que lo sofocaba, pero no encontraba ninguna, al menos ninguna que le pareciese fácil. Rodeado por cientos de kilómetros de terreno al aire libre, se sentía como un preso encerrado en una celda. Se quejaba amargamente a quien quisiera escucharle, pero nadie le hacía caso. Leef era el jinete que estaba más cerca de él, y era evidente que aquel chico sufría los ardores de la pasión de adolescente que sentía por Shy, a la que situaba en algún lugar intermedio entre los de madre y amante, llegando a exhibir unos celos tan extremados cuando ella hablaba o reía con otro hombre que casi resultaban cómicos, lo que, por desgracia para él, sucedía frecuentemente. Pero Temple no albergaba ningún pensamiento romántico respecto a la mujer que era la primera de sus torturadores.

No obstante, tenía que reconocer que había algo singularmente interesante en aquellas maneras bruscas, rápidas y seguras que la definían, siempre moviéndose, siempre siendo la primera en acometer el trabajo y la última en dejarlo, siempre en pie mientras los demás se sentaban, siempre jugueteando con su sombrero, su cuchillo o los botones de su camisa. En ocasiones era consciente de preguntarse si su carne sería tan recia como la de aquel hombro suyo que había tocado. Como la de aquel costado suyo contra el que se había apretado. ¿Besaría tan fuerte como regateaba?

Cuando, finalmente, Sweet los llevó hasta el miserable regato de un río, se desató una estampida de animales y de personas. Los animales se apelotonaron y se subieron unos encima de otros, volviendo marrón aquella agua amarga. Los pequeños de Buckhorm chapoteaban y se divertían. Ashjid dio gracias a Dios por su munificencia, mientras su idiota asentía, chasqueaba la lengua y llenaba los barriles del agua potable. Iosiv Lestek mojaba ligeramente su pálido rostro y se dedicaba a declamar el largo fragmento de un poema pastoril. Temple encontró corriente arriba una charca y se dejó caer de espaldas en ella, sonriendo como un tonto mientras la humedad le empapaba lentamente la camisa. Sus exigencias respecto a lo que consideraba una situación placentera habían decrecido notablemente en las últimas semanas. De hecho, mientras disfrutaba mucho con el calorcillo del sol que le daba en la cara, algo lo veló sin previo aviso.

—¿Crees que te mereces que mi hija malgaste el dinero en ti? —Lamb estaba encima de él. Cuando, aquella misma mañana, Luline Buckhorm se preparaba a cortar el pelo a sus pequeños, el norteño se puso a regañadientes en la cola. Con la barba y la cabellera más cortas, parecía más grande, más fuerte, e incluso más lleno de cicatrices que antes.

—Me atrevería a decir que sacaría más dinero vendiéndome al peso, como carne.

—Yo no se lo sugeriría —dijo Lamb, pasándole una cantimplora.

—Es una mujer dura —dijo Temple, cogiéndola.

—No lo creas. Te salvó, ¿ya lo has olvidado?

—Sí, me salvó. —Tenía que admitirlo, aunque preguntándose si la muerte no habría sido preferible.

—Entonces deberías pensar que es bastante blanda, ¿no te parece?

Temple bebió a grandes tragos.

—Pero parece enfadada por algo.

—Ha sufrido muchas decepciones.

—Lo siento, pero no creo que yo pueda conseguir que las olvide. Siempre he sido un hombre tremendamente decepcionante.

—Conozco ese sentimiento. —Lamb se rascaba lentamente su menguada barba—. Pero siempre hay un mañana. Siempre es posible hacer mejor las cosas la próxima vez. Así es la vida.

—¿Por eso habéis venido los dos hasta aquí? —preguntó Temple, devolviéndole la cantimplora—.¿Para comenzar de nuevo?

Lamb entornó los ojos para mirarlo.

—¿No te lo ha dicho Shy?

—Cuando está conmigo sólo habla de mi deuda o de lo lento que soy en pagársela.

—Ya había oído que no haces las cosas muy deprisa.

—Cada marco que le quito es como si me quitara un año de vida.

Lamb se agachó junto a la corriente.

—Shy tiene dos hermanos, chico y chica. Los han... secuestrado —sumergió en el agua la cantimplora, que comenzó a soltar burbujas—. Unos bandidos que quemaron nuestra granja y mataron a un amigo nuestro. Han secuestrado a unos veinte niños para llevarlos río arriba, hasta Arruga. Los estamos siguiendo.

—¿Qué pasará cuando los encontréis?

Metió el corcho en la cantimplora, apretándolo con tanta fuerza que los nudillos llenos de cicatrices de su mano derecha se volvieron blancos.

—Lo que tenga que pasar. Prometí a su madre que guardaría sanos y salvos a sus hijos. He roto muchas promesas a lo largo de mi vida. Pero ésa la voy a

cumplir. —Respiró profundamente—. ¿Y qué te trajo a ti río abajo? Aunque nunca haya sido bueno juzgando a los hombres, creo que no das el perfil del individuo que ha decidido labrarse una vida nueva fuera de la civilización.

—Estaba huyendo. De una manera u otra, eso se ha convertido en una costumbre.

—A mí me pasa lo mismo. Vaya a donde vaya, siempre me encuentro... con el problema que intentaba dejar atrás. —Cuando le tendió una mano para que se levantara, Temple fue a cogerla, y entonces se detuvo.

—Tienes nueve dedos.

Repentinamente Lamb le estaba mirando con el ceño fruncido; ya no era el viejo lento y amistoso de hacía unos momentos.

—¿Te gusta la gente a la que le falta algún dedo?

—No, pero... creo que conozco a alguien al que sí le gusta. Me dijo que lo habían enviado a las Tierras Lejanas para encontrar a un hombre con nueve dedos.

—No creo que yo sea el único hombre en las Tierras Lejanas al que le falte un dedo.

Temple comprendió que debía medir sus palabras.

—Creo que eres el tipo de hombre al que aquel tipo de hombre podría estar buscando. Tenía un ojo de metal.

Su mirada ni se inmutó cuando dijo:

—Un hombre, al que le falta un ojo, que persigue a otro hombre al que le falta un dedo. Parece la letra de una canción. ¿Te dijo cómo se llamaba?

—Caul Escalofríos.

—¡Por los muertos! El pasado jamás se queda donde uno lo deja. —El rostro lleno de cicatrices de Lamb se retorció como si le reconcomiera la amargura.

—Entonces, ¿lo conoces?

—Sí. Lo conocí hace mucho tiempo. Ya conoces el dicho: Si, con el tiempo, la leche se vuelve amarga, las cuentas pendientes se vuelven dulces.

—Hablando de cuentas pendientes. —La sombra que acababa de pasar al lado de la de Lamb hizo que Temple bizquease. Shy volvía a estar encima de él con las manos en las caderas—. Ciento cincuenta y dos marcos. Y ocho cobres.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué no me dejaste en el río?

—Eso es lo que me pregunto cada mañana. —Le acarició la espalda con la punta de una bota—. Vamos, arriba. Majud quiere que le prepares un contrato de propiedad para unos caballos.

—¿De veras? —preguntó, mientras una chispa de esperanza aleteaba en su corazón.

—No.

—Me vuelvo a la retaguardia.

Shy hizo una mueca, se dio la vuelta y se fue.

—¿Decías que era bastante blanda? —musitó Temple.

Lamb siguió de pie y se secó las manos en la parte trasera de los pantalones.

—Dale tiempo.

EL PUENTE DE SWEET

—¿HE exagerado? —preguntó Sweet.

—Por una vez, no —respondió Corlin.

—Parece que es muy grande —musitó Lamb.

—Sin duda —añadió Shy. Aunque no fuese una persona fácilmente impresionable, tenía que reconocer que el Puente Imperial de Sictus era un espectáculo, sobre todo para aquellos que llevaban varias semanas sin ver algo parecido a un edificio. Cruzaba el ancho y tranquilo río con cinco impresionantes ojos, tan altos por encima del agua que uno apenas podía hacerse una idea de su monstruoso tamaño. El viento había desgastado las esculturas de sus pedestales carcomidos hasta convertirlas en muñones sin forma, y su sillería aparecía cubierta con cañas de flores rosadas, hiedra e incluso árboles completamente desarrollados, por no hablar de la itinerante plaga de seres humanos que lo recorrían en toda su longitud y se arracimaban en sus extremos. Incluso erosionado por el paso del tiempo, destilaba respeto y majestuosidad, como si en vez de ser una estructura creada por la ambición del hombre fuese un portento del paisaje que lo circundaba.

—Lleva en pie más de mil años —aseveró Sweet.

—Casi tantos como los que tú llevas en esa silla —dijo Shy, riéndose.

—Pues en todo ese tiempo sólo me he cambiado dos veces de pantalones.

—Algo difícil de comprobar —Lamb disentía con la cabeza.

—¿Es verdad que se cambia tan poco de pantalones?

—No se los cambia en absoluto.

—Ésta será nuestra única oportunidad de comerciar antes de llegar a Arruga —dijo Sweet—. No creo que tengamos la suerte de encontrar gente amistosa.

—La suerte es algo con lo que jamás hay que contar —dijo Lamb.

—Y menos en las Tierras Lejanas. Aseguraos de comprar lo que necesitéis, y de no comprar nada que no vayáis a usar. —Sweet miró la cómoda de madera barnizada que alguien había tirado al pie del camino, cuyas finas ensambladuras se habían hinchado a causa de la lluvia y donde una colonia de hormigas enormes había dispuesto su residencia. No dejaban de encontrar toda suerte de bienes muebles, dispersos como las maderas a la deriva en un diluvio. Objetos que a sus dueños les hubiera sido imposible abandonar cuando vivían en la civilización. Los muebles de calidad parecen menos atractivos cuando tienes que cargar con ellos—. *Nunca lleves nada que te impida nadar a la hora de meterte en un río*, solía decir el viejo Corley Ball.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Shy.

—Creo que se ahogó.

—La gente apenas hace caso de las lecciones que les da a otros —murmuró Lamb, cuya mano seguía descansando sobre el pomo de su espada.

—Tienes razón —dijo Shy, mirándole—. Bajemos por aquí, para ver si podemos seguir por la otra ribera antes de que se haga de noche. —Y se volvió, haciendo una señal a los carros para que reemprendieran la marcha.

—A este paso, no tardará mucho en tomar el mando, ¿no crees? —dijo Sweet en voz baja, pero ella lo oyó.

—No creo que sea muy grave —respondió Lamb.

La gente se arracimaba en el puente como las moscas en un cadáver, llegadas de todas partes de aquella tierra tan salvaje como ventosa para comerciar y beber, pelear y follar, reír y llorar, y hacer lo que suele hacer la gente cuando encuentra compañía después de carecer de ella durante semanas o meses, o incluso años. Había allí tramperos, cazadores y aventureros, que, aun distinguiéndose unos de otros por sus ropas selváticas y peinados, coincidían en el olor a fiera y a comida rancia. Había Fantasmas pacíficos que vendían pieles, mendigaban limosna o se tambaleaban como cubas tras beberse las ganancias. Había gente llena de esperanza que se dirigía a los campos del oro para hacerse rica de golpe, y gente amargada que tomaba el sentido contrario para olvidar el fracaso, y mercaderes, tahúres y putas que intentaban hacer fortuna a costa de los anteriormente mencionados y de sí mismos. Todo estaba tan dominado por el griterío como si el mundo fuera a

terminarse al día siguiente, mientras la gente se arremolinaba junto a los fuegos humeantes, junto a las pieles que estaban extendidas para secarse y junto a las que ya habían sido empaquetadas para el largo viaje de vuelta, las cuales servirían para que algún necio rico de Adua se hiciera un sombrero con el que dar envidia a sus vecinos.

—¡Dab Sweet! —exclamó con voz gutural un individuo que tenía una barba tan larga como una alfombra.

—¡Dab Sweet! —dijo una mujer delgada que despellejaba la carcasa de un animal cinco veces mayor que su tamaño.

—¡Dab Sweet! —dijo con voz cascada un viejo medio desnudo que quemaba los marcos de unas puertas, y el viejo explorador asentía, saludando a todos y cada uno de ellos cuando pasaba a su lado, dando la impresión de que conocía a la mitad de los habitantes de las llanuras.

Los emprendedores comerciantes habían cubierto sus carros con telas vistosas para convertirlos en puestos, y forrado los escudos imperiales de la Carretera Imperial que conducía al puente, de suerte que aquello parecía un bazar dominado por los gritos que anunciaban el importe de las mercancías, las quejas del ganado y el tintineo de los productos y de las monedas de todas las regiones. Una mujer con gafas se sentaba detrás de un mostrador fabricado con una puerta vieja en el que descansaban varias cabezas resecas. El cartel dispuesto encima decía: *Se compran y se venden cráneos de Fantasmas*. Comida, armas, ropas, caballos, recambios de piezas de carros y cualquier tipo de cosas que sirvieran para mantenerse con vida en las Tierras Lejanas se vendían a cinco veces su valor. Las preciadas posesiones abandonadas por los ingenuos colonos, que iban desde obras de arte hasta cuberterías y cristales de ventanas, eran compradas por los oportunistas más astutos a precios irrisorios, para luego ser vendidas muchísimo más caras.

—Creo que haríamos un buen negocio trayendo espadas y llevándonos muebles —musitó Shy.

—Siempre tienes buen ojo a la hora de hacer negocios —dijo Corlin, mirándola de soslayo. En cualquier adversidad no podrás encontrar una cabeza más tranquila que la de una mujer, porque durante el resto del tiempo parece querer estar al tanto de todo.

—Los negocios no van a ir en tu busca —repuso Shy, ladeándose en la silla

cuando una cagada de pájaro se estrelló en la calzada cerca de su caballo. Había una muchedumbre de pájaros por todas partes, graznando y gorjeando, volando en círculos muy altos, formando hileras en las cuerdas, peleándose a picotazos en los montones de desperdicios, recorriendo el suelo para robar las miguitas que les daban y las que no, dejándolo todo, el puente, las tiendas e incluso a buena parte de las personas, adornado y pringado con sus deyecciones grises.

—¡Necesitarán uno de éstos! —decía un comerciante, dirigiéndose a ellos tras agarrar por el cogote a un gato macho que no parecía muy contento y apechugar con él a Shy, mientras, desde un montón de jaulas apiladas una encima de otras, otros especímenes roñosos la miraban con esa cara tan triste que sólo consigue un largo confinamiento en ellas—. ¡Arruga está llena de ratas tan grandes como caballos!

—¡Entonces debería ofrecernos gatos más grandes! —replicó Corlin, y luego, dirigiéndose a Shy, añadió—: ¿Dónde está tu esclavo?

—Ayudando a Buckhorm a conducir el ganado en medio de este desastre, creo. Y no es mi esclavo —puntualizó, muy enfadada. Parecía sentirse obligada a defender de los demás al hombre a quien ella misma había estado atacando.

—De acuerdo, pues entonces será tu puto.

—Tampoco lo es, al menos por lo que yo sé. —Shy enarcó las cejas al ver un espécimen de aquello de lo que estaban hablando, que, con la camisa abierta hasta la barriga, husmeaba entre los grasientos faldones de una tienda—. Aunque suele decir con cierta frecuencia que ha tenido muchas profesiones...

—A lo mejor quiere volver, precisamente, a ésa. Es la única que le permitiría saldar de una vez la deuda que tiene contigo.

—Ya veremos —dijo Shy. Pero comenzaba a pensar que Temple no había sido una buena inversión. Le pagaría aquella deuda aunque tuviera que tenerlo trabajando hasta el Día del Juicio, eso si no se moría antes, lo que le parecía lo más probable, o encontraba a otro necio que le ayudara a escapar amparado en la oscuridad, lo que parecía mucho más probable. Hasta entonces, siempre había estado llamando «cobarde» a Lamb. Pero, al menos, él nunca se asustaba por tener que trabajar. Por lo que podía recordar, jamás se había quejado. Temple apenas podía abrir la boca sin quejarse de las putadas que para él suponían el polvo, el clima, la deuda o tener el culo dolorido.

—Ya te daré yo culo dolorido —dijo para sí—, bastardo inútil...

Calma. ¿Qué puede esperar una de un hombre al que ha pescado en el agua? ¿Que sea un héroe?

En cada extremo del puente había dos torres que antaño debían de haber servido para vigilar su entrada. Las que estaban más cerca se habían desmoronado a muy poca altura, de suerte que las piedras que las conformaban aparecían diseminadas por el suelo y cubiertas de musgo. Podía ver entre ambas una puerta improvisada... una obra de carpintería de pésima calidad, y eso que ella había hecho más de una chapuza con maderas... Veía tablas de carros viejos, cajas y toneles, sujetos con clavos recogidos de la basura, e incluso una rueda, clavada en su parte frontal. Un chico, encaramado en el fragmento de columna que quedaba a uno de sus lados, amenazaba a la multitud con la expresión más belicosa que Shy jamás hubiera visto.

—¡Clientes, papá! —exclamó cuando Lamb, Sweet y Shy se acercaron a ellos y los carros de la caravana se juntaron a causa de la muchedumbre, para luego seguir moviéndose.

—Ya los veo, hijo. Buen trabajo. —Quien hablaba era un hombre enorme, más grande incluso que Lamb, cuya barba alborotada tenía el color del jengibre. Lo acompañaba un individuo fibroso que tenía las mejillas más abultadas que nadie hubiera visto jamás, el cual llevaba un yelmo que sólo hubiese entrado en una cabeza de pómulos pequeños. Parecía una taza de té encasquetada en el extremo de una maza. Otro tipo notable se exhibía en lo alto de una de las torres, con un arco en la mano. Barbarroja salió al centro de la torre sin apuntarles directamente con la lanza, pero tampoco apuntando ésta hacia otro sitio.

—Este puente es nuestro —dijo.

—Impresionante —Lamb se quitó el sombrero para secarse la frente—, nunca os habría atribuido una obra de esta magnitud.

Barbarroja enarcó una ceja, sin tenerlas todas consigo de que no le estuviera insultando.

—Nosotros no lo construimos.

—¡Pero es nuestro! —exclamó Pomulitos, como si por decirlo a gritos acabara por ser suyo.

—¡So idiota! —añadió el chico desde su columna.

—¿Quién dice que es vuestro?

—¿Y quién dice que no lo es? —respondió Pomulitos—. El derecho de posesión se convierte en ley.

Shy miró hacia atrás, pero Temple seguía con el ganado.

—*Uh*. Cuando necesitas a un maldito abogado, nunca lo tienes a mano...

—Si queréis cruzar, tendréis que pagar el peaje. Una persona, un marco; un animal, dos; un carro, tres.

—¡Sí! —dijo el chico, con un gruñido.

—Qué faena —Sweet movía la cabeza a uno y otro lado como si le molestase tanta suciedad—, cobrar a un hombre justo para fastidiarle cuando está tranquilo.

—Hay gente que saca provecho de cualquier cosa. —Temple acababa de llegar a lomos de su mula. Se pasó un trapo por la cara ennegrecida y las líneas de polvo amarillo que rodeaban sus ojos, las cuales le daban cierta apariencia de payaso, y exhibió una sonrisa deslavada con la que quería dar a entender a Shy que le estaba haciendo un regalo.

—Ciento cuarenta y cuatro marcos —dijo ella, sintiéndose un poco mejor cuando Temple borró aquella sonrisa de su rostro.

—Creo que hubiéramos debido llamar a Majud —dijo Sweet—. Voy a ver si hacemos una colecta para pagar el peaje.

—Quédate aquí —dijo Shy, haciendo un gesto con la mano—. Esta entrada no parece gran cosa. Creo que incluso yo podría echarla al suelo a patadas.

Barbarroja plantó la contera de su lanza en el suelo y la miró con cara de pocos amigos.

—Tú, mujer, ¿quieres intentarlo?

—¡Inténtalo, zorra! —exclamó el chico, cuya voz ya comenzaba a ponerle a Shy de los nervios.

Ella enseñó las palmas de sus manos, diciendo:

—No queremos hacer ningún tipo de violencia, pero los Fantasmas han dejado de ser pacíficos desde hace algún tiempo. He oído... —respiró profundamente y dejó que el silencio hiciese su trabajo— que Sangeed ha vuelto a pintarrajearse la cara.

—¿Sangeed? —Barbarroja parecía nervioso.

—El mismo. —Con la mente ya despejada, Temple comenzó a desarrollar el plan que acababa de pergeñar—. Una caravana de cincuenta personas fue masacrada a menos de un día de viaje de este sitio. —Abrió unos ojos como platos y se pasó los dedos por las orejas—. No les dejaron ni una oreja.

—Nosotros lo vimos —apostilló Sweet.

—Yo me puse enfermo —dijo Lamb.

—Él se puso enfermo —repitió Shy—. Tal y como están las cosas, me gustaría tener una puerta decente para refugiarme detrás de ella. ¿La que está al otro lado del puente es tan mala como ésta?

—No hay puertas al otro lado... —comenzó a decir el chico antes de que Barbarroja le cerrase la boca con una mirada envenenada.

Pero el daño ya estaba hecho. Shy tomó aire.

—Bueno, pues no hay más que decir. Es vuestro puente. Pero...

—¿Qué? —Pomulitos no la dejó terminar.

—Da la casualidad de que llevamos con nosotros a un hombre llamado Abram Majud, que, entre otras cosas, es un magnífico herrero.

Barbarroja lanzó un bufido.

—¿Y también se ha traído la fragua?

—Pues claro que sí —respondió Shy—. Una fragua portátil de la marca patentada Cursnbick.

—¿La mar..., qué?

—Una creación tan maravillosa de la era moderna como tu puente lo es de la antigua —dijo Temple con mucha seriedad.

—En doce horas —dijo Shy— habrá puesto tan gran cantidad de planchas, cerrojos y goznes en ambos extremos de este puente que hará falta todo un ejército para atravesarlo.

Barbarroja se relamió y miró a Pomulitos, que acababa de imitarle.

—De acuerdo. La mitad de la tarifa si nos arregláis las puertas...

—Gratis o nada.

—Media tarifa —Barbarroja rezongaba.

—¡Zorra! —añadió su hijo.

Shy entornó los ojos para mirarlo.

—¿Qué te parece, Sweet?

—Me parece que ya nos han robado antes, aunque éstos, al menos, no llevan antifaces y...

—¿Sweet? —El tono de voz de Barbarroja acababa de pasar de la intimidación a la lisonja—. ¿Eres Dab Sweet, el explorador?

—¿El que mató al oso pardo? —preguntó Pomulitos.

Sweet se irguió en la silla de montar.

—A ese cabrón peludo le retorcí la cabeza con estos mismos dedos.

—¿Él? —decía el chico—. ¡Pero si es un jodido enano!

Su padre le obligó a callar con un gesto.

—A nadie le importa si es alto o no. Dime, ¿podemos ponerle tu nombre al puente? —Y movió una mano por el aire, como si ya viera escrito su nombre—. Lo llamaríamos *El Puente de Sweet*.

El célebre explorador estaba muy perplejo.

—Lleva aquí mil años, amigo. No creo que nadie vaya a creerse que yo lo construí.

—Pero sí que creerán que tú pasaste por él. Cada vez que tengas que cruzar este río, pasarás por aquí.

—Pasaré por el camino que mejor me convenga según el momento. Creo que sería un guía malísimo si no pudiera cruzarlo por otros sitios, ¿no te parece?

—¡Pero nosotros diremos que siempre vienes por aquí!

—A mí me sigue pareciendo un disparate —Sweet suspiró—, pero supongo que sólo es un nombre.

—Suele cobrar quinientos marcos en concepto de derechos —apuntó Shy.

—¿Cómo? —dijo Barbarroja.

—¿Cómo? —dijo Sweet.

—¿Y por qué no? —dijo Temple, que seguía estando al loro—. Un fabricante de bizcochos de Adua le paga mil marcos anuales sólo por estampar su retrato en la caja.

—¿Cómo? —dijo Pomulitos.

—¿Cómo? —dijo Sweet.

—Pero —proseguía Shy—, teniendo en cuenta que vamos a usar su puente...

—... y que es una maravilla de la era antigua... —apuntó Temple.

—... os haremos un precio de saldo. Sólo ciento cincuenta. Nuestra caravana cruza gratis y vosotros le ponéis su nombre al puente. ¿Qué os parece?

Aunque Pomulitos parecía encantado, pensando en el beneficio que podían sacar, Barbarroja seguía dudando.

—Si os pagamos lo que decís, ¿qué os impedirá venderle su nombre a

cualquiera de los puentes, vados y trasbordadores que existen en las Tierras Lejanas?

—Podemos hacer un contrato completamente legal y estampar nuestras firmas en él.

—¿Un con... trato? —Apenas podía pronunciar aquella palabra, por lo poco familiar que le parecía—. ¿Y dónde diablos vais a encontrar un abogado por estos sitios?

Shy le dio una palmada en el hombro a Temple, que le obsequió con una mueca que ella le devolvió, diciendo:

—¡Tenemos la inmensa fortuna de viajar con el mejor abogado que se encuentra al oeste de Starikland!

—Pues a mí me parece un puto mendigo —dijo el chico, rezongando.

—Las apariencias engañan —apostilló Lamb.

—Lo mismo que los abogados —dijo Sweet—. Es casi una costumbre para esos bastardos.

—Puede redactar los papeles —dijo Shy—. Sólo costarán veinticinco marcos más. —Se escupió en la mano sana y la tendió.

—Entonces, de acuerdo. —Barbarroja sonrió entre dientes, escupió en su mano y estrechó con ella la de Shy.

—¿En qué idioma debo redactar los documentos? —preguntó Temple.

Barbarroja miró a Pomulitos y se encogió de hombros.

—En el que quieras. Ninguno de nosotros sabe leer —confesó, y se dieron la vuelta para ir a abrir la entrada.

—Ciento diecinueve marcos —dijo Temple, hablándole al oído a Shy; luego, aprovechando que nadie le miraba, llevó su mula hacia delante, se puso de pie en los estribos y empujó al chico, quitándolo del sitio en el que estaba encaramado y haciéndolo caer encima del barro que cubría los alrededores de la entrada—. Mis más humildes disculpas —dijo—, no sabía que estabas ahí.

Y no mentía, pues no podía haberlo visto en aquella posición. Shy no tardó en descubrir que la estima que sentía por Temple acababa de aumentar considerablemente.

SUEÑOS

HEDGES odiaba a la gente de aquella caravana. Al bastardo moreno y apestoso de Majud, al cabrón tartamudo de Buckhorm, al viejo farsante de Sweet y todas sus absurdas reglas. Reglas que decían cuándo comer y hacer un alto, qué beber, dónde cagar y de qué tamaño podía ser el perro que podías llevar. Era peor que estar en el maldito Ejército. Le pasaba algo raro con el Ejército: si cuando estaba en él no veía la hora de abandonarlo, en cuanto lo dejó, no tardó en echarlo de menos.

Parpadeó al masajearse la pierna, justo en las partes en que sentía dolor. No consiguió ningún alivio, porque el dolor siempre estaba ahí, riéndose de él. Diablos, le ponía enfermo. Si hubiera sabido que la herida iba a curar tan mal, nunca se la habría hecho con aquel cuchillo mientras pensaba, al ver que el batallón entero cargaba tras el capullo de Tunny, que él era el más listo de todos. Una pequeña herida en la pierna era mucho mejor que otra mayor en el corazón, ¿o no? Si no hubiera sido porque el enemigo había abandonado el muro la noche anterior, con el resultado de que quienes cargaron no corrieron ningún peligro, aquel razonamiento habría sido correcto. Porque, al finalizar la batalla y comprobarse que la única baja sufrida era él, lo expulsaron del Ejército. Sin más perspectivas que las que le ofrecía su pierna sana. Las desgracias siempre le habían perseguido.

Pero, a fin de cuentas, la caravana no estaba tan mal. Miró hacia un lado y vio a Shy Sur, que cabalgaba cerca del ganado. Aunque no fuera precisamente una belleza, aquella chica tenía algo, porque nada parecía importarle, con esa camisa suya mojada por el sudor que se le pegaba al cuerpo para que uno pudiera hacerse una idea del cuerpo que tenía... y que, por lo que él podía ver, no parecía estar nada mal. Siempre le habían gustado las mujeres decididas. Tampoco era una gandula, siempre atareada, haciendo algo. Si no hubiera sido por ese capullo de Temple, ese comedor de especias, ese cabrón moreno que era un inútil y con el que siempre se reía, ella se le habría acercado y él le habría dado algo de lo que reírse.

Hedges volvió a masajearse la pierna, se sentó en la silla y escupió. La chica estaba muy bien, pero los demás eran unos bastardos, o, al menos, la mayoría. Su mirada fue a parar a Savian, que daba botes en su carro, sentado al lado de su furcia

burlona, que siempre levantaba la barbilla como si fuera más que nadie, en general, y que Hedges, en particular. Volvió a escupir. Como escupir era gratis, escupía siempre que le apetecía.

La gente hablaba de él y le miraba, y cuando se pasaban la botella unos a otros, a él nunca le llegaba. Pero tenía ojos, y oídos, y había visto al tal Savian en Rostod después de la masacre, dando órdenes como si fuera el mandamás, y quizá también a aquella furcia de sobrina suya, tan malencarada, y escuchado el nombre de «Conthus». Lo había escuchado en voz baja mientras los rebeldes agachaban la cabeza y miraban hacia el suelo ensangrentado como si se tratara del mismísimo Euz. Como había visto lo que había visto, y oído lo que había oído, estaba seguro de que aquel viejo bastardo no era como ninguno de aquellos vagabundos que soñaban con encontrar oro. Sus sueños eran más sangrientos. Era el peor de los rebeldes, y nadie lo sabía. Y aunque siguiera allí sentado como si nada, supo que él, Hedges, tendría la última palabra en aquel asunto. Aunque sólo hubiese conocido la desgracia, podía olfatear una buena oportunidad en cuanto se le presentaba. Sólo era cuestión de encontrar el momento de convertir su secreto en oro.

Mientras tanto, a esperar, a sonreír y a pensar en lo mucho que odiaba a ese cabrón tartamudo de Buckhorm.

Sabía que era una pérdida de energía que no le beneficiaba, pero había ocasiones en que Raynault Buckhorm odiaba a su caballo. A su caballo, su silla de montar, su cantimplora, sus botas, su sombrero y su cara llena de arrugas, aun sabiendo que su vida dependía de todo aquello. Había muchas maneras de morir en las Tierras Lejanas, todas ellas espectaculares: despellejado por un Fantasma, alcanzado por un rayo, arrastrado por una corriente. Pero también había otras maneras de morir de lo más anodinas: el caballo puede matarte; la silla de montar, si se le rompen las cinchas, puede matarte; la serpiente que pisas descalzo puede matarte. Sabía que no solía ocurrir, porque todos aquellos a quienes se lo comentaba movían la cabeza a uno y otro lado y cloqueaban como si estuviese loco. Pero escuchar es una cosa, y vivir, otra. El trabajo, la manera chanchullera en que se lo repartían y el clima eran un asco. El sol te quemaba, la lluvia te fastidiaba, y el viento siempre te raspaba la cara, cruzando las llanuras para perderse a lo lejos.

En ocasiones contemplaba la vacuidad que tanto le atormentaba, preguntándose si alguien habría pasado por aquel sitio. Sólo con pensarlo, la cabeza le daba vueltas. ¿Hasta dónde habían llegado? ¿Cuánto les faltaba para terminar

aquel viaje? ¿Qué pasaría si Sweet no regresaba de una de aquellas cabalgadas suyas de tres días? ¿Podrían encontrar sin él el camino en medio de aquel mar de hierba?

Tenía que parecer preocupado, pero también alegre y fuerte. Como Lamb. Miró de soslayo al poderoso norteño, que acababa de sacar el carro de Lord Ingelstad de un bache. Buckhorm ni se había molestado, y eso que con todos sus hijos apenas le hubiera costado mucho esfuerzo; pero Lamb se limitó a encogerse de hombros y a empujar sin decir ni una palabra. Aunque, por lo menos, tenía diez años más que Buckhorm, parecía estar tallado en roca, nunca se cansaba, nunca se quejaba. La gente ponía a Buckhorm como el ejemplo a seguir, por lo que, si él se ablandaba, todos podrían hacer lo mismo y entonces ¿qué pasaría?

También miró a su mujer, que abandonando la columna con paso cansino iba con otras mujeres a recoger agua. Le pareció que no era feliz y que sólo suponía para él una carga pesada y una molestia. Y no creyó que todo lo sucedido le beneficiase. En Hormring, donde vivía con cierta felicidad, pensaba que el hombre debe dar a su mujer y a sus hijos aquello de lo que carecen, la posibilidad de conseguir un futuro mejor. Bueno, pues allí, en el Oeste, veía adónde habían ido a parar sus buenas intenciones. No sabía qué hacer para conseguir que fuese feliz. ¿No cumplía todas las noches con sus deberes maritales, por más que estuviera cansado o hastiado de hacerlo?

En ocasiones le entraban ganas de preguntarle: «¿Qué quieres?». Y cuando tenía aquella pregunta en la punta de la lengua, le volvía la maldita tartamudez y entonces no conseguía formularla. Le hubiera gustado bajarse del carro y caminar un rato con ella, como antes solían hacer, pero entonces, ¿quién se habría encargado de llevar el ganado? ¿Temple? Musitó una risotada amarga al pensarlo y miró al abogado. Era uno de esos individuos que piensan que el mundo les debe un favor. Uno de esos hombres que vuelan de un desastre a otro como una mariposa, dejando que otros arreglen el estropicio. Ni siquiera se concentraba en la tarea por la que le pagaban, porque sólo le importaba seguir montado en su mula, haciendo el payaso con Shy Sur. Al observar a aquella extraña pareja, Buckhorm ladeó la cabeza a uno y otro lado. Era evidente que ella era mucho más hombre que él.

Luline Buckhorm ocupó su sitio en el corro, mirando cuidadosamente hacia fuera.

Su carro seguía parado, y así seguiría a menos que ella intentase moverlo con la mente, mientras sus hijos mayores se pegaban para coger las riendas, propagando el ruido de sus necias disputas por toda la extensión de hierba.

En ocasiones odiaba a sus hijos, con sus gemidos, sus mataduras y sus interminables necesidades, tan acuciantes para ellos como agobiantes para ella. *¿Cuándo paramos? ¿Cuándo comemos? ¿Cuándo llegaremos a Arruga?* La impaciencia de todos ellos era difícil de sobrellevar, porque se juntaba con la suya. Todos estaban desesperados por las ganas de encontrar algo que consiguiera romper la interminable monotonía del paisaje. Tan liso, tan interminablemente liso, aunque ella sintiera que ya habían comenzado a subir hacia las colinas, porque el carro se inclinaba cada día más.

Escuchó a Lady Ingelstad bajarse las faldas y luego sintió el empujón que acababa de darle al ponerse a su lado. Las Tierras Lejanas eran como la Gran Niveladora. Aquella mujer, que ni siquiera se hubiera dignado mirarla en la civilización y cuyo marido, por muy idiota que fuese, se había sentado en el Consejo Abierto de la Unión, en aquellos momentos se ponía a su lado para mear. Sisbet Peg ocupaba su lugar en medio del corro para despatarrarse encima del cubo, a cubierto de las miradas curiosas. Apenas tenía más de dieciséis años, pues era una recién casada que aún quería a su marido y que explicaba la manera en que él satisfacía todas sus necesidades, bendita ella.

Como Luline pilló al baboso de Hedges fisgando mientras pasaba por allí a lomos de su mula sarnosa, le miró ceñuda mientras juntaba uno de sus hombros con el correspondiente de Lady Ingelstad y ponía sus brazos en jarras para parecer más grande, o tan grande como podía, asegurándose de que lo único que viera fuese su mirada de desaprobación. Entonces Raynault llegó al trote, interponiéndose entre las mujeres y Hedges para hablar un momento con este último.

—Tu marido es un buen hombre —dijo Lady Ingelstad en tono de aprobación—. Siempre puedes fiarte de él para hacer las cosas decentemente.

—Puedes apostar por eso —repuso Luline, asegurándose de que su voz sonara con el orgullo que le correspondía a una esposa.

En ocasiones odiaba a su marido por su desconocimiento de todo lo que hacía, algo que a ella le resultaba agobiante, y por sus prejuicios, no menos agobiantes, respecto a lo que tenía que ver con las tareas del hombre y de la mujer.

Como si poner una valla de listones para luego emborracharse fuera un trabajo pesado, y tener que cuidar día y noche de un hatajo de niños pequeños viniese a ser algo gratificante y divertido. Cuando alzó la mirada al cielo, vio una bandada de aves que volaban a mucha altura, adoptando una formación en forma de flecha, y tuvo ganas de volar a su lado. ¿Cuántos pasos había dado ella al lado de aquel carro, casi sin fuerzas para andar?

Le gustaba vivir en Hormring, donde tenía buenas amistades y una casa en la que hubiera podido ver cómo pasaban los años. Pero nadie le preguntó qué sueños tenía, oh, no, como si ella hubiera estado deseando vender su cómodo sillón y el cálido fuego de su casa para echar a correr tras los sueños de su marido, a quien en aquel momento su montura llevaba al trote hasta la cabecera de la columna para hablar con Majud de algo que señalaba con el dedo. Los grandes hombres siempre tienen que discutir sus grandes sueños.

¿No se le había pasado por la cabeza a su marido que ella pudiese querer ir en un carro, sentir la frescura del viento, sonreír a aquella vasta extensión, reunir el ganado, estudiar el itinerario, hablar en las reuniones, mientras él caminaba penosamente junto a su quejumbroso carro, cambiaba los pañales llenos de mierda del más pequeño, gritaba a los tres mayores que dejaran de chillar, y que le dejaran los pezones en carne viva cada hora o cada dos, mientras preparaba una buena cena para luego cumplir todas las malditas noches con sus deberes conyugales?

Era una tontería. A él jamás se le había pasado por la cabeza nada de eso. Pero, aunque a ella sí se le hubiera pasado, porque ya estaba harta, siempre surgía algo que le obligaba a refrenar la lengua, como si le entrase un ataque de tartamudez, de manera que se encogía de hombros y se callaba, resignada.

—¿Habéis visto eso? —preguntó en voz baja Lady Ingelstad. Shy Sur acababa de bajar del caballo a menos de una docena de pasos de la columna para, luego de agacharse entre la frondosa hierba y quedar oculta por la sombra de su montura, morder las riendas con los dientes, bajarse los pantalones hasta los tobillos, enseñar un carrillo de su pálido trasero y, finalmente, echar una meada.

—Increíble —comentó alguien en voz baja.

Luego se subió los pantalones, agitó amistosamente la mano, se abrochó el cinturón, escupió las riendas que tenía en la boca, las agarró con una mano y se subió en la silla. Todo aquel asunto apenas había durado nada, y ella lo había llevado a cabo exactamente cuándo y cómo quería. Luline Buckhorm observó,

ceñuda, los rostros de las mujeres del corro, las cuales, sin dejar de mirar hacia fuera del mismo, no veían llegar el momento de usar el cubo.

—¿Hay alguna razón por la que no podamos hacer lo mismo que ella? —musitó.

Lady Ingelstad le dedicó una mirada de pocos amigos, diciendo:

—¡Pues claro que la hay! —Todas veían irse a Shy Sur, que a voz en grito le decía algo a Sweet que tenía que ver con juntar más los carros—. Aunque en este momento debo confesar que no podría decir cuál.

Un agudo chillido procedente de la columna y proferido por la mayor de sus hijas hizo que a Luline casi se le saliese el corazón del pecho. Se tambaleó, presa del pánico, hasta que comprobó que los niños volvían a pelearse en la carreta, gritando y riéndose.

—No te preocupes —dijo Lady Ingelstad, dándole una palmadita en la mano cuando ella ocupó su sitio en el corro—. Todo está bien.

—Hay tantos peligros ahí fuera —Luline respiró profundamente para que el corazón le latiera más despacio— que muchas cosas pueden salir mal. —En ocasiones odiaba a su familia, y en otras, el amor que les tenía le producía dolor. Probablemente se tratara de un rompecabezas difícil de resolver.

—Tu turno —decía Lady Ingelstad.

—De acuerdo —Luline comenzó por remangarse la ropa mientras el corro se cerraba a su alrededor. Maldición, ¿por qué resultaba siempre tan complicado el simple hecho de orinar?

El famoso Iosiv Lestek gruñía mientras hacía fuerza, para finalmente soltar unas pocas gotitas más en la lata.

—Sí... sí...

Entonces el carro dio un salto, las cacerolas y las cajas tintinearon y su polla chocó contra el borde de la lata, de suerte que, cuando todo volvió a la normalidad, aquella efímera alegría que sentía desapareció.

—¿Por qué sufrirá el hombre la maldición de la edad? —murmuró, repitiendo la última frase de *La muerte del mendigo*. ¡Oh, qué gran silencio se había hecho después de pronunciar él aquellas palabras, cuando estaba en su mejor momento! ¡Oh, qué aplauso siguió después! ¡Qué tremenda ovación! Y en el momento presente, ¿qué? Mientras su compañía hacía una gira por las provincias de las Tierras del Medio, él se había imaginado en una tierra salvaje, sin tener idea de a qué podría parecerse. Miró por la ventana la interminable hierba y observó unas ruinas, fragmentos olvidados del Imperio que llevaban así desde incontables años. Columnas rotas, muros cubiertos de hierba. Muchas de ellas aparecían dispersas por aquella parte de las Tierras Lejanas. Reliquias de una era desaparecida hacía siglos. Eso es lo que eran.

Recordaba con tremenda nostalgia aquella época de su vida en la que solía llenar un cubo cada vez que orinaba. Cuando orinaba como una manguera sin darle importancia, para luego subir al escenario y asolearse con la luz de aquellas lámparas de aceite de ballena que daban tan buen olor, para suscitar los suspiros de la audiencia, para disfrutar de los febriles aplausos. La fea pareja de pequeños trolls, dramaturgo y empresario, le suplicaban que siguiera, siguiera y siguiera, ofreciéndole cada vez más, pero él no se dignaba contestarles, ebrio de poder. ¡Había sido invitado a Agriont para pisar el escenario del palacio antes incluso que Su Augusta Majestad y que el Consejo Cerrado! Había interpretado el papel del Primero de los Magos delante del Primero de los Magos... ¿cuántos actores podían decir lo mismo? Había pisado un pavimento de críticos abyectos, de competidores arruinados, de adoradores entusiastas, y todos ellos se habían dado cuenta de que estaban bajo sus pies. El fracaso no era para él.

Y entonces se le aflojaron primero las rodillas, luego las tripas, después la vejiga y, finalmente, la audiencia. Con una sonrisa de afectación, el dramaturgo sugiere que otro actor más joven encabece el reparto... aunque él seguirá teniendo un papel importante mientras no le abandonen las fuerzas, claro está. Vacilar por el escenario, tartamudear al interpretar el personaje, sudar bajo la luz de las apestosas lámparas. Luego, con otra sonrisa de afectación, el autor sugiere que no puede seguir trabajando con él. Qué colaboración tan magnífica han mantenido, cuántos años ha durado, qué críticas, cuánta audiencia... Pero ya es hora de que ambos busquen nuevos éxitos, de que persigan nuevos sueños...

—¡Oh, traición, tu malsano rostro muest...!

El carro volvió a traquetear, de suerte que las míseras gotas que tan a duras penas había cosechado en la última hora abandonaron la lata para caer en su mano.

Casi no se dio cuenta. Se restregó la sudorosa mandíbula. Necesitaba un afeitado. ¿Acaso no estaba llevando la cultura a aquella desolación? Cogió la carta de Camling y la leyó una vez más, pero en voz baja, para sí. Aunque el tal Camling tuviese un estilo excesivamente florido, era agradablemente abyecto en su elogio y en su apreciación, en las promesas que le hacía de dispensarle un trato esmerado, en su deseo de dar una representación en el antiguo anfiteatro imperial de Arruga que hiciese época. Una representación que se recordaría durante eras. ¡Una fantasía de carácter cultural!

Iosiv Lestek no estaba acabado. ¡Eso no era para él! La redención podía llegarle en el lugar más insospechado. Y ya había pasado algo de tiempo desde la última vez que había sufrido alucinaciones. Lestek dejó la carta y, con mucho valor, volvió a cogerse la polla, mirando cómo aquellas ruinas pasaban lentamente ante la ventana.

—Mi representación definitiva está por llegar... —dijo con un gruñido, mientras apretaba los dientes al echar unas cuantas gotas más dentro de la lata.

—Me preguntó cómo será —decía Sallit, mirando anhelante aquel carro de colores chillones que llevaba escritas en uno de sus costados con letras doradas las palabras *El Famoso Iosiv Lestek*. O al menos eso era lo que le había dicho Luline Buckhorm, porque ella no sabía leer.

—¿Cómo será qué? —preguntó Goldy, dando un ligero tirón de las riendas.

—Ser actor. Subir al escenario ante un público y todo eso. —Ya había visto a varios actores una vez que fue al teatro con sus padres. Antes de que murieran. Por supuesto. Pero, aunque no fueran grandes actores de ciudad, estuvo aplaudiendo hasta que le dolieron las manos.

Goldy tocó el mechón de cabellos que salía por debajo del desgastado sombrero con el que Sallit se cubría.

—¿Acaso no interpretas un papel cada vez que estás con un cliente?

—No es lo mismo.

—Pues no es muy diferente, aunque el público sea mucho más reducido. —Escuchaban cómo, en la parte trasera del carro, Najis atendía entre

gemidos a uno de los primos mayores de Gentili—. Si te gusta, a lo mejor es que tienes cualidades para hacer teatro. —Al menos, parecía que iba a acabar pronto. No estaba mal.

—Nunca he pensado que valiera para fingir —murmuró Sallit. Tampoco pensaba que le gustase. Cuando lo hacía, intentaba pensar que no había nadie.

—No me refería a follar. De veras. —Goldy siempre estaba cerca de ella. Era condenadamente realista. A Sallit le habría gustado ser también realista. Quizá pudiera serlo en aquel sitio—. Sólo tienes que tratarlos como si fueran personas. Eso es lo que quieren todos, ¿o no?

—Supongo. —A Sallit le hubiera gustado que la tratasen como si fuera una persona, no una cosa. Cuando la gente la miraba, sólo veía en ella a una puta. Se preguntó si había alguien de la caravana que supiera cómo se llamaba. Les importaba menos que el ganado y le tenían menos consideración que a un animal. ¿Qué habrían dicho sus padres si hubieran llegado a enterarse de que era una puta? Pero como estaban muertos, ya no podían hablar, como ella, que ya no sabía qué decir. Le pareció que su caso era peor que el de sus padres.

—Sólo es una manera de ganarse la vida. Así es como tienes que enfocarlo. Eres joven, amor. Ya tendrás tiempo de preocuparte. —Una perra en celo corría junto a la columna, seguida por una esperanzada manada de doce o más perros de toda forma y color—. Ábrete al mundo —dijo Goldy, viéndolos pasar—. Ponte a trabajar y serás rica. Lo suficientemente rica para retirarte a tiempo. Ése es el sueño.

—¿Lo es? —A Sallit le parecía un sueño más bien mediocre. Por no decir el peor de los sueños.

—Ahora no hay mucho trabajo, es cierto; pero espera a llegar a Arruga, y ya verás como entra el dinero. Lanklan sabe lo que se hace, así que no te apures.

Todos querían llegar a Arruga. En cuanto se despertaban, hablaban de la ruta a tomar, le pedían a Sweet que les dijera cuántos kilómetros habían recorrido y cuántos les quedaban, y se ponían a contarlos como si fueran los días de una larga condena. Pero a Sallit le asustaba aquel sitio. En ocasiones, a Lanklan le brillaban los ojos al pensar en todos los hombres solitarios que tenía que haber allí y al decirles que tendrían cincuenta clientes diarios, lo cual era algo para pensárselo. Y a Sallit eso le parecía el Infierno. En ocasiones no le caía bien Lanklan, por más que Goldy afirmase que así era como tenía que comportarse un alcahuete.

Los gemidos de Najis llegaban a un clímax que era difícil de ignorar.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Sallit en un afán de tapar con la conversación aquel gemido.

Goldy miró el horizonte y frunció el ceño.

—Aún mucha tierra y un montón de ríos.

—Es lo mismo que dijiste hace semanas.

—Entonces decía la verdad, lo mismo que ahora. No te preocupes, amor. Dab Sweet nos llevará hasta allí.

Sallit deseó que no los llevase hasta allí. Que el viejo explorador los llevase, describiendo un gran círculo, de vuelta a Nueva Keln, donde su padre y su madre la recibirían con una sonrisa junto a la puerta de su vieja casa. Eso era lo que quería. Pero ellos habían muerto por las fiebres, y allí, en medio de aquella desolación vacía, no había lugar para los sueños. Respiró profundamente para no llorar, que era lo que hacía cuando veía llorar a las demás.

—Por lo que he oído, el viejo Dab Sweet —Goldy tiró de las riendas y chasqueó la lengua para que lo oyeran los bueyes— no se ha perdido nunca.

—Entonces no nos hemos perdido —decía Roca Llorona.

Sweet apartó la mirada del jinete que se dirigía hacia ellos y la miró de soslayo. Ella, que se había subido encima de uno de los muros derruidos, dejando el sol a la espalda, balanceaba una pierna. Al quitarse la vieja bandera con la que se cubría la cabeza, su larga cabellera plateada, en la que persistían algunas hebras doradas, se agitó al viento.

—¿Cuándo me he confundido de camino?

Roca Llorona hizo una mueca de dolor. Durante aquel viaje sólo había tenido que orientarse dos veces de noche con el astrolabio para trazar un itinerario correcto. Aquel instrumento, que en el transcurso de los años le sería condenadamente útil, se lo había ganado jugando a las cartas a un capitán retirado. En ocasiones aquellas llanuras se parecían al mar. Sólo le faltaba el cielo, la línea del

horizonte y los quejidos del maldito cargamento. Un hombre necesita hacer una o dos trampas para mantener viva su leyenda.

¿El oso pardo? Lo había matado con una lanza, no con sus propias manos, y el animal era viejo, lento y en absoluto enorme. Pero era un oso, y él lo había matado. ¿Por qué no se habían dado todos por satisfechos con su muerte? *¡Dab Sweet ha matado a un oso!* Pero no, tenían que magnificar lo sucedido cada vez que lo contaban —que lo había matado con sus propias manos, salvando a una mujer de aquella fiera, y luego no había sido un oso, sino tres—, hasta que él mismo se sintió incómodo con toda aquella historia. Se apoyó en una columna rota y se cruzó de brazos, porque acababa de ver que aquel jinete que llegaba al galope montaba a pelo, sin silla, a la manera de los Fantasmas. Entonces sintió una sensación muy, pero que muy desagradable, en las tripas.

—¿Qué me convierte en un individuo tan cojonudamente admirable? —preguntó en voz baja—. No será mi porte.

—*Uh* —dijo Roca Llorona.

—En toda mi vida jamás tuve una motivación sublime.

—*Uh.*

Hubo un tiempo en que, al escuchar las historias de Dab Sweet, se metía los pulgares en el cinto, levantaba la barbilla y se engañaba a sí mismo, pensando que su vida era tal y como la contaban. Pero a medida que los años le iban desgastando y él iba a menos, las historias iban a más, hasta convertirse en las hazañas de un hombre al que nunca había conocido y al que nunca habría querido imitar. En ocasiones, cuando aquellas historias le traían el recuerdo de combates tan salvajes como enloquecidos, o de momentos ya caducos en los que había pasado hambre y frío, meneaba la cabeza y se preguntaba qué maldita alquimia era capaz de transmutar aquellos episodios, motivados por la más dura necesidad, en las más nobles de las aventuras.

—¿Y qué saqué yo de todo eso? —preguntó en voz alta—. De un montón de historias que la gente escuchaba diciendo «sí» con la cabeza. Nada que sirviera para jubilarme. Sólo una silla desgastada y cargar con un saco lleno con las mentiras de otros.

—*Uh* —dijo Roca Llorona, como si él sólo estuviera siguiendo el orden natural de todas las cosas.

—No es justo. No es nada justo.

—¿Y por qué iba a serlo?

Asintió con un gruñido. No es que se estuviera haciendo viejo. Sino que era un *viejo*. Las piernas le dolían al despertarse, y el pecho le dolía cuando se acostaba, y el frío le agarraba con fuerza; y cuando pensaba en los días que ya quedaban atrás, comprobaba cuánto excedían en número a los que le aguardaban. Había comenzado a preguntarse cuántas noches más podría dormir a la intemperie bajo el implacable cielo, a pesar de que muchos hombres aún le mirasen con reverencia como si él fuese el gran Juvens, pensando que, si llegaban a encontrarse con un problema real, él invocaría una tormenta para que se durmiesen con los truenos, o desmontaría a los Fantasmas con los relámpagos que lanzaría por el culo. Pero no sólo no tenía relámpagos, sino que en más de una ocasión, cuando, después de hablar con Majud y de hacer el papel de sabelotodo-que-nunca-se-escaquea mucho mejor de lo que hubiera podido hacerlo el propio Iosiv Lestek, montaba en su caballo, las manos le temblaban, sus ojos se ofuscaban, y él le decía a Roca Llorona: «Estoy desanimado». Y ella se limitaba a asentir, como si él sólo estuviera siguiendo el orden natural de todas las cosas.

—Hubo un tiempo en que fui alguien, ¿verdad? —preguntó con un murmullo.

—Aún lo eres —respondió Roca Llorona.

—¿Entonces?

El jinete tiró de las riendas a pocos pasos de ellos, mirando ceñudo a Sweet, a Roca Llorona y las ruinas donde le esperaban, tan suspicaz como un venado espectral. Luego pasó una pierna por encima de la silla y bajó de ella.

—Dab Sweet —dijo el Fantasma.

—Locway —dijo Sweet. Tenía que ser él. Era de las nuevas generaciones, gente resentida a la que todo le parecía mal—. ¿Por qué no ha venido Sangeed?

—Puedes hablar conmigo.

—Puedo, pero, ¿por qué debería hablar contigo?

Locway se enfadó y puso la cara de enfado que siempre suelen poner los

jóvenes. Era muy posible que Sweet hubiera sido de joven como él. O quizá mucho peor, pero ya no tenía el cuerpo para ir de gallito. Así que agitó una mano como para quitarle importancia a lo sucedido.

—De acuerdo, de acuerdo, hablaremos.

Tomó aliento sin conseguir quitarse de encima aquella sensación desagradable. Aunque llevaba planeando aquello durante mucho tiempo, sopesando todas las probabilidades antes de acometerlo, cada paso que daba en su consecución le suponía mucho esfuerzo.

—Pues habla —dijo Locway.

—Estoy guiando a una caravana que se encuentra al sur, a un día al galope. Tienen dinero.

—Entonces lo cogeremos —dijo Locway.

—Haréis lo que yo os diga que hagáis, y punto —dijo Sweet de muy malos modos—. Dile a Sangeed que vaya al lugar que acordamos. Les daréis un susto de mil demonios. Sólo tenéis que aparecer como si fueseis a atacarlos al viejo estilo, dando unas cuantas vueltas alrededor, gritando mucho y lanzando una o dos flechas, y ellos os darán el dinero. Todo con mucha calma, ¿has entendido?

—Sí —dijo Locway, pero Sweet tenía sus dudas respecto a lo que para él podía significar hacer las cosas con mucha calma.

Así que se acercó al Fantasma, metió los pulgares por el cinturón de la espada, le miró a la cara, echó la mandíbula hacia delante y dijo:

—Sin matar a nadie, ¿has oído? Fácil y sencillo, y todo el mundo soltará la pasta. La mitad para vosotros y la otra para mí. Díselo a Sangeed.

—Lo haré —dijo Locway, sosteniéndole la mirada a modo de desafío. Sweet tuvo la desagradable tentación de acuchillarle y mandar al infierno todo el asunto. Pero el sentido común prevaleció en él—. ¿Qué tienes que decir de esto? —Locway miraba a Roca Llorona.

Ella le devolvió la mirada, con su cabellera ondeando bajo la brisa y aquella pierna suya que no dejaba de moverse. Como si no se hubiese dirigido a ella. Incluso Sweet se rió por lo bajo.

—¿Te estás riendo de mí, hombrecillo? —le espetó Locway.

—Pues sí, me estoy riendo, y te miro a ti —respondió Sweet—. Saca las conclusiones que quieras. Y ahora lárgate y dile a Sangeed lo que te he dicho.

Miró preocupado a Locway durante un buen rato, viendo cómo él y su caballo se convertían bajo el atardecer en una pequeña mancha negra, y pensando que casi con toda seguridad aquel episodio no entraría a formar parte de la leyenda de Dab Sweet. La sensación desagradable era peor que antes. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Acaso estaba condenado a guiar para siempre una caravana tras otra?

—Así tendré algo para jubilarme —musitó—. No creo que sea pedir demasiado.

Bizqueó al mirar a Roca Llorona, que había vuelto a cubrir su cabellera con aquella bandera arrugada. Aunque la mayoría de los hombres no hubiesen sido capaces de verla, él, que la conocía desde hacía muchos años, sí que vio la decepción pintada en su rostro. Aunque quizá fuese la suya, que se reflejaba en ella como en un estanque de aguas en reposo.

—Nunca he sido un puñetero héroe —le espetó—. Digan lo que digan.

Ella se limitó a asentir como si aquél fuera el orden natural de todas las cosas.

La Gente acampaba alrededor de las ruinas donde Sangeed, aprovechando la articulación del brazo caído de una estatua colosal, había levantado su alta morada. Nadie sabía dónde había estado la estatua original. Un dios antiguo, muerto y desaparecido en el pasado, con quien, según el parecer de Locway, la Gente no tardaría en reunirse.

El campamento estaba en calma, pues las tiendas no eran muchas y los hombres se iban lejos para cazar. En los ganchos sólo quedaban tiras de carne seca. Las lanzaderas de las mujeres que tejían las mantas tintineaban y chasqueaban, partiendo el tiempo en intervalos desagradables. Como hacían ellos, que habían dominado las llanuras. Tejiendo sus miserables recursos y robando todo el dinero que podían para comprar las cosas que hubieran debido ser suyas a quienes las habían destruido.

Las motas negras en la piel habían aparecido durante el invierno para

llevarse consigo a la mitad de los niños entre gemidos y sudores. Aunque quemaron las tiendas de los enfermos y dibujaron los círculos sagrados en la tierra, para luego pronunciar las palabras apropiadas, todo había seguido igual. El mundo estaba cambiando, y los viejos rituales habían perdido su poder. Los niños seguían muriendo, las mujeres cavando y los hombres llorando, y Locway era el que más lloraba de todos ellos.

Sangeed le puso una mano encima del hombro y dijo:

—No tengo miedo por mí, pues lo he tenido durante mucho tiempo. Temo por ti y por los jóvenes que vendrán cuando muera, porque verán el fin de las cosas. —Locway también tenía miedo. En ocasiones le parecía que toda su vida era puro miedo. ¿Cómo podía seguir siendo un guerrero sintiendo lo que sentía?

Dejó el caballo y atravesó el campamento. Habían sacado de la tienda a Sangeed, que apoyaba los brazos en los hombros de sus dos fuertes hijas. Su espíritu lo abandonaba poco a poco. Cada mañana quedaba menos de él, pues su poderoso cuerpo, ante el que antaño el mundo había temblado, apenas era un cascarón.

—¿Qué ha dicho Sweet? —preguntó casi en un susurro.

—Que se acerca una caravana y que nos pagarán. No me fío de él.

—Ha sido uno de los amigos de la Gente. —Una de sus hijas limpió la saliva que brotaba por una de las comisuras de aquella boca suya ya sin fuerza—. Lo necesitamos. —Y se quedó dormido.

—Iremos a su encuentro —dijo Locway, que temía lo que pudiera suceder.

Tenía miedo por su hijo pequeño, que sólo tres noches antes había reído por primera vez, convirtiéndose por ello en uno más de la Gente. Hubiera debido ser un momento de alegría, pero Locway sólo sintió miedo. ¿En qué tipo de mundo acababa de nacer? Los rebaños y manadas de la Gente, fuertes y numerosos cuando él era joven, menguaban a causa de todos los que llegaban para robarlos, y los excelentes pastos quedaban agostados por las caravanas que pasaban, y sus animales eran cazados por deporte, de suerte que la Gente tenía que dispersarse y ganarse la vida de un modo vergonzoso. Antes, el futuro le parecía tan bueno como el pasado. Pero en aquellos momentos el pasado le parecía un sitio mejor, pues el futuro estaba lleno de miedo y de muerte.

La Gente no desaparecería sin antes luchar. Por eso mismo, Locway se sentó junto a su esposa y su hijo cuando las estrellas comenzaron a mostrarse, y soñó con un mañana mejor que nunca llegaría.

LA CÓLERA DE DIOS

—¡NO me gusta nada el aspecto de esa nube! —exclamó Leef, apartándose del rostro los cabellos que el viento le echaba hacia atrás.

—Si hay nubes en el Infierno —musitó Temple—, serán como ella. —En el horizonte acababa de formarse una montaña que tenía el color de los nubarrones, una torre oscura que parecía cubrir el mismísimo cielo, convirtiendo el sol en un débil tizón y pintando el cielo con unos extraños colores de guerra. Cada vez que Temple la observaba, parecía estar más cerca. Aquellas Tierras Lejanas no ofrecían ningún refugio donde guarecerse... ¿no acabarían finalmente por quedar bajo su sombra? Y, ¿adónde iría aquella nube, sino a situarse encima justo de él? La nube parecía ejercer ese magnetismo sobrenatural propio de las cosas muy peligrosas.

—¡Que enciendan fuegos y que todo el mundo se meta en los carros! —exclamó, como si unas cuantas tablas y lonas pudieran convertirse en una protección segura contra la inminente furia del cielo. El viento no les ayudaba. Tampoco el granizo que comenzó a caer poco después. Ni la lluvia que lo siguió, fustigándolos por todas partes y metiéndose por dentro de la raída chaqueta de Temple, que se sintió como si no llevase nada encima. Maldiciendo, intentó proteger el pequeño montón de boñigas secas que llevaba, las cuales, en sus manos mojadas, recobraron rápidamente la fragancia de su estado original mientras él se peleaba con un palo encendido.

—¿Verdad que no resulta muy divertido hacer fuego con mierda mojada? —le preguntó Leef a voz en cuello.

—¡He tenido trabajos mejores! —respondió Temple, aún sin dejar de pensar que la sensación de futilidad y desgana que le embargaba en aquel instante la había sentido en todos ellos.

Oyó un ruido de cascos de caballo y vio a Shy balanceándose en la silla de montar, con el sombrero calado en la cabeza. Estaba cerca, gritando para vencer el viento que soplaba cada vez con más fuerza; Temple se distrajo un instante por culpa de su camisa, la cual, pegada a su pecho a causa de la lluvia, tenía un botón desabrochado que dejaba ver un triángulo de piel tostada justo debajo de su

garganta, otro más pálido alrededor de él, las finas líneas de sus clavículas, que destellaban tenuemente, y, quizá, un asomo de...

—Te lo pregunto una vez más, ¿dónde está el rebaño? —decía ella, gritándole a la cara.

—Eh... —Temple agitó un pulgar por encima de sus hombros—. ¡Quizá medio kilómetro más atrás!

—La tormenta estará poniendo nerviosos a los animales. —Leef entornaba los ojos a causa del viento, ¿o quizá estaba mirando a Shy?

—A Buckhorm le preocupaba que pudieran dispersarse. Nos envió para que encendiéramos unos cuantos fuegos alrededor del campamento. —Temple señaló la medialuna formada por los nueve o diez fuegos que habían podido encender antes de que comenzase a llover—. ¡Mejor sería reunirlos a todos antes de que se asusten! —Pero, aunque lo intentaba, no parecía capaz de pastorear un rebaño de corderos. El viento ya era muy fuerte, pues aspiraba el humo de los fuegos para dispersarlo por la llanura, y azotaba la hierba crecida, lanzando sus empenachadas semillas en olas y espirales—. ¿Dónde está Sweet?

—Nadie lo sabe. Tendremos que salir de ésta por nuestra cuenta. —Le tiró de la chaqueta, que estaba empapada—. ¡No enciendas más fuegos! ¡Hay que volver a los carros!

Los tres avanzaron penosamente bajo la lluvia que los azotaba, lacerados y abofeteados por las rachas de viento, Shy llevando de la brida a su nervioso caballo. Una extraña oscuridad se había adueñado de la llanura, tanta que apenas vieron los carros hasta que chocaron contra ellos, mientras los demás tiraban desesperadamente de los bueyes o intentaban hacerse con los aterrados caballos y el ganado, y se peleaban con los chaquetones o las pieles enceradas con los que se habían cubierto, a los que el viento convertía en unos tenaces adversarios.

Ashjid estaba en medio del campamento, con los ojos abultados por el fervor, los nervudos brazos alzados al cielo que chorreaba y el idiota de la caravana arrodillado a sus pies como la escultura de un profeta martirizado.

—¡No se puede huir del Cielo! —decía él con voz chirriante y moviendo los dedos—. ¡No es posible ocultarse de Dios! ¡Dios siempre está mirando!

A Temple le pareció que era de ese tipo de sacerdotes que son muy

peligrosos... porque realmente creen en lo que dicen.

—¿Ha caído usted en la cuenta de que Dios es muy bueno mirando —preguntó Temple— pero muy malo a la hora de ayudar?

—Tenemos preocupaciones mayores que ese necio y su idiota —le espetó Shy—. ¡Hay que juntar los carros... porque, si el ganado pasa entre ellos, no sé qué sucederá!

La lluvia formaba cortinas de agua. Temple estaba tan empapado como si se hubiese metido en una bañera. Se le ocurrió pensar que era el primer baño en varias semanas. Observó que Corlin, con los dientes apretados y la cabellera pegada al cráneo, se peleaba con unas cuerdas para bajar la lona que se había enredado. Lamb estaba a su lado, apoyando uno de sus pesados hombros contra un carro y tirando como si pudiera moverlo él solo. Y lo movió, aunque sólo un poco. Entonces, dos suljuks que parecían muy sucios saltaron a su lado, de suerte que consiguieron moverlo entre los tres. Como Luline Buckhorm estaba subiendo a sus hijos a un carro, Temple acudió en su ayuda, apartándose el pelo de los ojos.

—¡Arrepentíos! —decía Ashjid con su voz chillona—. ¡No es una tormenta, sino la cólera de Dios!

Savian le agarró por su túnica raída.

—Es una tormenta. ¡Sigue hablando y yo te enseñaré cómo es la cólera de Dios! —dijo, tirando al suelo al anciano.

—Hay que... —Shy siguió hablando, pero el viento le robó las palabras. Dio un codazo a Temple, que fue tras ella a trompicones, en lo que, aunque apenas sólo eran unos pasos, le parecieron varios kilómetros. Estaba tan oscuro como si hubiese anochecido, y el agua le bajaba por la cara mientras él tiritaba de frío y de miedo, moviendo las manos sin poder parar. Cuando se volvió, el pánico y las ganas de echar a correr se apoderaron súbitamente de él.

¿Adónde habían ido a parar los carros? ¿Dónde estaba Shy?

Como un fuego al que aún le quedaban unas cuantas brasas lanzaba una lluvia de chispas en la oscuridad, se dirigió a duras penas hacia él. El viento regresó como si fuera una puerta que acabaran de cerrar de golpe, así que siguió avanzando, agarrándose a él como el borracho que agarra a otro borracho. De repente, como si fuese más marrullero que Temple, el viento cambió de dirección, pillándolo

desprevenido, y lo envió a rodar por el suelo, arrastrándolo por la hierba mientras los chillidos dementes de Ashjid, que pedía a Dios que golpease a quienes no creían en Él, resonaban en sus oídos.

Le pareció una barbaridad. Porque, una de dos, o se es creyente o no se es. ¿No es cierto?

Se arrastró con manos y piernas sin atreverse a levantarse, no fuera a ser que saliera volando para luego caer en algún lugar lejano donde sus huesos acabarían blanqueándose en una tierra jamás hollada por seres humanos. Un relámpago hendió la oscuridad, las gotas de lluvia se convirtieron en rayas de tiza congelada y los carros se perfilaron de blanco, lo mismo que las siluetas de la gente, como si quisieran dibujar una escena demencial. Luego todo volvió a sumirse en una oscuridad azotada por la lluvia.

Un instante después un trueno rugió y reverberó, convirtiendo las rodillas de Temple en gelatina y estremeciendo a la mismísima tierra. Pero, cuando su estruendo finalizó, un sonido parecido al de mil tambores creció en intensidad, pues era evidente que el suelo temblaba. Entonces Temple comprendió que no se trataba de truenos, sino de cascos de animales. De cientos de cascos de animales que golpeaban el suelo, los del ganado que había enloquecido a causa de la tormenta, de muchas docenas de toneladas de carne que se disponían a chocar contra él en aquel sitio donde permanecía arrodillado e indefenso. Otro relámpago. Entonces, como si la oscuridad tiñera de maldad lo que veía, le pareció ver un único animal que, armado con cientos de cuernos ensangrentados, cargaba contra él, una masa enfurecida que cruzaba la llanura en su dirección.

—¡Oh, Dios! —susurró, seguro ya, por muy astuto que siempre hubiera sido, de que el helado abrazo de la Muerte acababa de alcanzarle—. ¡Oh, Dios!

—¡Ven, jodido idiota!

Algo le agarró y, al caer otro relámpago, vio el rostro de Shy, sin sombrero, con los cabellos pegados y los labios apretados como muestra de su tenaz determinación. Y entonces se sintió más contento que nunca por el hecho de que le insultaran. Caminó a duras penas pegada a ella, mientras el viento los zarandeaba y golpeaba como si fueran dos corchos en medio de una inundación, y la lluvia daba paso a un aguacero de proporciones divinas —como el descrito en aquella fábula en la que Dios castiga con un diluvio la arrogancia de la vieja Sippot— y el atronar de los cascos en movimiento se fundía con los truenos del airado cielo para crear una

terrorífica algarabía.

Dos relámpagos que se produjeron al mismo tiempo iluminaron la parte trasera de un carro cuya lona se abría y cerraba violentamente, bajo la cual apareció el rostro de Leef, quien, con los ojos muy abiertos, lanzaba palabras animosas que el viento estrangulaba mientras él alargaba con fuerza un brazo.

Entonces, aquella mano se cerró alrededor de la de Temple, que fue arrastrado al interior del carro. Otro relámpago le permitió divisar a Luline Buckhorm y a varios de sus hijos, acurrucados entre los sacos y los barriles, junto a dos de las putas y uno de los primos de Gentili, todos tan mojados como si acabasen de nadar. Shy se deslizó en el carro cuando Leef la cogió por debajo de los brazos, mientras un auténtico diluvio pasaba alrededor de las ruedas. Entre todos pusieron la lona en su sitio.

Temple fue hacia atrás, hacia la parte del carro que estaba tan oscura como la pez, y alguien se apoyó en él. Podía escuchar la respiración de alguien. Quizá fuera Shy, o Leef, o incluso el primo de Gentili. Apenas le importaba quién fuese.

—Por los dientes de Dios —musitó—, alguno podría salir fuera...

Nadie le contestó. Porque no había nada que decir, o quizá porque todos estaban demasiado cansados para decir nada, o por el ganado que pasaba junto a ellos o el granizo que tamborileaba en la lona mojada dispuesta justo encima de sus cabezas.

Era fácil ver cuál era el camino que había seguido el ganado... un sendero de barro pisoteado que bordeaba la parte derecha del campamento y que relucía en aquella mañana húmeda, contrastando con los cadáveres de las vacas pisoteadas que se encontraban diseminados por él.

—Creo que la buena gente de Arruga tendrá que esperar un poco más para contemplar la obra de Dios —comentó Corlin.

—Eso parece. —Shy lo había tomado en un principio por un montón de harapos mojados. Pero al agacharse junto a él, vio un trozo de tela negra que se agitaba al viento junto a un brocado blanco. Entonces reconoció las vestiduras de Ashjid. Se quitó el sombrero. Le pareció que era la única muestra de respeto que podía ofrecerle.

—No ha quedado mucho de él.

—Supongo que es lo que queda cuando varios cientos de cabezas de ganado le pasan a uno por encima.

—Recuérdame que no lo intente. —Shy permaneció en pie mientras se encasquetaba el sombrero en la cabeza—. Creo que hay que ir a contárselo a los demás.

En el campamento había mucha actividad, pues todos reemplazaban lo que se había llevado la tormenta y recogían lo que había sido dispersado. Como algunas cabezas de ganado podían haber recorrido para entonces varios kilómetros, Leef y unos cuantos hombres salieron para juntarlas. Lamb, Savian, Majud y Temple se afanaban en reparar un carro que el viento había arrastrado hasta una zanja. Bueno, Lamb y Savian lo levantaban mientras Majud reparaba el eje con ayuda de unas tenazas y un martillo. Temple sujetaba los clavos.

—¿Todo va bien? —preguntó cuando las dos mujeres se les acercaron.

—Ashjid ha muerto —dijo Shy.

—¿Muerto? —preguntó Lamb con un bufido, bajando el carro hasta el suelo y dando una palmada.

—Definitivamente, sí —dijo Corlin—. El ganado le pasó por encima.

—Le dije que se apartara —dijo Savian, rezongando. Aquel hombre era todo un dechado de sentimientos.

—¿Y quién rezará ahora por nosotros? —Majud parecía incluso preocupado.

—¿Necesitas rezar por algo? —preguntó Shy—. No te había tomado por un hombre piadoso.

El comerciante se pasó una mano por la barbilla.

—Aunque crea que el Cielo sólo se encuentra en el fondo de una bolsa repleta... la verdad es me había acostumbrado a rezar todas las mañanas.

—Y yo —añadió Buckhorm, que acababa de llegar con dos de sus hijos para sumarse a la conversación.

—Bueno —musitó Temple—, por lo que veo, hizo unas cuantas conversiones.

—¡Eh, abogado! —decía Shy—. ¿Entre la lista de tus anteriores profesiones no estaba la de sacerdote?

Temple parpadeó mientras se inclinaba para hablar despacio.

—Sí. Pero de todos los episodios vergonzantes de mi pasado, quizá sea ése el que más me avergüenza.

Shy se encogió de hombros cuando le dijo:

—Bueno, siempre te quedará un sitio tras el ganado, si eso es lo que te gusta.

Temple se lo pensó durante un instante y luego dijo a Majud:

—En el transcurso de varios años fue instruido personalmente por Kahdia, Alto Haddish del Gran Templo de Dagoska y orador y teólogo de fama mundial.

—*Uh*... —Buckhorm se echó el sombrero hacia atrás con uno de sus largos dedos—. Ah... bueno, ¿pero sabes rezar o no?

Temple suspiró.

—Sí, sí, claro que sé —y añadió en voz baja para que sólo Shy lo escuchara—: Serán las oraciones que un sacerdote incrédulo dirija a una congregación incrédula, formada por una docena de naciones que muestran su incredulidad por lo que creen las demás.

Shy se encogió de hombros y dijo:

—Ahora estamos en las Tierras Lejanas. Supongo que la gente necesitará algo nuevo en lo que creer —y, mirando a los demás, añadió—: ¡Él rezará para todos vosotros las oraciones más cojonudas que jamás hayáis escuchado! ¿Acaso no se llama Temple? ¿No os parece un apellido bastante religioso?

Majud y Buckhorm intercambiaron unas miradas cargadas de escepticismo.

—Si un profeta puede aparecer como llovido del cielo, supongo que otro puede llegar flotando por un río.

—No es que las opciones nos lluevan... precisamente.

—Pues las opciones, precisamente, no —dijo Lamb, que no dejaba de mirar el cielo.

—¿Y cuáles serían mis emolumentos? —preguntó Temple.

—A Ashjid no le pagábamos ninguno —Majud frunció el ceño.

—Ashjid sólo se preocupaba de Dios. Pero yo tengo que preocuparme de mí.

—Por no hablar de tus deudas —añadió Shy.

—Por no hablar de ellas. —Temple echó a Majud una mirada llena de reprobación—. Además, dejaste bien claro lo caritativo que eras cuando no quisiste ayudar a un hombre que se estaba ahogando.

—Te aseguro que soy tan caritativo como el que más, pero siempre tengo que tener en cuenta la opinión de mi socio Curnsbick, que es bastante agarrado. Él nunca me lo habría permitido.

—Eso es lo que siempre nos dices de él.

—Y, además, no te estabas ahogando. Sólo estabas mojado.

—Pero uno siempre debe ser caritativo con los que están mojados.

—Y tú no lo fuiste —añadió Shy.

Majud disentía con la cabeza cuando dijo:

—Vosotros dos seríais capaces de venderle ojos de cristal a un ciego.

—Pues algo parecido es rezar para un villano —Temple contraatacaba, moviendo las pestañas como un beato.

El comerciante se pasó una mano por la calva.

—De acuerdo. Pero no suelo comprar nada sin antes ver una muestra de lo que compro. Quiero que reces ahora mismo y, si la oración me convence, te pagaré por ella y por las que reces todas las mañanas. Espero que así puedas pagar tus

numerosas deudas.

—Pues sí que lo son. —Shy se inclinó hacia Temple—. Querías dejar de cabalgar en la retaguardia, pues aquí lo tienes. Échale un poco de alma, abogado.

—De acuerdo —repuso Temple, añadiendo—: Pero si soy el nuevo sacerdote, necesitaré las botas del viejo. —Se subió, gateando, a uno de los carros mientras la improvisada congregación formaba una medialuna bastante desordenada. Para sorpresa de Shy, casi la mitad de la caravana se había acercado a verlo, porque, suponía ella, nada mueve a rezar tanto a la gente como la muerte, y la demostración que Dios había dado de su ira la noche anterior acababa de aumentar la audiencia. Todos los suljuks estaban presentes. También la espigada Lady Ingelstad, movida por la curiosidad, y Gentili, con su vieja familia, y Buckhorm, con la suya, más reciente. Y la mayoría de las putas, acompañadas por su chulo, aunque Shy sospechase que lo que le movía era la necesidad de vigilar el género, y no el amor que pudiese albergar hacia el Todopoderoso.

Se hizo el silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por el ruido que Hedges hacía con su cuchillo al despellejar el ganado muerto en la estampida, que no había que desaprovechar, y el que Savian hacía con una pala al enterrar los restos del anterior consejero espiritual de la caravana. Sin las botas. Temple juntó las manos y, humildemente, volvió su rostro hacia el cielo. Para entonces de azul claro, sin signo alguno de la cólera que lo había fustigado la noche anterior.

—Señor...

—¡Ha estado muy cerca! —En aquel momento, el viejo Dab Sweet llegaba al galope, agarrando las riendas con dos dedos—. ¡Buenos días, mis valientes compañeros!

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Majud.

—Explorando. Para eso me pagáis, ¿o no?

—Te pagamos para eso y para que nos aconsejes cuando haya una tormenta.

—No puedo aconsejar a nadie cuando me encuentro a muchos kilómetros. Estábamos muy al este —dijo, señalando con el pulgar por encima de su hombro.

—Muy al este —repitió como un eco Roca Llorona, que, sin saber cómo, había entrado silenciosamente en el campamento por el extremo opuesto.

—Siguiendo un posible rastro de los Fantasmas, para evitaros sorpresas desagradables.

—¿Un rastro de los Fantasmas? —preguntó Temple con cara de aprensión.

Sweet levantó una mano para tranquilizarlos a todos.

—Aún no tenéis por qué cagaros en los calzones. Estamos en las Tierras Lejanas, por donde siempre merodean los Fantasmas. La pregunta es quiénes y cuántos son. Nos preocupaba que ese rastro pudiera ser de la gente de Sangeed.

—¿Y? —preguntó Corlin.

—La tormenta nos alcanzó antes de que consiguiéramos descubrir algo. Sólo pudimos buscar una roca para guarecernos y esperar a que pasara.

—Ah, *uh* —dijo Roca Llorona, presumiblemente para apoyarle.

—Tenía que haber estado aquí —Lord Ingelstad no estaba de acuerdo con lo sucedido.

—No es posible estar en dos sitios a la vez, Excelencia. Así que guárdese sus quejas. Ya sé que los exploradores siempre tienen la culpa. Todos saben hacer las cosas mejor que nadie, hasta que nos llaman para preguntarnos cómo se pueden hacer. Suponíamos que en toda la caravana habría los suficientes corazones aguerridos y las cabezas juiciosas necesarias para salir del paso, sin contar con la de Vuestra Excelencia. —Sweet cubrió su labio superior con el inferior mientras miraba, asintiendo, el empapado campamento y a sus ocupantes llenos de barro—. Se perdieron muy pocas cabezas de ganado para lo fuerte que fue la tormenta. Hubiera podido ser mucho peor.

—¿Quieres que baje? —preguntó Temple.

—Por mí no lo hagas. Pero, dime: ¿Qué haces ahí arriba?

—Se disponía a comenzar la oración de la mañana —dijo Shy.

—¿Él? ¿Qué le ha pasado a ese que habla con Dios? No recuerdo cómo se llama.

—La noche anterior, el ganado le pasó por encima —dijo Corlin, sin darle

mayor importancia.

—Me lo había imaginado. —Sweet metió una mano en las alforjas y sacó una botella medio llena—. Bueno. Te toca, abogado. —Y se echó un largo trago.

Temple suspiró, mirando a Shy. Ella se encogió de hombros y dijo, moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido:

—Comienza.

Él volvió a suspirar y alzó la mirada al cielo.

—Señor —dijo, volviendo a donde lo había dejado—, por razones que sólo Tú conoces, decidiste poner a mucha gente mala en el mundo. Personas que preferirían robar lo que fuese antes que conseguirlo por sí mismas. Que preferirían romper lo que fuese antes que verlo prosperar. Personas a las que les gustaría quemar lo que fuese sólo para ver cómo arde. Lo sé. Porque yo mismo me crucé con algunas de ellas. Cabalgué con ellas —Temple bajó la mirada durante un instante—. Supongo que fui una de ellas.

—¡Oh, qué bueno es! —musitó Sweet, pasándole la botella a Shy. Ella se echó un trago, asegurándose de que no fuese muy largo.

—Quizá esas personas parezcan monstruos. —Temple subía y bajaba el tono de su voz y movía las manos, juntándolas y separándolas, para luego señalar con ellas de una manera que Shy tuvo que reconocer que resultaba muy convincente—. Pero lo cierto es que no hay que recurrir a la brujería para conseguir que un hombre haga cosas malas. Malas compañías. Malas decisiones. Mala suerte. Y sólo la cobardía que es usual entre todos los seres humanos. —Shy le enseñó la botella a Lamb, pero éste estaba tan absorto en el sermón que ni se fijó. Corlin la cogió en su lugar.

»Pero hoy, congregadas en este sitio, buscando humildemente tu bendición, se encuentran unas personas muy diferentes. —La verdad era que, desde que el rebaño había comenzado a aumentar, no se diferenciaban mucho unas de otras—. Por supuesto que no son perfectas. Y que no se hallan libres de culpa. Unas no practican la caridad —y Temple miró duramente a Majud—. Otras sienten inclinación por la bebida. —Corlin se detuvo con la botella a medio camino de la boca—. Y algunas se muestran ligeramente tacañas. —Su mirada recayó entonces en Shy, y hay que decir que ella se sintió ligeramente avergonzada durante un instante, como si hubiera hecho algo malo.

»¡Pero todas y cada una de estas personas han venido hasta aquí para conseguir algo! —Una ola de asentimiento recorrió la caravana entera, mientras las cabezas se mecían de atrás adelante como si asintieran—. ¡Todas y cada una de ellas han elegido tomar el camino difícil! ¡El buen camino! —La verdad es que era bueno. Shy apenas podía creer que aquel hombre, cuyas palabras parecían brotar de su corazón como si procedieran de Dios, fuese el mismo que se quejaba diez veces al día a causa del polvo—. ¡Para arrostrar los peligros de la desolación y así construir una vida nueva con la fuerza de sus manos, de su sudor y de su meritorio esfuerzo! —Temple abría los brazos como si quisiera abarcar a todos los allí reunidos—. ¡Son gente buena, oh, Dios! ¡Son tus hijos, dispuestos a cualquier esfuerzo, llenos de esperanza y de ganas de perseverar! ¡Alza tu escudo para protegerlos de la tormenta! ¡Y guíalos en las adversidades de este día y de todos los demás!

—¡Hurra! —exclamó el idiota, que comenzaba a saltar y a dar puñetazos al aire como si acabara de entregar toda su fe al nuevo profeta, riendo, haciendo cabriolas y gritando—: ¡Gente buena, gente buena! —hasta que Corlin lo agarró para que se callara.

—Hablas muy bien —dijo Lamb, mientras Temple bajaba del carro dando un salto—. Por los muertos, hablas pero que muy bien.

—Si me lo permites, diré que hablo mucho mejor que cualquier otra persona.

—Bueno, seguro que ahora dirás que te creías lo que estabas diciendo —dijo Shy.

—Si te pasas unos cuantos días cabalgando en la retaguardia, estás preparado para creer en lo que sea.

La gente de la caravana se marchaba para realizar sus tareas matutinas. Mientras se iban, dos personas le dieron las gracias a Temple. Majud seguía sin moverse, apretando los labios mientras valoraba el sermón.

—¿Convencido? —le preguntó Shy.

El comerciante echó mano de su bolsa, un acontecimiento casi milagroso, y sacó de ella lo que parecía ser una moneda de dos marcos, diciéndole a Temple:

—Al parecer, se te dan bien las oraciones. Por aquí tienen más demanda que las leyes. —Y lanzó la moneda al aire, que destelló al girar bajo el sol de la mañana.

Temple apretó los dientes mientras intentaba cogerla.

Pero Shy la atrapó antes de que cayera.

—Ciento doce —dijo.

GENTE PRÁCTICA

—**M**E debes...

—Ciento dos marcos —dijo Temple, dándose la vuelta. Ya estaba despierto. Había comenzado a despertarse poco antes de la aurora y abría los ojos.

—Así es. Levántate. Te buscan.

—Siempre ha sido así con las mujeres. Es una maldición.

—Seguro que para ellas.

Temple suspiró mientras comenzaba a bajar la manta. Se sentía un poco cansado, pero se le pasaría. El trabajo le estaba matando. Pensó en los lugares donde había dormido en blando durante algún tiempo. Había tenido que estrechar su cinturón dos agujeros. Bueno, no exactamente agujeros, pero había tenido que desplazar dos veces el clavo doblado que le servía de hebilla por la vieja cincha que usaba como cinturón.

—No me lo digas —dijo—. De vuelta a la retaguardia.

—No. Como ya te encargas espiritualmente de la caravana, Lamb te deja su caballo. Hoy te vienes de caza con Sweet y conmigo.

—¿Piensas despertarme todas las mañanas del mismo modo que hoy? —le preguntó mientras comenzaba a calzarse las botas—. ¿Por qué me haces esto?

Ella seguía mirándolo con los brazos en las caderas.

—Sweet ha encontrado una arboleda cerca de aquí, y cree que en ella puede haber algo de caza. Si quieres volver a cabalgar detrás de los animales, pues cabalga detrás de ellos. Pensaba que te gustaría cambiar, pero haz lo que quieras. —Y dio media vuelta para irse.

—Espera, ¿lo dices en serio? —Intentaba ponerse la bota que le faltaba y al

mismo tiempo echar a correr tras ella.

—¿Crees que jugaría con tus sentimientos?

—¿Me voy de caza? —Sufeen le había invitado a ir a cazar con él infinidad de veces, y él siempre le respondía que no podía imaginarse nada más aburrido. Después de varias semanas de tragar polvo, si le hubieran dicho que él era la presa, habría echado a correr por la llanura, riendo mientras tanto.

—Tranquilízate —dijo Shy—. No somos tan idiotas como para dejarte un arco. Sweet y yo seremos los cazadores mientras Roca Llorona espanta a la caza. Tú y Leef podéis seguirnos con una carreta, para sacrificar a los animales y despellejarlos. No sería mala idea recoger algo de leña para hacer uno o dos fuegos que no huelan a mierda quemada.

—¡Sacrificar, despellejar, encender un fuego que no huela a mierda! ¡A la orden, mi Reina! —Recordó aquellos pocos meses que había sido matarife en el abrasador distrito de las carnicerías de Dagoska, matando vacas en medio del mal olor y de las moscas, lo mucho que le dolía la espalda y los horribles gritos de los animales. Le había parecido estar en el infierno. Y entonces se puso de rodillas y le besó la mano, dándole las gracias por la oportunidad que le otorgaba.

Ella soltó su mano.

—Deja de hacer el ridículo. —Aún estaba demasiado oscuro para poder verle la cara, pero a Temple le pareció distinguir una sonrisa en su voz. Se sacó el cuchillo que llevaba al cinto y se lo tendió—. Necesitarás esto.

—¡Un cuchillo en propiedad! ¡Y muy ancho! —Siguió de rodillas mientras levantaba los puños al cielo—. ¡Me voy de caza!

Uno de los venerables primos de Gentili, que seguía su acostumbrada y errática ruta para vaciar la vejiga, meneaba la cabeza, preguntando con voz ininteligible:

—¿A quién le importa?

Cuando los primeros signos de la aurora teñían el cielo de rojo y las ruedas de los carros comenzaban a moverse, los cinco emprendieron el viaje por la maleza, Leef en una carreta vacía donde debían cargar los animales muertos, y Temple intentando convencer al caballo de Lamb de que los dos estaban en el mismo bando.

En cuanto sobrepasaron el límite de lo que parecía ser un valle, pero que apenas habría recibido el calificativo de «zanja» en cualquier otro lugar, vieron unos cuantos árboles raquíticos, oscuros y medio partidos que se apelotonaban en su base. Sweet siguió repantigado en su silla de montar, escrutando aquel bosque poco prometedor. Sólo Dios sabía por qué.

—¿Te parece que todo va bien? —preguntó casi gruñendo a Roca Llorona.

—Sí. —La Fantasma dio a su viejo caballo gris un golpe de talón y ambos comenzaron a bajar por la larga pendiente.

Aunque el esbelto ciervo que llegó saltando desde los árboles para irse derecho hacia las saetas de Sweet y las flechas de Shy era muy diferente de los enormes y blandos bueyes que colgaban de unos ganchos en los apestosos almacenes de Dagoska, Temple no tardó en recordar los principios básicos de la carnicería. Poco después, mientras Leef agarraba al animal por los cascos de sus patas delanteras, él hacía unos cuantos cortes rápidos con el cuchillo para quitarle la piel. Incluso sintió una pizca de orgullo por la manera en que acababa de sacarle todas las tripas, que humearon en la heladora mañana. Cuando le enseñó el truco a Leef, los dos no tardaron en tener los brazos cubiertos de sangre hasta los codos mientras reían, tirándose trocitos de tripa uno a otro como si fueran unos chiquillos.

Poco después ya habían depositado en la parte trasera de la carreta cinco cadáveres previamente despellejados que relucían por la sangre que los cubría, a los que se les unió el último, haciendo con las entrañas y las pieles de los primeros un montón de color pardo rojizo muy parecido a las ropas que hubiera dejado un grupo de nadadores ansiosos por meterse en el agua.

Temple limpió el cuchillo de Shy con una de las pieles y se levantó, aún medio dormido.

—Voy a ver qué hacen esos dos.

—Yo destriparé mientras tanto al último —dijo Leef sonriendo, mientras le ayudaba a subirse al caballo de Lamb—. Y gracias por explicarme cómo se hace.

—La enseñanza es la más noble de las profesiones, como solía decir el Haddish Kahdia.

—¿Quién es?

Temple se quedó pensativo durante un momento antes de contestar.

—Era un hombre bueno que dio su vida por mí.

—Pues parece que hizo un mal negocio —dijo Leef.

Temple lanzó una risotada.

—Estoy de acuerdo contigo. Regresaré antes de que te percates de que me he ido.

Recorrió el valle siguiendo la linde de la arboleda, disfrutando de la velocidad que le proporcionaba el caballo de Lamb y felicitándose por el hecho de haber conseguido hacer algún progreso con aquel chico. Cien pasos más adelante, Sweet y Shy vigilaban la arboleda desde lo alto de sus monturas.

—¿No podéis matarlos más deprisa, so gandules? —les dijo.

—¿Ya terminasteis con los que os llevamos? —preguntó Shy.

—Despellejados, destripados y listos para la olla.

—Tonto de mí. —Mientras apoyaba la ballesta con mango de marfil en una de sus piernas, Sweet parecía enfadado—. Necesito que un experto controle el trabajo manual de este abogado. Asegúrate de que no ha despellejado a Leef por error.

Shy hizo volver grupas a su caballo y ambos cabalgaron de vuelta a la carreta.

—No está mal —comentó luego, mientras asentía moviendo la cabeza. Como era el primer cumplido que Temple recibía de ella, se sintió muy contento—. Creo que aún podremos convertirte en un hombre de las llanuras.

—Cuidado, no sea que antes consiga convertiros a todos en quejicas de ciudad.

—Para eso tendrías que estar hecho de mejor pasta.

—Ya comienzas a comprobar que la pasta de que estoy hecho es bastante buena.

—No estoy segura. —Le miraba de soslayo, enarcando una ceja que quería mostrar algo de afecto—. Comienzo a pensar que debajo de todo ese papel puede haber algo de metal.

Él se dio una palmada en el pecho antes de decir:

—Quizá estaño.

—Bueno, aunque no sirva para fabricar una espada, el estaño no queda mal en un orinal.

—O en una bañera.

—Sí, una bañera... ¡por los muertos!

—O en un tejado.

—¡Oh, por los muertos... un tejado! —dijo ella cuando terminaron de subir la pendiente y miraron hacia la arboleda situada más abajo—. ¿Recuerdas a que se parece un te...?

Entonces vieron la carreta y el montón de pieles. Y a Leef, que estaba tumbado en el suelo. Temple lo reconoció por las botas. No pudo ver más de él porque había dos figuras arrodilladas a su lado. Lo primero que pensó fue que el muchacho se había caído y que los otros lo estaban ayudando.

Uno de ellos se volvió hacia donde estaban, y entonces distinguió una docena de pieles diferentes, cosidas entre sí como si fueran remiendos, y un puñal ensangrentado. Sacando la lengua por una boca enorme, aquel individuo lanzó un chillido infernal tan prolongado y monocorde como el del lobo cuando aúlla a la luna, y comenzó a subir a saltos la pendiente.

Temple se quedó pegado a la silla, anonadado mientras el Fantasma se les acercaba, hasta que pudo ver los ojos saltones en aquella cara pintada de rojo. En ese momento, la cuerda del arco de Shy zumbó junto a una de sus orejas, y su flecha recorrió titilando los pocos pasos que los separaban de los agresores, para clavarse en el desnudo pecho del Fantasma, quien se detuvo en seco como si acabara de recibir un bofetón.

La mirada de Temple fue como un rayo hacia el otro Fantasma, que, cubierto con una capa de hierbas y de huesos, se quitaba el arco que llevaba en bandolera e

intentaba sacar una flecha de la aljaba de piel que tenía atada a una de sus piernas desnudas. Shy bajó a caballo por la pendiente, lanzando un grito apenas más humano que el que había proferido el otro Fantasma y desenfundando la espada corta que llevaba.

El Fantasma consiguió sacar la flecha, luego giró sobre sí mismo y se sentó en el suelo. Temple vio que Sweet bajaba su ballesta.

—¡Hay más! —exclamó, pisando el extremo de la ballesta con una bota y tirando de la cuerda hacia atrás con una mano, mientras que con la otra hacía que su caballo girase para observar la linde de la arboleda.

Cuando el Fantasma intentó levantar la flecha, se le cayó, por lo que buscó otra, sin poder estirar el brazo a causa del dardo con el que Sweet lo había atravesado. Exclamó algo, mirando a Shy, que ya cabalgaba hasta él para cruzarle la cara con la espada y hacerle perder el equilibrio.

Temple bajó por la colina en pos de Shy y saltó de la silla al llegar al lado de Leef. El chico daba patadas con una pierna, como si quisiera levantarse. Shy se inclinó sobre Leef, que le tocó en una mano y abrió la boca. Pero sólo salió sangre por ella. Le salía sangre por la boca, por la nariz, por los restos sanguinolentos de carne que tenía donde antes se había encontrado una oreja, por las cuchilladas de los brazos y por la flecha que seguía clavada en su pecho. Temple, que se lo quedó mirando, se retorció las manos por lo desvalido que se sentía.

—¡Súbelo a tu caballo! —exclamó Shy, y Temple se animó repentinamente y agarró a Leef por los brazos. Roca Llorona apareció de la nada para golpear con una maza al Fantasma a quien Shy había disparado una flecha. Mientras Temple arrastraba a Leef hacia su caballo, dando traspiés y cayendo para levantarse de nuevo, pudo escuchar cómo crujían los huesos del Fantasma.

—¡Déjalo! —exclamó Sweet—. ¡Está acabado, hasta un tonto puede verlo!

Temple le ignoró y apretó los dientes, agarrando a Leef por el cinturón y la ensangrentada camisa para subirlo al caballo. Para ser un tipo flacucho, pesaba lo suyo.

—¡No lo abandonaré! —decía Temple, entre dientes—. ¡No lo abandonaré... no lo abandonaré...!

El mundo acababa de reducirse a él, a Leef y al caballo, y también a sus

doloridos músculos, al peso muerto del chico y a su gemido balbuciente y carente de significado. Escuchó el sonido que hacían los cascos del caballo de Shy al alejarse. Escuchó unos gritos en un lenguaje que no conocía, unas voces apenas humanas. Leef se fue hacia fuera y se escurrió, haciendo que el caballo se escorase de lado. Entonces Shy llegó hasta él, rezongando por el esfuerzo, el miedo y la ira, y juntos subieron a Leef hasta el pomo de la silla, con el astil roto de la flecha saliendo de su cuerpo.

Temple tenía las manos cubiertas de sangre. Se detuvo un instante para mirárselas.

—¡Sube! —exclamó Shy con voz chillona—. ¡Sube, maldito idiota!

Subió a la silla con mucha dificultad, buscando las riendas con las manos pegajosas, clavando los talones al caballo de Lamb y estando a punto de caerse de él. Y entonces, como si volviese a la vida, galopó y galopó, con el viento que azotaba su rostro, que azotaba los gritos que salían mutilados por su boca, que azotaba las lágrimas que brotaban de sus ojos. El horizonte plano saltó y se estremeció mientras Leef brincaba sobre el pomo de la silla de montar y Sweet y Roca Llorona apenas eran dos manchas que se movían, recortándose sobre el cielo. Shy marchaba en cabeza, agachada encima de la silla, y la cola de su caballo desprendía vapor. Cuando volvió la cabeza hacia atrás y Temple vio el miedo dibujado en su rostro, ya no quiso mirar, pero tenía que hacerlo.

Los llevaban pegados a los talones como si fueran mensajeros del infierno. Rostros pintados, caballos pintados, ataviados de una manera infantil con todo tipo de pieles, plumas, huesos y dientes. Uno de ellos llevaba colgada del cuello una cabeza humana reseca y encogida; otro se cubría con un tocado hecho con cuernos de toro; y un tercero se había puesto un gran plato de cobre a modo de pectoral que brillaba y relucía en el sol del atardecer bajo una confusión de cabellos rojos y amarillos agitados por el viento. Pero todos ellos blandían unas armas llenas de ganchos, picos y melladuras mientras gritaban de odio y los miraban con la furia más homicida que les era posible, de suerte que Temple sintió un frío helador hasta en el trasero.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, joder! ¡Oh, Dios!...

Aquella retahíla suya de palabrotas acompasaba el ruido que hacían los cascos de su caballo, el caballo de Lamb. Entonces una flecha centelleó junto a él y se clavó en la hierba. Shy le dijo algo a gritos, volviéndose, pero las palabras que

decía se las llevaba el viento. Le escocían los hombros. Se agarró a las riendas, se agarró a la espalda de la camisa de Leef y se quedó sin aliento. Cuando ya daba por cierto que era hombre muerto y que su muerte sería horrible, sólo se le ocurrió pensar que mejor hubiera sido para él seguir cabalgando en la retaguardia. O quedarse en la colina que dominaba Averstock. O dar un paso al frente cuando los gurkos fueron a por Kahdia, en vez de quedarse quieto y en silencio, como los demás, en aquella fila que a todos los llenaba de infamia.

Cuando vio un movimiento delante de él, comprendió que acababa de llegar a donde se encontraba la caravana, por las siluetas de los carros y del ganado que se recortaban contra aquel horizonte plano y por los jinetes que se dirigían a su encuentro. Al mirar por encima del hombro, vio que los Fantasmas comenzaban a quedarse atrás, descolgados, aunque todavía podía escuchar los gritos con los que se llamaban unos a otros. Y cuando uno de ellos le lanzó una flecha que serpenteó hacia él y que, afortunadamente, se quedó corta, sollozó de alivio y apenas le quedó la presencia de ánimo suficiente para tirar de las riendas de su caballo, el de Lamb, cuando ya estuvo cerca, que se estremecía casi tanto como él.

El caos y el pánico se propagaban entre los carros como si en vez de ser seis Fantasmas fuesen seiscientos. Luline Buckhorm gritaba, buscando al niño que se le había perdido; Gentili se enredaba con el peto de una armadura oxidada que tenía más años que él; dos cabezas de ganado iban a su aire, cargando en medio de la barahúnda; y Majud seguía sentado en su carro, lanzando órdenes a voz en grito para que todos se calmasen, pero que nadie podía escuchar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lamb con el aplomo de siempre. Temple sólo pudo menear la cabeza. No dijo ni una palabra. Lamb tuvo que tirar con mucha fuerza para que soltara la camisa de Leef que aún agarraba con una mano, tras lo cual lo bajó del caballo y lo depositó en el suelo.

—¿Dónde está Corlin? —preguntaba Shy a gritos mientras Temple se bajaba lentamente del caballo, sintiendo las piernas tan rígidas como dos leños resecos. Lamb cortó la camisa de Leef, rasgando el tejido con un cuchillo. Temple se inclinó hacia él y comenzó a secar la sangre que salía por el astil de la flecha, la cual no era mucha porque taponaba la herida.

—Dame el cuchillo —dijo, chasqueando los dedos, y Lamb se lo puso en la mano. Temple se quedó mirando fijamente la flecha, pensando en lo que debía hacer, si sacarla, cortarla o empujarla para que saliera por el otro lado, intentando recordar todo lo que Kahdia le había enseñado acerca de las heridas de flecha, algo

que tenía que ver con la mejor manera de salir de aquel atolladero. Pero ya no podía hacer nada por él, porque tenía las pupilas dilatadas, su boca pendía inerte y su cabellera estaba llena de sangre.

Shy se agachó a su lado y preguntó:

—¿Leef? ¿Leef?

Lamb lo dejó tumbado con mucho cuidado. Temple clavó el cuchillo en la tierra y se levantó. Entonces, de una manera tan precipitada que le causó una gran extrañeza, recordó todo lo que sabía de aquel chico. Que había estado enamorado de Shy; que él, Temple, comenzaba a ganarle aquella partida; que se había quedado sin padres; que intentaba encontrar al hermano que habían raptado unos bandidos; que era muy bueno con los bueyes y que le gustaba trabajar... Y que todo eso acababa de terminar sin que él llegase a ser algo más que un proyecto de persona, porque todos sus sueños, esperanzas y miedos se terminaban allí, en medio de la hierba pisoteada, lejos para siempre de este mundo.

Vaya mierda.

Tosiendo y rugiendo, Savian apuntaba con su ballesta en todas las direcciones, mientras parecía querer construir una especie de fuerte con los carros al apilar barriles, cestos de la ropa y rollos de cuerdas a modo de parapetos, juntar el ganado en corrales y dejar a mujeres y niños en el sitio más seguro, aunque Shy se preguntaba cuál podría ser. Todos estaban revueltos porque nadie les había dicho nada de los Fantasmas, y corrían para hacer lo que Savian les decía o, incluso, lo que no les decía, tirando de los sorprendidos animales, buscando las armas que guardaban, poniendo a salvo sus pertrechos o a sus hijos, o, simplemente, apretándose unos contra otros como si ya dieran por hecho que iban a apuñalarlos y a cortarles las orejas.

El enorme carro de Iosiv Lestek se había metido en una zanja y dos hombres intentaban sacarlo de ella.

—¡Dejadlo! —exclamaba Savian—. ¡No vale la pena que nos preocupemos por el carro!—. Y allí se quedó, para anunciar con sus colores chillones que el mayor espectáculo teatral del mundo había llegado a las solitarias llanuras.

En medio de aquella locura, Shy se abría camino a empujones para llegar

hasta Majud. Hacia el sur, entre la ondulante hierba, se movían en círculo tres Fantasmas, uno de los cuales agitaba hacia el cielo una lanza hecha con un cuerno, y Shy creyó que incluso podía escuchar lo que cantaba, unas canciones vibrantes y llenas de alegría. Sweet, con la ballesta cargada siempre apoyada en una rodilla, se rascaba la barba y no los perdía de vista, creando un pequeño oasis de calma en el que Shy se sintió muy cómoda.

—¿Cómo está el chico?

—Ha muerto —respondió Shy, dejando que su pena hablara por ella.

—¡Ah, maldición! —La mueca de Sweet fue de amargura antes de que cerrara los ojos y los oprimiera con el índice y el pulgar de su mano izquierda—. ¡Maldición! —repitió. Y luego miró a los Fantasmas, que seguían montados a caballo donde se terminaba el horizonte, y movió la cabeza de un lado hacia otro—. Lo mejor será que nos preocupemos de los que quedan para que no tomen el mismo camino que él.

La voz cascada de Savian seguía dando órdenes, y todos los que se encontraban a su alrededor se subían a los carros, pero, aunque agarrasen sus arcos con las manos, éstas carecían de la experiencia necesaria, pues si los más jóvenes eran nuevos en aquellas lides, los más viejos hacía mucho que ya habían dejado de participar en ellas.

—¿Qué estarán cantando? —preguntó Shy, sacando una flecha de su aljaba y dándole vueltas lentamente para sentir su aspereza en los dedos, como si aquella sensación fuese nueva para ella.

—Nuestra muerte violenta. Piensan que está próxima a llegar.

—¿Y lo está?

—Depende —Sweet puso en tensión los músculos de sus mandíbulas antes de añadir, con mucha calma—: Depende de que esos tres formen parte de la banda principal de Sangeed o de que éste haya dividido su fuerza principal en otras bandas más pequeñas.

—¿Y tú qué crees?

—Supongo que saldremos de dudas cuando lleguen. Si sólo son unas pocas docenas, tendremos alguna probabilidad de salir con vida; pero si son varios

centenares, me temo que estaremos bastante jodidos.

Buckhorm acababa de subirse encima del carro con una cota de malla que le quedaba ridícula.

—¿A qué estamos esperando? —dijo entre dientes, como si la aparición de los Fantasmas le hubiese curado de la tartamudez—. ¿Por qué no nos movemos?

Sweet giró lentamente sus ojos grises para mirarlo.

—¿Movernos hacia dónde? No veo ningún castillo por las cercanías. —Volvió a mirar a la planicie, vacía en todas las direcciones excepto en aquella parte que daba a la zona más alta del valle, donde los tres Fantasmas seguían moviéndose en círculo, haciendo que sus cánticos cruzasen el mar de hierba para llegar débilmente a sus oídos. —Un sitio es tan bueno como cualquier otro para morir.

—Prefiero pasar el tiempo preparándonos para lo que tenga que pasar, antes que echar a correr. —Con la cabellera alborotada por el viento, Lamb seguía de pie en el carro que estaba al lado. Comprobaba uno tras otro los cuchillos que había ido coleccionando en las últimas semanas, tan tranquilo como si, en vez de disponerse a defender su vida en aquella tierra salvaje y sin ley, se dispusiera a arar uno de los campos que rodeaban su antigua granja. Pensándolo bien, a Shy le pareció que estaba más tranquilo, como si en aquel momento su sueño de arar aquel campo acabara de hacerse realidad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Durante un instante, apartó la mirada de aquella colección de armas.

—Ya me conoces.

—Conozco a un norteño grande y amable que se asusta hasta de azotar a una mula. Conozco a un mendigo que, cierta noche, se presentó en nuestra granja para trabajar por un mendrugo de pan. Conozco a un hombre que solía acunar a mi hermano y cantarle nanas cuando tenía fiebre. Pero tú no eres ese hombre.

—Lo soy —cruzó el hueco que había entre los dos carros y dio a Shy un abrazo muy fuerte, mientras le susurraba al oído—: Pero también soy algo más. Shy, no te interpongas en mi camino. —Y luego dijo a Sweet—: ¡Deberías dejarla en un sitio seguro!

—¿Estás de broma? —El viejo explorador se entretenía mirando su ballesta—. ¡Si cuento con ella para que me salve la vida!

En aquel mismo momento Roca Llorona lanzó un grito penetrante y señaló hacia el sur, pues los Fantasmas acababan de aparecer súbitamente en la cumbre que coronaba el valle. Salidos de una pesadilla, como si fuesen reliquias de alguna era salvaje del remoto pasado, estaban armados hasta los dientes, y sus cien espadas melladas, todas ellas robadas, sus mazas de piedra tallada y sus aguzadas flechas, que relucían al sol y que hablaban de toda una vida de masacres festejadas con risotadas, aparecieron súbitamente junto a ellos, quitándole el aliento a Shy.

—¡Vamos a quedarnos todos sin orejas! —dijo alguien, gimoteando.

—¿Ahora te acuerdas de ellas? —Sweet levantó su ballesta con una sonrisa siniestra—. A mí me parece que son unas cuantas docenas.

Shy se arrodilló para contarlos, pero algunos caballos tenían pintados en los costados otros caballos, algunos no llevaban encima ningún jinete y otros llevaban dos, o cargaban con espantajos, o montaban, encima de palos, lonas que ondeaban al viento y que les daban la apariencia de gigantes tan hinchados como el cuerpo de un ahogado. Todo aquello, que se agitaba de manera confusa ante sus ojos llorosos, era tan letal, confuso e incierto como la peste.

Le pareció oír las oraciones que Temple declamaba. Le hubiera gustado saber qué decía.

—¡Sin prisa! —decía Savian a gritos—. ¡Sin prisa! —Shy no sabía exactamente qué quería decir. Un Fantasma que llevaba una capucha hecha con fragmentos de vidrio para que brillase como si estuviese cubierta de joyas, abría la boca y lanzaba un chillido penetrante—. ¡Quedaos en vuestro sitio y viviréis! ¡Salid corriendo y moriréis! —Shy siempre había tenido cierta tendencia a correr y nada de estómago para quedarse donde fuera. Por eso mismo, todo su cuerpo le decía que, si había que salir corriendo, aquél era el momento—. ¡Debajo de todas esas pinturas de los cojones, sólo son hombres! —Un, o una, Fantasma se puso de pie en los estribos y arrojó una lanza emplumada, completamente desnudo, si no hubiera sido por la pintura que cubría su cuerpo y el collar de orejas rebanadas que daba saltos alrededor de su cuello.

—¡Permaneced juntos o moriréis uno tras otro! —exclamaba Savian, siempre rugiendo; y una de las putas cuyo nombre Shy había olvidado se levantó con un

arco en la mano, su cabello amarillo ondeando al viento, y saludó a Shy con un asentimiento de cabeza que ella le devolvió. Goldy, eso era. *Permanecer juntos*. ¿No decían por eso que los miembros de la caravana formaban una comunidad?

La cuerda del primer arco cantó con miedo y de manera precipitada, y su flecha se quedó corta; luego cantaron otras, incluida la del arco de Shy, que no apuntó a ningún blanco porque había muchos. Las flechas titilaban mientras caían, lloviendo entre la hierba que ondeaba y la carne que se estremecía, consiguiendo que, aquí y allá, una silueta cayera de su silla o que un caballo alterase su trayectoria. El Fantasma de la capucha cayó pesadamente hacia atrás, con el dardo de Savian que atravesaba su pecho pintarrajeado, pero los demás se arremolinaron junto al precario círculo formado por los carros y lo rodearon, cabalgando a su alrededor en la penumbra creada por el polvo hasta que ellos y sus caballos pintados se convirtieron ciertamente en espectros, y sus gritos, chillidos y aullidos de animal se hicieron tan anónimos y traicioneros como las voces que sólo escuchan los locos.

Las flechas llovían alrededor de Shy. Una silbó y tintineó al clavarse en una caja, otra se alojó en el saco situado cerca de ella, una tercera abandonó, temblando, el asiento del carro. Lanzó una flecha tras otra, sin apuntar a nada ni a nadie, llorando de miedo y de cólera, apretando con fuerza los dientes y llenando sus oídos con los gritos de alegría y las maldiciones que ella misma lanzaba. El embarrado carro de Lestek parecía tener una joroba de color rojo encima de su lona, a causa de las formas que, reptando por ella, la destrozaban con sus hachas y la alanceaban con sus lanzas, como si fueran cazadores que acabasen de derribar a una bestia enorme.

Un poni, atravesado por varias flechas, se tambaleó hacia un lado, mordiendo todo lo que encontraba. Mientras Shy lo miraba fijamente, una forma cubierta de harapos se lanzó violentamente hacia un costado del carro. Apenas pudo ver más que un ojo que resaltaba en un rostro pintado para parecer también un ojo, y lo agarró, metiéndole un dedo por la boca y rasgándola hasta la mejilla, de suerte que ambos cayeron del carro y rodaron por el polvo. Unas manos muy fuertes rodeaban su garganta, tirando de ella y retorciéndola mientras Shy gruñía intentando encontrar su cuchillo. Su cabeza se llenó con un estallido de luz, y todo lo que la rodeaba quedó en una extraña calma, mientras notaba que arrastraba los pies, se ahogaba por el polvo y sentía un dolor ardiente y desgarrador por debajo de una oreja. Entonces gritó, se debatió y mordió a la nada, pero sin poder liberarse.

Cuando desapareció la opresión que sentía, vio que Temple luchaba contra

el Fantasma, peleándose con él por un cuchillo ensangrentado. Entonces subió gateando, tan despacio como el grano al crecer, desenvainó su espada a duras penas, dio un paso hacia todo lo que la rodeaba, que no dejaba de dar vueltas, y la clavó en el Fantasma, percatándose de que acababa de herir a Temple, por lo juntos que ambos se encontraban. Agarró al Fantasma por la garganta, se lo acercó y le clavó la espada entre los hombros, moviéndola y empujándola, raspando el hueso hasta que su hoja entró todo lo larga que era y la sangre le chorreó por las manos.

Las flechas revoloteaban a su alrededor tan cordiales como libélulas, cayendo entre el ganado, que manifestaba con bufidos su descontento, pues más de un animal lucía alguna pluma ensangrentada. Los animales se empujaban unos a otros, incómodos, y uno de los viejos primos de Gentili se arrodilló en el suelo con dos flechas en un costado, una de ellas rota.

—¡Aquí! ¡Aquí! —Entonces vio que algo reptaba por debajo de un carro, una mano que parecía una garra, y la pisoteó, estando a punto de caerse; uno de los prospectores apareció a su lado para clavarle el filo de una pala, mientras unas cuantas putas acuchillaban algo con unas espadas, lanzando estocadas y gritando como si persiguieran a una rata.

Shy observó el hueco que acababa de formarse entre los carros, por el que una muchedumbre de Fantasmas que farfullaban cosas incomprensibles irrumpía a pie firme, y escuchó que Temple mascullaba algo en un idioma que sólo él conocía y que una mujer que estaba cerca de ella gemía... ¿o era ella misma? Cuando el corazón le dio un vuelco, Shy retrocedió, como si un simple paso atrás le sirviera para protegerse, y todos aquellos pensamientos de permanecer junto a los demás fueron cosas del pasado cuando el primer Fantasma, que se tapaba la cara con una calavera humana y que agarraba entre sus puños pintarrajeados una enorme espada de factura antigua, marrón por el óxido que la cubría, se cernió sobre ella.

En aquel momento, con un rugido que más parecía una risotada, Lamb se interpuso entre ambos. Su rostro era una siniestra parodia del que ella conocía, más horrible que cualquier máscara que se les hubiera ocurrido ponerse a los Fantasmas. Cuando su espada se convirtió en un borrón, el rostro de calavera estalló, lanzando una lluvia de sangre oscura mientras su cuerpo se aflojaba como un saco que de repente se hubiese deshinchado. En lo alto de su carro, Savian clavaba su lanza en aquella masa de gente que chillaba, ayudado por quienes seguían a su lado, que, mascullando palabrotas en todos los idiomas del Círculo del Mundo, conseguían que fuese retrocediendo poco a poco para, finalmente, expulsarla. Lamb golpeó de nuevo, logrando que una figura andrajosa se doblara en dos, y luego apartó el

cadáver de una patada, abrió una gran herida en la espalda de otra, lanzando al aire esquirlas de hueso manchadas de sangre, y siguió tajando y descuartizando, levantando en vilo a un Fantasma que se retorcía antes de lanzarlo de cabeza hacia un barril, donde cayó en medio de una lluvia de sangre. Aunque Shy supiera que debía echarles una mano, se apoyó en la rueda de un carro y se puso a vomitar cuando la miró Temple, que estaba echado de costado, agarrándose la parte del trasero donde antes le había herido.

Corlin acababa de curarle a Majud el corte que le habían hecho en una pierna. Tenía el hilo entre los dientes y parecía tan fría como siempre, aunque sus mangas estuviesen llenas de sangre hasta los codos a causa de las heridas que había estado curando. Savian seguía ordenando con voz ronca que juntaran los carros, que colmaran tal o cual hueco o que arrojaran fuera los cadáveres, dándoles a entender a todos que tenían que estar preparados para lo que aún podía llegar. Pero Shy no estaba preparada. Se sentaba con las manos agarradas a las rodillas para no temblar, mientras su sangre manaba lentamente por una de sus mejillas y se pegaba a su pelo, y ella miraba fijamente el cadáver del Fantasma al que había matado.

Sólo eran hombres, como había dicho Savian. En aquellos momentos en que ya podía ver las cosas con más sosiego, comprobaba que era un joven no mucho mayor que Leef. La caravana había sufrido cinco bajas. Al primo de Gentili le habían disparado varias flechas. A dos de los hijos de Buckhorm los hallaron, desorejados, bajo uno de los carros. A una de las putas se la habían llevado a rastras sin que nadie supiera cómo ni cuándo.

No había mucha gente que se hubiese librado de recibir cortes y arañazos, ni nadie que no se sobresaltara a partir de entonces al escuchar el aullido de un lobo. Shy no podía evitar que le temblaran las manos, y aún le dolía aquella oreja que el Fantasma había reclamado como suya. No estaba segura de si se trataba, simplemente, de un corte o de si, por el contrario, la oreja le colgaba de la cara. Pero no se atrevía a comprobarlo.

Tenía que levantarse. Se acordó de Pit y de Ro, perdidos en aquella desolación, y entonces, a pesar de que siguiera asustada, se animó, apretó los dientes y comenzó a mover las piernas, quejándose mientras se arrastraba hacia el carro de Majud.

Aunque estuviera casi segura de que los Fantasmas se habían desvanecido, arrastrados por el viento como si fuesen humo, era evidente que aún seguían en el mismo mundo y en el mismo tiempo que ella, moviéndose entre la hierba en un

caos de rabia, cantando y llamándose unos a otros entre gemidos y el destello del acero.

—Ya veo que aún conservas las orejas, ¿eh? —comentó Sweet, frunciendo el ceño al apretar el corte de Shy con un pulgar y ver que ella hacía una mueca de dolor.

—Volverán —musitó Shy, obligándose a mirar a aquellas formas de pesadilla.

—Quizá sí, quizá no. Sólo nos están poniendo a prueba. Decidiendo si quieren intentarlo en serio.

Savian gateó hasta donde se encontraban, con el rostro mucho más hosco y los ojos más entornados de lo habitual, y dijo:

—Si yo me encontrase en su lugar, no me detendría hasta que todos estuviésemos muertos.

Sweet seguía mirando fijamente la llanura. Como si su único cometido fuese el de mirar.

—Afortunadamente para nosotros, estás aquí. Aunque parezcan medio salvajes, los Fantasmas de tipo medio son gente práctica. Y por más que monten en cólera rápidamente, no suelen guardar rencor. Como acabamos de demostrar que somos duros de matar, lo más seguro es que ahora quieran parlamentar. Conseguir lo que puedan de comida y de dinero y marcharse en busca de otros objetivos más fáciles.

—¿Podremos salir de ésta dándoles dinero? —preguntó Shy.

—Pocas son las cosas que hizo Dios de las que uno no pueda salir pagando —sentenció Sweet, para luego añadir, entre dientes—: O eso espero.

—Y después de que hayamos pagado —decía Savian, un tanto incómodo—, ¿qué les impedirá seguirnos y matarnos cuando les convenga?

Sweet se encogió de hombros antes de contestar:

—Si buscabas respuestas seguras a todo, deberías haberte quedado en Starikland. Ahora estamos en las Tierras Lejanas.

En aquel momento, la puerta del carro de Lestek, que estaba muy trabajada por los hachazos de los Fantasmas, se abrió de golpe y el viejo actor salió por ella en camisón, con ojos legañosos que miraban alucinados bajo su blanca cabellera despeinada.

—¡Malditos críticos! —exclamó, lanzando una lata vacía a los lejanos Fantasmas.

—Todo irá bien —decía Temple al hijo de Buckhorm. A su segundo hijo. Que no era ninguno de los que habían muerto, porque ya nada podía ir bien para ellos, pues habían muerto. Pero como aquel pensamiento no habría reconfortado a su hermano, Temple tuvo que repetir una vez más—: Todo irá bien. —Y aunque puso más énfasis que antes, los martillazos que sentía en el corazón, por no hablar de lo que le dolía la herida del trasero, hicieron que su voz vacilase. Sonaba divertido eso de la «herida del trasero». Pero no lo era.

—*Todo* irá bien —repitió, como si fuera a sonar más convincente por el énfasis que ponía al hablar. Recordó a Kahdia diciéndole lo mismo en cuanto comenzó el asedio, y los fuegos de campamento que ardían alrededor de toda Dagoska, y entonces fue dolorosamente evidente para él que ya nada iría bien. Pero le reconfortaba saber que alguien poseía la fortaleza suficiente para mentir. Por eso mismo, Temple estrechó el hombro del segundo hijo de Buckhorm y repitió—: Todo... irá... bien. —Y en aquella ocasión su voz sonó con más convicción y el chico asintió, y Temple se sintió más fuerte que antes, pues supo que podría comunicar su fortaleza a quien quisiese. Entonces se preguntó cuánto le duraría aquella euforia en cuanto apareciese el primer Fantasma.

Buckhorm clavó la pala en la tierra seca que rodeaba las tumbas. Aún llevaba su vieja cota de malla, aunque torcida, porque se había cerrado mal las hebillas. Cuando secó su sudorosa frente con la palma de una de sus manos, un tiznón de tierra seca quedó impreso en ella.

—A muchos nos gustaría... que dijeses algunas palabras.

Temple parpadeó al escucharlo. ¿Tenía que hacerlo? A fin de cuentas, las mejores palabras siempre suelen salir de las peores bocas.

La mayoría de la gente de la caravana estaba ocupada en mejorar las defensas; o en mirar al horizonte, mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre; o en

asustarse tanto por la inminente llegada de su propia muerte que apenas les quedaba tiempo para preocuparse de los demás. Había varias personas junto a los cinco montículos de tierra: Buckhorm, su atolondrada y parpadeante esposa, y lo que les quedaba de aquella progenie óctuple, cuyo talante oscilaba entre la pena y el terror, pasando por un buen humor que resultaba incomprensible; dos de las putas y su chulo, a quien nadie había visto durante el ataque, pero que había aparecido a tiempo de echar una mano con las tumbas; Gentili y dos de sus primos, y Shy, que, agarrando la pala con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos, miraba con tristeza el montón de tierra que cubría la tumba de Leef. Cuando Temple cayó en la cuenta de que sus manos eran muy pequeñas, sintió por ella una simpatía irrefrenable. Aunque quizá fuese compasión por sí mismo. Seguro que se trataba de esto último.

—Señor —dijo con una voz ronca que le obligó a aclararse la garganta—, en ocasiones das la impresión... de no estar ahí. —Lo cierto era que a Temple, después de toda la sangre y la pérdida de vidas humanas que había presenciado, le parecía que Él no estaba en ningún lugar—. Pero sé que sí estás —añadió, mintiendo. No le pagaban por decir la verdad—. Porque estás en todas partes. Alrededor de nosotros, dentro de nosotros y velando por nosotros. —Acababa de dar la definición más popular de Dios—. Te pido... te imploro, que veles por estos muchachos que ahora yacen en una tierra extraña, cubiertos por unos cielos igual de extraños. Y también por estos hombres y mujeres. Sabes que, aunque no eran perfectos, vinieron hasta estas soledades porque se proponían hacer las cosas de manera distinta. —Como incluso Temple sentía el aguijón de las lágrimas, tuvo que morderse los labios durante un instante, mirar al cielo y parpadear para no llorar—. Acógelos entre tus brazos y concédeles la paz. Nadie se lo merece más que ellos.

Permanecieron en silencio durante unos instantes. El viento revolvía la cabellera de Shy. Después, Buckhorm le acercó la palma de su mano derecha, en la que relucían varias monedas.

—Gracias.

Temple estrechó con ambas manos la otra, encallecida, del ganadero, diciendo:

—Ha sido un honor.

Pero las palabras no servían de nada. Los niños seguían muertos. Por eso, aunque siguiera teniendo deudas, no aceptó aquel dinero.

Cuando la luz comenzaba a desvanecerse y el sol se teñía de rosa por el oeste, surcado por unas nubes negras que eran como olas que rompiesen en un mar en calma, Sweet bajó del carro de Majud.

—¡Quieren parlamentar! —exclamó—. ¡Han encendido una fogata cerca de su campamento y quieren parlamentar! —Era como si aquella noticia le hiciera sentirse muy contento. Temple se habría sentido tan contento como él si no se hubiera sentado cerca de la tumba de Leef, puesto de lado para evitar el dolor que sentía en el lacerado trasero, como si nada pudiera calmarlo.

—¿*Ahora* quieren parlamentar? —dijo con amargura Luline Buckhorm—. ¿Ahora que mis dos chicos han muerto?

—La situación es tan mala como cuando tus chicos seguían con vida —respondió Sweet con una mueca—. Creo que iré a verlos.

—Voy contigo —dijo Lamb. La mitad de su cara aún brillaba por la sangre seca que la manchaba.

—Y yo —dijo Savian—, para asegurarnos de que esos bastardos no preparan una trampa.

—Yo también voy. —La mueca de Majud y su cojera revelaban que debía de dolerle la pierna que Corlin le había curado, cuya correspondiente pernera del pantalón se agitaba al viento—. Me juré que no volvería a dejar que negociases en mi nombre.

—No me fastidies, porque no vas a venir —dijo Sweet—. Si las cosas salen mal, habrá que salir por pies, y no creo que puedas correr.

Majud cargó su peso sobre la pierna herida. Como aquella mueca volvió a aparecer, dijo, mirando a Shy:

—Pues entonces, que ella vaya por mí.

—¿Yo? —musitó Shy, levantando la cabeza—. ¿Ir a hablar con esos cabrones?

—Eres la persona en quien más confío a la hora de regatear. Mi socio Curnsbick haría todo lo posible para salir airoso.

—Creo que el tal Curnsbick, a quien aún no conozco, no me caerá mal del todo.

—A Sangeed no le gustará tratar con una mujer. —Sweet no dejaba de disentir con la cabeza.

—Pero si es un hombre práctico, seguro que lo soportará. Vayámonos —dijo Shy. Y a Temple le pareció que aquel comentario de Sweet había dado como resultado que Shy decidiese acompañarlos.

Estaban sentados en semicírculo alrededor de una fogata, a cien pasos del improvisado fuerte levantado por la gente de la caravana, cuyas fogatas podían ver. Los Fantasmas. El terrible azote de las llanuras. Los fabulosos salvajes de las Tierras Lejanas.

Shy intentó hacer todo lo que estaba en su mano para atizar en su interior el odio insuperable que sentía por ellos, pero, en cuanto se imaginaba a Leef enterrado bajo aquella tierra cubierta de polvo, sólo sentía la futilidad de su pérdida. Y cuando pensó en sus hermanos, que seguían tan perdidos como antes, se sintió cansada, asqueada y vacía. Y al ver sentados en silencio a los Fantasmas, que ya no proferían gritos de muerte ni esgrimían arma alguna, y pensar que jamás había visto a gente tan derrotada, recordó que la mayor parte de su vida la había pasado luchando desesperadamente contra la adversidad.

Iban vestidos con ropas de cuero medio crudo, pieles andrajosas y harapos de una docena de vestidos diferentes obtenidos en sus saqueos, que apenas ocultaban la piel pálida y tirante sobre los huesos, que asomaba por debajo de ellos. Quizá pensando en las riquezas que no tardarían en conseguir, uno de ellos sonreía, mostrando el único diente podrido que le quedaba en la boca. Otro, con ademán solemne, fruncía el ceño por debajo del yelmo que se había hecho con una olla de cobre previamente molida a palos, la cual parecía una excrecencia que emergiese de su frente. Shy supuso que el Fantasma de mayor edad que se sentaba en el centro debía de ser el gran Sangeed. Una capa de plumas cubría el peto mate que bien hubiera podido llevar mil años antes cualquier general del Imperio. Aunque se adornase con tres collares de orejas humanas, supuesta muestra de sus grandes proezas, era evidente que su hora ya había pasado. Shy, que podía escuchar su respiración llena de flemas y entrecortada, observó que la mitad de aquella cara suya tan curtida como el cuero estaba floja, y que la comisura del labio de aquel

lado sin fuerza relucía por la baba que se acumulaba en él.

¿Cómo era posible que aquellos ridículos hombrecillos fuesen los monstruos que antes les habían atacado en esas mismas llanuras? Una lección que debería haber recordado de los años de bandidaje de su juventud era que entre lo terrible y lo lastimoso no hay un gran trecho, y que sobre todo depende de la manera en que uno lo mire.

En todo caso, los hombres mayores que estaban sentados a su lado de la hoguera eran los que más la asustaban: las inquietas llamas convertían aquellos rostros tan llenos de arrugas en los de unos extranjeros diabólicos; la punta del dardo que Savian mantenía en su ballesta cargada relucía con frialdad; el rostro de Lamb se contorsionaba y se retorcía como un árbol gastado por la inclemencia del tiempo, marcado por viejas cicatrices, impenetrable, incluso para ella, que le conocía desde hacia tanto tiempo. Especialmente para ella, quizá.

Sweet inclinó la cabeza y pronunció unas cuantas palabras en el idioma de los Fantasmas, haciendo énfasis con los brazos. Lentamente, entre dientes, Savian pronunció otras para luego toser y añadir, finalmente, unas pocas más.

—Sólo estamos contándonos chistes —explicó Sweet.

—Pues esta situación no parece nada chistosa —le espetó Shy—. Terminemos cuanto antes y regresemos.

—Podemos hablar con vuestras palabras —dijo uno de los Fantasmas, empleando una extraña variedad de la lengua común que sonaba como si tuviese la boca llena de piedrecillas. Era uno joven, que, sentado al lado de Sangeed, enarcaba una ceja al otro lado del fuego. Quizá fuera su hijo—. Me llamo Locway.

—De acuerdo —Sweet se aclaró la garganta—. Estamos en un atolladero. Mira. Nadie tenía que haber muerto. Cadáveres en uno y otro bando que podríamos habernos ahorrado si nos hubieseis dicho lo que queríais.

—Arrebatamos la vida de quienes entran en nuestras tierras —dijo Locway. Daba la impresión de tomarse a sí mismo muy en serio, lo cual era toda una proeza para cualquiera que, como él, llevase unos pantalones raídos de la Unión que tenían un remiendo de piel de castor entre las piernas.

—Muchacho —Sweet lanzó una risotada—, yo ya recorría estas llanuras mucho antes de que hubieras comenzado a mamar de una teta. ¿Y ahora quieres

decirme por dónde puedo o no cabalgar? —Ahuecó la lengua y escupió en el fuego.

—¿A quién le importa una mierda por dónde cabalguemos? —Shy se metió en la conversación—. No es que sea una tierra que alguien sensato pueda querer.

El joven Fantasma enarcó una ceja.

—Tiene una lengua muy sucia.

—Pues jódete.

—Ya basta —dijo Savian—. Si hemos venido a negociar, negociamos, y luego nos vamos.

Locway miró a Shy con cara de pocos amigos y luego se inclinó hacia Sangeed. El autoproclamado Emperador de las Llanuras rumió durante unos instantes lo que iba a decir y luego lo soltó.

—Cinco mil de vuestros marcos de plata —dijo Locway—, veinte cabezas de ganado y veinte caballos, y podréis iros con las orejas pegadas a la cabeza. El temible Sangeed ha hablado —y, entonces, el Fantasma de mayor edad levantó la barbilla y asintió con un gruñido.

—Podemos daros dos mil —dijo Shy.

—Que sean tres mil, y los animales. —Su manera de regatear era tan desastrosa como la ropa que llevaba.

—Mi gente me dijo que dos mil. Eso es lo único que sacaréis. En cuanto al ganado, os damos la docena de animales que matasteis tan estúpidamente con vuestras flechas. Nada de caballos.

—Pues entonces, a lo mejor nos acercamos hasta donde estáis y nos los llevamos.

—Pues ven a intentarlo, porque la cosa estará jodida.

El joven torció la boca con intención de replicar, pero Sangeed le tocó en el hombro para decirle algo en voz baja, todo ello sin dejar de mirar a Sweet. Cuando el viejo explorador asintió, el joven Fantasma pudo por fin abrir la boca, para anunciar con tristeza:

—El gran Sangeed acepta vuestra oferta.

Sweet se restregó las manos contra las piernas, que mantenía cruzadas, y sonrió.

—De acuerdo. Entonces todo está bien.

—*Uh* —Sangeed sonrió, torciendo la boca.

—Trato hecho —dijo Locway, que no sonreía.

—De acuerdo —dijo Shy, sin alegrarse. Estaba muy cansada y sólo pensaba en descansar. Los Fantasmas se desperezaron, relajándose un poco, y la mueca del que tenía un único diente podrido se hizo mayor.

Lamb se levantó lentamente, recortándose contra el cielo del atardecer, una impresionante mole oscura a la que el cielo aureolaba con el color de la sangre.

—Yo tengo una oferta mejor —dijo.

Las chispas rodearon sus tobillos cuando cayó de un salto en el fuego. Un relámpago de rojo acero, y Sangeed que se agarra la garganta y cae de espaldas. La cuerda de la ballesta de Savian canta y el Fantasma de la olla cae, pues el dardo se le ha metido por la boca. Otro de ellos da un salto, pero Lamb le entierra el cuchillo en la coronilla con un crujido similar al que haría un leño al partirse.

Locway intenta levantarse a duras penas, lo mismo que Shy, pero Savian hace una finta y lo agarra por el cuello, dándose la vuelta y arrastrando consigo al Fantasma, que se debate y se retuerce con una pequeña hacha en la mano, para quedar finalmente boca arriba, sujeto al suelo, gruñendo al cielo.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Sweet, pero la respuesta es evidente. Lamb está levantando al último de los Fantasmas con una mano y golpeándolo con la otra, haciéndole escupir los dos últimos dientes que le quedan y atizándole tan deprisa que Shy apenas puede contar los golpes que recibe mientras escucha el sonido de su brazo al rozar contra su manga y el de su puño al aplastarle la cara, de suerte que los oscuros contornos de ésta pierden su forma antes de que Lamb arroje su cuerpo al fuego, que sisea al recibirlo.

Sweet dio un paso atrás para evitar la lluvia de chispas.

—¡Joder! —Sus manos se enredaban en su cabellera gris como si no creyera lo que veía. Lo mismo que Shy, helada y a punto de quedarse paralizada, cuya garganta, cada vez que ella respiraba, emitía un sonido ahogado. En cuanto a Locway, éste seguía gruñendo y forcejeando, tan inmovilizado por la fuerte presa de Savian como una mosca atrapada en la miel.

Sangeed se levantó, tambaleándose y agarrando su abierta garganta con una mano de dedos engarabitados, manchados por la sangre que corría entre ellos. Aunque empuñaba un cuchillo, Lamb aguardó su llegada sin moverse, para luego cogerle por la muñeca como si lo estuviese esperando y retorcérsela, obligando a Sangeed a arrodillarse mientras la hierba se manchaba de sangre. Luego plantó una bota en la axila del viejo Fantasma, desenvainó la espada con un tenue campanilleo acerado, se demoró un instante para mover el cuello a uno y otro lado, subió el brazo de la espada y lo bajó con un sonido sordo. Una y otra vez. Acto seguido, soltó el flácido brazo de Sangeed, se agachó y agarró su cabeza por la cabellera, convertida para entonces en algo deforme donde aún podía apreciarse una mejilla, abierta por uno de los golpes de Lamb que no había llegado a su objetivo.

—Esto es para ti —y la arrojó al regazo del joven Fantasma.

Locway se la quedó mirando, todavía con el pecho aprisionado bajo el brazo de Savian, en el que asomaba el tatuaje. Los ojos del Fantasma fueron de la cabeza decapitada al rostro de Lamb, para, después de enseñarle los dientes, decir, siseando:

—¡Iremos a buscarte! Antes de la aurora, cuando aún sea de noche, iremos a buscarte!

—No —Lamb sonreía. Y sus dientes, sus ojos y la sangre que tiznaba su rostro brillaron bajo la luz de la fogata—. Antes de la aurora... —se agachó delante de Locway, que aún seguía sin moverse—, cuando aún sea de noche... —acarició lentamente el rostro del Fantasma, dejando con tres dedos de su mano izquierda otras tantas líneas negras en su pálida mejilla—, yo iré a buscaros.

Escuchaban unos sonidos a lo lejos, en medio de la oscuridad. Los de una conversación, apenas audibles a causa del viento. Unos querían enterarse de lo que estaban diciendo, mientras que otros les chistaban para que callaran. Cuando Temple escuchó un grito, se agarró a uno de los hombros de Corlin. Ella se soltó de

él.

—¿Qué sucede? —preguntó Lestek.

—¿Y cómo vamos a saberlo? —decía Majud por detrás de donde estaban los demás.

Cuando vieron unas sombras que se movían alrededor de la fogata, todos los de la caravana se quedaron sin habla.

—¡Es una trampa! —exclamó Lady Ingelstad, y uno de los suljuks comenzó a vomitar una serie de palabras que ni siquiera Temple pudo entender. Un estallido de pánico que produjo una desbandada general en la que, para su vergüenza, Temple cumplió un papel muy destacado.

—¡Nunca deberían haberse marchado! —dijo Hedges con voz cascada, como si se hubiese opuesto desde un principio a que se fueran.

—Que todo el mundo se calme. —La voz de Corlin, fuerte y sin altibajos, daba a entender que ella no se amilanaba por nada.

—¡Viene alguien! —Majud señalaba con un dedo a la oscuridad. Otro estallido de pánico y otra desbandada general en la que Temple volvió a cumplir un papel muy destacado.

—¡Que nadie dispare! —La voz sepulcral de Sweet resonó en las tinieblas—. ¡Sería lo que me faltaba para rematar este día asqueroso! —Y, tras aquellas palabras, el viejo explorador entró en la zona iluminada por las antorchas, con las manos levantadas y seguido de Shy.

La gente de la caravana dio un suspiro colectivo de alivio al que Temple colaboró con uno de los más profundos, apartando luego dos toneles para que los negociadores pudiesen entrar en el improvisado fuerte del que aquéllos formaban parte.

—¿Qué ha pasado?

—¿Negociaron?

—¿Estamos a salvo?

Sweet se limitó a quedarse de pie con las manos en jarras, meneando lentamente la cabeza a uno y otro lado. Shy tenía el ceño fruncido. Savian llegaba detrás de ellos, con aquellos ojos suyos tan entornados como siempre.

—¿Y bien? —preguntó Majud—. ¿Tenemos un trato?

—Aún siguen pensándoselo —dijo Lamb, que cerraba la retaguardia.

—¿Qué les ofrecisteis? Maldición, ¿qué sucedió?

—Que él los mató —murmuró Shy.

Se hizo un momento de silencio que resultó un tanto embarazoso.

—¿Quién mató a quién? —preguntaba Lady Ingelstad.

—Lamb mató a todos los Fantasmas.

—No exageres —dijo Sweet—, dejó marchar a uno —y, echándose el sombrero hacia atrás, se apoyó contra la rueda de un carro.

—¿Sangeed? —preguntaba Roca Llorona con voz ronca. Sweet agachó la cabeza—. Oh.

—¿Tú... los mataste? —preguntó Temple.

—Aquí es posible que, cuando un hombre intenta matarte, le pagues para que no lo haga —Lamb se encogió de hombros—. Pero en el sitio de donde vengo hacemos las cosas de manera muy diferente.

—¿Los ha matado? —preguntó Buckhorm, horrorizado.

—¡Bien! —exclamó su esposa, agitando uno de sus pequeños puños—. ¡Qué bien que alguien tenga los redaños suficientes para hacerlo! ¡Tuvieron lo que se merecían! ¡Por mis dos chicos muertos!

—¡Aún siguen vivos ocho más de los que preocuparnos! —dijo su marido.

—¡Sin mencionar a todas las personas de la caravana! —añadió Lord Ingelstad.

—Tenía todo el derecho de hacerlo —comentó Savian, rezongando—. Por los que habían muerto y por los que seguían vivos. ¿Confiáis en esos malditos animales que andan por ahí? Si pagáis a alguien para que no os haga daño, sólo conseguiréis que siga molestándoos. Lo mejor es que aprendan a temernos.

—¡Eso es lo que *tú* crees! —le espetó Hedges.

—Eso es lo que yo hago —repuso Savian, sin levantarle la voz—. Miradlo por el otro lado... Quizá os hayamos ahorrado una buena cantidad de dinero.

—¡Escaso consuelo... si es a cambio de nuestras vidas! —dijo Buckhorm.

Dio la impresión de que la vertiente financiera del asunto había acabado por convencer a Majud, quien, no obstante, comentó:

—Pero esa decisión hubiéramos debido tomarla juntos.

—Entre matar y morir, la decisión es clara. —Lamb pasó en medio de todas aquellas personas como si no estuvieran y se dirigió a la hierba que se encontraba junto a la fogata más próxima.

—Eso de negociar es una mierda.

—¡Negociar con nuestras vidas!

—Un riesgo que valía la pena correr.

—Tú eres el experto —dijo Majud a Sweet—. ¿Tienes algo que añadir?

El viejo explorador meneó la cabeza.

—¿Algo que añadir? Pues que lo hecho no se puede deshacer. A menos que tu sobrina —miraba a Savian— sea tan buena curando que consiga pegarle a Sangeed la cabeza en su sitio. —Savian guardó silencio—. Pero yo no lo creo —sentenció Sweet, subiéndose al carro de Majud y sentándose detrás del pescante, aún con los arañazos de las flechas, para observar desde allí la llanura a oscuras, que sólo se distinguía del cielo por la ausencia de estrellas.

Temple había pasado muchas noches en blanco a lo largo de su vida. Aquella noche en que los gurkos consiguieron finalmente penetrar dentro de sus murallas, cuando los Devoradores llegaron en busca de Kahdia. La noche en que la

Inquisición demolió las casuchas de Dagoska por el delito de traición. La noche en que murió su hija, y la noche, poco después de aquélla, en que también murió su esposa. Pero ninguna de todas esas noches le parecía tan larga como ésta.

La gente de la caravana agarraba sus armas, escrutando aquella nada tan oscura como la tinta, dando en ocasiones la voz de alarma ante cualquier movimiento imaginario, escuchando los lamentos babeantes de uno de los prospectores que había recibido una flecha en el estómago y que, según Corlin, no vería llegar la siguiente aurora. Cumpliendo las órdenes de Savian, que había dejado de hacer sugerencias para tomar incuestionablemente el mando, encendieron antorchas y las lanzaron hacia la hierba que rodeaba a los carros. Su luz parpadeante era peor que la oscuridad total, porque en sus márgenes la muerte aún podía agazaparse.

Temple y Shy se sentaron juntos, en silencio y con una evidente sensación de vacío, en el sitio que Leef solía ocupar, mientras los plácidos ronquidos de Lamb, que seguía al otro lado de la fogata, parecían partir en intervalos la noche interminable. Finalmente, cuando a Shy comenzó a caérsele la cabeza, ella se apoyó en Temple y se quedó dormida. Temple sopesó la idea de darle un empujón para que cayera al fuego, pero luego la desestimó. A fin de cuentas, aquélla podía ser la última ocasión que se le presentaba de sentir el contacto de otra persona. Descartando el del Fantasma que acabaría con él al día siguiente.

En cuanto hubo la suficiente luz para poder ver, Sweet, Roca Llorona y Savian montaron a caballo y se dirigieron hacia los árboles, mientras el resto de la gente de la caravana se subía a los carros para vigilar, con la mirada cansada por el miedo y la falta de sueño. Los tres jinetes volvieron a aparecer poco después para decirles a gritos que aún humeaba la fogata donde los Fantasmas habían quemado a sus muertos, pero que de ellos no había ni rastro.

Se habían marchado. A fin de cuentas, habían demostrado ser gente práctica.

Para entonces, todos se mostraban entusiasmados por el valor y la rápida manera de actuar de Lamb. Luline Buckhorm y su marido lloraban de gratitud por haber podido vengar a sus hijos. Gentili decía que habría hecho lo mismo de ser más joven. Lo mismo que Hedges, si no hubiera sido por su pierna, en la que, en cumplimiento del deber, había recibido una herida durante la batalla de Osrung. Dos de las putas le ofrecieron una recompensa en especie que Lamb hubiera aceptado de no ser por Shy. Luego, Lestek se subió encima de un carro y sugirió con voz melosa que había que recompensarle con cuatrocientos marcos del dinero que

se habían ahorrado, recompensa que él no hubiera aceptado de no ser por Shy, que se apresuró a hablar en su nombre.

Lord Ingelstad le dio una palmada en el hombro mientras le ofrecía un trago de la mejor botella de brandy que le quedaba, la cual había envejecido durante doscientos años en las bodegas que su familia tenía en la lejana Keln, antes de que, desafortunadamente, pasaran a manos de un acreedor.

—¡Amigo mío —decía el aristócrata—, usted es un puñetero héroe!

Lamb le miró de soslayo mientras levantaba la botella.

—Dejémoslo en sangriento[4].

EL PRECIO JUSTO

HACÍA un frío del demonio en lo alto de las colinas. Los niños, helados y muertos de miedo, con las mejillas ateridas y coloradas, se acurrucaban juntos cerca de las fogatas, echándose unos a otros el humeante vaho que exhalaban por la nariz. Ro tomó las manos de Pit entre las suyas para masajearlas y echarles el aliento encima, y luego, aún a oscuras, intentó arroparlo mejor con los pellejos medio pelados que les habían proporcionado.

Poco después de que abandonaran la balsa había llegado un hombre para decirles que Papá Anillo los necesitaba a todos, y entonces Cantliss dijo una palabrota, porque no tenía muchos hombres, y mandó a siete de ellos. Así que se quedó con seis, entre los que se encontraba aquel bastardo de Puntillanegra, de suerte que nadie dijo nada acerca de huir. De hecho nadie dijo nada de nada, como si, tras cada kilómetro recorrido con pértiga, a caballo o a pie, hubiesen comenzado a perder el ánimo y el hábito de pensar, y a convertirse en carne trémula y marchita, lista para encaminarse hacia cualquiera de los mataderos a los que Cantliss quisiera llevarlos.

La mujer llamada Abeja estaba en el grupo de los siete. Pero, antes de irse, preguntó a Cantliss, llorando:

—¿Adónde te llevas a los niños?

A lo que él respondió, burlón:

—Vuelve a Arruga y dedícate a lo tuyo, maldita.

Y de esa manera Ro, el chico llamado Evin y otros dos de los mayores tuvieron que atender las ampollas y los miedos de los demás.

Subieron cada vez más alto por las colinas, culebreando por los meandros apenas transitados que el agua había tallado hacía mucho tiempo. Acamparon entre grandes rocas que parecían edificios derruidos, unos edificios tan viejos como las montañas. Los árboles fueron creciendo de tamaño hasta convertirse en columnas de madera que parecían taladrar el cielo, cuyas ramas más bajas, que se

encontraban muy por encima de sus cabezas, chasqueaban en la silenciosa floresta desprovista de hierbajos, de animales y de insectos.

—¿Adónde nos lleváis? —Ro se lo preguntaba a Cantliss por enésima vez, y por enésima vez él le contestaba:

—Sigue caminando.

Y entonces señalaba con su rostro sin afeitar los contornos grises de las cumbres que se encontraban más arriba, y sus ropas de fantasía, para entonces hechas harapos, se movían al viento.

Atravesaron un poblado de casas de madera muy mal construidas, y un perro enflaquecido les ladró; pero en el pueblo no había ni un alma. Puntillanegra frunció el ceño al ver las ventanas vacías y, chupándose el hueco que tenía entre dos dientes, dijo:

—¿Adónde se habrán ido todos? —Aunque lo dijese en norteño, Lamb le había enseñado a Ro lo suficiente de aquel idioma para que ella lo comprendiese, así como lo que dijo a continuación—: No me gusta nada.

Cantliss se limitó a replicarle con voz burlona:

—No tiene por qué gustarte.

Siguieron subiendo cada vez más, hasta que los árboles dieron paso primero a unos pinos raquíticos de color marrón y luego a unos arbustos retorcidos, para luego dejar de ver cualquier tipo de árbol. Curiosamente, el frío helador que soplaba en la falda de la montaña se convirtió en una suave brisa tan cálida como el aliento, que fue haciéndose cada vez más caliente, tanto que los niños avanzaron despacio, pues sus rostros sonrosados estaban bañados de sudor, subiendo por aquellas pendientes de roca que amarilleaban a causa de los cristales de azufre, tocando el suelo que estaba tan cálido como la carne, como si aquella región estuviese viva. El vapor salía con fuerza, siseando por hendiduras que eran como bocas, y la sal se depositaba en piedras que tenían forma de copa, mientras que el agua, de la que Cantliss les advirtió que no bebieran, porque era venenosa, borboteaba con unos gases fétidos que creaban espumas iridiscentes.

—Este lugar es malo —dijo Pit.

—Sólo es un lugar como otro cualquiera. —Pero Ro veía el miedo pintado en

los ojos de los demás niños y en los de los hombres de Cantliss, y entonces ella también lo sintió. Era un lugar muerto.

—¿Aún nos sigue Shy?

—Pues claro que sí. —Pero Ro no creía que los estuviese siguiendo, al menos no hasta tan lejos, tanto que le pareció que ya no estaban en este mundo. Apenas podía recordar cómo eran Shy, Lamb o la granja. Comenzaba a pensar que todo se había desvanecido como si fuera un sueño o un susurro.

El camino fue haciéndose demasiado empinado para los caballos y luego para las mulas, de suerte que hubo que dejar a un hombre al cuidado de los animales. Escalaron un valle, profundo y desprovisto de vegetación, cuyos riscos estaban acribillados de agujeros, unos agujeros demasiado cuadrados para haber sido hechos por la Naturaleza, y en el que una aglomeración de montículos corría paralela con el camino, lo cual le hizo pensar a Ro que pudieran ser excavaciones. Pero no consiguió adivinar el motivo por el que un grupo de mineros iba a cavar en aquel lugar tan desolado, ni en busca de qué.

Después de un día respirando aquel humo tan nocivo y maloliente, que a todos les dejaba las fosas nasales y las gargantas en carne viva, llegaron junto a una gran aguja de roca asentada en la cima, agujereada y manchada por el paso del tiempo y el clima, pero libre de musgos, de líquenes y de cualquier tipo de vegetación. A medida que se apretujaban para formar un grupo de gente andrajosa que avanzaba a regañadientes, Ro observó que la aguja estaba cubierta de caracteres, y aunque no fuese capaz de comprenderlos, los consideró una advertencia. En las lejanas paredes de roca que se recortaban contra el cielo azul divisó muchos más agujeros y unos impresionantes andamiajes un tanto precarios, construidos con madera vieja, que sostenían varias plataformas, así como cuerdas y cubos, los cuales demostraban que alguien había estado excavando en aquel sitio no hacía mucho tiempo.

Cantliss levantó una mano.

—Alto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Puntillanegra, rozando con los dedos el pomo de su espada.

—Ahora a esperar.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante poco tiempo, hermano. —Un hombre se apoyaba contra una roca, al parecer, muy cómodo. Ro no conseguía explicarse cómo no lo había visto, porque no era, precisamente, bajo. Muy alto y muy moreno, con la cabeza libre de cualquier cabello plateado que hubiese podido quedar en ella, se vestía con una sencilla túnica de tejido de color pardo. Apoyaba un bastón tan alto como él contra uno de sus musculosos brazos, llevando en la otra mano una pequeña manzana arrugada. La mordió y dijo con la boca medio llena—: Saludos. —Luego sonrió a Cantliss, a Puntillanegra y a los demás. Su sonrisa amistosa contrastaba con aquellos parajes tan siniestros. Luego sonrió a los niños y en particular a Ro, o eso le pareció a ella—. Saludos, niños.

—Quiero mi dinero —dijo Cantliss.

La sonrisa no abandonó el rostro de aquel hombre ya entrado en años.

—Por supuesto. Porque tienes un agujero en tu interior y crees poder colmarlo con oro.

—Porque tengo una deuda pendiente y, si no la pago, soy hombre muerto.

—Todos somos hombres muertos, hermano, antes o después. Por eso estamos aquí. Pero tú obtendrás un precio justo. —Su mirada fue de uno a otro niño—. Sólo veo a veinte.

—Ha sido un largo viaje —dijo Puntillanegra, que, con la mano apoyada en el pomo de su espada, no se había movido—. Era inevitable que se perdiese alguno.

—Nada es inevitable, hermano. Y no es inevitable porque nosotros tomamos las precauciones necesarias.

—Yo no compro niños.

—Yo sí. Pero no los mato. ¿Tú haces daño a las cosas débiles para colmar el agujero que tienes dentro?

—Yo no tengo ningún agujero dentro de mí —repuso Puntillanegra.

—¿No? —Aquel hombre mayor dio un último mordisco a su manzana y lanzó lo que quedaba de ella, el corazón, a Puntillanegra, que intentó cogerla por

simple reflejo. El hombre mayor recorrió con dos rápidos pasos la distancia que los separaba y lo golpeó en el pecho con el extremo de su bastón.

Puntillanegra se estremeció y dejó caer el corazón de la manzana para buscar su espada, pero se había quedado sin fuerzas. Entonces Ro comprobó que no se trataba de un bastón, sino de una lanza, cuya larga hoja, manchada de sangre, le salía a Puntillanegra por la espalda. Aquel hombre lo bajó hasta el suelo y, pasando con delicadeza una mano por encima de sus ojos, se los cerró.

—Lamento decirlo, pero creo que este mundo estará mejor sin él.

Ro miró el cadáver del norteño, cuyas ropas ya estaban manchadas de negro a causa de su sangre, y descubrió que estaba contenta, aunque no tuviese claro el porqué.

—Por los muertos —dijo entre dientes uno de los hombres de Cantliss. Entonces, cuando Ro levantó la mirada, vio que muchas figuras, que acababan de salir en silencio de las minas para subirse a los andamios, miraban hacia abajo. Hombres y mujeres de toda raza y edad, pero todos con las mismas túnicas pardas y las cabezas completamente afeitadas.

—Unos amigos —explicó aquel hombre, sin moverse.

—Hicimos lo que pudimos. —Era como si Cantliss quisiera convencerle con aquella voz suya tan temblorosa.

—Lamento que sólo hayáis hecho lo que podíais.

—Sólo quiero el dinero.

—Lamento que el dinero sea todo a lo que aspira un hombre.

—Teníamos un trato.

—Eso también lo lamento, pero tienes razón. Aquí está tu dinero —dijo, señalando la caja de madera situada encima de una de las rocas que quedaban atrás—. Espero que lo disfrutes.

Cantliss cogió la caja. Cuando la abrió, Ro vio cómo brillaba el oro que guardaba en su interior. Cantliss sonrió mientras su rostro lleno de mugre se iluminaba por el reflejo del oro.

—Nos vamos —dijo. Y él y los suyos comenzaron a bajar.

Entonces, como uno de los niños más pequeños comenzó a gimotear, porque los niños más pequeños llegan incluso a querer a la gente odiosa cuando no tienen a nadie más cerca, Ro le puso una mano encima del hombro y le habló en voz baja para que se tranquilizase, intentando no amilanarse al ver que aquel hombre mayor caminaba hacia ella y la dominaba con su estatura.

Pit cerró sus pequeñas manos y dijo:

—¡No le hagas daño a mi hermana!

El hombre se arrodilló de forma que su coronilla calva quedó a la misma altura que la de Ro y, pareciendo aún más grande que antes por lo cerca que estaba de ellos, puso con cuidado una de sus enormes manos en los hombros de Ro y otra en los de Pit, diciendo:

—Niños, soy Waerdinur, la trigésimo novena Mano Derecha del Hacedor, y nunca haré daño alguno a ninguno de vosotros dos, ni permitiré que nadie os lo haga. Así lo he jurado. He jurado proteger este terreno sagrado y a la gente que vive en él hasta mi aliento postrero y hasta mi última gota de sangre, y sólo la muerte me detendrá.

Sacó una cadena bastante bonita y se la pasó a Ro por el cuello, dejándola sobre su pecho. De ella colgaba un objeto de metal gris con forma de lágrima.

—¿Qué es? —preguntó Ro.

—Una escama de dragón.

—¿Auténtica?

—Sí, auténtica. Todos llevamos una. —Metió una mano en su túnica y, sacando la que él llevaba, se la mostró.

—¿Y por qué tengo que llevar yo una?

Él sonrió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Porque ahora eres mi hija. —Y entonces la rodeó con sus brazos y la abrazó fuertemente.

III. ARRUGA

«La ciudad, con menos de mil habitantes de población permanente, estaba tan llena de vileza que la mismísima atmósfera parecía impregnada con el olor de la abominación; el crimen campaba a sus anchas; la ebriedad, era la regla; el juego, pasatiempo universal; las peleas, mero entretenimiento.»

J. W. BUEL

UN INFIERNO BARATO

¿**A**RRUGA por la noche?

Imaginaos un infierno barato. Y luego meted más putas en él.

El mayor asentamiento de la nueva frontera, el paraíso de los prospectores, el destino al que la caravana había previsto llegar desde que se creó, estaba metido con calzador en un valle que parecía hecho a trompicones, por cuyas empinadas laderas se dispersaban los inútiles tocones de pinos talados. Era un lugar de abandono atroz, de esperanza atroz, de desesperación atroz, dominado por la desmesura y carente de la más elemental moderación, donde los antiguos sueños acababan pisoteados en el estiércol para que los nuevos, que siempre nacían de una botella, no tardaran en convertirse en vómitos que, al caer en el estiércol, terminaban tan pisoteados como los que les precedieron. Un lugar donde lo inusual se convertía en algo cotidiano y donde lo cotidiano parecía algo inusual. Y puesto que la Muerte podía ir mañana al encuentro de cualquiera, lo mejor era pasar el presente de la manera más divertida que a uno se le ocurriese.

En su periferia embarrada, la ciudad se convertía en un montón de tiendas cochambrosas que, cada vez que el viento agitaba los faldones de sus respectivas entradas, mostraban en su interior escenas tan crueles que nadie hubiera debido ver. Si sus edificios miserables, construidos con madera de pino rajada y grandes esperanzas, parecían apuntalados por los borrachos que se apoyaban en ellos a lo largo de su perímetro, las mujeres que se anunciaban por sus balcones desvencijados se jugaban el tipo.

—Ha crecido —dijo Corlin, observando el tumulto de gente empapada que atascaba la calle principal.

—Muchísimo —ratificó Savian con uno de sus gruñidos.

—Supongo que no para mejor.

Shy siempre se ponía en lo peor. Un despliegue de rostros que cualquiera hubiera podido observar en una procesión de idiotas pasó ante ellos en medio de

aquel barro lleno de desperdicios. Rostros que no habrían desentonado en cualquier espectáculo que intentase reproducir lo que solemos ver en las pesadillas. Un carnaval de demencia asentado permanentemente en la ciudad. Las risas desaforadas, los gemidos de placer o de terror, las llamadas de los tenderos, los berridos del ganado, los crujidos de los somieres desvencijados y los chirridos de violines descacharrados rasgaban el silencio de la noche, componiendo una sinfonía de desesperación que no tenía bien ni dos compases y que salía hacia la noche por los quicios de puertas y ventanas mal encajadas, sin que los bramidos de risa propiciados por la Fortuna en cualesquiera de los juegos que acontecían pudieran distinguirse de aquellos otros, de ira, causados por la mala suerte en las cartas o los insultos de los jugadores.

—Cielos misericordiosos —musitó Majud, que acababa de taparse la cara con una manga para evitar aquel hedor que se esparcía por doquier.

—Esto le hace a uno creer en Dios —dijo Temple—. Y en que Él tiene que andar por ahí.

Las ruinas dominaban de manera omnipresente la húmeda noche. Unas columnas de factura inhumana se levantaban a ambos lados de la calle principal, tan grandes que ni siquiera tres hombres hubieran podido abarcar el contorno de una sola con los brazos de todos ellos. Unas no eran muy altas, otras alcanzaban la altura de diez pasos y algunas de ellas llegaban tan alto que sus cimas se perdían en la tiniebla que las rodeaba. La parpadeante luz de las antorchas revelaba escenas esculpidas, letras y runas de alfabetos olvidados desde hacía siglos, recuerdos de antiguos acontecimientos que hablaban de vencedores y vencidos convertidos en polvo hacía mil años.

—¿Cómo sería antes este sitio? —musitó Shy, a quien le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba.

—Seguramente más limpia —comentó Lamb.

Alrededor de aquellas antiguas columnas, las chabolas proliferaban como los hongos que crecen sin freno sobre los troncos de los árboles muertos. Por encima de ellas habían dispuesto unos inestables andamios, cincelado unos cuantos escalones en su superficie, echado sogas desde sus remates e incluso instalado pasarelas entre ellas, hasta tal punto que buena parte de dichas columnas quedaban ocultas por aquellas muestras de carpintería chapucera. Eran como buques salidos de una pesadilla que, después de recorrer miles de kilómetros, hubiesen acabado en

dique seco para ser engalanados con antorchas, faroles y letreros chillones que anunciaban cualquier vicio imaginable. Y todo aquello era tan precario que, cuando la brisa soplaba con fuerza, cualquiera podía observar cómo se meneaba.

El valle acogió a los supervivientes de la caravana. El estado de ánimo general dio otro paso a otro dominado por la orgía, el tumulto y el frenesí. Los juerguistas de mirada alucinada se miraban boquiabiertos, pensando que tenían que pasárselo bien antes de que saliera el sol, como si la violencia y los excesos fueran a terminarse al amanecer.

A Shy le pareció que no se terminarían.

—Es como una batalla —dijo Savian, rezongando.

—Pero sin bandos —subrayó Corlin.

—Pues como cualquier victoria —puntualizó Lamb.

—O como un millón de derrotas —musitó Temple.

La gente avanzaba a empujones, cojeando y volviéndose con andares grotescos o cómicos, borracha hasta lo indecible, incapacitada en cuerpo o mente, o medio enloquecida tras largos meses de cavar en solitario en lugares perdidos donde las palabras sólo eran un recuerdo. Shy evitó a un hombre cuyas piernas desnudas estaban salpicadas de barro, porque tenía bajados los pantalones hasta los tobillos: mientras, con una mano desfallecida, se daba unos cuantos restregones en la polla, baboseaba la botella que agarraba con la otra.

—¿Cuándo demonios quieres ponerte a trabajar? —Shy oyó que Goldy le decía a su chulo en voz baja.

Era evidente que, con tantas competidoras, la situación era humillante. Había mujeres de toda forma, color y edad, repantigadas sin el traje nacional de una veintena de naciones diferentes, y todas ellas enseñando carne al por mayor. Por lo general, carne de gallina, porque el tiempo estaba empeorando. Unas arrullaban y sonreían como bobaliconas o tiraban besos, otras musitaban con voz cascada promesas poco convincentes acerca de la calidad de sus servicios a la oscura luz de una antorcha, y algunas se dejaban de sutilezas para, con una muestra de feroz ardor guerrero, hincarles las caderas a los hombres de la caravana que pasaban a su lado. Una dejó que su buen par de tetas, oscilantes y surcadas por unas venas azules, colgasen por encima de la barandilla de un balcón, mientras preguntaba a gritos:

—¿Qué os parecen estas dos?

Y aunque a Shy le parecieran tan atractivas como un par de jamones podridos, nunca sabremos qué es lo que realmente enciende a cierto tipo de personas. Porque un tipo con cara de salido las miraba con una mano metida en la bragueta, que tenía abierta de par en par. Los transeúntes pasaban a su lado como si ver a alguien que se la estaba meneando en la calle fuese un acontecimiento de lo más corriente. Shy hinchó los carrillos para luego dar un resoplido.

—He estado en sitios muy bajos, haciendo en ellos todo tipo de cosas sucias, pero nunca llegué a ver nada parecido a esto.

—Lo mismo digo —musitó Lamb, frunciendo el ceño, pero sin apartar la mano de su espada, un ademán que últimamente se había convertido en una costumbre que Shy agradecía, porque le daba seguridad. Además, no eran los únicos que tenían el acero al alcance de la mano. La sensación de amenaza era tan densa que casi se masticaba: las bandas de individuos de feas cataduras y peores propósitos, armados hasta las cejas, merodeaban por los portales, apuntando con sus caras desagradables a otras bandas de tipos tan desagradables como ellos instaladas al otro lado de la calle.

Mientras aguardaban a que el tráfico disminuyera, un rufián con demasiada barbilla y escasa frente se acercó al carro de Majud.

—¿En que lado de la calle estáis? —preguntó.

Como siempre se tomaba las cosas con calma, Majud necesitó unos instantes para pensar cuál podía ser la respuesta.

—Estoy buscando una parcela donde instalar un negocio, pero hasta que la encuentre...

—No se refiere a ninguna parcela, menguado —dijo otro rufián que llevaba el pelo tan pringoso como si acabase de meter la cabeza en un estofado frío—. Lo que quiere saber es si os pondréis en la acera de la Alcaldía o en la que ocupa Papá Anillo.

—Yo he venido aquí para montar un negocio —Majud tiró de las riendas y el carro dio un salto—. No para estar en el bando de nadie.

—¡Pues lo único que no está en ninguna de las aceras es el albañal! —le

espetó Barbillaza—. ¿Quieres acabar en el maldito albañal, eh?

La calle se ensanchaba para acoger a mucha más gente, un mar de porquería en movimiento dominado por columnas mucho más altas y acotado en uno de sus extremos por las ruinas del antiguo teatro que se levantaba en la falda de la colina donde el valle se dividía en dos partes. Sweet se encontraba al lado de un edificio que parecía hecho con cien casuchas amontonadas unas encima de otras. Algún optimista debía de haber intentado pintarlo de blanco para luego desistir a media faena, pues la parte sin pintar se descascarillaba lentamente, como la piel de un lagarto gigante en mitad de la muda.

—Estás contemplando el *Emporio de los Amoríos, la Canción y las Mercancías de Papá Anillo*, mejor conocido por estos pagos con el nombre de la *Casablanca* —decía Sweet a Shy mientras ésta ataba las riendas de su caballo—. Ahí, a lo lejos, se encuentra la *Alcaldía*, también conocida por el nombre de la *Iglesia de los Dados* —añadió el viejo explorador, señalando con la cabeza el edificio situado cerca del arroyo que dividía la calle en dos partes y que servía no sólo de suministro de agua potable sino de alcantarilla, el cual estaba cruzado por un amasijo de piedras hincadas, planchas de madera mojadas y puentes improvisados.

La Alcaldía se levantaba en las ruinas de un antiguo templo —un grupo de columnas rematadas por medio frontón cubierto de musgo—, que, tras haber sido ligeramente remozado con un montón de planchas, acogía a otros dioses muy diferentes de los originales.

—Y como —prosiguió Sweet— en ambos se puede follar, beber y jugar, a la hora de la verdad la única diferencia entre ambos reside en la suerte que tenga uno. Adelante, quien manda en la Alcaldía tiene ganas de conoceros —añadió, retrocediendo para que pasara un carro renqueante que despedía barro al avanzar.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —preguntó Temple, que aún seguía con cara de asustado encima de su mula.

—Mirar y aprender. Seguro que en este sitio encuentras suficiente material para toda tu vida, siempre que sigas de predicador. Pero, por si acaso decides experimentar en carne propia sus peculiaridades, debo recordarte que aún tienes deudas que pagar —dijo Shy, y luego siguió a Lamb. Cuando comprobó que aquella agua sucia quería llevarse sus botas, intentó pisar en las zonas más firmes. Poco después esquivaba una piedra monstruosa, la cabeza de una estatua derruida que sólo asomaba media cara por encima del fango y un ceño fruncido, no exento

de majestuosidad, y pisaba la escalera de la Iglesia de los Dados, flanqueada por dos grupos de rufianes de fea catadura, para luego llegar a una zona iluminada.

El pestazo de los cuerpos sudorosos que atestaban el lugar, y el calor que desprendían, le causó a Shy el efecto de una bofetada y la dejó sin respiración durante un buen rato. El humo producido por las antorchas situadas en la parte más alta, junto con el que despedían las pipas de *chagga* y las lámparas baratas, que quemaban un aceite tan malo que siseaba y se apagaba continuamente, era tan abundante, que Shy sintió la necesidad acuciante de mojarse los ojos. Las paredes, manchadas por el verdín de las maderas y el musgo de las piedras, goteaban a causa del aliento de toda aquella gente, que se condensaba en ellas. Dispuestas en unos nichos situados por encima de aquella colmena humana, descubrió una docena de armaduras imperiales llenas de polvo, que debían de haber pertenecido a algún general de la Antigüedad y a sus guardias, y entonces le pareció que el orgullo del pasado miraba con desaprobación las miserias del presente.

—¿No se está poniendo peor? —preguntó Lamb en voz baja.

—¿Y qué se pone mejor? —Sweet le devolvía la pregunta con otra.

El aire vibraba por el estruendo de los dados y los gritos de los jefes de mesa, por el ruido de los insultos y de las advertencias que unos lanzaban a otros. Una banda tocaba como si la vida de sus músicos estuviese en juego, acompañada por unos cuantos mineros borrachos que, como ni siquiera se sabían la cuarta parte de la letra, improvisaban con palabrotas lanzadas al azar. Un camarero patinó, se agarró a la rota nariz de una estatua y se estrelló contra la barra —que estaba hecha con una madera reluciente, posiblemente lo único de aquel sitio que se encontraba medianamente limpio— para luego recorrer lo que le pareció casi un kilómetro, pues a cada pocos centímetros tenía que aguantar las caras de los parroquianos que reclamaban a gritos la bebida. Al echarse hacia atrás, Shy estuvo a punto de tropezar con una mesa de juego. A uno de los jugadores lo cabalgaba una mujer que le lamía la boca como si, intentando explorar sus profundidades, quisiera sacar de ellas con la lengua la hipotética pepita de oro que pudiesen albergar.

—¿Dab Sweet? —preguntó un individuo que tenía una barba que casi le llegaba hasta los ojos, mientras le daba una palmada en el hombro—. ¡Eh, mirad, Dab Sweet ha regresado!

—Así es, y vengo con la gente de una caravana.

—¿Tuvisteis algún problema con el viejo Sangseed?

—Lo tuvimos —respondió Sweet—. Y murió a consecuencia de él.

—¿Ha muerto?

—Sin lugar a dudas —dijo y, señalando con el pulgar a Lamb, añadió—: Este muchacho se encargó de...

Pero aquel tipo barbudo ya estaba dando un puñetazo en la mesa más cercana a la suya, haciendo tintinear vasos, fichas e incluso naipes, mientras decía:

—¡Escuchad todos! ¡Dab Sweet ha matado a ese cabrón de Sangeed! ¡El viejo Fantasma ha muerto!

—¡Un aplauso para Dab Sweet! —exclamó alguien, y una ola de simpatía llegó hasta las pringosas traviesas del techo mientras la banda atacaba una nueva pieza con resultados aún más desastrosos que los anteriores.

—¡Aguardad! —dijo Sweet—. ¡Yo no lo maté, sino...!

Lamb no le dejó terminar.

—Como suele decirse, el silencio es la mejor armadura del guerrero. Vayamos a ver al Alcalde.

Se abrieron paso entre el gentío y dejaron atrás una jaula donde dos empleados pesaban polvo de oro y monedas acuñadas en mil sitios para, gracias a la alquimia del ábaco, transformarlo todo en fichas de juego, y viceversa. Los hombres a quienes Lamb apartaba de su camino no le crearon ningún problema porque, aunque se dieran la vuelta con una palabra desagradable a flor de labios, en cuanto le veían la cara se achantaban. Y eso que seguía siendo la misma cara descuidada y triste de la que los chicos solían reírse por lo bajo allá en Tratojusto. Pero él había cambiado mucho en los últimos días. O quizá sólo fuera que se había convertido en otro hombre.

Al encontrarse ante la pareja de rufianes de mirada salvaje que impedía el acceso a las escaleras, Sweet se limitó a anunciar que quienes le acompañaban querían ver al Alcalde, y luego subió con ellos hasta una balconada que dominaba el piso inferior, para llegar a una robusta puerta flanqueada por otros dos individuos con peor catadura aún que la que tenían los de abajo.

—Ya hemos llegado —dijo Sweet, y llamó a la puerta.

Le contestó una mujer.

—Bienvenidos a Arruga. —Llevaba puesto un vestido oscuro de tela reluciente y mangas largas, el cual llevaba abotonado hasta la garganta. A Shy le pareció que rondaba la cuarentena, a juzgar por las hebras grises de sus cabellos. En su juventud debía de haber sido toda una belleza, pues aún le quedaba algo de ella. Tomó una de las manos de Shy con una de las suyas y puso la otra encima con una leve palmada, diciendo:

—Ustedes tienen que ser Shy y Lamb.

Dio a la curtida zarpa de Lamb el mismo tratamiento que había otorgado antes a Shy, y él contestó con voz cascada, cayendo en la cuenta de que debía quitarse el sombrero, con lo que su cabellera, que ya iba necesitando un buen arreglo, se desparramó en todas las direcciones.

La mujer se limitó a sonreír como si nunca antes hubiera sido objeto de una deferencia tan caballeresca y cerró la puerta. Apenas producirse el sonoro *clic* que lo ratificaba, el griterío de fuera cesó y todo quedó en una relativa calma.

—Siéntense, maese Sweet ya me ha contado el percance que han sufrido. Los niños que les han robado. Un asunto terrible. —Era tanto el dolor reflejado en su rostro que cualquiera hubiera podido pensar que aquellos niños eran suyos.

—Sí —musitó Shy, no muy segura de cómo comportarse ante tan grandes muestras de simpatía.

—¿Les apetece tomar algo? —Y, sin aguardar una respuesta, sirvió cuatro generosas dosis de licor en otras tantas copas—. Les ruego que disculpen las condiciones de este sitio, porque, como podrán imaginar, resulta muy difícil conseguir un mobiliario adecuado.

—Creo que nos lo podemos imaginar —dijo Shy, aunque estuviera pensando que la silla que ocupaba era una de las más confortables de todas en las que se había sentado, por no hablar de que aquella habitación era una de las más bonitas que había visto nunca, con visillos de factura kantic en las ventanas, arañas de cristal coloreado y un escritorio de buen tamaño, forrado en la parte de la mesa con un cuero negro que apenas mostraba las huellas circulares que suelen dejan las botellas.

Por el modo en que les ofrecía las copas, Shy vio que aquella mujer tenía unas maneras realmente elegantes. No altaneras, pues no les pasaba las copas por debajo de la nariz, tal y como los idiotas suelen hacer para ponerse por encima de la gente corriente, sino de esa manera que a uno le hace sentirse importante aunque esté tan cansado y sucio como un perro, tenga la culera de los pantalones desgastada por el uso y ni siquiera sepa cuántos cientos de kilómetros ha recorrido con el polvo de las llanuras pegado encima desde que disfrutó del último baño.

Shy dio un sorbo, comprobó que la calidad del licor estaba tan alejada de la clase a la que ella pertenecía como todo lo que la rodeaba, se aclaró la garganta y dijo:

—Esperábamos ver al Alcalde.

La mujer se apoyó en el borde del escritorio —Shy tuvo el presentimiento de que también se habría sentido a gusto sentada en el filo de una navaja— y dijo:

—Pues pueden seguir.

—¿Esperándolo?

—Viéndolo. Yo soy la Alcaldesa.

Lamb se movió incómodo en su silla, como si no pudiera permitirse el lujo de sentirse demasiado cómodo en ella.

—¿El Alcalde es una mujer?[5] —preguntó Shy, como si su cabeza, acostumbrada al infierno de gritos que había fuera de la habitación, no se hubiese adaptado aún al silencio.

La Alcaldesa sonrió. Pero, por mucho que sonriera, uno no se cansaba de mirarla.

—En efecto. Aunque al otro lado de la calle seguro que emplean otra palabra para referirse a mí. —Apuró el contenido de su copa de una manera que sugería que no era la primera que se había tomado aquel día y que no sería la última y, también, que no le importaba—. Sweet me contó que están buscando a alguien.

—A un individuo llamado Grega Cantliss —dijo Shy.

—Lo conozco. Es una escoria de hombre que siempre va muy atildado. Roba

y asesina para Papá Anillo.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Lamb.

—Creo que ahora no está en la ciudad. Pero supongo que no tardará en volver. Mientras tanto, pueden esperarlo aquí.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Shy.

—De cuarenta y tres días.

Sintió retortijones sólo con oírlo. Había resistido hasta aquel momento con la esperanza de escuchar alguna buena noticia, o alguna noticia más. Se había mantenido entera al pensar en los sonrientes rostros de Pit y de Ro y en los alegres achuchones que se darían al verse de nuevo. Hubiera debido saber que la esperanza trae consigo el desaliento, el cual siempre acaba alcanzándonos por mucho que intentemos alejarlo de nuestro lado. Haciendo caso omiso de su costumbre de beber a sorbos, apuró el contenido de la copa, que ya no le sabía tan dulce, y dijo entre dientes:

—Mierda.

—Hemos recorrido un largo camino. —Lamb dejó con mucho cuidado su copa encima del escritorio. Preocupada, Shy observó que los nudillos estaban blancos por la fuerza con que cerraba los puños—. Aprecio su hospitalidad, créame, pero no estoy para que me jodan haciéndome perder el tiempo. ¿Dónde está ahora Cantliss?

—Yo tampoco suelo estar para que me jodan de ninguna manera. —Aquellas palabras tan soeces sonaron el doble de vulgares en la educada boca de la Alcaldesa, que le sostenía la mirada a Lamb. Con maneras o sin ellas, era evidente que se trataba de una mujer a la que uno no podía dejar de lado—. Cantliss estará de vuelta en cuarenta y tres días.

Shy nunca había sido una persona que se deprimiera. Un instante para pasarse la lengua por el hueco que tenía entre los incisivos y pensar en todas las injusticias que el mundo le había hecho sufrir, y ya estaba lista para acometer lo que fuera.

—¿Eso de los cuarenta y tres días tiene algún significado mágico?

—Es cuando las cosas van a llegar a su punto crítico en Arruga.

Shy asintió, mirando a la ventana y escuchando la algarabía que se filtraba por ella.

—Me parece que ya han llegado.

—No de esa manera. —La Alcaldesa se puso en pie y les enseñó la botella.

—¿Por qué no? —dijo Shy, mientras Lamb y Sweet tampoco la rechazaban. En Arruga, el hecho de negarse a tomar un trago les parecía algo tan irracional como no querer respirar. Especialmente cuando el trago es tan bueno y el aire está tan cargado de olor a mierda.

—Papá Anillo y yo llevamos ocho años mirándonos desde una acera a otra. —La Alcaldesa se acercó a la ventana para mirar el montón de carne que parloteaba más abajo. Tenía una manera de andar tan suave y graciosa que era como si tuviera ruedas en lugar de piernas—. Cuando llegamos, lo único que había en el mapa era una arruga[6]. Veinte chozas entre las ruinas, un sitio donde los tramperos podrían aguantar el invierno.

—No debiste de pasar desapercibido entre ellos —comentó Sweet.

—Pronto se acostumbraron a mí. Ocho años, mientras la ciudad crecía a nuestro alrededor. Sobrevivimos a la peste, a cuatro incursiones de los Fantasmas, a otras dos de los bandidos, nuevamente a la peste y, después de sufrir el gran incendio, la reconstruimos, haciéndola más grande y mejorándola. Ya estábamos a punto de terminar cuando se descubrió oro y la gente comenzó a llegar. Ocho años mirándonos desde un lado a otro de la calle y tratándonos con desprecio, para terminar prácticamente en guerra.

—¿Cómo llegaron a eso? —preguntó Shy.

—Nuestra enemistad comenzó a deteriorarse por culpa de los negocios. Ambos acordamos zanjar nuestras diferencias haciendo una ley de minas, que es la única que tenemos ahora, y puedo asegurarles que la gente se la toma muy en serio. Y ahora hemos convertido la ciudad en una única parcela que se disputan dos personas, de suerte que el ganador se lo llevará todo.

—¿El ganador de qué? —preguntó Lamb.

—Del combate. Yo no lo decidí, pero Papá Anillo me obligó a aceptarlo. Un combate, un luchador contra otro, con las manos desnudas, dentro del Círculo dibujado en el viejo anfiteatro.

—Un combate en el Círculo —musitó Lamb—. ¿A muerte?, si me permite preguntarlo.

—Por lo que sé, así es como suele terminar ese tipo de combates. Maese Sweet me dijo que usted tenía algo de experiencia al respecto.

Lamb miró a Sweet, luego a Shy y después al Alcaldesa, para decir, casi con un gruñido:

—Un poco.

Hubo un tiempo en el que Shy se habría partido el culo de risa sólo con imaginarse a Lamb luchando a muerte. Pero en aquellos momentos nada le parecía menos divertido.

Sweet bromeó mientras apartaba su copa vacía.

—Creo que ya no es necesario seguir buscando un campeón.

—¿A qué campeón te refieres? —preguntó Shy.

—A Lamb —respondió Sweet—. Pues lo es. ¿Sabes cómo llamo a un lobo con piel de cordero?

Lamb volvió a mirarle.

—Tengo el presentimiento de que nos lo vas a decir.

—Un lobo. —El viejo explorador movió un dedo para recorrer con él toda la habitación, al parecer muy contento consigo mismo—. Me imaginé quién eras cuando allá abajo, en Averstock, un enorme norteño con nueve dedos en una mano mandaba al infierno a dos vagabundos. Y cuando vi cómo aplastabas a Sangseed como si fuera un escarabajo, ya no tuve ninguna duda. Debo admitir que entonces se me ocurrió que tú y la Alcaldesa podrías ayudaros mutuamente a resolver vuestros problemas...

—¡Eres un pequeño y astuto bastardo! —le espetó Lamb con la mirada

encendida y venas muy marcadas en su robusto cuello—. ¡Ten cuidado cuando me quites la máscara, so cabrón, porque quizá no te guste lo que veas!

Sweet se crispó, Shy vaciló, y a todos les dominó la sensación de que aquella habitación tan confortable acababa de convertirse en un sitio demasiado peligroso para seguir charlando en él. Entonces la Alcaldesa se rió como si todo lo sucedido no fuese más que una broma entre amigos, tomó gentilmente la temblorosa mano de Lamb y llenó su copa, rozando sus dedos durante un breve instante.

—Papá Anillo ya tiene campeón —dijo, más amable que nunca—. Un norteño apellidado Dorado.

—¿Glama Dorado? —Lamb se encogió en la silla como si se avergonzase por su temperamento.

—He oído ese nombre —comentó Shy—. Y también que sólo un loco se atrevería a retarle.

—Eso depende de quién sea ese loco. Ninguno de mis hombres sería rival para él, pero usted... —Se inclinó hacia delante, y una dulce vaharada de perfume, tan preciada como el oro entre los hedores de Arruga, le produjo a Shy un suave calorcillo por debajo del cuello de la camisa—. Bueno, por lo que Sweet me ha contado, usted es algo más que un rival para cualquiera.

Hubo un tiempo en el que Shy se habría partido el culo de risa sólo con escuchar aquellas palabras. Pero en aquel momento ni siquiera se atrevía a lanzar una risita.

—Es posible que mis mejores años hayan quedado atrás —musitó Lamb.

—Vamos, no creo que ninguno de nosotros esté para jubilarse. Necesito su ayuda. Y yo puedo ayudarle a usted. —La Alcaldesa miró fijamente a Lamb, que le devolvió la mirada como si nadie más estuviese en aquel sitio. Entonces Shy tuvo un mal presentimiento, como si, de alguna manera, aquella mujer acabase de vencerla sin regatear.

—¿Qué nos impide buscar a los niños por nuestra cuenta? —le espetó con una voz tan ronca como la del cuervo que merodea entre las tumbas.

—Nada —se limitó a responder la Alcaldesa—. Pero, si lo que quieren es encontrar a Cantliss, Papá Anillo se cruzará en su camino. Y yo soy la única que

puede sacarle de él. ¿No te parece un trato justo, Dab?

—Yo diría que es legítimo —respondió Sweet, que aún parecía nervioso—. Si es justo o no, habrá quienes puedan juzgarlo mejor.

—Pero no tiene que decidirlo en este momento. Les buscaré una habitación en la posada de Camling. Es lo más parecido a un terreno neutral. Si consiguen encontrar a sus niños sin mi ayuda, los dejaré ir con mis bendiciones. Si no... —entonces les obsequió con una nueva sonrisa— aquí estaré.

—Hasta que Papá Anillo la eche a patadas de la ciudad.

Sus ojos parpadearon al mirar a Shy, que sintió la ardiente ira que mostraron durante un instante. Después se encogió de hombros, diciendo:

—Pero aún espero quedarme —y les sirvió otra ronda.

PARCELAS

—ES una parcela —decía Temple.

—No se puede negar —dijo Majud, asintiendo.

—Más que eso —dijo Temple—. No me gustaría arriesgarme.

—A mí tampoco. —Majud movió lentamente la cabeza—. Ni aun siendo su propietario.

Aunque la cantidad de oro que había en Arruga hubiera sido sobrevalorada, nadie podía negar que la suciedad acumulada en ella alcanzaba proporciones épicas. En primer lugar estaba el traicionero albañal que era su calle principal y que todo el mundo tenía que vadear a trompicones, por más que maldijera al hacerlo. Después, las salpicaduras de porquería que, cada vez que llovía, las ruedas de los carros lanzaban a considerable altura hacia casas, columnas, animales y personas. Luego la porquería húmeda que era muy insidiosa, pues se abría paso desde el suelo para lamer la madera y las lonas y llenar todo tipo de tejido con mohos y hongos que dejaban unas marcas negruzcas en los dobladillos de la ropa de toda la gente. Por lo demás, la ciudad disponía de un suministro inagotable de estiércol, cagadas, mierda y deyecciones nocturnas de cualquier forma y color, por lo general, todo ello en los sitios más inverosímiles. Finalmente, cómo no, estaba la suciedad moral que lo invadía todo.

La parcela de Majud tenía todo eso y mucho más.

Un individuo, tan demacrado que se resistía a cualquier descripción, salió tambaleándose de una de las decrépitas tiendas amontonadas de mala manera, dijo algo en tono de falsete, pero a voz en cuello, y escupió en aquel barro que tan abonado estaba por tantos desperdicios. Luego obsequió a Majud y a Temple con la cara más belicosa que pudo encontrar, se rascó la infecta barba, tiró hacia arriba de la ropa interior que le cubría todo el cuerpo, la cual volvió a caérsele al instante, y regresó a la indescriptible oscuridad de donde había salido.

—El sitio es bueno —dijo Majud.

—Excelente —aseveró Temple.

—Justo en la calle principal. —Aunque Arruga fuese tan estrecha que, realmente, se reducía a su única calle, la luz del día revelaba un aspecto diferente de ella. La marea de criminales ebrios que había recorrido las ruinosas columnas había terminado por convertirse en una corriente que se le antojaba más respetable. Las casas de putas, los tugurios de juego, los antros para fumar el nocivo humo y los bares infectos sin duda seguían acogiendo a sus parroquianos, pero ya sin aquella urgencia de que aquéllos habían hecho gala, como si el mundo fuera a terminarse al amanecer. Ahora predominaban otros locales con estrategias menos espectaculares para desplumar a los transeúntes. Tiendas de comestibles, establecimientos para cambiar moneda, casas de empeños, herrerías, establos, carnicerías, establos que también eran carnicerías, peleterías baratas y sombrererías, peleterías de mejor calidad, registros de la propiedad y consultorías mineras, comercios que vendían equipos de excavación de la peor calidad y un servicio de correos, a uno de cuyos carteros Temple lo había visto vaciando su saca en un riachuelo próximo a la ciudad. Varios grupos de prospectores legañosos habían vuelto de manera miserable a su oficio, quizá con la esperanza de arañar un poco más polvo de oro de los helados lechos de los arroyos con el que pasar otra noche de locura. De vez en cuando, aguijados por sus sueños, los desaliñados miembros de una nueva caravana llegaban a la ciudad para adoptar la misma expresión de horror y extrañeza que Majud y Temple habían mostrado en cuanto llegaron.

Eso era Arruga. Un lugar por donde todo pasaba.

—He hecho un cartel —dijo Majud, dándole una palmadita afectuosa al mismo. Sobre fondo blanco, unas letras doradas proclamaban lo siguiente: *Majud y Curnsbick, Metalistería, Bisagras, Clavos, Reparaciones de Carros, Todo Tipo de Herrería de Alta Calidad*. Y luego repetía *Metalistería* en otros cinco idiomas, una precaución que estaba justificada en Arruga, donde daba la impresión de que no había dos personas seguidas que hablasen la misma lengua, no digamos ya que supiesen leer en ella. Aunque aquella palabra la hubiese escrito mal en norteño, el resultado seguía siendo notablemente superior a lo que podía leerse en los carteles chillones que bailoteaban en la calle principal. Uno de los edificios de enfrente lucía un cartel de color rojo cuyas letras amarillas se tropezaban con el borde inferior del mismo. Simplemente ponía: *Palacio de la Jodienda*—. Lo tenía desde que salí de Adua.

—Es un noble cartel que representa la proeza que has realizado al venir desde tan lejos. Ahora necesitas un edificio donde colgarlo.

La prominente nuez del comerciante se agitó al aclararse la garganta.

—Recuerdo que en la impresionante lista de las profesiones que habías tenido aparecía la de constructor.

—Recuerdo que no te pareció tan impresionante —dijo Temple—. «Aquí no necesitamos casas» fueron tus palabras exactas.

—Tienes muy buena memoria para recordar lo que se dice en las conversaciones.

—Sólo en aquellas en las que me juego la vida.

—¿Tengo que disculparme antes de que te contrate?

—No veo por qué no.

—Entonces me disculparé. Estaba equivocado. Has demostrado ser un leal compañero de viaje, por no mencionar todo lo que vales como predicador. —Un perro extraviado entró cojeando en la parcela, olisqueó un excremento, puso al lado otro de su propia cosecha y se largó.

—Hablando como carpintero...

—Ex carpintero.

—... ¿qué te parecería construir en esta parcela?

—¿Me estás poniendo un puñal en el pecho? —Temple dio un paso atrás. La bota se le hundió en el agua hasta más arriba del tobillo y tuvo que hacer un considerable esfuerzo para sacarla con un chapoteo.

—El suelo no es muy bueno —le concedió Majud, muy a su pesar.

—El suelo es bueno siempre que caves bastante hondo en él. Comenzaríamos clavando pilotes de madera recién cortada que sea dura.

—Para eso necesitaremos a alguien robusto. Habrá que ver si maese Lamb puede concedernos uno o dos días.

—Es un individuo robusto.

—No me gustaría ser uno de los pilotes que estarán debajo de su martillo.

—A mí tampoco. —Desde que abandonara la Compañía de la Graciosa Mano, Temple se había sentido como si fuera un pilote colocado debajo de un martillo, y esperaba que esa sensación terminase de una vez—. Después se construye un armazón de madera de buena calidad encima de los pilotes, se encaja y se encola, y luego vigas que aguanten un suelo de plancha de pino, para que quienes entren en la tienda no tengan que pisar el barro. Pero antes de terminar el suelo de la primera planta de tu tienda, que te servirá de oficina y de taller, tendrás que contratar a un albañil para que prepare el tiro de la chimenea, y a un maestro albañil para que construya el sitio donde quieres poner la fragua. En la planta superior irá la vivienda. Y, luego, siguiendo lo que parece ser la costumbre local, le añadirás un balcón que dé a la calle. Y, si te apetece, podrás engalanarlo con mujeres semidesnudas.

—Me parece que en eso último no seguiré la costumbre del lugar.

—Un tejado bastante inclinado no estaría mal para evitar el agua de las lluvias invernales, ni tampoco lo estaría acomodar un ático para las mercancías o los empleados. —El edificio comenzaba a tomar forma en la imaginación de Temple, que ya esbozaba su silueta con una mano. La magia de aquel plan estuvo a punto de perderse a causa de la nidada de niños salvajes, todos ellos de la estirpe de los Fantasmas, que retozaban desnudos entre las porquerías de la corriente situada al otro lado.

Majud asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Deberías haber dicho que fuiste «arquitecto» y no «carpintero».

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Para mí sí.

—Pues a mí no me lo digas, ni tampoco a Cursnbick.

—Tiene un corazón de hierro...

—¡He encontrado una! —Un individuo con mucha mugre incrustada encima cabalgaba calle abajo, llevando su fatigado rocín todo lo deprisa que podía y levantando un brazo en alto como si en él acarrease la palabra del Todopoderoso—. ¡He cogido una! —volvió a repetir con voz ronca. Temple distinguió en su mano el

inconfundible brillo del oro. La gente aplaudió con desgana, le felicitó con tibieza y se reunió a su alrededor para darle palmadas en la espalda en cuanto bajó del caballo, como si a todos fuera a pegárseles algo de su buena suerte.

—Uno de los afortunados —dijo Majud al ver cómo subía, con las piernas arqueadas y caminando como un pato, por las escaleras que llevaban a la Iglesia del Placer, seguido por una muchedumbre zarrapastrosa, ansiosa de contemplar, aunque sólo fuese por una vez, una pepita de oro.

—Estoy completamente seguro de que a la hora de comer ya no la tendrá —comentó Temple.

—¿No te parece demasiado tiempo?

Alguien apartó bruscamente los faldones de una de las tiendas. Un gruñido en su interior y un arco de orina que, saliendo de la tienda para caer contra la que está al lado, rocía el barro, pierde intensidad y desaparece. Los faldones vuelven a cerrarse.

Majud se desahogó con un largo suspiro.

—Si me ayudas a construir el edificio del que hemos estado hablando, te pagaré el salario de un marco al día.

—Veo que Curnsbick no consiguió expulsar del Círculo del Mundo a toda la caridad que quedaba en él.

—Aunque la caravana se haya disuelto, aún me considero con la obligación de cuidar de aquellos que me acompañaron.

—Eso o que pensabas encontrar en este sitio a un carpintero y ahora compruebas que la calidad del trabajo local no te... satisface. —Temple miró significativamente el edificio que colindaba con la parcela. Observó que, además de que ninguno de los marcos de sus puertas y ventanas guardase la orientación debida, el edificio, aun asentándose sobre un antiguo bloque de piedra medio hundido en el terreno, estaba ladeado—. Supongo que quieres un edificio que siga en su sitio después de que llueva. ¿No crees que el invierno tiene que ser bastante desagradable en este sitio?

En la breve pausa que siguió a estas palabras, el viento se hizo más frío y sopló con más fuerza, consiguiendo que las lonas de las tiendas ondeasen y las

maderas de los edificios cercanos crujiesen de un modo alarmante.

—¿Qué salario quieres? —preguntó Majud.

Temple había estado sopesando muy seriamente la posibilidad de largarse sin pagarle a Shy Sur los setenta y seis marcos que aún le debía. Pero lo malo de aquella ocurrencia era que no tenía un sitio a donde ir, y que tendría que ganarse la vida por su cuenta. Eso le obligaba a quedarse para hacer dinero.

—Tres marcos diarios. —Era la cuarta parte de lo que Cosca solía pagarle, pero diez veces más que el salario que recibía por cabalgar en la retaguardia.

—Es una exageración —Majud chasqueó la lengua—. El abogado que tienes dentro habla por ti.

—Pues resulta que es amigo íntimo del carpintero.

—¿Cómo puedo saber que tu trabajo estará a la altura de tu sueldo?

—Te desafío a que encuentres a alguien que no haya quedado completamente satisfecho con la calidad de mi carpintería.

—¡Pero si aquí no has construido ninguna casa!

—Pues, entonces, la tuya será algo único. Los compradores harán cola para verla.

—Un marco y medio al día. ¡Si subo, Curnsbick exigirá mi cabeza!

—No me gustaría tener tu muerte sobre mi conciencia. Que sean dos, con comida y alojamiento incluidos —dijo Temple, y extendió la mano derecha.

—Shy Sur ha sentado malos precedentes en esto de negociar. —Majud le miraba sin entusiasmo.

—Su brusquedad se acerca bastante a la de maese Curnsbick. Quizá deberían montar juntos un negocio.

—Siempre que dos chacales quieran compartir el mismo despojo. —Se estrecharon la mano y volvieron a darle vueltas al asunto de la parcela como si no les importase perder el tiempo.

—El primer paso sería limpiar el terreno —dijo Majud.

—Estoy de acuerdo. Su estado actual es una verdadera ofensa contra Dios. Por no mencionar la salud pública. —Otro ocupante acababa de emerger de una estructura fabricada con telas manchadas de moho, la cual estaba tan suelta que parecía un milagro que no tocase el barro que tenía más abajo. Sólo llevaba encima una barba gris que, aunque bastante larga, no bastaba para proteger, si no su dignidad, la de cualquiera que lo estuviera mirando, y un cinturón del que pendía una espada envainada. Se sentó en medio de la porquería y, como si fuese un animal, comenzó a roer un hueso—. También nos sería útil el concurso de maese Lamb.

—Sin duda. —Majud le dio una palmada en el hombro—. Buscaré al norteño mientras comienzas a hacer limpieza.

—¿Yo?

—¿Quién si no?

—¡Soy carpintero, no alguacil!

—¡Hace sólo un día eras sacerdote y vaquero, y poco antes de eso, abogado! Estoy seguro de que una persona con tanto talento como tú sabrá arreglárselas. —Y, con estas palabras, Majud echó a andar calle abajo con paso muy decidido.

La mirada de Temple abandonó la basura terrenal para dirigirse al cielo azul.

—No digo que no lo merezca, pero supongo que lo haces porque te gusta poner a prueba a la gente. —Se remangó las perneras de los pantalones y avanzó con cuidado hacia el mendigo desnudo que roía el hueso, pero cojeando ligeramente, porque la puñalada que Shy le había dado en el trasero aún le molestaba por las mañanas—. ¡Buenos días! —exclamó a modo de saludo.

El hombre bizqueó al mirarlo, chupando una ternilla del hueso, y dijo:

—No creo que lo sean. ¿Tienes algo para beber?

—Creí que lo mejor era dejarlo.

—Entonces, muchacho, tendrás un buen motivo para incordiarme.

—Lo tengo, aunque no creo que a ti te lo parezca.

—Veamos de qué se trata.

—El hecho es —aventuró Temple— que dentro de muy poco vamos a construir en esta parcela.

—¿Y cómo podréis hacer eso, estando yo en ella?

—Porque esperaba que podría convencerte para que te fueras.

El mendigo inspeccionó la superficie de su hueso para ver si quedaba en él algo con lo que alimentarse más tarde y, como no encontró nada, se lo lanzó a Temple, alcanzándole en la camisa.

—No me convencerás de nada sin un trago.

—La cuestión es que esta parcela pertenece a mi patrón, Abram Majud, y...

—¿Quién lo dice?

—¿Quién... dice?

—¿Te estás burlando de mí? —El individuo sacó un cuchillo como si fuera a realizar con él alguna de las tareas que había programado para aquel día, pero el propósito era evidente. El brillo de su hoja, que era muy larga y estaba muy limpia, en sorprendente contraste con la suciedad que uno podía observar en un radio de diez pasos, relució bajo la luz del sol—. Acabo de preguntarte que quién lo dice.

Temple retrocedió, tambaleándose. Para chocar con algo muy sólido. Cuando se volvió, esperando encontrarse cara a cara con alguno de los demás residentes de aquellas tiendas que, posiblemente, llevaría encima otro cuchillo mucho mayor —como en Arruga había muchísimos cuchillos, todos muy largos, sólo Dios sabía distinguirlos de las auténticas espadas—, se sintió muy aliviado, porque quien lo dominaba con toda su estatura no era otro que Lamb.

—*Yo* lo digo —respondió Lamb—. Puedes ignorarme. Incluso puedes seguir moviendo un poco más ese cuchillo. Pero entonces, a lo mejor te lo encuentras metido en el culo.

El hombre bajó el cuchillo, pensando que mejor hubiera sido amenazarle con

otro más corto, y se lo guardó con algo de aprensión.

—Como verás, me estoy marchando.

—Ya lo veo —dijo Lamb, asintiendo con la cabeza.

—¿Puedo coger los pantalones?

—Es lo mejor que puedes hacer.

Entró en su tienda, caminando como un pato, y salió de ella abotonándose la prenda más andrajosa que Temple jamás hubiera visto.

—Os dejo la tienda, si no os importa. No es muy buena.

—Ni falta que lo digas —dijo Temple.

Aquel hombre se demoró un buen rato antes de añadir:

—¿Qué tal lo de echar un trago?

—Ya no —dijo Lamb con un gruñido, y el mendigo se fue a toda prisa como si llevase un perro pegado a los talones.

—¡Vaya, maese Lamb! —Majud mostraba sus pantorrillas cubiertas de barro, porque se acababa de subir con ambas manos las perneras de los pantalones—. ¡Te buscaba para ofrecerte trabajo, pero veo que ya has comenzado!

—No tiene ninguna importancia —dijo Lamb.

—Tranquilo, si te apetece ayudarnos a limpiar este sitio, tendré el gusto de pagarte...

—No te molestes.

—¿Seguro? —El desvaído sol resplandeció en el cliente de oro de Majud—. ¡Si me hicieras ese favor, te consideraría un amigo por el resto de mi vida!

—Debes saber que ser amigo mío puede resultar peligroso.

—Creo que correré el riesgo.

—Podrías ganarte un buen sueldo —comentó Temple.

—Ya tengo el dinero que necesito —dijo Lamb—, pero siempre estuve corto de amigos, por desgracia. —Frunció el ceño al ver al vagabundo que acababa de sacar la cabeza fuera de otra tienda—. ¡Tú! —exclamó. Y el otro la metió rápidamente en la tienda como la tortuga que se escuda tras su caparazón.

Majud enarcó las cejas para mirar a Temple.

—Si todo el mundo fuese tan acomodadizo...

—Nadie está obligado a venderse como esclavo.

—Podías haberte negado. —Shy se apoyaba en la barandilla del destartalado porche del edificio colindante, con las botas cruzadas y dejando caer las manos. Temple tardó un momento en reconocerla. Se había remangado la camisa, que era nueva, para mostrar sus antebrazos morenos, en uno de los cuales, enroscada, aún podía ver la marca anaranjada que le había dejado la soga. Por lo demás, el descolorido chaleco de piel de borrego que llevaba encima de la camisa, pues costaba un poco adivinar que había sido de color amarillo, representaba toda una aparición celestial en medio de tanta mugre. Y aunque siguiera con el mismo sombrero lleno de manchas, un poco más echado hacia atrás, su cabello, que parecía menos grasiento y más rojizo, se estremecía bajo la brisa.

Temple estuvo mirándola un buen rato, y descubrió que le gustaba.

—Pareces más...

—¿Aseada?

—Bueno, algo parecido.

—Pareces... sorprendido.

—Un poquito.

—¿Suponías que me gustaba oler mal?

—No, sólo suponía que te estabas dejando.

Shy escupió por el hueco que tenía entre los dientes y por poco no acertó a

sus propias botas.

—Pues ya ves que estabas equivocado. La Alcaldesa tuvo la gentileza de dejarme usar su baño.

—Así que bañándose con la Alcaldesa, ¿eh?

Ella le guiñó un ojo y contestó:

—Subiendo en la escala social.

Temple se tiró de la camisa, que parecía pegarse a él por todas las manchas de mugre que tenía.

—¿Crees que me dejaría tomar un baño?

—Pídeselo. Pero creo que hay una probabilidad de cuatro contra cinco de que te mate.

—Me gusta el margen. Mucha gente sugirió una probabilidad de cinco contra cero acerca de mi muerte prematura.

—¿Tenía algo que ver con el hecho de ser abogado?

—Debes saber que, con fecha de hoy, soy carpintero y arquitecto.

—Bueno, por lo que veo, cambias tanto de profesión como las putas de bragas, ¿no te parece?

—Siempre hay que aprovechar cualquier oportunidad. —Se volvió para mover airosamente una mano, como si con ella quisiera abarcar toda la parcela—. La firma Majud y Curnsbick me ha contratado para levantar en este sitio sin par una residencia y un local comercial.

—Te felicito por dejar la abogacía y convertirte en un miembro respetable de la comunidad.

—¿Crees que eso existe en Arruga?

—Todavía no, pero quiero pensar que estamos a punto de conseguirlo. Si juntas a muchos criminales borrachos, uno volverá a robar, otro a mentir, otro a

decir palabrotas, y luego, cuando vean que todo eso no les conduce a nada, se comportarán con sobriedad, formarán una familia y vivirán con honradez.

—Me parece un camino difícil, pero es posible. —Lamb expulsaba de la parcela a un borracho que tenía el pelo revuelto y que arrastraba por el fango las pocas posesiones que le quedaban—. ¿Nos ayudará la Alcaldesa a encontrar a tus hermanos?

—Supongo. —Shy lanzó un prolongado suspiro—. Pero pide una cosa a cambio.

—Nada sale gratis.

—Nada. ¿Cuánto te pagan por ser carpintero?

Temple le guiñó un ojo.

—Por desgracia, apenas lo suficiente para ir tirando...

—¡Dos marcos al día, más una participación en los beneficios! —exclamó Majud, que se entretenía en desmontar una tienda que había quedado vacía—. ¡He conocido a bandidos que se mostraban más amables con sus víctimas!

—¿Le has sacado dos marcos a ese miserable? —Shy lo aprobó con un movimiento de cabeza—. Bien hecho. Te quitaré un marco diario para que me vayas pagando la deuda.

—Un marco. —A Temple le costaba aflojar la bolsa—. Muy razonable. —Si existía un Dios, seguro que Sus mercedes no eran gratis y había que pagarlas.

—¡Pensé que la caravana se había disuelto! —Dab Sweet acercó su caballo hasta la parcela, con Roca Llorona pegada a su hombro. No parecía que ninguno de ellos se hubiese encontrado dentro del radio de acción de un baño o de un simple cambio de ropa. De manera extraña, Temple fue consciente de que eso le reconfortaba—. Buckhorm está fuera de la ciudad, con su hierba y su agua. Lestek prepara el teatro para su gran debut. La mayoría de los demás se han ido a buscar oro por su cuenta. Pero vosotros cuatro seguís aquí, todos juntos. Que yo haya forjado en las llanuras una camaradería como la vuestra es algo que me reconforta el corazón.

—No pretenderás ahora que tienes corazón —dijo Shy.

—Algo tendrá que bombear este veneno negro que corre por mis venas, ¿no te parece?

—¡Ah! —exclamó Majud—. ¡Si es el nuevo Emperador de las Llanuras, el vencedor del gran Sangeed, Dab Sweet!

—Yo no he difundido ese rumor. —El explorador echó una nerviosa mirada de soslayo a Lamb.

—Y, sin embargo, ha corrido por la ciudad como un reguero de pólvora. He oído media docena de versiones distintas, ninguna de ellas ni parecida a la verdadera. La última decía que habías disparado al Fantasma desde una distancia de más de un kilómetro, y teniendo en contra un viento racheado.

—Yo escuché que lo habías empalado en los cuernos de un antílope rabioso —dijo Shy.

—Pues según la última versión que he escuchado —decía Temple—, lo mataste en duelo para defender el buen nombre de una mujer.

—¿De dónde demonios sacarán todas esas tonterías? —Sweet lanzó un bufido—. Todo el mundo sabe que ninguna de las mujeres que conozco tiene un buen nombre. ¿Es ésta tu parcela?

—Lo es —respondió Majud.

—Es una parcela —dijo Roca Llorona con mucha solemnidad.

—Majud me ha contratado para que construya una tienda en ella —explicó Temple.

—¿Más edificios? —Sweet se encogió de hombros—. Más techos malditos encima de la cabeza. Paredes que te confinan. ¿Cómo podéis respirar metidos ahí dentro?

—Edificios. —Roca Llorona asentía, moviendo la cabeza.

—Cuando se está dentro de uno de ellos no se puede pensar en nada que no sea la manera de salir. Para mí, que soy un vagabundo, ésa es la realidad. He nacido para sentir el cielo encima de la cabeza. —Sweet miraba la manera en que Lamb, con una mano, sacaba de su tienda a un borracho que intentaba zafarse de él, para

luego arrojarlo, rodando, a la calle—. Uno tiene que seguir siendo lo que es, ¿no os parece?

—Pero puede intentar ser de otra manera —dijo Shy, frunciendo el ceño.

—Lo más frecuente es que no le dure mucho. El hecho de que lo intente un día tras otro acaba por hacerle volver a la idea original. —El viejo explorador le guiñó un ojo—. Por cierto, ¿ha aceptado Lamb la oferta de la Alcaldesa?

—Nos la estamos pensando —contestó ella, de sopetón.

Temple miró a uno y luego a la otra.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Como siempre —respondió Shy y luego, sin dejar de mirar a Sweet, añadió—: Como piensas irte de la ciudad, supongo que no habrás venido a pedirnos dinero...

—Nada de eso. —El viejo explorador señaló con un dedo la calle principal, que iba llenándose de tráfico a medida que el día avanzaba y el mojado sol arrancaba tenues vapores del barro húmedo, de los caballos mojados, de los techos mojados—. Acabamos de firmar un contrato para guiar a una caravana de prospectores hasta las colinas. En Arruga siempre hay trabajo para los guías. Todos los de aquí quieren irse a otro sitio.

—Yo no —dijo Majud, haciendo una mueca al ver que Lamb echaba abajo otra tienda a patadas.

—Claro que no. —Sweet echó una última mirada a la parcela y una sonrisa se insinuó en las comisuras de su boca—. Vosotros estáis justo en el lugar al que pertenecéis. —Y salió de la ciudad, con Roca Llorona a su lado.

PALABRAS Y ENCANTO

AUNQUE SHY NO tuviese grandes pretensiones, la suciedad no le gustaba nada, y eso que se había arrastrado por ella más de lo que le correspondía. El comedor de la posada de Camling era el resultado del desgraciado matrimonio de dos cosas que, juntas, eran más feas que por separado. Si la superficie de las mesas estaba tan desgastada que a más de un remilgado no le habría gustado su brillo, el suelo estaba endurecido por el barro de las botas. Si la cubertería tenía empuñadura de hueso, las paredes hacía mucho que tenían salpicaduras de comida. Si el desnudo que estaba enmarcado en un marco dorado le daba a uno ganas de reír, el emplasto que tenía por detrás estaba lleno de manchas de moho a causa de la gotera de arriba.

—En qué estado se encuentra este lugar... —musitó Lamb.

—Pues como toda Arruga —dijo Shy—. Patas arriba.

Había oído rumores de que los lechos de los torrentes de las colinas estaban llenos de pepitas que esperaban ansiosas los ávidos dedos de la gente que fuese a recogerlas. Pero, aunque los pocos afortunados que habían encontrado oro en Arruga quizá lo hubieran sacado de su subsuelo, le parecía a Shy que la mayoría de ellos había encontrado la manera de sacárselo del bolsillo a los demás. Quienes se agolpaban en el comedor de Camling y aquellos otros que, enfadados, hacían cola para entrar en él no eran mineros, sino alcahuetes, jugadores, carteristas y prestamistas, así como comerciantes que vendían lo que fuese a la mitad de calidad y al cuádruplo del precio que habían pagado por ello.

—Un maldito exceso de mangantes —musitó Shy mientras pisaba con las botas sucias y daba un codazo sin inmutarse—. ¿Es éste el futuro de las Tierras Lejanas?

—De todas las tierras.

—¡Por favor, por favor, amigos, tomen asiento! —Camling, el dueño, era un bastardo espigado y zalamero que se vestía con una chaqueta raquítica que le llegaba hasta los codos y que tenía la costumbre de posar sus blandas manos donde

no eran bien recibidas, por lo que estuvo a punto de recibir un puñetazo de Shy en la cara. Intentaba recoger las miguitas caídas de la mesa que un carpintero demasiado creativo había instalado encima de una antigua columna—. ¡Aunque intentamos mantenernos neutrales, los amigos de la Alcaldesa son amigos míos, faltaría más!

—Quiero sentarme frente a la puerta —dijo Lamb, moviendo su silla.

Camling movió la de Shy, preguntando:

—¿Se me permite decirle cuán positivamente radiante se encuentra usted esta mañana?

—Se le permite, aunque dudo que nadie vaya a dar más importancia a las palabras de usted que a sus propios sentidos. —Shy cambió de posición para sentarse, sintiéndose incómoda porque los antiguos relieves de la columna no le dejaban poner bien las rodillas.

—Al contrario, usted es un adorno muy positivo en este humilde comedor mío.

Shy le miró enfadada. Hubiera encajado mucho mejor un bofetón en la cara que toda aquella palabrería en la que no podía confiar.

—¿Qué tal si nos trae la comida y deja de parlotear?

Camling se aclaró la garganta.

—Por supuesto —dijo, y desapareció en medio del gentío.

—¿Esa de ahí no es Corlin?

Se sentaba en un sitio muy estrecho situado en un rincón poco iluminado, observando a la gente mientras apretaba los labios de la manera que ella acostumbraba, como si para abrirlos fuera necesario el concurso de dos tipos forzudos armados con piqueta y palanca.

—Si tú lo dices —respondió Lamb, entornando los ojos para ver mejor—. Mis ojos ya no son lo que eran.

—Lo digo. Y está con Savian. ¿No pensaban dedicarse a la minería?

—Me dio la impresión de que no les creíste.

—Me parece que tenía razón.

—Sueles tenerla.

—Juraría que me ha visto.

—¿Y?

—Que ni siquiera me ha saludado con la cabeza.

—Entonces es que le habría gustado no haberte visto.

—Pues no le voy a dar ese gusto. —Shy se levantó de la mesa y tuvo que echarse un lado para evitar a un individuo calvo que no dejaba de mover el tenedor a su alrededor mientras hablaba.

—... Aquí sigue llegando gente nueva, pero menos de la que esperábamos. No puedo asegurar cuántos más desistirán. Es como si Mulkova estuviese mal... —En cuanto vio llegar a Shy, Savian dejó de hablar. Los acompañaba un desconocido que, más protegido por las sombras que ellos y situado bajo una ventana cubierta con una cortina, se sentaba entre los dos.

—Corlin —dijo Shy.

—Shy —dijo Corlin.

—Savian —dijo Shy.

Savian se limitó a asentir.

—Pensaba que los dos estabais fuera, excavando.

—No tardaremos en hacerlo. —Corlin le sostenía la mirada a Shy—. Quizá dentro de una semana. O más tarde.

—Hay un montón de gente que quiere hacer lo que vosotros. Para no registrar en la Oficina apenas más que un poco de barro, lo mejor es dirigirse a las colinas.

—Las colinas llevan ahí desde que el gran Euz expulsó a los demonios de este mundo —dijo el desconocido—. Puedo asegurarle que seguirán en el mismo sitio la próxima semana. —Era un tipo extraño, de ojos saltones, barba canosa, bastante larga, y cabellos y cejas muy cortos. Y otra cosa aún más extraña: tenía un par de pajarillos que, tan adiestrados como mascotas, comían semillas en la palma de una de sus manos.

—¿Y usted se llama?

—Zacharus.

—¿Como el Mago?

—Como él.

Aunque le pareciera un disparate llamarse como un mago legendario, lo mismo podía decir de sí misma al presentarse ante los demás con su nombre y apellido: «Shy Sur». Al ir a darle la mano, un pajarillo aún más pequeño que los otros dos abandonó una de sus mangas y le picó en un dedo, dándole un susto de muerte que le hizo dar un respingo.

—Y ese de ahí es Lamb. Salimos de las Tierras Cercanas con una caravana en la que también iban estos dos amigos suyos. Nos enfrentamos con Fantasmas, tormentas, ríos y con muchísimo aburrimiento. Tiempos difíciles, ¿no os parece?

—Abrumadores —dijo Corlin. Como Shy percibía claramente que les hubiera gustado que ella estuviese en cualquier otro lugar que no fuese, precisamente, aquél, decidió quedarse un poco más.

—¿Y a qué se dedica, maese Zacharus?

—A hacer girar las eras. —Tenía una pizca de acento del Imperio, pero sonaba extraño, como esos papeles viejos que se rompen con sólo tocarlos—. A las corrientes del Destino. Al auge y a la caída de las naciones.

—¿Y uno vive bien con eso?

La tímida sonrisa que mostró, igual que la de un loco, estaba formada por un montón de dientes mellados que amarilleaban.

—No hay ninguna manera mala de vivir, al igual que tampoco hay ninguna

manera buena de morir.

—En eso estamos de acuerdo. Y, ¿qué me dice de los pájaros?

—Me proporcionan noticias, amistad y canciones cuando me siento melancólico y, de vez en cuando, materiales para construir un nido.

—¿Tiene un nido?

—No, pero ellos creen que debería tener uno.

—Por supuesto que sí. —Aunque aquel hombre mayor parecía más loco que una cabra, Shy no creyó que gente tan calculadora como Corlin y Savian estuvieran, sin más, perdiendo el tiempo con él. Había algo desconcertante en la manera en que aquellos pájaros la miraban fijamente, sin parpadear, echando la cabeza hacia un lado como si pensaran que era una auténtica idiota.

Supuso que aquel hombre sería de su misma opinión.

—¿Qué asuntos la han traído hasta aquí, Shy Sur?

—Los dos niños que se llevaron de nuestra granja.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Corlin.

—Llevo seis días subiendo y bajando por los escalones del Palacio de la Alcaldesa para preguntar a todos los que pasan si saben algo, pero los niños no son, precisamente, algo que por aquí se vea con frecuencia, así que nadie los ha visto. O, si los han visto, no me lo han dicho. Cuando pronuncio el nombre de Grega Cantliss, todos enmudecen como si acabara de echarles un ensalmo de silencio.

—Los ensalmos de silencio son todo un desafío —musitó Zacharus, enarcando las cejas hasta convertirlas en una línea—. Poseen muchas variantes. —La cortinilla se movió, dando paso a una paloma que asomó la cabeza por ella para emitir un arrullo—. Me dice que están en las colinas.

—¿Quiénes?

—Los niños. Pero las palomas son unas mentirosas. Sólo te dicen lo que quieres oír. —Y entonces pegó su lengua a las semillas que tenía en la mano y comenzó a masticarlas con aquellos dientes suyos tan amarillos.

Cuando Shy comenzaba a pensar que debía tocar retirada, escuchó la voz de Camling por detrás:

—¡Su comida!

—¿A qué supones que se dedican esos dos? —preguntó Shy mientras se sentaba nuevamente en su silla y daba un capirotazo a un par de miguitas que se le habían pasado por alto al restaurador.

—Por lo que he oído, a la minería —respondió Lamb.

—¿Acaso escuchas alguna vez lo que te digo?

—En la medida en que puedo evitarlo, no. Pero puedo asegurarte que, si quieren que les ayudemos, nos lo pedirán. Hasta entonces, lo que hagan no es asunto nuestro.

—¿Te imaginas a cualquiera de esos dos pidiendo ayuda?

—No —dijo Lamb—. Por eso te digo que no es asunto nuestro, ¿de acuerdo?

—Definitivamente, no. Por eso quiero enterarme.

—Yo solía ser curioso. Hace mucho tiempo.

—¿Y qué sucedió?

Lamb movió aquella mano que sólo tenía cuatro dedos y enseñó su rostro cubierto de cicatrices.

La comida consistía en gachas frías, huevos fritos, hechos a toda prisa, y panceta gris. Si las gachas no eran recientes, la panceta le hacía dudar a uno de su procedencia porcina. Pero como la vajilla en que se servía la comida era de importación y estaba decorada con flores y árboles pintados en oro, Camling adoptaba un aire entre pedante y orgulloso, como si en todo el Círculo del Mundo no hubiese un menú más exquisito.

—¿Esto es de caballo? —preguntó a Lamb en voz baja mientras le acercaba el segundo plato y aguardaba a que él le dijera si debía comérselo o no.

—Por lo menos, hay que agradecer que no sea de jinete.

—Durante el viaje comíamos mierda. Pero, al menos, era mierda con todas las de la ley. ¿Qué coño es esto?

—¿Mierda ilegal?

—A esto se reduce Arruga. A comer bazofia en una elegante vajilla de Suljuk. A que todo tenga dos caras, a... —De improviso, Shy cayó en la cuenta de que todas las conversaciones habían cesado y de que el ruido que hacía con el tenedor al rozar el plato era lo único que se escuchaba. Mientras se daba la vuelta lentamente, se le erizaron los pelos de la nuca.

Seis hombres añadían las marcas de sus botas a la pátina de barro que alfombraba el suelo del establecimiento. Cinco de ellos, que eran del tipo de rufián predominante en Arruga, se dispersaron por las mesas para encontrar buenos puestos de observación, caminando con esos aires y esa manera de mirar que intentan dejar constancia de que ellos son mejores que cualquiera, porque son muchos y porque llevan espadas. El sexto era harina de otro costal. Bajo de estatura, pero muy ancho de hombros y con una barriga enorme, se vestía con un traje de tejido excelente que estaba a punto de hacer saltar todos los botones que había en él, como si el sastre encargado de hacérselo hubiera sido demasiado optimista al tomarle las medidas. Tenía la piel negra, el cabello gris y muy ensortijado, y uno de los lóbulos de sus orejas estaba dado de sí para acoger un grueso anillo de oro cuyo diámetro interior era tan grande que Shy hubiera podido meter por él uno cualquiera de sus dedos.

Aquel individuo parecía complacido consigo mismo en un grado exagerado, sonriendo a todo y a todos como si eso fuera exactamente lo que le gustaba hacer. A Shy le desagradó. Lo más seguro es que fuese envidia. Porque, a fin de cuentas, a ella no le había gustado ninguna de las cosas que últimamente había hecho.

—¡No os preocupéis! —dijo con una potente voz que desbordaba buen humor—. ¡Podéis seguir comiendo! ¡Siempre que queráis pasaros el día entero con cagalera! —Y se echó a reír, dándole a uno de sus hombres una palmada tan fuerte en la espalda que estuvo a punto de tirarlo encima de la comida de uno de los idiotas que se encontraban en aquel sitio. Luego se abrió paso entre las mesas, saludando por su nombre a unos, estrechando las manos de otros o dándoles palmadas en el hombro, y pasando por los tableros su largo bastón con empuñadura de hueso.

Shy, que lo vio acercarse, echó su silla ligeramente hacia un lado y se

desabrochó el botón inferior de la chaqueta para coger mejor la empuñadura del cuchillo. Lamb seguía sentado, mirando la comida. Ni siquiera apartó los ojos de ella cuando aquel gordinflón se detuvo junto a la mesa próxima a la suya y dijo:

—Soy Papá Anillo.

—Ya me lo suponía —dijo Shy.

—Tú eres Shy Sur.

—No es ningún secreto.

—Y tú debes de ser Lamb.

—Si debo de serlo, supongo que lo seré.

—Me dijeron que me fijase en un norteño enorme que tenía la cara como un tajo de picar carne. —Papá Anillo acababa de coger una de las sillas libres de la mesa de al lado—. ¿Os importa si me siento?

—¿Y si te dijéramos que no? —preguntó Shy, a su vez.

Se detuvo a medio camino de sentarse en la silla, apoyándose con fuerza en el bastón, y respondió:

—Pues entonces diría que lo sentía y me sentaría igualmente. Lo siento. —Y, finalmente, su cuerpo recorrió el trayecto que había dejado a medias—. Ya sé que no tengo ni puñetera gracia, como todo el mundo me dice. Preguntad a quien queráis. Os dirán que no tengo ni puñetera gracia.

Shy echó un rápido vistazo por la sala. Aunque Savian no hubiese levantado la cabeza para mirar, captó el tenue brillo de la hoja de una espada desenvainada por debajo de su mesa. Eso le hizo sentirse mejor. *Aunque no des la cara por nadie, Savian, es reconfortante tenerte en la retaguardia.*

Al contrario que Camling. Su orgulloso anfitrión llegaba a toda prisa, frotándose las manos con tanta fuerza que a Shy le pareció que echaban humo.

—Hola, Papá. Eres bienvenido.

—¿Y por qué no iba a serlo?

—Por nada, por nada. —Si Camling seguía frotándose las manos, en cualquier momento podían comenzar a arder—. Mientras no haya... problemas.

—¿Quién busca problemas? He venido a hablar.

—Siempre se comienza hablando.

—Todo comienza hablando.

—Sí, pero lo que a mí me preocupa es saber cómo se termina.

—¿Y cómo es posible saberlo hasta que se deja de hablar? —preguntó Lamb, que seguía sin levantar la vista del plato.

—Exacto —dijo Papá Anillo, sonriendo como si estuviera pasando el mejor día de su vida.

—Muy bien —concedió Camling, a regañadientes—. ¿Te apetece comer algo?

Anillo lanzó un bufido.

—Tu comida es una mierda, como estos dos infortunados están a punto de descubrir. Piérdete.

—Papá, estoy en mi establecimiento...

—No sabes la suerte que tienes. —La sonrisa de Anillo parecía menos bonachona—. Así sabrás dónde te has perdido.

Camling tragó saliva y se marchó con la más triste de las expresiones pintada en la cara. Aunque las conversaciones comenzaron a animarse, todas parecían estar dominadas por cierto nerviosismo.

—Uno de los argumentos que a mí me parecen decisivos a la hora de pensar en la inexistencia de Dios es la existencia de Lennart Camling —decía Anillo mientras observaba cómo se iba su anfitrión. Las partes encoladas de la silla crujieron de infelicidad cuando, después de recobrar su buen humor, se acomodó en ella—. ¿Cómo encontráis Arruga?

—Sucia en todos los sentidos. —Shy apartó la panceta, dejó el tenedor en el

plato y también lo apartó. Para su disgusto, no era posible poner más tierra por medio entre su persona y aquella panceta. Cuando apenas acababa de dejar las manos sobre su regazo, una de ellas fue por voluntad propia hacia la empuñadura de su cuchillo.

—Pues a nosotros nos gusta así de sucia. ¿Ya habéis ido a la Alcaldía?

—No sé qué decirte —respondió Shy—. ¿Deberíamos haber ido?

—Sé que *la* habéis visto.

—Entonces, ¿a qué viene esa pregunta?

—Para guardar los modales. Aunque los míos jamás serán como los suyos. Porque los encantos de nuestra Alcaldesa son muchos y variados, ¿no os parece? —Anillo acarició con una palma la madera pulimentada de la mesa—. Tan suave como un espejo. Cuando habla, uno se siente como acunado entre pañales, ¿a que sí? La gente más importante tiende a moverse en su órbita. Esos modales. Qué maneras. La gente importante disfruta con esas cosas. Pero no creo que ahora vayamos a pretender que vosotros dos sois gente importante.

—Quizá aspiremos a serlo —dijo Shy.

—Yo también aspiro a eso —dijo Anillo—. Bien sabe Dios que llegué a este lugar con lo puesto. Pero no creo que la Alcaldesa os ayude a mejorar.

—¿Y tú?

Anillo lanzó una risotada tan alegre como sincera, como la que hubiera podido lanzar uno de nuestros tíos más amables.

—No, no, por supuesto que no. Pero, al menos, intentaré comportarme honestamente con vosotros.

—¿Intentarás ser honesto en la deshonestidad?

—Jamás he pretendido hacer otra cosa que no fuera dar a la gente lo que quería y no juzgarla por lo que deseaba. Me atrevería a decir que la Alcaldesa ha intentado haceros creer que soy el maldito Diablo en persona.

—Podemos sacar esa impresión de ti por nosotros mismos —replicó Shy.

—Eres de respuesta rápida.

—Intento no dejarte muy atrás.

—¿Siempre lleva ella la voz cantante?

—Casi siempre —respondió Lamb, hablando por una comisura de la boca.

—Creo que está aguardando a que digas algo que merezca una buena contestación —comentó Shy.

Anillo hizo una mueca.

—Bueno, eso me parece una costumbre razonable. Parecéis personas razonables.

—Creo que todavía no nos conoces —dijo Lamb, encogiéndose de hombros.

—Por eso he venido a veros. Para conoceros mejor. Y, quizá, para ofreceros algún consejo amistoso.

—Ya soy mayor para los consejos —dijo Lamb—. Incluso para los consejos amistosos.

—También eres mayor para andar buscando pendencias, aunque he oído por ahí que podrías estar metido en cierto asunto de Arruga que tiene que ver con luchar a puñetazos.

—Luché una o dos veces cuando era joven —dijo Lamb, volviendo a encogerse de hombros.

—Ya lo veo —dijo Anillo, mirando las cicatrices que tenía en la cara—, pero como devoto que soy de las artes marciales, te diré que ese asunto al que me refería aún no ha sucedido.

—¿Te preocupa que tu campeón pueda perder? —preguntó Shy, que no conseguía que Anillo dejara de mostrar aquella mueca.

—En realidad, no. Mi campeón es famoso por derrotar a muchos hombres que también eran famosos, y de mala manera. Pero la verdad es que me gustaría que la Alcaldesa hiciese tranquilamente la maleta. No me malinterpretéis, no me

importa que se derrame un poco de sangre. Eso le da a entender a la gente que te preocupas. Pero derramar demasiada es malo para el negocio. Y yo he hecho grandes planes para este sitio. Buenos planes... Pero no creo que eso os importe mucho.

—Todo el mundo hace planes —dijo Shy—, y todos piensan que los suyos son los mejores. Por eso, cuando unos cuantos planes buenos se enredan con otros, las cosas comienzan a ir cuesta abajo.

—Entonces contestadme a la pregunta que voy a haceros, y si la respuesta es «sí», os dejaré disfrutar en paz de vuestra espantosa comida. ¿Le habéis dicho «sí» a la Alcaldesa o, por el contrario, aún puedo mejorar su oferta? —La mirada de Anillo fue de Lamb a Shy y, al comprobar que ninguno de ellos le contestaba, sus esperanzas fueron en aumento, y posiblemente estuviese en lo cierto—. Aunque quizá no tenga su encanto, nunca dejo de pensar en la victoria. Decidme solamente qué os ha prometido.

Lamb decidió mirarle de frente antes de responder:

—Entregarnos a Grega Cantliss.

Como Shy no le quitaba el ojo de encima, comprobó que la sonrisa de Anillo se esfumaba al escuchar aquel nombre. Por eso le preguntó:

—¿Así que lo conoces?

—Trabaja para mí. Ha trabajado para mí en varias ocasiones.

—¿Trabajaba para ti cuando me quemó la granja, mató a un amigo mío y secuestró a mis dos niños? —le preguntó Lamb.

Anillo se echó hacia atrás, masajeándose la barbilla y frunciendo ligeramente el ceño.

—Es una grave acusación. Robar niños. Puedo asegurarte que yo no he tenido nada que ver con eso.

—Pero, al parecer, contrataste a uno que sí que tenía que ver.

—Es tu palabra contra la mía. ¿Qué clase de hombre sería si entregase a mi gente por una suposición?

—Me importa una mierda la clase de hombre que seas —dijo Lamb, gruñendo mientras sus nudillos se volvían blancos por la fuerza con que agarraba los cubiertos. Shy observó que los matones de Anillo se agitaban, inquietos, y que Savian seguía sentado, vigilándolos. Mientras tanto, Lamb seguía mirando a Anillo—. Entrégame a Cantliss y asunto acabado. Entrométete en mi camino y tendrás un problema. —Frunció el ceño mientras desplazaba el cuchillo que tenía encima de la mesa para apuntar con él a Anillo.

Anillo enarcó lentamente las cejas.

—Eres muy confiado. Demasiado, teniendo en cuenta que nadie ha oído hablar de ti.

—Ya he pasado antes por esto. Sé perfectamente cómo terminará.

—Mi campeón no se asusta por un cuchillo.

—Se asustará.

—Sólo tienes que decirnos dónde está Cantliss —dijo Shy—, y entonces nos iremos y ya no nos verás más.

Daba la impresión de que, por primera vez a lo largo de la entrevista, a Papá Anillo comenzaba a agotársele la paciencia.

—Chica, ¿sería posible que te quedaras callada mientras tu padre y yo tratamos este asunto?

—Creo que no. Quizá sea por culpa de mi sangre de Fantasma, pero lo cierto es que sufro una maldición que me hace llevarle la contraria a todo el mundo. Cuando me dicen que no haga algo, yo comienzo a pensar en la manera de hacerlo. Soy incapaz de contenerme.

Anillo respiró profundamente para comportarse de una manera razonable.

—Lo comprendo. Si algún malnacido se llevara a mis hijos, no habría ningún sitio en el Círculo del Mundo al que yo no fuera para perseguirlo. Pero no me convirtáis en enemigo vuestro cuando sería muy fácil que yo fuese vuestro amigo. No puedo entregaros a Cantliss. Es posible que la Alcaldesa lo hiciera si estuviese en mi lugar, pero yo no, porque no es mi estilo. Lo único que puedo prometeros es que, cuando regrese a la ciudad, nos sentaremos con él y tendremos esta misma

conversación para sacarle la verdad, y así podremos encontrar, finalmente, a vuestros niños. Y os doy mi palabra de que os ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Tu palabra? —Shy frunció los labios y escupió en la panceta. Si es que era panceta.

—Aunque no tenga ningún encanto, sí que tengo palabra. —Y Anillo clavó en la mesa su grueso dedo índice—. Mi palabra hace que todo siga de pie a este lado de la calle. La gente me es leal porque yo soy leal con ella. Si rompo mi palabra, no soy nada, nada. —Se acercó a ellos como si fuese a proponerles un asesinato—. Pero si no la aceptáis, si aceptáis la oferta que os hizo la Alcaldesa... tú tendrás que luchar, y, créeme, la lucha será endiablada. Así que os lo pregunto una vez más: ¿Queréis que os ayude? —Se encogió de la manera más rotunda que sus hombros podían permitir, como si considerase que la alternativa a su pregunta era una locura—. Sólo tendrás que limitarte a *no* luchar.

Aunque a Shy no le gustasen más las sensaciones que le producía aquel malnacido que las que experimentaba al estar con la Alcaldesa, tuvo que admitir que lo que decía tenía algo de sentido.

Lamb asintió, poniendo su cuchillo entre el índice y el pulgar de su mano derecha para dejarlo encima del plato, diciendo:

—¿Y si prefiero luchar?

Y entonces se levantó, dando grandes zancadas mientras se dirigía hacia la puerta, y la gente que estaba en la cola se apartó a su paso.

Anillo parpadeó, sorprendido, y enarcó las cejas, diciendo:

—¿Y quién prefiere luchar?

Sin responderle, Shy se levantó y echó a correr detrás de Lamb, sorteando las mesas.

—¡Sólo te pido que lo pienses! ¡Razona un poco!

Ya habían salido a la calle.

—¡Detente, Lamb! ¡Lamb!

Ella esquivó con paso incierto un rebaño de corderos que balaban y tuvo que detenerse para dejar paso a los dos carros que se le acercaban traqueteando. Vio a Temple, que, martillo en mano, estaba sentado a horcajadas encima de una traviesa. La sólida estructura cuadrada de la tienda de Majud apenas sobresalía por encima de los edificios medio derruidos que la flanqueaban a ambos lados. Temple agitó una mano a modo de saludo.

—¡Setenta marcos! —exclamó, mirándole. Aunque no pudo verle la cara, sí que observó que bajaba los hombros con cierto desánimo.

—¿Quieres detenerte? —Agarró del hombro a Lamb cuando éste ya estaba muy cerca de la Iglesia de los Dados de la Alcaldesa, comprobando que los rufianes que rodeaban su puerta y que los observaban con cara de pocos amigos apenas se distinguían de aquellos otros que le guardaban las espaldas a Papá Anillo—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Aceptar la oferta de la Alcaldesa.

—¿Sólo porque ese idiota seboso ha conseguido hacerte enfadar?

Lamb se acercó aún más a ella, y entonces le pareció que era tan alto como una torre.

—Por eso y porque, además, se llevó a tus hermanitos.

—¿Y tú crees que eso me hace feliz? —masculló ella, que volvía a estar enfadada—. ¡Pero no conocemos todos los detalles! A fin de cuentas, parecía un tipo bastante razonable.

Lamb volvió la cabeza para ver el establecimiento de Camling.

—Algunas personas sólo hacen caso a la violencia.

—Y otras no hacen más que mencionarla. Nunca te tomé por una de ellas. ¿Hemos venido hasta aquí para encontrar a Pit y a Ro o para buscar sangre?

Aunque Shy sólo quería dejar constancia del hecho y no hacerle una pregunta, le pareció que Lamb se pensaba lo que iba a responder.

—Creo que para hacer las dos cosas.

Se le quedó mirando durante un instante.

—¿Quién cojones *eres*? Hubo un tiempo en que la gente te restregaba la mierda por la cara y tú les dabas las gracias y pedías más.

—¿Y sabes qué? —Le quitó los dedos del brazo que ella agarraba, haciéndole casi daño—. Acabo de recordar que no me gustaba mucho. —Y entonces comenzó a escalar los peldaños por los que llegaba al local de la Alcaldesa, dejando a Shy en la calle.

ASÍ DE SIMPLE

TEMPLE cepilló un poco más la junta y asintió con la cabeza, mirando a Lamb para bajar la viga y que su espiga se ajustase bien a la mortaja.

—¡Ah! —exclamó Lamb, dándole una palmada en el hombro—. No hay nada tan agradable como contemplar un trabajo bien hecho. Muchacho, tienes unas manos ágiles. Demasiado ágiles para una persona que viajó río abajo. El tipo de manos que lo arreglan todo. —Miró aquella mano suya de cuatro dedos, tan grande y maltratada, y la cerró con fuerza—. Las mías sólo me han servido para una cosa—. Y golpeó la viga hasta que la mano se le puso colorada.

En un principio, Temple consideró que la carpintería venía a ser una simple tarea más, como cuando había tenido que cabalgar detrás del ganado, pero luego cayó en la cuenta de que, a cada día que pasaba, disfrutaba más con ella. Había algo en el olor de la madera recién cortada —pero sólo cuando la brisa de la montaña refrescaba el valle el tiempo suficiente para atenuar el persistente olor a mierda— que se llevaba los recuerdos que lo ahogaban y le permitía respirar. Si sus manos habían recobrado la antigua destreza que tenían con el formón y el martillo, él solventaba las dificultades que le ofrecía la madera, aclarándola, enderezándola o doblegando su dureza. Los obreros contratados por Majud, al ver que conocía el oficio, no tardaron en seguir sus instrucciones sin rechistar; y aunque se moviesen entre los andamios y las poleas con poca maña, pero con mucho entusiasmo, la estructura comenzó a crecer al doble de velocidad y al doble de perfección de lo que Temple esperaba.

—¿Dónde está Shy? —preguntó de improviso, como si no quisiera retrasar el pago parcial de la deuda que tenía con ella. Se estaba convirtiendo en un juego entre los dos, en el que uno de ellos siempre perdía.

—Sigue en la ciudad, preguntando por Pit y Ro. Como siempre hay gente nueva, no se cansa de preguntar. Probablemente ahora recorra la acera de Papá Anillo.

—¿No es peligroso?

—Quizá.

—Deberías impedírselo.

Lamb lanzó un bufido mientras le pasaba una claveta.

—La última vez que intenté impedirle algo, ella tenía diez años y no me hizo ni caso.

Temple metió la claveta por el agujero.

—En cuanto se le mete algo en la cabeza, no para hasta que lo consigue.

—Eso es lo que me gusta de ella. —Había un deje de orgullo en la voz de Lamb mientras le pasaba el mazo—. Esa chica no es cobarde en absoluto.

—¿Y por eso me ayudas a mí y no a ella?

—Te ayudo porque ya he descubierto la manera de llegar a donde están Pit y a Ro. Sólo estoy esperando la llegada de Shy para discutir el precio con ella.

—¿Y cuál es?

—La Alcaldesa necesita un favor. —Se produjo una larga pausa, medida por los golpeteos del mazo de Temple y acompañada por los distantes sonidos de los martillazos de las restantes obras, no tan pulcras como la suya, que tenían lugar en toda la ciudad—. Ella y Papá Anillo quieren jugarse Arruga en un simple combate.

—¿Se van a jugar la ciudad? —Temple echó una mirada a su alrededor.

—Cada uno de ellos es dueño de media Arruga, más o menos. —Lamb echó un vistazo a las afueras de la ciudad, donde la muchedumbre se agolpaba de manera inimaginable a ambos lados del serpenteante valle, como si aquel lugar se comportase igual que un aparato digestivo gigantesco que dejara entrar las mercancías y los animales por uno de sus extremos para luego expulsar a chorros, por el otro, todo tipo de mierda, mendigos y dinero—. Pero como cuanto más tienen, más quieren, cada uno quiere la mitad del otro.

Temple expulsó el aire almacenado en los carrillos mientras adaptaba otra claveta.

—Y supongo que a uno de los dos no le gustará el desenlace.

—Por lo menos, a uno de ellos. Como decía mi padre, los peores enemigos son los que viven en la casa de al lado. Esos dos llevan años discutiendo, y como ninguno se da por vencido, han decidido jugárselo todo a una pelea. El ganador se lo lleva todo. —Como si fuera una inundación, un grupo de Fantasmas medio domesticados acababa de salir de una de las peores casas de putas (porque en cualquiera de las mejores no les hubieran dejado pasar de la puerta) y esgrimían sus cuchillos, insultándose unos a otros en la lengua común, de la que sólo conocían las palabrotas más obscenas. De eso había más que suficiente en Arruga—. Dos hombres dentro de un Círculo —musitó Lamb—, ante una considerable audiencia y una notable ausencia de apuestas a favor del que no es el favorito. Uno lo abandona vivo, el otro muerto, y todos los demás se divierten.

—Mierda —dijo Temple entre dientes.

—Papá Anillo llevará a un tipo llamado Glama Dorado. Un norteño. Un nombre importante a día de hoy. He oído que ha estado peleando por dinero en fosos y corrales a todo lo largo y ancho de las Tierras Cercanas, y también que ha cosechado un montón de victorias. Y la Alcaldesa, bueno, pues ha estado buscando por todos los medios a alguien que quisiera luchar a su favor... —Miró a Temple durante un buen rato y entonces no resultó difícil adivinar el resto.

—Mierda. —Una cosa era luchar para defender la propia vida en las llanuras, donde los Fantasmas iban a por uno sin dejarle más alternativas, y otra muy diferente aguardar durante varias semanas el momento de aparecer con paso airoso ante una multitud para aporrear, retorcer y aplastar a un hombre con las manos, quitándole la vida—. ¿Tienes alguna práctica en... ese tipo de cosas?

—Con la suerte que tengo... la verdad es que bastante, por desgracia.

—¿Y estás seguro de que el bando correcto es el de la Alcaldesa? —preguntó Temple, que acababa de recordar todas las veces que él mismo se había encontrado en el bando equivocado.

Lamb miró enfadado a los Fantasmas, que a todas luces acababan de resolver sus diferencias sin derramamiento de sangre y se estaban abrazando efusivamente, haciendo mucho ruido.

—Según mi propia experiencia, rara vez hay un bando correcto y, cuando lo hay, tengo una extraña tendencia a escoger el otro. Lo único que sé es que Grega

Cantliss mató a un amigo mío, me quemó la granja y se llevó a dos niños a los que había jurado proteger. —La voz de Lamb adquirió un filo acerado al mirar a la Casablanca, tan helador que a Temple se le puso la carne de gallina—. Como Papá Anillo lo protege, acaba de convertirse en mi enemigo. Y como la Alcaldesa no lo protege, eso la convierte en mi amiga.

—Es posible que sea así de simple?

—Cuando vas a meterte dentro de un Círculo para matar a un hombre, conviene que lo sea.

—¿Temple? —Como el sol estaba más bajo y la sombra de una de las grandes columnas cruzaba la calle, tardó un poco en distinguir entre tanta gente quién era el que le llamaba—. ¿Temple? —Pasaron unos segundos más antes de descubrir el rostro sonriente, de ojos brillantes y barba rubia y enmarañada, que le miraba—. ¿Qué haces ahí arriba? —Un instante más para relacionar el mundo al que pertenecía el recién llegado con aquel en el que Temple vivía en aquellos momentos y sentirse, al reconocerlo, como el plácido durmiente a quien acaban de despertar mediante el simple expediente de tirarle encima un cubo de agua helada.

—¿Bermi? —preguntó, casi sin aliento.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Lamb.

—Nos conocemos —respondió Temple, casi sin fuerzas para hablar.

Las manos le temblaban cuando se deslizó por la escalera de madera, sintiéndose como el conejo que quiere echar a correr. Pero, ¿adónde? Había agotado toda su suerte al desertar de la Compañía de la Graciosa Mano, y no las tenía todas consigo de que la protección divina le permitiera salir bien librado por segunda vez. A regañadientes, con pasos muy cortos, avanzó al encuentro de Bermi como el niño que ve llegar la bofetada que se merece.

—¿Estás bien? —preguntó el estirio—. Pareces enfermo.

—¿Está Cosca contigo? —Temple se sentía tan mal que apenas podía hablar. Si Dios le había bendecido con unas manos ágiles, también le había maldecido con un estómago débil.

Bermi se deshacía en sonrisas.

—Puedo asegurarte que no lo está, así como ninguno de los demás bastardos. Supongo que aún andará revolcándose por las Tierras Cercanas, fanfarroneando con aquel maldito biógrafo suyo y buscando el antiguo oro que nunca encontrará. Eso si no ha decidido regresar a Starikland para emborracharse.

—Gracias al Cielo. —Temple cerró los ojos y exhaló un larguísimo suspiro de alivio. Luego apoyó una mano en uno de los hombros del estirio, estando a punto de caer al suelo porque la cabeza le daba vueltas.

—¿De veras que estás bien?

—Sí, lo estoy. —Rodeó a Bermi con ambos brazos y le dio un fuerte abrazo—. ¡Me encuentro muy bien! —Estaba entusiasmado. ¡Volvía a sentir la libertad! Aplicó un sonoro beso a la barbuda mejilla de Bermi y le preguntó—. ¿Qué diablos te trae al culo del mundo?

—Tú me mostraste el camino. Después de lo que sucedió en aquella ciudad... ¿cómo se llamaba?

—Averstock —dijo Temple en voz baja.

Bermi le miró bizqueando, como si se sintiera culpable.

—He hecho cosas de las que no me enorgullezco. Pero nunca asesiné a nadie. Después de que desaparecieras, Cosca me ordenó que fuese a buscarte.

—¿De veras?

—Dos días después me encontré con una caravana que se dirigía al oeste en busca de oro. La mitad de la gente era de Puranti... de mi ciudad, ¡imagínatelo! ¡Era como si Dios lo hubiese hecho adrede!

—A lo mejor lo hizo.

—Así que deserté de la Compañía del Puto Dedo y los acompañé.

—Dejando a Cosca a tu espalda. —El hecho de haber burlado de nuevo a la muerte le hizo sentirse un tanto ebrio—. Muy, muy a tu espalda.

—¿Ahora eres carpintero?

—Es sólo una manera de pagar las deudas que tengo.

—A la mierda las deudas, hermano. Volvemos a las colinas. Hemos adquirido una licencia para buscar en el Aguaoscura. ¡La gente pasa el barro por un cedazo y encuentra pepitas! —Le dio una palmada en el hombro—. ¡Deberías venir con nosotros! Siempre habrá sitio para un carpintero con sentido del humor. Tenemos una cabaña donde podrías vivir a cambio de algo de trabajo por tu parte.

Temple tragó saliva. Cuando iba detrás del ganado, ahogándose por el polvo que levantaba el ganado de Buckhorm, o fastidiado por las sangrientas pullas de Shy, ¿cuántas veces había soñado con una oferta como ésa? Un camino fácil se abría bajo sus voluntariosos pies.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de cinco días, quizá seis.

—¿Qué tendría que llevarme?

—Unas buenas ropas y una pala, lo demás lo ponemos nosotros.

Temple miró a Bermi para ver si le estaba engañando, pero no observó la mentira en su rostro. A fin de cuentas, era posible que Dios sí existiera.

—¿Es posible que sea así de simple?

—Eres la única persona que conozco a la que le gusta complicar las cosas. —Bermi sonreía—. Amigo mío, estamos en la nueva frontera, en la tierra de las oportunidades. ¿Hay algo más que te retenga en este sitio?

—Supongo que no. —Temple miró a Lamb, cuya enorme silueta oscura se recortaba contra el armazón del edificio de Majud—. Sólo mis deudas.

PESQUISAS

—**E**STOY buscando a una pareja de niños.

Caras inexpresivas.

—Se llaman Ro y Pit.

Tristes meneos de cabeza.

—Tienen, respectivamente, diez y seis años. Bueno, siete. El niño ya tiene siete.

Siseos de simpatía.

—Se los llevó un hombre llamado Grega Cantliss.

Una mirada asustadiza y la puerta que se cierra delante de su cara.

Shy estaba a punto de admitir que comenzaba a cansarse. Poco les faltaba a sus botas para caerse a trozos después de tantas idas y venidas por aquella calle principal tan serpenteante, que crecía en longitud y se hacía más sinuosa a medida que pasaban los días y la gente llegaba de las llanuras para plantar tiendas o amontonar sacos en alguna parcela llena de barro o, incluso, dejar que sus carros se pudriesen a lo largo del camino. Sus hombros estaban amoratados por todos los empujones que recibía en medio del bullicio, y las piernas le dolían por tener que escalar las pendientes del valle para hablar con la gente que vivía en las casuchas construidas en ellas. Su voz se había convertido en un graznido al repetir constantemente las mismas preguntas en las salas de juego, en los antros oscuros y en las tabernas baratas, recibiendo casi siempre las mismas respuestas. Pero había unos pocos sitios con cierta clase en los que no la dejaban entrar, porque, al parecer, molestaba a los clientes. Quizá tuviesen razón. Quizá Lamb tuviese todo el derecho del mundo de pensar que Grega Cantliss iría a por él. Pero a Shy jamás se le había dado bien la espera. *Eso es por la sangre de Fantasma que corre por tus venas*, le habría dicho su madre. Pero a su madre tampoco se le había dado bien esperar a nadie.

—Mira, si es Shy Sur.

—¿Cómo te va, Hedges? —preguntó, aunque ya supiera la respuesta sólo con echar un vistazo. Sin mostrarse muy obsesionado por el éxito, durante los días de la caravana siempre le había parecido ver en él una chispa de esperanza. Desde su llegada se había apagado, sus cabellos habían encanecido y su ropa se había convertido en harapos. Arruga no era un buen lugar para que prosperasen las esperanzas. Ni para que prosperase nada, por lo que veía—. Pensaba que estabas buscando trabajo.

—No he podido encontrar ninguno. No hay nada para alguien con una pierna como la mía. ¿Quién va a creer que dirigí una carga en Osrund? —Desde luego que ella no, pero como él ya lo acababa de decir, guardó silencio—. ¿Sigues buscando a los tuyos?

—No nos iremos de aquí hasta que los encuentre. ¿Has oído algo?

—Eres la primera persona que me dirige más de cinco palabras seguidas en una semana. No crees que dirigí una carga, ¿verdad? Quién podría creerme... —Ambos se sentían violentos, sabiendo lo que iba a suceder y que no iban a ser capaces de impedirlo—. ¿Podrías prescindir de un par de monedas?

—Claro que sí. —Shy hurgó en su bolsillo, le tendió las monedas que Temple le había dado una hora antes y se fue a toda prisa. Porque a nadie le gusta estar cerca de quien ha fracasado, por si acaso se le pega algo.

—¿No vas a decirme que no me lo gaste todo en bebida? —le preguntó cuando ya se había ido.

—No soy un predicador. Me parece que la gente tiene derecho a escoger la manera de destruirse.

—Pues sí que la tiene. ¡Shy Sur, no eres mala, sólo justa!

—Me parece que en eso no vamos a ponernos de acuerdo —dijo por lo bajo, dejando que Hedges se dirigiera a trompicones hacia la taberna más cercana, lo que en Arruga significaba unos pocos pasos.

—Estoy buscando a una pareja de niños.

—¡No puedo ayudarla, pero sí ofrecerle algunas noticias! —Aquella mujer

era un personaje extraño, pues sus ropas debían de haber sido elegantes en su tiempo, pero aquel tiempo había pasado ya hacía mucho, y los meses se habían llenado de barro y de comidas a destiempo. Con un florido movimiento de una de sus manos, echó hacia atrás su casaca demasiado ancha y sacó de ella un montón de hojas arrugadas.

—¿Qué son, pasquines de noticias? —Shy comenzaba a lamentar haber entablado conversación con aquella mujer, pero la verdad era que su voluminosa barriga no le dejaba sitio para pasar por la estrecha tira de barro que se interponía entre la corriente llena de porquería y los portales en ruinas.

—Tiene buen ojo para las cosas de calidad. ¿Quiere comprar uno?

—Creo que no.

—¿No le interesan los acontecimientos distantes que tienen que ver con la política y el poder?

—No creo que tengan que ver mucho con lo que hago.

—¿Es posible que su ignorancia de los asuntos de actualidad sea lo que impide prosperar?

—Siempre pensé que era la codicia, la pereza y el mal carácter de otras personas, junto con una buena cantidad de mala suerte, pero supongo que usted seguirá con su idea.

—Eso nos pasa a todos. —Pero la mujer seguía sin apartarse.

Shy suspiró. Dada su habilidad para enfadar a la gente, le pareció que podría dedicarle un poco de paciencia.

—De acuerdo. Sáqueme de mi ignorancia.

La mujer extendió la hoja que estaba encima de todas y leyó como si declamase:

—*¡Los rebeldes derrotados en Mulkova... puestos en fuga por las tropas de la Unión al mando del general Brint!* ¿Qué le parece?

—A menos que hayan sido derrotadas por segunda vez, eso sucedió antes de

que yo abandonase las Tierras Cercanas. Todo el mundo lo sabe.

—La dama necesita noticias más recientes —dijo para sí aquella mujer, escarbando con el pulgar en el montón de papeles—. *¡Termina el conflicto con Estiria! ¡Sipani abre sus puertas a la Serpiente de Talins!*

—Eso sucedió dos años antes, por lo menos. —Shy comenzaba a pensar que aquella mujer estaba mal de la cabeza, aunque eso significase bien poco en un lugar donde la mayoría de la gente era maníaca, depresiva, maníaco-depresiva o sufría cualquier otro tipo de locura inclasificable.

—Todo un desafío. —La mujer se llevó a la boca un dedo sucio para pasar las hojas, sacando luego una que parecía auténticamente antigua—. ¿Qué tal ésta? *El Legado Sarmis amenaza la frontera de las Tierras Cercanas. Se teme una incursión del Imperio.*

—Sarmis lleva amenazando durante décadas. ¡Es el Legado más amenazante del que jamás hayan hablado los periódicos!

—¡Lo era entonces y lo es ahora!

—Amiga mía, las noticias se pasan enseguida, como la leche.

—Pues a mí me parece que envejecen tan bien como el vino.

—Me encanta que le guste la añada, pero no voy a comprarle ninguna noticia que esté pasada.

La mujer meció sus papeles como una madre que intentase proteger a su hijo contra el ataque de un ave, inclinándose tanto hacia delante que Shy pudo comprobar que a su sombrero de copa le faltaba la parte superior, y contemplar, de paso, una amplia perspectiva del cuero cabelludo más roñoso que nadie pueda imaginar, así como respirar una peste a podrido que a punto estuvo de tirarla al suelo.

—No será peor que la que se produzca mañana, ¿no le parece? —dijo. Y entonces pasó majestuosamente a su lado y se fue, agitando aquellas hojas por encima de la cabeza—. ¡Noticias! ¡Tengo noticias!

Shy respiró larga y pausadamente antes de reanudar su camino. ¡Maldición, qué cansada estaba! Pero, según su experiencia, Arruga no era un buen sitio para

quitarse el cansancio de encima.

—Estoy buscando a una pareja de niños.

El del medio sonrió con cara burlona.

—Yo te daré tus niños, chica.

El de la izquierda soltó una carcajada. El de la derecha bizqueó, y un poco del jugo de la *chagga* que se estaba fumando se escurrió de su boca y le manchó la barba. Por como la tenía, era evidente que babeaba constantemente. Aunque no le pareciese un trío muy prometedor, no podía fiarse de las impresiones, porque, de dejarse llevar por ellas, las pesquisas que estaba haciendo en Arruga apenas le hubieran durado un día.

—Se los llevaron de nuestra granja.

—Quizá porque no había nada mejor que llevarse.

—Pues tengo que darle la razón en eso. Se los llevó un hombre llamado Grega Cantliss.

El buen humor de aquellos tres desapareció de repente. El de la derecha se levantó con cara de preocupación. El de la izquierda lanzó un escupitajo manchado de jugo por encima de la barandilla. Burlón la miró con peor cara que antes, diciendo:

—Chica, si sigues haciendo por aquí ese tipo de preguntas, tendrás un problema. Un problema grave.

—No eres el primero que me lo dice. Será mejor que me marche con mi problema calle abajo.

Hizo ademán de irse, pero un individuo salió del porche para bloquearle el paso mientras apuntaba un dedo hacia su cara.

—Creo que lo sabes, tienes algo de Fantasma.

—Yo creo que es una mestiza —dijo rezongando uno de sus amigos.

—Pues no, sólo tengo un cuarto de sangre de Fantasma —replicó Shy,

apretando las mandíbulas.

Burlón llevó su sonrisa burlona al reino de la contorsión facial.

—Bueno, pues por este lado de la calle no nos preocupan nada tus niños.

—Mejor tener un cuarto de sangre de Fantasma que ser un capullo, ¿no te parece?

Los insultos eran carnada para aquel tipo de gente. Enarcó las cejas mientras daba un paso hacia ella.

—Maldita...

Sin pensárselo dos veces, Shy llevó su mano derecha a la empuñadura del cuchillo que llevaba, diciendo:

—Yo que tú, me quedaría donde estás.

El otro entornó los ojos. Enojado. Como si no hubiese esperado que se le resistiera. Como sus amigos le miraban, ya no podía echarse atrás.

—Y yo que tú, chica, apartaría la mano de ese cuchillo a menos que fuera a usarlo.

—Si lo uso o no dependerá de si tú te quedas o no donde estás. Aunque no espero que lo hagas, a lo mejor eres más listo de lo que pareces.

—Dejad que se vaya. —Un individuo muy grande acababa de aparecer en el porche. Decir que era muy grande no le hacía mucha justicia, porque la enorme mano que apoyaba en el marco era como la cabeza de Shy.

—No tienes por qué meterte en esto —dijo Burlón.

—Lo sé, pero me voy a meter. ¿Decías que buscabas a Cantliss? —preguntó, recorriendo a Shy con la mirada.

—Así es.

—¡No digas nada! —le espetó Bizco.

—Cierra el pico... —dijo el grandullón, mirándolo de soslayo. Tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta— o yo te lo cerraré. —Los otros dos individuos se apartaron para dejarle sitio... porque casi no cabía. Cuando salió de las sombras, parecía aún más alto, incluso mucho más que Lamb, y quizá más ancho de hombros y de tórax. Era un auténtico monstruo que, sin embargo, hablaba pausadamente con una pizca de acento del Norte—. No hagas caso a esos idiotas. Son muy osados cuando están seguros de que van a ganar una pelea, pero en los demás casos se arrugan. —Bajó los dos escalones que llevaban a la calle, haciendo que la madera se estremeciera por el peso de sus enormes botas, y dominó a Burlón con su estatura—. Cantliss está hecho de la misma pasta que éstos —dijo—. Un idiota infatuado al que rodean un montón de viciosos. —Para ser tan grande, su rostro se veía triste y macilento. Su bigote, rubio y algo lacio, tenía alrededor una pelusa de color gris—. Más o menos como yo era antes, si se me permite decirlo. Por lo que he oído, le debe a Papá Anillo un montón de dinero. Creo que lleva bastante tiempo sin aparecer por aquí. Y esto es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, ha sido mucho para mí.

—Ha sido un placer. —El hombre volvió aquellos ojos azules tan claros que tenía hacia Burlón, diciendo—: Apártate de su camino.

Burlón obsequió a Shy con una mirada tan suspicaz como malvada. Pero, como cuando era más joven a ella le habían obsequiado con todo tipo de miradas a cuál más desagradable, aquella apenas le hizo efecto. Luego, cuando hizo ademán de subir por los peldaños, el grandullón no se lo permitió.

—Apártate de su camino y tira por ahí —dijo, indicando el agua que pasaba.

—¿Que me meta en el albañal? —preguntó Burlón.

—Métete en el albañal o te meteré yo.

Burlón se maldijo a sí mismo mientras pisaba las piedras manchadas de fango y se metía por el agua llena de porquería que le cubría hasta las rodillas. El enorme norteño se llevó una mano al pecho, indicando a Shy con la otra el sendero que acababa de quedar expedito.

—Gracias —dijo ella al pasar—. Ha sido todo un placer encontrar a alguien decente a este lado de la calle.

—No permitas que un poco de amabilidad te confunda —dijo él tras sonreír

con algo de tristeza—. ¿Decías que buscas a unos niños?

—A mis hermanos. Chico y chica. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quizá pueda ayudarte.

Shy había aprendido a considerar cualquier ofrecimiento de ayuda, y en realidad cualquier cosa, con gran suspicacia.

—¿Y por qué querrías ayudarme?

—Porque sé lo que se siente al perder la familia. Es como perder una parte de uno mismo, ¿a que sí? —Ella se lo pensó durante un instante y comprendió que tenía razón—. Yo tuve que dejar a la mía atrás, en el Norte. Sabía que era lo mejor que podía hacer por ellos. Lo único que podía hacer. Pero aún me duele haberlo hecho. Por eso no me gusta recordarlo. Uno no sabe lo que valen las cosas antes de perderlas. Los echo de menos.

Se encogió de hombros con tanta pena que a Shy le dio mucha lástima.

—Bueno, pues si quieres acompañarme, por mí encantada. Según mi propia experiencia, la gente me toma más en serio cuando algún grandullón me cubre las espaldas.

—Lamentablemente, ésa es una verdad universal —dijo mientras avanzaba, dando dos pasos por cada tres que ella daba—. ¿Estás sola?

—He venido con mi padre. Una especie de padre.

—¿Cómo puede ser alguien una especie de padre?

—Digamos que intenta serlo.

—¿Y es el padre de esos dos niños que estás buscando?

—También es una especie de padre para ellos —respondió Shy.

—Seguro que es de esas personas que siempre ayudan.

—Lo es, en cierta manera. Les echa una mano a los que están construyendo una casa al otro lado de la calle.

—¿Esa nueva que ya está bastante alta?

—La Metalistería de Majud y Curnsbick.

—Es un buen edificio. Algo que resulta raro por aquí. Por cierto, no sé cómo va a poder encontrar él solo a vuestros niños.

—Cree que alguien va a ayudarle.

—¿Quién?

Normalmente, ella habría seguido sin enseñar sus cartas, pero algo en la manera de hablar de aquel hombre se lo impidió.

—La Alcaldesa.

El norteño tomó una gran bocanada de aire.

—Antes le confiaría mis partes a una serpiente que todo lo demás a esa mujer.

—Parece demasiado amable.

—Nunca confíes en quien no emplea su nombre, como suele decirse.

—Aún no me has dicho el tuyo.

El grandullón suspiró con desgana.

—Esperaba no tener que decírtelo. La gente suele mirarme de manera diferente cuando lo conoce.

—¿No será uno de esos que parecen de broma, como Arsehowl[7], por ejemplo?

—Eso no estaría mal. No, digamos que mi nombre no hace reír a nadie. No sabes todo lo que he hecho para no recordarlo. Lo he intentado durante años. Pero no hay manera de librarse de él. Yo mismo he forjado los eslabones de mi cadena, créeme.

—Creo que todos somos propensos a hacer lo mismo que tú.

—Probablemente. —Se detuvo y le tendió su enorme mano, que ella estrechó, pensando mientras lo hacía que la suya era como la de un niño—. Me llamo...

—¡Glama Dorado!

Shy comprobó que el grandullón vacilaba durante un instante y se encogía antes de darse lentamente la vuelta. Un hombre acababa de aparecer en la calle. Un muchacho bastante alto, con una enorme cicatriz que le cruzaba los labios y una chaqueta raída. Sus movimientos imprecisos le dijeron a Shy que había estado bebiendo más de la cuenta. Quizá para darse ánimos, aunque en Arruga la gente no necesitara ninguna excusa para emborracharse. Levantó un dedo igual de impreciso para apuntarles con él mientras los dedos de la otra mano buscaban a tientas el mango del enorme cuchillo que llevaba al cinto.

—¿Eres el que mató a Oso Rechoncho? —preguntó con voz burlona—. ¿Ese que gana todos los combates? —Escupió en el barro, muy cerca de donde estaban—. ¡Pues no pareces gran cosa!

—Y no lo soy —dijo el norteño con voz tranquila.

El joven parpadeó, sin saber cómo tomarse aquello.

—Me da igual... ¡Escucha lo que te digo: Eres un bastardo!

—¿Y si no quiero escucharte?

El muchacho miró con mala cara a las personas que comenzaban a asomarse a los porches de las casas, las cuales interrumpían lo que estuvieran haciendo para ver en qué acababa todo aquello. Se pasó la lengua por una de las comisuras de la boca, no muy seguro de sí mismo. Entonces miró a Shy y decidió cambiar de argumento.

—¿Quién es esa zorra? ¿La que te estás tir...?

—No me obligues a matarte, chico. —Dorado no lo decía desafiándole, sino implorándoselo, y sus ojos parecían más tristes que nunca.

El muchacho vaciló durante un instante, retorció los dedos y palideció enormemente. La botella es como un banquero astuto... te presta el coraje y muy poco después te exige que se lo devuelvas. Dio un paso atrás y volvió a escupir.

—No vale la pena —dijo entre dientes.

—No, no lo vale. —Dorado vigiló al joven mientras se apartaba, se daba la vuelta y echaba a andar muy deprisa. Unos cuantos suspiros de alivio, unos cuantos hombros encogidos y la gente que reanuda las conversaciones que antes mantenía.

Shy tragó saliva, pues la boca se le había quedado seca de repente y le escocía.

—¿Eres Glama Dorado?

Él asintió lentamente.

—Sí, aunque sepa demasiado bien que últimamente queda en mí muy poco de «dorado». —Frotó sus enormes manos al constatar que el muchacho se perdía entre la muchedumbre. Shy vio que le temblaban—. Ser famoso es una maldición. Una maldición.

—¿El que luchará por Papá Anillo en el combate que se avecina?

—El mismo. Aunque debo confesarte que espero que no se realice. He oído que la Alcaldesa no tiene a quien la defienda. —Entornó los ojos cuando la miró—. ¿Has oído algo que lo desmienta?

—No. Nada —dijo ella, intentando poner la mejor de sus sonrisas, pero sin conseguirlo—. Nada en absoluto.

YA LLEGA LA SANGRE

ERA justo antes del amanecer, el cielo estaba despejado y hacía frío, porque el barro aparecía cubierto de escarcha. La mayoría de las velas situadas cerca de las ventanas acababan de apagarse, las antorchas que iluminaban los carteles estaban a punto de consumirse, y el cielo seguía cuajado de estrellas. Las había a cientos, tan brillantes como piedras preciosas, ordenadas en constelaciones que se arremolinaban, se desplazaban y parpadeaban. Temple se las quedó mirando boquiabierto mientras el frío le pellizcaba las mejillas, y luego torció la cabeza hasta que se mareó, absorto en la contemplación de la belleza del cielo. Qué extraño le parecía no haberse fijado en ella hasta entonces. Quizá se debiera a que sus ojos siempre habían estado mirando al suelo.

—¿Crees que las respuestas estarán ahí arriba? —preguntó Bermi, cuyo aliento y el de su caballo se condensaban en el frío amanecer.

—No sé dónde pueden estar —respondió Temple.

—¿Ya te has decidido?

Se volvió para contemplar la casa. Ya habían puesto las grandes vigas y la mayoría de las traviesas, así como los marcos de las ventanas y las puertas, de suerte que el altivo esqueleto del edificio se perfilaba en negro contra el cielo sembrado de estrellas. Majud había esperado hasta la mañana del día que acababa de terminar para decirle que estaba haciendo un buen trabajo y que incluso Curnsbick daría por bien empleado el dinero que había invertido en él. Mientras estaba a punto de ruborizarse por el orgullo que le producían aquellas palabras, se preguntó cuándo lo había sentido por última vez. Pero Temple era de esas personas que siempre dejan las cosas a medias. Y así era desde hacía mucho tiempo.

—Puedes montar el percherón. Sólo se tarda uno o dos días en llegar a las colinas.

—¿Por qué no? —Después de haber cabalgado varios cientos de kilómetros montado en una mula, su trasero era tan duro como la madera. Por encima del anfiteatro, los carpinteros comenzaban a trabajar de manera deslavazada. Por la

parte que estaba abierta, levantaban una nueva bancada de asientos con capacidad para varias docenas de espectadores. Los soportes y abrazaderas, doblados y mal encajados, sobresalían, recortándose contra la oscura falda del valle, y a algunas de las vigas les hacía falta un buen cepillado.

—Sólo faltan dos semanas para el gran combate.

—Es una pena que nos lo perdamos —dijo Bermi—. Apresurémonos, porque el resto de los muchachos ya debe de ir muy por delante de nosotros.

Temple metió su nueva pala entre los jaeces del caballo y echó a andar despacio, muy despacio, hasta casi detenerse. Aunque llevara uno o dos días sin ver a Shy, no se había olvidado del dinero que le debía. Se preguntó si aún seguiría buscando a los niños costara lo que costase. No podía por menos de admirar a alguien como ella, que perseguía sus objetivos aun teniéndolo todo en contra, sin arredrarse. Sobre todo siendo él alguien que nunca había podido sentir apego por nada. Ni siquiera cuando lo había deseado.

Pensó en todo aquello durante un instante, metido hasta los tobillos en el barro medio helado. Luego alcanzó a Bermi y le dio una palmada en el hombro.

—No puedo irme. Te agradezco encarecidamente la invitación, pero tengo que terminar un edificio. Y pagar una deuda.

—¿Desde cuándo pagas las deudas que tienes?

—Desde este momento, supongo.

—¿Puedo hacerte cambiar de parecer? —Bermi le miraba sorprendido.

—No.

—Tus pareceres siempre se los ha llevado el viento.

—Pero las personas crecen.

—¿Y la pala?

—Considérala un regalo.

Bermi entornó los ojos antes de preguntar:

—Hay una mujer, ¿verdad?

—La hay, pero no para lo que estás pensando.

—¿Y ella piensa en esto que estoy pensando?

—No —respondió Temple con un bufido.

—El tiempo lo dirá. —Bermi se subió en la silla de montar—. Supongo que lo lamentarás cuando vuelva con unas pepitas tan grandes como cagarros.

—Quizá lo lamente mucho antes de que eso suceda. Así es la vida.

—Allí te encontrarías bien. —El estirio se quitó el sombrero y lo levantó por encima de su cabeza a modo de saludo, diciendo—: ¡No se razona con un malnacido! —Y entonces se fue, y los cascos de su caballo lanzaron barro cuando tomó la calle principal y dispersó a un grupo de prospectores que se tambaleaban por la borrachera que tenían encima.

Temple suspiró profundamente. No estaba seguro de que no fuera a lamentarlo. Luego frunció la frente. Le parecía conocer a uno de aquellos prospectores que se tambaleaban, el hombre mayor que llevaba una botella en una mano, cuyas mejillas estaban surcadas de lágrimas.

—¿Iosiv Lestek? —Temple se remangó los pantalones para pisar la calle—. ¿Qué le ha pasado?

—¡Una desgracia! —respondió el actor con voz cascada—. El público... pésimo. Mi representación... abyecta. La fantasía de carácter cultural... ¡una catástrofe! —Agarró a Temple por la camisa—. ¡Me echaron del escenario! ¡A mí, a Iosiv Lestek! ¡El mismo que gobernó los teatros de las Tierras del Medio como si fueran parte de su reino! —Agarró su propia camisa, que tenía manchas en la pechera—. ¡Me tiraron *boñigas*! Y me reemplazaron por un trío de chicas con las tetas al aire. Que consiguieron un aplauso entusiasta, tengo que admitirlo. ¿Es eso lo que le gusta a los espectadores de hoy en día? ¿Las tetas?

—Supongo que siempre han sido populares...

—¡Acabado! —dijo Lestek, que parecía gritar al cielo.

—¡Cierra la puta boca! —dijo alguien desde una ventana situada por encima

de ellos.

Temple cogió al actor por un brazo.

—Permítame que le lleve de vuelta a la posada de Camling...

—¡Camling! —Lestek se soltó y agitó su botella como si fuese una porra—. ¡Ese maldito gusano! ¡Ese cuco traicionero! ¡Me echó de su posada! ¡A mí! ¡A Lestek! ¡Pero me vengaré de él!

—No lo dudo.

—¡Ya lo verá! ¡Todos lo verán! ¡Aún me aguarda la representación definitiva!

—Ya la hará usted más adelante, quizá mañana por la mañana. Hay más posadas...

—¡No tengo dinero! ¡Vendí mi carro, dejé todo lo que tenía, empeñé mis trajes! —Lestek cayó de rodillas en la porquería—. ¡Sólo tengo los harapos que llevo encima!

Temple lanzó un suspiro que se condensó instantáneamente mientras miraba el cielo cuajado de estrellas. Al parecer, no se había salido del camino difícil. Aquel pensamiento le agradó extrañamente. Se agachó para levantar a aquel anciano.

—Tengo un sitio bastante espacioso en el que caben dos personas, siempre que no le importen mis ronquidos.

Lestek se movió hacia uno y otro lado durante un instante.

—No me merezco tanta gentileza.

—Yo tampoco. —Temple se encogió de hombros.

—Querido muchacho —murmuró el actor, abriendo los brazos para abrazarle mientras las lágrimas volvían a brillar en sus mejillas.

Y entonces le vomitó en la camisa.

Shy fruncía el ceño. Hubiera estado a punto de asegurar que Temple se montaría en aquel percherón y saldría de la ciudad, pisoteando con sus cascos su fe infantil, y que ella nunca volvería a oír hablar de él. Pero lo único que había hecho era darle una pala a un hombre y agitar una mano para despedirse de él. Y luego había recogido a un viejo, que estaba borracho y lleno de mierda, para llevárselo al edificio de Majud, que aún estaba en el esqueleto. Realmente, era un misterio.

Para entonces Shy se pasaba despierta buena parte de la noche. Vigilando la calle. Pensando, quizá, que Cantliss podía pasar por ella a caballo... aunque no tuviera ni idea de cuál era su aspecto. Pensando, quizá, que a lo mejor conseguía ver a Pit y a Ro, eso si era capaz de reconocerlos, porque ya debían de haberse hecho mayores. Pero, sobre todo, pasando revista a sus preocupaciones. Los niños, Lamb, el combate que cada vez estaba más cerca. Cosas, lugares y rostros que ya hubiera debido olvidar.

Jeg, que se encasquetaba el sombrero mientras decía: «¿Humo? ¿Humo?», y Dodd, atónito cuando ella le disparó. Y aquel banquero, que le decía de manera muy educada: «Me temo que no puedo serle de ayuda», con una sonrisa desconcertada, como si ella fuese una dama que hubiera ido a verle para pedirle un préstamo y no la ladrona que acabó matándolo por nada. La chica a la que habían ahorcado en lugar de ella, cuyo nombre no había podido conocer, que seguía balanceándose con una marca alrededor de su cuello roto mientras sus ojos muertos seguían preguntándole: *¿Por qué yo, y no tú?*, y a la que Shy aún era incapaz de responder.

En aquellas horas tan oscuras que transcurrían lentamente, las dudas llenaban su cabeza como si ésta fuera una vieja barca de remos que hiciera cada vez más agua por más que ella se esforzase en achicarla. Pensaba en Lamb como si ya diese por segura su muerte, y en Pit en Ro, cuyos cuerpos debían de pudrirse en algún sitio perdido, y se sentía como una traidora por pensar de esa manera, pero, ¿cómo se puede detener un pensamiento cuando ya se le ha metido a uno en la cabeza?

La muerte era lo único de todo aquello que le parecía seguro. Lo único seguro entre el pro y el contra, las apuestas y las perspectivas. ¿Cuántas personas habían muerto en las llanuras? Leef, los hijos de Buckhorm y un número indeterminado de Fantasmas. ¿Y cuántas en Arruga? En peleas, ahorcadas por una simple evidencia que no se sostenía, a causa de una calentura o por un error estúpido, como el vaquero a quien, justo el día antes, el caballo de su hermano le abrió la cabeza de una coz, o como el comerciante de zapatos que se ahogó en el

canal. La muerte caminaba a diario entre ellos, y no tardaría mucho en llamarlos a todos.

Ruido de cascos de caballos en la calle, Shy que se asoma para ver, antorchas que parpadean, la gente que se retira a los porches de sus casas para evitar la lluvia de barro que lanzan los caballos montados por una docena de jinetes. Se vuelve para mirar a Lamb, que es una sombra enorme cubierta por la manta, surcada a su vez por las sombras más oscuras que forman sus arrugas. Por encima sólo consigue ver una de sus orejas y el trozo que le falta en una de ellas. Escucha su respiración pausada.

—¿Estás despierto?

Él respira profundamente y responde:

—Ahora sí.

Los hombres se detienen ante la Iglesia de los Dados, y sus rostros maltratados y cosidos de cicatrices parecen agitarse bajo la luz de las antorchas. Shy se encoge al verlos. No ve a Pit ni a Ro, ni siquiera a Cantliss.

—La Alcaldesa ha llamado a más asesinos.

—Hay muchos asesinos rondando por ahí —comenta Lamb con voz ronca—. No necesitamos a nadie que sepa interpretar las runas para saber que correrá la sangre.

Los cascos de los caballos pisotean la calle. Se escucha una risa y el grito de una mujer. Silencio. El rápido repiqueteo del martillo que llega desde el anfiteatro le recuerda que el gran espectáculo sigue adelante.

—¿Qué pasará si Cantliss no aparece? —pregunta Shy a las sombras—. ¿Qué haremos para encontrar a Pit y a Ro?

Lamb se incorpora lentamente para pasarse los dedos por la gris cabellera.

—Pues supongo que seguir buscándolos.

—¿Y si...? —Mientras charlaba con Lamb, Shy no había querido pronunciar aquellas palabras—. ¿Y si hubieran muerto?

—Los seguiremos buscando hasta estar seguros de que han muerto.

—¿Y si han muerto en las llanuras y no encontramos sus tumbas? A cada mes que pasa, nuestras probabilidades de encontrarlos disminuyen, ¿no te parece? Al final no podremos encontrarlos. —A medida que hablaba, su voz se hacía más agitada y chillona, sin que pudiese impedirlo—. Ahora podrían estar en cualquier sitio, vivos o muertos. ¿Cómo vamos a encontrar a dos niños en ese enorme territorio vacío que no figura en los mapas? Me pregunto cuándo dejaremos de buscarlos. Cuándo *podremos* dejar de buscarlos.

Lamb echó la manta hacia atrás, hizo un ovillo con ella y se acomodó para mirar a Shy, haciendo una mueca de dolor al apoyarse.

—Puedes dejar de buscarlos cuando quieras, Shy. Has recorrido un camino muy largo y penoso, pero te queda un trecho que puede serlo aún más. Le hice una promesa a tu madre que mantendré. El tiempo necesario. Tampoco es que nadie haya venido a verme para ofrecerme algo mejor. Pero tú eres joven. Tienes una vida por delante. Si dejas de buscarlos, nadie te lo reprochará.

—Yo me lo reprocharé. —Y se echó a reír, quitándose con el dorso de la mano la lágrima que estaba a punto de caer—. Y tampoco es que mi vida sea gran cosa.

—En eso te pareces a mí —dijo él, echando a un lado las mantas—, seas o no mi hija.

—Creo que estoy cansada.

—Sería lo lógico.

—Quiero que vuelvan —dijo ella, deslizándose entre las sábanas.

—Haremos que vuelvan —le aseguró él mientras la tapaba, poniendo una pesada mano encima de sus hombros. Ella casi le creyó—. Y ahora duerme un poco, Shy.

Excepto por el suave roce de la aurora que se filtraba entre las cortinas para iluminar la colcha de Lamb con una tenue línea gris, la habitación estaba a oscuras.

—¿Vas a luchar contra ese hombre que se llama Dorado? —le preguntó poco después—. Me pareció que era buena persona.

Como Lamb no respondió, comenzó a pensar que se había quedado dormido. Entonces él dijo:

—Lamento decirte que he matado a hombres mejores que él por cosas menos importantes.

EL SOCIO QUE APARECE

EN general, Temple tenía que admitir que era una persona que no había conseguido realizar sus más altas expectativas. Ni siquiera las más bajas. Había acometido un cúmulo de proyectos, buena parte de los cuales habrían avergonzado a cualquier persona decente. Respecto a los demás, ya fuera por una mezcla de mala suerte, impaciencia o por obsesionarse inútilmente con lo siguiente que tenía que hacer, apenas recordaba uno solo que no hubiese acabado en decepción, fracaso o en el más completo desastre.

Eso explicaba que la tienda de Majud fuese para él una sorpresa de lo más agradable a medida que iba quedando terminada.

Uno de los suljuks que había ido con ellos en la caravana resultó ser un artista con las tejas. Lamb puso sus nueve dedos en los trabajos de albañilería, demostrando que se le daba muy bien. Pocos días antes, los Buckhorm habían acudido en masa para ayudarles a serrar y a clavar las planchas laterales. Incluso Lord Ingelstad se había tomado un singular respiro para dejar de perder dinero en las timbas locales y asesorarles con la pintura, demostrando no ser un experto en la materia.

Temple fue hasta uno de los escalones que daban a la calle y contempló la fachada casi terminada, a la que sólo le faltaban las balaustradas de los balcones y los cristales de las ventanas. Entonces esbozó la mayor sonrisa de satisfacción que se hubiese permitido en mucho tiempo. Poco le duró, porque el fuerte golpe que recibió en el hombro estuvo a punto de darle en la cara.

Cuando se volvió, pensando que era Shy y que iba a reprocharle lo lento que era a la hora de pagar, recibió una nueva sorpresa.

Un individuo se encontraba detrás de él. Aunque no fuese alto, era ancho de hombros y llevaba unas patillas de un color anaranjado que hacían daño a la vista. Los gruesos cristales de sus gafas empequeñecían el tamaño de sus ojos, consiguiendo que, por comparación, su sonrisa pareciera inmensa. Aunque llevase un traje de sastrería, sus gruesas manos estaban llenas de cicatrices, muestra evidente de todo lo que había trabajado con ellas.

—¡Me desesperaba al pensar que no habría buenos carpinteros en este sitio! —Enarcaba una ceja al contemplar las nuevas bancadas del antiguo anfiteatro que apuntaban caóticamente hacia el cielo—. Y, cuando estaba más deprimido, ¿qué es lo que me encuentro? —Cogió a Temple por los brazos y le obligó a darse la vuelta para mirar la tienda de Majud—. ¡Este tonificante ejemplo del arte de la carpintería! Que, de diseño atrevido y ejecutado con suma diligencia, supone una impetuosa fusión de los estilos que reflejan el carácter multicultural de los aventureros que desafían a esta tierra virgen. ¡Y todo ello en mi nombre! ¡Señor, me descubro ante usted!

—¿En... su nombre?

—¡Ciertamente! —Señaló el letrero que estaba encima de la puerta—. ¡Soy Honrig Curnsbick, la mejor mitad de Majud y Curnsbick! —Y rodeó con sus brazos a Temple, besándole en ambas mejillas para acto seguido hurgar en uno de los bolsillos de su chaleco y sacar una moneda—. Una pequeña aportación extra por sus molestias. ¡La generosidad se paga a sí misma, como siempre dije!

Temple parpadeó al ver la moneda de plata. Era de cinco marcos.

—¿Lo dijo?

—¡Lo dije! ¡Y aunque eso no siempre se concrete en dinero o tenga efectos inmediatos, sí que produce amistad y buena voluntad, que, últimamente, no tienen precio!

—¿No lo tienen? Quiero decir... ¿usted piensa que no lo tienen?

—¡Pues claro que no! ¿Dónde está mi socio Majud? ¿Dónde está ese viejo gusano buscador de dinero que tiene un corazón de piedra?

—No creo que supiese que usted iba a venir...

—¡Ni yo! Pero, ¿cómo podía seguir en Adua mientras... *esto*...? —Y abrió los brazos como si quisiera abarcar con ellos la atestada, balbuciente y fragante Arruga—. ¿Mientras *esto* ocurre sin mí? Además, tengo una nueva idea que me parece fascinante y que me gustaría discutir con él. Se trata de vapor.

—¿Cómo?

—¡La comunidad técnica sigue entusiasmada con la demostración que

Scibgard acaba de hacer de su nuevo aparato de pistón alimentado con carbón!

—¿Un aparato de qué?

Cursnbick se subió las gafas hasta la frente para observar con ojos miopes las colinas situadas al otro lado de la ciudad, y dijo:

—Los resultados de las primeras investigaciones con minerales son extremadamente fascinantes. ¡Muchacho, sospecho que el oro de esas montañas es negro! Tan negro como... —Al levantar la mirada hacia los escalones su voz comenzó a apagarse, y entonces se quedó boquiabierto—. No... puede... ser. —Se puso las gafas en su sitio y entonces se le cayó la mandíbula—. ¿Es el famoso Iosiv Lestek?

El actor, entrapajado en una manta y en la pelusa gris de muchos días que cubría sus grises mejillas, le devolvió la misma mirada atónita que él acababa de dirigirle.

—Bueno, sí...

—¡Mi querido señor! —Curnsbick subió los escalones al trote, hizo que uno de los hijos de Buckhorm se golpease en un dedo con el martillo que manejaba, cogió al actor por una mano y la estrechó, moviéndola de arriba abajo más deprisa de lo que hubiera podido hacer cualquier aparato de pistón concebido para tal efecto—. ¡Es un honor conocerle, señor, un completo honor! ¡La interpretación que hizo de Bayaz en Adua me dejó encantado! ¡Completamente encantado!

—Es usted muy amable —murmuró Lestek, mientras el socio de Majud, que parecía tan complacido como implacable en sus afectos, le conducía a la tienda—. Pero sigo creyendo que mi mejor representación está por llegar...

Temple los siguió, todavía sorprendido. Curnsbick no era lo que había esperado. ¿Y qué lo es en la vida? Volvió al peldaño de antes para ensimismarse en la bonita perspectiva del edificio que acababa de construir, y la nueva palmada que acababa de recibir en el hombro, tan fuerte como la anterior, estuvo a punto de llegarle a la cara. Se volvió hacia Shy, ciertamente incómodo.

—Te devolveré tu dinero, sanguijuela...

Un tipo monstruoso, cuya pequeña cara asomaba por debajo de una enorme cabeza calva, se encontraba detrás de él.

—La Alcaldesa... quiere... verle a usted —recitó, como si aquellas palabras formaran parte de una frase que hubiese memorizado a duras penas.

Temple comenzó a pasar revista a las muchas razones por las que alguien tan poderoso podía querer verlo muerto.

—¿Está seguro de que se refería a mí? —Aquel hombre asintió. Temple tragó saliva—. ¿Y ha dicho por qué?

—No lo dijo. Y yo no se lo pregunté.

—¿Y si me quedase aquí?

Aquella cara minúscula arrugó el ceño, como si el hecho de pensar le supusiera mucho esfuerzo.

—No consideró... esa opción.

Temple echó una mirada a su alrededor sin ver a nadie que le pudiese ayudar. En cualquier caso, la Alcaldesa era una de esas personas a las que es imposible evitar. Si decía que quería verlo, era porque quería verlo enseguida. Se encogió de hombros, sintiéndose una vez más tan desvalido como una hoja ante los vientos del Hado, y puso toda su esperanza en Dios. Por razones que sólo Él conocía, últimamente parecía haberse fijado en su persona.

La Alcaldesa llevaba mirándolo en silencio un buen rato desde el otro lado de su escritorio.

A las personas que tenían una alta opinión de sí mismas quizá les gustase que las miraran de esa manera mientras pasaban lista en su cabeza a las muchas características, todas ellas encomiables, que suscitaban tan gran admiración en la persona que las miraba. Pero todo aquello suponía una tortura para Temple, porque, reflejada en aquella mirada calculadora, veía su propia decepción sobre sí mismo . Así que se removió en su asiento, deseando que aquella ordalía terminase cuanto antes.

—Me siento muy honrado por su invitación, Alcaldesa... señoría —dijo tartamudeando, porque ya no podía resistir aquello por más tiempo—, pero...

—¿Por qué estamos aquí?

El hombre mayor que estaba junto a la ventana, cuya presencia seguía siendo un misterio, se permitió chasquear la lengua antes de decir:

—Juvens y su hermano Bedesh debatieron esa cuestión durante siete años, y, por más que discutían, la respuesta se alejaba cada vez más de ellos. Soy Zacharus. —Se echó hacia delante, tendiéndole una mano de nudillos abultados. Temple observó las medias lunas de mugre que tenía bajo las uñas.

—¿Como el Mago? —preguntó Temple, adelantando la suya.

—Como él. —Aquel hombre estrechó su mano, le dio la vuelta y observó el callo que tenía en el dedo índice, que aún seguía en su sitio aunque Temple no hubiese cogido una pluma en semanas—. Un hombre de letras —comentó, y las palomas que se encontraban en el alféizar de la ventana cobraron vida y movieron las alas como si hablaran entre sí.

—He tenido... varias profesiones. —Temple intentó mover la mano para librarse de la presa, sorprendentemente recia, con que aquel hombre mayor la había inmovilizado—. Estudié historia, teología y leyes en el Gran Templo de Dagoska, bajo la dirección del Haddish Kahdia. —La Alcaldesa dio un respingo al escuchar aquel nombre—. ¿Lo conocía?

—Lo conocí hace mucho tiempo. Era un hombre al que admiraba muchísimo. Siempre ponía en práctica lo que predicaba. Hacía lo que consideraba correcto, por muy difícil que fuese.

—Mi imagen especular —musitó Temple.

—Las tareas diferentes exigen aptitudes diferentes —observó la Alcaldesa—. ¿Tiene experiencia en redactar tratados?

—Pues sucede que yo mismo negocié un tratado de paz y tracé una o dos fronteras la última vez que estuve en Estiria. —Lo cierto era que se había convertido en el instrumento de un expolio de tierras vergonzoso y completamente ilegal, pero la honestidad, que siempre resulta útil para los carpinteros y los sacerdotes, no lo es tanto para los abogados.

—Quiero que redacte un tratado para mí —dijo la Alcaldesa—. Uno que pida el ingreso de Arruga y de las partes colindantes de las Tierras Lejanas en el Imperio,

así como su protección.

—¿En el Viejo Imperio? La gran mayoría de quienes se han establecido en la ciudad proceden de la Unión. ¿No sería natural que...?

—No quiero tener absolutamente nada que ver con la Unión.

—Comprendo. No deseo suponer para usted ningún problema, algo a lo que, por desgracia, estoy acostumbrado, pero las únicas leyes que la gente parece respetar en este sitio son las que terminan en punta.

—Quizá hasta ahora. —La Alcaldesa se acercó rápidamente a la ventana y observó la calle llena de gente—. Pero el oro se agotará y los mineros se marcharán, y cuando se terminen las pieles, los tramperos se marcharán, y luego los tahúres, los asesinos y las putas. ¿Qué quedará de todo eso? Un día no muy lejano, sólo la gente como su amigo Buckhorm, que construye una casa y cría ganado a un día de la ciudad. O su amigo Majud, en cuya bonita tienda y forja usted se ha dejado las manos en estas últimas semanas. O la gente que cultiva, vende o construye lo que sea. —Volvió con una copa y una botella que acaba de coger con maneras muy elegantes—. Y toda esa gente necesitará leyes. Aunque no les gusten mucho los abogados, los considerarán un mal necesario. Lo mismo que yo.

Entonces le sirvió un poco de licor que él no aceptó.

—La bebida y yo hemos mantenido prolongadas y dolorosas conversaciones y hemos descubierto que simplemente no concordamos.

—La bebida y yo tampoco compaginamos bien. —Ella se encogió de hombros y luego se tomó el contenido de la copa—. Pero seguimos discutiendo este asunto.

—He preparado una especie de borrador... —Zacharus rebuscó en su chaqueta, sacando un mugriento fajo de papeles que tenían un formato inusual, olían a cebolla mohosa y estaban garrapateados con la caligrafía más ilegible que uno pueda imaginar—. Como verá, he tenido en cuenta los puntos más importantes. Lo ideal sería un estatuto de enclave casi independiente que se encontrase bajo la protección del Imperio, al que se le pagarían unos tributos nominales. Hay un precedente. La ciudad de Calcis. ¿Cómo se dice? Lo tengo en la punta de la lengua. Bueno. —Bizqueó y se dio una floja bofetada, como si con ella quisiera sacarse la respuesta de la cara.

—Veo que tiene alguna experiencia con la ley —comentó Temple mientras hojeaba el documento.

—Sí, con la ley del Imperio, hace mucho tiempo. Este tratado también tendrá que cumplir las leyes de la Unión y de la minería.

—Lo redactaré lo mejor que pueda. Pero no tendrá validez hasta que lo firmen un representante de la población local y el Emperador, o aquel en quien delegue.

—Un Legado del Imperio habla por el Emperador.

—¿Tiene alguno a mano?

Zacharus y la Alcaldesa se miraron.

—He oído que las legiones del Legado Sarmis están a cuatro semanas de marcha.

—Y yo que Sarmis no es... alguien a quien uno invite a la ligera. Y a sus legiones, aún menos.

La Alcaldesa se encogió de hombros con resignación.

—No se trata de invitar a nadie. Papá Anillo está empeñado en que Arruga forme parte de la Unión. Estoy enterada de que sus negociaciones al respecto se encuentran muy adelantadas. No *podemos* permitir que eso suceda.

—Entiendo —dijo Temple. Pero lo que entendía era que la escalada del conflicto había adquirido una dimensión de carácter internacional que aún podía ir a más. Afortunadamente, las escaladas de los conflictos eran aquello de lo que los abogados comían y bebían. Aunque eso supusiera tomar el camino fácil, tuvo que reconocer que su corazón se enardecía ante la simple idea de volver a su antigua profesión.

—¿Cuánto tiempo tardará en preparar el documento? —preguntó la Alcaldesa.

—Muy pocos días. Pero antes tengo que terminar la tienda de Majud...

—Considérelo una prioridad. Su minuta será de doscientos marcos.

—¿Dos... cientos?

—¿No es suficiente?

Realmente, sí que era tomar el camino fácil. Se aclaró la garganta y respondió con voz algo ronca:

—Lo es, pero... antes tengo que acabar la casa. —Las palabras que salían de su boca le sorprendieron más que las que le había dicho la Alcaldesa al mencionar la minuta.

Zacharus asintió y dijo:

—Veo que usted es de esos hombres a los que le gusta ir al fondo de las cosas.

Temple no pudo por menos que sonreír.

—En absoluto... pero siempre me gustó la idea de llegar a ser uno de ellos.

ALEGRÍA

CASI todos estaban presentes. Los de la caravana. Bueno, casi todos excepto Leef y los que yacían bajo tierra en aquella inmensa soledad. Reían, se daban palmadas en la espalda y mentían respecto a cómo les iban las cosas. Unos maquillando y tiñendo de rosa lo que recordaban del viaje. Otros sugiriendo que podrían trabajar en aquel elegante edificio de la firma Majud y Curnsbick. Quizá Shy hubiera debido ponerse a charlar con ellos, porque ¿cuánto tiempo llevaba sin pasárselo bien? Pero no se divertía, ya que para ella la alegría era algo más fácil de decir que de sentir.

Dab Sweet se quejaba por la falta de fe de los mineros que había llevado a las montañas y que habían regateado el importe de sus servicios antes de que a él se le ocurriera hacerlo. Roca Llorona asentía, añadiendo un *mmm* en los momentos más críticos. Iosiv Lestek intentaba impresionar a una de las putas con historias de aquellos tiempos en los que dominaba la escena. Y ella le preguntaba si eso había sucedido antes de que construyeran aquel anfiteatro que, echando cuentas, tenía más de mil años. Savian intercambiaba gruñidos con Lamb, ambos apartados en un rincón, tan amigos como si se conocieran desde pequeños. Hedges se agazapaba en otro, acariciando una botella. A pesar de los hijos que se les habían muerto en las llanuras, a Buckhorm y a su esposa aún les quedaba la suficiente descendencia para que algunos de sus miembros correteasen entre las piernas de los presentes.

Shy suspiró mientras brindaba en silencio por Leef y los demás que ya no podían acompañarlos, pensando que quizá, al menos en aquel momento, le convenía más la compañía de los muertos que la de los vivos.

—¡Yo solía cabalgar detrás de toda esta gente!

Shy se volvió hacia la puerta y se quedó impresionada. Ante ella se encontraba la persona más parecida a Temple que jamás hubiese visto, vestido con un traje negro recién comprado, tan aseado como una princesa y con el cabello y la barba recién arreglados. Con su sombrero nuevo y sus nuevas maneras, más parecía el propietario del inmueble que quien lo había construido.

Y hasta que no se sintió decepcionada por verlo de aquella guisa a la que no

estaba acostumbrada no cayó en la cuenta de cuánto habría deseado volver a verle.

—¡Temple! —dijo alguien con tono de alegría, y todos se apresuraron a rodearlo para felicitarle.

—¿Quién hubiera pensado en aquel río que el pez que acababais de pescar se dedicaba a la carpintería? —decía Curnsbick, pasándole a Temple un brazo alrededor los hombros como si le conociese de toda la vida.

—¡Fue un encuentro afortunado! —dijo Majud, como si, además de pescarlo en persona, le hubiera pagado para que fuese en la caravana y Shy se hubiese encontrado por entonces muy lejos de allí.

Se pasó la lengua por los labios, pensando que no le sería fácil reclamar el reconocimiento que, aunque modesto, se merecía, y se inclinó para escupir por el hueco que tenía entre los dientes. Pero al ver que Luline Buckhorm, que enarcaba una ceja, la vigilaba, se tragó el escupitajo.

Se dijo que hubiera debido sentirse contenta por evitar que muriese ahogado y conseguir que fuera mejor persona. ¡Que suenen las campanas! Pero, en lugar de eso, descubrió que estaba pensando en la manera de aguarle aquella fiesta, y entonces se sintió aún más turbada, porque pensar de aquella manera era propio de una niña mezquina. Así que les dio la espalda a todos y se echó otro trago que le supo amargo. A fin de cuentas, la botella seguía siendo la botella. Y siempre acababa por dejarla frustrada.

—¿Shy?

Intentó poner cara de sorpresa, como si no le hubiera visto acercarse.

—Vaya, pero si es el tronco a la deriva al que todos quieren, el gran arquitecto en persona.

—El mismo —dijo Temple, echando su sombrero nuevo hacia un lado.

—¿Un trago? —le preguntó, ofreciéndole la botella.

—No debería tomar nada.

—¿Tan importante eres que ya no quieres beber conmigo?

—No es eso, sino que no sé cuándo parar.

—Parar, ¿para no emborracharte?

—Para no acabar en la mierda, que suele ser donde siempre acabo.

—Vamos, sólo un sorbo. Intentaré cogerte si te caes. ¿Te parece bien?

—Supongo que no sería la primera vez. —Cogió la botella y se tomó un sorbo, poniendo una cara como si acabasen de darle una patada en sus partes—. ¡Dios! ¿Con qué demonios harán este licor?

—Hay ciertas cosas que uno no debe saber, como el precio de esas ropas tan elegantes que llevas encima.

—Tuve que regatear mucho —dijo él, golpeándose el pecho para ver si recobraba la voz—. Te habrías sentido orgullosa.

Shy lanzó una risotada.

—No me llevo muy bien con el orgullo. Y sigo diciendo que te has debido de gastar demasiado dinero para ser una persona con deudas.

—¿Deudas, dices?

Al menos volvía a pisar un terreno conocido.

—La última vez que hablamos ascendían a la...

—¿Suma de cuarenta y tres marcos? —Sus ojos chispeaban triunfales cuando acercó un dedo hacia ella. Una bolsa bailoteaba lentamente cerca de su uña.

Shy parpadeó al verla. Luego la cogió con un dedo, tiró de la cuerda que la mantenía cerrada y la abrió. Aunque fuese una excelente muestra del caos monetario que reinaba en Arruga, la mayoría de las monedas eran de plata. Un rápido vistazo confirmó que contenía, al menos, sesenta marcos.

—¿Has vuelto a robar?

—He caído aún más bajo. He vuelto a ser abogado. Hay un extra de diez marcos con los que quiero devolverte el favor. A fin de cuentas, me salvaste la vida.

Aunque Shy sabía que lo sucedido se merecía una sonrisa, sin saber por qué hizo todo lo contrario.

—¿Estás seguro de que tu vida vale diez marcos?

—Sólo para mí. ¿Pensaste en algún momento que no te iba a pagar?

—Pensé que aprovecharías la primera oportunidad que se te presentara para largarte cuando fuese de noche. Eso si antes no te mataba.

Temple enarcó las cejas.

—Eso me pareció. Bueno, pues creo que lo que acabo de hacer nos ha sorprendido a los dos. Gratamente, espero.

—Pues claro —mintió ella, guardándose la bolsa.

—¿No vas a contarlo?

—Confío en ti.

—¿De veras? —Ambos parecían muy sorprendidos por lo sucedido. Shy estaba segura de que su reacción era genuina, tanto como que en aquella habitación había un montón de gente.

—Y, si no está todo el dinero, siempre me queda la opción de perseguirte y matarte.

—Me agrada saber que sólo es una opción.

Estaban uno al lado del otro, en silencio, de espaldas a la pared y en una habitación llena de amigos que charlaban. Cuando Shy le echó una mirada, él la miró lentamente de soslayo, como si quisiese comprobar que, en efecto, le estaba mirando; y, entonces, ella disimuló, como si no le mirase a él, sino a Hedges, que estaba más atrás. Que Temple se encontrase tan cerca le producía a Shy cierto embarazo. Como si, al no existir ya la deuda que los había mantenido unidos, su cercanía le resultase incómoda.

—Has hecho un trabajo muy bueno en este edificio —fue lo mejor que se le ocurrió decirle tras pensárselo durante un buen rato.

—Los buenos trabajos sirven para pagar las deudas contraídas. Sé de bastante gente que ahora no me reconocería.

—Yo no estoy segura de reconocerte.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé. —Una larga pausa, mientras la habitación empieza a caldearse por toda la gente que parlotea en ella, lo mismo que la cara de Shy, que está colorada. Le pasa a botella a Temple, quien encogiéndose de hombros la acepta para echarse un trago, y luego se la devuelve. Ella se echa otro mayor—. ¿Y de qué vamos a hablar ahora que ya no me debes nada?

—Pues de lo que suele hablar la gente, supongo.

—¿Y de qué habla la gente?

Temple contempla con desgana aquella habitación tan llena de gente.

—Pues de la gran calidad de mi trabajo, que...

—Si todo ese éxito se te sube a la cabeza, acabara por estallarte.

—Otros hablan del combate que tendrá...

—Ya estoy aburrida de oír siempre lo mismo —dice Shy, sin dejarle terminar.

—Pues siempre nos queda el recurso de hablar del tiempo.

—He oído que habrá mucho barro en la calle principal.

—Y yo que habrá más barro en los caminos. —Sonríe a Shy y ella le devuelve la sonrisa. A fin de cuentas, no le parece que la distancia que los separa sea muy grande.

—¿Quiere decir unas palabras antes de que comience la fiesta? —Cuando Curnsbick aparece ante ella, surgiendo de la nada, Shy comprende que está algo más que achispada.

—¿Unas palabras respecto a qué? —pregunta Shy.

—Lo siento, querida, pero me dirigía a este caballero. Parece sorprendida.

—La verdad es que no sé qué me deja más sorprendida, que me llame «querida» o que a él lo llame «caballero».

—Pues me reitero en ambos apelativos —dice el inventor. Shy no está muy segura del significado de la palabreja—. Como ex consejero espiritual de esta ex caravana, y arquitecto y carpintero en jefe de este notable edificio, ¿qué otro caballero podría conducir mejor que él nuestra pequeña reunión a su final?

Temple levanta las manos para pedir ayuda mientras Curnsbick se lo lleva a toda prisa y Shy se echa otro largo trago. La botella comienza a perder peso. Y ella comienza a estar menos aburrida.

Probablemente haya una relación entre ambas cosas.

—¡Mi viejo profesor solía decir que a las personas se las conoce por los amigos que tienen! —dice Temple al otro lado de la puerta—. ¡Me parece que no soy tan malo como creía!

Risas al otro lado, junto con los gritos de:

—¡Te equivocas! ¡Te equivocas!

—Antes, apenas conocía a nadie que mereciese el calificativo de «decente». Y ahora, todas las personas que lo merecen apenas caben en una de las habitaciones que me ayudaron a construir. Solía preguntarme por qué la gente venía a este culo del mundo olvidado de Dios. Ahora sé la respuesta. Han venido para formar parte de algo nuevo. Para renovarse. Yo mismo estuve a punto de morir en las llanuras, y nadie lo habría lamentado. Pero las personas de una caravana me rescataron, dándome la oportunidad que apenas me merecía. Y aunque muy pocas se comportasen cordialmente conmigo al principio, admitámoslo, uno de ellas... sí que fue cordial, y eso me bastó. Mi viejo profesor solía decir que uno conoce al justo por la manera en que ayuda a quienes no podrían ayudarle. Y aunque no creo que quienes tuvieron la mala fortuna de regatear con ella vayan a estar de acuerdo conmigo, siempre contaré a Shy Sur entre los justos.

Un murmullo general de asentimiento, unas cuantas copas en alto, la palmada que Corlin le da a Shy en la espalda y la mirada de ella, triste hasta lo

indecible.

—Mi viejo profesor solía decir que no hay nada mejor que un edificio bien construido. Siempre ofrece algo bueno a los que viven en él y a quienes lo visitan, y, por más que pasen los días, él sigue en pie. Aunque nunca me propusiera hacer grandes cosas en mi vida, sí que me propuse desde un principio que este edificio estuviese bien construido. Espero que dure un poco más que los otros que lo rodean. Que Dios le sonría como me sonrió a mí cuando me caí en aquel río, y que otorgue refugio y prosperidad a sus ocupantes.

—¡Y bebida gratis para todos! —exclamó Curnsbick. Nadie escuchó las quejas del horrorizado Majud a causa de la estampida que llegó hasta la mesa donde se encontraban las botellas—. ¡Sobre todo para el mismísimo maestro carpintero! —El inventor sacó de la nada una copa para ponerla en la mano de Temple y servirle en ella una generosa dosis de licor, sonriendo de manera tan ostensible que Temple no pudo negarse. Y aunque él y la botella hubieran tenido algún desacuerdo, como la botella siempre intentaba que la perdonase, ¿quién era él para negarse? ¿Acaso el perdón no le acerca a uno a la divinidad? ¿Se emborracharía mucho por tomarse otra copa?

Al final resultó que sí.

—Buen edificio, muchacho, siempre supe que tenías algún talento oculto —dijo Sweet, que no dejaba de moverse mientras llenaba la copa de Temple por tercera vez—. Muy oculto, porque, de lo contrario, no habría sido un talento oculto.

—¡Pues claro! —le concedió Temple, tomándose la cuarta copa. Aunque para entonces no pudiera decir que tuviese un gusto agradable, al menos ya no le sabía como si se estuviese tragando un alambre al rojo. ¿Estaría lo bastante borracho después de tomarse cuatro copas?

Si Buckhorm, que acababa de sacar un violín, comenzaba a destrozar una melodía, Roca Llorona, sentada en el suelo, aporreaba un tambor. Comenzaba el baile. O, al menos, una serie de pisotones que seguían el compás de la música, pero no directamente relacionados con ella. Un juez benévolo lo habría llamado «baile», y Temple comenzaba a sentirse por entonces como un juez. Pero, como a cada copa que se tomaba —ya había perdido la cuenta— el juez perdía la rectitud en aras de la benevolencia, cuando Luline Buckhorm le puso encima sus pequeñas pero fuertes manos, él no lo consideró un desacato y decidió probar por sí mismo el piso de los

suelos que había instalado con gran entusiasmo sólo dos días antes.

Aunque aquella habitación comenzase a estar dominada por el calor, las conversaciones y el humo, y los rostros relucientes de sudor dieran vueltas a su alrededor y lanzasen risotadas, apenas recordaba otra ocasión en la que hubiera disfrutado tanto. Quizá la noche de su ingreso en la Compañía de la Graciosa Mano, cuando la vida de mercenario sólo tenía que ver con hombres buenos que se enfrentaban juntos a todos los peligros y se reían del mundo, y no con el robo, el estupro y el asesinato, todo ello a escala industrial. Lestek intentó acompañar a la orquesta con su gaita, pero le entró un acceso de tos por el que tuvieron que sacarlo afuera, para que tomase aire. A Temple le pareció ver a la Alcaldesa hablando en voz baja con Lamb bajo la atenta mirada de varios de sus sicarios. Luego Temple estaba bailando con una de las putas, felicitándola por sus ropajes, que eran repugnantemente chillones, y como ella no podía oírle, no dejaba de decir todo el tiempo: «¿Qué?». Después bailaba con uno de los primos de Gentili y lo felicitaba por sus ropas, que, manchadas con el barro de las minas, olían igual que una tumba recién abierta, mientras aquel simple sonreía por el cumplido. Corlin pasó a su lado, majestuosa, agarrando a Roca Llorona, los dos tan solemnes como jueces, cada una intentando tirar de la otra en el baile, y Temple estuvo a punto de lanzar una risotada al pensar en lo inverosímil que le resultaba verlas juntas formando una pareja. De repente, estaba bailando con Shy. Entonces le pareció que ambos realizaban un considerable esfuerzo, mejor, una gran hazaña, pues si él aún tenía una copa medio llena en una de sus manos, Shy llevaba en la suya una botella medio vacía.

—Nunca me imaginé que supieses bailar —dijo él, gritándole en el oído—. Eres demasiado dura para que te gusten los bailes.

—Ni yo que tú supieses. —Sentía su cálido aliento en la mejilla—. Es algo demasiado delicado.

—Seguro que tienes razón. Me enseñó mi mujer.

Ella se envaró, pero sólo durante un instante.

—¿Estás casado?

—Lo estuve. Y también tuve una hija. Las dos murieron. Hace ya mucho. Pero, en ocasiones, no me parece que haya pasado tanto tiempo.

Ella se echó un trago, mirándolo de soslayo por encima del cuello de la

botella. Había algo en aquella mirada que le quitó la respiración. Cuando se inclinó para mirarla, ella le rodeó la cabeza con los brazos y le besó con mucha pasión. Si hubiera tenido tiempo para pensar, seguro que hubiese caído en la cuenta de que ella no era de ese tipo de chicas que besan lánguidamente, pero no tuvo tiempo para pensar, ni para devolverle el beso, ni para dejarla a un lado, ni, incluso, para decirle que le gustaba, porque ella apartó la cabeza y se fue a bailar con Majud, dejando que Corlin lo recogiese del suelo.

—Si piensas que voy a darte otro beso, te encontrarás con algo bien distinto —dijo ella con malos modos.

Temple se apoyó en la pared. La cabeza le daba vueltas, le sudaba la cara y su corazón latía con tanta fuerza que pensó si no tendría fiebre. Qué extraño que el hecho de compartir un poco de saliva tuviera ese efecto. Bueno, eso y también el efecto que las reiteradas dosis de aquel licor tan fuerte debían de hacer en un hombre que se había pasado sobrio los diez últimos años. Observó su copa y, aun sabiendo que lo mejor hubiera sido lanzar su contenido a la pared, como antes prefería dañar su salud que la de la pared, se lo bebió.

—¿Estás bien?

—Me besó —dijo en voz baja.

—¿Shy?

Temple asintió, dándose cuenta demasiado tarde de que su interlocutor era Lamb y de que quizá acabara de meter la pata.

Pero el enorme norteño se limitó a hacer una mueca.

—Vaya, es lo menos sorprendente que he oído en mi vida. Todos los de la caravana lo veíamos venir. Tanto insultarse, discutir y hablar con la excusa de la deuda. Es un caso clásico.

—¿Y por qué nadie dijo nada?

—Pues algunos no hablaban de otra cosa.

—Quiero decir que por qué no me lo dijeron a mí.

—Yo no te dije nada porque Savian y yo hicimos una apuesta respecto a

cuándo sucedería. Y aunque ambos supusimos que sucedería un poco antes, he ganado yo. El tal Savian puede ser un tipo divertido.

—¿Qué puede ser... qué? —Temple no sabía cuál de las dos cosas le dejaba más perplejo: que el beso de Shy no hubiera sido para ellos ninguna sorpresa o que el tal Savian fuese un tipo divertido—. Lamento ser tan predecible.

—Por lo general, la gente prefiere el desenlace obvio. Hace que uno se enfrente a las expectativas.

—Suponiendo que me quede alguna.

Lamb se encogió de hombros como si acabara de hacerle una pregunta que apenas necesitase respuesta y luego se encasquetó su viejo sombrero.

—¿Adónde vas? —le preguntó Temple.

—¿Acaso no tengo derecho a divertirme yo también? —respondió, poniendo una mano en su hombro. Una mano amistosa y paternal, pero también espantosamente fuerte—. Ten cuidado con ella. No es tan dura como parece.

—¿Y de mí, qué? Si ni siquiera lo parezco.

—Tienes razón. Pero no pensarás que, si Shy te hace daño, vaya a partirle las piernas.

Para cuando Temple comprendió lo que Lamb le acababa de decir, éste ya se había ido. Dab Sweet, mientras, tocaba el violín, aserrando las cuerdas con el arco como si rodeasen el cuello de su mujer y él apenas tuviese tiempo de salvarla, se había subido encima de una mesa y seguía el ritmo, dando unos pisotones tan fuertes que los platos tintineaban.

—Creía que íbamos a bailar.

Shy tenía las mejillas enrojecidas, y sus ojos de mirada profunda chispeaban. Por motivos que Temple no podía detenerse a examinar, pero que posiblemente no fueran muy complejos, le pareció peligrosamente hermosa. Así que, con un varonil movimiento de muñeca, tiró al suelo el contenido de la copa. Y cuando se dio cuenta de que estaba vacía, se echó hacia delante y le quitó la botella de la mano mientras ella le agarraba de la otra, de suerte que cada uno de ellos ayudó al otro a pasar entre el montón de cuerpos que se tambaleaban.

Aunque ya llevase un buen rato sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor, Shy aún no había perdido del todo la coordinación de sus movimientos. Y al comprender que, si miraba al suelo con atención, ya no se caería tantas veces como antes, el hecho de poner un pie delante del otro se convirtió en una especie de desafío. La posada le pareció muy iluminada. Cuando Camling le dijo algo acerca de las reglas que debían guardar los huéspedes, ella le replicó que en aquel maldito lugar había más putas que huéspedes, y Temple lanzó una risotada, burlándose de él en sus mismas barbas. Luego la persiguió por las escaleras, empujando su trasero con una mano hasta que ella se cansó de la gracia y le atizó un bofetón que a punto estuvo de tirarlo escaleras abajo. Entonces, cuando él la miró sorprendido, ella le cogió por la camisa y le pidió perdón por el bofetón, y él le preguntó que a cuál bofetón se refería y comenzó a besarla en el descansillo superior, y el beso le supo a licor. Lo que a ella no le desagradó.

—¿Lamb no está aquí?

—Ahora se hospeda en casa de la Alcaldesa.

Para entonces todo le daba vueltas. Ella rebuscaba en sus bolsillos para encontrar la llave y se reía. Y luego comenzó a meterle la mano por los suyos y acabaron apoyándose en la pared y besándose de nuevo. La boca de ella se llenó con el aliento y la lengua de él, y él la besó en el pelo, y entonces la puerta se abrió de golpe y los dos cayeron dentro de la habitación, quedándose tirados en el suelo, que se encontraba a oscuras. Ella reptó por encima de él y ambos comenzaron a lanzar gruñidos y la habitación a dar vueltas, y ella sintió una náusea por debajo de la garganta, pero la ignoró, porque no creyó que fuese mucho peor que la que había sentido la primera vez, y tampoco le pareció que Temple lo hubiese notado, ya que estaba demasiado atareado peleándose con los botones de su camisa, y no le habría costado más trabajo si hubieran sido como cabezas de alfiler.

Y cuando vio que la puerta seguía abierta, intentó cerrarla de una patada, pero, como calculó mal la distancia, no lo consiguió, haciendo un agujero en el estucado que rodeaba el marco, con lo que volvió a entrarle la risa. Para cuando consiguió cerrar la puerta con otra patada, él ya le había abierto la camisa y le besaba los pechos, lo que a ella le gustó, aunque le hiciera cosquillas. Al ver su propio cuerpo tan pálido y tan extraño, se preguntó cuándo había sido la última vez que había hecho algo parecido a aquello, contestándose a sí misma que había sido demasiado tiempo. En aquel momento, Temple se quedó inmóvil y comenzó a

mirar fijamente la oscuridad. Sus ojos eran como un par de fogonazos.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —preguntó, tan cómico y a la vez tan serio que a ella le entraron ganas de reír.

—¿Y cómo cojones voy a saberlo? Quítate los pantalones.

Ella intentó quitarse los suyos, pero como aún tenía puestas las botas, cada vez se enredaba más. Entonces comprendió que hubiera debido quitarse las botas lo primero, pero como ya era demasiado tarde, gruñó y pataleó, de suerte que el cinturón se revolvió como una serpiente partida en dos, haciendo que el cuchillo que llevaba en él se desplazase hasta uno de sus extremos y chocase contra la pared con un sonido metálico. Cuando al fin se quitó la bota y la pernera del mismo lado, el problema pudo solucionarse.

De alguna manera consiguieron irse a la cama más desnudos que vestidos, contorsionándose a su placer y sintiéndose muy a gusto, él con una mano entre las piernas de ella, y ella haciendo fuerza con las caderas, ambos riendo menos y gruñendo más, no tan deprisa como antes, sino con voz más gutural. Y cuando aquellos fogonazos, que ella veía a pesar de tener cerrados los párpados, se hicieron más intensos, tuvo que abrir los ojos para evitar la sensación de que iba a caerse de la cama para quedarse en el techo. Pero abrir los ojos fue peor, porque la habitación parecía girar a su alrededor a cada respiro que daba, aumentando la amplitud de todos los sonidos: los latidos de su corazón, el cálido roce de la piel contra la piel y los muelles del viejo somier cada vez que ellos se movían, lo que no les importaba en absoluto.

Entonces le preocupó algo que tenía que ver con sus dos hermanos, con Gully colgado y con Lamb y un combate, pero lo dejó pasar como si se lo llevara el humo, y entonces giró al ritmo de aquel techo que daba vueltas.

Porque, a fin de cuentas, ¿cuánto hacía que no se divertía de esa manera?

—Oh —decía Temple, quejándose—. Oh, no.

Gemía tanto como los condenados que están en el infierno, enfrentándose a una eternidad de sufrimientos mientras se lamentan amargamente por haber tenido una vida llena de pecados.

—Que Dios me ayude.

Pero Dios ayudaba a los justos y Temple no podía aspirar a pertenecer a esa categoría. Y menos después de la juerga de aquella noche.

Todo le molestaba. La manta con la que se tapaba las piernas desnudas. La mosca que zumbaba cerca del techo. El sol que serpenteaba entre las cortinas. Los sonidos de la vida y de la muerte que dominaban Arruga. Recordó por qué se había hecho abstemio. Pero no conseguía recordar por qué le había parecido buena idea volver a beber.

Le despertó un ruido que venía a ser una mezcla de tamborileo y de gorgoteo. Entonces levantó la cabeza unos cuantos grados por encima de la horizontal y vio que Shy se arrodillaba encima del orinal. Estaba desnuda excepto por la bota y los pantalones, que seguían enredados alrededor del mismo tobillo que antes. Comprobó la tensión de sus costillas mientras vomitaba. La franja de luz que se filtraba por la ventana caía justo encima de uno de sus omóplatos, iluminando una gran cicatriz, una antigua quemadura que adoptaba la forma de una letra puesta del revés.

Ella se enderezó, posó en él sus ojos, rodeados por unas grandes ojeras, y se limpió el hilillo de baba que le colgaba de una de las comisuras de la boca.

—¿Otro beso?

Temple hizo un sonido indescriptible con la boca. Parte risa, parte eructo y parte gemido. No habría podido repetirlo ni aunque hubiera estado un año intentándolo. Pero, ¿por qué hubiera querido intentarlo?

—Tomemos un poco de aire. —Shy se subió los pantalones, pero como no se abrochó el cinturón, se le cayeron por debajo del trasero cuando se acercó a la ventana.

—No lo hagas —dijo Temple con un gemido, sin conseguir detenerla. Para eso hubiera tenido que levantarse, algo que le parecía inconcebible. Ella descorrió las cortinas y abrió la ventana mientras él intentaba taparse los ojos con la mano para evitar aquella luz despiadada.

Shy maldecía mientras buscaba algo debajo de la otra cama. Temple no dio crédito a sus ojos cuando se levantó con una botella que aún conservaba la cuarta parte de su contenido, quitó el corcho con los dientes y se sentó para recobrar el

valor, como si fuese el nadador que contempla una piscina llena de agua helada.

—No irás a...

Ella se acercó la botella a los labios, la empinó y se tomó un buen trago, limpiándose luego la boca con el dorso de una mano. Después de que los músculos de su estómago se hubiesen relajado, eructó, hizo una mueca, se estremeció y le pasó la botella.

—¿Quieres? —le preguntó con una voz entre húmeda y ronca.

—No, por Dios —contestó él, intentando poner cara de enfermo.

—Esto es lo único que a uno le ayuda.

—¿De verdad crees que el remedio contra una puñalada consiste en recibir otra?

—En cuanto uno comienza a apuñalarse, ya no puede parar.

Shy se puso la camisa, cubriéndose la cicatriz. Cuando ya se había abotonado dos ojales, cayó en la cuenta de que tenía torcida la camisa. Entonces se dio por vencida y se dejó caer encima de la otra cama. A Temple le pareció que ni siquiera cuando se miraba en el espejo había visto a alguien tan agotado y vencido.

Se preguntó dónde podría haber puesto los pantalones. Algunos de los harapos embarrados que andaban tirados por el suelo guardaban cierto parecido con ciertas partes de su traje nuevo, pero no hubiera podido asegurarlo. No estaba seguro de nada. Se sentó a regañadientes, sacando las piernas de la cama como si fuesen de plomo. Cuando pudo estar seguro de que su estómago tardaría algún tiempo en rebelarse, miró a Shy y dijo:

—Los encontrarás, ya sabes.

—¿Y cómo puedo saberlo?

—Porque todo el mundo se merece recibir de vez en cuando una buena mano de cartas.

—Tú no sabes lo que me merezco. —Se apoyó en los codos y hundió la cabeza entre sus huesudos hombros—. No sabes todo lo que he hecho.

—No creo que sea peor que lo que me hiciste la pasada noche.

Ella no se rió. Le miraba como si sus ojos enfocasen algún punto lejano situado a su espalda.

—Cuando tenía diecisiete años maté a un chico.

Temple tragó saliva y dijo:

—Bueno, pues sí, eso es peor.

—Salí huyendo de la granja. Me resultaba odiosa. Odiaba a la zorra de mi madre. Y al bastardo de mi padrastro.

—¿A Lamb?

—No, al que estaba antes. Mi madre había terminado con él. Tengo el vago recuerdo de intentar descerrajar un almacén. Luego las cosas salieron mal. No quería matar a ese chico, pero me asusté y lo apuñalé. —Sin darse cuenta, se rascaba por debajo de la mandíbula—. No dejaba de sangrar.

—¿Había entrado en el almacén?

—Supongo que sí. Pero no estoy segura. Aquel chico tenía familia, y sus familiares me persiguieron. Y yo corrí y corrí. Como estaba hambrienta, comencé a robar. —A partir de aquel momento, Shy habló de carrerilla, sin alterar el tono de voz—. Poco después comencé a pensar que nadie te da ninguna oportunidad y que es mejor robar lo que sea que conseguir las cosas a fuerza de trabajar. Me junté con gente de la peor calaña y logré que fuesen aún peores. Más robos, más asesinatos. Quizá algunos se lo mereciesen, y otros quizá no. ¿Quién lo sabe?

—Debo admitir que a Dios no le gusta sembrar el camino precisamente de rosas. —Temple pensaba en Kahdia.

—Al final, la mitad de las Tierras Cercanas estaba llena de pasquines que ordenaban mi arresto. Decían que Humo, así es como me llamaba por entonces, era peligrosa y también indicaban el precio que se había puesto a su cabeza. Creo que fue la única vez en toda mi vida que tuve algún valor para alguien. —Echó los labios hacia atrás, enseñando los dientes—. Capturaron a una mujer y la ahorcaron en mi lugar. Aunque no se pareciese a mí, ella murió y yo seguí en libertad, y sigo sin saber por qué.

Se hizo un profundo silencio. Shy se llevó la botella a la boca y tomó dos largos tragos. Mientras bebía, Temple pudo ver el esfuerzo que hacía para beber y lo nublada que luego se le puso la mirada al intentar respirar. Aquél hubiera sido un momento excelente para musitar alguna excusa y echar a correr. Hace unos meses, la puerta ya habría estado cerrándose detrás de él. Sus deudas estaban saldadas, así que podía irse sin avergonzarse. Pero no quería irse.

—Me temo que no puedes obligarme a compartir contigo esa opinión tan pobre que tienes de ti misma. Creo que en todo lo que me has contado hay unas cuantas equivocaciones.

—¿Llamas a todo eso equivocaciones?

—Sí, y algunas son completamente estúpidas. Nunca elegiste hacer el mal.

—¿Y quién elige hacer el mal?

—Yo lo elegí. Pásame la botella.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras se la pasaba—. ¿Una de competición para ver quién tiene el peor pasado?

—En efecto, y gano yo. —Cerró los ojos mientras, haciendo de tripas corazón, se echaba un trago que le quemó el gaznate y le obligó a toser—. Cuando murió mi mujer, me pasé un año entero bebiendo hasta convertirme en el borracho más miserable de todos los que hubieras podido conocer.

—He conocido a muchos que eran de lo más miserables.

—Pues entonces, piensa que yo lo era más. Como creía que no podría caer más bajo, firmé un contrato con una compañía mercenaria y me convertí en su abogado, y entonces descubrí que sí podía. —Levantó la botella a modo de saludo, diciendo—: ¡La Compañía de la Graciosa Mano, bajo el mando del capitán general Nicomo Cosca! ¡Oh, cuán noble hermandad! —Y se echó otro trago. Se sentía bien, aunque un tanto asqueado, como cuando uno se rasca una costra.

—Parece algo divertido.

—Eso fue lo que pensé.

—¿Y no lo era?

—Era el peor montón de escoria humana que jamás se haya visto.

—He visto a mucha que era de lo peor.

—Pues entonces piensa que ésa era mucho peor. Al principio pensé que los motivos por los que hacían todo lo que hacían eran buenos. Lo que *hacíamos*. Luego me convencí de que lo eran. Más tarde me di cuenta de que ni siquiera eran buenas excusas, pero seguí haciéndolo porque era demasiado cobarde para dejarlo. Nos enviaron a las Tierras Cercanas para limpiarlas de rebeldes. Un amigo mío intentó salvar a toda la gente que pudo. Lo mataron. Y a aquella gente. Se mataron unos a otros. Yo me limité a escaquearme, como siempre, y huí como el cobarde que soy, me caí a un río y, por razones que sólo Dios conoce, Él envió a una mujer buena para que pescara de aquel río esta envoltura mía que nada vale.

—Mejor sería decir que Dios envió a una asesina buscada por la ley.

—Bueno, sus caminos son condenadamente misteriosos. Aunque no puedo decir que me gustaras desde el principio, estoy empezando a pensar que Dios me envió exactamente lo que necesitaba. —Temple permaneció en silencio durante unos instantes porque no le resultaba fácil hablar de todo aquello, y luego prosiguió—. Me siento como si no hubiera hecho más que huir durante toda mi vida. Quizá sea el momento de sentirme cerca de algo. O, al menos, de intentarlo. —Se dejó caer en la cama, sintiendo a través de su cuerpo los crujidos de los muelles del somier—. No me importa lo que hayas podido hacer. Y te debo la vida, aunque no sea gran cosa. Déjame que me sienta cerca de ti. —Tiró la botella a un lado, respiró profundamente, se lamió el índice y el pulgar y se los pasó por la barba—. Que Dios me ayude, pero ahora quiero recibir ese beso.

Ella no sólo se había quedado bizca al oír todo aquello, sino que todos los colores de su cara parecían descolocados: la piel estaba un poco amarilla, los ojos tenían un tono ligeramente rosado, los labios se veían una pizca azulados.

—¿Lo dices en serio?

—Quizá sea un necio, pero no estoy dispuesto a permitir que una mujer capaz de llenar un orinal con vómitos sin echar nada fuera pase de mí. Enjuágate la boca y ven aquí.

Se inclinó hacia ella mientras se producía un ruido metálico en el pasillo de fuera y la boca de Shy se convertía en una sonrisa. Se inclinó hacia él. Sus cabellos le hacían cosquillas en los hombros. Aunque su aliento fuese espantoso, no le importó.

Entonces el pomo de la puerta comenzó a girar, haciendo mucho ruido. Tanto que Shy, con voz tan fuerte y aguda que a Temple le pareció recibir un hachazo en la frente exclamó, mirando a la puerta:

—¡Te has confundido de habitación, idiota!

En contra de lo que cualquiera hubiera podido esperar, la puerta de la habitación se abrió de golpe y un hombre entró por ella. Un hombre alto y de buena apariencia, con el cabello rubio recién cortado y ataviado con ropas elegantes. Sin inmutarse, su mirada decidida recorrió a su placer la habitación, como si le perteneciera y acabara de descubrir, entre molesto y divertido, que alguien la había estado utilizando para follar.

—Creo que no me he confundido de habitación —dijo, y otros dos hombres aparecieron en el umbral, los cuales eran de ese tipo de gente que a nadie le gusta invitar a la habitación de su hotel, ni mucho menos encontrársela en ella—. Me dijeron que estabas buscándome.

—¿Y quién coño eres tú? —preguntó Shy, mirando el rincón donde su puñal descansaba dentro de su vaina.

El recién llegado sonrió como el mago que se dispone a hacer ese truco que sorprenderá a toda su audiencia y dijo:

—Grega Cantliss.

Entonces pasaron varias cosas al mismo tiempo: Shy tiró la botella hacia la entrada y se abalanzó para coger su cuchillo; Cantliss también se abalanzó, pero para cogerla a ella; y los otros dos chocaron entre sí para seguir a Cantliss.

Y Temple se abalanzó hacia la ventana.

Y eso a pesar de todas sus declaraciones acerca de que quería sentirse cerca de ella. Lanzó un chillido de terror mientras caía, luego rodó por el frío barro, se levantó a duras penas y, desnudo como estaba, cruzó la calle principal, lo que en la mayoría de las ciudades se habían considerado una muestra de malas maneras, pero en Arruga no llamó especialmente la atención. Al oír que alguien gritaba con potente voz, aceleró la marcha, resbalando, mientras su corazón latía con tanta fuerza que pensó que la cabeza le estallaría antes de llegar a la Iglesia de los Dados de la Alcaldesa.

Cuando le vieron quienes montaban guardia ante su puerta, sonrieron y luego fruncieron el ceño, agarrándolo cuando comenzaba a subir por los escalones.

—La Alcaldesa no permite la entrada sin pantalones...

—Tengo que ver a Lamb. ¡Lamb!

Uno de los guardias le dio un puñetazo en la boca que lanzó su cabeza hacia atrás, de suerte que chocó contra el marco de la puerta. Pero, aunque Temple supiera que se lo tenía bien merecido, le pilló por sorpresa, porque uno nunca encaja bien que le aticen un puñetazo en la cara.

—¡Lamb! —volvió a repetir, cubriéndose la cara como mejor podía—. ¡La...! *¡Uf!* —El puño del matón se hundió en sus tripas, obligándole a doblarse en dos al sacarle todo el aire de los pulmones y a caer de rodillas. Mientras, con la boca llena de burbujas de saliva manchadas de sangre, consideraba en silencio las piedras que estaban bajo su cara, uno de los guardias le agarró de los pelos y lo levantó, al tiempo que también levantaba uno de sus puños.

—Déjalo en paz. —Para gran alivio de Temple, Savian agarró aquel puño con una de sus manos nudosas antes de que bajara—. Está conmigo. —Y, diciendo esto, cogió a Temple con el otro brazo, poniéndoselo bajo la axila, y franqueó la puerta con él, quitándose al mismo tiempo la chaqueta para echársela a Temple por encima de los hombros—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Cantliss —dijo Temple con voz cascada mientras entraba cojeando en el salón de juegos y apuntaba con un brazo tembloroso hacia donde estaba la posada, incapaz de pronunciar más de una palabra seguida cada vez que tomaba aire—. Shy...

—¿Qué ha pasado? —Lamb, que acababa de salir de la habitación de la Alcaldesa, bajaba las escaleras a trompicones, descalzo y con la camisa abotonada a medias. Temple se preguntó por un momento por qué iba así, pero luego vio que Lamb llevaba una espada en la mano y se asustó mucho, especialmente al ver la expresión de su cara.

—Cantliss... está en... la posada... de Camling... —consiguió farfullar.

Lamb se quedó inmóvil durante unos instantes, abriendo unos ojos como platos, y se precipitó hacia la salida, apartando a los guardias. Savian salió tras él.

—¿Todo está bien? —La Alcaldesa se encontraba en la balconada que rodeaba sus habitaciones, vestida con una bata de diseño gurko, mostrando la cicatriz pálida que tenía en la depresión que separa ambas clavículas. Temple parpadeó, preguntándose si Lamb habría estado con ella, y echó a correr tras los dos, sin decir palabra.

—¡Póngase unos pantalones! —dijo la Alcaldesa.

Cuando Temple terminó de subir a duras penas los escalones de la posada, vio que Lamb cogía a Camling por el cuello de la chaqueta y lo arrastraba con una mano por el mostrador de la recepción, pues la otra no soltaba la espada que empuñaba, mientras el posadero chillaba desesperadamente, diciendo:

—¡Acaban de llevársela! ¡Supongo que a la Casablanca, pero no sé más, yo no he hecho nada!

Lamb soltó a Camling, que estuvo a punto de caerse, y se quedó inmóvil, respirando ruidosamente. Entonces dejó con mucho cuidado la espada en el mostrador y puso las palmas de sus manos junto a ella, abriendo los dedos. El brillo de la madera mostró el espacio libre que quedaba entre ellos, donde hubiera debido estar su dedo corazón. Savian dio una vuelta alrededor del mostrador, apartó con el hombro a Camling, cogió una botella y un vaso de un estante alto, dejó el vaso y le quitó el corcho a la botella.

—Si quieres, puedo echarte una mano —dijo con voz ronca mientras servía una buena dosis.

—Quizá no sea bueno para tu salud —dijo Lamb, asintiendo.

Savian tosió mientras le acercaba el vaso.

—Mi salud ya es un desastre.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Temple.

—Echarnos un trago. —Lamb cogió el vaso y apuró su contenido de una sola vez, mientras los pelos blancos del cuello se agitaban al tragárselo. Savian cogió la botella y volvió a llenar el vaso.

—¡Lamb! —Lord Ingelstad acababa de entrar. Parecía un poco nervioso, con el rostro pálido y el chaleco lleno de manchas—. ¡Me dijo que le encontraría aquí!

—¿Quién se lo dijo?

Ingelstad emitió una risita mientras dejaba el sombrero encima del mostrador y unos cuantos pelos se le quedaban levantados en la cabeza.

—Es un asunto de lo más extraño. Después de la fiesta en casa de Majud me fui a jugar a las cartas al local de Papá Anillo. Cuando ya había perdido por completo la noción del tiempo y, no me importa admitirlo, estaba a punto de perder la del dinero, llegó un caballero para decirle algo a Papá Anillo, y entonces éste me dijo que me perdonaría lo que le debía si le llevaba un mensaje.

—¿Y qué dice el mensaje? —Lamb apuró el contenido del vaso que Savian acababa de reponer.

Ingelstad bizqueó, mirando a la pared, y respondió:

—Dijo que está haciendo de anfitrión de una amiga suya... y que le gusta mucho ser un buen anfitrión... pero que usted tendrá que besar el barro mañana por la noche. Añadió que, como va a perder de todos modos, lo mejor será perder voluntariamente, de manera que los dos puedan marcharse de Arruga sin perder nada más. Me dijo que podía contar con su palabra al respecto. Insistió mucho en este punto. Al parecer, le da su palabra.

—Bueno, pues no sabe lo afortunado que me siento.

Lord Ingelstad bizqueó al ver a Temple, como si en aquel momento acabara de caer en la cuenta de lo inusual de su atavío.

—Al parecer, algunos han tenido una noche más movida que yo.

—¿Puede llevarle la respuesta? —preguntó Lamb.

—No creo que unos cuantos minutos más vayan a importarle a Lady Ingelstad. Haga lo que haga, ya estoy *perdido*.

—Entonces, dígale a Papá Anillo que acepto la palabra que me da. Y que espero que siga comportándose bien con su invitada.

El aristócrata bostezó mientras se ponía el sombrero.

—¡Acertijos! ¡Acertijos! ¡Me voy a la cama! —dijo, y salió a la calle,

contoneándose.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Temple en voz baja.

—Hubo un tiempo en el que habría entrado a la carga, costara lo que costase, para hacer una carnicería. —Lamb se aclaró la garganta y levantó el vaso, entreteniéndose en mirarlo durante un instante—. Pero mi padre siempre decía que la paciencia es la reina de todas las virtudes. Un hombre tiene que ser realista. No hay más remedio.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Esperar. Pensar. Preparar. —Lamb apuró el licor y le enseñó los dientes al vaso—. Y después, una carnicería.

APUESTAS ALTAS

—¿UN arreglo? —preguntó Faukin, dirigiendo aquella sonrisa suya tan inexpresiva, blanda y profesional hacia el espejo—. ¿O algo más radical?

—Aféitemelo todo, el pelo y la barba, y déjemelo lo más apurado que pueda.

Faukin asintió como si aquella elección hubiese sido suya. A fin de cuentas, el cliente siempre tiene razón.

—Entonces, un buen afeitado de toda la mollera.

—No quiero dejarle a ese malnacido nada por donde pueda agarrarme. Y me parece que ya es un poco tarde para preocuparme de mi imagen, ¿no cree usted?

Faukin puso su sonrisa inexpresiva, anodina y profesional y comenzó a peinar el crespo y revuelto pelo de Lamb. Después, el rítmico sonido de las tijeras comenzó a cortar el silencio en pequeños fragmentos. Al otro lado de la ventana, el ruido de la gente que iba creciendo en número se hizo más sonoro, más excitado, y la tensión que existía dentro la habitación también fue en aumento. Los mechones de cabello gris caían desde la toalla para amontonarse en el suelo, formando esos motivos tan complicados que siempre parecen tener un significado que somos incapaces de comprender.

Lamb los apartó con un pie.

—¿Adónde irá todo?

—¿Nuestro tiempo o los cabellos?

—Todo.

—En lo que respecta al tiempo, supongo que debería preguntárselo a un filósofo, y no a un barbero. Y en lo que concierne a los cabellos, pues los barro y los tiro a la basura. A menos que el cliente tenga alguna dama por amiga a la que quiera confiar un mechón...

Lamb miró a la Alcaldesa. Se asomaba por una ventana, mirando con un ojo los preparativos de Lamb y con otro los que tenían lugar en la calle, y su grácil silueta se recortó en la puesta de sol. Descartó la idea con una fuerte risotada:

—Es parte de ti y poco después sólo es basura.

—Si tratamos a los hombres como basura, ¿por qué no íbamos a hacer lo mismo con sus cabellos?

—Supongo que usted tiene todo el derecho del mundo a hablar de esa manera —dijo Lamb, suspirando.

Faukin hizo bastante ruido cuando, para mejorar el filo de la navaja, la pasó por la correa. A los clientes les complacía ver cómo la pasaba rápidamente por ella, un destello de luz en el acero que anunciaba el drama que estaba a punto de comenzar.

—Con cuidado —dijo la Alcaldesa, que, como resultaba evidente, no necesitaba aquel día un nuevo drama que añadir al que debía comenzar más tarde. A Faukin ella le imponía mucho más que Lamb. Aun sabiendo que el norteño era un asesino despiadado, le parecía ver en él cierto atisbo de amabilidad. Lo que no era el caso de la Alcaldesa. Por eso le concedió su reverencia más inexpresiva, blanda y profesional, dejó de pasar la navaja para afilarla, enjabonó una brocha, la pasó por la barba y los cabellos de Lamb y luego comenzó a afeitarlo lenta y pacientemente, de suerte que sólo se oía el sonido que la navaja hacía al deslizarse.

—¿No le parece un fastidio que siempre vuelva a crecer? —preguntó Lamb—. ¿No le gustaría que desapareciera de una vez y para siempre?

—¿Y no cree usted que pasa lo mismo con todas las profesiones que conocemos? El comerciante vende una cosa para comprar otra. El granjero, después de la cosecha, guarda unas cuantas semillas para plantarlas y que salga otra. El herrero...

—Si matas a una persona, sigue muerta —se limitó a decir Lamb.

—Bueno... pero si me permite que le haga una observación... los asesinos raramente se contentan con matar a una sola persona. Una vez que comienzan, siempre hay alguien a quien matar.

Lamb miró el reflejo de Faukin en el espejo.

—A fin de cuentas, veo que usted es todo un filósofo.

—Sólo desde el punto de vista del aficionado. —Faukin recogió con mucho estilo la toalla que seguía caliente y dejó al descubierto la cabeza ya afeitada de Lamb, que venía a ser un impresionante parterre de cicatrices. En todos sus años de barbero, incluidos los tres transcurridos al servicio de una compañía mercenaria, jamás había afeitado una cabeza tan machacada, abollada y maltratada.

—*Uh*. —Lamb se acercó el espejo, moviendo la mandíbula ladeada y arrugando la nariz torcida como si necesitara convencerse de que lo que estaba mirando no era más que su propio rostro—. Es la cara de un tipo malvado y malnacido, ¿no le parece?

—Si me permite decirlo, creo que una cara no es más malvada que una chaqueta. Lo que cuenta es el hombre que está debajo, y sus actos.

—Sin duda alguna. —Lamb miró a Faukin durante un instante y luego observó su propia imagen—. Pero sigue siendo la cara de un tipo malvado y malnacido. Ha hecho con ella lo mejor que podía. Y no tiene la culpa de que sea como es.

—Sólo intento hacer mi trabajo como me gustaría que los demás hiciesen el suyo en mi persona.

—*Trata a la gente como te gustaría que te tratasen y todo irá bien*, como solía decir mi padre. A fin de cuentas, creo que nuestras profesiones son completamente diferentes. Porque en la mía intento hacer a la gente lo que no me gustaría que me hiciesen a mí.

—¿Está preparado? —La Alcaldesa se había acercado en silencio a ellos y los miraba por el espejo.

Lamb se encogió de hombros y dijo:

—Un hombre o está siempre preparado para algo como esto o nunca lo está.

—Estoy de acuerdo. —Se acercó más a ellos, cogiendo a Faukin con fuerza de la mano. Y aunque el barbero sintió la imperiosa necesidad de echar a correr, por un momento se aferró débilmente a su profesionalismo—. ¿Tiene algo más que hacer por hoy?

—Sólo una cosa más —respondió Faukin, tragando saliva.

—¿Al otro lado de la calle?

Faukin asintió. La Alcaldesa le puso una moneda en la palma de la mano y se acercó más a él.

—Llega el momento en el que todos los habitantes de Arruga tendrán que elegir el lado de la calle que prefieren. Espero que elija con sabiduría.

El atardecer confería a la ciudad una atmósfera de carnaval. La corriente creada por la muchedumbre de borrachos y de gente ansiosa arrastraba a todo el mundo hacia el anfiteatro. Mientras cruzaba la calle, Faukin distinguió el Círculo de seis pasos de diámetro pintado en el antiguo empedrado de la calle, delimitado por las pértigas en cuyo extremo superior se encontraban las antorchas que iluminarían lo que iba a acontecer en su interior. Las antiguas bancadas de piedra y las nuevas, de carpintería hecha a toda prisa, estaban a rebosar con un público que aquel lugar no había visto en siglos. Los intermediarios anunciaban con gritos disonantes a cómo estaban las apuestas, escribiendo con tiza en las altas pizarras dispuestas al efecto los porcentajes del momento. Los vendedores vendían botellas y comidas picantes a precios que eran escandalosos incluso en aquella ciudad de escándalo.

Faukin miró a todas aquellas personas que se amontonaban unas al lado de otras, a la mayoría de las cuales él jamás les habría dado trabajo, y, diciéndose por centésima vez en el transcurso del día que no hubiera debido aceptar aquel encargo, apretó su bolsa con fuerza y apresuró el paso.

Papá Anillo era una de esas personas que, cuanto más dinero tienen, menos les gusta gastarlo. Sus oficinas eran humildes en comparación con las de la Alcaldesa; sus muebles, una colección de trastos llenos de arañazos; el techo, tan arrugado como una colcha vieja. A la luz de unas velas humeantes, Glama Dorado se sentaba ante un espejo rajado, dando lugar a un espectáculo absurdo, su enorme cuerpo envuelto en una sábana raída y repantingado en un taburete, con la cabeza sobresaliendo como una guinda sobre un montón de nata.

Anillo, asomado a la ventana al igual que la Alcaldesa, se cogía las manos por detrás de la espalda, diciendo:

—Aféitele todo.

—Excepto el bigote. —Dorado sacó un índice y un pulgar de enorme tamaño

por entre la sábana, para tirarse del bigote—. Lleva conmigo toda la vida y aquí se queda.

—Una brillante muestra de cabello facial —dijo Faukin, aunque con aquella luz tan pobre apenas conseguía ver más que unos cuantos pelos grises—. Si tuviese que eliminarlo, sentiría un profundo pesar.

A pesar de ser el favorito indudable en la contienda que estaba por llegar, los ojos de Dorado tenían una extraña expresión de desánimo al encontrarse en el espejo con los de Faukin.

—¿Tiene usted algún pesar?

Faukin perdió durante unos instantes su inexpresiva y profesional sonrisa.

—¿No lo tenemos todos, señor? —Y comenzó a cortarle el pelo—. Pero supongo que eso nos previene, al menos, de repetir los errores que antes cometimos.

Dorado miró con cara de pocos amigos su imagen en aquel espejo rajado.

—Pues aunque yo tengo cada vez más pesares, sigo cometiendo los mismos errores una y otra vez.

Faukin no tenía respuesta para eso, pero, siendo barbero, pudo salvar la situación, porque sus tijeras respondían por él. *Tris, tras*, y los mechones rubios comenzaban a amontonarse en el suelo, formando esos complicados motivos que siempre parecen tener un significado que somos incapaces de comprender.

—¿Ha estado con la Alcaldesa? —preguntó Papá Anillo desde la ventana.

—Sí, señor, he estado.

—Y, ¿cómo le parece que está?

Faukin pensó en el comportamiento de la Alcaldesa y, lo más importante, en lo que Papá Anillo quería escuchar. Un buen barbero jamás antepone la verdad a las expectativas de sus clientes.

—Me parece que está muy tensa.

Anillo retrocedió, retorciéndose de manera nerviosa los pulgares con los índices, y dijo:

—Tiene motivos para estarlo.

—¿Qué hay del otro hombre? —preguntó Dorado—. Aquel contra quien debo luchar...

Faukin dejó de afeitarlo durante un instante.

—Parecía pensativo. Pesaroso. Pero decidido. En honor a la verdad... usted me lo recuerda mucho—. Pero Faukin no mencionó lo que se le acababa de ocurrir.

Que, con toda probabilidad, a uno de ellos ya nadie volvería a cortarle el pelo nunca más.

Abeja limpiaba el suelo cuando él pasó por la puerta. No necesitó mirarle, porque conocía sus pasos.

—¿Grega? —Salió a toda prisa hacia el recibidor. Su corazón latía con tanta fuerza que le dolía—. ¡Grega!

Él se volvió e hizo una mueca, como si el hecho de escuchar su propio nombre en la boca de aquella mujer le pusiera enfermo. Parecía cansada, algo bebida y resentida. Al verla, siempre se ponía de mal humor.

—¿Qué quieres?

Se había imaginado todo tipo de historias respecto al momento en que volverían a encontrarse. En una de ellas, él la cogía entre sus brazos y le decía que iban a casarse en aquel mismo instante. En otra, él estaba herido y ella le cuidaba hasta que se ponía bien. En otra discutían, en otra reían. Y en otra, él se echaba a llorar y le pedía perdón por lo mal que la trataba.

Pero en ninguna de aquellas historias la ignoraba.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Y qué más quieres? —Ni siquiera la miraba a los ojos—. Tengo que hablar

con Papá Anillo. —Y se dispuso a salir del recibidor.

Ella le cogió de un brazo.

—¿Dónde están los niños? —No le gustaba que su voz fuese tan chillona.

—Métete en tus asuntos.

—Ya lo hago. Me dijiste que ayudara, ¿no lo recuerdas? ¡Me obligaste a traerlos!

—Hubieras podido negarte. —Sabía que tenía razón, porque ella quería agradarle tanto que habría saltado al fuego sólo con que él se lo hubiese pedido. Cantliss sonrió como si algo le resultase divertido—. Por si quieres saberlo, los vendí.

—¿A quién? —Era como si acabase de recibir una patada en el estómago.

—A los Fantasmas de las colinas. A esos cabrones del Dragón.

Sintió un nudo en la garganta que casi no le dejó hablar.

—¿Qué harán con ellos?

—No lo sé. ¿Follárselos? ¿Comérselos? ¿A quién le importa? ¿Acaso pensabas que iba a fundar un orfanato? —Le ardía la cara como si acabara de recibir una bofetada—. Eres una cerda estúpida. No sé si me habré encontrado alguna vez con alguien que sea más estúpido que tú. Eres más estúpida que...

Acababa de lanzarse contra él, y ya le estaba arañando la cara con sus uñas. Y posiblemente le habría mordido si él no la hubiese golpeado primero, justo encima del ojo, haciendo que cayera en el rincón para luego estrellarse de cara contra el suelo.

—¡Zorra loca! —Comenzó a levantarse del suelo, aún mareada y con aquel latido en la cara que le era tan familiar, mientras él se tocaba la mejilla herida, como si no pudiera creer lo que le había sucedido—. ¿Por qué lo has hecho? —Entonces comenzó a mover los dedos—. ¡Me has jodido la mano! —Y dio un paso hacia ella, que aún intentaba seguir de pie, y le dio una patada en las costillas que la obligó a doblarse en dos.

—Te odio —consiguió decir ella después de toser.

—No me digas. —Y la miró como si contemplase un gusano.

Aún recordaba el día en que la había sacado a bailar y ella se había sentido más importante que nadie. Pero en aquellos momentos, en que aquella escena parecía repetirse delante de sus ojos, le parecía tan feo, insignificante, superficial y egoísta que ya no podía ni mirarlo. Abusaba de la gente y, cuando ya no la necesitaba, la abandonaba, dejando a su paso un sendero de ruina. ¿Cómo podía haberse enamorado de él? Pues porque en alguna ocasión le había hecho sentir que estaba a sólo un paso por encima de la mierda. Y en aquellos momentos comprendía que el resto del tiempo le había hecho sentirse a diez pasos por debajo de ella.

—Qué insignificante eres —le susurró al oído—. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Como aquellas palabras acababan de herir su vanidad, dio otro paso hacia ella, pero Abeja sacó un cuchillo y lo esgrimió ante él. Cuando vio el cuchillo, pareció sorprendido durante un instante y, acto seguido, se enfadó, para luego echarse a reír como si le estuviese gastando una broma.

—¡Clávamelo si tienes lo que hay que tener! —Y se puso a su alcance para que lo acuchillase si quería. Pero ella, que no dejaba de sangrar por la nariz, se limitó a arrodillarse y a tocarse la pechera del vestido. Era el mejor que tenía, y no se lo había quitado en tres días porque sabía que él estaba a punto de llegar.

En cuanto se le pasó el mareo, se levantó y fue a la cocina. Aunque todo diese vueltas a su alrededor, no era el primer golpe que recibía, ni el peor disgusto que le daba. Lo más que harían al ver su nariz ensangrentada sería enarcar una ceja. La Casablanca era un lugar tranquilo.

—Papá Anillo dice que tengo que dar de comer a la mujer.

—Hay sopa en la cazuela —dijo el pinche, rezongando, para luego subirse encima de una caja y mirar lo que había al otro lado de una pequeña ventana, no viendo más que unas botas.

Así pues, Abeja puso un cuenco y un vaso de agua en una fuente y bajó por las escaleras que olían a humedad y que llevaban a la bodega, sorteando a oscuras los toneles y luego las estanterías llenas de botellas que apenas iluminaba la luz de

una antorcha.

La mujer que se encontraba en la celda extendió las piernas y se incorporó, deslizando sus manos, que estaban sólidamente atadas, por la barandilla dispuesta a su espalda. Mientras veía llegar a Abeja, el ojo que no estaba cubierto del todo por su desordenada cabellera relució débilmente. Torcido se sentaba junto a una mesa en la que descansaba un manojo de llaves, haciendo como que leía un libro, porque creía que eso le daba un aire especial. Pero no engañaba a nadie, ni siquiera a Abeja, pues, aunque a ella no se le dieran muy bien las letras, sí que era capaz de distinguir si un libro estaba puesto hacia arriba o hacia abajo.

—¿Qué quieres? —preguntó con una sonrisa de desprecio, como si acabara de encontrar una babosa en la comida.

—Papá Anillo dice que hay que darle de comer.

Abeja casi podía ver cómo trabajaba su cerebro dentro de aquella enorme cabeza gorda.

—¿Por qué? No creo que siga aquí por mucho más tiempo.

—¿Crees que me ha dicho el porqué? —le contestó ella—. No importa, si quieres, me voy y le digo a Papá Anillo que no quieres dejarme pasar...

—De acuerdo. Dale de comer. Pero te estaré echando un ojo. —Se inclinó más, dejándola para el arrastre a causa de su mal aliento—. Bueno, los dos.

Metió una llave en la puerta, que se abrió con un gemido, y Abeja pasó por ella con la bandeja. La mujer no dejó de observarla. Aunque no se podía alejar mucho de la barandilla, se apoyaba con fuerza en ella. La celda olía a sudor, a orines y a miedo, los de aquella mujer y los de quienes la habían ocupado antes que ella mientras aguardaban un futuro nada halagüeño. En aquel lugar no había ninguno que lo fuera.

Abeja dejó la bandeja y cogió el vaso de agua. La mujer bebió como si estuviese sedienta y ya no le quedase una pizca de orgullo, siempre que alguna vez lo hubiese tenido. El orgullo no suele durar mucho cuando se está en la Casablanca, y menos allí abajo. Abeja se acercó más a ella y dijo en voz baja:

—Antes me preguntaste por Cantliss. Por Cantliss y por los niños.

La mujer dejó de beber y fijó sus ardientes y salvajes ojos en los de Abeja.

—Ha vendido los niños al Pueblo del Dragón. Eso me ha dicho. —Abeja miró por encima de su hombro, pero como Torcido había vuelto a sentarse en el mismo sitio que antes para seguir bebiendo de su jarra, no las miraba. Ni siquiera se le ocurría pensar que Abeja fuese capaz de hacer algo que pusiera en peligro su vida. Se acercó aún más, sacó lentamente el cuchillo y comenzó a cortar con él la cuerda que rodeaba una de las muñecas en carne viva de aquella mujer.

—¿Por qué lo haces? —preguntó ella en voz baja.

—Porque Cantliss necesita que le hagan daño. —Y aunque en aquellos momentos tan apurados no se atreviera a decir «que lo maten», el significado de sus palabras fue evidente para ambas mujeres—. Y yo no se lo puedo hacer. —Con la empuñadura por delante, Abeja depositó el cuchillo en la mano de la mujer, que lo escondió detrás—. Pero creo que tú sí.

Papá Anillo se toqueteaba, nervioso, el anillo que tenía en la oreja, una vieja costumbre que le venía de sus días de bandido en las Tierras Malas, pues, a medida que el ruido del gentío aumentaba, su nerviosismo también lo hacía, al punto de inducirle una dolorosa contractura bajo la mandíbula. Había estado jugando muchas manos, tirando muchas veces los dados y ganando casi siempre, pero las apuestas no habían sido altas. Se preguntó si la Alcaldesa estaría nerviosa. La verdad era que no lo parecía, siempre sola y tiesa en su balcón, con la luz a la espalda, mostrando incluso en la lejanía aquel orgullo suyo que la caracterizaba. Pero tenía que estar asustada. Tenía que estarlo.

Cuántas veces se habían estado mirando el uno al otro desde ambos lados de la calle, planeando la caída del contrario por cualquier medio, limpio o sucio, duplicando una y otra vez el número de los hombres que tenían en nómina mientras las apuestas subían cada vez más. Cien asesinatos, estratagemas, maniobras y redes de pequeñas alianzas, hechas y desechas, y todo aquello para nada.

Se refugió en uno de los tópicos en los que más le gustaba pensar: Qué hacer con la Alcaldesa después de que hubiese ganado. ¿Ahorcarla, para que sirviera de advertencia? ¿Pasearla desnuda por la ciudad y azotarla como si fuese un cerdo? ¿Quedársela para que se convirtiese en su puta? ¿Qué tal la puta de todos? Pero

sólo se trataba de un juego. Porque le había dado su palabra de que le permitiría marcharse, y la cumpliría. Aunque la gente de la Alcaldesa que estaba al otro lado de la calle pensara que era un malnacido, y quizá con razón, él había mantenido la palabra dada durante toda su vida.

Pero la palabra dada puede hacerle pasar a uno momentos desagradables. Puede obligarle a ir a sitios adonde no le gustaría ir, o exigirle la resolución de rompecabezas cuyas tramas no son fáciles de comprender. Mas no se trataba de que las cosas fuesen o no fáciles de hacer, sino de hacer lo correcto. Porque siempre hay mucha gente que, sin pensárselo dos veces, tira por el camino fácil.

Grega Cantliss, por ejemplo.

Papá Anillo lo miró de refilón, amargado. Ahí estaba él con tres días de retraso, como siempre, apoyado de mala manera en el balcón de Anillo como si careciese de esqueleto, hurgándose en los dientes con un palillo. Parecía cansado y envejecido, tenía la cara llena de arañazos recientes y olía a rancio. Algunos hombres envejecen deprisa. Pero él siempre pagaba las deudas contraídas, más un jugoso extra por la demora. Por eso seguía respirando. A fin de cuentas, Anillo le había dado su palabra.

Cuando los luchadores se aproximaron al anfiteatro, la excitación de la muchedumbre fue en aumento. La gran cabeza afeitada de Dorado se movía por encima del gentío, mientras el grupo de hombres de Anillo que lo rodeaban le abrían paso a medida que se acercaba al anfiteatro, y las viejas piedras se encendían de naranja bajo la luz de aquel atardecer que comenzaba a desvanecerse. Y como Dorado, por muy mago con los puños que fuese, tenía la costumbre de distraerse, Anillo se había limitado a decirle que, si era posible, dejase con vida al viejo; y entonces no consideró que, por decírselo, estuviese incumpliendo la palabra dada a Lamb. Porque, como uno no sea un poco flexible a la hora de cumplir la palabra dada, nada conseguirá.

Acababa de ver a Lamb saliendo por entre los asientos del sitio reservado entre las antiguas columnas para la Alcaldesa, la cual se hallaba rodeada por su guardia de matones. Lamentó que el viejo norteño fuese uno de esos malnacidos en los que no se puede confiar para que las cosas salgan como uno quiere. Era una carta muy buena, y a Papá Anillo le encantaba saber que ya estaba en el mazo. Sobre todo cuando las apuestas eran tan altas.

—No me gusta la manera de mirar de ese viejo bastardo —dijo Cantliss.

Papá Anillo le miró con desgana, diciendo:

—¿Tú crees? Pues a mí no me parece que mire mal.

—¿Estás seguro de que Dorado le vencerá?

—Dorado ha vencido a todos los demás, ¿o no?

—Supongo que sí. Pero, para ser un ganador, tiene la mirada demasiado triste.

Anillo ya se había percatado de eso, sin que aquel idiota tuviese que decírselo para ponerle más nervioso.

—Bueno, pues supongo que por eso te dije que secuestraras a la chica. Por si acaso.

Cantliss se frotó una mandíbula que necesitaba un afeitado.

—De todas maneras, parece que es correr un gran riesgo.

—Un riesgo por el que no tendríamos que preocuparnos si no hubieras secuestrado a los niños de ese viejo bastardo y se los hubieras vendido a los salvajes.

Cantliss dio un respingo a causa de la sorpresa.

—Sé sumar dos y dos —comentó Anillo, y entonces Cantliss sintió un escalofrío, como si no pudiese quitarse la mierda que acababa de caerle encima—. ¿Hasta dónde puede caer una persona? ¿Puede caer tan bajo que no le importe vender niños?

Cantliss parecía profundamente herido en su orgullo.

—¡Eso es jugar *muy* sucio! Me dijiste que si no te pagaba a comienzos del invierno, sería hombre muerto. No parecía importante de dónde sacara el dinero. ¿Has pensado en devolvérmelo para que no te manche su procedencia?

Anillo observó la vieja caja que se encontraba encima de la mesa y pensó en el oro tan brillante que guardaba en su interior, así que volvió a mirar a la calle mientras decía, torciendo la boca con un rictus de pena:

—Creo que no. —Cantliss asintió, como si aquel asunto del secuestro de niños fuera un excelente plan que mereciese una felicitación más cordial—. ¿Cómo podía imaginarme que ese viejo bastardo conseguiría llegar hasta aquí?

—¡Ya deberías saber —respondió Anillo, hablando con frialdad y muy despacio— que *joder* a la gente trae consecuencias, y que nadie puede pasarse toda su puta vida sin mirar más allá de la punta de su polla!

Cuando Cantliss se masajeó nuevamente la mandíbula y musitó: «No es justo», Anillo no pudo por menos de preguntarse desde cuándo no le partía la cara a alguien. Porque estaba muy, pero que muy tentado de hacerlo en aquel momento. Pero como sabía que con eso no arreglaría nada, no lo hizo. Tenía en nómina a mucha gente que podía hacerlo por él.

—¿Acaso eres un crío para lamentarte de lo que es justo o no? —le preguntó—. ¿Te parece justo que yo tenga que aguantar a alguien que no es capaz de distinguir una buena mano de cartas de otra mala y que va a apostar el montón de dinero que no tiene? ¿Te parece justo que tenga que amenazar a alguien con matar a una chica para asegurarme del desenlace de una pelea? ¿Acaso crees que eso no me perjudica? ¿Te parece que me conviene cuando estoy a punto de comenzar una nueva etapa? ¿Te parece justo que tenga que mantener la palabra dada a personas a las que no les importa nada la suya? ¿Eh? ¿Qué cojones hay de justo en todo eso? Trae a la mujer.

—¿Yo?

—Intento arreglar el maldito desaguisado que cometiste. Tráela aquí para que nuestro amigo Lamb vea que Papá Anillo es un hombre de palabra.

—Me perderé el comienzo —dijo Cantliss, como si no pudiera creer que la posible muerte de dos personas le molestase tanto a Anillo.

—Si sigues hablando, muchacho, perderás lo poco que te queda de tu cochina vida. Trae a la mujer.

Cantliss se fue hacia la puerta, pisando fuerte y rezongando, de manera que Anillo le oyó murmurar:

—No es justo.

Apretó los dientes y se dio la vuelta para contemplar el anfiteatro. Seguro

que aquel malnacido, que creaba problemas a su paso, no acabaría bien. Y se dijo que cuanto antes llegara aquel final, mejor que mejor. Apretó los puños, consolándose al pensar que, cuando la Alcaldesa recibiera aquella zurra en el trasero, muchos matones se quedarían sin trabajo y entonces él podría contratar a los mejores por menos dinero. La muchedumbre comenzaba a tranquilizarse. Anillo se acarició la oreja y dejó las manos tranquilas, porque se estaba poniendo nervioso. Aunque estuviera seguro de tener la ventaja de su parte, las apuestas nunca habían estado tan altas.

—¡Bienvenidos todos! —exclamaba Camling, disfrutando por el hecho de que su voz reverberase hacia el mismísimo cielo—. ¡A este lugar, el histórico teatro de Arruga! ¡Durante los muchos siglos transcurridos desde su construcción, apenas había contemplado un acontecimiento tan trascendente como el que dentro de muy poco tendrá lugar ante vuestros afortunados ojos!

¿Los ojos pueden ser afortunados por su cuenta, sin contar con sus propietarios? La pregunta distrajo a Camling durante un instante antes de apartarla de su mente. No podía permitirse ninguna distracción. Era el momento que había estado esperando, pues el semicírculo iluminado por la luz de las antorchas estaba a rebosar de espectadores, la calle de más allá estaba llena de gente que se ponía de puntillas para mirar, las ramas superiores de los árboles del valle de más arriba estaban llenas de observadores intrépidos. Y todos ellos estaban pendientes de sus palabras. Al conseguir la fama como hostelero, las artes del espectáculo habían perdido a uno de sus más eximios representantes.

—¡Un combate, amigos y conciudadanos, y menudo combate! Una contienda de fuerza y astucia entre dos campeones notables que será arbitrada con toda humildad por quien os habla, Lennart Camling, parte neutral por todos respetada y ciudadano prominente de esta comunidad en la que lleva viviendo por largo tiempo!

Le pareció oír que alguien decía: «¡Gilipollas!», pero lo ignoró.

—Una contienda para resolver la disputa que dos partes mantienen según la ley de minas...

—¡Anda y que te jodan! —exclamó alguien.

Se produjo una mezcla de risas, abucheos y burlas. Camling hizo una larga

pausa, irguió la barbilla y dio a los salvajes una lección de aplomo cultural. El tipo de lección que había estado esperando que diera Iosiv Lestek, menuda *farsa* que luego resultó ser.

—Defendiendo a Papá Anillo, un hombre que no necesita presentación...

—Si no la necesita, ¿por qué la haces? —Más risas.

—... porque desde que abandonó el Norte que le vio nacer se ha forjado un nombre en los fosos, las jaulas y los Círculos de las Tierras Cercanas y Lejanas. Un hombre victorioso en veintidós encuentros. ¡Glama... Dorado!

Dorado se abría paso a empujones para llegar al Círculo. Desnudo hasta la cintura, untado con grasa el voluminoso cuerpo para que su oponente no pudiera hacer presa en él, sus grandes tabletas de músculo relucían blancas bajo la luz de las antorchas, recordando a Camling las gigantescas babosas albinas que ocasionalmente encontraba en su bodega y por las que sentía un pavor irracional. Y aunque el lujuriante bigote del norteño le pareciese más que nunca un signo de afectación de lo más absurdo, pues contrastaba con su cráneo pelado, los aullidos de la muchedumbre crecieron al ver al norteño. Un frenesí absoluto dominaba a los espectadores, que habrían sido capaces de recibir con aplausos a una de aquellas babosas albinas siempre que consintiese en derramar su sangre para satisfacerlos.

—Y, defendiendo a la Alcaldesa, su oponente... Lamb.

Los aplausos fueron mucho menos entusiastas cuando el segundo luchador entró en el Círculo, dando pie a que finalizase la última ronda de apuestas, dominada en aquellos momentos por un frenesí inimaginable. Igual de afeitado que Dorado, y cubierto de grasa como él, su cuerpo tenía tantas cicatrices que, aunque nada se supiese de su fama como luchador, era evidente que estaba muy familiarizado con la violencia.

Camling se agachó para preguntarle:

—¿Eso es un nombre?

—Un nombre tan bueno como cualquier otro —respondió el viejo norteño sin apartar los ojos de su oponente. Era evidente que todos pensaban que perdería. Si hasta aquel mismo instante, Camling había ido subiendo el porcentaje de las apuestas a favor de aquel hombre mayor, más bajo y más delgado que Dorado, lo que acababa de ver en su mirada le obligó a detenerse. Una mirada de impaciencia,

como si estuviera ansioso por comer y Dorado fuese su cena.

En cambio, el más alto de los dos norteños parecía dudar cuando Camling llevó a ambos al centro del Círculo.

—¿Te conozco? —preguntó Dorado, imponiéndose a los berridos de la audiencia—. ¿Cuál es tu auténtico nombre?

Lamb torció el cuello a uno y otro lado antes de responder:

—Creo que no tardarás en recordarlo.

Camling levantó una mano mientras decía con voz chillona:

—¡Que gane el mejor!

Y, por encima del rugido de la gente, oyó que Lamb decía:

—El peor es el que siempre gana.

Dorado sabía que aquel combate sería el último. De eso estaba seguro.

Se movían en círculo uno alrededor del otro, haciendo juego de pies, más juego de pies, dando un paso adelante y otro detrás, echando los puños hacia delante, y la cara, contorsionada, hacia un lado, y todo ello entre el clamor salvaje de los espectadores. Era evidente que estaban ansiosos de que comenzara el combate, sin ser conscientes de que la mayoría de las veces el combate se gana y se pierde en aquellos momentos previos en que los luchadores no llegan a tocarse.

¡Por los muertos, qué cansado se sentía Dorado! Los fracasos y los remordimientos tiraban de él hacia abajo como las cadenas con las que un nadador enloquecido hubiese lastrado su cuerpo, porque le pesaban cada día más, le pesaban cada vez que respiraba. Aquél tenía que ser su último combate. Como había oído que las Tierras Lejanas eran un sitio excelente para quien quisiera encontrar por fin los sueños que anhelaba, decidió acercarse a ellas para ver si encontraba lo que había perdido, y aquello fue con lo que se encontró. Glama Dorado, aquel poderoso jefe guerrero y héroe de Ollensand, admirado y temido por igual, que en los cantares de gesta y en los campos de batalla aparecía erguido todo lo alto que era, podía acabar en el barro para diversión de los imbéciles.

Inclinar la cintura y bajar el hombro, un par de golpes desmañados que se quedan cortos para tomarle la medida a su oponente. El tal Lamb se movía bien a pesar de su edad. No era ajeno a aquel asunto... con sus movimientos, precisos y ágiles, conseguía ahorrar energía. Dorado se seguía preguntando por sus fracasos y sus remordimientos. ¿Cuál era el sueño por el que había acabado metiéndose en aquel Círculo?

«Déjalo con vida, si puedes», le había dicho Anillo, mostrando con aquellas palabras lo poco que conocía del mundo de la lucha, por mucho que se jactase de mantener siempre la palabra dada. En aquel tipo de combates no había lugar para hacer una elección, porque la Gran Niveladora no le permitía a uno escoger entre la vida y la muerte que representaba su balanza. No había lugar para la piedad, tampoco para las dudas. Los ojos de Lamb le decían que él pensaba lo mismo. Después de que los dos entrasen en el Círculo, lo que hubiera quedado al otro lado de su circunferencia, ya fuese el pasado o el futuro, dejaba de importar. Pasaría lo que tuviera que pasar.

Dorado ya había visto bastante de su oponente.

Apretó los dientes y corrió al interior del Círculo. El hombre mayor hizo una buena finta, pero Dorado le agarró por una oreja y le propinó un fuerte golpe en las costillas que repercutió en todas las articulaciones de su brazo derecho. Cuando Lamb le devolvió el golpe, Dorado lo evitó, y entonces se separaron tan rápidamente como antes se habían juntado, volviendo a dar vueltas uno alrededor del otro, vigilándose mutuamente cuando un golpe de viento que recorrió el anfiteatro hizo que la luz de las antorchas se estremeciese.

Aquel viejo que se movía lentamente y sin bajar la guardia sabía encajar un golpe porque no acusaba ningún dolor. Si Dorado hubiera conseguido mantenerlo dentro de su radio de acción, habría podido machacarlo, pero no pudo. Comenzaba a acalorarse. Su respiración se hacía más rápida, haciéndole jadear, mientras su rostro se contorsionaba por el acopio de energía que estaba realizando, olvidando cualquier duda cuando su ira extinguió la vergüenza y la frustración que sentía.

Juntó las palmas de sus manos con mucha fuerza, soltó el aire a través de los dientes, hizo una finta y se lanzó contra Lamb más deprisa que antes, alcanzándolo con dos directos lanzados desde lejos y haciéndole sangrar por la nariz ya partida, sorprendiéndolo y alejándose de él antes de que le devolviera los golpes, mientras las piedras del anfiteatro resonaban por las burlas, las palabras de ánimo y las apuestas proferidas en una docena de idiomas.

Dorado comenzó a tomárselo en serio. Aunque el peso, la juventud y las apuestas estuvieran a su favor, aún no podía estar seguro del desenlace. Tenía que ser precavido. Tenía que asegurarse.

A fin de cuentas, aquél iba a ser su último combate.

—¡Ya voy, bastardo, ya voy! —exclamaba Pane, que, a causa de su pierna, cojeaba al atravesar el recibidor.

Él, que era del montón, se encontraba por debajo de todos los demás. Pero no le importaba, porque siempre tiene que haber alguien que esté debajo de todos y, a fin de cuentas, no valía gran cosa. La puerta bailaba dentro del marco por los golpes que alguien le estaba propinando al otro lado. Aquella puerta necesitaba una mirilla. Ya se lo había dicho a los demás, pero no le habían hecho ni caso. Quizá incluso ni le habían oído, por culpa de toda la gente que siempre había arriba. Por eso no tuvo más remedio que tirar del cerrojo y abrir ligeramente la puerta para ver quién llamaba.

Era un viejo que estaba borracho. Alto y huesudo, con los cabellos grises pegados a un lado de la cara, unas manos grandes que parecían colgar de sus brazos y una chaqueta tan gastada que era como si la mitad de ella guardase el recuerdo de antiguos vómitos, y la otra mitad, los restos de un vomitado reciente.

—Quiero follar —dijo con una voz que recordaba el crujido de la madera podrida al partirse.

—Pues no seré yo quien te lo impida —replicó Pane, intentando cerrar la puerta.

El viejo metió la punta de una bota para que no se cerrase.

—¡He dicho que quiero follar!

—Hemos cerrado.

—¿Que habéis qué? —El viejo alargó el cuello, al parecer, tan sordo como borracho.

Pane entreabrió un poco más la puerta para decirle, a gritos:

—¡Por si no te has enterado, se está celebrando un combate! ¡Hemos cerrado!

—Pues sí que me he enterado, pero me importa una mierda. Quiero follar, y quiero follar ahora mismo. Tengo polvo de oro y, por lo que he oído, la Casablanca nunca cierra si hay un negocio por medio. Nunca cierra.

—Mierda —masculló Pane. Tenía razón. «No cerramos nunca», como Papá Anillo siempre les decía para que no lo olvidasen. Aunque, refiriéndose al día del combate, había añadido que no sólo extremaran las precauciones, sino que las triplicasen: «Sed el triple de precavidos». Y había terminado con la siguiente observación: «No podré seguir trabajando con quien no sea precavido». Y eso le extrañó, porque ninguno de los que trabajaban en aquel lugar lo era.

—Quiero echar un polvo —rezongó el viejo, que apenas podía mantenerse en pie por lo borracho que estaba. Pane se apiadó de la chica que tuviese que atenderle, porque aquel tipo olía igual de mal que toda la mierda acumulada en Arruga. Aunque, por lo general, solía haber tres guardias en la puerta, los otros dos se habían escaqueado para ir a ver el combate, dejándole solo, como el último del montón, que era en lo que había llegado a convertirse.

Al comprobar, para su gran y desagradable sorpresa, que un brazo le agarraba del cuello con mucha fuerza, que la fría punta de algo acerado hacía fuerza contra su garganta y que la puerta acababa de cerrarse de golpe, lanzó un gemido de desánimo que, en el caso de que se hubiese encontrado sólo un poco más arriba en el montón, habría sido un simple chillido.

—¿Dónde está la mujer que os llevasteis? —El aliento del viejo apestaba como una destilería, pero sus dedos eran tan duros como tornillos—. Shy Sur, una cosa flaca con una boca muy grande. ¿Dónde está?

—No sé nada de una mujer —consiguió decir Pane, que, a pesar de hablar alto para llamar la atención de quien pudiera escucharle, apenas podía pronunciar las palabras por la fuerza con que el otro apretaba su cuello.

—Entonces tendré que hacer algo para soltarte la lengua —dijo, y Pane sintió que la punta del cuchillo se hundía en su mandíbula.

—¡Joder! ¡De acuerdo! ¡Está en la bodega!

—Tú delante. —Y el viejo le empujó. Un paso, otro, y entonces le pareció a Pane que la indignidad que estaba a punto de cometer superaba cualquier otra, y

por eso comenzó a retorcerse y a dar codazos y empujones, como si acabara de llegar el momento que había estado esperando para salir debajo del montón y ser merecedor, al menos, de su propio respeto.

Pero aquel viejo era de hierro. Tan fuerte agarró su nudosa mano la tráquea de Pane, que apenas pudo emitir un gorgoteo, sintiendo al mismo tiempo la quemazón que la punta del cuchillo, antes de detenerse justo debajo de su ojo derecho, le producía en la cara.

—Si sigues resistiéndote, te quedarás sin ojo. —Tan grande era la frialdad que dejaba traslucir la voz de aquel viejo, que hasta las ganas de seguir peleando con él se le congelaron—. Eres el idiota que, precisamente, abrió la puerta, así que no creo que Papá Anillo vaya a tenerte en mucha estima. De cualquier modo, ya está acabado. Llévame hasta la mujer sin cometer ninguna estupidez, y pasarás el resto de tu vida siendo el idiota que abrió la puerta. ¿Esto que te digo tiene algún sentido para ti?

La mano aflojó su presa lo bastante para que pudiera responder:

—Lo tiene. —Pues claro que tenía sentido para él. ¿Había estado toda su vida pasándolo mal para terminar de esa manera? Realmente era el idiota que había abierto la puerta a quien no debía.

Acababa de volver al fondo del montón.

Dorado acababa de conseguir que la cara del viejo, llena ya de sangre, mostrase la cólera que le embargaba. La luz de las antorchas permitía ver la llovizna que caía. Si su coronilla estaba fría, por dentro, disipadas ya las dudas, sentía mucho calor. Como ya le había tomado la medida a Lamb, incluso la sangre que le manchaba la boca le sabía a victoria.

Sería su último combate. Luego de vuelta al Norte, con el dinero de Anillo para recuperar a sus pequeños, recobrar su honor y vengarse de Cairm Cabeza de Hierro y de Calder el Negro. Al recordar las caras y los nombres de aquellos dos a quienes tanto odiaba, su furia estalló.

Dorado rugió y la muchedumbre le imitó, haciéndole correr por el perímetro del Círculo como si estuviera montado en la cresta de una ola. El viejo esquivó un golpe con una mano y luego, agachándose, otro. Acto seguido, agarró a Dorado por

un brazo, de suerte que ambos acabaron propinándose una lluvia de golpes y retorciéndose mientras sus dedos intentaban agarrar al otro por donde fuera, sus manos resbalaban a causa de la grasa y de la lluvia y sus pies intentaban buscar apoyo para vencer al contrario. Dorado hizo fuerza, empujó y finalmente consiguió con un berrido que Lamb perdiese el equilibrio. Pero el viejo le echó la zancadilla mientras caía, haciendo que ambos se estrellasen contra el empedrado para alborozo del gentío, que dio saltos de alegría al ver cómo caían.

Dorado estaba encima de Lamb. Como intentó abarcar con una mano el cuello del viejo y acabó tocando el corte que Lamb tenía en una oreja, hizo todo lo posible para arrancársela; pero, al ser demasiado resbaladiza, su mano fue a parar a la cara de Lamb. Ya en ella, intentó clavarle la uña del pulgar en un ojo, tal y como había hecho con aquel minero grandullón la primavera anterior. Entonces sintió un tirón en la cabeza, que acababa de írsele hacia delante, y notó un dolor muy fuerte, como de quemadura, en la boca. Rugió, bramó y se retorció, le clavó las uñas a Lamb en la muñeca y, dando un tirón, mientras se le desgarraban el labio y las encías, se soltó.

Cuando Lamb se levantó, Dorado vio que aquel viejo tenía unos cuantos pelos rubios en una mano, y entonces comprendió que acababa de arrancarle medio bigote. Aunque las risas que dominaran el anfiteatro fuesen las de la multitud, las que él escuchaba no eran ésas, sino las de los años que había dejado atrás, cuando, caminando penosamente, había abandonado la Sala de Skarling para irse al exilio.

Entonces su rabia creció, y se lanzó chillando contra Lamb, pensando solamente que tenía que aplastarlo con sus puños. Lo alcanzó justo en la cara, enviándolo fuera del Círculo, de suerte que los espectadores sentados en la primera fila de las gradas huyeron como estorninos. Dorado fue tras él, mascullando maldiciones y lanzando una lluvia de golpes que movieron a Lamb a derecha y a izquierda como si fuese de trapo. Cuando sus manos colgaron a lo largo de su cuerpo, su rostro se quedó sin expresión y la mirada se le puso vidriosa, Dorado supo que el momento había llegado. Se acercó a él, preparó el golpe en el que iba a concentrar toda la energía de que disponía y lanzó el padre de todos los directos hacia la barbilla de Lamb.

Al comprobar que el viejo aflojaba las manos y se tambaleaba, aguardó a que se le doblaran las rodillas para ponerse encima de él y acabar con todo aquello.

Pero Lamb no cayó al suelo. Retrocedió, tambaleándose uno o dos pasos hasta regresar al Círculo y quedarse en él, meneándose hacia uno y otro lado,

echando sangre por la boca, que tenía abierta, y ladeando la cara hacia la zona sin luz. En ese momento, Dorado captó un sonido entre el ruido atronador de la muchedumbre. Aunque apenas se escuchase, era inconfundible.

El viejo reía.

Dorado se detuvo. El pecho le subía y le bajaba. Y aunque casi no sintiese el peso de las piernas, sí que sentía el de los brazos, a causa del esfuerzo realizado. Y entonces se sintió desanimado por la duda, porque le parecía imposible que pudiera golpearle con más fuerza.

—¿Quién eres? —preguntó, casi rugiendo, mientras los puños le dolían tanto como si hubiera estado golpeando un tronco.

La sonrisa de Lamb le recordó a una tumba que alguien acabase de abrir. El viejo sacó una lengua enrojecida que manchó de sangre sus mejillas. Levantó un puño en alto y luego lo abrió lentamente para que Dorado pudiese verlo, mirándole con unos ojos tan grandes como platos, y tan húmedos como dos pozos de brea, por el hueco creado por el dedo corazón que le faltaba.

Inexplicablemente, la muchedumbre guardaba silencio. Entonces, las dudas de Dorado se convirtieron en un terror insuperable, porque acababa de descubrir cómo se llamaba aquel viejo.

—Por los muertos —musitó—, no puede ser.

Pero sabía que sí podía ser. Porque, por rápido, fuerte y terrible que uno sea, siempre hay alguien más rápido, más fuerte y más terrible, y porque cuantos más combates libres, antes te lo encontrarás. No es posible engañar constantemente a la Gran Niveladora. Por eso, Glama Dorado sintió que su sudor se volvía helado y que del fuego que le consumía ya sólo quedaban cenizas.

Y entonces supo sin género de dudas que, en efecto, aquél iba a ser su último combate.

—Es tremendamente injusto —decía Cantliss, hablando consigo mismo.

¿Cómo le agradecía todo el esfuerzo que había realizado para llevar a rastras a aquellos mocosos llorones por todas las Tierras Lejanas, y los riesgos a los que se

había expuesto al vendérselos al Pueblo del Dragón para pagarle el dinero que le debía, más los intereses? Pues con las quejas de siempre y con el encargo de otro trabajo de mierda. Por mucho que se esforzase, las cosas seguían sin salirle bien.

—Nada bueno se puede esperar de él —dijo, hablando al aire, y entonces, como le dolió la cara sólo con hablar, se pasó lentamente la mano por los arañazos, y eso hizo que le doliera la mano, haciéndole pensar con amargura en la estupidez y en la tremenda obcecación del género femenil.

—Después de todo lo que he hecho por esa puta...

Al doblar la esquina, observó que el idiota de Torcido hacía como que leía.

—¡En pie, idiota! —Aunque la mujer siguiera en la celda tan maniatada e impotente como antes, le miró de una manera que le hizo sentirse más furioso, pues su tranquilidad y aplomo revelaban algo que no era miedo. Como si tuviera un plan del que él formaba parte, una parte que no lograba descubrir—. ¿A quién te crees que estás mirando, zorra? —le espetó.

Y ella, con voz tan fría como impávida, le contestó:

—A un maldito cobarde.

Cantliss se quedó helado, parpadeando, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. ¿Aquella cosa flacucha le faltaba al respeto? ¿Aquella cosa que hubiera debido ponerse a gimotear para pedir merced? Si no puedes conseguir el respeto de una mujer después de atarla y de golpearla, ¿cómo demonios lo conseguirás?

—¿Cómo dices? —musitó, recobrando el aplomo.

Ella se inclinó hacia delante, le miró con cara burlona, echó los labios hacia atrás, apretó la lengua contra el hueco que tenía entre los dientes y, proyectando la cabeza con fuerza hacia delante, lanzó un escupitajo que franqueó los barrotes y se estrelló en la camisa nueva de Cantliss.

—Cobarde asqueroso —dijo Shy.

Seguir el consejo de Papá Anillo era una cosa, y aquella situación otra muy distinta.

—¡Abre esa celda! —dijo entre dientes, casi ahogándose de ira.

—Ahora mismo. —Torcido comenzó a manosear el manojo de llaves para encontrar la correcta. Sólo tenía tres. Cantliss se lo quitó de la mano, metió la llave en la cerradura y dio una patada en la puerta, que chocó contra la pared y le hizo un desconchón.

—¡Te daré una lección que no olvidarás! —exclamó, pero la mujer seguía vigilándole, enseñando los dientes y respirando de manera tan agitada que podía ver las salivillas de sus labios. La agarró con una mano por la camisa, descosiendo algunas costuras y casi levantándola en vilo, y luego la cogió por la mandíbula con la otra, aplastándole la boca con sus dedos como si quisiera convertir su cara en papilla. Y entonces...

Recibió un golpe. El fuerte dolor que sintió en una pantorrilla le obligó a lanzar un chillido de terror. Al siguiente golpe, su pierna cedió, haciéndole retroceder, cojeando, hasta la pared.

—¿Qué has...? —dijo Torcido, y Cantliss escuchó unos gruñidos parecidos a los que hace la gente cuando se pelea. Luego se volvió, levantándose a duras penas, porque el dolor le subía hasta la ingle.

Torcido se apoyaba en la celda con la sorpresa pintada en aquella cara suya de idiota mientras la mujer le agarraba con una mano y le clavaba algo en las tripas con la otra. A cada golpe que le daba, y que él recibía bizqueando y haciendo un gorgoteo, ella emitía un bufido lleno de salivillas. Cantliss vio que empuñaba un cuchillo del que salían hilachas de sangre que caían en el suelo a cada puñalada que le asestaba. Entonces, comprendiendo que le había apuñalado a él, gimió, no sólo por todo lo que le dolía la herida, sino por el ultraje que acababa de hacerle, dio un paso adelante, que le obligó a tambalearse, y la agarró por un hombro, de suerte que ambos se colaron por la puerta de la celda y cayeron al suelo que estaba manchado de porquería incrustada, con lo que el cuchillo rebotó en él.

Le pareció que era tan escurridiza como una trucha, porque, después de levantarse, ella le propinó un par de fuertes directos en la boca y luego, incluso antes de comprender lo que estaba pasando, agarró su cabeza y la golpeó contra el suelo varias veces. Pero cuando ella intentó coger el cuchillo, él la agarró por la camisa y la llevó hacia atrás, desnudándola casi en el intento, gruñendo, escupiendo y retorciéndose los dos en el suelo mientras se acercaban a la mesa. Mientras ella le lanzaba un nuevo directo que sólo le alcanzó en la coronilla, él la agarró por los pelos y la zarandeó. Y aunque la chica chilló y pataleó, como la tenía agarrada, Cantliss llevó una y otra vez su cabeza contra una de las patas de la mesa, de modo

que cuando la dejó lo suficientemente desmadejada, pudo ponerse encima de ella, gimiendo al apoyarse en la pierna herida, para entonces empapada y caliente por la sangre que manaba de ella.

Podía escuchar su respiración agitada mientras ambos se retorcían con todas sus ganas y ella le daba un rodillazo; pero, como la dominaba con su peso, finalmente consiguió ponerle el antebrazo encima del cuello y hacer fuerza con él, lo que le permitió levantarse un poco para estrangularla con los dedos de una mano mientras buscaba a tientas el cuchillo con los de la otra. Cuando su mano se cerró alrededor del arma, lanzó un grito de alegría, porque había vencido.

—Ahora estaremos tranquilos —dijo, susurrando confusamente con los labios partidos e hinchados. Entonces levantó el cuchillo para que lo viera. El rostro de la chica estaba rojo por la falta de oxígeno, sus cabellos pringados de sangre, y sus ojos, a punto de reventar, seguían la punta del cuchillo mientras le agarraba el brazo, pero cada vez con menos fuerza. Cantliss mantuvo el cuchillo en alto y luego lo movió dos veces para burlarse de ella, como si fuese a apuñalarla, disfrutando cada vez que apartaba el rostro. Entonces lo levantó aún más, listo para asestarle la puñalada definitiva.

Una mano le retorció la muñeca y, haciéndole tragar saliva, lo alejó de la chica. Mientras abría la boca, algo se estrelló contra sus dientes y todo empezó a girar. Al mover la cabeza a uno y otro lado, le pareció que las toses de la mujer sonaban desde muy lejos. Al ver el cuchillo en el suelo, estiró un brazo para cogerlo.

Una enorme bota bajó hasta su mano y la aplastó contra la mugre del suelo. Un paso más y, con una patada, la bota alejó el cuchillo. Cantliss gimió, se lamentó e intentó mover la mano, pero no pudo.

—¿Quieres que lo mate? —preguntó el viejo que le estaba mirando.

—No —dijo la chica con voz cascada, agachándose para coger el cuchillo—. Yo lo haré —añadió, dando un paso y escupiendo sangre por el hueco que tenía entre los dientes.

—¡No! —dijo Cantliss, gimiendo mientras intentaba apoyarse en la pierna que aún le quedaba entera, pero sin conseguirlo a causa de la mano, para entonces inútil, que el viejo seguía pisando con su bota—. ¡Me necesitáis! Queréis recuperar a vuestros niños, ¿no es así? ¿No es así? —Al mirar la cara de la mujer, supo que acababa de encontrar un hueco por donde colarse—. ¡No es fácil llegar hasta allí!

¡Puedo mostraros el camino! ¡Me necesitáis! ¡Os ayudaré! ¡Todo terminará bien! ¡No fue culpa mía, sino de Anillo! ¡Dijo que me mataría! ¡No tenía elección! ¡Me necesitáis! —Y parloteó, lloró y suplicó, pero sin sentir vergüenza, porque, cuando ya no le queda otra opción, el hombre que aún tiene algo de sensatez suplica como un malnacido.

—Qué cosa —musitó el viejo caduco, frunciendo los labios con desprecio.

La chica volvió a salir de la celda con la cuerda que habían usado para maniatarla.

—Supongo que no debemos desechar ninguna opción.

—¿Nos lo llevamos?

Se agachó para dedicarle a Cantliss una sonrisa de color rojo.

—Siempre podremos matarlo más tarde.

Abram Majud estaba muy preocupado. No por el resultado, pues nunca había dudado de él, sino por lo que pudiera suceder después.

Dorado se debilitaba tras cada intercambio de golpes. Su cara, por lo poco que de ella se podía ver a causa de la sangre que la cubría y de la hinchazón que la deformaba, era una máscara de miedo. En terrible contraste con ella, la sonrisa de Lamb se hacía mayor a cada golpe que daba o recibía. Se había convertido en la sonrisa malvada de un borracho, o de un lunático, o de un demonio, pues nada quedaba en ella de la sonrisa de aquel hombre con quien Majud había compartido penas y alegrías en las llanuras. Era tan monstruoso su aspecto que, cada vez que Lamb se acercaba tambaleándose a los asientos de la primera fila, los espectadores que los ocupaban trepaban a gatas por los respaldos para ocultarse.

La audiencia se estaba deteriorando tanto como el espectáculo. Majud no se atrevía a pensar en el monto total de las apuestas, pues ya había visto que las disputas comenzaban a surgir entre los espectadores. Cada vez con más insistencia, aquel sentimiento de locura colectiva le recordaba una batalla —un lugar en el que deseaba ardientemente no volver a encontrarse—, porque en una batalla suele haber muchas bajas.

Con su pesada mano derecha, Lamb atizó a Dorado varios golpes seguidos, lo recogió antes de que cayera, le metió por la boca un dedo doblado a la manera de un gancho y le abrió con él la mejilla, de suerte que la sangre que Dorado escupió llegó hasta la primera fila.

—¡Ay de mí! —exclamó Curnsbick, que contemplaba la escena por entre los dedos de la mano con la que se tapaba la cara.

—Deberíamos irnos —dijo Majud, pero eso era más fácil de decir que de hacer. Lamb agarraba a Dorado por un brazo mientras rodeaba su cuerpo con el otro para obligarle a ponerse de rodillas, y la otra mano de Dorado colgaba inerte junto a su costado. Majud escuchó el grito, que más parecía un borborigmo, de Dorado, antes de que la articulación de su codo emitiese un chasquido perfectamente audible y la piel que lo rodeaba se distendiese de una manera atroz.

Lamb era como un lobo en medio de la carnicería, riéndose mientras agarraba a Dorado por el cuello, y arqueaba la espalda al golpear con la frente, una y otra vez, la cara de su contrincante, todo ello en medio de los gritos de alegría o de pena que lanzaba la gente según por quien hubiesen apostado.

Majud escuchó un gemido y observó mucho movimiento en las gradas. Entonces le pareció que dos individuos apuñalaban a un tercero. De repente, el cielo se iluminó por el fulgor de una llama anaranjada. Era tan brillante que pudo sentir el calor que despedía. Instantes después un estallido atronador estremecía el anfiteatro, obligando a los espectadores a echarse al suelo y a taparse la cabeza con las manos, y convirtiendo los gritos producidos por la sed de sangre en gemidos de desánimo.

Un hombre que se agarraba las tripas cayó dentro del Círculo, no muy lejos de donde Lamb seguía intentando aplastar con sus manos la cabeza de Dorado. El fuego saltó hacia la acera de la calle que pertenecía a Papá Anillo. Un individuo que paseaba a menos de dos pasos de ella recibió un cascote en la cabeza y cayó al suelo.

—Potencia explosiva —musitó Curnsbick, mientras las lentes de sus gafas parecían cobrar vida a causa del fuego que se reflejaba en ellas.

Majud le cogió por el brazo y se lo llevó a rastras. Entre los cuerpos que se movían pudo ver la sonrisa petrificada de Lamb, apenas iluminada por la luz de una antorcha medio apagada, que estrellaba la cabeza de alguien contra una de las columnas, cuya piedra se volvía más oscura a cada crujido del cráneo. Majud

sospechó que pudiera tratarse de Camling. Era evidente que el tiempo de los árbitros ya había pasado.

—Ay de mí —musitaba Curnsbick—. Ay de mí.

Majud desenvainó su espada. Se la había regalado un tal general Malzagurt por salvarle la vida. Aunque siempre hubiese odiado aquella cosa maldita, en aquellos momentos se sentía muy contento de tenerla. El ingenio del hombre no ha concebido nada mejor para apartar a la gente de tu camino que un buen palmo de acero afilado.

Con la celeridad de una avalancha de tierra, la excitación dio paso al pánico. Al otro extremo del Círculo, la bancada recién construida comenzó a oscilar de manera alarmante cuando la gente la abandonó a toda prisa, empujándose unos a otros para salir rápidamente de aquel sitio. Con un crujido de dolor, toda la estructura se inclinó hacia un lado y comenzó a doblarse y a retorcerse, mientras las viguetas de madera se rompían como si fueran palillos, para luego desplomarse cuando la gente se dirigía hacia las barandillas de mala calidad, haciendo que cayera en medio de la oscuridad.

Majud condujo a Curnsbick a través de todo aquel caos, ignorando a los que se peleaban y a los heridos, entre los que se contaba una mujer que, apoyándose en los codos, miraba fijamente el hueso que sobresalía por una de sus rodillas. Era cuestión de pensar en uno mismo y quizá en sus allegados, siempre que a éstos les sonriera la fortuna, y dejar a los demás al amparo de Dios.

—Ay de mí —seguía diciendo Curnsbick.

Lo que acontecía en la calle no se parecía a una batalla, sino que era una batalla campal. En medio de aquella locura, la gente farfullaba bajo la luz de las llamas que ya prendían en los locales de Papá Anillo. Una muchedumbre hendía a otra muchedumbre como el hierro de un arado, cruzando el barrizal con un propósito definido. Eran tantos que Majud ni siquiera pudo hacerse idea de su número, pues sólo podía ver el brillo de sus espadas y el ruido que hacían al combatir, al caer y al rodar por el barro, forcejeando contra la corriente, sin que le fuese posible calcular las bajas. Vio a un hombre lanzar contra el tejado de una casa una botella de líquido inflamable, la cual, al estallar, propagó su fuego por la paja a pesar de lo húmeda que estaba.

Tuvo una imagen fugaz de la Alcaldesa, que seguía de pie en su balcón

mientras miraba fijamente la locura que se propagaba por la calle. Apuntó a algún sitio con el dedo y ordenó algo al hombre que se encontraba a su lado, pero sin perder la compostura. Majud tuvo la firme convicción de que nunca había tenido intención de ocupar el territorio del contrario y que se había limitado a esperar humildemente el resultado.

Varias flechas titilaron en la oscuridad. Una cayó en el barro, cerca de ellos. Majud escuchó los gritos de una mujer, y los chillidos pronunciados en idiomas que desconocía resonaron en sus oídos. Entonces se produjo otra detonación atronadora que le obligó a agacharse mientras unas vigas salían volando a bastante altura y el humo subía, arremolinándose, por el cielo cargado de humedad.

Alguien agarraba a una mujer por el pelo y la arrastraba por el barro sin dejar de darle patadas.

—Ay de mí —repetía Cursnbick una y otra vez.

Alguien agarró del tobillo a Majud, que se limitó a golpearle de plano con su espada para, después de soltarse, seguir caminando sin mirar atrás, atravesando los porches de los edificios situados en la acera de la Alcaldesa. Más arriba, en el extremo superior de la columna más cercana, distinguió las siluetas de tres hombres. Dos estaban armados con arcos. El tercero encendía los extremos untados con brea de las flechas que iban a partir hacia los edificios situados enfrente.

El edificio en cuyo cartel aparecía escrito *El Palacio de la Jodienda* estaba en llamas. Una mujer saltó del balcón y cayó al barrizal. A su lado ya había dos cadáveres. Cuatro hombres aguardaban con las espadas desenvainadas. Uno se fumaba una pipa. Majud supuso que debía de ser uno de los empleados de la Iglesia de los Dados de la Alcaldesa.

Cursnbick intentó soltarse, diciendo:

—Deberíamos...

—¡No! —Majud no le dejó hablar—. No podemos hacer nada.

La piedad, por no hablar de las demás ataduras de la civilización, era un lujo que no podían permitirse. Majud sacó la llave de su tienda y la dejó en la temblorosa mano de Cursnbick, mirando a la calle con la espada en alto.

—Ay de mí —dijo el inventor, peleándose con la cerradura—. Ay de mí.

Se resguardaron dentro de la tienda, cuya oscuridad iluminaban unos ramalazos de luces naranjas, rojas y amarillas. Majud empujó la puerta con el hombro, respiró aliviado después de correr el cerrojo y se volvió al sentir una mano en el hombro, estando a punto de decapitar a Temple con la espada que agarraba con mano temblorosa.

—¿Qué demonios está pasando? —Una franja de luz recorría parte del rostro de Temple, que parecía tan sorprendido como él—. ¿Quién ha ganado?

Majud descansó la punta de su espada en el suelo y luego se apoyó en su empuñadura, respirando con dificultad.

—Lamb. Hizo pedazos a Dorado. Literalmente.

—Ay de mí. —Curnsbick, que seguía gimiendo, se escurrió por la pared hasta que su trasero chocó con el suelo.

—¿Y qué le ha pasado a Shy?

—No tengo ni idea. No tengo ni idea de nada de lo que está pasando. —Majud entreabrió la puerta para mirar por la rendija—. Pero sospecho que la Alcaldesa está haciendo limpieza.

Las llamas de los edificios de Papá Anillo iluminaban toda la ciudad con unos tonos chillones. El fuego ya había llegado al tejado de la Casablanca, y las llamas, voraces y asesinas, salían disparadas hacia el cielo, alcanzando los árboles de la pendiente situada encima de ella y haciendo que las chispas y las cenizas titilasen entre la lluvia.

—¿No deberíamos echar una mano? —preguntó Temple en voz baja.

—Un buen hombre de negocios debe quedarse al margen.

—Supongo que hay un momento en el que uno debe dejar de ser un buen hombre de negocios para convertirse, simplemente, en un buen hombre.

—Es posible —Majud volvió a cerrar la puerta—. Pero este momento no es ése al que te refieres.

VIEJOS AMIGOS

—**¡P**UES bien! —decía Papá Anillo, que tragaba saliva y entornaba los ojos debido a la luz del sol—. ¡Ya estamos donde queríamos, supongo! —Nadie podía reprocharle que su frente estuviese perlada de sudor—. ¡Sé que no siempre hice lo correcto! —Como alguien le había arrancado el anillo que tenía en la oreja, su lóbulo destrozado ondeó al volver él la cabeza—. ¡Creo que ninguno de vosotros me echará de menos! ¡Pero, al menos, siempre intenté hacer todo lo que estaba en mi mano para mantener mi palabra! Eso debéis concedér...

Temple escuchó el chasquido que la Alcaldesa acababa de hacer con los dedos. El esbirro empujó con una bota el taburete que soportaba el peso de Anillo. El lazo corredizo se ajustó a su cuello mientras pataleaba y se contorsionaba, la soga chasqueó en cuanto comenzó a bailar la danza del ahorcado y la orina cayó por una de las perneras de sus pantalones manchados de mugre. Los bajos y los altos, los valientes y los cobardes, los poderosos y los pobres, todos se comportan igual cuando los ahorcan. Eran once en total: Anillo, nueve de sus secuaces y la mujer que se encargaba de sus putas. Movido más por la rutina que por el entusiasmo, el gentío lanzó un alarido poco convincente. Los sucesos de la noche anterior habían saciado el apetito que Arruga sentía por la muerte.

—Se acabó —dijo la Alcaldesa, casi hablando para sí.

—Se acabó para unos cuantos —apostilló Temple. Una de las antiguas columnas que rodeaban la Casablanca se había venido abajo por el calor. La otra parecía extrañamente desnuda, resquebrajada y manchada de hollín, rodeada por las ruinas del presente que se mezclaban con las del pasado. Más de la mitad de los edificios de Anillo que se encontraban en aquel lado de la calle habían sufrido el mismo destino, y en medio del revoltijo de chozas y de casuchas quemadas, entre las que podían ver los huecos de los edificios arrasados hasta los cimientos y que parecían bostezar, los saqueadores comenzaban a trabajar de manera febril.

—Lo reconstruiremos todo —dijo la Alcaldesa—. Eso haremos. ¿Está listo el tratado?

—Casi listo —respondió Temple.

—Bien. Ese trozo de papel puede salvar un montón de vidas.

—Acabo de comprobar que eso de salvar vidas es lo único que nos preocupa —replicó Temple, que ya bajaba por los escalones sin esperar a que le contestase. Aunque no hubiera derramado ninguna lágrima por Papá Anillo, no quería seguir viéndolo patalear por más tiempo.

Después de que buena parte de los habitantes de la ciudad hubiesen muerto violentamente, incluidos los que habían perecido en los incendios y en la horca, de que un número mayor se hubiese marchado y de que un número aún mayor se dispusiera a marcharse, la mayoría de los que habían optado por quedarse estaban en la calle, observando el resultado final de la gran disputa que les había enfrentado a unos contra otros. Como la Iglesia de los Dados de la Alcaldesa estaba singularmente vacía, los pasos de Temple resonaban entre las vigas manchadas de humo. Dab Sweet, Roca Llorona y Corlin se sentaban ante una mesa, jugando a las cartas bajo la mirada hueca de las antiguas armaduras colocadas a lo largo de las paredes.

—¿No habéis presenciado el ahorcamiento? —preguntó él.

Corlin le miró por el rabillo del ojo para dedicarle un resoplido de desprecio.

—En cierta ocasión, cerca de Esperanza, estuvieron a punto de colgarme —comentó Sweet—. Luego se aclaró todo, pero no lo he olvidado. —El viejo explorador dobló en forma de gancho uno de sus pulgares y se lo metió por el cuello de la camisa, tirando luego de ella—. Eso estranguló el entusiasmo que sentía.

—Mala suerte —dijo Roca Llorona con voz cantarina, mirando por el hueco que dejaban entre sí las cartas que tenía en una mano, la mitad de las cuales enseñaba a los demás. Pero eso de «mala suerte» no aclaraba nada de lo que había dicho Sweet, pues era imposible saber si lo que quería decir era que su entusiasmo, en general, había sido estrangulado, que su entusiasmo por los ahorcamientos había sido estrangulado, o que lo que había sido estrangulado era su entusiasmo por su propio ahorcamiento. Realmente, aquella mujer no era nada proclive a dar ningún tipo de explicaciones.

—Por eso, cuando la muerte ronda por ahí fuera, lo mejor que uno puede hacer es buscarse un sitio seguro. —Sweet, que estaba sentado en una silla apoyada en la pared, pues tenía dos de sus patas al aire, colocó una de sus botas mugrientas

encima de la mesa—. Pero me parece que este lugar acaba de fastidiarse. No tardaré en hacer más dinero sacando a la gente de aquí que trayéndola. Unos cuantos fracasos más y la gente enloquecerá, por las ganas de regresar a la civilización. Y entonces nos encontraremos de vuelta en las Tierras Cercanas.

—A lo mejor me voy con vosotros —dijo Temple, a quien un montón de fracasos le parecía una compañía bastante aceptable.

—Pues serás bienvenido. —Roca Llorona dejó caer una carta y comenzó a buscar en el mazo, poniendo la misma cara inexpresiva que si estuviese a punto de perder. Sweet arrojó sus cartas, disgustado—. ¡Veinte años perdiendo con esta maldita Fantasma cuentista y aún sigue haciéndome creer que no sabe jugar!

Savian y Lamb estaban junto a la barra, muy animados mientras compartían una botella. Despojado de su cabellera y de su barba, el norteño parecía más joven, incluso más grande y mucho más peligroso. También daba la impresión de haber hecho todo lo que estaba en su mano para derribar un árbol con la cara, pues ésta venía a ser una desafortunada masa de costras y de contusiones, surcada en un pómulo por un corte de lados desiguales que estaba mal cosido, por no hablar de las vendas ensangrentadas que cubrían sus manos.

—A pesar de todo, te debo una —dijo, dejando escapar las palabras por sus labios hinchados.

—Quizá encuentre una manera de cobrarte el favor —le respondió Savian—. ¿Te interesa la política?

—En los tiempos que corren, lo único que me interesa de la política es estar lo más lejos de ella...

En ese momento dejaron de hablar porque Temple acababa de llegar a su lado.

—¿Dónde está Shy? —les preguntó.

Lamb le miró. Si apenas podía abrir un ojo, por lo hinchado que lo tenía, el otro revelaba lo cansado que se encontraba.

—Escaleras arriba, en los aposentos de la Alcaldesa.

—¿Querrá verme?

—Sube y pregúntaselo.

Temple asintió, diciendo a Savian:

—También quería darte las gracias. En lo que valen.

—Todos damos lo que podemos.

Temple no las tenía todas consigo de que no se lo hubiera dicho para zaherirle. Se encontraba en uno de esos momentos en que todo parecía molestarle. Dejó a aquellos dos hombres mayores y subió por la escalera. Oyó que Savian decía a Lamb:

—Voy a hablarte de la rebelión de Starikland.

—¿La de hace poco?

—De ésa y de la siguiente...

Cerró la mano, la acercó a la puerta y se detuvo. No había nada que le impidiera dejarlo todo para salir a caballo de la ciudad. Quizá para aceptar la invitación de Bermi, o para irse a cualquier sitio donde nadie supiera lo capullo que era. Si es que existía en todo el Círculo del Mundo un sitio semejante. Pero antes de que la tentación de tomar el camino fácil le dominara, llamó a la puerta.

Aunque hinchado y lleno de arañazos, el rostro de Shy estaba un poco mejor que el de Lamb, a pesar de tener como él un corte en el caballete de la nariz y muchas marcas en el cuello. Le dolía verla en aquel estado. Aunque no tanto como si quien hubiera recibido todos aquellos golpes hubiese sido él, y no ella. Pero, aun así, le dolía. Shy no parecía sentirse disgustada al verlo, pero tampoco interesada por él. Se limitó a dejar la puerta abierta y luego a enseñar los dientes cuando se dejó caer en el banco situado bajo la ventana. Sus pies desnudos parecían muy blancos cuando se perfilaron contra la madera del suelo.

—¿Qué tal salió el ahorcamiento? —preguntó.

Temple retrocedió lentamente para cerrar la puerta antes de contestar.

—Pues supongo que como suelen salir todos los ahorcamientos.

—Nunca he podido comprender por qué les gustan tanto a la gente.

—Quizá les gusten porque, al ver que alguien pierde algo tan valioso como la vida, ellos se sienten ganadores.

—Perder es lo único que sé.

—¿Te encuentras bien?

Cuando levantó la mirada, apenas pudo sostenerla con la suya.

—Un poco cansada.

—Estás enfadada conmigo. —Temple parecía un niño enfurruñado.

—No lo estoy. Sólo estoy cansada.

—¿Crees que si me hubiera quedado contigo, habría servido de algo?

—Creo que sólo habría servido para que te mataran. —Se lamió el labio roto antes de contestar.

—Exacto. Y en lugar de dejar que me mataran, corrí a pedir ayuda.

—Corriste muy bien, como yo misma puedo atestiguar.

—Encontré a Savian.

—Y Savian me encontró a mí. Justo a tiempo.

—Es cierto.

—Lo es. —Se agarró un costado mientras buscaba sin prisa una bota que intentó ponerse—. Por eso supongo que me veo obligada a decir que te debo la vida. Gracias, Temple, por ser un jodido héroe. La próxima vez que vea un culo desnudo saliendo por mi ventana, no haré nada y esperaré a que vengan a salvarme.

Se miraron en silencio mientras fuera, en la calle, la muchedumbre que había asistido al ahorcamiento comenzaba a dispersarse. Temple se sentó en la silla situada enfrente de Shy.

—Estoy muy avergonzado de mí mismo.

—Es un gran alivio. Tu vergüenza será una buena cataplasma para todos

estos moratones.

—No tengo excusas.

—No sé por qué me parece que vas a ofrecerme una.

Era su turno de hacer muecas. Y las hizo cuando le dijo lo siguiente:

—Soy un cobarde, así de sencillo. Llevo huyendo tanto tiempo que se ha convertido en una costumbre. No es fácil abandonar las viejas costumbres. Sin embargo, nosotros podríamos...

—No te molestes. —Suspiró con pena—. Mis expectativas han disminuido bastante. Para serte sincera, las superaste con creces cuando me pagaste lo que me debías. Así que eres propenso a la cobardía. ¿Y quién no? Tú no eres el valiente caballero, yo no soy la doncella desvalida y esto no es un cuento, podemos darlo por sentado. Estás perdonado. Y ahora puedes seguir tu camino. —Y entonces le indicó la puerta con el dorso de la mano llena de arañazos.

Aunque Temple jamás hubiera llegado a pensar que le perdonaría, descubrió que no podía moverse.

—No quiero irme.

—No te estoy diciendo que saltes otra vez por la ventana, puedes bajar por las escaleras.

—Déjame que intente hacer bien las cosas.

Ella frunció las cejas y le miró.

—Vamos a irnos a las montañas, Temple. Ese bastardo de Cantliss nos dirá dónde vive el Pueblo del Dragón, y entonces intentaremos rescatar a mis dos hermanos, pero no sé si las cosas saldrán bien. Sólo puedo prometerte esto: que no será fácil, que hará frío, que será peligroso y que no habrá ninguna ventana por la que puedas saltar. Para nosotros serás tan útil como un palillo usado, y ninguno intentará que pienses lo contrario.

—Por favor. —Dio un paso hacia ella para convencerla—. Por favor, dame una mueva oport...

—Déjame —dijo ella, entornando la mirada—. Sólo quiero quedarme sentada y sentir el dolor en silencio.

Eso era todo. Quizá Temple hubiera debido mostrar más ardor, pero nunca lo había tenido en demasía. Así que asintió, miró al suelo, cerró lentamente la puerta tras de sí, bajó las escaleras y volvió a la barra.

—¿Encontraste lo que andabas buscando? —le preguntó Lamb.

—No —respondió Temple, arrojando un puñado de monedas a la superficie de madera de la barra—. Sólo lo que me merecía. —Y comenzó a beber.

Apenas era consciente del sonido apagado que hacían los cascos de los caballos al pisar el barrizal, de los gritos y del tintineo de los arneses. Otra caravana que llegaba a la ciudad. Más decepciones en camino. Pero estaba demasiado atareado con las suyas para molestarse en mirar. Así que le dijo al camarero situado detrás de la barra que le dejase la botella.

En aquella ocasión no podía echarle la culpa a nadie. Ni a Dios, ni a Cosca, ni, por supuesto, a Shy. Lamb tenía razón. El problema de salir huyendo es que, vayas a donde vayas, no puedes huir de ti mismo. Escuchó pasos de personas que tenían que pesar mucho, el tintineo de muchas espuelas, palabras que tenían que ver con la bebida y las mujeres, pero lo ignoró todo, se tragó el contenido de otro vaso, que le abrasó el gaznate, y, con los ojos llorosos, alargó una mano para coger la botella.

Pero alguien se le adelantó.

—No deberías coger esa botella —dijo aquella persona, rezongando.

—Si no la cojo, ¿cómo podré beber de ella?

Al pensar en aquella voz que acababa de escuchar, un tremendo escalofrío le recorrió la columna vertebral. Sus ojos reptaron hacia la mano que agarraba la botella... Era de una persona mayor, con manchas, porquería bajo las uñas y una sortija llamativa en el pulgar. Sus ojos reptaron luego por las mugrientas puntillas de las mangas, por el tejido manchado de polvo, por el peto, cuyo dorado comenzaba a pelarse, por el descarnado cuello lleno de sarpullido y, finalmente, llegaron a la cara. A aquella faz huesuda tan espantosamente familiar, a aquella nariz afilada, a aquellos ojos tan brillantes, a aquellos bigotes grises de puntas enceradas.

—Oh, Dios —dijo Temple, que acababa de quedarse sin aliento.

—Caliente, caliente —dijo Nicomo Cosca, obsequiándole con aquella sonrisa luminosa que sólo él podía conseguir y que hacía que su rostro muy marcado irradiase buen humor y buenas intenciones—. ¡Muchachos, mirad quién es!

Al menos dos docenas de figuras bien conocidas y profundamente detestadas por Temple habían seguido al Viejo.

—¿A cómo están las apuestas? —preguntó Brachio, enseñando sus dientes amarillos. Excepto por los dos cuchillos que le faltaban en la bandolera, no había cambiado mucho desde que Temple abandonara la Compañía.

—¡Regocijaos, oh, creyentes, pues el vagabundo ha regresado! —exclamó Jubair con voz poderosa, citando un texto de las Escrituras kantic.

—¿Así que saliste a explorar? —preguntó Dimbik con voz burlona, echándose el pelo hacia atrás con el dedo que acababa de mojar con saliva y apretándose el fajín, que había terminado por convertirse en un trapo grasiento de color indefinido—. ¿Para proporcionarnos un sendero hacia la gloria?

—Ah, un trago, un trago, un trago... —Cosca se echó un trago tan extravagante como florido de la botella de Temple—. ¿No os lo había dicho a todos? Si uno espera el tiempo suficiente, comprobará que las cosas vuelven por sí mismas a su ser. Tras haber perdido mi Compañía, me convertí durante unos años en un vagabundo sin dinero y recibí las bofetadas de los vientos del Destino, unas bofetadas muy *fuertes*. Sworbreck, escribe todo eso. —El escritor, cuya cabellera había aumentado considerablemente en longitud y en falta de higiene, cuyas ropas estaban más raídas, cuyas fosas nasales se veían más rosadas y cuyas manos temblaban mucho más que la última vez que Temple había hablado con él, buscó afanosamente un lápiz—. ¡Y aquí estoy ahora, nuevamente al mando de una banda de nobles combatientes! Te parecerá mentira, pero el sargento Amistoso se vio forzado antaño a ingresar en la fraternidad de los criminales. —Durante una fracción de segundo, el sargento sin cuello enarcó una ceja—. Y ahora permanece a mi lado, como si hubiera nacido para ser el leal compañero en que se ha convertido. Por eso, Temple, te pregunto: ¿Qué otro cargo podría convenir más a tus amplias aptitudes y a tu menguado carácter que el de consejero legal de mi persona?

Temple, que ya había perdido cualquier esperanza, se encogió de hombros.

—La verdad es que no se me ocurre ninguno.

—¡Celebremos, entonces, nuestro inevitable reencuentro! Uno para mí. —El Viejo se echó al coleto un trago más que generoso y luego hizo una mueca al servirle a Temple la dosis de licor más exigua que jamás se hubiera visto—. Y otro para ti. Creía que lo habías dejado...

—Me pareció una excelente ocasión para volver a beber —dijo Temple con voz cascada. Había estado esperando que Cosca le mandara matar, pero al parecer, lo que le resultaba aún más terrible, tenía la impresión de que la Compañía de la Graciosa Mano iba a reengancharlo sobre la marcha. Si había un Dios, era evidente que en los últimos años le había tomado ojeriza a Temple. Pero no podía culparle, porque comenzaba a sentir lo mismo que Él.

—¡Bienvenidos a Arruga, caballeros! —La Alcaldesa entraba majestuosamente por la puerta—. Mis disculpas por el desorden, pero tenemos...—Cuando vio al Viejo, su rostro palideció al instante. Era la primera vez que Temple la veía sorprenderse por algo—. Nicomo Cosca —dijo, casi sin aliento.

—El mismo. Y usted debe de ser la Alcaldesa. —Hizo una leve reverencia y luego, con cierta socarronería, añadió—: Vaya día. Al parecer, está lleno de reencuentros.

—¿Se conocían? —preguntó Temple.

—Sí —musitó la Alcaldesa—. Qué... suerte tan asombrosa.

—Dicen que la suerte es mujer. —El Viejo consiguió que Temple lanzase un gruñido al meterle la botella por las costillas—. ¡Siempre se muestra a aquellos que menos se la merecen!

Por el rabillo del ojo, Temple vio que Shy bajaba cojeando las escaleras para reunirse con Lamb, que, siempre en compañía de Savian, observaba a los recién llegados en el más absoluto silencio. Mientras tanto, Cosca fue hacia las ventanas con un tintineo de espuelas. Respiró profundamente, como si paladease el olor a madera chamuscada, y movió lentamente la cabeza para seguir el balanceo de los ahorcados.

—Me encanta lo que ha hecho en esta ciudad —dijo a la Alcaldesa—. Es muy... apocalíptico. Me parece que tiene la costumbre de convertir los asentamientos a su cargo en ruinas humeantes.

A Temple le pareció evidente que ambos tenían algo en común. Cuando se

dio cuenta de que jugueteaba con los botones de su chaqueta, se quedó quieto.

—¿Estos caballeros son todo su contingente? —preguntó la Alcaldesa, echando una mirada a aquellos mercenarios desaseados y lenguaraces que se intercambiaban guiños mientras se rascaban y arrastraban los pies por su salón de juegos.

—¡Diantre, pues claro que no! Perdimos a unos cuantos mientras cruzábamos las Tierras Lejanas... las inevitables deserciones, las fiebres, un pequeño percance con los Fantasmas. Estos leales sólo son una pequeña muestra de todos ellos. He dejado a los demás fuera de la ciudad, porque si tuviese que traerlos hasta aquí, siendo cerca de trescientos...

—Doscientos sesenta —puntualizó Amistoso. La Alcaldesa palideció aún más al escuchar la cifra.

—¿Contando al Inquisidor Lorsen y a sus Practicantes?

—Doscientos sesenta y ocho. —Al oír mencionar a la Inquisición, el rostro de la Alcaldesa se volvió tan pálido como el de un muerto.

—Si tuviese que traer hasta aquí a doscientos sesenta y ocho combatientes que, por otra parte, están cansados de tanto viajar, no tengo ninguna duda de que harían una carnicería.

—Y no de las buenas —dijo Brachio, metiéndose en la conversación mientras se llevaba un dedo al ojo que le lloraba.

—¿Acaso hay alguna carnicería que lo sea? —musitó la Alcaldesa.

Con el índice y el pulgar, Cosca se atusó con mucha parsimonia el extremo de uno de sus bigotes y respondió:

—Bueno, hay... *grados*. ¡Vaya, ya ha llegado!

Aunque su casaca negra se viese algo descolorida y sus mejillas, más demacradas que nunca, estuvieran pobladas por una barba rala de un color entre gris y amarillo, la mirada del Inquisidor Lorsen era tan fría como cuando la Compañía había salido de Mulkova. Incluso más, si es que eso era posible.

—Le presento al Inquisidor Lorsen. —Cosca se rascó instintivamente su

cuello lleno de erupciones—. Que en la actualidad es quien me paga.

—Es un honor. —Temple notó cierta preocupación en las palabras de la Alcaldesa—. Si me permite la pregunta, ¿qué trae a la Inquisición de Su Majestad a un lugar como Arruga?

—¡Estamos dando caza a los rebeldes en fuga! —Lorsen miraba a todos los del salón—. ¡Traidores a la Unión!

—Pero aquí estamos muy lejos de la Unión.

Fue como si la sonrisa del Inquisidor tuviese la facultad de dejar helados a todos los presentes durante una fracción de segundo.

—El brazo de su Eminencia se hace cada vez más largo con los años. Ofrecemos cuantiosas recompensas por la captura de ciertas personas. Pondremos listas por toda la ciudad, y a la cabeza de las todas ellas estará el traidor, el asesino, el jefe que instigó la rebelión, ¡Conthus!

Savian comenzó a toser, y Lamb le dio una fuerte palmada en la espalda, pero Lorsen ni se dio cuenta, pues estaba demasiado atareado frunciendo la nariz tras descubrir la presencia de Temple.

—Veo que han vuelto a encontrar a este mentiroso tan escurridizo.

—Vamos. —Cosca cogía cariñosamente a Temple por el hombro como si fuese su padre—. Ser algo escurridizo y, por supuesto, bastante mentiroso es algo positivo para un notario. Por lo demás, nunca se portó como un valiente en lo que concierne a la conciencia y a la moral. Pero creo que puedo confiarle mi vida o, al menos, mi sombrero. —Y entonces se lo quitó, dejándolo encima del vaso de Temple.

—Con tal de que no le confíe ninguno de mis asuntos... —Lorsen hizo una seña a sus Practicantes—. Nos vamos. Tenemos que hacer unas cuantas preguntas.

—Parece un hombre encantador —comentó la Alcaldesa mientras los veía marcharse.

Cosca se rascó una vez más el sarpullido y levantó los dedos para observar los resultados en sus uñas.

—La Inquisición tiene a gala reclutar sólo a los fanáticos y torturadores que hacen gala de las mejores maneras.

—Y, al parecer, también a los mercenarios de mayor edad que sólo hacen gala de las peores.

—El trabajo es el trabajo. Pero yo también tengo mis motivos para estar en este sitio. Busco a un individuo llamado Grega Cantliss.

Se hizo una larga pausa, como si la simple mención de aquel nombre los hubiese dejado a todos tan helados como una fuerte nevada.

—Joder —se le oyó decir a Shy.

—Por lo que veo, el nombre no les es desconocido, ¿verdad? —Cosca los miraba expectante.

—En ocasiones se da una vuelta por aquí. —La Alcaldesa parecía escoger las palabras con mucho cuidado—. ¿Qué pasará cuando lo encuentre?

—Pues que mi notario y yo —por no hablar de mi patrón, el noble Inquisidor Lorsen— dejaremos de cruzarnos en el camino de usted. Aunque bien sé que los mercenarios tenemos muy mala reputación, puede creerme cuando le digo que no hemos venido a este lugar para causar problemas. —Se sirvió con desgana fingida la pizca de licor que quedaba en la botella—. Entonces, ¿tienen o no alguna idea de dónde puede estar Cantliss?

Siguió un silencio preñado de amenaza mientras todos se miraban. Lamb se enderezó. Shy endureció la expresión de su rostro. Y la Alcaldesa los obsequió a todos con un leve encogimiento de hombros que apenas les valió como disculpa.

—Está ahí abajo, encadenado en mi bodega.

—Zorra —dijo Shy entre dientes.

—Cantliss es nuestro. —Lamb salió por detrás de la barra y se plantó todo lo alto que era, llevando su mano izquierda, aún vendada, a la empuñadura de su espada.

Algunos de los mercenarios soltaron el aire de sus carrillos, encontrándose con todo tipo de miradas y posturas desafiantes, muy parecidas a las que suelen

adoptar los gatos machos en un callejón poco iluminado. Amistoso se quedó a la expectativa, observándolos a todos con aquella mirada suya tan inexpresiva y jugueteando con los dados que tenía en uno de sus puños.

—¿Es suyo? —preguntó Cosca.

—Me quemó la granja y se llevó a mis dos hijos para vendérselos a unos salvajes. Lo perseguimos desde las Tierras Cercanas. Y ahora nos va a llevar a las montañas, para indicarnos dónde vive el Pueblo del Dragón.

Aunque al Viejo se le hubiera ido poniendo rígido el cuerpo con el paso de los años, sus cejas seguían siendo las más ágiles del mundo. Esto explica que, al escuchar aquellas palabras, alcanzaran una altura insospechada.

—¿El Pueblo del Dragón, dice usted? Es posible que nuestros objetivos no sean incompatibles.

Lamb echó una mirada a aquellas caras barbudas, llenas de cicatrices y suciedad, y comentó:

—Creo que uno nunca está sobrado de aliados.

—¡Eso digo yo! Un hombre perdido en el desierto debe guardar toda el agua que encuentre, ¿eh, Temple?

—No estoy muy segura de que vaya a tener sed —musitó Shy.

—Yo soy Lamb. Y ésta es Shy. —Cuando el norteño levantó su vaso, el muñón de su dedo corazón asomó por entre las vendas.

—Un norteño con nueve dedos —comentó el capitán general con aire divertido—. Recuerdo que un tipo llamado Caul Escalofríos andaba buscándolo por las Tierras Cercanas.

—Pues no lo he visto.

—Ah. —Cosca señaló con la botella las heridas de Lamb—. Creía que eso podía ser obra suya.

—Pues no.

—Al parecer, maese Lamb, usted tiene bastantes enemigos.

—En ocasiones tengo la impresión de que cada vez que cago me salen dos enemigos nuevos.

—Supongo que eso depende de adónde vaya a cagar. Un tipo que da miedo, ese tal Caul Escalofríos, yo no diría que los años han conseguido ablandarlo. Nos conocimos en Estiria. En ocasiones tengo la impresión de que ya he conocido a todo el mundo, porque los nuevos sitios a los que voy están llenos de caras antiguas. —Su mirada escrutadora se posó en Savian—. Aunque no me parece reconocer a este caballero.

—Me llamo Savian —dijo, tapándose la boca con un puño mientras tosía.

—¿Y qué le ha traído a la Tierras Lejanas? ¿Su salud?

Savian se quedó sin saber qué decir, mientras un silencio opresivo comenzaba a extenderse por el salón, haciendo que algunos mercenarios no apartaran las manos de sus armas. Entonces, Shy dijo:

—Cantliss también se llevó a uno de sus hijos. Por eso ha venido con nosotros para perseguirlo. El chico se llama Collem.

El silencio persistió unos segundos más, hasta que Savian añadió, casi a regañadientes:

—Collem es mi chico. —Volvió a toser y carraspeó para aclararse la garganta—. Espero que Cantliss nos conduzca hasta él.

Fue casi un alivio ver a dos de los hombres de la Alcaldesa llevar al bandido a rastras por el salón. Iba esposado, sus antaño elegantes ropas eran harapos sucios, su rostro estaba tan magullado como el de Lamb, le colgaba una mano y arrastraba una pierna.

—¡El escurridizo Grega Cantliss! —exclamó Cosca cuando los hombres de la Alcaldesa le obligaron a arrodillarse—. No temas. Soy Nicomo Cosca, infame soldado de fortuna, etcétera, etcétera, y voy a hacerte unas preguntas. Te aviso de que pienses con mucho cuidado lo que vas a responderme, porque tu vida depende de ello, etcétera, etcétera.

Cantliss miró con atención a Shy, a Savian, a Lamb y a la docena larga de

mercenarios, y con ese instinto propio del cobarde, que Temple conocía demasiado bien, se percató rápidamente de que los platillos de la balanza se inclinaban desfavorablemente para él. Así que se apresuró a asentir.

—Hace varios meses compraste unos caballos en una ciudad llamada Greyer. Los pagaste con unas monedas como ésta. —Haciendo un gesto propio de un mago, Cosca sacó una pequeña moneda de oro—. Al parecer, son monedas del Viejo Imperio.

La mirada de Cantliss parpadeó al mirar a Cosca, como si realmente intentase leer un guión que alguien hubiera escrito de antemano.

—Los compré. Es cierto.

—Esos caballos eran de los rebeldes que intentan apartar a Starikland de la Unión.

—¿Lo eran?

—Sí.

—Pues será que se los compré.

Cosca se acercó más a él.

—¿De dónde sacaste esas monedas?

—Del Pueblo del Dragón, me pagaron con ellas —dijo Cantliss—. Son los salvajes que viven en las montañas situadas más allá de Almenara.

—¿En concepto de qué?

Se lamió los labios llenos de costras antes de decir:

—De los niños que les vendí.

—Un negocio repugnante —terció Sworbreck.

—La mayor parte de los negocios lo son —dijo Cosca, inclinándose más y más hacia Cantliss—. ¿Les quedaban más monedas de ésas?

—Tantas como yo quisiera, eso me dijo él.

—¿Y quién es él?

—Waerdinur. Su jefe.

—Tantas como quisieras. —Los ojos de Cosca relucían tanto como aquel oro en el que estaba pensando—. ¿Me estás diciendo que ese Pueblo del Dragón está en contubernio con los rebeldes?

—¿Qué?

—Te pregunto que si esos salvajes están sufragando, y quizá cobijando, al mismísimo líder de los rebeldes, un tipo llamado Conthus.

Todos guardaron silencio mientras Cantliss parpadeaba.

—Es posible.

Cosca sonrió de oreja a oreja.

—O sea, que sí. Y ahora dime exactamente qué le responderás a mi patrón, el Inquisidor Lorsen, cuando te haga esta misma pregunta.

—Le diré lo siguiente: «¡Sí! ¡Estoy seguro de que tienen al tal Conthus allí arriba! ¡Diablos, seguro que piensa usar su dinero para comenzar una guerra!».

—¡Lo sabía! —Cosca llenó con un poco de licor el vaso vacío de Lamb—. ¡Le acompañaremos a las montañas y arrancaremos de cuajo la raíz de la insurrección! Este desgraciado nos guiará, y de ese modo conseguirá la libertad.

—¡Eso es! —exclamó Cantliss, haciendo una mueca a Shy, Lamb y Savian para luego chillar cuando Brachio le obligó a levantarse y se lo llevó a empujones hacia la puerta, por más que él siguiera arrastrando la pierna herida.

—Cabrones —dijo Shy en voz baja.

—Realistas —le respondió Lamb, poniéndole una mano en el codo.

—¡Qué suerte hemos tenido todos de que yo llegara cuando se disponían a irse! —decía Cosca.

—Oh, yo siempre he tenido suerte —musitó Temple.

—Y yo —dijo Shy, hablando tan bajo como él.

—Realistas —apostilló Lamb, hablando entre dientes.

—Una partida de cuatro personas sería derrotada fácilmente —explicaba Cosca a su audiencia—. ¡Pero una partida de trescientas, no tan fácilmente!

—De doscientas setenta y dos —le corrigió Amistoso.

—¿Puedo decir algo? —Dab Sweet se había ido acercando a la barra—. Si está planeando dirigirse a las montañas, necesitará un explorador más entero que este asesino medio muerto. Estoy más que dispuesto a ofrecerle mis servicios.

—Es usted muy generoso —dijo Cosca—. Por cierto, ¿se llama?

—Dab Sweet. —Y, al decir esto, el famoso explorador se quitó el sombrero para mostrar su menguada cabellera. Era evidente que acababa de olfatear una oportunidad mejor que la de pastorear a los desesperados de vuelta a Starikland.

—¿El célebre hombre de la frontera? —preguntó Sworbreck—. Creía que era más joven.

—Lo fui —dijo Sweet, suspirando.

—¿Lo conoce? —preguntó Cosca.

—Un individuo llamado Marin Glanhorm —el biógrafo señalaba con su nariz al techo—, a quien, entre paréntesis, me niego a conferir el apelativo de «escritor», garrapateó algunas obras de calidad muy inferior, y muy rebuscadas, basadas en sus supuestas hazañas.

—Digamos que formaban parte de una «biografía no autorizada» —explicó Sweet—. Pero lo cierto es que he realizado una o dos hazañas. He pateado tantos sitios de estas Tierras Lejanas... también las montañas, casi hasta Ashranc, donde vive el Pueblo del Dragón. Su territorio es sagrado. Mi socia, Roca Llorona, ha estado incluso más allá... —hizo una pausa efectista— fue una de ellos.

—Es cierto —aseveró con un gruñido Roca Llorona, que seguía sentada junto a la mesa aunque Corlin ya se hubiese ido de ella, dejando sólo sus cartas.

—Se crió allí —decía Sweet—. Vivió allí.

—¿Y también nació allí? —preguntó Cosca.

Roca Llorona lo negó con un solemne movimiento de cabeza antes de añadir:

—Nadie nace en Ashranc. —Y apretó su muerta pipa de *chagga* con los dientes como si acabara de decir la última palabra al respecto.

—Y como conoce las entradas secretas, también les será indispensable, porque esos bastardos del Dragón no suelen brindar una acogida muy efusiva a la gente que penetra en sus tierras. Su territorio es extraño, es sulfuroso, pero lo defienden como si fueran osos, es la verdad.

—Entonces ustedes dos serán una notable aportación a nuestra expedición —comentó Cosca—. ¿Cuál sería su salario?

—¿Qué le parece el veinte por cierto de los objetos de valor que consigamos?

—Nuestro objetivo es erradicar la revolución, no conseguir objetos de valor.

—Pero cualquier empresa que se precie siempre corre el riesgo de no conseguir sus objetivos —replicó Sweet con una sonrisa.

—Entonces, entonces ¡bienvenidos a bordo! ¡Mi notario redactará un contrato!

—Doscientos setenta y cuatro —dijo Amistoso. Y sus ojos de mirada muerta se fijaron en Temple—. Y tú.

Cosca comenzó a servir bebida para todos.

—¿Por qué será que toda la gente interesante siempre está entrada en años? —preguntó, dándole a Temple un codazo en las costillas—. Los de tu generación no habéis hecho nada que valga la pena.

—Excepto agacharnos a la sombra de los gigantes y acusar nuestros defectos mejor que nadie.

—¡Pues ahí no has acertado, Temple! Si algo he aprendido en cuarenta años de hacer la guerra, es que hay que mirar las cosas por su lado divertido. ¡Qué

lengua tiene este hombre! Lo digo desde la perspectiva de la conversación, no de la sexualidad, por supuesto, en la que no quiero entrar. ¡Sworbreck, no escribas eso! —El biógrafo puso mala cara al tachar algo de lo que había escrito—. ¡Nos iremos en cuanto los hombres hayan descansado y dispongamos de suministros!

—Lo mejor sería esperar a que pasara el invierno —apuntó Sweet.

Cosca se acercó a él y le dijo:

—¿Tiene usted idea de lo que podría suceder si yo dejara mi Compañía acuartelada en esta ciudad durante cuatro meses? El estado actual de la ciudad no es nada en comparación con como iba a quedar.

—¿Y usted puede imaginarse lo que podría suceder si trescientos hombres se quedaran atrapados ahí fuera en medio de una auténtica tormenta invernal? —replicó Sweet, pasándose los dedos por la barba.

—En absoluto —contestó Cosca—, pero estoy impaciente por averiguarlo. *¡Aprovechemos el momento!* Éste ha sido siempre mi lema. Escríbelo, Sworbreck.

Sweet enarcó las cejas antes de decir:

—Espero que no tenga que cambiar el lema por este otro: *No siento los malditos pies.*

Pero, como era usual en él, el capitán general no le escuchaba.

—¡Tengo el pálpito de que en esas montañas encontraremos lo que estamos buscando! —Y pasó un brazo y luego otro por encima de los hombros de Savian y de Lamb—. Lorsen, sus rebeldes; yo, mi oro, y esta gente tan notable, a los niños que les robaron. ¡Un brindis por nuestra alianza! —Y levantó en alto la botella de Temple, que ya estaba en las últimas.

—Vaya mierda —dijo Shy entre dientes.

Temple tuvo que darle la razón. Pero, al parecer, era todo lo que tenía que decir al respecto.

NINGÚN SITIO ADONDE IR

RO se arrancó la cadena de la que pendía la escama de dragón y la dejó con mucho cuidado encima de las pieles. En cierta ocasión, Shy le había dicho que uno puede pasarse toda la vida esperando el momento oportuno. Bueno, pues aquel momento era tan oportuno como cualquier otro.

Cuando tocó en la oscuridad la mejilla de Pit, éste se desperezó con un asomo de sonrisa. Se sentía feliz en aquel sitio. Quizá fuera lo bastante joven para olvidar. Estaba a salvo, o tan a salvo como podía estar. Pero Ro sabía que en este mundo no existe la certeza. Le habría gustado decirle simplemente «adiós», pero no estaba segura de que no fuese a echarse a llorar. Por eso recogió su hatillo y se deslizó en medio de la noche.

El aire era frío, porque nevaba un poco, aunque no tanto para que la nieve cuajase, pues se fundía apenas tocar el suelo, evaporándose poco después. La luz salía de algunas casas. Como sus ventanas no tenían vidrios ni contraventanas, ya que estaban talladas en la roca o en los muros de las casas, que eran muy viejos y estaban desgastados por la inclemencia del clima, Ro no podía distinguirlas de la montaña sobre la que se levantaban. Así que se pegó a las sombras, pisando sin hacer ruido el antiguo pavimento con sus pies envueltos en harapos, y dejó atrás la gran losa negra que, lustrosa por el paso de los años, les servía para cocinar en ella, observando el vapor que despedía al recibir los copos de nieve.

Como la puerta de la Casa Larga crujió al abrirla, se pegó a la pared ennegrecida, esperando. Las voces de los Mayores, que se dirigían a la Asamblea, entraron por la ventana. Después de llevar tres meses en aquel sitio, prácticamente entendía todo lo que decían.

—Los Shanka están criando en los túneles más profundos. —Era la voz de Uto, que siempre era muy precavida.

—Entonces habrá que sacarlos de allí —decía Akosh, que siempre era muy decidida.

—Si mandamos a muchos guerreros a por ellos, nos quedaremos indefensos.

Quizá algún día llegue gente de fuera.

—Pues los expulsaremos hasta el lugar que ellos llaman Almenara.

—Quizá sólo consigamos despertar su interés.

—Eso no tendrá importancia cuando hayamos despertado al Dragón.

—La decisión me incumbe a mí. —Era la profunda voz de Waerdinur—. El Hacedor no trajo a nuestros ancestros hasta este lugar para que su obra cayese en el olvido. Tenemos que ser atrevidos. Akosh, tú bajarás con trescientos de los nuestros a los pozos más profundos, harás salir a los Shanka y mantendrás abiertas las excavaciones durante el invierno. Luego, cuando llegue el deshielo, regresarás.

—Estoy preocupada —decía Uto—. He tenido visiones.

—Tú siempre estás lamentándote...

Las palabras de todos ellos se desvanecieron en la noche cuando Ro echó a andar, pisando las grandes placas de bronce deslustrado en las que muchos nombres aparecían escritos con caracteres muy pequeños, miles y miles de nombres que se apretujaban bajo la bruma de las eras. Como sabía que la guardia le tocaba aquella noche a Icaray, supuso que estaría tan bebido como siempre. Se sentaba bajo el arco de la entrada, con la cabeza a punto de caérsele, la lanza apoyada en la pared y la botella vacía entre los pies. A fin de cuentas, las personas del Pueblo del Dragón eran como cualesquiera otras, y tenían sus mismas debilidades.

Ro volvió la cabeza una vez y pensó en lo bonito que era aquel sitio: las ventanas iluminadas de amarillo, que habían sido excavadas en la negruzca pared del acantilado, los oscuros peldaños tallados en los inclinados techos que se recortaban contra un cielo salpicado de estrellas. Pero no era su hogar. Y no quería que lo fuera. Dejó atrás a Icaray y bajó por los peldaños, agarrándose con la mano derecha a la cálida roca que quedaba a aquel lado, porque a la izquierda le aguardaba una caída de varios cientos de pasos.

Al llegar a la cúspide, encontró la escala oculta que bajaba hasta el pie de la montaña. Aun siendo evidente que no parecía en absoluto oculta, Waerdimur le había asegurado que sí lo era, pues nadie podía verla a menos que ellos se la mostrasen. Y aunque Shy siempre le había dicho que todas las historias de magos y de demonios no eran ciertas, en aquel rincón tan alto y tan alejado del mundo todo tenía magia, y negarlo parecía una necedad tan grande como afirmar que el cielo no

existe.

Así que bajó por aquella escala zarandeada por el viento, sintiendo que las piedras que tocaba con los pies estaban cada vez más frías. Luego entró en el bosque de árboles muy altos que crecían junto a las laderas desnudas, cuyas raíces atraparon los dedos de sus pies y se enredaron en sus tobillos. Pasó corriendo junto a una corriente de aguas sulfurosas que burbujeaban entre rocas incrustadas de salitre. Se detuvo cuando su aliento comenzó a condensarse, y entonces sintió en su pecho la dentellada del frío. Por eso apretó con más fuerza los trapos que le cubrían los pies, desenrolló la piel, echándosela por encima de los hombros, comió y bebió, cerró el hatillo que llevaba y apretó el paso. Pensó en Lamb, que era capaz de arar durante muchas horas sin cansarse, y de Shy, que movía la hoz mientras el sudor le goteaba por la cara y le decía, apretando los dientes: *Sigue. No pienses en detenerte. Sigue*. Y Ro siguió apretando el paso.

En aquel lugar, la nieve comenzaba a fundirse en los pocos sitios donde había cuajado, de suerte que las ramas dejaban caer gotas de agua con un monótono *tap, tap* que a ella le hizo echar de menos unas buenas botas. Y cuando escuchó el lamento de los lobos a lo lejos, corrió más deprisa, con pies cada vez más mojados y piernas cada vez más doloridas, pero siempre montaña abajo, montaña abajo, gateando por rocas melladas, deslizándose sobre rocas sueltas y consultando con las estrellas la dirección que seguía, tal y como Gully le había enseñado tiempo atrás, cuando ella no podía dormir y se sentaba con él al raso, junto al granero.

Aunque la nieve hubiera dejado de caer, cubría bastante, reluciendo cuando la aurora se insinuó tímidamente a través del bosque y consiguiendo que sus pies suscitaran en su blanco manto todo tipo de crujidos, y, también, que la cara le comenzara a picar por el frío. Cuando más adelante los árboles comenzaron a escasear, corrió más deprisa, quizá con la esperanza de descubrir a lo lejos campos, o valles cubiertos de flores o un alegre villorrio encajado entre colinas.

Se detuvo ante el extremo de un acantilado que le dio vértigo, y se quedó mirando aquella región tan alta y tan estéril, donde, sin un atisbo siquiera de seres humanos o de cualquier color, la oscuridad del bosque y de las rocas se veía invadida por la blancura de la nieve que comenzaba a desvanecerse en un rumor gris. Nada había allí del mundo que ella conocía, ni esperanza alguna de poder huir, ni calor en la tierra que pisaba, pues todo se hallaba dominado por el frío, de suerte que Ro se echó el aliento en las temblorosas manos para calentárselas, mientras se preguntaba si el mundo no acabaría en aquel sitio.

—Bienvenida, hija. —Waerdinur estaba sentado detrás de ella con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en el tocón de un árbol, con su bastón, o su lanza (Ro aún no sabía cuál de las dos cosas era exactamente), entre el pecho y un brazo—. ¿Llevas comida en ese hatillo? Como he tenido que perseguirte, no he podido coger nada.

Ella no le contestó, limitándose a ofrecerle una tira de carne, y luego ambos se sentaron a comer, y ella se sintió muy contenta por el hecho de que hubiera ido a buscarla.

Poco después, él dijo lo siguiente:

—Supongo que te resulta difícil seguir con nosotros. Pero debes comprender que el pasado ya no existe. —Y sacó la escama de dragón que ella había dejado atrás, pasándole la cadena alrededor del cuello. Y, mientras lo hacía, no intentó detenerle.

—Shy vendrá a buscarme... —dijo ella, pero su voz apenas era audible, porque estaba atenuada por el frío, opacada por la nieve, perdida en la gran desolación.

—Es posible. ¿Sabes cuántos niños han llegado hasta aquí durante todos los años que he vivido?

Ro no contestó.

—Centenares. ¿Y sabes cuántos familiares suyos han acudido a reclamarlos?

Ro tragó saliva y siguió sin hablar.

—Ninguno. —Waerdinur pasó uno de sus grandes brazos alrededor de su cuerpo y la abrazó, dándole calor—. Ahora eres uno de los nuestros. En ocasiones, alguno decide dejarnos. Y hay quienes lo consiguen. Mi hermana fue uno de ellos. Si, realmente, quieres irte, nadie te lo impedirá. Pero es un camino largo y azaroso, ¿y para qué? Las tierras de ahí fuera están teñidas de rojo, y carecen de justicia y de sentido común.

Ro asintió. Eso ya lo sabía.

—Aquí la vida tiene un propósito. Aquí te necesitamos. —Hizo una pausa y le tendió una mano—. ¿Podré mostrarte más adelante una cosa maravillosa?

—¿Qué cosa?

—El motivo por el que el Hacedor nos dejó en este sitio. El motivo por el que nos quedamos en él.

Ella tomó su mano y él la levantó con suma facilidad, sentándola encima de sus hombros. Entonces ella puso una de las palmas de sus manos sobre la suave pelusa de su cabeza afeitada y preguntó:

—¿Por qué no me afeitas mañana la cabeza?

—Sólo te la afeitaré cuando estés preparada para ello. —Y comenzó a subir por la colina, siguiendo el camino que ella había tomado y cubriendo con sus pies las huellas que aún seguían marcadas en la nieve.

IV. DRAGONES

«Muchas son las cosas hilarantes de este mundo, eentre ellas esa idea del hombre blanco de que él es el menos salvaje de todos los que lo son.»

Mark Twain

DE TRES EN TRES

—**J**ODER, qué frío hace —musitó Shy.

Los huecos que formaban las raíces heladas de los árboles eran lo más parecido a un abrigo, aunque tan precario que, cada vez que soplaba el viento, recibían una bofetada en la cara. A pesar de la manta bien doblada con la que Shy se cubría la cabeza para dejar al descubierto sólo sus ojos, tenía la cara tan colorada como si hubiese recibido aquel bofetón, pues le escocía. Estaba echada de lado, aguantándose las ganas de ir a orinar porque no quería bajarse los pantalones, no fuera a ser que, para colmo de males, acabase con un carámbano amarillo pegado en el trasero. Se cruzó aún más la chaqueta sobre los hombros, luego la piel de lobo que Sweet le había proporcionado, para entonces tiesa por la escarcha, retorció sus dedos insensibles dentro de las heladas botas que calzaba y se tapó la boca con las puntas de sus dedos casi muertos, para calentárselos mientras le quedase algo de aliento.

—Joder, qué frío.

—Esto no es nada —comentó Sweet—. En cierta ocasión nos perdimos en la nieve durante dos meses, cerca de Torrealta. Hacía tanto frío que el licor se congelaba en la botella. Tuvimos que romper el vidrio y emborracharnos masticándolo.

—*Shhh* —musitaba Roca Llorona, lanzando una débil bocanada de vaho por sus labios azulados. Hasta entonces Shy no había dejado de preguntarse si no se habría quedado congelada con la pipa entre los dientes. Apenas había parpadeado durante toda la mañana, vigilando fijamente Almenara a través de las ramas y matojos que se habían echado por encima la noche anterior.

Pero no había mucho que ver. El campamento parecía abandonado. La nieve ocupaba su única calle, amontonándose ante las puertas a causa del viento y cubriendo con una buena capa de espesor los tejados, por otra parte adornados con unos carámbanos que parecían dientes. Con excepción de las huellas dispersas que había dejado un lobo demasiado curioso, la nieve estaba intacta. Por las chimeneas no salía humo, ni se filtraba luz alguna por los congelados faldones de las tiendas

medio enterradas. Los viejos túmulos sólo eran blancas jorobas. La torre derruida, donde antaño ardiese la hoguera que daba nombre a la ciudad, sólo albergaba nieve. Aparte del viento que agitaba los pinos carcomidos y que obligaba a una contraventana a emitir un monótono *tap, tap, tap*, el lugar estaba tan muerto como la tumba de Juvens.

Aunque a Shy no le gustase quedarse sentada y esperar, el hecho de agazaparse en la maleza para vigilar le recordó los lejanos días en que la perseguían. Apoyando la barriga en el suelo mientras Jeg no hacía otra cosa que masticar y escupir cerca de su oreja, soportando a Neary, que sudaba a chorros, esperando que algún desafortunado viajero llegara por la carretera situada más abajo. Pretendiendo ser una bandolera llamada Humo que aparentaba estar medio loca, cuando realmente se sentía como una niñita desgraciada y medio muerta de miedo. Miedo de quienes la perseguían y, sobre todo, de quienes la acompañaban. Sin saber qué sería lo siguiente que iba a hacer. Como si algún lunático repugnante la hubiese atado y amordazado para convertirla en una marioneta. Sólo con pensarlo, le entraban ganas de echar a correr.

—No os mováis —dijo Lamb en voz baja, tan inmóvil como un árbol caído.

—¿Por qué? Aquí no hay nadie, este sitio está tan muerto como una...

Roca Llorona levantó un dedo que más parecía un garfio y lentamente apuntó con él hacia la linde de los árboles que delimitaban el asentamiento.

—¿Ves esos dos pinos altos? —preguntó Sweet en voz baja—. ¿Y las tres rocas parecidas a dedos que están entre ellos? Pues ahí se esconden.

Shy se quedó mirando aquella mezcolanza de piedra, nieve y madera hasta que le dolieron los ojos. Y entonces observó que algo parecía moverse muy despacio.

—¿Es uno de ellos? —preguntó sin alzar la voz.

Roca Llorona levantó dos dedos engarabitados.

—Siempre van de dos en dos —dijo Sweet.

—Vaya, es muy buena —comentó Shy, sintiéndose como una simple aficionada ante gente tan experta.

—La mejor.

—¿Y cómo haremos que salgan?

—Saldrán por sí solos. Siempre que ese borracho enloquecido de Cosca cumpla su palabra.

—No lo creo —musitó Shy. A pesar del parloteo de Cosca acerca de que tenían que darse prisa, sus mercenarios, con el pretexto de reaprovisionarse, habían permanecido en Arruga dos semanas más como si fueran moscas alrededor de una boñiga, dando lugar a todo tipo de situaciones desagradables y caóticas, así como a la rápida deserción de buena parte de ellos. Estaban tardando mucho más de lo usual en recorrer los escasos veinte kilómetros de meseta que separaban Arruga de Almenara, porque el tiempo había empeorado sin previo aviso y, también, porque un número considerable de putas, las más ambiciosas, de tahúres y de comerciantes que ansiaban llevarse el poco dinero que aún les quedaba a los mercenarios los habían entretenido por el camino. Durante todo el trayecto, el Viejo se había limitado a sonreír como si él mismo hubiese planificado aquel retraso, desgranando para beneficio de aquel idiota que era su biógrafo historias inverosímiles acerca de su glorioso pasado—. Creo que la palabrería y la acción son dos cosas que ese bastardo no puede conciliar...

—*Shhh* —dijo Lamb.

Shy se apretujó contra el suelo cuando dos bandadas de cuervos enfadados echaron a volar por el cielo helado. El viento traía gritos y tintineo de arneses, anunciando la llegada de los jinetes que no tardaron en aparecer a la vista. Veinte o quizá más, que avanzaban a duras penas por la nieve del valle, hundiéndose en ella y estando a punto de caer de sus caballos mientras les clavaban las espuelas para que siguiesen avanzando.

—Pues el borracho enloquecido ha cumplido su palabra —musitó Lamb.

—Esta vez. —Shy estaba por jurar que eso no debía de ser muy frecuente en Cosca.

Los mercenarios desmontaron y se dispersaron por el campamento, abriendo a patadas puertas y ventanas, destripando tiendas cuyas lonas estaban tan rígidas como la madera a causa del hielo, creando una algarabía tan grande que en medio de aquel invierno tan muerto sonó como la batalla con la que finalizará el mundo. El hecho de que aquella escoria estuviese en su mismo bando le llevó a

preguntarse a Shy si no se encontraría en el bando equivocado. Pero eso era algo que ya no podía cambiar. Resistir como pudiese con toda la mierda que le caía encima seguía siendo la historia de su vida.

Lamb le tocó un brazo con un dedo, y ella siguió dicho dedo hasta el escondrijo al que apuntaba, distinguiendo una silueta oscura que pasó rápidamente entre los árboles situados más atrás para desaparecer entre la maraña de ramas y de sombras.

—Ése era uno —dijo Sweet, ya sin molestarse en hablar en voz baja, pues los mercenarios hacían un ruido de mil demonios—. Seguro que va derecho a donde se oculta el Pueblo del Dragón, para decirles que veinte jinetes acaban de llegar a Almenara.

—Cuando el fuerte parece débil —decía Lamb—, el débil parece fuerte.

—¿Y dónde está el otro? —preguntó Shy.

Roca Llorona guardó su pipa y sacó su maza picuda, respondiendo de manera elocuente a la pregunta que Shy acababa de hacer, para luego, rodeando con la agilidad de una serpiente el tronco donde se apoyaba, desaparecer entre los árboles.

—A trabajar —dijo Sweet, y comenzó a culebrear tras ella, moviéndose mucho más deprisa que cuando Shy lo había visto caminar. Contempló la manera en que aquellos viejos exploradores se arrastraban entre los negros troncos, la nieve y las agujas de los pinos, llegando al escondrijo y desapareciendo de su vista.

Seguía al lado de Lamb, tiritando en el suelo helado para intentar ver algo más.

Era como si tras afeitarse la cabeza en Arruga, el norteño se hubiera desprendido de los sentimientos junto con el pelo, dejando al descubierto no sólo aquellos rasgos y pómulos tan marcados, sino la vida azarosa que había llevado. Al quitarse los puntos de la cara con el cuchillo de Savian, las señales del combate mantenido contra Glama Dorado comenzaban a desaparecer. Pronto no serían más que recuerdos. Y como la violencia de toda una vida aparecía marcada de manera tan evidente en aquel yunque que era su rostro, Shy se preguntó cómo era posible que nunca antes se hubiese fijado en ella.

Le resultaba difícil creer lo fácil que siempre había sido hablar con él. O

hablar por él. Aquel viejo cobarde de Lamb nunca la sorprendía. Hablar con él había sido tan fácil como hablar consigo misma. Pero en aquellos momentos, el abismo que los separaba se iba haciendo cada vez mayor. Por eso, aunque le rondaran muchas preguntas por la cabeza, la que le formuló apenas abrir la boca fue completamente intrascendente.

—¿Entonces, te follaste a la Alcaldesa?

Como Lamb se tomaba mucho tiempo en contestar, Shy pensó que no se molestaría en darle una respuesta.

—De todas las maneras posibles, y no lo lamento en absoluto.

—Supongo que echar un polvo seguirá siendo algo maravilloso para las personas de cierta edad.

—Por supuesto. Sobre todo si antes no se han echado muchos más.

—Eso no le impidió clavarte un cuchillo en la espalda en cuanto le convino.

—¿Te hizo Temple muchas promesas antes de saltar por la ventana?

En aquel momento era Shy la que necesitaba tomarse un respiro.

—La verdad es que no.

—*Uhh*. Supongo que follarse a alguien no evita que quienes quieren joderte dejen de intentarlo.

Ella lanzó un largo suspiro que se condensó al momento.

—Eso sólo aumenta la probabilidad de que algunos de nosotros...

Sweet, que caminaba despacio tras abandonar los pinos que rodeaban el escondrijo y que parecía perdido en el grueso abrigo de piel con el que se cubría, les saludó con una mano. Roca Llorona, que seguía sus pasos, se agachó y limpió su maza en la nieve, dejando en ella una ligera mancha rosada que alteraba su blancura inmaculada.

—Supongo que se acabó —dijo Lamb, haciendo una mueca al sentarse en el suelo.

—Sí. —Shy se apretujó contra él, demasiado helada para sentir otra cosa que no fuese aquel frío. Luego lo miró por primera vez desde que habían comenzado aquella conversación—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

A Lamb se le marcaron los músculos de la cara cuando dijo:

—Hay ocasiones en que la ignorancia es la mejor medicina. —Y posó en ella aquella extraña mirada suya tan llena de culpa y de cansancio, tan parecida a la del hombre que, al ser descubierto cometiendo un crimen, sabe que el juego ha terminado—. Pero sé que eso no te detendrá—. Entonces Shy sintió una punzada en la boca del estómago que casi le impidió hablar. Aun así, habló, porque sabía que tampoco podía quedarse callada.

—¿Quién eres? —le preguntó en voz baja—. Quiero decir... ¿quién fuiste? Me refiero a... ¡mierda!

Entonces captó un movimiento... el de una figura que se dirigía rápidamente entre los árboles hacia Sweet y Roca Llorona.

—¡Mierda! —exclamó, levantándose y echando a correr a toda prisa, tambaleándose, resbalando y tropezando, por culpa de un pie entumecido, con el tocón situado al borde de la oquedad, para luego caer en la maleza, revolcarse por ella y bajar por la pendiente, metiendo las piernas en la nieve virgen a tanta profundidad que luego, al querer sacarlas, le pareció que llevase puestas un par de enormes botas de piedra.

—¡Sweet! —dijo, resollando. La figura salió fuera de los árboles y avanzó hacia él, pisando aquella nieve impoluta. Shy vio una cara que le pareció una inmensa mueca, así como el brillo de una espada. No podía llegar a tiempo. No podía hacer nada.

—¡Sweet! —repitió, casi gimiendo, y el explorador la miró, sonriendo, y luego miró a derecha e izquierda, abriendo mucho los ojos y agachándose cuando aquella forma oscura saltó hacia él; pero no llegó a donde estaba, porque antes se retorció en el aire, cayó a cierta distancia de Sweet y luego rodó por la nieve. Roca Llorona llegó corriendo y le propinó un mazazo en la cabeza. Instantes después, Shy escuchaba el ruido que hacía su cráneo al partirse.

Savian apartó las ramas que se interponían en su camino y avanzó por la nieve en su dirección, frunciendo el ceño mientras giraba lentamente la manivela de su ballesta.

—Buen disparo —dijo en voz alta Roca Llorona, metiendo la maza por dentro de su cinto y mordiendo la pipa con los dientes.

Sweet echó hacia atrás su sombrero y exclamó:

—¡Dice que es un buen disparo! Si por poco me atraviesa con el dardo...

Shy tenía las manos en las caderas mientras intentaba contener el aliento, porque el pecho le quemaba cada vez que intentaba respirar.

Lamb se acercó a su lado y envainó la espada, diciendo:

—Pues, por lo visto, también van de tres en tres.

ENTRE LOS BÁRBAROS

—**N**O parecen demonios. —Cosca empujó la mejilla de aquella representante femenina del Pueblo del Dragón con un pie y observó que su cabeza afeitada caía hacia atrás—. Ni tienen escamas. Ni lenguas bífidas. Ni aliento llameante. Me siento un poco deprimido.

—Simples bárbaros —dijo Jubair con un gruñido.

—Como los de las llanuras. —Brachio se echó un trago de vino y escrutó el contenido del vaso—. Un peldaño por encima de los animales, pero pequeño.

Temple se aclaró la garganta, que sentía dolorida, y comentó:

—La espada no está hecha por bárbaros. —Se agachó y observó aquella arma—. Es recta, está correctamente equilibrada y su filo es perfecto.

—No te confundas —dijo Sweet—. No son Fantasmas corrientes. Realmente ni siquiera son Fantasmas. Intentan matar y saben cómo conseguirlo. No se asustan por nada, y además se conocen todas las rocas de la región. Mataron a todos los prospectores de Almenara sin darles la oportunidad de luchar.

—Pero es evidente que sangran —le replicó Cosca, metiendo el dedo en la herida producida por la saeta de Savian, sacándolo lleno de sangre—. Y, también, que pueden morir.

—Todo el mundo sangra. —Brachio se encogía de hombros—. Todo el mundo muere.

—La vida es lo único cierto —dijo Jubair con voz de trueno, levantando los ojos al cielo. O, al menos, al techo manchado de moho.

—¿Qué tipo de metal es éste? —preguntó Sworbreck, sacando el amuleto que la mujer llevaba escondido bajo el cuello de la camisa, una hoja de color gris opaco que brillaba bajo la luz de la lámpara—. Aunque es muy delgado... —enseñó los dientes mientras hacía fuerza con los dedos— no puedo doblarlo. Es un trabajo

excelente.

—El acero y el oro son los únicos metales que me interesan —dijo Cosca, que acababa de darse la vuelta—. Enterrad los cadáveres lejos del campamento. —Se arrebujó en la capa al recibir el fuerte golpe de viento helado que entró por la puerta—. Maldito frío. —Acuclillado junto al fuego, parecía una vieja bruja inclinada encima de su caldero, con aquellos cabellos lacios y aquellas manos como garras que se frotaba junto a las llamas—. Me recuerda al Norte, y eso no es nada bueno, ¿eh, Temple?

—No, general. —Lo cierto era que ningún momento de los que había vivido en los últimos diez años le parecía bueno a Temple... todos se resumían en una exceso de violencia, derroche y culpa. Excepto, quizá, aquellos en los que había contemplado las vastas llanuras desde su silla de montar. O aquellos otros que había pasado en Arruga, dentro del armazón de la tienda de Majud. O cuando discutía con Shy acerca de su deuda. O cuando bailaba con ella y se apretujaba contra su cuerpo, inclinándose para besarla, viendo su sonrisa cuando ella se apretaba contra él para devolverle el beso... Se estremeció. Había acabado fastidiándolo todo de mala manera. Hasta que uno no salta por la ventana, no puede valorar lo que tiene.

—Esa maldita retirada. —Cosca se entretenía en pelearse con sus fracasos, que eran muchos—. Esa maldita nieve. Ese maldito traidor de Calder el Negro. Tantos hombres perdidos, ¿eh, Temple? Como... Bueno... se me han olvidado sus nombres, pero tengo razón—. Se volvió para quejarse. Parecía molesto—. Cuando me hablaron de un «fuerte», pensé en algo más... consistente.

De hecho, se trataba de una larga cabaña de madera que tenía una planta y una buhardilla, en la que unas cuantas pieles de animales formaban una especie de habitaciones. La puerta era bastante recia, y las ventanas, estrechas, y desde uno de sus rincones podían llegar hasta la torre en ruinas. Pero lo mejor de todo era que disponía de un gran surtido de corrientes de aire.

—General —dijo Sweet, encogiéndose de hombros—, la gente de las Tierras Lejanas no es muy exigente. En cuanto ponen juntos tres palos, los llaman «fuerte».

—Supongo que debemos dar gracias por disponer de este refugio. Otra noche al raso y hubierais tenido que esperar hasta la primavera para que me deshelase. ¡Cuánto echo de menos las torres de la hermosa Visserine! ¡Una agradable noche estival cerca del río! Esa ciudad fue mía una vez, ¿lo sabías,

Sworbreck?

—Creo que lo mencionó una vez —respondió el escritor, haciendo una mueca.

—¡Nicomo Cosca, Gran Duque de Visserine! —El Viejo hizo una pausa para echarse otro trago de la petaca—. Y volverá a serlo. Las torres, el palacio, el respeto que se le debe a mi persona. La verdad es que he tenido muchas desilusiones. Mi espalda está llena de cicatrices metafóricas. Pero aún tengo tiempo para conseguirlo, ¿no crees?

—Por supuesto. —Sworbreck le dedicó una sonrisilla falsa—. ¡Puedo asegurarle que aún le quedan muchos años de prosperidad!

—Apenas un poco de tiempo para arreglar las cosas... —Cosca parecía ensimismado, mirando el arrugado dorso de una de sus manos para luego hacer una mueca de dolor al mover los artríticos dedos—. No sé si sabrás, Sworbreck, que solía hacer maravillas con el cuchillo de lanzar. Podía derribar una mosca a veinte pasos. ¡Mírame ahora! —Lanzó un bufido lleno de conmiseración—. Apenas puedo ver a más de veinte pasos en un día con sol. Eso es lo que más me hiere. Que tu propia carne te traicione. ¿Vivir lo suficiente para ver que todo se desmorona?

El siguiente vendaval anunció la llegada del sargento Amistoso, que, excepto por la nariz colorada y las orejas un poco sonrosadas, apenas parecía sentirse incómodo por el frío. Era como si el sol, la lluvia o la tormenta le diesen lo mismo.

—Los últimos rezagados acaban de llegar al campamento, junto con la impedimenta de la Compañía —dijo con voz monocorde.

Brachio se llenó el vaso.

—Los parásitos nos rodean como las moscas al cadáver.

—No creo que la imagen de nuestra noble hermandad se avenga bien con la de un despojo que supura —precisó Cosca.

—Pero está muy bien traída —dijo Temple por lo bajo.

—¿Quién más viene con ellos?

Amistoso comenzó a contar:

—Diecinueve putas y cuatro alcahuetes...

—Estarán muy entretenidos —dijo Cosca.

—... veintidós conductores de carros y ayudantes, incluyendo a Hedges, el tullido, que insiste en hablar contigo...

—¡Todo el mundo quiere sacarme algo! ¡Como si yo fuera un pastel de cumpleaños que quisieran repartirse!

—... trece comerciantes surtidos, buhoneros y zapateros remendones, seis de los cuales se quejan de que los nuestros les han robado...

—¡Yo no viajo con criminales! Ya sabes que fui Gran Duque. ¡Es decepcionante!

—... dos herreros, un comerciante de caballos, un vendedor de pieles, un taxidermista, un barbero que se jacta de tener conocimientos de cirugía, un par de lavanderas, un vinatero sin existencias y diecisiete personas sin profesión reconocida.

—¡Vagabundos y merodeadores que esperan engordar a cuenta de mis migajas! Temple, ¿es que ya no queda honor?

—Sólo un poquito —dijo Temple, hablando por sí mismo y pensando en el poco honor que le quedaba.

Cosca se acercó aún más a Amistoso para, después de echarse otro trago de la petaca, preguntar con una voz que todos pudieron escuchar:

—¿Y el *carruaje misterioso* del Superior Pike también ha llegado al campamento?

—Sí —respondió Amistoso.

—Vigiladlo estrechamente.

—¿Qué guarda dentro? —preguntó Brachio, quitándose con el extremo de una uña la gotita que estaba a punto de caer de aquel ojo que le lloraba.

—Si compartiera contigo esa información, ya no sería un carruaje misterioso,

sino... un carruaje cualquiera. Y coincidirás conmigo en que entonces perdería su encanto.

—¿Y cómo vamos a encontrar un refugio para toda esa avalancha de gente? —preguntó Jubair, ansioso por conocer la respuesta—. Si apenas queda sitio para nosotros, los militares.

—¿Y los túmulos? —preguntó el Viejo.

—Están vacíos —respondió Sweet—. Los saquearon hace siglos.

—Lo pregunto porque pueden aprovecharlos para cobijarse, con tal de que se apretujen lo suficiente. ¡Qué ironía!, ¿eh, Temple? ¡Los héroes del pasado echados a patadas de sus tumbas por las putas del presente!

—Me estremezco por ese pensamiento tan profundo —musitó Temple, que se estremecía sólo con imaginarse durmiendo en las húmedas entrañas de aquellas antiguas tumbas, no digamos ya follando en ellas.

—General, como no quiero molestarle mientras hace los preparativos, creo que me iré —dijo Sweet.

—¡Pues claro! *¡La gloria es como el pan, se pone mohosa con el tiempo!* ¿Quién lo dijo? ¿Farans? ¿O fue Stolicus? ¿Qué plan tiene?

—Espero que el explorador que salió huyendo vaya a decirles a sus amigos del Dragón que sólo somos veinte personas.

—*¡El mejor enemigo es el que se encuentra distraído y perplejo!* ¿Lo dijo Farans? ¿O Bialoveld? —Cosca dedicó una mirada de desprecio a Sworbreck, que seguía peleándose con sus cuadernos—. Todos los *escritores* son iguales. ¿Qué estaba diciendo?

—Que ellos se preguntarán si deben seguir bien calientes en Ashranc, ignorándonos, o bajar hasta donde estamos para aniquilarnos.

—Les daremos un buen susto si lo intentan —dijo Brachio, y soltó una risotada que hizo que sus mofletes se agitaran.

—Eso es, precisamente, lo que queremos que hagan —dijo Sweet—. Pero no bajarán hasta aquí a menos que tengan un buen motivo. Una pequeña incursión en

su territorio debería motivarlos. Son condenadamente picajosos con eso del territorio. Roca Llorona conoce el camino. Conoce los caminos secretos que llegan hasta Ashranc, pero son muy peligrosos. Así que saldremos de aquí sigilosamente y dejaremos algún rastro que puedan ver. Restos de fuego, unas cuantas huellas por el camino...

—Y una mierda —dijo Jubair, pronunciando la última palabra con la misma solemnidad que si fuese el nombre de algún profeta.

—¡Magnífico! —Cosca levantó en alto su petaca—. ¡Engañarlos con una mierda! Estoy razonablemente seguro de que Stolicus jamás recomendó esa *estrategia*, ¿eh, Temple?

Brachio aplastó su enorme labio inferior entre el índice y el pulgar antes de decir:

—¿Estáis seguros de que se tragarán el truco de la mierda?

—Desde siempre han llevado la voz cantante en este sitio —decía Sweet—. Solían matar a los Fantasmas y asustar a los mineros. El hecho de que nunca los derrotasen los convirtió en gente arrogante. Todo lo hacen a la antigua usanza. Pero aún son peligrosos. Ustedes tendrán que ser los mejores y estar siempre al acecho. Y no tirar del sedal hasta que no hayan picado el anzuelo.

—Créame —Cosca asentía— cuando le digo que he estado en los dos extremos de lo que constituye la emboscada y que por eso conozco sus fundamentos. ¿Qué opina de este plan, maese Cantliss?

El desgraciado bandido, que se había descosido las costuras de la ropa para meterse por dentro toda la paja que podía y así protegerse del frío, estaba sentado en un rincón de la habitación, cuidándose la mano rota y respirando dificultosamente. Al escuchar su nombre se animó, asintiendo vigorosamente como si su ayuda fuera crucial para cualquier empresa.

—Me parece bastante bueno. Estoy de acuerdo con eso de que se creen los dueños de las colinas. Y como Waerdimur mató a mi amigo Puntillanegra, me es indiferente lo que ustedes vayan a hacerle. ¿Puedo...? —preguntó, pasándose la lengua por los labios que tenía resecos y acercando una mano a la petaca de Cosca.

—Por supuesto —respondió Cosca, dejándola seca de un trago, poniéndola boca abajo para que viera que estaba vacía, encogiéndose de hombros y añadiendo,

mirando a Sweet—. El capitán Jubair ha escogido a siete hombres de entre los más competentes para que lo acompañen.

Sweet lanzó al enorme mercenario de Kantic una mirada de infelicidad y comentó:

—Preferiría hombres de mi confianza.

—Los demás podríamos decir lo mismo, pero acaso existen, ¿eh, Temple?

—Muy pocos. —Temple nunca se hubiera incluido entre las personas en quienes podía confiar, ni mucho menos hubiese incluido a cualquiera de las que se encontraban en la habitación.

—Así que ¿no confías en nosotros? —Sweet adoptaba un aire de inocencia herida.

—La naturaleza humana me ha decepcionado con frecuencia —dijo Cosca—. Desde que la Gran Duquesa Sefeline se volvió contra mí y envenenó a mi amante favorita, no volví a lastrar las relaciones laborales con el fardo de la confianza.

Brachio lanzó un largo eructo.

—Lo mejor es vigilarse mutuamente con mucho cuidado, permanecer tan bien armado como desconfiado y pensar que los intereses propios son lo más importante.

—¡Qué noble parlamento! —dijo Cosca, dándose una palmada en un muslo—. Y luego, como en el cuchillo que guardamos en el calcetín, confiar en nuestra arma secreta por si acontece alguna emergencia.

—Intenté guardar un cuchillo en el calcetín —musitó Brachio, tocando los que llevaba en su bandolera—. Pero rozaba muchísimo.

—¿Nos vamos? —preguntó Jubair con voz tonante—. Se acaba el tiempo y aún queda por hacer la obra de Dios.

—Pues a hacerla —dijo el explorador, subiéndose el cuello de su enorme abrigo de piel hasta las orejas y perdiéndose en la noche.

Cosca ladeó la petaca, vio que estaba vacía y la tendió para que se la

rellenaran.

—¡Traedme más licor! ¡Temple, ven y habla conmigo como hacías antes! Ofreciéndome consuelo y consejo.

Temple respiró profundamente antes de decir:

—No sé qué consejo puedo ofrecerle. En este sitio estamos muy lejos del alcance de la ley.

—¡Vamos, no me refería a consejos legales, sino espirituales! Gracias. —La última palabra se la dirigía al sargento Amistoso, que rellenaba con una botella recién abierta la petaca que Cosca agarraba con mano temblorosa—. ¡Me siento como si navegase a la deriva por mares extraños y mi brújula moral girase como loca! ¡Temple, encuentra una estrella de ética por la que pueda guiarme! ¡Vamos! ¿Qué hay de Dios, hombre, qué hay de Dios?

—Me temo que también podemos estar muy lejos del alcance de Dios —musitó Temple, dirigiéndose a la puerta. En ese momento Hedges la abría para entrar cojeando en la habitación.

—¿Y éste quién es? —preguntó Cosca.

—Se llama Hedges, Capitán General, uno de los conductores de carros que viene con nosotros desde Arruga. Señor, lo hirieron en Osrung cuando dirigía una carga.

—He aquí la razón de que las cargas deban dirigirlas los demás —apostilló el Viejo.

Hedges entró con mucho cuidado, moviendo los ojos nerviosamente.

—Creo que no disiento de usted. ¿Me concedería un momento?

Aprovechando la distracción, Temple se escabulló en la oscuridad de la noche.

En la única calle del campamento, la cautela no parecía ser la prioridad principal. Un grupo de hombres enfundados en chaquetones, pieles y piezas de armadura malamente conjuntadas maldecían haciendo un ruido de mil diablos, reduciendo la nieve a un limo blancuzco, levantando en alto antorchas que

chisporroteaban, tirando a regañadientes de caballos que no querían moverse y descargando cajas y barriles de los carros que parecían vencidos por su propio peso, mientras el aliento se condensaba alrededor de los trapos con los que se tapaban la cara.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Sworbreck, abriéndose paso hacia Temple en medio de aquel caos.

—Si no temes que se te acabe pegando algo de mi mala suerte...

—No creo que sea peor que la mía —se lamentó el biógrafo.

Dejaron atrás a un grupo de personas que, apretujadas dentro de una cabaña a la que le faltaba una pared, se jugaban las mantas a los dados; a un hombre que entre una lluvia de chispas ponía a punto unas armas con una piedra de afilar demasiado estruendosa, y a tres mujeres que discutían respecto a la mejor manera de encender un fuego. Ninguna de ellas sabía cómo hacerlo.

—¿Alguna vez has tenido la sensación... —preguntaba Sworbreck, agachando la cabeza para abrigarse con el desgastado cuello de su chaquetón— de haber caído de cabeza en algo en lo que no querías participar y ser consciente de que no sabes cómo salir?

Temple miró de soslayo al escritor.

—Últimamente, a todas horas.

—¿Y que se trata de un castigo, aunque no sepas por qué?

—Yo sí lo sé —dijo Temple en voz baja.

—Éste no es mi sitio. —dijo Sworbreck.

—Me gustaría decir lo mismo. Pero me temo que mentiría.

Habían quitado la nieve del acceso a uno de los túmulos, y la luz de las antorchas reverberaba en el arco de su entrada. Uno de los alcahuetes se afanaba en colgar un cuero desgastado a la entrada de otro, mientras fuera del mismo comenzaba a formarse una cola desordenada. Un buhonero que tiritaba acababa de montar su tienda entre ambos túmulos, ofreciendo cinturones y abrillantadores de calzado en medio de aquella noche tan inclemente. El comercio no descansa.

Temple escuchó la áspera voz que salía por la puerta entreabierta de una cabaña. Era del Inquisidor Lorsen.

—... Dimbik, ¿realmente cree usted que hay rebeldes por estas montañas?

—Eso de creer es un lujo que no me permito desde hace bastante tiempo, Inquisidor. Simplemente, me limito a repetir lo que me han dicho.

—El problema, capitán, reside en la persona que se lo dice. Por lo menos, a mí me lo dice el Superior Pike, a quien se lo dijo el Archilector, y una sugerencia del Archilector... —El resto de aquella argumentación acabó perdiéndose entre el ruido de las conversaciones que rodeaban a Temple.

En la oscuridad que dominaba el límite del campamento, los antaño camaradas de Temple comenzaban a subirse a sus caballos. Volvía a nevar, y los blancos copos cubrían lentamente las crines de sus monturas, la cabellera gris de Roca Llorona, su vieja bandera, los hombros de Shy, que seguía encogida como si se negara a alzar la mirada, y los bultos que Lamb cargaba afanosamente en su caballo.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Savian al ver que se acercaba.

—Aunque mi corazón lo desee ardientemente, el resto de mi ser tiene el buen sentido de declinar educadamente la invitación.

—¡Roca Llorona! —Sworbreck sacó su cuaderno de notas con un ademán muy estudiado—. ¡Qué nombre tan intrigante!

Ella se le quedó mirando y dijo:

—Sí.

—Me atrevería a decir que esconde una historia llena de intriga.

—Sí.

—¿No querría compartirla conmigo?

Roca Llorona desapareció lentamente en la oscuridad que los rodeaba.

—Eso significa «no» —dijo Shy.

Sworbreck suspiró antes de decir:

—Un escritor debe aprender a vivir con el desprecio. Dígame, maese Lamb, ¿alguna vez le han hecho una entrevista?

—Acabamos de descubrir un nuevo tipo de mentiroso —dijo Shy con voz burlona.

—He oído —el biógrafo insistía— que usted tiene más experiencia que nadie en el combate individual.

Lamb aseguró la última cincha antes de responder:

—¿Y usted se cree todo lo que oye?

—Entonces, ¿lo niega?

Lamb no contestó.

—¿Algo respecto a esa actividad tan peligrosa que pueda interesar a mis lectores?

—Que no se dediquen a ella.

—¿Es cierto —Sworbreck se acercó aún más a él— lo que me ha contado el general Cosca?

—Por lo poco que he visto de él, yo no diría que es un dechado de honestidad.

—Me ha dicho que antaño usted fue rey.

Temple enarcó las cejas. Sweet se aclaró la garganta. Shy se echó a reír, pero al ver que Lamb seguía muy serio, dejó de hacerlo.

—Me contó que fue el campeón del Rey del Norte —proseguía Sworbreck—, que ganó diez duelos en eso que llaman «el Círculo» y que su rey le traicionó, pero que consiguió sobrevivir para matarlo y ocupar su puesto.

Lamb se irguió lentamente en la silla de montar y miró desafiante a la noche.

—Durante un tiempo, los hombres pusieron una cadena de oro alrededor de mi cuello y se arrodillaron ante mí. Pero si hicieron todo eso fue porque les convenía. En los momentos violentos, a la gente le gusta arrodillarse ante los hombres violentos. Y en los momentos de paz, recuerdan lo felices que eran cuando no lo hacían.

—Entonces, ¿los culpa usted?

—Hace mucho tiempo que no culpo a nadie. La gente es así. —Lamb miró a Temple—. ¿Crees que podremos contar con tu amigo Cosca?

—Ciertamente, no —respondió Temple.

—Tenía el presentimiento de que dirías eso —comentó Lamb mientras, lentamente, en medio de la negrura, llevaba a su caballo hacia las colinas.

—Por lo que veo, no soy el único que tiene historias para contar... —dijo Sweet, saliendo tras él.

Sworbreck se los quedó mirando durante unos instantes, luego sacó un lápiz y se puso a escribir a toda velocidad.

Al volverse, Temple se encontró con la mirada de Shy.

—¡Espero que los encontréis! —fue lo que se ocurrió decir—. ¡A los niños!

—Nosotros también. Espero que tú encuentres... lo que sea que estés buscando.

—Supongo —dijo él en voz baja—. Y que no lo aprovecharé.

Se quedó en silencio durante un instante, pensando qué decirle, luego chasqueó la lengua y su caballo se puso en marcha.

—¡Buena suerte! —exclamó Temple—. ¡Cuídate cuando estés entre los bárbaros!

Ella echó una mirada al fuerte, del que salían las notas de una canción desorejada, y enarcó una ceja.

—Lo mismo digo.

CARNADA

EL primer día cabalgaron a través de un bosque imponente. Si los árboles eran los más altos que Shy jamás hubiera visto, las ramas se solapaban unas con otras para bloquear el sol, de suerte que era como si avanzaran a tientas por la sombría y sagrada cripta de un gigante. La nieve se había abierto paso en su interior para cuajar entre los helados troncos y alcanzar una altura de varios palmos. Y como la corteza helada de su superficie despellejaba las patas de los caballos, tuvieron que hacer turnos para romperla. Por aquí y por allá encontraban bolsas de niebla helada cuyos jirones se pegaban a hombres y monturas como espíritus que quisieran robarles el calor. Pero ellos no tenían mucho calor que ofrecer. Cuando les daba por hablar, Roca Llorona los acallaba con un silbido de advertencia ante el cual sólo podían asentir en medio del crujido de la corteza de nieve al romperse, la afanosa respiración de los caballos, las toses de Savian y el parloteo en sordina de Jubair que, según Shy, entonaba sus oraciones. Aunque aquel enorme kantic fuese un maldito beato, cuestión esta en la que todos estaban de acuerdo, Shy no creía que su piedad bastase para cubrirle a ella las espaldas. La mayoría de la gente a la que había conocido y que practicaba una religión solía ampararse en sus creencias para hacer el mal.

Sólo cuando la luz comenzó a atenuarse para alcanzar el brillo del ocaso, Sweet los condujo al interior de la espaciosa cueva que se abría bajo un acantilado, donde hicieron un alto. Para entonces, las monturas, tanto aquellas que cabalgaban como las de refresco, tenían magulladuras y tiritaban, lo mismo que Shy, cuyo cuerpo, que le dolía por entero, sentía rígido, entumecido y lleno de picores, hasta el punto de que todo en él competía para ver qué parte se quejaba más.

Como no podían hacer fuego, comieron fiambre y bizcocho seco, pasándose luego una botella. Y aunque Savian intentase quitar importancia a aquella tos suya que no podía dominar, Shy vio que le preocupaba mucho, porque no hacía más que doblarse y temblar mientras, para abrigarse, agarraba el cuello del chaquetón con aquellas manos suyas tan pálidas.

Uno de los mercenarios, un estirio que tenía una barbilla prominente y que respondía al nombre de Sacri, le pareció a Shy que era de esa clase de gente que

busca la comodidad propia a costa de la incomodidad ajena, porque, apretando los dientes, le dijo a Savian:

—Estás resfriado, viejo. ¿No quieres regresar?

—Cierra la boca —dijo Shy, poniendo en sus palabras todo el fuego interior que le quedaba, que, dicho sea de paso, no era mucho.

—¿Y si no la cierro, qué me harás? —dijo él, burlándose—. ¿Darme un bofetón?

—Así es. —Aquel comentario sirvió para que sus brasas se avivaran—. Con una maldita hacha. Así que cierra la boca.

Y aunque le hiciera caso, la claridad de la luna le permitió ver a Shy que seguía dándole vueltas a la manera de salirse con la suya, así que decidió no darle la espalda.

Distribuyeron la guardia en grupos de a dos, repartidos entre los mercenarios y los que quedaban de la caravana, que estaban tan atentos a cualquier posible incursión del Pueblo del Dragón como a lo que el otro pudiese hacer. Como Shy contaba el tiempo por los ronquidos de Sweet, cuando llegó la hora del cambio de guardia zarandeó a Lamb mientras le decía al oído:

—Despertad, Majestad.

Él suspiró antes de decir:

—Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a salir eso.

—Perdonad la necedad de una tonta labriega. Pero estoy abrumada por el hecho de que el Rey del Norte se haya metido entre mis mantas para roncar.

—He pasado diez veces más tiempo sin amigos y tan pobre como un mendigo. ¿Por qué nadie habla de eso?

—En lo que a mí respecta, porque sé muy bien lo que se siente. Y no he tenido muchas oportunidades de llevar una corona.

—Yo tampoco —dijo él, arrastrándose con dificultad para salir de entre las mantas—. Tenía una cadena.

—¿De oro?

—Con un diamante así de grande. —Y, juntando el índice y el pulgar de su mano derecha, indicó el tamaño que suele tener un huevo de gallina y miró por el agujero.

Ella aún no estaba segura de que no le estuviera tomando el pelo.

—Tú.

—Yo.

—Pues eso da para pasar el invierno con algo más que unos simples pantalones.

—Lo cierto es que perdí la cadena —dijo Lamb, encogiéndose de hombros.

—¿Debo tratar a la realeza de alguna manera en particular?

—Alguna reverencia rebuscada no estaría mal.

—Que te jodan —dijo ella, burlándose.

—Que *os* jodan, *Majestad* —precisó él.

—Rey Lamb —dijo ella en voz baja, reptando entre las mantas y sintiendo el calorcillo que ya comenzaban a perder—. Rey Lamb.

—Por entonces me llamaba de otra manera.

—¿Cómo? —preguntó ella, mirándole de soslayo.

Lamb se sentó en la amplia entrada de la cueva, una silueta oscura contra la noche salpicada de estrellas, de suerte que ella no pudo verle la cara.

—No importa —respondió—, nunca salió nada bueno de ello.

A la mañana siguiente la nieve se arremolinaba por efecto del viento que llegaba por todos lados, tan amargo como una bancarrota. Montaron a caballo, tan alegres como los que se encaminan hacia su propio ahorcamiento, y siguieron avanzando montaña arriba. El bosque se hacía menos tupido, los árboles tiritaban,

se encogían, se retorcían como si sintieran dolor. Pasaron a duras penas entre rocas peladas, pues el camino se estrechaba... quizá fuese el antiguo lecho de un torrente, aunque en ocasiones les recordaba una escalera tallada por la mano del hombre cuyos peldaños se hubiesen ido desgastando por el clima y el paso de los años. Jubair ordenó que uno de sus hombres regresara a Almenara con los caballos, y Shy se quedó con las ganas de irse con él. Los demás siguieron a pie.

—¿Qué diablos harán ahí arriba esos bastardos del Dragón? —le preguntaba Shy a Sweet. No le parecía un lugar que nadie en su sano juicio quisiera visitar, ni mucho menos vivir en él.

—No puedo decírtelo con exactitud... pero supongo que lo averiguaremos en cuanto lleguemos. —El viejo explorador se interrumpía todo el tiempo para tomar aliento—. Nos llevará un buen rato.

—¿No te ha contado nada? —preguntó Shy, mirando a Roca Llorona, que, dando grandes zancadas, avanzaba en cabeza.

—Supongo que acabará por contárnoslo... pero no me gusta hacerle ese tipo de preguntas... lleva conmigo muchos años.

—Pues no me parece que eso haya mejorado tu imagen.

—Hay cosas más importantes en la vida que la imagen —dijo. Y luego, mirándola de soslayo, añadió—. Afortunadamente para ambos.

—¿Para qué crees que quieren a los niños?

Sweet hizo un alto para tomar un trago de agua y luego le pasó la cantimplora. Los mercenarios subían a trompicones por el excesivo peso de sus arneses y armas.

—Por lo que he podido oír, ahí arriba no nace nadie. Hay algo en el suelo que los vuelve estériles. A todos los del Pueblo del Dragón los raptaron cuando eran pequeños. La mayoría estaban antes con los Fantasmas, con el Imperio o incluso con los norteños que naufragaban en el Mar de los Dientes. Da la impresión de que han abierto más la red desde que los prospectores expulsaron a los Fantasmas, pues ahora compran niños a gente como Cantliss.

—¡Menos hablar! —decía Roca Llorona desde más arriba—. ¡Y más caminar!

Aunque la nieve caía con más fuerza, no cuajó, de suerte que, cuando Shy apartó los trapos que le cubrían la cara, notó que el viento no era tan penetrante. Una hora después, la nieve comenzó a fundirse en las rocas que antes había cubierto, y Shy sudó tanto que tuvo que quitarse el chaquetón y guardarlo en la mochila que llevaba a la espalda. Los demás la imitaron. Al agacharse para tocar la tierra con la palma de una mano sintió un calorcillo inusual, como si acabara de ponerla en la pared de una panadería cuyo horno se encontrase al otro lado.

—Hay fuego debajo —dijo Roca Llorona.

—¿De veras? —Shy apartó bruscamente la mano, como si las llamas tuviesen la facultad de atravesar la tierra por donde les apeteciera—. No creo que eso haga que me sienta más optimista.

—Pues eso es mejor que lo contrario, que se te congele la mierda al cagar, ¿no te parece? —dijo Sweet, quitándose la camisa para dejar al descubierto otra que llevaba debajo. Shy se preguntó cuántas se habría puesto. O si seguiría quitándoselas hasta desaparecer cuando se hubiese quitado la última.

—¿Y ésa es la razón de que el Pueblo del Dragón viva aquí arriba? —Savian apretaba la palma de una de sus manos contra aquel barro caliente—. ¿Para aprovechar el calor que proporciona ese fuego?

—No lo sé. A lo mejor es porque les gusta vivir donde hay fuego. —Roca Llorona miraba fijamente la pendiente, que para entonces se había reducido a rocas, piedras sueltas y manchas de azufre cristalizado, toda ella dominada por las rocas aún mayores que podían ver en la cima—. Si tiramos por ahí, alguien nos verá.

—Pues claro que sí —dijo Jubair—. Dios lo ve todo.

—Si tomamos ese camino, no será Dios quien te meta una flecha por el culo —comentó Sweet.

—Dios pone todas las cosas en el lugar que les corresponde —replicó Jubair, encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Savian.

Roca Llorona había comenzado a desenrollar la cuerda que llevaba en la mochila.

—Escalar.

Shy se frotó las sienes antes de decir:

—Tenía la desagradable impresión de que iba a decir eso.

¡Vaya con la escalada! Pues no sólo era más penosa que la simple subida a pie, sino que la caída era mucho más peligrosa. Si Roca Llorona trepaba como una araña, Sweet no le iba a la zaga, sintiéndose entre aquellas montañas como en casa mientras preparaban las cuerdas para los demás. Shy subió la última junto con Savian, maldiciendo y apoyándose en la resbaladiza roca con brazos que le dolían por el esfuerzo y manos que le quemaban por culpa del cáñamo.

—No he tenido ocasión de darte las gracias —dijo a Savian cuando ambos se detuvieron en un reborde.

No escuchó sonido alguno que saliera de su boca, sólo el siseo que hacía la cuerda al pasar por sus manos curtidas cuando tiró de ella.

—Por lo que hiciste en Arruga. —Silencio—. Me has salvado la vida tantas veces que ya ni sé cuántas son. —Silencio—. ¿No lo recuerdas?

Le pareció que se encogía un poquito de hombros.

—Quizá no quieras hablar de eso.

Silencio. No quería hablar de nada.

—Quizá no te guste que te den las gracias.

Más silencio.

—Quizá hubiera tenido que dártelas muchas veces... Bueno, de acuerdo, veo que te lo piensas mucho a la hora de contestar... Aun así, gracias de todos modos. Supongo que ahora estaría muerta si no hubiese sido por ti.

Savian apretó ligerísimamente los labios y lanzó un gruñido gutural antes de decir:

—Supongo que tú o tu padre habríais hecho lo mismo por mí.

—No es mi padre.

—Eso son cosas de familia. Pero, si me lo preguntases, te diría que todo te habría salido peor sin él.

—Siempre me lo pareció —dijo Shy, bufando.

—Ya sabes que no era lo que él quería. O que no quería que las cosas salieran de esa manera.

—Eso también me lo pareció siempre. Pero ahora ya no estoy segura. ¿Cosas de familia?

—Cosas de familia.

—¿Qué será de Corlin?

—Ella sabe cuidarse.

—Oh, no lo dudo. —Shy bajó la voz—. Mira, Savian, sé lo que eres.

La miró muy serio.

—¿Y qué soy?

—Sé lo que tienes ahí debajo. —Y miró sus antebrazos, porque sabía que bajo las mangas del chaquetón estaban llenos de tatuajes azules.

—No sé a qué te refieres —dijo él, bajándose aún más una de las mangas.

—Pues imagínatelo. Cuando Cosca comenzó a hablar de rebeldes, bueno, mi maldita bocaza decidió hablar por su cuenta, como siempre. Tenía buenas intenciones, como siempre, e intentaba ayudar... pero no sé si lo conseguí. ¿Lo conseguí?

—No mucho.

—Y ahora tú estás metido en este atolladero por mi culpa. Si ese malnacido de Lorsen descubre lo que llevas en el brazo... lo que digo es que deberías irte. No es tu lucha. Nada te va a impedir que desaparezcas.

—Pero, ¿qué dices? ¿Y olvidarme del niño que me robaron? Eso sólo serviría para despertar su curiosidad. Incluso te traería problemas. E incluso me traería problemas a mí, a la larga. Así que seguiré con la cabeza gacha y las mangas bajadas, y me pegaré a ti. Todo el tiempo.

—Mi maldita bocaza —dijo ella, entre dientes.

Savian sonrió, enseñando los dientes. Aunque no fuera la primera vez que veía aquella sonrisa, le pareció que era como destapar un farol, pues las arrugas de su curtido rostro casi habían desaparecido y le brillaban los ojos.

—¿Sabes una cosa? Es posible que tu maldita bocaza no le guste a nadie, pero a mí me gusta. —Y entonces le puso una mano en el hombro y se lo pellizcó—. Mejor será que vigiles a Sacri. No creo que le guste tanto como a mí.

Ella tampoco lo creía. Poco después de aquella conversación, una roca que bajaba a toda velocidad estuvo a punto de chocar contra su cabeza. Al mirar arriba y ver la mueca de Sacri, ya no le cupo duda de que la había empujado con el pie, a propósito. Así que se lo dijo en cuanto tuvo la ocasión de hacerlo, especificando en qué parte de su anatomía le clavaría su puñal si otra roca más volvía a ir a su encuentro. Los demás mercenarios se mostraron encantados con su lenguaje.

—Chica, tendría que enseñarte unos cuantos modales —le espetó Sacri, que, echando hacia fuera la mandíbula todo lo que podía, intentaba mantener el poco tipo que le quedaba.

—Y tú tendrías que aprender antes unos cuantos para poder enseñármelos después.

Cuando Sacri llevó una mano a su espada, más por jactancia que por la necesidad de usarla, Jubair se interpuso entre él y Shy.

—Ya habrá tiempo de desenvainar las armas, Sacri —dijo—, pero, cuándo y contra quién, seré yo quien te lo diga. Son nuestros aliados. Los necesitamos para que nos enseñen el camino. Deja tranquila a la mujer o te las verás conmigo, y vérselas conmigo no es cosa fácil.

—Lo siento, capitán —dijo Sacri, frunciendo el ceño.

Jubair indicó el camino con una mano, diciendo:

—El arrepentimiento es la puerta de entrada a la salvación.

Lamb apenas había mostrado interés mientras discutían, y se alejó cuando todo hubo terminado, como si todo aquello no fuese de su incumbencia.

—Gracias por la ayuda prestada —le espetó ella en cuanto estuvo a su lado.

—La habrías tenido si la hubieses necesitado. Y lo sabes.

—Una palabra o dos no me habrían hecho ningún daño.

—Tal y como yo lo veo —se le acercó aún más—, tenemos dos opciones. Aprovecharnos de estos malnacidos o matarlos a todos. Las palabras soeces jamás ganaron una batalla, pero sí que perdieron más de una. Cuando quieres matar a alguien, decírselo no te ayuda.

Y se marchó, dejándola sola para que pensara en lo que acababa de decirle.

Acamparon cerca de una corriente de agua que desprendía vapor, y Sweet les dijo que no bebieran de ella. No hubiera hecho falta que lo dijera, porque olía igual de mal que los pedos que la gente suele tirarse en las fiestas. Como durante toda la noche aquel siseo acabó metiéndosele a Shy por los oídos, soñó que se caía al agua. Se despertó sudando, con la garganta en carne viva por aquel olor tan fétido y cálido, y descubrió que Sacri, que seguía de guardia, la vigilaba. Incluso le pareció distinguir un brillo metálico en una de sus manos. Después de aquello ya no se durmió, pues no soltó el cuchillo. Igual que mucho tiempo atrás, cuando huía y esperaba no tener que dormir nunca más con un arma en la mano. Se extrañó al caer en la cuenta de todo lo que echaba de menos a Temple. Aunque no fuese ningún héroe, a ella le hacía sentirse más valiente.

Al amanecer aparecieron ante ellos, dominándolos, las sombras grises de unos acantilados que, a través del cambiante velo de la nieve, parecían ruinas de murallas, torres y fortalezas. En las rocas había unos agujeros cuadrados que eran demasiado perfectos para haber sido creados por la Naturaleza, y junto a ellos montones de tierra.

—¿Creéis que los prospectores han podido llegar tan lejos? —preguntó uno de los mercenarios.

—Ni mucho menos —respondió Sweet, disintiendo con la cabeza—. Son excavaciones más antiguas.

—¿Cuánto de antiguas?

—Muy antiguas —afirmó Roca Llorona.

—Comienzo a preocuparme cada vez más a medida que nos acercamos —le confesó Shy a Lamb cuando ambos se sentaron para recobrar fuerzas.

Él asintió, diciendo:

—Y yo a pensar en los miles de cosas que pueden salirnos mal.

—Tengo miedo de no encontrarlos.

—O de encontrarlos.

—O simplemente miedo.

—Es bueno tener miedo —dijo él—. Los únicos que no tienen miedo son los muertos, y yo no quiero que ninguno de los dos acabemos entre ellos.

Se detuvieron ante una garganta muy profunda por cuyo fondo corría una corriente de agua, puesto que su sonido llegaba hasta ellos, junto con los vapores y el olor a azufre que despedía. Sobre el cañón se extendía un arco de roca negra lleno de humedad, del que colgaban a modo de barbas unos carámbanos calizos que goteaban. De su parte media pendía una cadena muy grande cuyos eslabones, que estaban carcomidos por el óxido y que tintineaban a causa del viento, alcanzaban la longitud de un paso bien medido. Savian se sentó y echó la cabeza hacia atrás, pues le costaba mucho respirar. Los mercenarios se sentaron en círculo cerca de donde ellos estaban, y se pasaron una pequeña botella de licor.

—¡Vaya, pero si es la que busca a los niños! —Sacri se burlaba de ella. Shy le miró, y también a la pendiente que estaba cerca de él, y entonces deseó ardientemente arrojarle por ella—. ¿Cómo se puede ser tan idiota para creer que los niños aún pueden seguir vivos en este sitio?

—¿A qué será debido que los cerebros pequeños y las bocas grandes se den juntos con tanta abundancia? —dijo ella por lo bajo, para luego, recordando las palabras de Lamb y cayendo en la cuenta de que también podía aplicárselas a sí misma, quedarse callada.

—¿No dices nada? —Sacri frunció la nariz mientras levantaba la botella—.

Al menos habrás aprendido alg...

Jubair proyectó un brazo hacia delante y empujó a Sacri. El estirio emitió un grito ahogado, soltó la botella y desapareció por el acantilado. Un golpe seco y un ruido de piedras y de metal, seguido por otros más que se perdieron garganta abajo.

Los mercenarios se quedaron atónitos, entre ellos uno que tenía un trozo de carne seca a mitad de camino de la boca, que ya abría para engullirlo. Sintiendo un hormigueo en todo el cuerpo, Shy vio que Jubair se acercaba al borde y, con los labios fruncidos, como si estuviera pensando en algo, miraba hacia abajo antes de comentar:

—El mundo está lleno de necedad y desperdicios. Lo suficiente para perturbar la fe de un hombre.

—Lo has matado —dijo uno de los mercenarios, haciendo gala de ese talento para constatar lo obvio que tienen algunos hombres.

—Dios lo mató. Yo sólo fui el instrumento.

—Pues Dios parece ser un bastardo bastante picajoso, ¿no crees? —dijo Savian con voz cascada.

Jubair asintió de manera solemne antes de decir:

—Es tan terrible como despiadado, pues todas las cosas deben plegarse a Sus designios.

—Sus designios nos han dejado con un hombre menos —apostilló Sweet.

La mochila de Jubair osciló al encogerse él de hombros.

—Mejor eso que la discordia. Todos tenemos que estar juntos en esto. Si no, ¿cómo podremos pensar que existe un Dios para todos nosotros? —Movió una mano para indicarle a Roca Llorona que prosiguiese y dejó que sus hombres avanzasen con evidente nerviosismo, entre ellos uno que no dejaba de tragar saliva sin perder de ojo la garganta.

—En la ciudad de Ul-Nahb, en Gurkhul —dijo tras recoger la botella de Sacri que estaba cerca del risco—, donde nací, gracias sean dadas al Todopoderoso, la

muerte es algo importante. Nada se escatima a la hora de cuidar del cadáver, la familia gime, y una procesión de plañideras recorre el camino sembrado de flores que conduce al lugar del sepelio. Pero en este lugar, la muerte apenas es nada. El hombre que espera disponer de muchas oportunidades es un necio. —Frunció el ceño al contemplar el enorme arco y la cadena rota y, mientras miraba, se echó un trago—. Cuanto más me acerco a los límites sin cartografiar de este territorio, más me convenzo de que el fin de los tiempos está cerca.

Lamb cogió la botella de la mano de Jubair, la vació y la lanzó tras su propietario, diciendo:

—El fin de los tiempos es algo que siempre acaba por llegarnos a todos.

Se sentaban en cuclillas junto a unos muros en ruinas, entre piedras manchadas de salitre y afloramientos de azufre cristalizado, para vigilar el valle. Llevaban vigilándolo tanto tiempo que les parecía una eternidad, mientras Roca Llorona les decía, siseando, que siguieran agachados, fuera del alcance de la vista, y callados. Shy comenzaba a cansarse de tanto siseo. Lo cierto era que comenzaba a cansarse de todo. A cansarse de todo y a resentirse por todo, pues el nerviosismo producido por el agotamiento propiciaba los accesos de miedo, de inquietud y de esperanza. Los de esperanza eran los peores.

De vez en cuando, Savian sufría un ataque de tos que a Shy la dejaba muy preocupada. Incluso el mismísimo valle parecía respirar, lanzando un vapor acre por sus grietas ocultas que creaba una niebla fantasmal, la cual no sólo convertía en espectros las peñas rotas, sino que cubría el estanque situado al fondo del valle, desvaneciéndose lentamente para luego formarse de nuevo.

Jubair estaba sentado con las piernas cruzadas, entornando los ojos y cruzando los brazos sobre el pecho. Tan enorme y paciente como siempre, movía en silencio los labios mientras su frente se perlaba de sudor. Shy tenía la camisa pegada a la espalda y los cabellos impregnados de sudor frío. Apenas podía creer que hubiera estado a punto de morir de frío uno o dos días antes. En aquellos momentos hubiera sido capaz de entregar sus dientes a cambio de deslizarse desnuda por un ventisquero. Reptó hasta donde se encontraba Roca Llorona, sintiendo con las manos el calor y la humedad de las piedras.

—¿Están cerca?

La Fantasma subió y bajó las cejas durante una fracción de segundo.

—¿Dónde?

—Si lo supiera, no estaría aquí, vigilando.

—¿Dejaremos pronto la carnada?

—Pronto.

—Espero que no estés pensando en lo de la mierda —dijo Sweet, que, con toda seguridad, para entonces sólo tenía puesta la camisa que se le veía encima—, porque no me apetece bajarme los pantalones en este sitio.

—Cierra el pico —dijo Roca Llorona, siseando mientras movía la mano.

Una sombra se desplazaba por la penumbra de uno de los lados del valle, una figura que saltaba de una peña a otra. Aunque no la viera muy bien a causa de la distancia y de la niebla, parecía la de un hombre alto, musculoso y de piel negra, que tenía la cabeza afeitada y llevaba un bastón.

—¿Está silbando? —musitó Shy.

—*Shh* —dijo Roca Llorona.

Aquel hombre, por otra parte bastante entrado en años, dejó el bastón junto a una roca plana situada en la orilla, se despojó de su túnica, la dobló cuidadosamente, la dejó al lado del bastón y comenzó a bailar, dando vueltas mientras entraba y salía del perímetro creado por varias columnas rotas que se encontraban cerca del agua.

—Así no parece que dé mucho miedo —susurró Shy.

—Pues lo da —dijo Roca Llorona—. Es Waerdinur. Mi hermano.

Shy la miró, constatando que era de piel tan blanca como la leche recién ordeñada, y luego miró a aquel hombre de piel oscura que no dejaba de silbar mientras entraba en el agua.

—La verdad es que no os parecéis mucho.

—Salimos de vientres diferentes.

—Bueno es saberlo.

—¿A qué te refieres?

—A que siempre me pareció que podías haber salido de un huevo, porque nada parece afectarte.

—Mis penas van por dentro —dijo Roca Llorona—. Pero están a mi servicio, no yo al de ellas. —Colocó la sucia boquilla de la pipa entre sus dientes y la mordió con ganas.

—¿Qué está haciendo Lamb? —preguntaba Jubair.

Al volverse, Shy se quedó helada. Porque Lamb corría a toda prisa entre las rocas, con dirección al estanque, y ya estaba a una distancia de veinte pasos.

—Oh, diablos —musitó Sweet.

—¡Mierda! —Shy sacó sus rodillas del letargo en el que se encontraban y se encaramó en el muro medio derruido. Sweet intentó agarrarla, pero ella se libró de su mano, abriéndose paso para seguir a Lamb, sin perderle de vista, mientras chapoteaba alegremente más abajo y sin dejar de escuchar su silbido. Se estremeció de dolor al resbalar en las rocas mojadas, teniendo que avanzar casi a cuatro patas. Los tobillos le dolían por todo lo que se resbalaba, mientras se moría por las ganas de gritar a Lamb, aun sabiendo que no podía hacerlo.

Estaba demasiado lejos para alcanzarlo, pues bajaba en línea recta hacia el borde del agua. Sólo pudo ver cómo se sentaba en la roca plana, usando la túnica doblada a modo de cojín, dejaba su espada desenvainaba encima de una rodilla, sacaba la piedra de afilar y la mojaba con saliva. Cuando la aplicó a la hoja y la movió lentamente, el chirrido que produjo la asustó.

Shy supo que Lamb había tomado por sorpresa a Waerdinur, porque éste movió los hombros de manera casi imperceptible. No obstante, se quedó quieto. Sólo se volvió cuando Lamb pasó por segunda vez la piedra por la hoja de la espada. A Shy le pareció que tenía un rostro amable, pero ya había visto a muchos hombres de rostro amable hacer cosas malas.

—Qué sorpresa. —Parecía más sorprendido que asustado cuando sus ojos

oscuros dejaron de mirar a Lamb para fijarse en Shy y luego volver a posarse en Lamb—. ¿De dónde venís?

—De las Tierras Lejanas —respondió Lamb.

—Ese nombre no me dice nada. —Waerdinur hablaba en la lengua común con poco acento. Quizá la hablase mejor que Shy—. Para mí sólo existe esta tierra, pues todas las demás las considero una sola. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Primero a caballo, y luego andando —dijo Lamb con voz de pocos amigos—. Pero si lo que me preguntas es cómo hemos llegado hasta aquí sin que te hayas enterado —y volvió a pasar la piedra por la hoja—, te diré que porque quizá no seas tan listo como piensas.

Waerdinur se encogió de hombros.

—Sólo un necio pensaría que es más listo que nadie.

Lamb mantuvo la espada en alto para comprobar su filo y lanzó un tajo con ella.

—Ahí abajo, en Almenara, nos aguardan unos cuantos amigos.

—Algo de eso había oído.

—Son asesinos y ladrones, y los acompaña gente sin carácter. Buscan vuestro oro.

—¿Quién dice que lo tengo?

—Un hombre llamado Cantliss.

—Ah. —Waerdinur salpicó agua con los brazos y siguió bañándose—. Es un hombre sin sustancia. Cualquier brisa podría llevárselo consigo. Me parece que tú no eres como él. —Su mirada fue hacia Shy para estudiarla, todavía sin mostrarse asustado—. Ninguno de los dos lo sois. No creo que hayáis venido en busca del oro.

—Hemos venido en busca de mi hermano y de mi hermana —dijo Shy, con voz tan áspera como la piedra de Lamb.

—Ah. —La sonrisa de Waerdinur se borró lentamente de su rostro a medida

que la observaba, y luego agachó la cabeza, de suerte que unas gotas de agua cayeron lentamente de su coronilla afeitada—. Tú eres Shy. Me dijo que vendrías y no le hice caso.

—¿Te lo dijo Ro? —Casi no podía pronunciar aquellas palabras—. ¿Está viva?

—Saludable y floreciente, a salvo y respetada. Y su hermano también.

A Shy se le aflojaron las rodillas durante un instante y tuvo que apoyarse en la piedra que estaba al lado de Lamb.

—Habéis recorrido un largo y azaroso viaje —dijo Waerdinur—. Os felicito por vuestro coraje.

—¡No hemos venido hasta aquí para recibir tus malditas felicitaciones! —le espetó ella—. ¡Sino a por los niños!

—Lo sé. Pero están mejor con nosotros.

—¡Me importa una mierda lo que pienses! —dijo Lamb y, al mirar su cara, que le pareció tan imponente como la de un viejo perro de pelea, Shy se quedó helada—. Esto no tiene nada que ver con ellos, sino contigo, cabrón. ¡Porque tú *me* los robaste! —Lanzaba espumarajos por la boca mientras le clavaba un dedo en el pecho—. Y, si no me devuelves lo que es mío, me lo cobraré con tu sangre.

Waerdinur entornó los ojos antes de decir:

—A ti no te mencionó.

—Tengo una cara muy fácil de olvidar. Lleva los niños a Almenara y tú también podrás olvidarte de ella.

—Lo lamento, pero no puedo. Ahora son mis hijos. Son del Pueblo del Dragón, y yo he jurado proteger este territorio sagrado y a quienes viven en él hasta la última gota de mi sangre y hasta que me quede aliento para ello. Sólo la muerte me detendrá.

—Pues a mí no. —Lamb pasó nuevamente la piedra por la hoja de la espada—. Ha tenido mil oportunidades de hacerlo y no lo ha conseguido.

—¿Crees que la Muerte te teme?

—La Muerte me ama. —Lamb sonrió, consiguiendo que su sonrisa resultase más siniestra que sus gruñidos a causa de sus ojos húmedos y amoratados—. No podría ser de otro modo después de todo lo que he hecho por ella y de toda la gente que le he enviado. Sabe que no tiene mejor amigo que yo. —Y entonces deslizó su espada en la vaina, que entró en ella con una especie de susurro metálico—. Tienes tres días para llevar los niños a Almenara. Pasado ese plazo, regresaré a vuestro territorio sagrado. —Ahuecó la lengua y lanzó un escupitajo al agua—. Y la Muerte vendrá conmigo.

—Si hay que luchar será... una pena. —El líder del Pueblo del Dragón le miraba con tristeza, aunque sin inmutarse.

—Como la mayoría de las cosas —dijo Lamb—. Hace ya mucho tiempo que renuncié a cambiarlas. —Y comenzó a retroceder hacia la parte del valle donde se encontraban las ruinas.

Shy y Waerdinur siguieron mirándose durante un poco más.

—Lo siento —dijo él—. Por todo lo que ha sucedido y por lo que sucederá.

Ella se volvió y corrió para alcanzar a Lamb. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿No querías decir lo que dijiste? ¿Verdad? —le preguntó antes de alcanzarlo, mientras se deslizaba entre las piedras partidas, resbalando de vez en cuando—. Lo de los niños. ¿Qué era eso de que no tenía que ver con ellos? ¿Y lo de la sangre? —No hacía más que tropezar y despellejarse las espinillas, maldecir y tambalearse—. ¡Dime que no querías decirlo!

—Recibió el mensaje —dijo Lamb, casi sin volverse—. Confía en mí.

Ahí estaba el problema. Porque a Shy le resultaba cada día más difícil confiar en él.

—¿No me dijiste que cuando vas a matar a un hombre no puedes decírselo, porque eso le pondrá sobre aviso?

—Si la ocasión lo exige, todas las reglas se pueden romper —respondió Lamb, encogiéndose de hombros.

—¿Qué demonios estabais haciendo? —masculló Sweet cuando subieron gateando hasta las ruinas, mientras se hurgaba en el pelo mojado con las uñas y los demás no parecían muy felices por la incursión no planificada que ambos acababan de efectuar.

—Dejarle un poco de carnada para que la muerda —dijo Lamb.

Shy miró el agua a través de una de las grietas. Waerdinur acababa de llegar a la orilla para, luego de secarse, ponerse la túnica sin prisa. Recogió el bastón, observó las ruinas durante un instante, se volvió y comenzó a caminar entre las rocas.

—Lo habéis complicado todo. —Roca Llorona acababa de guardar la pipa y tensaba las correas para el camino de vuelta—. Ahora llegarán, y antes de lo que pensáis. Debemos volver a Almenara.

—Yo no voy a volver —dijo Lamb.

—¿Cómo? —preguntó Shy.

—Acordamos —decía Jubair— que sólo los atraeríamos.

—Pues atraedlos vosotros. La dilación es la madre del desastre, y yo no voy a esperar a que Cosca aparezca borracho para que mis niños acaben muertos.

—Pero, ¿qué diablos? —Shy ya estaba harta de no saber lo que Lamb podía hacer en cualquier momento—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Los planes tienen la fea costumbre de salir mal cuando intentas seguirlos al pie de la letra —dijo Lamb—. Así que hay que hacer otros nuevos.

El kantic arrugó mucho la frente al decir:

—No me gusta la gente que incumple lo acordado.

—Pues intenta tirarme por el acantilado. —Lamb dedicó a Jubair una mirada inexpresiva—. Seguro que descubrimos cuál de los dos es el preferido de Dios.

Jubair se pasó el extremo del pulgar por los labios como si tomase en consideración aquellas palabras y luego se encogió de hombros.

—Prefiero no molestar a Dios con cosas sin importancia.

SALVAJES

—¡YA he terminado la lanza! —exclamó Pit, intentando pronunciar aquellas nuevas palabras como Ro le había enseñado y levantando aquella arma para que su padre la viese. Era una buena lanza. Shebat, que le había ayudado a ajustar la hoja al astil, declaró que era excelente, y luego todos afirmaron que el único que sabía más de armas que Shebat era el mismísimo Hacedor, porque, ciertamente, sabía de todo más que nadie. Y si Shebat, que sabía mucho de armas, decía que un arma era buena, pues lo era.

—Es buena —dijo el padre de Pit, aunque casi ni la había mirado. Caminaba deprisa, pisando con sus desnudos pies el antiguo bronce y frunciendo el ceño. Pit no estaba seguro de haberlo visto así antes. Se preguntó si habría hecho algo malo. El nombre que le habían asignado seguía sonándole raro. Se sintió culpable por ser tan desagradecido, y le preocupó que, aun sin quererlo, hubiera hecho algo mal.

—¿He hecho algo mal? —preguntó, teniendo casi que correr para aguantar el paso de su padre y cayendo en la cuenta de que volvía a emplear su antiguo lenguaje.

Su padre le miró como si se encontrara muy lejos de él.

—¿Quién es Lamb?

Pit parpadeó. Era lo último que hubiera esperado que le preguntase.

—Lamb es mi padre —dijo sin pensar, y luego rectificó—. *Era* mi padre... aunque Shy siempre decía que no lo era. —Quizá ninguno de los dos los fuera, o quizá lo fueran ambos. Al pensar en Shy, recordó la granja y las cosas malas que habían sucedido: Gully que le decía: «¡Huye! ¡Huye!», y el viaje a través de las llanuras hasta llegar a las montañas, y Cantliss, que se reía. Pero como seguía sin saber qué había hecho mal, comenzó a llorar, sintiéndose avergonzado, y por eso lloró con más fuerza, diciendo—: ¡No me hagas volver!

—¡No! —dijo el padre de Pit—. ¡Nunca! —Y porque era el padre de Pit, cualquiera podía leer el dolor pintado en su rostro—. Sólo la muerte nos separará,

¿lo comprendes?

Y aunque Pit no comprendiese nada de nada, asintió llorando, aliviado porque todo volviera a estar en su sitio; y entonces su padre sonrió, se arrodilló junto a él y puso una mano encima de su cabeza.

—Lo siento. —Y de veras que era muy cierto que Waerdinur lo sentía, mientras hablaba en la lengua de los Intrusos porque sabía que el niño comprendería mejor sus palabras—. Es una buena lanza, y tú eres un buen hijo —añadió, dándole una palmadita en la afeitada coronilla—. Pronto saldremos a cazar, pero antes debo atender cierto asunto, pues todos los del Pueblo del Dragón son mi familia. ¿Podrás jugar con tu hermana hasta que te llame?

Él asintió, parpadeando para no llorar. Aquel chico lloraba fácilmente, y eso era bueno, pues las enseñanzas del Hacedor afirman que acercarse a los sentimientos de las personas es como acercarse a la divinidad.

—Bien. Pero... no le cuentes a ella nada de todo esto.

Waerdinur, que volvía a fruncir el ceño, llegó en cuatro zancadas a la Casa Larga. Seis de los miembros de la Asamblea se encontraban desnudos en su cálida penumbra, borrosos en medio del vapor, sentados alrededor del pozo de fuego, escuchando por boca de Uto las palabras del padre del Hacedor, el todopoderoso Euz, que partió en dos los mundos y enunció la Primera Ley. Su voz vaciló al entrar Waerdinur.

—Los Intrusos han llegado al Estanque de la Demanda —dijo con voz ronca mientras se quitaba la túnica sin ningún tipo de ceremonia.

Los presentes se le quedaron mirando, completamente atónitos.

—¿Estás seguro? —La voz de Ulstal parecía aún más cascada de lo usual tras respirar el Vapor de la Videncia.

—¡Hablé con ellos! ¿Scarlaer?

El joven cazador, que era tan alto como fornido, se irguió al instante, indicando con todo su ser que estaba preparado para actuar. En ocasiones, tanto le recordaba a Waerdinur su propia apariencia, cuando era joven, que era como

mirarse en el espejo de Juvens, con el que se podía observar el pasado, o eso se decía.

—Coge a tus mejores rastreadores y síguelos. Los encontré en las ruinas situadas al lado norte del valle.

—Los obligaremos a regresar —dijo Scarlaer.

—Eran dos: un viejo y una joven, pero quizá no estuviesen solos. Llevad armas y tened cuidado. Son peligrosos. —Y al recordar la sonrisa siniestra del hombre y su ojo amoratado, que parecía mirar desde el abismo, se turbó. Por eso recalcó—: Muy peligrosos.

—Los atraparemos —dijo el cazador—. Puedes confiar en mí.

—Lo sé. Vete.

Salió con paso elástico de la sala y Waerdinur ocupó su lugar junto al pozo de fuego, cuyo calor casi era insoportable, situándose encima de la piedra redonda que resultaba muy incómoda, porque el Hacedor había dicho que aquellos que deben tratar asuntos importantes nunca deben sentirse cómodos. Así que cogió el cazo y vertió un poco de agua en los carbones, de suerte que la sala se nubló aún más por los vapores y la fragancia de la menta, del pino y de las demás especias sagradas. Como ya casi estaba sudando, pidió en silencio al Hacedor que su sudor arrastrase consigo la necedad y el orgullo, para que él pudiese tomar las decisiones más acertadas.

—¿Intrusos en el Estanque de la Demanda? —El arrugado rostro de Hirfac mostraba incredulidad—. ¿Cómo han podido llegar al territorio sagrado?

—Llegaron hasta los túmulos con veinte Intrusos —respondió Waerdinur—. Ignoro qué hicieron después.

—Debemos dar prioridad a lo que se decida acerca de esos veinte. —Akarin entornaba sus ojos medio ciegos. Todos sabían lo que iba a proponer, pues tendía a comportarse de manera más violenta a cada invierno que pasaba. En ocasiones, la edad acrisola la naturaleza de las personas, convirtiendo a la que es tranquila en más tranquila, y a la que es violenta en más violenta.

—¿Por qué han venido hasta aquí? —Uto se inclinó hacia la zona más iluminada, de suerte que las sombras resaltaron aún más las depresiones de su

cráneo—. ¿Qué quieren?

Waerdinur observó aquellos viejos rostros bañados en sudor y se pasó la lengua por los labios. Si se enteraban de que el hombre y la mujer habían llegado hasta allí para reclamar a sus pequeños, era posible que le obligaran a dárselos. Aunque le pareciese muy poco probable, no podía descartarlo, y lo único que él quería darles era la muerte. Aunque estuviese prohibido mentir a la Asamblea, el Hacedor nada había dicho de que no se pudieran decir medias verdades.

—Lo que quieren todos los Intrusos —respondió—. Oro.

Hirfac extendió sus manos engarabitadas.

—Podríamos entregárselo. Tenemos mucho.

—Siempre querrían más. —La voz de Shebat era débil y llena de tristeza—. Su codicia nunca se muestra satisfecha.

Se hizo el silencio mientras todos consideraban lo dicho hasta aquel momento y los carbones crepitaban en el pozo, lanzando chispas que se arremolinaban y relucían en la penumbra, y a todos les bañaba el dulce aroma del Vapor de la Videncia.

Akarin asintió lentamente mientras los colores suscitados por el fuego recorrían su rostro.

—Enviaremos a todos los que puedan empuñar un arma. ¿Acaso no podemos mandar a los ochenta que iban a ir al Norte para luchar contra los Shanka?

—Ochenta espadas que son nuestra reserva. —Shebat movía la cabeza como si no estuviese de acuerdo.

—Me desagrada dejar Ashranc a cargo de los mayores y de los más jóvenes —dijo Hirfac—. Si algunos de nosotros...

—Pronto despertaremos al Dragón —dijo Ulstal, sonriendo sólo con pensarlo.

—Pronto.

—Pronto.

—El próximo verano —dijo Waerdinur—. O quizá el verano siguiente. Por ahora, sólo podemos contar con nuestras propias fuerzas para defendernos.

—¡Hay que expulsarlos! —Akarin golpeó con su nudoso puño derecho la palma de su mano izquierda—. Tenemos que ir a los túmulos para expulsar a los salvajes.

—¿Expulsarlos? —Uto se rió de él—. Llámalo por su nombre, puesto que no serás el único que empuñe una espada.

—He empuñado la espada durante toda mi vida. Pues para matarlos, si quieres llamarlo así. Para matarlos a todos.

—Siempre hemos acabado matándolos, y siempre llegan más.

—Y, entonces, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Akarin, riéndose de ella—. ¿Recibirlos en nuestros lugares sagrados con los brazos abiertos?

—Quizá haya llegado el momento de pensar en eso —replicó Uto. Akarin lanzó un bufido de disgusto. Ulstal torció el gesto, como si acabara de escuchar una blasfemia. Hirfac disintió con la cabeza—. ¿Acaso no éramos salvajes en el momento de nacer? ¿No nos enseñó el Hacedor que antes que cualquier otra cosa debíamos hablar de paz?

—Así fue —dijo Shebat.

—¡No quiero escuchar lo que decís! —exclamó Ulstal, haciendo ademán de levantarse y ahogándose por el esfuerzo.

—Lo escucharás. —Waerdinur movió una mano para indicarle que siguiera sentado—. Seguirás sentado y sudando hasta que todos nos vayamos de aquí. Uto tiene derecho a hablar. —Waerdinur la miró a los ojos—. Pero se equivoca. ¿Salvajes en el Estanque de la Demanda? ¿Las botas de los Intrusos en nuestro territorio sagrado? ¿En las piedras que pisaron los pies del Hacedor? —Cuando los demás acogieron con gemidos los ultrajes que iba desgranando, Waerdinur supo que ya los tenía en sus manos—. Uto, ¿qué crees tú que debemos hacer?

—No me agrada que sean seis personas quienes tomen la decisión de...

—Con seis basta —dijo Akarin.

Al ver que todos estaban decididos a seguir la vía del acero, suspiró. Y entonces, aunque a regañadientes, claudicó, diciendo:

—Matarlos a todos.

—La Asamblea ha hablado. —Waerdinur se levantó y, tomando la sagrada bolsa que estaba en el altar, se arrodilló y recogió una pizca del polvo que cubría el suelo, el sagrado polvo de Ashranc, cálido y húmedo de vida, metiéndolo luego en la bolsa para entregársela a Uto, diciendo—. Puesto que parecías contraria a tomar esta decisión, tú nos dirigirás.

Uto se apartó de la piedra y tomó la bolsa, diciendo:

—Sabed que no me regocijaré en ello.

—No es necesario que nos regocijemos. Bastará con que lo hagamos. Prepara las armas. —Y Waerdinur apoyó una mano en el hombro de Shebat.

Shebat asintió lentamente, se levantó lentamente y, también lentamente, se puso la túnica. Como ya no era joven, todo lo hacía sin prisa, incluso lo más apremiante, pues su corazón no tenía ansia de nada. Sabía que la Muerte se encontraba muy cerca de él, demasiado cerca para que pudiera decírselo a los demás.

Salió de la estancia arrastrando los pies y se dirigió al arco mientras el cuerno llamaba a las armas con su sonido áspero y escalofriante y los más jóvenes dejaban sus tareas y salían al sol del atardecer para despedirse de sus allegados con un beso y prepararse para el viaje. Apenas dejarían atrás a sesenta personas, en su mayoría niños y ancianos. Tan viejos, inútiles y cerca del fin de sus días como él.

Llegó hasta los Árboles del Corazón y acarició el suyo, sintiendo la necesidad de trabajar en él, así que sacó su cuchillo y, tras cavilar durante un instante, le quitó un pequeño trozo de corteza. Aquella simple acción cambiaría el aspecto que había tenido hasta entonces. Al día siguiente le haría otro ligero corte para cambiarlo de nuevo. Se preguntó cuánta gente habría hecho lo mismo antes de que él naciera. Y cuántos seguirían haciéndolo después de que él muriera.

Cuando lo engulló la oscuridad de la piedra, sintió el peso abrumador de las montañas que estaban encima de su cabeza y distinguió los mandatos del Hacedor,

que, grabados en el metal tres veces sagrado que había sido encastrado en la piedra del suelo, brillaban al recibir la luz del aceite que ardía. En aquel silencio, los pasos de Shebat reverberaron cuando, arrastrando tras de sí la pierna que le dolía, se dirigió a la primera sala de la armería. Una antigua herida, una antigua herida que nunca se cerraba. Si la gloria de la victoria dura un momento, las heridas duelen para siempre. Y aunque amase las armas, pues el Hacedor enseña a amar el metal y las cosas bien hechas que se adaptan a Sus designios, había renunciado a ellas con poco pesar.

Porque el Hacedor también enseñó que cada golpe asestado lleva consigo un fracaso, recitaba en voz baja cada vez que sacaba un arma de los estantes y comprobaba que sus partes de madera estaban desgastadas por los dedos de quienes las habían empuñado. *La victoria sólo se encuentra en las manos que se estrechan, en las palabras que se musitan con amabilidad, en el regalo desinteresado*. Pero al ver los rostros de los jóvenes que con ansia y ardor le arrebataban aquellos instrumentos de muerte, temió que no llegaran a comprender el significado de aquellas palabras. Últimamente, la Asamblea hablaba cada vez más en el lenguaje del acero.

Uto fue la última en aparecer, tal y como convenía a su condición de líder. Shebat aún pensaba que ella hubiera debido ser la Mano Derecha, pero, en aquellos días difíciles, las palabras amables pocas veces llegaban a oídos dignos de escucharlas. Shebat le tendió la última espada.

—Guardaba ésta para ti. Yo mismo la forjé con mis propias manos cuando era joven y fuerte y nada me hacía dudar. Mi mejor trabajo. En ocasiones, el metal... —y rozó su propio pulgar con los extremos de sus dedos resecos, como si buscase las palabras— se porta *bien*.

Ella sonrió con amargura mientras cogía la espada y preguntaba:

—¿Y crees que en esta ocasión se portará bien?

—Sí.

—Lamento que no hayamos conseguido lo que queríamos. Hubo un tiempo en el que me sentía tan segura de lo que había que hacer que me bastaba con intentarlo para que todo saliese bien. Pero ahora estoy llena de dudas y apenas sé por dónde ir.

—Waerdinur sólo quiere para nosotros lo mejor. —Pero Shebat no dejaba de preguntarse si eso era lo que quería que creyeran.

—Como todos. Pero nunca estaremos de acuerdo en lo que es mejor ni en el modo de conseguirlo. Waerdinur es una buena persona, fuerte y amable, a la que hay que admirar por muchos motivos.

—Pues lo dices como si fuese todo lo contrario.

—Quizá le demos la razón cuando hayamos recapacitado. Las palabras amables acaban por perderse cuando todos hablan. Pero Waerdinur está lleno de fuego. Arde en deseos de despertar al Dragón. De hacer que el mundo sea como fue.

—¿Y eso sería tan malo?

—No. Pero el mundo no puede volver atrás. —Levantó la hoja de la espada que le había entregado y la miró, recibiendo en la cara la luz que reflejaba—. Tengo miedo.

—¿Tú? —dijo él—. ¡Nunca!

—Siempre. No de nuestros enemigos. Sino de nosotros.

—El Hacedor nos enseñó que lo que cuenta no es el miedo, sino la manera en que nos enfrentamos a él. Cuídate, vieja amiga. —Y, al estrechar a Uto entre sus brazos, deseó volver a ser joven.

Atravesaron la Gran Puerta con paso raudo y seguro, porque, cuando la Asamblea ha sopesado los argumentos y emitido su juicio, nadie puede llegar tarde. Marchaban con espadas afiladas y escudos colgados del hombro que ya eran viejos en los días del padre del tatarabuelo de Uto. Pisaban los nombres de sus ancestros, grabados al aguafuerte sobre bronce, mientras Uto se preguntaba si el antiguo Pueblo del Dragón habría aceptado su causa, si las Asambleas realizadas en el pasado los habrían enviado a matar. Quizá. Las épocas cambian mucho menos de lo que pensamos.

Aunque hubieran dejado atrás la ciudad de Ashranc, la llevaban de manera simbólica en la bolsa que albergaba su sagrado polvo. Avanzaron con paso raudo y seguro y no tardaron en llegar al valle donde se encontraba el Estanque de la Demanda, el cual aún reflejaba un retazo de cielo en el espejo que era su superficie. Scarlaer los aguardaba en las ruinas.

—¿Los has apresado? —preguntó Uto.

—No. —El joven cazador frunció el ceño como si él fuese el único irritado porque los Intrusos hubieran escapado. Algunos hombres, especialmente los jóvenes, parecen ofenderse por todo, desde un chaparrón hasta el árbol que les cae encima. Pues la ofensa les da una excusa para cumplir todo tipo de desatinos y de ultrajes—. Pero hemos encontrado sus huellas.

—¿Cuántos son?

Maslingal se agachó y, apretando los labios, dijo:

—Las huellas son extrañas. En ocasiones pienso que son de dos personas que quieren hacernos creer que son una docena, y en otras que son de una docena de personas que quieren hacerse pasar por dos. Y hay momentos en los que tengo la impresión de que no quieren que los descubramos, y otros en los que me parece que quieren que los sigamos.

—Pues entonces su deseo se verá cumplido con creces —dijo Scarlaer, casi gruñendo.

—Nunca es bueno concederle al enemigo lo que más ansía. —Pero Uto sabía que no tenía otra elección. A fin de cuentas, ¿quién la tiene?—. Sigámoslas. Pero con cautela.

Sólo cuando llegó la nieve y ocultó la luna, Uto ordenó un alto. Aquella noche la pasó despierta a causa del pesado fardo del liderazgo con el que cargaba, sintiendo el calor del suelo y temiendo lo que estaba por llegar.

Cuando a la mañana siguiente sintieron los primeros fríos, hizo una seña a los demás para que se pusieran encima las pieles. Luego dejaron atrás el territorio sagrado y se adentraron en el bosque, avanzando con carreras cortas, como acostumbraban. Sin apiadarse de nadie, Scarlaer los llevó a toda prisa tras las huellas, siempre en cabeza, siempre haciéndoles señas, mientras Uto, a quien le dolía todo, temblaba y perdía el resuello, preguntándose constantemente cuántos años más podría resistir todas aquellas carreras.

Cerca de un lugar despoblado de árboles que estaba cubierto de nieve impoluta hicieron un alto para comer. Pero Uto sabía lo que aquella extensión de blancura virginal ocultaba bajo su corteza helada: cadáveres. Los restos podridos de los Intrusos que habían llegado para apuñalar la tierra, hurgar en los arroyos, talar

los árboles y plantar sus asquerosas cabañas entre los túmulos de los honrados muertos de antaño, agotando los recursos y agotándose ellos mismos en su afán de extender una plaga de codicia por los lugares sagrados.

Uto se agachó para contemplar aquella blancura sin tacha. Como, después de que la Asamblea haya discutido los argumentos y emitido su juicio, no hay lugar para los pesares, ella había guardado para sí los suyos como un avaro, mirándolos de vez en cuando para cerciorarse de que seguían en su sitio y sacándoles brillo antes de devolverlos a él. A fin de cuentas, le pertenecían.

El Pueblo del Dragón siempre había luchado. Y siempre había vencido. Luchaban para proteger el territorio sagrado. Para proteger los lugares que excavaban en busca del alimento del dragón. Para llevar a los niños hasta allí, de suerte que tanto las enseñanzas como la obra del Hacedor perdurasen y no se desvanecieran como humo ante el viento del tiempo. Las hojas de bronce recordaban a los que habían luchado y a los que habían caído, a los que habían ganado y a los que habían perdido en las batallas de antaño y de los tiempos aún más remotos, hasta llegar al Tiempo Antiguo e incluso antes. Uto no creía que el Pueblo del Dragón hubiera matado a tanta gente por una simple menudencia como la que en aquellos momentos les impelía a ellos.

Habían encontrado en el campamento de los mineros a una niña de pecho que no logró sobrevivir, y a dos chicos que quedaron al cuidado de Ashod y que prosperaron. También habían encontrado a una muchacha de cabello rizado y ojos que imploraban, la cual estaba a punto de convertirse en mujer. Uto se había ofrecido para hacerse cargo de ella, pero ya había cumplido trece inviernos, y a partir de los diez la adopción resulta muy difícil. Le recordaba a la hermana de Waerdinur, que habían robado a los Fantasmas cuando ya era mayor y que no pudo cambiar, de suerte que el deseo de venganza que encerraba en su interior les obligó a expulsarla de su tierra. Así que Uto le rebanó el cuello y la depositó con mucho cuidado en su tumba, preguntándose, como volvía a preguntarse en aquel mismo instante, por qué no se había negado a hacerlo, y si las enseñanzas que les habían llevado a aquella situación eran las correctas.

Caía la oscuridad cuando avistaron Almenara. Aunque ya no nevase, los nubarrones que cubrían el cielo le indicaron que la nevada no tardaría en reanudarse. Una llama parpadeaba en lo alto de la torre en ruinas junto con otras cuatro más, dispersas, cuyas luces iluminaban otras tantas ventanas. Por lo demás, el lugar estaba a oscuras. Entre las siluetas de los carros descubrió que una de ellas era mucho más grande que las demás, como la que hubiese podido hacer una casa

montada sobre ruedas. Unos cuantos caballos se apiñaban junto a una barandilla. Era lo que se esperaba de veinte hombres que nada temían, a no ser...

Las huellas chispeaban tenuemente bajo la luz del crepúsculo, tan cubiertas por la nieve reciente que apenas eran simples hoyuelos. Y justo en el momento en que no les daba mayor importancia, cayó en la cuenta de que aquel lugar estaba lleno de ellas. Cruzaban el valle de una a otra linde y luego volvían al punto de partida. Rodeaban los túmulos, en cuyas entradas habían retirado la nieve. Observó que el camino que había entre las cabañas estaba pisoteado y surcado por las ruedas de los carros, al igual que la antigua carretera que subía hasta el campamento. La nieve que cubría las techumbres goteaba a causa del calor que hacía dentro de ellas. La nieve de todas las techumbres.

Demasiadas huellas para sólo veinte hombres. Demasiadas, por muy descuidados que fueran los Intrusos. Algo no iba bien. Levantó la mano para ordenar un alto, vigilando, observando.

Entonces vio que Scarlaer, que seguía a su lado, decidía moverse por su cuenta y atravesar el bosque.

—¡Aguarda! —dijo entre dientes.

—La Asamblea tomó una decisión —respondió él en tono de burla.

—¡Y decidió ponerme al mando! ¡Te digo que esperes!

Con un bufido burlón, él siguió en dirección al campamento, y Uto se le pegó a los talones.

Intentó agarrarlo, pero, como era débil y lenta, Scarlaer esquivó su mano temblorosa. Quizá hubiera sido alguien importante en su tiempo, pero aquel tiempo ya había pasado y ahora le pertenecía a él. Rápido y silencioso, bajó la pendiente sin apenas dejar huellas en la nieve y se detuvo ante una de las esquinas de la cabaña más próxima.

Sentía la fortaleza de su cuerpo, la fuerza con que le latía el corazón, el poder del acero que empuñaba. Tendría que haber ido al Norte para luchar contra los Shanka. Dijera lo que dijese aquella vieja marchita de Uto, estaba más que dispuesto a demostrar que se encontraba preparado. Lo escribiría con la sangre de los Intrusos

y les haría lamentar haber traspasado los límites del territorio sagrado. Lo lamentarían en el mismísimo instante de su muerte.

Ningún sonido salía del interior de la cabaña, construida tan pobremente con madera de pino y arcilla resquebrajada que incluso se sentía incómodo mirándola. Se agachó junto a una de sus fachadas y pasó por debajo de las contraventanas que goteaban, para llegar hasta la esquina, y todo ello sin perder de vista la calle. Una tenue capa de nieve, unas pocas huellas recientes de botas y muchas más hechas con anterioridad. Aunque hubieran sido creados por el aliento del Hacedor, aquellos Intrusos eran sucios y descuidados, pues dejaban boñigas por doquier. Demasiadas boñigas para tan pocas bestias. Se preguntó si sus jinetes también cagaban en la calle.

Salvajes, dijo para sí, frunciendo la nariz al sentir el olor de sus fogatas, de su comida chamuscada, de sus cuerpos desaseados. Como no había ni rastro de aquellos hombres, supuso que todos estarían durmiendo profundamente, confiados en su arrogancia, pues puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, y sólo la luz del interior se derramaba por sus resquicios para juntarse con el azul de la aurora.

—¡Maldito idiota! —Uto se deslizó a su lado, casi sin resuello a causa de la carrera, mientras el aliento se condensaba en su rostro. Pero él tenía la sangre demasiado ardiente para que le afectase aquel reproche—. ¡Aguarda! —Consiguió soltarse de la mano que le agarraba. Ya cruzaba la calle para guarecerse bajo la sombra de otra cabaña. Al volverse, vio que Uto le hacía señas seguida por los demás, que como sombras silenciosas comenzaban a dispersarse por todo el campamento.

Dominado por la excitación, Scarlaer sonrió. ¡Cómo se lo harían pagar a aquellos Intrusos!

—¡Esto no es un juego! —dijo Uto entre dientes, y él se limitó a sonreír, lanzándose hacia la puerta del edificio más grande, que estaba reforzada con hierro, y sintiendo los crujidos que el numeroso grupo que le seguía, dispuesto a todo, suscitaba en la nieve...

Cuando la puerta se abrió de improviso, Scarlaer se quedó helado al recibir la luz que brotaba de su interior.

—¡Buenos días! —Un hombre de cierta edad, que tenía poco pelo en la

cabeza y que cubría con una mugrienta chaqueta de pieles la placa metálica sobredorada y llena de óxido con la que se protegía el pecho, se apoyaba en el marco de la puerta. Aunque una espada pendiese de uno de sus costados, lo que empuñaba en la mano era, simplemente, una botella. Cuando la levantó hacia los recién llegados, el licor que contenía se agitó, haciendo ruido—. ¡Bienvenidos a Almenara!

Scarlaer levantó la espada y abrió la boca para lanzar un aullido de guerra, pero entonces algo relampagueó en lo alto de la torre y lo alcanzó en el pecho, empujándole con fuerza hacia atrás.

Gimió, pero no pudo escuchar su propia voz. Se incorporó, aún aturdido, y se quedó con la mirada fija, rodeado de humo que olía a aceite.

Isarult ayudaba a cocinar en la losa y le sonreía cuando le llevaba la ensangrentada presa que acababa de cazar y él le devolvía la sonrisa, pero sólo cuando estaba de buen humor. La habían descuartizado. Sabía que se trataba de su cadáver por el escudo que seguía llevando en un brazo, pero su cabeza había desaparecido, lo mismo que el otro brazo y una pierna, de suerte que apenas parecía una persona, sino trozos de carne. La nieve que la rodeaba estaba llena de gotas y salpicaduras de sangre, así como de cabellos y astillas de madera y de metal. Otros amigos, amantes y rivales se encontraban a su alrededor, destrozados, y el vapor se condensaba alrededor de sus cuerpos.

Tofric, el mejor desollador, dio dos pasos titubeantes y cayó de rodillas. Una docena de heridas comenzaban a teñir de oscuro las pieles que llevaba. Debajo de un ojo, una línea negra comenzaba a gotear. Miraba fijamente sin acusar el dolor, sino triste y sorprendido por la manera en que todo acababa de cambiar de una manera tan súbita y silenciosa. Y Scarlaer se preguntó: *¿Qué brujería es ésta?*

Uto yacía a su lado. Metió una mano por debajo de su cabeza para levantarla. Ella se estremeció y tiritó, mientras le castañeteaban los dientes y una espuma roja salía por ellos. Intentó entregarle la bolsa sagrada, pero, como estaba destrozada, el sagrado polvo de Ashranc se desparramó por la nieve ensangrentada.

—¿Uto? ¿Uto? —Seguía sin poder escuchar su propia voz.

Vio que sus amigos corrían calle abajo para acudir en su ayuda, capitaneados por Canto, que era un valiente y el mejor para sacarle a uno de un apuro. Pensó en lo necio que había sido. En lo afortunado que era al contar con tales amigos. En el

momento en que pasaban cerca de los túmulos, uno de estos expulsó violentamente una vaharada de humo y Canto salió despedido por encima de la techumbre de la cabaña más próxima. Los demás caían dando vueltas, perdiéndose en la niebla o empujados por lo que parecía un fuerte viento, cubriéndose el rostro con las manos.

Scarlaer vio las contraventanas abiertas y el brillo del metal en ellas. Silenciosas flechas recorrían la calle, clavándose en las paredes de madera, cayendo en la nieve sin hacer daño a nadie, alojándose en blancos vacilantes, poniéndolos de rodillas, arrojándolos al suelo, las manos crispadas, llamando, gritando silenciosamente.

Cuando logró ponerse en pie, el campamento se movió peligrosamente hacia todos los lados. Aquel hombre aún seguía junto a la entrada, señalando con la botella y diciendo algo. Cuando Scarlaer levantó su espada, la sintió muy ligera. Entonces, al mirar su ensangrentada mano, vio que no la empuñaba. Al intentar buscarla, descubrió que una pequeña flecha se le había clavado en una pierna. Aunque no le doliese, el pensamiento de que iba a ser derrotado cayó sobre él como un jarro de agua fría. Y después el de que iba a morir. Y en ese momento el miedo le venció.

Tambaleándose, se dirigió hacia la pared más próxima, mientras una flecha pasaba rápidamente por delante de él para clavarse en la nieve. Siguió avanzando, prácticamente sin resuello por la pendiente del terreno, y echó una mirada por encima del hombro. El campamento estaba cubierto por un sudario de humo similar al Vapor de la Videncia que rodeaba a la Asamblea, dentro del cual se movían unas sombras gigantescas. Algunos de los suyos corrían hacia los árboles, tropezando, cayendo, dominados por la desesperación. Las sombras emergieron de aquella niebla vertiginosa como si fueran diablos de gran estatura... hombres y caballos fundidos en un todo espantoso. Scarlaer había oído historias que hablaban de aquella unión impía y se había reído de su absurdo. Pero en aquellos momentos comprobaba que eran ciertas, y eso le llenaba de espanto. Lanzas y espadas relampaguearon, y las armaduras centellearon por encima de los fugitivos, masacrándolos.

Scarlaer intentó hacer algo, pero apenas podía mover la pierna que había recibido el flechazo, así que subió por la pendiente dejando tras de sí un rastro de sangre, seguido por un hombre-caballo que aplastaba la nieve con sus cascos y esgrimía una espada en una mano.

Al menos, Scarlaer hubiera debido volverse y desafiarlo, pues era un altivo

cazador del Pueblo del Dragón. ¿Adónde había ido su orgullo? Antes le había parecido inagotable. Ahora sólo sentía la necesidad de seguir huyendo, que para él era tan imperiosa como la que el ahogado tiene de respirar. Y aunque no oyó al jinete que lo perseguía, sí que sintió el golpe demoledor que le asestó en la espalda y el frío de la nieve que se le metió por la cara al caer.

Los cascos pisaban con fuerza a su alrededor, lo rodeaban, lo rociaban con un polvo blanco. Intentó levantarse, pero sólo pudo apoyarse con manos y pies, y esto a costa de un gran esfuerzo. No podía enderezar la espalda, porque le ardía y le dolía. Y entonces gimió y se encolerizó, sintiéndose desamparado mientras sus lágrimas excavaban unos pequeños agujeros en la nieve que tenía bajo la cara, hasta que alguien lo agarró por el pelo.

Brachio apoyó una rodilla en la espalda del muchacho y le obligó a seguir pegado a la nieve, para luego sacar un cuchillo y, con cuidado, lo cual era un desafío con aquel muchacho retorciéndose y borboteando, cortarle las orejas. Luego limpió el cuchillo en la nieve y lo devolvió a su bandolera, reflexionando en el hecho de que llevar los cuchillos en bandolera era algo muy útil y preguntándose por qué no lo había hecho más a menudo. Mientras Brachio hacía una mueca de dolor al levantar su corpachón hasta la silla de montar, pensó que el muchacho podía seguir vivo. Pero no le importó, porque no podía ir muy lejos. Y menos con aquella cuchillada en la espalda.

Rió entre dientes al contemplar sus trofeos y regresó al campamento, pensando que serían perfectos para asustar a sus hijas cuando Cosca le hubiera hecho rico y por fin regresara a Puranti. *Auténticas orejas de Fantasma, ¿qué os parece?* Se las imaginó riendo mientras él las perseguía por el saloncito. Pero como en su imaginación aún las veía siendo unas niñas, se entristeció al caer en la cuenta de que casi serían mujeres hechas y derechas cuando volviera a verlas.

—¿Adónde acaba llevándonos el tiempo? —se preguntó.

Sworbreck estaba de pie a la entrada del campamento, mirando boquiabierto la manera en que los jinetes perseguían hasta el bosque a los salvajes que quedaban. Como no parecía muy contento, Brachio decidió animarle.

—Usted es un hombre leído —dijo cuando se acercó a él y le enseñó las orejas que mantenía en alto—. ¿Qué debo hacer con éstas? ¿Secarlas?

¿Encurtirlas? —Sworbreck no le contestó, limitándose a lanzarle una miraba asesina. Brachio saltó de la silla. Aunque su viaje no acababa en aquel sitio, no quería darse prisa, porque ya casi estaba sin resuello. Nadie resulta ser tan joven como cree ser, dijo para sí—. ¡Ánimo! ¿Acaso no hemos vencido? —y dio una palmadita en la espalda al huesudo escritor.

Sworbreck tropezó, echó una mano hacia delante para mantener el equilibrio, sintió calor en ella y entonces comprendió que acababa de meter los dedos entre las tripas humeantes de un salvaje que estaban a cierta distancia de su cuerpo destrozado.

Cosca se echó otro generoso trago de la botella —si Sworbreck hubiera leído en algún sitio la cantidad de licor que el Viejo se tomaba al día, lo habría tachado de mentira infamante—, empujó el cadáver con una de sus botas, echándolo a rodar, frunció su nariz colorada y se limpió la bota en la pared del cobertizo que tenía más cerca.

—He combatido contra hombres del Norte, imperiales, hombres de la Unión, gurkos, todo tipo de estirios y un montón de gente de procedencia nunca confirmada. —Cosca suspiró—. Así que me siento obligado a declarar que el Pueblo del Dragón ha sido excesivamente valorado como oponente. Puedes escribirlo al pie de la letra. —Mientras el Viejo divagaba, Sworbreck intentaba evitar la nueva arcada que estaba a punto de sobrevenirle—. Pero cuando alguien cae en una emboscada bien preparada, el coraje suele volverse contra él. *La valentía*, como decía Verturio, *es la virtud del hombre muerto...* Ah, veo que eso te desconcierta. Olvido en ocasiones que nadie está lo suficientemente familiarizado con este tipo de escenas. Pero tú viniste para presenciar batallas, ¿ya lo has olvidado? No siempre la batalla resulta... algo glorioso. Un general debe ser realista. La victoria, primero. ¿Me comprendes?

—Claro que sí. —Sworbreck acababa de darse cuenta de que había hablado sin ser consciente de ello. Había desarrollado de manera automática la facultad de darle a Cosca la razón en todo, por impías, ridículas o ultrajantes que fuesen sus palabras. Se preguntó si había llegado a odiar a alguien en su vida tanto como a aquel viejo mercenario. O a confiar tanto en alguien. Era evidente que ambas cosas estaban relacionadas—. La victoria, primero.

—Los perdedores son siempre los malos, Sworbreck. Los vencedores son los

únicos que pueden ser héroes.

—Por supuesto que tiene razón. Los vencedores.

—La única manera buena de luchar es la que acaba con tu enemigo y te deja con el resuello suficiente para reír...

Sworbreck esperaba contemplar el rostro del heroísmo, y en su lugar se había encontrado con el mal. Lo había visto y no sólo había hablado con él, sino que se había visto obligado a tratar con él. Y resultaba que el mal no era gran cosa. Nada tenía que ver con emperadores altivos que deseaban conquistar el mundo. Ni con demonios burlones que conspiraban en las tinieblas situadas fuera de los confines del mundo. Sino con hombrecillos movidos por pequeños propósitos, que operaban a una escala mucho menor. Con el egoísmo, la despreocupación y el derroche. Con la mala suerte, la incompetencia y la estupidez. Con la violencia, alejada de la conciencia o de las consecuencias. Incluso con los grandes ideales, puestos en práctica con vileza.

Observó la manera en que el Inquisidor Lorsen caminaba con impaciencia entre los cadáveres, dándoles la vuelta para verles el rostro, apartando con la mano aquel humo tenue que apestaba, subiéndoles las mangas en busca de tatuajes.

—¡No veo a ningún rebelde! —le espetó a Cosca—. ¡Sólo salvajes!

El Viejo consiguió despegar sus labios de la botella el tiempo suficiente para responder:

—¡Nuestro amigo Cantliss dijo que están en las montañas! ¡En lo que ellos llaman su territorio sagrado! ¡En la ciudad de Ashranc! ¡En este momento nos preparábamos para perseguirlos!

Sweet, que miraba la carnicería con el ceño fruncido, asintió, diciendo:

—Roca Llorona nos aguarda con los demás.

—¡Pues sería una falta de cortesía hacerles esperar! Sobre todo, con el enemigo tan derrotado. Amistoso, ¿a cuántos hemos matado?

El sargento movió su grueso dedo índice mientras intentaba hacer el recuento de los muertos.

—No es fácil decirlo con tantos trozos de cadáver tirados por ahí.

—Es imposible. Al menos podremos decirle al Superior Pike que su nueva arma ha tenido mucho éxito. Aunque los resultados apenas pueden compararse con los que obtuve al colocar aquella mina bajo la fortaleza de Fontezarmo, pero tampoco el esfuerzo ha sido el mismo, claro.. El arma utilizada ahora, Sworbreck, aprovecha el poder explosivo de la pólvora para lanzar una bola hueca que luego estalla, partiéndose en mil fragmentos... *¡bum!* —Cosca hizo una demostración práctica con las manos. Que fue completamente innecesaria, puesto que las pruebas de lo efectiva que era recorrían la calle en todas las direcciones, aunque aquellos restos ensangrentados apenas fuesen reconocibles en su mayoría como partes de seres humanos.

—Vaya, así que es esto. —Sworbreck escuchaba las palabras de Temple—. ¡Cuántas veces me habré preguntado qué aspecto tendría el éxito!

Era evidente que el abogado pensaba lo mismo por la manera en que contemplaba aquella carnicería, abriendo mucho los ojos y torciendo ligeramente la mandíbula. Le reconfortaba algo saber que en aquella banda había al menos otra persona que, de estar con la gente adecuada, habría mostrado algo de decencia. Pero Temple se encontraba tan desamparado como él. Lo único que podían hacer era observar y, al no hacer nada más, participar. ¿Cómo podrían detenerla? Al ver que un caballo pasaba rápidamente a su lado, Sworbreck se agachó, recibiendo una lluvia de nieve y de cuajarones de sangre. Sólo era un hombre, no un combatiente. Su pluma, que era su única arma, jamás podría competir en duelo con un hacha y una armadura, por alto que fuera el concepto que los escritores tuviesen de su poder. Aunque no hubiera aprendido gran cosa en los últimos meses, eso no había tardado en aprenderlo.

—¡Dimbik! —exclamó Cosca con voz chillona, echándose otro trago de la botella. Se había pasado a la botella porque la petaca no satisfacía del todo sus necesidades y era evidente que poco le faltaba para beber directamente de la barrica—. ¡Dimbik! ¡Ya has llegado! ¡Quiero que ahora mismo comiences a exterminar a todas las criaturas que hayan podido llegar al bosque! ¡Brachio, que tus hombres se dispongan a montar! ¡Maese Sweet nos mostrará el camino! ¡Jubair y los demás nos aguardan para abrir las puertas! ¡Muchachos, no perdamos tiempo, hay oro! ¡Y rebeldes! —añadió sobre la marcha—. También rebeldes, por supuesto. Temple, acompáñame, quiero revisar algunas cláusulas del contrato referentes al saqueo. Sworbreck, quédate. Si no tienes estómago para lo que has visto hasta ahora, creo que...

—Por supuesto —dijo Sworbreck. Estaba muy cansado. Y muy lejos de su hogar, Adua, y de su ordenada oficina con paredes limpias y de la nueva editorial Rimaldi de la que estaba tan orgulloso. Todo aquello se encontraba ya muy lejos, al otro lado de un inconmensurable abismo de tiempo, espacio y maneras de pensar. Muy lejos de un lugar donde llevar el cuello bien abotonado parecía algo importante y donde sufrir una crítica adversa suponía un desastre. ¿Cómo era posible que aquel fantástico lugar y aquel matadero estuviesen en el mismo mundo? Se miró las manos: llenas de callos, manchadas de sangre, cubiertas de suciedad. ¿Cómo podían ser las mismas que antes colocaban cuidadosamente los tipos de imprenta con la punta de los dedos manchados de tinta? ¿Podrían volver a hacerlo alguna vez?

Las dejó caer, demasiado cansado para montar a caballo, no digamos ya para escribir. La gente no comprende el abrumador esfuerzo que supone la creación literaria. El dolor que supone arrancar las palabras de una mente torturada. ¿Y para qué? ¿Quién leía luego los libros? Quizá el mundo estuviese al revés. Comenzó a caminar lentamente hacia el fuerte.

—Cuídate, escritor —dijo Temple, mirándole muy serio desde su silla de montar.

—Tú también, abogado —le replicó Sworbreck, dándole una palmada en la pierna cuando pasó a su lado.

LA GUARIDA DEL DRAGÓN

—¿CUÁNDO nos pondremos en marcha? —preguntó Shy en voz baja.

—Cuando lo diga Savian. —Aunque, dentro de la oscuridad del túnel, Shy sólo pudiera ver el tenue contorno de la cabeza de Lamb, aún cubierta de pelusa, su voz le llegaba desde muy cerca, tanto que podía oír cómo respiraba—. En cuanto compruebe que Sweet lleva a los hombres de Cosca valle arriba.

—¿Y crees que esos malnacidos del Dragón también los verán?

—Eso espero.

Por centésima vez se pasó la mano por la frente, apartando el sudor de sus cejas. Maldición, qué calor hacía allí dentro, tanto como en un horno. El sudor se le pegaba al cuerpo, el arco se escurría en su mano, la boca se le secaba por el calor y por lo preocupada que se encontraba.

—Paciencia, Shy. No se puede atravesar la montaña en un día.

—Eso es fácil de decir —le respondió entre dientes. ¿Cuánto tiempo llevaban allí dentro? ¿Una hora o una semana? En dos ocasiones habían tenido que retroceder a toda prisa, sumiéndose aún más en la profunda negrura del túnel cuando algunas personas del Pueblo del Dragón se habían acercado a donde estaban, y apretujándose por el miedo que sentían, mientras ella notaba que el corazón le latía tan deprisa que le castañeteaban los dientes. Tantos cientos de miles de cosas podían salir mal, que apenas podía respirar, porque se sentía abrumada.

—¿Y qué haremos cuando Savian diga que nos pongamos en marcha? —preguntó.

—Abrir la puerta. Y mantenerla en nuestro poder.

—¿Y después? —Eso si seguían vivos después, una posibilidad por la que no habría apostado mucho dinero.

—Encontrar a los niños —contestó Lamb.

Una larga pausa.

—Esto se parece cada vez menos a un plan, ¿no crees?

—Sólo creo que hay que hacer lo que se puede con lo que se tiene.

Shy lanzó un resoplido antes de decir:

—La historia de mi vida.

Si esperaba una respuesta, no recibió ninguna. Le pareció que el peligro convierte en parlanchinas a algunas personas, y en mudas como una ostra a otras. Por desgracia, ella, que pertenecía a las primeras, estaba rodeada por las del otro bando. Avanzó a gatas, sintiendo el calor de la piedra en las manos, hasta llegar al lado de Roca Llorona, preguntándose de nuevo qué interés podría tener la Fantasma en todo aquello. No le parecía que fuese el tipo de persona que se interesa por el oro, los rebeldes o, ni siquiera, los niños. Pero no había manera de saber lo que sucedía bajo aquella máscara arrugada que tenía por rostro, y ella no parecía querer revelarlo.

—Cómo es la ciudad de Ashranc? —preguntó Shy.

—Una ciudad excavada en la montaña.

—¿Vive en ella mucha gente?

—Antes eran millares. Ahora son pocos. A juzgar por los que han dejado en ella, muy pocos, los más jóvenes y los más viejos. No son buenos combatientes.

—Si un mal combatiente te clava una lanza, estarás tan muerta como si te la hubiera clavado uno bueno.

—Entonces, que no te la claven.

—Veo que eres una mina de buenos consejos.

—No temas. —Era la voz de Jubair. En la oscuridad del túnel sólo podía ver el brillo de sus ojos y el de la espada que llevaba en la mano. Aun así, comprendió que sonreía—. Porque, si Dios está con nosotros, Él será nuestro escudo.

—¿Y si no está con nosotros? —le preguntó.

—Entonces, ningún escudo bastará para protegernos.

Antes de que Shy pudiera decirle que eso la reconfortaba muchísimo, escuchó detrás de él el sonido de algo que rozaba el suelo y, un instante después, la áspera voz de Savian.

—Ha llegado el momento. Los chicos de Cosca están en el valle.

—¿Todos? —preguntó Jubair.

—Los suficientes.

—¿Estás seguro? —Shy se encontraba tan nerviosa que apenas podía respirar. Llevaba meses preguntándose qué haría al encontrar a Pit y a Ro. Y en aquellos momentos, en que la espera ya había finalizado, hubiera dado cualquier cosa por evitarlo.

—¡Pues claro! ¡Completamente seguro! ¡Adelante!

Cuando una mano la empujó, ella chocó contra algo, y estuvo a punto de caer; pero, tras dar unos cuantos pasos con muy poco tino y despellejarse los dedos con la roca para agarrarse, consiguió seguir adelante. El túnel giró y de repente sintió que el aire frío le daba en la cara y entonces parpadeó al ver la luz.

Ashranc era una enorme boca excavada en la falda de la montaña, una caverna partida en dos, cuyo suelo, lleno de edificios de piedra, estaba protegido por un gran saliente de roca que sumía en penumbra todo lo que se encontraba en su interior. Delante de ellos, al otro lado de la salida del túnel, bajo la que se abría un precipicio enorme, Shy y quienes la acompañaban pudieron ver una gran extensión de cielo y de montaña. La pared rocosa estaba llena de agujeros: entradas, ventanas, escaleras, puentes, una confusión de roca y de pasadizos a lo largo de doce niveles, así como de casas medio enterradas en la pared rocosa, una ciudad incrustada en la piedra.

Un anciano con el cráneo afeitado los miraba fijamente, sin decidirse a tocar el cuerno que se había quedado a medio camino de sus labios. Musitó algo, dio un paso atrás por la sorpresa, y la espada de Jubair le partió la cabeza en dos, haciéndole caer en una lluvia de sangre y soltar el cuerno, que rebotó en el suelo.

Roca Llorona sale como una flecha, seguida de Shy, que escucha que alguien le susurra al oído: «¡Mierda, mierda, mierda!», y entonces cae en la cuenta de que es ella misma. Corre agachada a lo largo de una pared medio derruida, respirando afanosamente mientras todas las partes de su cuerpo entonan una letanía de miedo, pánico y rabia, con tanta fuerza y violencia que piensa que va a vomitar o a orinarse encima. Gritos que llegan de arriba. Y de todas partes. Pisa unas placas desgastadas por el uso, las cuales muestran un extraño tipo de escritura, sus botas suscitan un chirrido metálico y luego otro, el de las piedrecillas sueltas, que aplasta contra las placas. Una arcada en lo alto de la hendidura que separa dos rocas, que ella franquea de un salto, estremeciéndose mientras sigue corriendo. Una gruesa puerta con dos batientes, uno de ellos casi cerrado, dos figuras que se apresuran a cerrar el que aún sigue abierto, una tercera en lo alto del muro situado encima, que les apunta con un arco. Shy se arrodilla y apresta su arco. Una flecha que cae serpenteando, no acierta a ninguno de los mercenarios y retumba al chocar contra el bronce. El tañido del arco cuando Shy dispara la flecha, cuya trayectoria ella observa mientras avanza por el aire sin viento. Alcanza en un costado al arquero, que emite un gañido —una voz de mujer o, quizá, de niño—, se tambalea de lado y cae del parapeto, rebotando en la roca para detenerse, desmadejado, junto a la puerta.

Los dos hombres del Pueblo del Dragón que intentaban cerrar las puertas acababan de coger sus armas. Eran mayores, muy mayores. Jubair acuchilló a uno de ellos y lo mandó rodando hasta la cara rocosa. Dos mercenarios cogieron al otro y lo mataron, echando juramentos mientras lo despedazaban y le daban patadas.

Shy se quedó mirando a la chica a la que había disparado, la cual yacía cerca de ella. Le pareció que no era mucho mayor que Ro. Quizá tuviera una parte de sangre de Fantasma, a juzgar por la blancura de su piel y la forma de sus ojos. Como los suyos. Maldita sangre de Fantasma. Miró hacia abajo y la chica miró hacia arriba, con la respiración entrecortada y en silencio, los oscuros ojos húmedos y una mejilla cubierta de sangre. Shy abrió y cerró la mano que empuñaba el arco, sin saber qué hacer.

—¡Aquí! —exclamó Jubair con su poderosa voz. Shy escuchó una débil respuesta a aquellas palabras y vio a través de la puerta que un grupo de mercenarios escalaba afanosamente la ladera de la montaña. Los hombres de Cosca, todos con las armas en la mano. Le pareció ver a Sweet, que avanzaba a pie. Los demás mercenarios abrían las puertas de par en par para que pasaran. Unas puertas de metal con cuatro dedos de espesor, pero que se movían tan fácilmente como la tapadera de una caja.

—Dios está con nosotros —dijo Jubair, con una sonrisa manchada de sangre.

Aunque quizá Dios estuviese con ellos, a Lamb no se le veía por ninguna parte.

—¿Dónde está Lamb? —preguntó, sin dejar de mirar a su alrededor.

—No lo sé. —Savian apenas conseguía soltar unas cuantas palabras seguidas. Respiraba con mucha dificultad mientras se agachaba—. Habrá ido por otro sitio.

Ella salió corriendo.

—¡Aguarda! —Savian echó a correr tras ella, resollando, sin saber adónde iban. Mientras Shy se acercaba como un rayo a la casa más próxima, mostró el suficiente seso para ponerse el arco en bandolera y desenvainar la espada corta. No estaba segura de haber blandido antes una espada estando furiosa. Quizá lo hubiera hecho cuando mató al Fantasma que había acabado con Leef. No sabía por qué lo recordaba en aquellos momentos tan apurados. Respirando profundamente y desgarrando la cortina que cubría la entrada, saltó al interior espada en mano.

Quizá esperase encontrar dentro a Pit y a Ro derramando lágrimas de agradecimiento. Pero sólo encontró una habitación vacía, apenas iluminada por franjas de luz que atravesaban un suelo lleno de polvo.

Penetró de la misma manera en otra casa, pero estaba tan vacía como la anterior.

Subió a la carrera varios peldaños y atravesó uno de los arcos de la fachada de piedra. En el suelo de la habitación amueblada, que estaba completamente liso por el paso del tiempo, había cuencos perfectamente apilados unos encima de otros, pero ningún signo de vida.

El hombre mayor que apareció en la siguiente puerta fue derecho hacia Shy, pero resbaló y cayó, soltando el enorme cuenco que tenía entre las manos, el cual se estrelló contra el suelo. Se echó a un lado, levantando un brazo tembloroso mientras murmuraba algo, quizá maldiciendo a Shy, rogando por su vida, o invocando a algún dios olvidado, y Shy levantó la espada, dominándolo con su estatura. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acabar con él. Su cuerpo ardía en deseos de hacerlo. Pero tenía que encontrar a los niños antes de que los hombres de Cosca irrumpieran en aquel lugar y comenzaran a acusar los efectos de la fiebre del oro. Tenía que encontrar a los niños. Eso si estaban allí. Dejó que aquel hombre escapara,

arrastrándose por una de las salidas.

—¡Pit! —exclamó con voz que se le quebraba en la garganta. Bajó de nuevo los escalones y entró en otra habitación vacía que estaba tan lóbrega y tan cálida como las anteriores, en uno de cuyos extremos otro arco conducía a una nueva estancia. Aquel sitio era un laberinto. Una ciudad construida para miles de personas, como había dicho Roca Llorona. ¿Cómo diablos iba a encontrar en ella a dos niños? Un extraño rugido que reverberaba llegó hasta sus oídos.

—¿Lamb? —Empleó las uñas para apartarse los cabellos que se le pegaban a la cara.

Alguien lanzó un chillido de pánico. La gente comenzaba a salir por las puertas de las casas que estaban más abajo, algunos con armas, otros con utensilios, otros con niños en los brazos, como una mujer de cabellos grises. Algunos miraban ensimismados a su alrededor, barruntando que algo no iba bien, pero sin saber qué era exactamente. Otros se dirigían hacia una abertura bastante grande situada en el extremo opuesto de la entrada a la caverna.

Un hombre de piel negra se erguía ante ella con un bastón en la mano, haciendo señas a todos para que entraran por la zona a oscuras. Waerdinur. Otra figura mucho más pequeña, delgada y pálida, se encontraba a su lado. Aunque tuviera la cabeza afeitada, Shy la reconoció.

—¡Ro! —exclamó, pero su voz se perdió en el estruendo. El ruido metálico de la lucha reverberaba en el techo de la caverna, rebotaba en los edificios, iba de un sitio para otro. Franqueó un parapeto; saltó por encima de un canal lleno de agua; se sobresaltó al encontrarse ante una figura enorme que la dominaba, cayendo en la cuenta de que se trataba de un tronco de árbol que alguien había tallado con la forma de un hombre retorcido; corrió hasta el espacio libre situado junto a un edificio muy largo y de poca altura, y se dejó caer en el suelo para hacer un alto.

Varias personas del Pueblo del Dragón se encontraban unos cuantos pasos más adelante. Tres ancianos, dos mujeres y un niño, todos armados, no parecían muy decididos a irse de aquel sitio.

Shy sopesó su espada con la mano izquierda y exclamó:

—¡Apartaos de mi puñetero camino!

Como sabía que su figura no tenía nada de imponente, casi le sorprendió que

comenzaran a apartarse. Cuando un dardo de ballesta se clavó en uno de los ancianos, aquel hombre se llevó las manos al estómago y soltó la lanza. Los demás se volvieron y echaron a correr. Shy oyó a su espalda ruido de pisadas, las de los mercenarios, que siguieron corriendo sin dejar de lanzar gritos y alaridos. Uno de ellos acuchilló en la espalda a una anciana cuando intentaba huir cojeando.

Shy miró hacia la arquivolta flanqueada por pilares de color negro, que seguía sumida en la sombra. Waerdinur había desaparecido en su interior. Ro también, siempre que se tratara de ella. Seguro que lo era.

Shy echó a correr.

Cosca llevaba la mejor parte, y el peligro parecía sacar lo mejor de él. Temple avanzaba encogido, pegándose a las paredes, arañando de tan mala manera el dobladillo de su camisa con las uñas que poco le faltaba para comenzar a deshilacharla. Brachio avanzaba el doble de encogido que él. Incluso Amistoso avanzaba con los hombros sospechosamente encogidos. Pero el Viejo no tenía miedo. O, al menos, no de morir. Avanzaba a grandes zancadas en medio de aquella antigua ciudad, sin preocuparse en absoluto de las flechas que caían de vez en cuando, con la barbilla alta, los ojos brillantes, los pasos casi derechos, y eso que estaba bebido, lanzando órdenes que parecían tener sentido.

—¡Derribad a ese arquero! —decía, apuntando con la espada a la anciana que estaba en lo alto de un edificio.

»¡Limpiad esos túneles! —decía, señalando con la mano unos agujeros oscuros que se abrían ante ellos.

»¡No matéis a los niños si podéis evitarlo! ¡Un trato es un trato! —decía, agitando un dedo ante un grupo de kantics cubiertos de sangre, como si los estuviera sermoneando.

No es fácil saber si alguien le hacía caso. Porque los miembros de la Compañía de la Graciosa Mano no obedecían la mayoría de las veces, y aquella vez no era, precisamente, la más adecuada para que lo hicieran.

El peligro no sacaba lo mejor de Temple. Se sentía igual que cuando había estado en Dagoska, durante el asedio. Sudando en aquel hospital apestoso, maldiciendo, manoseando los vendajes y rasgando la ropa de los muertos para

hacer más vendas. Pasando cubos a la luz de los incendios durante toda la noche y llenándolos de agua, y todo para nada. Porque la ciudad había acabado ardiendo. Llorando cada vez que alguien moría. Llorando de pena. Llorando de agradecimiento, porque no le había tocado a él. Llorando de miedo, por si él era el siguiente. Asustado durante meses, siempre con miedo. Y desde entonces no había dejado de tener miedo.

Un grupo de mercenarios acababa de rodear a un anciano que, apretando los dientes, lanzaba insultos en un lenguaje ininteligible que sonaba como el imperial antiguo, mientras con ambas manos movía una lanza como si fuese un salvaje. Temple no tardó mucho en darse cuenta de que estaba ciego. Los mercenarios se acercaban rápidamente a él para luego retroceder. Y cuando el anciano se daba la vuelta, uno le clavaba su arma en la espalda, y cuando se volvía, otro se encargaba de hacerle los honores. La túnica del anciano ya estaba oscura por la sangre.

—¿No deberíamos parar eso? —musitó Temple.

—Por supuesto —dijo Cosca—. ¿Amistoso?

El sargento atrapó con su enorme mano la lanza del ciego, justo por debajo de la hoja, sacó con la otra una cuchilla de su chaquetón y con un eficiente tajo casi le partió en dos la cabeza, dejando luego caer su cuerpo y arrojando la lanza, que produjo un ruido metálico al llegar al suelo.

—Oh, Dios —musitó Temple.

—¡Hay trabajo que hacer! —espetó el Viejo a los mercenarios, que parecían desilusionados—. ¡Encontrar el oro!

Temple apartó las manos de su camisa y las llevó a su cuero cabelludo, que se rascó, restregó y desgarró. Desde Averstock se había prometido que no se limitaría a quedarse a la expectativa, mirando, si volvía a ocurrir lo mismo. En Kadir había hecho la misma promesa. Y antes en Estiria. Y, sin embargo, ahí estaba él, quedándose a la expectativa y mirando. Hasta entonces no había hecho gran cosa por mantener lo que había prometido.

Como seguía sintiendo la nariz seca y llena de picores, se la restregó con el filo de una mano hasta que le sangró. Pero le volvió a picar. Intentó mirar al suelo, pero los sonidos conseguían que sus húmedos ojos mirasen hacia los lados. Hacia los ruidos de cosas aplastadas, risas y bramidos, hacia los sitios en que escuchaba gemidos, gorgoteos, sollozos y chillidos. Y como a través de puertas y ventanas

vislumbró fugazmente lo que sucedía, y supo que aquellas imágenes fugaces de lo que estaba pasando le acompañarían el resto de su vida, a regañadientes ancló en el suelo los ojos y dijo para sí:

—¡Oh, Dios!

¿Cuántas veces había dicho aquello mismo durante el asedio? Constantemente, cuando corría entre las ruinas calcinadas de la Ciudad Inferior y el grave estallido de la pólvora hacía temblar la tierra mientras él daba la vuelta a los cadáveres, buscando supervivientes, y cuando los encontraba, estaban quemados, cosidos a heridas, moribundos, y ¿qué podía hacer? Había aprendido que no podía hacer milagros. Oh, Dios. Oh, Dios. Pero entonces no le había ayudado. Y no le ayudaría en aquel momento.

—¿Las quemamos? —preguntaba un estirio patizambo que saltaba como un niño ansioso de salir al recreo. Apuntaba con el dedo a unas esculturas que parecían talladas en antiguos troncos de árboles, cuya madera, que era tan hermosa como extraña, brillaba por el paso del tiempo.

—Si quieres...—Cosca se encogió de hombros—. A fin de cuentas, ¿cuál es el destino de la madera, sino acabar ardiendo? —Vio que el mercenario rociaba con aceite la escultura que estaba más cerca para luego sacar la yesca—. Lo malo es que me da igual. Todo esto me aburre.

Temple se sobresaltó al ver que un niño desnudo acababa de estrellarse cerca de él. Era imposible saber si estaba vivo o muerto antes de caer.

—Oh, Dios —musitó.

—¡Tened cuidado! —exclamó Amistoso, observando ceñudo los edificios situados a su izquierda.

Aunque Cosca observó cómo brotaba la sangre del cráneo destrozado del niño, apenas interrumpió su discurso.

—Observo este tipo de cosas y sólo siento... un ligero aburrimiento[8]. Mi mente vagabundea, pensando en lo que tendremos para cenar, o en el picor recurrente que tengo en la planta del pie, o en cómo y cuándo podré conseguir que me hagan una buena mamada. —Comenzó a rascarse la coquilla sin darse cuenta y luego se dio por vencido—. ¡Qué horror! ¿Eh? ¿Aburrirse con esto? —Cuando las llamas cubrieron alegremente el costado de la escultura que estaba más cerca, el

estirio pirómano dio un salto de alegría y se acercó a la siguiente—. La violencia, la traición y el derroche de los que he sido testigo me han quitado todo el entusiasmo que tenía. Me siento entumecido. Por eso te necesito, Temple. Tienes que ser mi conciencia. ¡Quiero creer en algo!

Le dio a Temple una palmada en el hombro que le hizo vacilar. Entonces se escuchó un chillido. Temple se volvió justo a tiempo de ver que acababan de arrojar a una anciana por el precipicio.

—Oh, Dios.

—¡A eso me refería! —Cosca le dio otra palmada en el hombro—. Pero, si existe Dios, ¿por qué no ha levantado una mano durante todos estos años para detenerme?

—Quizá porque nosotros seamos Su mano —dijo Jubair, que acababa de pasar por una de las entradas y secaba con un trapo su espada, que chorreaba sangre—. Sus caminos son misteriosos.

—Una puta que se oculta bajo un velo es misteriosa. —Cosca lanzó una carcajada—. Pero los caminos de Dios me parecen... propios de un loco.

El aroma que la madera despedía al arder irritaba las fosas nasales de Temple. Le olía igual que aquella vez, en Dagoska, cuando los gurkos consiguieron entrar en la ciudad. Las llamas que se propagaban hasta los barrios bajos y quemaban a sus habitantes, la gente que ardía y se lanzaba al mar desde los muelles destrozados. El ruido de la batalla, que cada vez estaba más cerca. El rostro de Kahdia, iluminado por el parpadeo anaranjado de las llamas, el tenue murmullo de los demás, que rezaban, y él mismo, Temple, que le tiraba a Kahdia de la manga mientras decía: «Debes irte, ya llegan», y el viejo sacerdote que mueve la cabeza y sonríe mientras oprime cariñosamente el hombro de Temple y le dice: «Por eso debo quedarme».

¿Qué otra cosa podía haber hecho entonces? ¿Y qué otra cosa podía hacer él en aquel momento?

Captó un movimiento con el rabillo del ojo y vio que una pequeña silueta pasaba rápidamente entre dos edificios de poca altura.

—¿Lo habéis visto? ¿Era un niño? —preguntó mientras dejaba atrás a los que estaban con él.

—¿Por qué nos preocupan tanto los niños? —dijo Cosca mientras se alejaba—. ¡Se volverán tan viejos y desagradables como nosotros!

Pero Temple no le escuchaba. Le había fallado a Sufeen, le había fallado a Kahdia, les había fallado a su esposa y a su hija, y aunque hubiera jurado tomar siempre el camino fácil, quizá en aquel momento... Rodeó la esquina del edificio.

Y se encontró con un chico que tenía la cabeza afeitada. De piel clara y cejas castaño-rojizas, como Shy. Quizá con la misma edad que...

Temple comprobó que tenía una lanza. Una lanza corta que agarraba sin miedo. Como Temple siempre estaba preocupándose por los demás, jamás se preocupaba de sí mismo. Quizá eso revelase que comenzaba a ser mejor persona. Pero las palmaditas de felicitación tendrían que esperar.

—Tengo miedo —dijo, sin necesidad de exagerar—. ¿Y tú?

No hubo respuesta. Temple extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Eres Pit?

Un amago de sorpresa recorrió el rostro del chico. Temple se arrodilló lentamente mientras intentaba sacar a la luz su antigua labia, aun sabiendo que no le resultaría fácil hablar, dominados como estaban por los ruidos de la destrucción que los rodeaba.

—Me llamo Temple, y soy amigo de Shy. —El chico parpadeó—. Un buen amigo. —Aunque fuese un tanto exagerado, se le podía perdonar, dadas las circunstancias. La punta de la lanza comenzó a moverse—. Y también de Lamb. —Y a bajar—. Han venido a buscarte. Y yo he venido con ellos.

—¿Están aquí? —Le parecía extraño escuchar a aquel chico que hablaba la lengua común con el acento de las Tierras Cercanas.

—Sí. Y han venido a por ti.

—Te sangra la nariz.

—Lo sé —dijo, pasándose la muñeca por ella—. No es nada.

Pit soltó la lanza, se acercó a Temple y lo abrazó con fuerza. Temple

parpadeó durante un instante y luego, con cierta vacilación, rodeó al chico con los brazos y lo mantuvo contra sí.

—Ahora estás a salvo —dijo—. A salvo.

No era la primera mentira que decía en su vida.

Shy regresó sigilosamente por el vestíbulo, con ganas de salir corriendo y asustada hasta el punto de casi cagarse encima, pero sin dejar de agarrar la empuñadura de su espada, que estaba resbaladiza por el sudor. La habitación sólo estaba iluminada por la parpadeante luz de unas pequeñas lámparas que hacían brillar los dibujos en metal hechos en el suelo —círculos concéntricos, letras y líneas— y la sangre que corría entre las piedras. Su mirada saltaba de las engañosas sombras a los cadáveres... del Pueblo del Dragón y de los mercenarios, que, llenos de cuchilladas y lanzazos, aún sangraban.

—¿Lamb? —preguntó con voz tan baja que apenas podía oírse a sí misma.

Los sonidos le llegaban luego de reverberar en la cálida roca, entrando por las aberturas dispuestas a uno y otro lado: gritos y cosas que se estrellaban, el susurro del vapor, llantos y risotadas burlonas. Las risotadas eran lo peor de todo.

—¿Lamb?

Se acercó al extremo de la arquivolta situada al final de la sala y se apoyó con fuerza en una de las paredes. Volvió a apartar con los dedos el pelo que se le metía por los ojos, los movió para que cayeran las gotas de sudor que se habían quedado en ellos e hizo acopio de sus menguadas fuerzas. Por Pit y por Ro. Ya no podía echarse atrás.

Atravesó la arcada y entonces se quedó boquiabierta. Un enorme vacío se encontraba ante ella, una hendidura grandísima, un abismo dentro de la montaña. Su antepecho estaba lleno de bancos, yunques y herramientas de las que suelen emplear los herreros. Más allá se abría un foso de negrura cruzado por un puente que apenas tenía dos pasos de anchura, sin barandilla, el cual atravesaba las tinieblas para llegar a otro antepecho y otra arquivolta, ambos situados a una distancia de cincuenta pasos. El calor era sofocante, el puente recibía por debajo la luz de unas fogatas que se perdían en la lejanía, los cristales de las paredes rocosas chispeaban por aquella luz, al tiempo que los martillos, los yunques, los lingotes y

su propia espada brillaban como los metales de una fundición. Shy tragó saliva mientras se acercaba a aquel abismo, comprobando que la pared situada frente a ella parecía bajar cada vez más. Como si acabara de llegar a una de esas zonas superiores del Infierno a las que los vivos nunca deben acercarse.

—Deberían haberle puesto una maldita barandilla —dijo para sí.

Waerdinur estaba de pie en el puente, protegido con un gran escudo cuadrado en el que aparecía pintado un dragón y agarrando una lanza, de suerte que nadie podía entrar por él. Un mercenario muerto yacía a sus pies y otro intentaba ponerse a salvo, manteniéndose lejos, aunque no tanto para no hostigarle con la alabarda que manejaba con poca destreza. Un tercero se arrodillaba cerca de Shy, cargando una ballesta. Waerdinur se abalanzó hacia delante y trinchó con su lanza al alabardero, para luego tirarlo del puente. Lo abandonó sin emitir sonido alguno. Ni al caer ni al llegar al fondo.

El hombre del Pueblo del Dragón regresó a su posición inicial, haciendo un ruido metálico cuando la parte inferior de su enorme escudo golpeó el puente, y gritando hacia atrás en un lenguaje que Shy no conocía. Varias personas se apretujaban en la sombra a su espalda... ancianos, niños y también una chica que corría.

—¡Ro! —Mientras el grito de Shy moría en aquel calor sofocante, la chica seguía corriendo, engullida por las sombras que velaban el otro extremo del puente.

Waerdinur se detuvo, agachándose detrás del escudo y mirándola por encima de su borde superior mientras ella apretaba los dientes y siseaba de frustración. Llegar tan cerca y no poder pasar.

—¡Toma esto, capullo! —El mercenario que quedaba levantó su ballesta. El dardo rebotó en el dragón pintado en el escudo de Waerdinur y se perdió en la oscuridad, girando sin parar: una pequeña astilla anaranjada en medio de aquel vacío tan negro como la tinta—. Bueno, éste no va a ningún sitio. —El ballestero extrajo otro dardo de su aljaba y comenzó a tensar nuevamente el resorte—. Dos disparos más y será nuestro. Antes o después. No tienes por qué preocu...

Shy captó un movimiento fugaz con el rabillo de un ojo, y el mercenario cayó contra la pared, traspasado por la lanza de Waerdinur. Y diciendo: «¡Oh!», comenzó a resbalar, quedándose sentado en el suelo, pero no sin antes dejar lentamente la ballesta en él. Cuando Shy daba un paso hacia el cadáver, sintió un ligero toque en

la espalda.

Era Lamb. Pero su aspecto no le sirvió para tranquilizarla. Porque, tras haber perdido el chaquetón, llevaba sólo el chaleco de cuero, lleno de cortes y de fibras deshilachadas, y la sangre, que goteaba por el fragmento de hoja que le quedaba a su espada, le llegaba hasta el codo.

—¿Lamb? —susurró Shy. Él ni siquiera la miró, limitándose a apartarla con el brazo mientras sus ojos negros adquirían un brillo feroz al mirar hacia el extremo del puente, los músculos del cuello hinchados, la cabeza inclinada, su piel pálida cubierta de salpicaduras de sangre y perlada de sudor, y en sus dientes desnudos la sonrisa burlona de una calavera. Shy se apartó de su camino como si la mismísima Muerte acabara de tocarla en el hombro. Y quizá lo fuera.

Como si se tratara de un encuentro concertado con antelación, Waerdinur desenvainó una espada. Larga, recta y oscura, cerca de su empuñadura brillaba una marca plateada.

—Yo solía tener una como ésa. —Lamb arrojó su espada inservible, que recorrió el suelo y cayó hacia la nada.

—La forjó el propio Hacedor —dijo Waerdinur—. Deberías haberla conservado.

—Me la robó un amigo. —Lamb se acercó a uno de los yunques para coger la barra de hierro que estaba apoyada en él, tan larga como Shy. Los dedos de su mano se volvieron blancos por la fuerza con que la empuñó—. Junto con todo lo demás. —El metal chirrió cuando arrastró la barra para entrar en el puente—. Era menos de lo que me merecía.

Shy intentó decirle que no se acercara a Waerdinur, pero no le salían las palabras. Era como si no pudiera bombear el aire que necesitaba para pronunciarlas. No había otra manera de arreglar las cosas. Se quedaría mirando. Así que envainó la espada y cogió el arco que seguía llevando en bandolera. Cuando Waerdinur lo vio, retrocedió unos pasos por precaución, mientras la luz iluminaba los tendones de sus pies, que él movía tan tranquilo como si se encontrase en el amplio suelo de un salón de baile, y no en una franja de piedra tan estrecha que ni la carreta más pequeña hubiera podido pasar por ella.

—Te dije que volvería —dijo Lamb mientras entraba en el puente, sin soltar la barra de metal que seguía arañando el suelo.

—Y aquí estás —replicó Waerdinur.

Lamb apartó con una bota el cadáver del mercenario muerto, que cayó al abismo sin hacer ruido.

—Te dije que traería a la Muerte conmigo.

—Y la has traído. Estarás contento.

—Lo estaré cuando te hayas apartado de mi camino. —Lamb se detuvo a dos pasos de Waerdinur, dejando tras de sí un reguero de huellas relucientes. En medio de aquel gran vacío, los dos hombres se miraron uno a otro.

—¿Realmente piensas que te asiste el derecho de hacer todo esto? —preguntó el Hombre del Dragón.

—¿A quién le importa eso del derecho? —Lamb saltó, levantando la barra de metal y bajándola con un siseo hacia el escudo de Waerdinur. El golpe fue tan fuerte que abolló el dragón pintado en él y dobló hacia abajo una de sus esquinas, haciendo que Shy diera un respingo por el ruido que hizo. El Hombre del Dragón tuvo que agacharse y luego dar un salto para evitar el borde del puente. Pero antes de que los ecos del golpe se hubieran desvanecido, Lamb atacó de nuevo.

Esta vez Waerdinur estaba preparado, giró el escudo para que la barra no lo alcanzase de lleno y devolvió el golpe. Lamb se echó bruscamente a un lado con la celeridad de una serpiente y evitó la espada por un pelo. Acto seguido, tan rápido como un ofidio, alcanzó a Waerdinur debajo de la mandíbula, haciendo que se tambaleara y escupiese sangre. No obstante, recuperó el equilibrio enseguida y tiró varias cuchilladas a derecha e izquierda, lanzando chispas y esquirlas de la barra de metal cada vez que Lamb bloqueaba su ataque.

Shy apuntó con su arco, pero se movían tan deprisa —con una rapidez tan letal y asesina que cualquier paso que daban o finta que hacían podía ser la última— que, aun estando cerca, no podía saber a cuál de los dos llegaría a herir. La mano le temblaba cuando entró lentamente en el puente para afinar el disparo, siempre retrasada respecto a la posición del blanco, con las pestañas cubiertas de sudor mientras su vista iba del combate hasta el abismo que se encontraba bajo sus pies, y viceversa.

Waerdinur vio llegar el siguiente golpe y lo esquivó con agilidad a pesar de su tamaño. La barra chirrió al golpear el puente y despidió chispas, haciendo que

Lamb perdiera el equilibrio el tiempo suficiente para que el Hombre del Dragón pudiera preparar un golpe. Lamb apartó la cabeza, de suerte que la brillante punta de la espada, en vez de partirle en dos el cráneo, le dejó una línea roja por toda la cara, de la que unas gotas de sangre cayeron al vacío. Entonces dio tres pasos, y hubiera caído del puente si no llega a clavar los talones en el último momento. Pero aquello dejó un momentáneo hueco libre entre ambos, mientras Waerdinur echaba hacia atrás su espada para asestarle el golpe definitivo.

Aunque a Shy no se le daba bien esperar, siempre sabía aprovechar un buen momento. Así que disparó sin pensar. La flecha atravesó rápidamente la oscuridad, rozó el borde del escudo y se clavó en el brazo con el que Waerdinur empuñaba la espada. Lanzó un gruñido. La punta de su acero cayó, arañando el puente sin hacer el daño previsto mientras Shy bajaba su arco, aún sin creerse que hubiera disparado ni, mucho menos, que hubiese acertado en el blanco.

Lamb mugió como un toro enloquecido, girando aquel trozo de metal como si pesara lo mismo que una vara de sauce y golpeando con él, a mansalva, a Waerdinur, que retrocedió, tambaleándose a todo lo largo del puente y sin posibilidad alguna de devolver el golpe por la flecha de Shy, ni de hacer ninguna otra cosa que no fuese tratar de mantenerse en pie. Lamb fue tras él, incansable, inmisericorde, expulsándolo del puente y empujándolo hacia el otro extremo del mismo. Un último golpe arrancó el escudo del brazo de Waerdinur y lo envió dando tumbos a la oscuridad que los rodeaba. Tropezó con la pared y la espada cayó al suelo tintineando, tras soltarla la mano exánime que la empuñaba, roja para entonces con la sangre que goteaba de la flecha.

Una figura llega corriendo desde las sombras que rodean la arquivolta. Un cuchillo relampaguea mientras la sombra salta sobre Lamb. El norteño titubea y está a punto de caer al vacío, se pelea con ella, se la quita de encima y la lanza contra la pared. Una chica con la cabeza afeitada se desploma en el suelo. Está cambiada, muy cambiada, pero Shy sabe quién es.

Shy soltó el arco y corrió sin pensar en la caída que le aguardaba a ambos lados, sin pensar en nada que no fuese la distancia que la separaba de ella.

Lamb sacó el cuchillo que acababan de clavarle en el hombro, junto con un hililllo de sangre, y lo arrojó como si fuese un mondadientes, con el rostro aún congelado en una sonrisa roja, tan sangrienta como una herida recién hecha, sin ver nada, sin preocuparse de nada. Ya no era el hombre que se había sentado a su lado en aquel carro durante tantos kilómetros de incómodo traqueteo. Ni el que araba el

campo de manera tan paciente. Ni el que entonaba canciones para los niños. Ni el que les enseñaba a ser realistas. Sino otro hombre, si es que lo era. El que había asesinado a aquellos dos bandidos en Averstock, el que le había cortado la cabeza a Sangseed en las llanuras, el que había matado a Glama Dorado dentro del Círculo. Por supuesto que era el mejor amigo de la Muerte.

Arqueó la espalda con aquel largo trozo de metal aún entre sus grandes puños, y los cortes y arañazos producidos por la espada del Hacedor brillaron en la oscuridad. Shy gritó, pero fue en balde. Porque en él quedaba ya tan poca piedad como la que mostraba el invierno que los rodeaba. Los kilómetros que había recorrido, la lucha que había mantenido en aquella tierra hostil, no suponían nada si no franqueaba aquellos pocos pasos antes de que la barra bajase de golpe.

Waerdinur se arrojó rápidamente encima de Ro, de suerte que el metal cayó sobre uno de sus gruesos antebrazos y lo rompió como si fuese una rama, aplastando acto seguido el hombro, abriéndole una gran brecha en la cabeza y dejándolo sin sentido. Lamb volvió a levantar la barra, lanzando espumarajos por sus labios torcidos; pero Shy dio un salto y agarró el otro extremo de la barra, lanzando un alarido cuando echó a volar como si no pesara nada. El viento se arremolinó en su cara, la brillante caverna dio vueltas a su alrededor y entonces se estrelló boca abajo contra la piedra.

Todo estaba en calma.

Todo, excepto un débil repiqueteo.

Pisadas de botas.

Arriba, Shy.

No puedes seguir echada ahí todo el día.

Hay cosas que hacer en la granja.

El hecho de respirar ya era en sí un desafío.

Hizo fuerza contra la pared, o contra el suelo, o contra el techo, y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor, haciendo que se sintiera como una hoja arrastrada por la corriente.

¿Estaba de pie? No. Estaba tumbada boca arriba. Le colgaba un brazo.

Colgaba sobre el abismo de negrura y fuego, diminuta en aquella inmensidad. No era una buena idea. Rodó para alejarse del borde. Buscó sus rodillas, pero todo se movía, así que intentó disipar la bruma que llenaba su cráneo.

Había gente gritando, pero sus voces le llegaban atenuadas, imprecisas. Algo chocó contra ella, y casi estuvo a punto de caer al vacío.

Un revoltijo de gente que peleaba y que arrastraba los pies. Lamb estaba en el medio, con una cara tan feroz como la de un animal, llena de sangre por el corte que la recorría, lanzando unos sonidos guturales que ni siquiera parecían palabrotas.

El enorme sargento de Cosca, Amistoso, estaba detrás de él, echándole un brazo alrededor del cuello. Si su frente perlada de sudor acusaba el esfuerzo que hacía, su rostro, en cambio, apenas enarcaba una ceja, como si resolviese una suma que se le resistía.

Sweet intentaba mantener agarrado el brazo izquierdo de Lamb, pero él lo arrastraba, como si quisiera amarrar con una cuerda a un caballo loco. Savian le cogía por el brazo derecho mientras decía: «¡Quieto! ¡Quieto, cabrón enloquecido!». Cuando Shy vio que empuñaba un cuchillo, no creía que fuera a poder impedirle que lo usara. Tampoco sabía si quería o no.

Lamb había intentado matar a Ro. Después de todo lo que habían pasado para encontrarla, él quería matarla. También habría matado a Shy a pesar de lo que le había prometido a su madre. Los habría matado a todos. No encontraba ninguna explicación. Tampoco quería.

Entonces Lamb se quedó rígido y estuvo a punto de arrastrar a Sweet hasta el borde del precipicio. Por debajo de las pestañas, que parpadeaban nerviosamente, asomaba el blanco de sus ojos. Instantes después se derrumbó, boqueó, gimió, se pasó por el rostro la mano de cuatro dedos llena de sangre, y dejó de resistirse.

Sin soltar el cuchillo, Savian le dio unas palmaditas en el pecho, diciendo:

—Tranquilo, tranquilo.

Shy se levantó dando tumbos, pues lo que la rodeaba había terminado por asentarse más o menos, pero el corazón le latía muy deprisa, y sangraba por detrás de la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo.

Aunque Shy apenas pudiera mover el brazo derecho y las costillas le doliesen cada vez que respiraba, se dirigió hacia el arco de la entrada. Lamb, que sollozaba, seguía atrás.

—Tranquilo... tranquilo...

Un túnel estrecho, tan caliente como una fragua y a oscuras, excepto por la débil luz de su parte más distante y las manchas del suelo que brillan con tonos apagados. La sangre de Waerdinur. Shy las sigue, recuerda que tiene una espada e intenta desenvainarla; pero apenas puede sostener su empuñadura con la mano derecha, que siente como si se le hubiese dormido, así que la coge con la izquierda y sigue adelante, cada vez más deprisa, casi corriendo, mientras el túnel se hace más brillante, más cálido, y divisa la salida, y una luz dorada ilumina las piedras del suelo. Pasa rápidamente por ella y se resbala, cayendo sobre su propio trasero. Se queda quieta, apoyándose en los codos, y respira con dificultad.

—Joder —dice ella, casi sin aliento.

Aunque los llamaran el Pueblo del Dragón, nunca imaginó que tuvieran uno.

Se encontraba en el centro de una vasta estancia con forma de cúpula, como si acabara de salir de un cuento... hermoso, terrible, extraño, con sus miles y miles de escamas de metal reluciendo bajo la luz de los fuegos.

Aunque no era fácil calcular su tamaño por lo enroscado que estaba, su cabeza en forma de huso era tan larga como un hombre de gran estatura. Sus dientes eran como puñales. No tenía garras. Por el extremo de cada una de sus numerosas patas asomaba una mano cuyos hermosos dedos de metal se hallaban cubiertos de anillos dorados. Bajo sus alas, que parecían de papel, y que mantenía plegadas, unos engranajes y unas ruedas se movían lentamente con un sonido metálico, y un tenue hálito vaporoso brotaba por sus abiertos ollares, mientras la punta de una lengua bífida parecida a una cadena tintineaba débilmente, y cuatro ojos de esmeralda se mostraban entornados bajo otros tantos párpados de metal.

—Joder —volvió a decir Shy, recorriendo con la mirada el lecho donde descansaba el dragón, tan propio de una ensoñación infantil como el mismísimo monstruo. Una montaña de dinero. De oro viejo y de vajillas de plata. De cadenas y de cálices, de monedas y de aristocráticas coronas. De armas y de armaduras sobredoradas. De gemas incrustadas por doquier. El estandarte de plata de alguna

legión, perdida en el remoto pasado, aparecía en un rincón, tirado de mala manera. Un trono, de valiosa madera y cubierto con pan de oro, dominaba toda aquella confusión. Había tantas cosas que aquel espectáculo parecía absurdo. Tesoros de precio incalculable convertidos en basura de colores chillones por haberse amontonado unos encima de otros.

—Joder —musitó por última vez, esperando que los ojos de aquella bestia de metal se abrieran para posarse en la insignificante intrusa que era. Pero como el monstruo no se desperezó, la mirada de Shy fue hacia el suelo. Cuando las manchas de sangre comenzaron a hacerse más pequeñas, vio a Waerdinur, que apoyaba la espalda en una de las patas delanteras del dragón, y a Ro, que, con el rostro manchado de sangre por un corte en el cuero cabelludo, la miraba fijamente.

Shy intentó levantarse, pero no lo consiguió, así que tuvo que arrastrarse por el suelo convexo de la estancia, donde habían dibujado varios círculos concéntricos llenos de símbolos, agarrando con fuerza su espada como si aquella minúscula astilla de acero bastase para infundirle ánimo.

A medida que se acercaba pudo distinguir más cosas en aquel ingente montón de objetos. Documentos con gruesos sellos. Demandas de mineros. Letras de cambio. Escrituras de inmuebles que se habían convertido en polvo. Testamentos recurridos hacía ya mucho tiempo. Participaciones en caravanas, compañías y empresas ya desaparecidas. Llaves que abrían vaya usted a saber qué cerraduras. También calaveras. Las había a docenas. A centenares. Monedas y piedras preciosas arrancadas de las joyas en las que habían sido engastadas, las cuales salían por las vacías cuencas de sus ojos. ¿Qué puede ser más valioso que los muertos?

La respiración de Waerdinur se entrecortaba mientras yacía allí con la túnica manchada de sangre, el brazo roto colgando, y agarrando a Ro con el otro, la flecha de Shy aún alojada cerca de su hombro.

—Soy yo —musitó Shy, que no se atrevía a levantar la voz mientras se inclinaba y le tendía la mano—, Ro. Soy yo.

Ella no quería soltarse del brazo del anciano. Él lo levantó lentamente y apartó la mano de la niña con delicadeza para, luego de asentir mientras miraba a Shy, decirle unas palabras amables en su lengua y apartarla con más firmeza. Otras palabras más y Ro, con lágrimas en los ojos, agacha su afeitada cabeza y comienza a apartarse.

Waerdinur dedicó a Shy una mirada dominada por la pena.

—Sólo queríamos lo mejor para ellos.

Shy se arrodilló y cogió a la niña entre sus brazos. La notó flaca, rígida y arisca, como si apenas quedara en ella algo de la hermana que había sido hacía tanto tiempo. Apenas era el encuentro con el que había soñado. Pero era un encuentro, a fin de cuentas.

—¡Joder! —Nicomo Cosca estaba junto a la entrada de la estancia, mirando fijamente el dragón y su cama.

El sargento Amistoso llegó a su lado y, sacando una pesada cuchilla de su chaquetón, dio un paso hacia aquella cama de oro, huesos y documentos que crujió bajo su peso, creando una especie de pequeño corrimiento de tierra, pero de monedas, alrededor de sus botas, y luego, inclinándose, tocó el hocico del dragón.

La cuchilla de carnicero produjo el mismo ruido metálico que hubiese hecho un yunque.

—Es una máquina —dijo, frunciendo el ceño.

—Es la obra más sagrada del Hacedor —explicó Waerdinur, ya casi sin aliento—. Una obra de maravilla, de poder, de...

—Sin duda —Cosca sonreía de oreja a oreja mientras se paseaba por la habitación, abanicándose con el sombrero. Pero no miraba al dragón, sino a su cama—. Amistoso, ¿crees que todo esto valdrá mucho dinero?

El sargento enarcó las cejas y respiró profundamente.

—Muchísimo. ¿Lo calculo?

—Quizá después.

Amistoso parecía un poco decepcionado.

—Escuchadme... —Cuando Waerdinur intentó levantarse, la sangre brotó de la flecha que tenía clavada en el hombro, manchando el brillante oro que se encontraba detrás de él—. Estábamos a punto de despertar al dragón. ¡A punto! El trabajo de siglos. Este año... quizá el siguiente. No podéis imaginaros su poder.

¡Podríamos... podríamos compartirlo con vosotros!

Cosca hizo una mueca antes de afirmar:

—La experiencia me ha demostrado que no se me da bien compartir las cosas.

—Expulsaríamos de las montañas a los Intrusos, y el mundo volvería a ser como antes, como en el Tiempo Antiguo. Y tú... ¡tú tendrías todo lo que quisieras!

Cosca sonrió, mirando al dragón mientras ponía las manos en jarras.

—Es evidente que tenemos ante nosotros algo tan curioso como notable. Una magnífica reliquia. Pero, ¿podremos utilizarla contra lo que ya pulula por las llanuras? ¿Los lerdos, que son legión? ¿Los comerciantes, los granjeros, los que entretienen a la gente con majaderías, los que emborronan los periódicos? ¿La infinita marea de codiciosos? —Agitó su sombrero en dirección al dragón—. Todo este tipo de cosas son ahora tan inútiles como una vaca contra una invasión de hormigas. En el mundo que está por llegar no quedará sitio para lo mágico, lo misterioso, lo extraño. La gente llegará a vuestros lugares sagrados para levantar en ellos... sastrerías. Y emporios de comida deshidratada. Y bufetes de abogados. Harían lamentables copias de todo lo que hay por ahí. —El viejo mercenario se rascó pensativo el cuello lleno de sarpullido—. Puedes desear que eso no suceda. Y yo puedo coincidir contigo. Pero sucederá. Ya estoy cansado de combatir por causas perdidas. El tiempo de la gente como yo se está acabando. ¿Y el tiempo de los que son como tú? —Se quitó una mota de sangre seca que tenía bajo una uña—. Acabó hace ya tantos años que es como si nunca hubiese existido.

Waerdinur intentó tocarle, pero su mano pendía de su antebrazo roto y la piel estaba tensa alrededor de sus huesos destrozados.

—¿No comprendes lo que supondría todo lo que te ofrezco?

—Pues claro que sí. —Cosca, que acababa de pisar con una de sus botas un yelmo dorado que sobresalía del tesoro, sonrió a la Mano Derecha del Hacedor—. Quizá te sorprenderá saberlo, pero a lo largo de mi vida he recibido muchas ofertas de países extranjeros: fortunas ocultas, puestos de honor, lucrativos derechos comerciales en la costa de Kadiri, una ciudad entera, fíjate, aunque hay que reconocer que en mal estado. Y entonces comprendí... —y en ese momento miró el hocico humeante del dragón, como si viera algo que los demás no veían— una cosa que me resultó muy dolorosa, porque siempre había tenido las fantasías que tiene

todo el mundo... —y cogió una moneda de oro de entre todo aquel montón y la levantó para que todos la vieran—: Que un simple marco valía para mí más que mil promesas juntas.

Waerdinur dejó caer lentamente su brazo roto.

—Siempre intenté hacer... lo mejor.

—Por supuesto. —Cosca asintió con la cabeza y lanzó la moneda al montón—. Lo creas o no, es lo que hacemos todos. ¿Amistoso?

El sargento se agachó y partió limpiamente en dos la cabeza de Waerdinur con su cuchilla.

—¡No! —exclamó Ro, y Shy apenas pudo retenerla, porque tiraba con mucha fuerza.

Cosca casi no pareció sentirse molesto por aquella interrupción.

—Deberías llevártela de aquí. Este sitio no es en absoluto apropiado para una niña.

CODICIA

ERA una alegre compañía cuyos miembros reían, sonreían, se felicitaban unos a otros por lo que habían hecho o comparaban los trofeos de oro y de sangre que habían robado a los muertos. Si Ro había pensado tiempo atrás que no volvería a ver en su vida a un hombre peor que Grega Cantliss, a cada sitio que mirase en aquellos momentos los veía mucho peores. El que había cogido la gaita de Akarin tocaba tontamente una jiga de tres notas cuyo ritmo seguían algunos, bailando y haciendo cabriolas valle abajo con las ropas manchadas con la sangre de la familia de Ro.

Salían de una Ashranc en ruinas tras destrozar las tallas, convertir los Árboles del Corazón en rescoldos humeantes, pasar la gubia por los paneles de bronce e incendiar la Casa Larga con los carbones sagrados que ardían en su hogar, dejando todo ello mancillado con la impronta de la muerte. Incluso habían saqueado las cuevas más sagradas y volcado el Dragón para robar con mayor facilidad las monedas que conformaban su lecho, dejándolo encerrado en su caverna y volando el puente que conducía hasta él con un polvo que ardía, el cual hizo estremecerse la mismísima tierra por el horror que le provocó tamaño sacrilegio.

—Lo mejor es asegurarse —había dicho aquel asesino llamado Cosca, y luego, inclinándose hacia el viejo que se llamaba Savian, preguntó—: ¿Encontró a su chico? Mi notario rescató a varios niños. Desconocía esa faceta suya.

Savian denegó con la cabeza.

—Una pena. ¿Lo seguirá buscando?

—Me había prometido a mí mismo llegar sólo hasta aquí. No lo buscaré más.

—Bien. Todos tenemos un límite, ¿no cree? —y le dio una palmada amistosa en el hombro para, acto seguido, acariciar a Ro debajo de la barbilla mientras le decía—: ¡Anímate, el cabello te crecerá enseguida!

Y Ro le miró mientras se iba, deseando tener el coraje, o la presencia de

ánimo, o la ira necesaria, para coger un cuchillo y clavárselo, o arañarle con las uñas, o morderle en la cara.

Aunque abandonaron la ciudad a buena marcha, no tardaron en ir más despacio, cansados, irritados y empachados por la destrucción que habían cometido. Agachados y sudando por el peso de su saqueo, pues sus mochilas y bolsillos, llenos de monedas, estaban a punto de reventar. No tardaron en pelearse entre sí, en maldecir y en discutir por naderías. Uno le quitó la gaita a quien la llevaba y la destrozó contra una roca, y el otro le golpeó, de suerte que el enorme negro tuvo que separarlos y hablarles de Dios, dándoles a entender que Él los estaba mirando, y entonces Ro pensó que, si Dios lo veía todo, por qué iba a estar mirándolos, precisamente, a ellos.

Shy hablaba sin parar, muy diferente de cómo era antes. Tan decaída, pálida y cansada como la vela que se ha consumido hasta la mecha, y tan llena de contusiones como un perro apaleado, tanto que Ro apenas la reconocía. Era como una mujer que en cierta ocasión había visto en sueños. Una pesadilla. Parloteaba de manera alocada y nerviosa bajo la máscara de una sonrisa. Les pedía a los nueve niños que le dijeran cómo se llamaban, y algunos de ellos le decían los nombres antiguos y otros los nuevos, casi sin saber ya quiénes eran en realidad.

Shy se agachó delante de Evin cuando él le confesó su nombre, y entonces le dijo:

—Tu hermano Leef nos acompañó durante algún tiempo. —Se tapó la boca con el dorso de la mano, y Ro vio que estaba a punto de llorar—. Murió en las llanuras. Y lo enterramos en un buen sitio, supongo. Tan bueno como el que acabas de dejar. —Y entonces le puso a Ro una mano en el hombro y dijo—: Quería traerte un libro o algo, pero... no encontré nada. —Y Ro no pudo comprender por qué aquel mundo en el que había libros le parecía tan inconsistente que casi lo había olvidado, mientras que los rostros de los muertos le parecían tan cercanos y reales—. Lo siento... hemos tardado mucho. —Shy la miró con las lágrimas a punto de brotar por sus rosados párpados y añadió—: Di algo, por favor.

—Te odio —dijo Ro, empleando la lengua del Pueblo del Dragón para que no la entendiese.

El hombre moreno que se llamaba Temple la miró con tristeza y dijo, en la misma lengua que ella había utilizado:

—Tu hermana ha hecho un viaje muy largo para encontrarte. Durante meses fuiste lo único en que pensaba.

—No tengo ninguna hermana —replicó Ro—. Díselo.

Temple denegó con la cabeza y dijo:

—Díselo tú.

Durante todo ese tiempo, el viejo norteño los había estado observando. Aunque tuviese los ojos bien abiertos, era como si mirase a través de ella, como si viera algo espantoso que se encontraba a lo lejos, y Ro recordó el momento en que la había dominado con toda su estatura, riéndose con aquella sonrisa malvada, y recordó a su padre, que había dado la vida por ella. Y entonces se preguntó quién podía ser aquel asesino silencioso que se parecía tanto a Lamb. Y cuando los cortes de su cara comenzaron a sangrar, Savian se sentó a su lado para cosérselos y dijo:

—Al final, los del Pueblo del Dragón apenas parecían demonios.

Y el hombre que se parecía a Lamb, que ni siquiera parpadeaba mientras la aguja le taladraba la piel, contestó:

—Los auténticos demonios son los que llevamos dentro.

Cuando Ro estaba echada en medio de la oscuridad, por más que se metiera los dedos en los oídos, no dejaba de escuchar los gritos interminables de Hirfac mientras la asaban en las placas que servían para cocinar, y seguía viendo el rostro sereno y digno de Ulstal cuando lo empujaban con lanzas por lo alto del precipicio y él caía sin lanzar un grito, y los cadáveres destrozados que se amontonaban más abajo, para entonces convertidos en carroña, de aquellas personas buenas con las que había reído, todas ellas con su propia sabiduría y era incapaz de comprender aquel derroche de vidas. Y aunque comprendiese que debía odiar a aquellos Intrusos con todas sus fuerzas, sólo sentía cansancio y abatimiento, como si estuviera tan muerta como aquella familia suya amontonada al pie del precipicio, como aquel padre suyo al que le habían partido la cabeza, como Gully, que, ahorcado, se mecía en el árbol.

A la mañana siguiente, varios hombres habían desaparecido junto con parte del oro y de las provisiones. Unos dijeron que habían desertado, otros que los espíritus nocturnos los habían seducido, y unos pocos que habían muerto a manos de los escasos supervivientes del Pueblo del Dragón, que los seguían para vengarse.

Mientras discutían acerca de lo sucedido, Ro contempló Ahsranc en la lejanía, cubierta por la mortaja de nubes bajo el cielo azul claro, y sintió que acababan de secuestrarla de su hogar por segunda vez, así que metió la mano por debajo de su túnica para tocar la escama de dragón que le había entregado su padre, sintiendo su frialdad sobre la piel. Cerca de ella, subida en una roca, la mujer Fantasma fruncía el ceño.

—Muchacha, mirar demasiado al pasado trae mala suerte —le dijo el viejo llamado Sweet, aunque Ro calculaba que la Fantasma mujer debía de tener al menos cincuenta años, porque sólo unos pocos cabellos rubios asomaban entre la maraña gris que se sujetaba con un trapo.

—No me siento tan bien como esperaba —dijo la Fantasma.

—Cuando uno se pasa media vida esperando a que suceda algo, cuando sucede, la realidad nunca suele estar a la altura de las expectativas.

Ro vio que Shy la observaba, para acto seguido mirar al suelo, echar los labios hacia atrás y escupir por el hueco que tenía entre los dientes. Un recuerdo se coló entonces por su mente, el de Shy y Gully jugando a quién metía antes un escupitajo en un cuenco, mientras ella y Pit reían y Lamb observaba y sonreía. Y, sin saber por qué, Ro sintió una punzada en el pecho y apartó la vista.

—Quizá el dinero te haga sentir mejor —decía Sweet.

—Un necio rico sigue siendo un necio —replicó la vieja Fantasma—. Ya lo verás.

Cansados de esperar a los amigos que habían desaparecido, los mercenarios prosiguieron su camino. Como las botellas comenzaron a correr entre sus filas, la borrachera, el calor y el peso del botín les obligaron a avanzar más despacio entre las rocas, maldiciendo y quejándose, pero sin soltar la carga, como si el oro fuese más importante que su carne y su resuello. Y cuando algunos comenzaron a dejar tras de sí una estela de objetos sin valor que relucía como el rastro de baba del caracol, no faltaron otros que los recogieron, para volver a dejarlos apenas dos kilómetros más adelante. Por la noche volvió a desaparecer más comida y agua, y se pelearon por lo que quedaba, de suerte que un mendrugo de pan comenzó costando su peso en oro para luego valer diez veces más, y media botella de licor se pagaba con una piedra preciosa. Cuando un mercenario mató a otro por una manzana, Cosca ordenó que lo ahorcaran. Y atrás quedó, balanceándose, con las

cadenas de plata tintineando alrededor de su cuello.

—¡Hay que mantener la disciplina! —decía Cosca con voz tonante, yendo de un lado para otro a lomos de su infortunado caballo. Y Pit, a quien Lamb llevaba encima de sus hombros, sonreía, y Ro cayó en la cuenta de que no le había visto sonreír en mucho tiempo.

Luego dejaron los lugares sagrados y llegaron al bosque, y la nieve comenzó a caer y luego a cuajar, y el calor que les proporcionaba el Dragón se desvaneció, y el frío comenzó a morderlos con fuerza. Cuando los árboles se hicieron más gruesos y más altos, Temple y Shy sacaron pieles para los niños. Varios mercenarios que habían tirado sus chaquetones para poder llevar encima más oro temblaban en el mismo sitio en que, a la ida, habían comenzado a sudar, y sus maldiciones se condensaban a causa del frío mientras la niebla se pegaba a sus talones.

Encontraron a dos hombres muertos entre los árboles, les habían disparado una flecha en la espalda mientras defecaban. Las mismas flechas que los mercenarios habían dejado en Ashranc para meter parte del botín en sus aljabas.

Enviaron a varios hombres para buscar, y matar, a los responsables, pero, como no regresaron, los demás apretaron el paso tras una larga espera, y, dominados por el pánico, iban empuñando sus armas, mirando entre los árboles, sobresaltándose ante cualquier sombra. Los mercenarios comenzaron a desaparecer uno tras otro, y uno de ellos confundió a otro con el enemigo y le disparó una flecha, accidente que Cosca, abriendo las manos, explicó diciendo: «En la guerra no se avanza en línea recta». Y mientras discutían acerca de si debían llevarse al herido o dejarlo abandonado, aquel hombre murió, así que le despojaron de todo lo que tenía y empujaron su cadáver hasta una grieta.

Algunos de los niños se sonreían, porque sabían que su familia debía de estar siguiéndolos: los cadáveres que iban quedando atrás era una suerte de mensaje. Evin se acercó a Ro y, hablando en la lengua del Pueblo del Dragón, le dijo: «Esta noche nos escaparemos», y Ro asintió.

Mientras la oscuridad los rodeaba, pues no se veían la luna ni las estrellas, y la nieve seguía cayendo copiosamente sin hacer ruido, Ro aguardaba, temblando por las ganas de huir y el miedo de que la atrapasen, midiendo aquel tiempo de espera, que le parecía interminable, por la respiración pausada de los Intrusos que dormían; la de Shy, que era acelerada e intermitente; la de Savian, que era más bien un profundo quejido, y la de la Fantasma, que, siendo más locuaz dormida que

despierta, hablaba en sueños cada vez que se daba la vuelta. Hasta que a aquel viejo de Sweet, a quien consideraba el más lento de todos sus captores, lo despertaron para que hiciera su turno de guardia, que, sin dejar de refunfuñar, cumplió, recorriendo el campamento de un extremo a otro. Entonces le dio a Evin una palmada en el hombro, y él, asintiendo, dio codazos a los demás niños, que en fila silenciosa se alejaron sigilosamente hasta donde no los viese nadie.

Entonces despertó a Pit, que se incorporó, y le dijo:

—Es hora de irse. —Pero él se limitó a parpadear—. ¡Es hora de irse! —repitió, pellizcándole en un brazo.

—No —dijo él, moviendo la cabeza de un lado para otro.

Ella le obligó a levantarse, pero Pit se debatió, gritando:

—¡No quiero irme! ¡Shy!

Y cuando uno de ellos volcó una lata al retirar las mantas con las que se cubrían sonó el tintineo de una lata y el ruido se generalizó, Ro soltó a Pit y huyó, corriendo por la nieve, siempre hacia los árboles, pero tropezó con una raíz y cayó. Hizo todo lo posible para soltarse y lo consiguió. Entonces sintió un peso terrible en las rodillas y volvió a caer.

Chilló, dando patadas y puñetazos, pero era como si se pelease con una piedra, con un árbol, con la poderosa tierra en persona. El peso le rodeaba las caderas, luego el pecho, dejándola atrapada sin poder moverse. Mientras la nieve se arremolinaba a su alrededor, le pareció ver que Evin la miraba, y que ella alargaba una mano hacia él, diciendo:

—¡Ayúdame!

Luego se perdió en la oscuridad. O quizá fuese ella.

—¡Maldito seas! —Ro gruñó, lloró y se retorció, pero todo fue en vano.

Escuchó que Lamb le decía al oído:

—Ya estoy condenado. Pero no dejaré que te vayas otra vez —y la agarró con tanta fuerza que casi no pudo moverse ni respirar.

Y eso fue todo.

V. PROBLEMAS

«Cada nación de este mundo produce hombres que son esencialmente malvados... y luego, con el tiempo, otros hombres malvados que matan a los primeros por el bien general.»

Emerson HOUGH

ECHANDO CUENTAS

OLFATEARON ALMENARA MUcho antes de que apareciese ante su vista. Una vaharada a carne guisada impulsó colina abajo a la famélica columna, que atravesó los árboles a toda prisa. Los mercenarios bajaban por ella dando tumbos, chocando unos contra otros y lanzando una lluvia de nieve a su paso. Un vendedor ambulante, muy emprendedor, asaba unos espetones de carne en lo alto de la pendiente que rodeaba el campamento. Para su desgracia, los mercenarios, que no estaban de humor para aflojar la bolsa, acallaron sus protestas y, con la eficiencia de una plaga de langostas, se llevaron hasta las ternillas. Toda la carne, incluso la que aún seguía cruda, fue disputada y devorada. En medio de tanto barullo, uno de los mercenarios se arrodillaba en la nieve tras quemarse con una de aquellas parrillas muy calientes, gimiendo y agarrándose la mano llena de rayas ennegrecidas cuando Temple pasó a su lado, tieso de frío.

—Vaya gente —musitó Shy—, más ricos que Hermon y siguen robando.

—Hacer el mal acaba convirtiéndose en una costumbre —replicó Temple, a quien le castañeteaban los dientes.

Era evidente que el olor de las ganancias seguía llegando hasta Arruga, porque incluso el campamento había prosperado. Había más túmulos y nuevas cabañas, cuyas chimeneas humeaban sin parar. Nuevos buhoneros habían instalado sus tiendas, y nuevas putas sus colchones, y todos salían alegremente para socorrer a los valientes conquistadores, retocando subrepticiamente las listas de precios a medida que los vendedores se percataban, con codicioso asombro, de lo despacio que caminaban los recién llegados a causa del oro y la plata que los lastraban.

Cosca era el único que iba montado, dirigiendo el cortejo a lomos de una mula exhausta.

—¡Saludos! —Metió la mano en una alforja y, moviendo la muñeca de manera displicente, arrojó al aire un puñado de monedas antiguas—. ¡Y felicidades para todos!

Un puesto perdió parte de su mercancía, ollas y cacerolas que cayeron

estrepitosamente al suelo cuando los del campamento se abalanzaron para recoger las monedas que tintineaban, amontonándose bajo los cascos de la montura del Viejo y peleándose entre sí como pichones por un puñado de semillas. Un violinista demacrado, que no se arredraba por la circunstancia de que a su violín le faltasen varias cuerdas, atacó una alegre jiga y, con sonrisa desdentada, se metió entre los mercenarios.

Bajo el familiar letrero que decía: *Majud y Curnsbick, Metalistería*, y al que se había añadido lo siguiente: *Se Manufacturan y Reparan Armas y Armaduras*, vieron a Abram Majud, acompañado por la pareja de empleados que mantenían encendido el fuego de la forja portátil en la estrecha franja de terreno situada ante la tienda.

—Veo que te has hecho con otra parcela —dijo Temple.

—Una pequeña. ¿No te apetecería levantar una casa en ella?

—Quizá más tarde. —Temple estrechó la mano del comerciante, aunque con algo de nostalgia al recordar lo que suponía trabajar honestamente para un patrón que sólo era medio honesto. La nostalgia comenzaba a convertirse en una de sus aficiones favoritas. Qué extraño resulta que los mejores momentos de nuestra vida sólo nos lo parezcan cuando miramos atrás.

—¿Son éstos los niños? —preguntó Majud mientras se agachaba para ponerse a la altura de Pit y de Ro.

—Por fin los encontramos —respondió Shy, no demasiado contenta.

—Me alegro. —Majud tendió una mano al chico—. Tú debes de ser Pit.

—Lo soy —dijo él, estrechándosela con mucha solemnidad.

—Y tú, Ro.

La chica frunció el ceño y no contestó.

—Lo es —dijo Shy—. O... lo era.

Majud se dio una palmada en las rodillas antes de decir:

—Pues yo te aseguro que volverá a serlo. La gente cambia.

—¿De veras? —preguntó Temple.

—¿Acaso no se encuentra ante mí la persona que lo demuestra? —El comerciante le puso una mano en el hombro.

Mientras se preguntaba si era un cumplido o una broma, escuchó aquella voz chillona de Cosca que le resultaba tan familiar:

—¡Temple!

—La voz de tu amo —comentó Shy.

¿Qué sentido tenía discutir con ella? Temple se disculpó, escabulléndose hacia el fuerte como el perro apaleado que era. Pasó junto a un hombre que partía un pollo asado con las manos y tenía la cara pringada de grasa. Otros dos se peleaban por una botella de cerveza negra, y cuando le quitaron accidentalmente el tapón, un tercero se zambulló entre los dos, abriendo la boca en un esfuerzo vano para conseguir que el chorro que ya comenzaba a decaer fuese a parar en ella. Estalló una ovación cuando la puta que tres mercenarios llevaban a hombros pasó por delante de los demás. Engalanada con oro viejo y una diadema ladeada en la cabeza, decía con voz chillona:

—¡Soy la reina de la maldita Unión! ¡Soy la maldita reina de la maldita Unión!

—Qué gusto verte tan bien. —Sworbreck le dio una palmada en el hombro con lo que parecía una muestra de genuina alegría.

—Al menos, con vida. —Hacía bastante tiempo que Temple no se sentía bien.

—¿Qué tal os fue?

—Me temo que no podrás escribir ninguna historia heroica al respecto —respondió Temple después de pensarse la respuesta.

—Ya he perdido la esperanza de poder escribir alguna.

—Creo que lo mejor es perder cuanto antes la esperanza.

El Viejo hacía señas a sus tres capitanes para que, a la sombra del gran

carruaje reforzado del Superior Pike, se reunieran con él en lo que olía a conspiración.

—Mis fieles amigos —dijo para comenzar, como si lo que iba a seguir fuese una mentira—. Nos encontramos en el alto pináculo de nuestra meta. Pero, hablando desde el punto de vista de quien se ha encontrado frecuentemente en él, os diré que ningún sitio es más precario y que quienes dejan de hacer pie en él caen durante un largo trecho. El éxito pone mucho más a prueba la amistad que el fracaso. Así pues, debemos vigilar a los hombres con el doble de atención de la que antes les dedicábamos, y triplicar nuestras precauciones a la hora de tratar con extraños.

—Estoy de acuerdo —dijo Brachio, a quien le temblaban las quijadas.

—Por supuesto —afirmó Dimbik, que, con su afilada nariz rosa a causa del frío, sonreía con sorna.

—Bien lo sabe Dios —dijo Jubair con voz tonante, mirando al cielo.

—¿Cómo podría fracasar cuando mi peso descansa en los tres pilares que sois vosotros? Mi primera orden será la de juntar todo el botín. Si dejamos que nuestros hombres sigan con él, antes de que sea de día esos buitres habrán conseguido que se lo pateen en su mayor parte.

Los mercenarios lanzaban grandes vítores mientras abrían un enorme tonel de vino y la nieve que soportaba su peso se llenaba de salpicaduras rojas, pagando alegremente diez veces lo que costaba el barril por cada una de las jarras que se tomaban.

—Para entonces, lo más seguro es que hayan contraído una deuda enorme —observó Dimbik, que se llevaba la punta mojada de un dedo a la cabeza para pegarse en ella un largo mechón de pelo.

—Sugiero requisar inmediatamente todos los objetos de valor, para que luego, a la vista de todos, el sargento Amistoso proceda a su recuento y Temple los registre notarialmente antes de guardarlos en este carruaje que tiene tres cerraduras. —Y Cosca dio un golpe en la sólida madera que revestía el carruaje para recalcar lo acertada y juiciosa que era su sugerencia—. Dimbik, trae a tus hombres más leales para que lo guarden.

Brachio vio que uno de los mercenarios daba vueltas a la cadena de oro que

llevaba al cuello, que destellaba por las joyas que tenía engastadas.

—Los hombres no entregarán el botín de buena gana.

—Nunca lo han hecho, pero si permanecemos juntos y les proporcionamos las suficientes distracciones, sucumbirán. ¿Cuántos nos quedan, Amistoso?

—Ciento cuarenta y tres —respondió el sargento.

Jubair meneó su pesada cabeza por la falta de fe de que tanto adolece el género humano.

—La Compañía mengua de manera alarmante.

—No podemos permitirnos más deserciones —dijo Cosca—. Sugiero reunir todos los caballos para llevarlos a un corral, donde una guardia de confianza los vigilará de cerca.

—No será fácil. —Brachio, que parecía preocupado, se rascó la arruga que formaban sus dos papadas—. Entre ellos hay algunos que son asustadizos y que...

—Tú te encargarás de los caballos. Que se haga lo que digo. Jubair, quiero una docena de tus mejores hombres en posición, para asegurarnos de que nuestra pequeña sorpresa tiene éxito.

—A la orden.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Temple. Como bien sabía Dios, no estaba muy seguro de poder aguantar más sustos.

El capitán general hizo una mueca y dijo:

—Una sorpresa compartida deja de ser una sorpresa. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que la aprobarás. —Temple no estaba muy seguro. A cada día que transcurría, su idea acerca de lo que era bueno se alejaba cada vez más de lo que Cosca pudiese pensar al respecto—. Pues a trabajar, mientras yo hablo a los hombres.

Mientras veía alejarse a sus tres capitanes, la sonrisa de Cosca comenzó a difuminarse, dejándole con una mirada llena de desconfianza en los ojos entornados.

—Confío en esos tres bastardos tanto como en la mierda.

—No —dijo Amistoso.

—No —dijo Temple, puesto que el hombre en quien menos confiaba se encontraba justo delante de él.

—Quiero que los dos procedáis al recuento del tesoro. Que hasta el objeto más pequeño de latón quede perfectamente numerado, registrado y guardado.

—¿Hacer un recuento? —preguntó Amistoso.

—De todo, mi viejo amigo. Y preocupaos de que en el carruaje también haya agua y comida, y un tiro de caballos enjaezados y listos para partir. Si las cosas se ponen... feas, quizá haya que salir a toda prisa.

—Ocho caballos —dijo Amistoso—. Cuatro parejas.

—Y ahora, levántame. Tengo que dar un discurso.

Con gran profusión de aspavientos y de quejas, el Viejo consiguió subirse a la silla y, desde ella, al techo del carruaje. Luego juntó los puños encima de su parapeto de madera y miró al campamento. Al verlo subido encima de aquel escenario, los que no estaban entretenidos haciendo lo que fuese comenzaron a cantar en su honor, agitando bajo la luz del atardecer armas, botellas y trozos de carne a medio devorar. Cansados, los que cargaban con la recientemente coronada Reina de la Unión se libraron de ella de manera poco ceremoniosa, tirándola al barro, donde, a pesar de sus chillidos, fue despojada de todos los objetos de valor que tenía encima.

—¡Cosca! ¡Cosca! ¡Cosca! —exclamaron cuando el capitán general se quitó el sombrero, alisó los cuatro pelos blancos que tenía en la mollera y extendió los brazos para que lo adulasen. Alguien cogió el violín del mendigo y lo destrozó, asegurándose el silencio del violinista con un puñetazo en la boca.

—¡Mi honrados compañeros! —dijo el Viejo con voz potente. Aunque el paso del tiempo hubiese menguado algunas de sus facultades, la potencia de su voz seguía intacta—. ¡Lo hemos hecho bien! —Un fuerte aplauso. Alguien lanzó dinero al aire, provocando una desagradable disputa—. ¡Y esta noche lo celebramos! Esta noche bebemos, cantamos y nos vamos de parranda, como corresponde al triunfo que en nada desmerece del que recibían los héroes de antaño! —Más aplausos,

abrazos fraternales y palmadas en el hombro. Temple se preguntó si los héroes de antaño habrían celebrado el despeñamiento de unas pocas docenas de ancianos desde lo alto de un acantilado. Lo más probable era que sí. Así son los héroes.

Cosca alzó una mano huesuda para pedir silencio, el cual sólo se vio alterado por los tenues sonidos de succión de una parejita que había decidido adelantarse a la celebración.

—Pero antes de la juerga, lamento deciros que debemos proceder al recuento. —Un súbito cambio de ánimo—. Todos tendréis que entregar el botín. —Murmullos de desagrado—. ¡*Todo* el botín! —Murmullos aún más desagradables—. ¡Nada de tragarse joyas ni de meterse monedas por el culo! A nadie le apetece tener que buscarlas ahí dentro. —Unos cuantos abucheos—. ¡Que nuestra majestuosa ganancia pueda ser debidamente valorada, registrada y guardada bajo triple cerradura en este mismo carruaje, para que luego nos la repartamos como corresponde al llegar a la civilización!

Las cosas comenzaban a ponerse feas. Temple observó que unos cuantos hombres de Jubair se abrían paso sigilosamente entre la multitud.

—¡Mañana por la mañana saldremos de aquí! —dijo Cosca con su poderosa voz—. ¡Pero esta noche cada uno de vosotros recibirá cien marcos de regalo para que se los gaste a su gusto! —Dio la impresión de que los ánimos mejoraban—. ¡No malgastemos nuestro triunfo en disensiones que luego podamos lamentar! Sigamos unidos, y podremos abandonar esta tierra de asechanzas con más riquezas de las que cualquier persona codiciosa pudiera anhelar. Volvámonos unos contra otros, y el fracaso, la vergüenza y la muerte serán nuestro justo merecimiento. —Cosca golpeó con uno de sus puños el peto que llevaba puesto—. ¡Como siempre, sólo pienso en la seguridad de nuestra noble hermandad! ¡Cuanto antes comience el recuento del botín, antes empezará la diversión!

—¿Y qué hay de los rebeldes? —preguntó alguien que tenía una voz muy penetrante. El Inquisidor Lorsen se abría paso hacia el carruaje, dando a entender con su rostro sombrío que la diversión iba a tardar algún tiempo en comenzar—. Cosca, ¿dónde están los rebeldes?

—¿Los rebeldes? Ah, sí. Es muy extraño. Registramos toda Ashranc de cabo a rabo. Temple, ¿tú emplearías la palabra «registramos»?

—Sí —respondió Temple. Lo cierto era que habían destrozado todo aquello

donde hubiera podido ocultarse una moneda, no digamos un rebelde.

—¿Y no encontraron ni rastro de ellos? —preguntó Lorsen, un tanto amostazado.

—¡Nos engañaron! —Cosca dio un golpe al parapeto por la frustración que sentía—. ¡Maldición, esos rebeldes son gente muy escurridiza! La alianza entre ellos y el Pueblo del Dragón era una argucia.

—¿Una argucia... de usted?

—¡Inquisidor, me malinterpreta! Estoy tan molesto con este asunto como usted...

—¡Lo dudo mucho! —le espetó Lorsen—. A fin de cuentas, ya se ha forrado bien el bolsillo.

Cosca abrió humildemente los brazos, como si lo lamentase, y dijo:

—Eso es lo que piensa de los mercenarios...

Un estallido de risotadas se elevó por toda la Compañía, pero cuando quien les pagaba tomó la palabra, dejó bien claro que no estaba de humor para reírles la gracia.

—¡Me ha hecho cómplice del robo! ¡Del asesinato! ¡De la masacre!

—Yo no le puse un puñal en el cuello. Si bien recuerdo, el Superior Pike quería el caos...

—¡Para conseguir un fin! ¡Usted ha perpetrado una matanza inimaginable!

—¿Cree que una matanza *imaginable* sonaría mejor? —Cosca soltó una risita que los Practicantes de Lorsen, cubiertos con sus máscaras negras y desperdigados entre las sombras, no corearon, faltos de todo sentido del humor.

El Inquisidor esperó a que se hiciera el silencio antes de proseguir.

—¿Cree usted en algo?

—No, si puedo evitarlo. La creencia por sí misma no es nada de lo que uno

pueda enorgullecerse, Inquisidor. La creencia sin evidencias es el sello característico del salvaje.

—Usted es realmente repugnante. —Lorsen movía la cabeza, atónito.

—No seré yo quien le lleve la contraria, pero lo malo de todo esto es que no comprende que usted lo es mucho más. Nadie puede hacer mayores maldades que quien cree estar en posesión de la verdad. No hay peores intenciones que las intenciones sublimes. Admito libremente que soy un villano. Por eso me contrató usted. Pero no soy un hipócrita. —Cosca hizo un gesto a los menguados remanentes de la Compañía, que guardaban silencio mientras observaban aquella confrontación—. Tengo bocas que alimentar. Usted puede irse derecho a su casa. Si sigue queriendo hacer el bien, haga algo de lo que pueda sentirse orgulloso. Abra una panadería. ¡Pan recién horneado todas las mañanas! ¡Ésa sí que es una causa noble!

El Inquisidor frunció sus delgados labios.

—¿Así que, realmente, no tiene nada que lo diferencie de un animal? Usted carece de conciencia. Y de la más elemental moralidad. No tiene principios que vayan más allá de su egoísmo.

Cosca endureció la expresión de su rostro al acercarse más a él.

—Cuando usted haya afrontado tantas decepciones y sufrido tantas traiciones como yo, quizá lo comprenderá. No hay principios que vayan más allá del egoísmo, Inquisidor, y los hombres *son* animales. La conciencia es un fardo que hemos decidido llevar. Y la moralidad, la mentira con la que nos engañamos para que no nos pese tanto. En muchas ocasiones he deseado que no fuera así. Pero es así.

Lorsen asintió lentamente, mirando fijamente a Cosca con ojos de ira.

—Esto tendrá un precio.

—Cuento con ello. Aunque ahora parezca un asunto ridículamente irrelevante, el Superior Pike me prometió cincuenta mil marcos.

—¡Por la captura del rebelde Conthus!

—Así es. Y aquí está.

Hubo entonces un roce de aceros, un chasquido de gatillos, un tintineo de armaduras, y doce de los hombres de Jubair se acercaron a él. Un círculo de espadas desenvainadas, de ballestas cargadas, de alabardas levantadas que, de improviso, apuntaron a Lamb, Sweet, Shy y Savian. Majud apartó con mucho cuidado a los niños, que abrían unos ojos como platos.

—¡Maese Savian! —exclamó Cosca—. Lamento profundamente tener que pedirle que deje caer sus armas al suelo. ¡Todas, por favor!

Sin mostrar emoción alguna, Savian se desabrochó la correa que le cruzaba el pecho, de suerte que la ballesta y los dardos que tenía sujetos en ella cayeron al suelo con un ruido metálico. Lamb, que no perdía detalle, mordió lentamente la pata del pollo que se estaba comiendo. Era evidente que lo más fácil era esperar y observar. Bien sabía Dios que Temple había tomado muchas veces aquel camino. Quizá demasiadas...

Se subió al carruaje para decirle a Cosca al oído:

—¡No tiene que hacer esto!

—¿Que si tengo que hacerlo? Pues no.

—¡Por favor! ¿De qué le sirve?

—¿Que de qué me sirve? —El Viejo enarcó una ceja mientras miraba a Temple y Savian se desabotonaba el chaquetón, dejando caer las restantes armas una tras otra—. No me sirve de nada. He ahí la mismísima esencia de la caridad y del desapego por uno mismo.

Temple no podía hacer más que parpadear, por lo perplejo que se sentía.

—¿No estás diciéndome siempre que haga lo correcto? —le preguntó Cosca—. ¿Acaso no firmamos un contrato? ¿No hicimos nuestra la noble causa del Inquisidor Lorsen? ¿No lo llevamos a una alegre cacería por todo lo largo y ancho de esta lejana tierra olvidada de todos? Guarda silencio, Temple, te lo ruego. Jamás pensé en decirte esto, pero ahora estás coartando mi desarrollo moral. —Se volvió para decir—: Maese Savian, ¿tendría la amabilidad de subirse las mangas de la camisa?

Dominado por los tintineos que los mercenarios producían al moverse nerviosamente. Savian se aclaró la garganta, agarró el primer botón del cuello de la

camisa, lo desabrochó, y luego hizo lo mismo con los restantes, mientras que combatientes, buhoneros y putas observaban en silencio el desarrollo de aquel drama. Cuando se quitó la camisa y quedó desnudo de cintura para arriba, todos pudieron ver que su pálido cuerpo estaba cubierto desde el cuello hasta las manos con todo tipo de letras, grandes y menudas, de color azul, que, agrupadas en consignas, decían en una docena de idiomas: *Muerte a la Unión. Muerte al Rey. El único habitante bueno de las Tierras del Medio es el que está muerto. Nunca te arrodilles. Nunca te rindas. Sin perdón. La paz, jamás. Libertad. Justicia. Sangre.*

—Sólo le pedí que nos enseñara los brazos —musitó Cosca—, pero comprendo la intención.

—¿Y si les dijera que no soy Conthus? —Savian sonreía sin ganas.

—No le creeríamos. —El Viejo echó un vistazo a Lorsen, que miraba fijamente a Savian con furia reconcentrada—. De hecho, no lo creo en absoluto. ¿Alguna objeción, maese Sweet?

Sweet parpadeó al ver junto tanto metal afilado y optó por el camino fácil.

—No. Estoy tan sorprendido como todos por este giro inusitado de los acontecimientos.

—Debería sorprenderse de saber que ha estado viajando con un asesino de masas todo este tiempo. —Cosca hizo una mueca—. Bueno, más bien con dos, ¿no, maese Lamb? —El norteño aún seguía agarrando el espetón como si ningún acero apuntase en su dirección—. ¿Algo que decir respecto a su amigo?

—He matado a la mayoría de mis amigos —respondió Lamb con la boca llena—. Sólo vine a buscar a los niños. Lo demás sólo es barro.

Cosca se apretó el peto con una mano, como si lamentase lo sucedido.

—Me he encontrado en su posición, maese Savian, y simpatizo completamente con usted. Al final, todos estamos solos.

—Este mundo es una mierda —dijo Savian, mirando siempre al frente.

—Prendedlo —ordenó Lorsen, y sus Practicantes saltaron como perros a los que se les acabase de quitar la correa. Durante un momento dio la impresión de que la mano de Shy iba lentamente hacia su cuchillo. Lamb la agarró con la que tenía

libre, mirando al suelo mientras los Practicantes se dirigían al fuerte llevando a Savian consigo. El Inquisidor Lorsen los siguió hasta que entraron en él, volviéndose con una sonrisa siniestra antes de cerrar su puerta de golpe.

Cosca meneó la cabeza.

—Ni siquiera me ha dado las gracias. Hacer el bien no conduce a nada, Temple, como siempre te he dicho. ¡A la cola, muchachos, ha llegado el momento del recuento!

Después de que la excitación producida por la detención de Savian comenzara a desvanecerse, Brachio y Dimbik comenzaron a moverse para que los mercenarios hiciesen cola, aunque a regañadientes. Temple miró a Shy y ella le miró a él, ¿qué otra cosa podían hacer?

—¡Necesitamos sacos y cajas! —exclamaba Cosca—. Abrid el carruaje e instalad una mesa para comenzar el recuento. Una puerta colocada encima de un caballete bastará. ¡Sworbreck, coge pluma, tinta y un libro de cuentas! ¡Aunque ahora no escribirás lo que acostumbras, tu trabajo no será por ello menos honorable!

—Me siento profundamente honrado —dijo el escritor con voz cascada, aunque parecía sentirse un tanto incómodo.

—Mejor nos vamos. —Dab Sweet se había abierto paso hasta el carruaje y miraba hacia arriba—. Creo que debemos llevar a los niños de vuelta a Arruga.

—Por supuesto, amigo mío —dijo Cosca, regalándole una de sus muecas—. Le echaremos mucho de menos. Sin sus habilidades —y no digamos sin las de maese Lamb— el trabajo hubiera sido casi imposible de hacer. Las historias que se contaban de él al final no eran tan exageradas, ¿no te parece, Sworbreck?

—Eran leyendas hechas carne, capitán general —musitó el escritor.

—Habrá que dedicarles un capítulo. ¡Quizá dos! Que usted y sus compañeros tengan la mejor de las suertes. ¡Le recomendaré donde quiera que vaya! —Y Cosca se volvió, como dando por concluido aquel asunto.

Sweet miró a Temple, que se limitó a encogerse de hombros. Ninguno de ellos podía hacer nada por el otro.

El viejo explorador se aclaró la garganta para comentar:

—Aún queda el asunto del porcentaje de las ganancias. Si recuerdo bien, hablamos de un veinte...

—¿Y qué hay del mío? —Cantliss se abría paso a codazos hacia donde estaba Sweet y se le quedaba mirando fijamente—. ¡Fui yo quien dijo que allí arriba habría rebeldes! ¡Fui yo quien reveló la existencia de esos bastardos!

—¡Pues claro que sí! —dijo Cosca—. ¡Eres un auténtico maestro en el robo de niños y te debemos todo nuestro éxito!

Los ojos inyectados en sangre de Cantliss se animaron con un destello de codicia.

—¿Entonces... cuánto se me debe?

Amistoso se acercó a él por detrás y deslizó inocentemente un lazo alrededor de su cabeza. Mientras Cantliss miraba a todos lados, Amistoso tiró con todo su peso de la cuerda, que antes había pasado por encima de la viga que salía por una de las fachadas de la torre en ruinas. El cáñamo crujió cuando el bandido dejó de hacer pie. En una de sus patadas, parte del contenido del tintero llegó al libro de Sworbreck, que, con la cara tan blanca como la cera, perdió el equilibrio cuando Cantliss, cuyos ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas, intentó quitarse el lazo con la mano rota.

—¡Pagado! —exclamó Cosca. Unos cuantos mercenarios lanzaron gritos de júbilo. Un par de ellos rieron. Otro le lanzó el corazón de una manzana y falló. La mayoría apenas enarcaron una ceja.

—Oh, Dios —musitó Temple, tirándose de los botones y mirando las planchas manchadas de brea que pisaba. Pero aún podía ver la sombra de Cantliss, que seguía moviéndose.

Amistoso enrolló la cuerda varias veces en un tocón y luego la aseguró en él. Hedges, que se había ido acercando hasta el carruaje, se aclaró la garganta y se retiró cuidadosamente, ya sin sonreír. Shy escupió por el hueco que tenía entre los dientes y se dio la vuelta. Lamb siguió mirando hasta que Cantliss dejó de retorcerse, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada que antes había pertenecido al Pueblo del Dragón. Luego miró, ceñudo, la puerta por la que habían sacado a Savian y lanzó al suelo el hueso completamente pelado del pollo.

—Diecisiete veces —dijo Amistoso, enarcando las cejas.

—Diecisiete veces ¿qué? —preguntó Cosca.

—Las que ha pataleado. La última no cuenta.

—La última fue más un espasmo —observó Jubair.

—¿Diecisiete son muchas? —preguntó el Viejo.

—Más o menos la media —respondió Amistoso, encogiéndose de hombros.

Cosca miró a Sweet, levantando mucho sus cejas grises.

—¿Me decía algo de un porcentaje?

El viejo explorador, que observaba cómo se mecía Cantliss de un lado para otro, se aflojó el primer botón de la camisa y una vez más eligió el camino fácil.

—Ahora no lo recuerdo. Creo que regresaré a Arruga, si a usted no le importa.

—Como desee. —Más abajo, el primero de la cola abría su mochila para depositar en la mesa un reluciente montón de oro y de plata. El capitán general acarició la pluma de su sombrero y se lo encasquetó—. ¡Feliz viaje!

DE VUELTA

—¡ESE puto cabrón! —decía Sweet, golpeando con una vara la rama que colgaba sobre el camino y recibiendo una lluvia de nieve—. ¡Ese jodido de Pollacomo Melacasca[º]! ¡Ese bastardo y viejo cabrón!

—Me parece que eso lo has dicho antes —musitó Shy.

—Dijo «puto cabrón» —afirmó Roca Llorona.

—Me he confundido —dijo Shy—. Son dos cosas muy diferentes.

—¿No querrás joderme llevándome la contraria? —replicó Sweet.

—Claro que no —respondió Shy—. Por supuesto que es un redomado cabrón.

—Mierda... joder... mierda... joder... —Sweet azuzó a su caballo y golpeó los troncos de los árboles cuando pasó junto a ellos, por la rabia que sentía—. ¡Me desquitaré de ese bastardo comido por los gusanos, ya veréis!

—Déjalo estar —rezongó Lamb—. No puedes cambiar las cosas. Tienes que ser realista.

—¡Me robó mi maldito retiro!

—Aún respiras, ¿no es cierto?

—Eso es fácil de decir. —Sweet le miraba con cara de malas pulgas—. ¡Nunca perdiste una fortuna!

—He perdido muchas cosas. —Lamb le echó una mirada asesina.

Sweet cerró la boca por un instante, volvió a decir «¡joder!» por última vez y lanzó la vara entre los árboles.

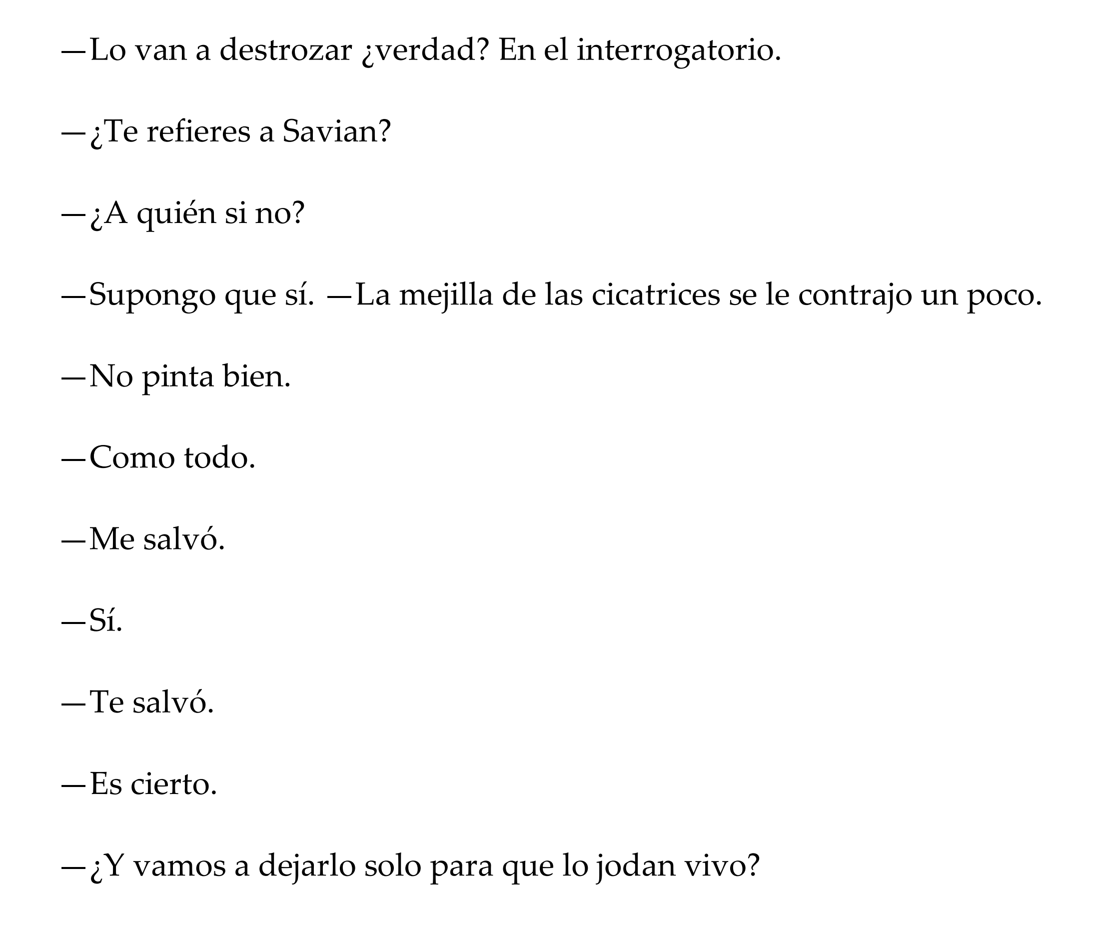
Reinaba una calma fría y agobiante. Las llantas de hierro del carro de Majud chirriaban, alguna pieza suelta del aparato de Cursnbick, que estaba en la parte de detrás, cubierto con una lona, golpeteaba, y los cascos de los caballos aplastaban la nieve de la carretera, llena de roderas por la gente que salía de Arruga para hacer negocio a cuenta de los mercenarios. Pit y Ro estaban echados en la parte trasera, tapados con una manta, con las caras juntas, durmiendo apaciblemente. Shy observó que se movían lentamente cada vez que el eje del carro se desplazaba.

—Creo que lo conseguimos —comentó ella.

—Sí —dijo Lamb, aunque no parecía muy contento—. Eso creo yo también.

Doblaron otro largo recodo y la carretera dejó de subir y bajar entre montañas para descender de manera uniforme, pasando cerca de un torrente medio helado por cuyas orillas corría el agua clara.

Aunque Shy no tuviera muchas ganas de hablar, como era de esas personas que necesitan librarse de los pensamientos que les rondan por la cabeza, decidió decir lo que le estaba dando vueltas por ella apenas salir de Almenara.



—Lo van a destrozar ¿verdad? En el interrogatorio.

—¿Te refieres a Savian?

—¿A quién si no?

—Supongo que sí. —La mejilla de las cicatrices se le contrajo un poco.

—No pinta bien.

—Como todo.

—Me salvó.

—Sí.

—Te salvó.

—Es cierto.

—¿Y vamos a dejarlo solo para que lo jodan vivo?

A Lamb se le volvió a contraer la cara y apretó con fuerza las mandíbulas mientras miraba, ceñudo, el paisaje que desfilaba ante él. A medida que las montañas quedaban atrás, los árboles comenzaron a escasear. La luna llena se recortaba contra el cielo salpicado de estrellas, llenando con su luz la meseta, cuya vasta extensión de tierra seca y matojos, medio oculta por la nieve que brillaba, no parecía que pudiese albergar ningún tipo de vida. En mitad de ella, tan recta como el filo de una espada, la franja blanca de una antigua carretera imperial, una cicatriz en el terreno que apuntaba hacia Arruga, se encajaba entre las apretadas colinas que se extendían hasta el horizonte.

El caballo de Lamb aminoró la marcha para ponerse al paso y luego se detuvo.

—¿Quieres que hagamos un alto? —preguntó Majud.

—Me dijiste que siempre serías mi amigo —respondió Lamb.

El comerciante pestañeó.

—Y lo dije en serio.

—Quiero que sigas. —Lamb se volvió en la silla para mirar hacia atrás. A su espalda, en algún lugar situado en lo alto de las sinuosas y arboladas colinas, acababa de percibir la luz de un fuego. La enorme hoguera que los mercenarios habían hecho en el centro de Almenara para iluminar sus festejos—. Tienes una buena carretera y mucha claridad. Si viajas toda la noche sin parar, mañana, poco antes del anochecer, llegarás a Arruga.

—¿Por qué tanta prisa?

Lamb respiró profundamente, miró el cielo estrellado y, con un suspiro que más parecía un gruñido, expulsó el aire, que se condensó enseguida.

—Porque tendremos problemas.

—¿Vamos a regresar? —preguntó Shy.

—Tú no. —La sombra del sombrero ocultó su rostro cuando la miró con ojos brillantes—. Yo sí.

—¿Cómo?

—Vosotros os lleváis a los niños, y yo regreso.

—Todo este tiempo sabías que ibas a volver ¿verdad?

Lamb asintió.

—Sólo querías que estuviésemos lejos.

—He tenido muy pocos amigos. De hecho casi ninguno. Podría contarlos con los dedos de una mano. —Levantó la mano izquierda y miró el muñón del dedo que le faltaba—. Incluso con los de ésta. Así tiene que ser.

—No tiene por qué ser así. No dejaré que vayas solo.

—Sí que me dejarás. —Acercó su caballo lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. ¿Sabes lo que sentí cuando, tras bajar de aquella colina, vi que habían quemado la granja? ¿Lo primero que sentí, antes de que el miedo y la ira me dominasen?

Shy tragó saliva, sintiendo la boca súbitamente seca, pues no quería responder, pero tampoco conocer la respuesta.

—Alegría —susurró Lamb—. Alegría y alivio. Porque sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Lo que tenía que ser. Sabía perfectamente que debía poner fin a diez años de mentiras. Shy, un hombre tiene que ser lo que es. —Volvió a mirar su mano y cerró los cuatro dedos—. No... siento el *mal* dentro de mí. Pero las cosas que he hecho, ¿cómo las llamarías?

—Tú no eres malvado —dijo ella en voz baja—. Sólo eres...

—Si no hubiese sido por Savian, te habría matado en aquellas cuevas. A ti y a Ro.

Shy tragó saliva. Lo sabía demasiado bien.

—Y si no hubiese sido por ti, no hubiéramos podido rescatar a los niños.

Lamb miró a Ro, que pasaba un brazo alrededor de Pit. La pelusa que le cubría la cabeza se estaba oscureciendo y casi le tapaba el arañazo de la cabeza. Los dos habían cambiado mucho.

—¿De veras crees que los rescatamos? —preguntó, y su voz sonó ronca—. A veces pienso que fuimos nosotros quienes se perdieron.

—Yo sigo siendo la que era antes.

Lamb asintió, pero sin mirarla. A Shy le pareció que los ojos le brillaban porque estaba a punto de llorar.

—Tú quizá lo seas. Pero yo no estoy seguro de poder volver a encontrarme. —Se inclinó en la silla de montar y la abrazó—. Te quiero. Y también los quiero a ellos. Pero ese amor es un peso que debo llevar conmigo. Te deseo la mejor de las suertes, Shy. De veras. —Y entonces la soltó, dio media vuelta a su caballo y se alejó, siguiendo el rastro que habían dejado y que le llevaría de vuelta hasta los árboles, las colinas y lo que había más allá.

—¿Qué demonios pasó con eso de ser realista? —le preguntó Shy, a gritos.

Lamb se detuvo un instante, una silueta solitaria en el claro de luna.

—Siempre me pareció buena idea, pero, para ser honesto, creo que, en mi caso, nunca funcionó.

Shy se dio la vuelta lentamente, sintiéndose entumecida. Y avanzó por la meseta, siempre siguiendo al carro, a los trabajadores de Majud, a Sweet y a Roca Llorona, mirando la blanca carretera que tenía delante, pero sin ver nada, lamiendo con la punta de la lengua el hueco que tenía entre los dientes y sintiendo el frío aire de la noche en el pecho cada vez que respiraba. Frío y vacuidad. Pensando en lo que Lamb le había dicho. En lo que ella le había dicho a Savian. Pensando en la larguísima distancia que había recorrido durante los últimos meses y en los peligros a los que se había enfrentado para llegar tan lejos, sin saber si lo conseguiría. Así tenía que ser.

El problema venía a ser que, cuando la gente le decía a Shy cómo tenían que ser las cosas, ella comenzaba a pensar en hacerlas de otra manera.

Cuando el carro pasó por encima de un bache, Pit se despertó por el golpe. Se incorporó, parpadeó, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Lamb?

Y Shy aflojó las riendas y puso su caballo al paso, para luego entrar y

sentarse a su lado.

Majud le echó una mirada por encima del hombro.

—¡Lamb dijo que no nos detuviéramos!

—¿Siempre haces lo que te dice? ¿Acaso es tu padre?

—Supongo que no —respondió el comerciante, tirando de las riendas.

—Pero sí que es el mío —musitó Shy. Por fin lo comprendía. Quizá no fuese el padre que quería, pero seguía siendo el único que había tenido. El único que los tres habían tenido. Ya tenía bastantes remordimientos para vivir con otro más.

—Tengo que volver —dijo.

—¡Es una locura! —dijo Sweet, que cabalgaba cerca de ella—. ¡Una maldita locura!

—No lo dudo. Y tú vendrás conmigo.

Silencio.

—¿Ignoras que nos estarán esperando más de cien mercenarios, todos ellos asesinos...?

—El Dab Sweet del que hablan las historias no se habría asustado por unos cuantos mercenarios.

—Por si no lo sabes, el Dab Swet del que hablan las historias no es muy parecido al que ahora lleva puesto encima este abrigo.

—Había oído que sí lo era. —Se acercó a él y cogió su caballo por las riendas—. Que era todo un hombre.

—Es cierto —dijo Roca Llorona, asintiendo lentamente.

Sweet miró malhumorado a la vieja Fantasma y luego a Shy y, entonces, paulatinamente, se derrumbó en la silla de montar y comenzó a rascar su barba encanecida.

—Solía serlo. Cuando eres joven, los sueños siempre van por delante de ti. Y nunca sabes por qué. Un día eres algo muy prometedor y lleno de desafíos, y te sientes tan grande que el mundo te parece demasiado pequeño para vivir en él. Y entonces, antes de que te des cuenta, te has hecho viejo y comprendes que todo lo que pensabas hacer quedará en nada. Todas aquellas puertas que te parecían demasiado grandes para pasar por ellas ya se han cerrado. Sólo sigue abierta una, y sabes que no te llevará a ningún sitio. —Se quitó el sombrero para rascarse la blanca cabellera con sus uñas llenas de mugre—. Pierdes el valor. Y después de que lo pierdes, ya no sabes encontrarlo. Estoy asustado, Shy Sur. Y cuando estás asustado, ya no hay vuelta atrás, no hay...

Shy le agarró por el abrigo de piel y lo acercó a ella.

—No voy a abandonar de esta manera, ¿me estás escuchando? ¡Joder! ¡No lo voy a permitir! Ahora necesito al malnacido que mató un oso pardo con sus propias manos en la cabecera del Sokwaya, le guste o no. ¿Me has oído, vieja cagarruta?

—Te oigo. —Sweet parpadeó durante un instante.

—¿Y bien? ¿Quieres arreglar tus diferencias con Cosca o prefieres pasar lo que te queda de vida maldiciendo?

Roca Llorona se había acercado hasta ellos.

—Quizá deberías hacerlo por Leef —dijo—. Y por todos los que se quedaron en las llanuras.

Sweet se quedó mirando un largo rato su rostro curtido por la intemperie, y, por algún motivo, su mirada pareció extraña y atormentada. Entonces torció los labios en un rictus y le preguntó:

—¿Cómo es posible que tu rostro siga pareciéndome tan hermoso después de tanto tiempo?

Roca Llorona se limitó a encogerse de hombros, como si sus palabras sólo expusieran lo evidente, y se metió la pipa en la boca, apretándola con fuerza.

Sweet se enderezó y apartó la mano de Shy. Se alisó el abrigo. Se agachó y escupió. Luego, entornando los ojos y mirando a Almenara en la lejanía, echó la barbilla hacia delante y dijo:

—Si me matan, merodearé alrededor de ese culo huesudo tuyo por el resto de tu vida.

—Si te matan... no creo que mi vida pueda durar mucho más tiempo. —Shy se dejó caer de la silla y caminando con dificultad por las piernas entumecidas se acercó hasta el carro para ver a Ro y a Pit—. Tengo que ocuparme de un asunto —dijo, poniendo despacio sus manos en los hombros de los niños—. Seguiréis con Majud. Aunque sea un poquito gruñón, es muy buena persona.

—¿Adónde vas? —preguntó Pit.

—Me he olvidado una cosa.

—¿Tardarás mucho?

—Creo que no. —Shy esbozó una sonrisa—. Lo siento, Ro. Siento mucho todo lo que ha pasado.

—Yo también —dijo Ro. Al menos ya era algo. Era todo lo que podría sacar de ella.

Tocó a Pit en una mejilla. Apenas una caricia con las yemas de los dedos.

—Os veré en Arruga. Casi ni os daréis cuenta de que me he ido.

Ro sorbió por la nariz, adormilada y molesta, y no quiso mirarla a los ojos, mientras que Pit se la quedó mirando con la cara surcada de lágrimas. Se preguntó si, realmente, volvería a verlos en Arruga. La locura era llegar hasta allí para dejar que se fueran, como decía Sweet. Pero no era el momento de dilatar la despedida. En ocasiones, como Lamb solía decir, es mejor hacer lo que sea que no hacerlo y vivir con miedo.

—¡En marcha! —exclamó, dirigiéndose a Majud antes de que volviera a cambiar de parecer. Majud asintió, tiró de las riendas y el carro se puso en marcha.

—Es mejor hacerlo —susurró al cielo nocturno, y luego gateó hasta la silla, hizo dar media vuelta a su caballo y lo azuzó con los talones.

PLEGARIAS ATENDIDAS

TEMPLE estaba bebiendo. Bebía como cuando murió su mujer. Como si hubiera algo en el fondo de la botella que necesitase desesperadamente. Como si fuera una carrera de la que dependiese su vida. Como si la de bebedor fuese una profesión en la que quisiera llegar hasta lo más alto. ¿Acaso no lo había intentado con todas las demás que había tenido?

—Deberías parar —dijo Sworbreck, mirándole preocupado.

—Y tú comenzar —repuso Temple, echándose a reír aunque nunca hubiese tenido menos ganas de hacerlo que en aquel momento. Eructó y, al sentir una arcada, la eliminó echándose otro trago.

—Tienes que contenerte —dijo Cosca, que en absoluto se contenía—. Beber es un arte, no una ciencia. Acaricias la botella. La seduces. La enamoras. Un trago... un trago... un trago... —Y a cada una de estas palabras lanzaba besos al aire y parpadeaba de manera exagerada—. Beber es como... el amor.

—¡Qué cojones sabrás tú del amor!

—Más de lo que me gustaría —respondió el Viejo con una mirada lejana en sus ojos amarillentos, para acto seguido lanzar una risotada llena de amargura—. Los hombres despreciables siguen amando, Temple. Siguen teniendo penas. Siguen intentando reponerse de sus heridas. Quizá más que los demás. —Le dio una palmada en el hombro que le hizo atragantarse y toser lastimeramente—. ¡Pero no nos pongamos sensibleros! ¡Somos ricos, muchacho! Muy ricos. Y los ricos no tienen por qué disculparse. Iremos a Visserine. Para recuperar lo que perdí. Lo que me robaron.

—Lo que desaprovechaste —dijo Temple, con voz tan débil que Cosca no pudo escucharlo entre el clamor general.

—Sí —replicó el Viejo, que seguía ensimismado—. Dentro de poco habrá sitio para un nuevo capitán general. —Movió un brazo para abarcar la estancia llena de ruido, de personas y de calor sofocante—. Todo esto será tuyo.

Era como si en un tugurio de una sola planta se sucediesen al tiempo varias escenas del más puro libertinaje, enmarcadas en una atmósfera apenas iluminada que estuviese cargada con el humo de *chagga* y dominada por las risotadas y las conversaciones mantenidas en diferentes idiomas. Dos norteños enormes luchaban entre sí, quizá para divertirse o quizá para matarse el uno al otro, ahuyentando a la gente a su alrededor. Dos súbditos de la Unión y uno del Imperio se quejaban ostensiblemente, porque otros habían decidido ocupar su mesa para jugar a las cartas, amontonando en ella toda suerte de monedas y de botellas que se desplomaban continuamente. Tres estirios, que se encontraban en un feliz duermevela, se fumaban una pipa de humo encima del colchón reventado que estaba en un rincón. Amistoso estaba sentado con las piernas cruzadas, tirando los dados una y otra vez en el hueco creado entre ellas y frunciendo el ceño con feroz concentración, como si las respuestas a todas las preguntas estuvieran a punto de aparecer en sus doce caras.

—Un momento —musitó Temple, pues su mente ebria acababa de captar el significado de las palabras de Cosca—. ¿Mío?

—¿Quién está mejor cualificado que tú? Querido mío, ¡te ha enseñado el mejor! Temple, te pareces muchísimo a mí, siempre lo he dicho. *Los grandes hombres marchan, a menudo, en la misma dirección*. ¿No lo dijo Stolicus?

—¿Los grandes hombres como tú? —susurró Temple.

Cosca se dio una palmada en la grasienta cabellera gris.

—Cerebro, muchacho, tú tienes cerebro. Tu moral puede ser un poco rígida en ocasiones, pero ya se irá haciendo más dúctil a medida que tengas que decidir sobre la marcha. Hablas bien y conoces el punto flaco de la gente. Pero, sobre todo, conoces la *ley*. La política de mano dura se está quedando anticuada. No quiero decir que nunca haya que emplearla, pero la ley, Temple, será imprescindible para conseguir la riqueza.

—¿Y qué hay de Brachio?

—Tiene familia en Puranti.

—¿De veras? —Temple parpadeó mientras intentaba localizar a Brachio, al que encontró al otro extremo de la habitación, donde abrazaba con ganas a una voluminosa mujer kantic—. Nunca lo mencionó.

—Una esposa y dos hijas. ¿Quién habla de su familia con una chusma como nosotros?

—¿Y Dimbik?

—¡Bah! Carece de sentido del humor.

—¿Y Jubair?

—Más loco que una cabra.

—Pero no soy un soldado, sino ¡un maldito cobarde!

—Algo admirable en un mercenario. —Cosca echó hacia delante la barbilla y se rascó el cuello lleno de sarpullido con el dorso de sus uñas amarillentas—. Yo mismo he terminado desarrollando un saludable respeto por el peligro. No es que tú vayas a blandir el acero. El trabajo consiste en hablar, *bla, bla, bla*, y en ponerse sombreros grandes. En eso y en saber cuándo no mantener la palabra dada. —Agitó un dedo de nudillos prominentes—. Siempre me dejaba llevar por las emociones. Y era tremendamente leal. Pero tú, Temple..., eres un bastardo traicionero.

—¿Lo soy?

—Me abandonaste cuando te convenía e hiciste nuevos amigos. Y luego, cuando volvió a convenirte, los abandonaste y regresaste tranquilamente, casi diciendo «con la venia».

Temple parpadeó al escucharle, diciendo luego:

—Porque pensaba que me matarías si no lo hacía.

—¡Menudencias! —Cosca movió la mano como si quisiera quitarle importancia—. Ya hacía mucho que había pensado en ti para que me sucedieses.

—Pero... si nadie me respeta.

—Porque tú tampoco te respetas a ti mismo. Dudas, Temple. Falta de decisión. Todo te preocupa demasiado. Antes o después tendrás que hacer algo, o nunca harás nada. Y, cuando lo hagas, serás un magnífico capitán general. Uno de los grandes. Mejor que yo. Mejor que Sazine. Mejor, incluso, que Murcatto. Pero tendrás que beber menos. —Cosca lanzó su botella vacía, le quitó a otra el corcho

con los dientes y lo escupió—. Maldito hábito.

—No quiero seguir haciendo esto por más tiempo —susurró Temple.

—Eso es lo que dices constantemente — repuso Cosca—, pero aquí sigues.

—Voy a echar una meada —dijo Temple, y salió dando tumbos.

El aire frío le abofeteó con tanta fuerza que estuvo a punto de chocar con uno de los guardias, y se sintió avergonzado por no estar sobrio. Tropezó con un costado del enorme carruaje del Superior Pike, pensando en la fortuna que se encontraba al alcance de su mano, dejó atrás los caballos que se agitaban, cuyo aliento se condensaba al escapar de sus morrales, dio unos cuantos pasos en dirección a los árboles, sintiendo cómo se hundían sus botas en la nieve, y cuando los sonidos de los juerguistas quedaron atrás, arrojó su botella contra la nieve helada y se desabrochó la bragueta con dedos entumecidos. Maldición, seguía haciendo frío. Se inclinó hacia atrás y miró al cielo, observando que las estrellas que brillaban daban vueltas y bailaban más allá de las ramas que estaban a oscuras.

El Capitán General Temple. Se preguntó qué hubiera dicho el Haddish Kahdia al escuchar aquellas palabras. Se preguntó qué pensaría Dios. ¿Cómo había llegado a aquello? ¿Acaso no había tenido siempre buenas intenciones? Siempre había intentado hacer lo mejor.

Pero hacer lo mejor, en él, nunca había valido nada.

—¿Dios? —preguntó con voz chillona, mirando al cielo—. ¿Estás ahí arriba, bastardo? —Después de todo, quizá Él no fuera más que un matón, como lo presentaba Jubair—. Sólo... te pido una señal, ¿me la darás? Sólo una pequeñita. Para que me guíe por el buen camino. Sólo... un empujoncito.

—Yo te daré un empujoncito.

Se quedó helado durante un instante, aún goteando.

—¿Dios? ¿Eres tú?

—No, necio. —La nieve crujió cuando alguien sacó de la nieve la botella que acababa de tirar.

—Pensé que te habías marchado —dijo Temple, volviéndose.

—He vuelto. —Shy inclinó la botella y se echó un trago. Tenía media cara a oscuras, y la otra media, iluminada por la parpadeante luz de la fogata del campamento—. Pensé que nunca saldrías de ahí —comentó, pasándose una mano por los labios.

—¿Me estabas esperando?

—Un buen rato. ¿Estás borracho?

—Sólo un poco.

—Eso nos viene bien.

—A mí sí.

—Ya lo veo —dijo ella, mirándole de soslayo.

Temple cayó en la cuenta de que tenía la bragueta abierta, y comenzó a abrochársela.

—Si estabas apurada por verme la polla, podías haberlo dicho.

—Aunque no pongo en duda su impresionante belleza, he venido por otra cosa.

—¿Hay alguna ventana por la que alguien tiene que saltar?

—No. He venido porque puedo necesitar tu ayuda.

—¿Puedes necesitarla?

—Si las cosas salen bien, puedes volver a ahogar tus penas.

—¿Te salen bien las cosas muy a menudo?

—La verdad es que no.

—¿Será peligroso?

—Un poco.

—¿Sólo un poco?

—No. —Shy se echó otro trago—. Mucho.

—¿Tiene que ver con Savian?

—Un poco.

—Oh, Dios —musitó, rascándose el caballete de la nariz y deseando que el mundo siguiera tan oscuro como estaba. Las dudas, ahí estaba el problema. La indecisión. Preocuparse demasiado. Le habría gustado estar menos borracho. Y a continuación quiso estarlo más. ¿No había pedido una señal? Nunca había esperado recibirla.

—¿Qué necesitas? —preguntó con voz muy débil.

FINAL ABRUPTO

EL PRActicante Wile deslizó un dedo por debajo de la máscara para rascarse la pequeña marca que le estaba dejando en la cara. Aunque no fuese la peor parte del trabajo, se le acercaba.

—Ya está —dijo, volviendo a colocar sus naipes como si aquel simple movimiento bastara para mejorar la mano que le había tocado—. Creo que ella sale con alguien.

—Si sabe lo que le conviene...—replicó Pauth, rezongando.

Wile estuvo a punto de dar un golpe en la mesa, pero luego, pensando que podía hacerse daño en la mano, se contuvo.

—¡A esto me refería cuando hablaba de minar la moral! ¡Se supone que todos debemos mirar unos por otros, pero vosotros siempre me replicáis!

—Ninguno de los juramentos que pronuncié decía nada de que no pudiera replicarte —dijo Pauth, arrojando una pareja de naipes y cogiendo otros dos de la parte inferior del mazo.

—Lealtad a Su Majestad y obediencia a Su Eminencia —apostilló Bolder—, así como castigar cualquier traición de manera despiadada, pero nada respecto a respetar a nadie.

—No hubiera estado mal que hubiese hecho referencia a lo último —dijo Wile, que volvía a reordenar su lastimosa mano.

—Confundes cómo es el mundo con cómo te gustaría que fuera —comentó Bolder—. Una vez más.

—Sólo pido un poco de solidaridad. Todos estamos metidos en el mismo bote que hace agua.

—Pues entonces comienza a achicarla y deja de gemir y de quejarte. —Pauth

tenía una buena rozadura debajo de la máscara—. Hasta ahora es lo único que has hecho. La comida. El frío. El picor de la máscara. Tu novia. Mis ronquidos. Los hábitos de Bolder. El temperamento de Lorsen. Es más que suficiente para exasperar a cualquiera.

—Como si la propia vida no fuera ya suficientemente exasperante —dijo Ferring, que, sin participar en el juego, llevaba casi cerca de una hora con las botas encima de la mesa. Ferring parecía muy a gusto sin hacer nada.

Pauth le miró enfadado.

—Pues tus botas son bastante exasperantes.

Ferring le devolvió la mirada. Fue como si le traspasara con sus ojos azules.

—Las botas son botas.

—¿Las botas son botas? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Las botas son botas?

—Si no tenéis nada que decir que valga la pena, entonces será mejor que no digáis nada. —Bolder movió el tocón que tenía por cabeza en dirección al prisionero—. Arrancad una página de su libro[10]. —Aquel viejo no había contestado a ninguna de las preguntas de Lorsen. Y apenas había hecho más que gruñir cuando lo quemaban con hierros al rojo, limitándose a mirar con ojos entornados cómo humeaba su carne cuando le quemaban los tatuajes.

Ferring miró fijamente a Wile.

—¿Crees que resistirías una quemadura tanto como él?

Wile no le contestó. No le gustaba imaginarse soportando una quemadura. Tampoco le gustaba hacerle una quemadura a nadie, por muchos juramentos que hubiera pronunciado y por muchas matanzas, traiciones y masacres que aquel hombre hubiese perpetrado. Una cosa es perorar acerca de la justicia a miles de kilómetros de distancia, y otra, apretar un metal al rojo contra la carne de quien sea. No le gustaba imaginarse nada de todo aquello.

Entrar a formar parte de la Inquisición supone tener un trabajo estable, le había dicho su padre. *Mejor hacer preguntas que tener que dar respuestas, ¿verdad?* Y los dos se habían reído, aunque Wile no lo encontrase divertido. Solía reírle a su padre todas las gracias, aunque muy pocas le resultaran divertidas. Pero en aquellos

momentos no le habría reído ninguna. Aunque quizá se estuviera tomando las cosas demasiado en serio. Tenía esa fea costumbre.

En ocasiones, Wile se preguntaba cómo podía ser justa una causa que se basaba en quemar, herir o mutilar a la gente. Y cuando miraba las cosas con perspectiva, ¿por qué sería que aquellas prácticas no le parecían propias de personas que se ufanaban de ejercer la justicia? Además, apenas producían resultados satisfactorios. A menos que el dolor, el miedo, el odio y la mutilación fuesen lo que estaban buscando. Quizá *fuesen*, realmente, lo que buscaban.

En ocasiones, Wile se preguntaba si la tortura no daba lugar a la misma deslealtad que debía perseguir; pero ese pensamiento se lo guardaba para sí. Porque, aunque haga falta tener coraje para dirigir una carga, al menos, hay gente que le sigue a uno. Pero se necesita un coraje de otro tipo, un coraje que no suele darse, para ponerse de pie solo y declarar: «No me gusta nuestra manera de hacer las cosas». Sobre todo ante un grupo de torturadores. Wile no tenía ese tipo de coraje. Sólo hacía lo que le ordenaban sin intentar pensar en ello, mientras se preguntaba cómo sería trabajar en algo en lo que creyese.

Ferring no tenía ese problema. Le gustaba aquel trabajo. Podía verlo en aquellos ojos suyos, tan azules. Sonrió al mirar al hombre lleno de tatuajes y dijo:

—No creo que siga encajando tan bien las quemaduras cuando lo llevemos de vuelta a Starikland. —El prisionero siguió sentado, observándolos, moviendo sus costillas llenas de tatuajes azules cada vez que respiraba con dificultad—. Quedan muchas noches entre este momento y aquel. Y quizá muchas quemaduras. Claro que sí. Estoy por asegurar que para entonces se comportará mejor y será mucho más comunicativo...

—Creo haberte sugerido antes que cerrases la boca —dijo Bolder—. Ahora estoy pensando en dejarme de sugerencias y ordenártelo. ¿Qué te...?

Alguien llamó a la puerta. De hecho, llamaron tres veces seguidas. Los Practicantes se miraron unos a otros, enarcando las cejas. Lorsen, que volvía para hacerle más preguntas. En cuanto a Lorsen se le ocurría una pregunta, no estaba dispuesto a esperar para recibir la respuesta.

—¿No vas a abrir? —Pauth le preguntaba a Ferring.

—¿Por qué tengo que abrir yo?

—Porque estás más cerca.

—Pero tú eres el más bajo.

—¿Y eso qué cojones tiene que ver?

—Nada, pero me parecía divertido decirlo.

—¡Pues a lo mejor a mí me resulta divertido meterte este cuchillo por el ojete! —dijo Pauth, sacando un cuchillo de una de sus mangas como por arte de magia. ¡Cuánto le gustaba hacerlo! Lo tenía a gala.

—A ver, vosotros dos, niños, ¿queréis cerrar el pico, *por favor*? —Bolder tiró las cartas boca abajo encima de la mesa, levantó su corpachón de la silla y apartó el cuchillo de Pauth con una mano—. Vine hasta aquí para descansar de mis condenados hijos, no para tener que preocuparme por otros tres.

Wile reordenó sus naipes una vez más, preguntándose si podría ganar. Una victoria, ¿era mucho pedir? Pero con una mano tan mala... Como su padre siempre le decía, *no hay manos malas, sino jugadores malos*; pero Wile no estaba de acuerdo.

Volvieron a llamar.

—¡Ya voy! —dijo Bolder a regañadientes, mientras movía los cerrojos—. No creo que...

Se escuchó un golpe. Cuando Wile levantó la cabeza para ver qué pasaba, Bolder salió disparado contra la pared y una silueta se abrió paso. Le pareció excesivo, aunque hubieran tardado un poco en abrir. Supuso que Bolder pensaba lo mismo, porque ya abría la boca para quejarse. Pero cuando comprobó que por ella no salían palabras sino un borboteo de sangre, se asustó. Y entonces vio el mango del cuchillo que sobresalía de su rolliza garganta.

Soltó los naipes.

—¿Eh? —dijo Ferring, e intentó levantarse. Pero sus botas le hicieron tropezar con la mesa. El que acababa de herir a Bolder no era Lorsen, sino el enorme norteño que había ido con ellos, el que estaba cubierto de cicatrices. Entró de una zancada en la habitación, apretando los dientes, y le metió a Ferring un cuchillo por la cara, clavándoselo hasta la empuñadura y aplastándole la nariz de paso, de suerte que un chorro de sangre salió por ella. El Practicante resolló, arqueó la

espalda y se desplomó encima de la mesa, lanzando por los aires naipes y monedas.

Wile se levantó a trompicones y el norteño, que tenía la cara llena de salpicaduras de sangre, se volvió para mirarle, sacó otro cuchillo de su chaquetón y...

—¡Alto! —dijo Pauth, entre dientes—. ¡O lo mato! —De alguna manera, había conseguido llegar hasta el prisionero y estaba arrodillado junto a la silla a la que lo habían atado, apretando un cuchillo contra su cuello. Pauth siempre había sido rápido a la hora de pensar. Algo bueno tenía que tener.

Bolder, que había ido deslizándose por la pared hasta llegar al suelo, emitía un quejido mientras su sangre comenzaba a formar un charco.

Wile fue consciente de que llevaba un rato sin respirar y dio una boqueada.

La mirada de aquel norteño cosido de cicatrices fue de Wile a Pauth, y viceversa. Luego se enderezó ligeramente y bajó poco a poco la espada.

—¡Busca ayuda! —dijo Pauth, metiendo los dedos entre la cabellera gris del prisionero y echando su cabeza hacia atrás, pero sin apartar la punta del cuchillo de su cuello—. Yo me encargo de esto.

Wile, cuyas rodillas apenas podían sostenerle, rodeó al norteño y apartó una de las cortinas de cuero que dividían las escaleras del fuerte, intentando mantenerse todo lo lejos de él que podía. Resbaló con la sangre de Bolder y estuvo a punto de caer al suelo. Consiguió salir por la puerta, que seguía abierta, y echó a correr.

—¡Socorro! —chillaba—. ¡Socorro!

Uno de los mercenarios bajó la botella de la que estaba bebiendo y bizqueó al verle. La celebración comenzaba a llegar a un punto muerto, en el que las mujeres reían y los hombres cantaban, gritaban y se movían de un lado para otro como si estuviesen adormilados, sin disfrutar realmente, pero sin poder parar, como un cadáver que sufriese contracciones, y todo ello bajo la miserable iluminación proporcionada por la fogata que seguía chisporroteando. Wile resbaló en el barrizal, se levantó dando traspiés y se quitó la máscara para poder gritar más alto.

—¡Socorro! ¡El norteño! ¡El prisionero!

Un mercenario le señaló con el dedo y se rió, otro le dijo que cerrase el pico, y

otro vomitó encima de una tienda, mientras Wile intentaba encontrar a alguien capaz de poner orden en aquel desbarajuste. Entonces sintió que le agarraban con fuerza de un brazo.

—¿Qué farfullas? —Era el mismísimo general Cosca, cuyos ojos llorosos brillaban a la luz de la fogata. Una de sus mejillas hundidas, que estaba llena de sarpullido, relucía por los polvos blancos, de mujer, que la cubrían.

—¡El norteño! —decía Wile con voz chillona, agarrando al capitán general por la camisa llena de lamparones—. ¡Lamb! ¡Ha matado a Bolder! ¡Y a Ferring! —Y apuntó con un dedo tembloroso al fuerte—. ¡Allí!

Cosca no necesitó escuchar nada más para creerle. Así que arrojó la botella vacía y exclamó:

—¡El enemigo ha entrado en el campamento! ¡Rodead el fuerte! ¡Tú, cubre la puerta, y asegúrate de que nadie sale por ella! ¡Dimbik, que unos hombres rodeen la parte trasera! ¡Tú, suelta a esa mujer! ¡Y, vosotros, despojos, armaos!

Unos cuantos obedecieron a la carrera. Dos encontraron unos arcos y apuntaron con ellos hacia la puerta. Uno de ellos disparó accidentalmente una flecha que cayó en el fuego. Otros se quedaron mirando como atontados, o siguieron con la juerga, o sonrieron de manera aviesa, pensando ser objeto de alguna broma bien urdida.

—¿Qué diablos pasa? —Era Lorsen, que con los pelos alborotados acababa de echarse la negra casaca por encima de la camisa de dormir.

—Al parecer, nuestro amigo Lamb ha acudido al rescate de su prisionero —dijo Cosca—. Apartaos de esa puerta, idiotas. ¿Pensáis que es una broma?

—¿Rescate? —musitó Sworbreck, con las cejas levantadas y las gafas mal puestas, signo evidente de que acababan de sacarlo de la cama.

—¿Rescate? —Lorsen se lo preguntaba a Wile mientras le agarraba por el cuello de la camisa.

—Pauth mantiene preso... al prisionero. Intenta...

Una figura salió tambaleándose por la puerta del fuerte, que seguía abierta, y

dio unos cuantos pasos titubeantes. Los ojos que se veían a través de su máscara estaban muy abiertos mientras se llevaba las manos al pecho. Pauth. Cuando cayó con la cabeza por delante, la nieve que la rodeaba se volvió de color rosa.

—¿Decía usted? —dijo Cosca en tono burlón. Una mujer chilló y retrocedió, tapándose la boca con una mano. Con los ojos llenos de legañas, los mercenarios comenzaban a salir de tiendas y cabañas para cubrirse con ropa y partes de armadura, y coger de mala manera sus armas, mientras el aliento de todos ellos se condensaba por el frío.

—¡Aquí necesito más arcos! —dijo Cosca con un rugido, arañándose con las uñas el cuello lleno de sarpullido—. ¡Quiero que todo lo que asome por ahí quede hecho un acerico! ¡Echad a los malditos civiles!

Lorsen siseaba al hablarle a Wile en la cara.

—Conthus, ¿sigue vivo?

—Creo que sí... lo estaba cuando... cuando yo...

—¿Huí como un cobarde? ¡Póngase la máscara, maldición, es usted un desastre!

Probablemente, el Inquisidor tuviera razón, y Wile fuese un Practicante lamentable. Lo curioso era que él se sentía muy orgulloso de que pudiera tener razón.

—¿Puede oírme, maese Lamb? —preguntó Cosca mientras el sargento Amistoso le ayudaba a ponerse su oxidado peto dorado: una combinación de pompa y decadencia que resumía a la perfección su idiosincrasia.

—Sí. —La voz del norteño les llegaba desde la entrada del fuerte, que seguía a oscuras. Desde el día anterior, en que los mercenarios habían hecho su entrada triunfal en el campamento, lo más parecido al silencio reinaba por fin en él.

—¡No sabe lo contentos que estamos porque haya querido honrarnos una vez más con su presencia! —El capitán general movió una mano para que los arqueros medio vestidos que se agazapaban en las sombras rodeasen las cabañas—. ¡Si nos hubiera informado con tiempo de su llegada, le habríamos preparado una recepción mejor!

—Supongo que quería sorprenderlos.

—¡Apreciamos el gesto! ¡Pero quiero que sepa que aquí fuera dispongo de unos ciento cincuenta combatientes! —Cosca observó los arcos titubeantes, los ojos húmedos y las caras biliosas de los hombres de su Compañía—. Aunque buena parte de ellos estén muy bebidos, aún aguantan. ¡Y, por más que yo admire fervientemente las causas perdidas, no veo que le aguarde un final feliz!

—Nunca me importaron gran cosa los finales felices —gruñó Lamb. A Wile le maravilló que alguien pudiera parecer tan seguro en aquellas circunstancias.

—¡Ni a mí, pero quizá podamos agenciarnos uno usted y yo! —Con un par de gestos, Cosca envió a unos cuantos hombres más a ambos lados del fuerte y pidió otra botella—. ¿Por qué no dejamos las armas y sale usted para que discutamos todo este asunto como hombres civilizados?

—Tampoco me ha importado nunca mucho la civilización —dijo Lamb—. Creo que tendrá usted que venir.

—¡Maldito norteño! —musitó Cosca, quitando el corcho de la botella que acababan de llevarle y tirándolo—. Dimbik, ¿cuántos de tus hombres no están borrachos?

—Querías que estuviesen como cubas —dijo el capitán, que por las prisas se había puesto mal su fajín lleno de manchas.

—Pues ahora necesito que estén sobrios.

—Quizá los pocos que están de guardia.

—Pues que vengan.

—¡Y queremos a Conthus con vida! —terció Lorsen, casi ladrando.

—Lo intentaremos, Inquisidor —dijo Dimbik, haciendo una reverencia.

—Pero no podemos prometérselo. —Cosca se echó un largo trago de la botella sin apartar los ojos del fuerte—. ¡Haremos que ese bastardo norteño lamente haber vuelto!

—No deberías haber vuelto —decía Savian, refunfuñando mientras cargaba la ballesta.

Lamb abrió la puerta, pero sólo un poco para mirar por el resquicio.

—Ya comienzo a lamentarlo. —Un golpe seco, astillas y la brillante punta de una saeta que asoma entre las planchas de madera. Lamb echó la cabeza hacia atrás y cerró la puerta de una patada—. No ha salido como esperaba.

—Se podría decir lo mismo de casi todo en la vida.

—En la mía, desde luego. —Lamb agarró el cuchillo que el Practicante tenía clavado en el cuello y lo extrajo de un tirón, limpiándolo en la pechera de la casaca negra del muerto antes de lanzárselo a Savian, que lo atrapó en el aire y lo metió en su cinturón.

—Uno nunca tiene demasiados cuchillos —comentó Lamb.

—A la hora de vivir.

—O de morir —dijo Lamb mientras le lanzaba otro—. ¿Necesitas una camisa?

—¿Qué sentido tiene hacértelos si luego no puedes enseñarlos? —Savian estiró los brazos y vio cómo se movían los tatuajes. Las palabras por las que había vivido—. Llevaban ocultos demasiado tiempo.

—Supongo que uno tiene que enseñar lo que es.

Savian asintió y dijo:

—No sabes cuánto me habría gustado que nos hubiéramos conocido hace treinta años.

—No te habría gustado. Por entonces yo era un cabrón enloquecido.

—¿Y ahora?

Lamb clavó un cuchillo encima de la mesa.

—Creía que había aprendido algo. —Y clavó otro en el marco de la puerta—.

Pero aquí estoy, sembrando cuchillos.

—Eliges un camino —Savian estiraba la cuerda de la otra ballesta—, y piensas que sólo es para el día siguiente ¿verdad? Luego, treinta años después, miras atrás y ves que has elegido el camino de tu vida. Si entonces lo hubieses sabido, a lo mejor hubieras elegido con más cuidado.

—Quizá. Pero, para ser honesto, te diré que nunca elegí nada con mucho cuidado.

Savian terminó de llevar hacia atrás la cuerda de la ballesta y miró la palabra *Libertad* que rodeaba su muñeca como si fuera un brazalete.

—Siempre pensé que moriría luchando por la causa.

—Y lo harás —dijo Lamb, que seguía atareado colocando armas por toda la habitación—. Aunque la causa se reduzca a salvar mi viejo y gordo culo.

—No será menos noble. —Savian puso un dardo en la ballesta—. Creo que voy a subir a la buhardilla.

—Será lo mejor. —Lamb desenvainó la espada que le había cogido a Waerdinur, de hoja larga y mate, cuyas letras plateadas destellaban—. No tenemos toda la noche.

—¿Estarás bien aquí abajo?

—Es mejor que te quedes arriba. El cabrón enloquecido de hace treinta años... suele venir a visitarme.

—Entonces os dejaré tranquilos a los dos. No deberías haber vuelto. —Savian alargó una mano—. Pero me alegro de que lo hayas hecho.

—No hubiera querido perdérmelo. —Lamb cogió la mano de Savian y la estrechó con fuerza, mientras ambos se miraban a los ojos. Y en aquel instante fue como si se conocieran desde hacía treinta años. Pero no había tiempo para la amistad. Tenían que tratar con enemigos. Savian se volvió y subió de tres en tres los peldaños de la escalera hasta llegar a la buhardilla, con una ballesta en cada mano y los dardos de ambas en la aljaba que colgaba de uno de sus hombros.

Cuatro ventanas, dos en la fachada delantera y dos en la trasera. Balas de

paja alrededor de las paredes, una mesa baja con una lámpara y, en el círculo de luz que derramaba, un arco de caza y una aljaba de flechas, y también una maza con un pincho, cuyo metal destellaba. Lo bueno de los mercenarios es que dejan tiradas las armas por donde pasan. Se agachó para dirigirse a la parte delantera y dejar con mucho cuidado una ballesta bajo la ventana de la izquierda, y luego fue hacia la de derecha con la otra ballesta bajo el brazo, abriendo las contraventanas para mirar.

Fuera reinaba el caos. Bajo la luz de la gran fogata que chisporroteaba, la gente apretaba el paso a ambos lados de la calle. Le pareció que a algunos de los que habían llegado para enriquecerse con las sobras de la Compañía no se les había pasado por la imaginación que fueran a encontrarse en medio de un combate. El cadáver desmadejado de uno de los Practicantes seguía cerca de la puerta, pero Savian no iba a llorar por él. Si de pequeño lloraba fácilmente, los ojos se le habían secado con los años. No les había quedado otro remedio. No hubiera habido suficiente agua salada en el mundo para llorar por todo lo que había visto y hecho.

Observó que unos arqueros se agachaban cerca de las cabañas, apuntando con sus arcos al fuerte, y tomó mentalmente nota de las posiciones, de los ángulos, de las distancias. Entonces vio a un grupo de mercenarios que, levantando sus hachas, echaban a correr. Cogió la lámpara de la mesa y la lanzó por la ventana. Cuando se estrelló contra la techumbre de paja de una cabaña, unas vetas de fuego se propagaron rápidamente por ella.

—¡Vienen a la puerta! —exclamó.

—¿Cuántos son? —la voz de Lamb le llegaba por la escalera.

—¡Unos cinco! —Sus ojos fueron desde las sombras a los alrededores de la fogata—. ¡No, seis! —Se echó la ballesta al hombro y se la acomodó para disparar en cuanto fuera necesario, sintiéndola tan cálida y familiar como la espalda de la amante a la que uno abraza. Le hubiera gustado pasar más tiempo abrazando a una amante que no a una ballesta, pero aquél era el camino que había elegido, y tenía que dar el siguiente paso.

Apretó el gatillo y sintió cómo saltaba el dardo. Uno de los mercenarios que llevaban hachas se tambaleó hacia un lado y se quedó sentado en el suelo.

—¡Cinco! —exclamó Savian mientras se apartaba de aquella ventana e iba hacia la otra, dejando la primera ballesta y cogiendo la segunda. Escuchó el golpeteo de varias flechas en el marco de la ventana que había dejado atrás, y una

de ellas penetró, dando vueltas, en la oscuridad de la habitación. Levantó la ballesta, divisó una forma negra que se recortaba contra el fuego y disparó. Un mercenario dio un paso atrás y cayó en las llamas. A pesar de todo aquel barullo, Savian pudo oír cómo gritaba mientras ardía.

Se deslizó hasta el suelo y apoyó la espalda contra la pared bajo la ventana. Vio la flecha que pasaba rápidamente por encima de él para clavarse en una viga. Aunque un súbito ataque de tos le demoró durante un instante, consiguió dominarlo. Su respiración era agitada, y las quemaduras que tenía en las costillas le escocían. Unas hachas golpeaban la puerta, podía escuchar los golpes que daban con ellas. Tenía que dejárselos a Lamb. Era el único a quien podía confiarle aquella tarea. Oyó voces por la parte trasera, quedas, pero las oyó. Se levantó y corrió hacia ella, cogiendo el arco de caza, y como no tenía tiempo de pasarse la aljaba por el hombro, la enganchó en el cinturón.

Respiró profundamente, se aguantó las ganas de toser, colocó una flecha en el arco, tiró de su cuerda hacia atrás, metió el arco por detrás de las contraventanas y, haciendo palanca con él, las abrió, se levantó, se asomó y expulsó lentamente el aire por la boca.

Los mercenarios se agachaban entre las sombras situadas al pie de la pared trasera. Uno le miró con unos ojos como platos que resaltaban en su cara redonda, y Savian metió una flecha por aquella boca suya que estaba a uno o dos pasos de él. Preparó otra flecha. Un dardo le pasó cerca, rozándole el pelo. Empuñó el arco con calma y decisión. Podía ver cómo brillaba la punta de la flecha en el arco que tenía enfrente. Alcanzó al arquero en el pecho. Sacó otra flecha. Vio a un hombre que corría. Le disparó y observó cómo se derrumbaba en la nieve. Pisadas que crujían en la nieve cuando el último salió corriendo. Savian cogió una flecha y la disparó, alcanzándole en la espalda. El otro se arrastró, gimiendo y tosiendo. Entonces Savian metió otra flecha en el arco y le disparó por segunda vez, cerró las contraventanas y tomó aire.

Sufrió otro ataque de tos que le obligó a apoyarse en la pared. Escuchó un rugido por debajo de la escalera, el choque de los aceros, palabrotas, ruidos de cosas aplastadas, tajos y lucha.

A trompicones volvió a la ventana de enfrente, colocó una flecha, vio a dos hombres que corrían hacia la puerta y disparó en la cara a uno de ellos, que cayó con las piernas dobladas. El otro patinó al detenerse y se escabulló por una esquina. Las flechas parecían congeladas al recibir la luz de la fogata, chocando

estruendosamente contra la fachada del edificio cuando Savian se apartó de la ventana.

Se oyó un crujido, y las contraventanas de la ventana de atrás se abrieron de golpe para mostrar un cuadrado de cielo nocturno. Cuando Savian vio una mano en el alféizar, soltó el arco y, sin dejar de avanzar, empuñó la maza, describiendo con ella una trayectoria baja y rápida para evitar las vigas y aplastar la cabeza cubierta por un yelmo que acababa de asomarse por la ventana, de forma que el cuerpo cayó dando vueltas, para perderse en la noche.

Se giró cuando en la ventana vio reflejada la sombra de un mercenario que subía silenciosamente con un cuchillo entre los dientes. Savian se abalanzó contra él, con la mala fortuna de que el mango de su maza se le escurrió y ambos se agarraron gruñéndose mutuamente. Savian sintió una quemadura en las tripas, cayó de espaldas contra la pared, con aquel individuo encima de él, y buscó el cuchillo que llevaba al cinto. Cuando la fogata iluminó la mitad de la cara del mercenario, que seguía rugiendo, se lo clavó en ella y la rajó, de suerte que cayó al suelo y comenzó a dar vueltas a ciegas por el ático, mientras un amasijo de carne oscura le colgaba de la cara. Savian lo siguió y se tiró contra él, arrastrándolo, apuñalándolo, tosiendo y apuñalándolo hasta que dejó de moverse. Entonces se arrodilló encima, sintiendo que cada vez que tosía la herida que tenía en las tripas se le desgarraba más y más.

Escuchó un grito gutural producido escaleras abajo. Luego la voz de alguien, desesperado: «¡No! ¡No! ¡No!», y luego la de Lamb, que decía gruñendo: «¡Sí, cabrón!». Dos fuertes golpes y después el silencio.

Lamb emitió una especie de gemido. Otro sonido, como si estuviera pateando a alguien.

—¿Estás bien? —preguntó Savian, cayendo en la cuenta de que su voz sonaba rara, como estrangulada.

—¡Aún respiro! —dijo Lamb, y su voz le sonó aun más rara—. ¿Y tú?

—Sólo un rasguño. —Savian apartó la palma de la mano de su estómago tatuado y observó que estaba manchada. Sangraba mucho.

Le hubiera gustado hablar con Corlin por última vez. Decirle todas esas cosas que uno piensa pero que nunca dice, porque no son fáciles de decir y siempre se dejan para más adelante. Lo orgulloso que se sentía por aquello en lo que se había convertido. Lo orgullosa que se hubiera sentido su madre. Por seguir

luchando. Hizo una mueca. O quizá por dejar de luchar, porque sólo se tiene una vida ¿quieres mirar atrás y ver que sólo tienes sangre en las manos?

Pero ya era demasiado tarde para decirle cualquier cosa. Había elegido el camino que le parecía mejor, y tocaba a su fin. No había estado mal, a fin de cuentas. Con partes buenas y malas, algunas de las que enorgullecerse y otras de las que avergonzarse, como la mayoría de los hombres. Se arrastró hacia la pared que daba al frente, cogió una de las ballestas y se peleó con la cuerda, porque tenía las manos pegajosas. Malditas manos. Ya no tenían la fuerza de antes.

Se puso de pie junto a la ventana, por debajo de la cual seguían moviéndose los mercenarios. La cabaña donde había caído la lámpara rugía con feroces llamas. Su voz retumbó en la noche:

—¿Esto es lo mejor que sabéis hacer?

—¡Por desgracia para ti —respondió Cosca—, no!

Un chispazo y algo que se acerca muy deprisa. Luego, de repente, una gran claridad, tan deslumbrante como la luz del día.

Aquel ruido era como la voz de Dios, que, según afirman las Escrituras, arrasó la ciudad de los presuntuosos Nemai con un simple susurro. Jubair apartó las manos de sus oídos, observó que éstos aún le zumbaban y avanzó titubeante hacia el fuerte cuando aquel humo que le hacía toser comenzó a disiparse.

El edificio estaba muy deteriorado. Tenía agujeros por los que hubiera cabido un dedo, incluso un puño, por no hablar de las hendiduras de la planta baja, por las que cualquiera hubiera podido meter la cabeza. La mitad de la buhardilla había abandonado este mundo, dejando en su lugar un montón de planchas chamuscadas y rotas. Tres vigas partidas aún seguían en un rincón, como si quisieran recordar la forma que había tenido. En aquel momento escuchó un crujido, y medio tejado se desplomó, arrastrando hasta el suelo las ripias partidas.

—Impresionante —comentó Brachio.

—Dominar los rayos —murmuró Jubair, mirando con cara de pocos amigos el tubo de latón. Había saltado de su cureña por la fuerza de la explosión y luego se había quedado atravesado encima de ella, expulsando lentamente humo por su

boca ennegrecida—. Ese poder sólo puede tenerlo Dios.

Sintió la mano de Cosca encima de uno de sus hombros.

—Pero nos lo cede a nosotros para que cumplamos Su obra. Coge unos cuantos hombres y encuentra a esos dos bastardos.

—¡Quiero a Conthus con vida! —exclamó Lorsen.

—Si es posible —dijo el Viejo, añadiendo después, en voz baja—: Si lo traes muerto, da igual.

Jubair asintió. Muchos años antes había llegado a la conclusión de que, en ocasiones, Dios hablaba por la boca de Nicomo Cosca, porque, la primera vez que lo vio combatir sin que el miedo lo atenazase, sintió en él la chispa de la divinidad, por más que cualquiera habría puesto en duda la condición de profeta de aquel traidor y borracho sin ley que nunca rezaba. Seguro que caminaba bajo la sombra de Dios como el profeta Khalul, que, desnudo y abrigado sólo con la fe, salió indemne de una lluvia de flechas para obligar al Emperador de Gurkhul a cumplir con su promesa de humillarse ante el Todopoderoso.

—Vosotros tres —dijo, señalando con el dedo a varios de sus hombres—. A mi señal, franquead la puerta. Y vosotros tres, conmigo.

Uno de ellos, un norteño, movió la cabeza, abriendo unos ojos tan grandes como la luna llena mientras decía, susurrando:

—Es... *él*.

—¿Él?

—El... el... —Y, sin poder decir más, dobló el dedo corazón de la mano izquierda como si le faltara.

—Pues quédate ahí, necio —dijo Jubair, burlándose de él. Se echó una carrera hasta una de las fachadas del fuerte, perdiéndose en las sombras, que eran cada vez más profundas, pero sin darle mayor importancia, porque llevaba en su interior la luz de Dios. Sus hombres, que estaban asustados, contemplaron el edificio con la respiración entrecortada, pues no dejaban de pensar que el mundo era un lugar complicado y lleno de peligros. Jubair sintió lástima de ellos. El mundo era sencillo. El único peligro residía en resistirse a los designios de Dios.

Vigas rotas, escombros y polvo estaban esparcidos por la nieve detrás del edificio. Eso y varios hombres con heridas de flecha, uno de los cuales estaba apoyado contra la pared, gorgoteando lastimeramente mientras agarraba con una mano la flecha que le atravesaba la boca. Jubair los ignoró y escaló lentamente la fachada trasera del fuerte. Escrutó el interior de la planta alta. El mobiliario estaba destrozado. La paja salía lentamente de un colchón. No había signos de vida. Apartó unos cuantos rescoldos y se encaramó, desenvainando la espada, cuyo metal relució en la noche, impávido, justo, piadoso. Se echó hacia delante para vigilar la escalera dominada por las sombras. Escuchó el golpeteo que le llegaba de más abajo, *tum, tum, tum.*

Se asomó hacia la fachada principal del edificio y vio que sus tres hombres estaban muy juntos. Silbó, y el que iba en cabeza abrió la puerta de una patada y entró por ella. Jubair indicó a los otros dos que fuesen hacia la escalera. Al volverse, notó que pisaba algo. Una mano. Se agachó para tirar de la viga que la cubría.

—¡He encontrado a Conthus! —exclamó.

—¿Vivo? —decía Lorsen, que chillaba como un cordero.

—Muerto.

—¡Maldición!

Jubair recogió lo que quedaba del rebelde y lo mandó a rodar por encima de lo que quedaba de pared. El cadáver, que cayó en la nieve amontonada contra los costados del edificio, mostró sus tatuajes cubiertos de sangre y de heridas. Jubair recordó la parábola del hombre altivo. El juicio de Dios llega tanto a grandes como a pequeños, pues todos son inermes ante el Todopoderoso y su juicio inevitable e irreversible, como siempre fue y será. Ya sólo quedaba el norteño y, por mucho terror que impusiese a todos, Dios estaba a punto de dictar sentencia...

Un grito partió en dos la noche, seguido por el ruido producido por algo que aplasta, rugidos, gemidos, el chirrido del acero y, finalmente, una risa tan penetrante como extraña, seguida por otro grito. Jubair se dirigió rápidamente hacia la escalera. Un gemido tan horrible como el de la gente que muere en pecado y va al Infierno, un gorgoteo... y silencio. Jubair se abrió paso con la espada por delante. Impávido, justo... Dudó y se humedeció los labios. Sentir miedo y no tener fe significaban lo mismo para él. No le ha sido dado al hombre conocer los designios de Dios. Sólo aceptarlos.

Así pues, apretó con fuerza la mandíbula y bajó lentamente por la escalera.

Abajo estaba tan oscuro como en el infierno, la luz se filtraba por los agujeros de la fachada principal, concretándose en rayos de rojo, naranja y amarillo que creaban sombras anaranjadas. Si estaba tan oscuro como en el infierno, apestaba a muerte como en él, tanto que el olor casi se podía cortar. Jubair contenía la respiración, acomodando sus ojos a la oscuridad mientras bajaba de uno en uno los peldaños, que gemían bajo su peso.

¿Qué se le revelaría?

Las cortinas de cuero, destrozadas y manchadas de negro, que habían servido para crear una especie de habitaciones, seguían agitándose a causa del viento. Al llegar al último escalón se fijó en lo que acababa de pisar. Un brazo separado de su cuerpo. Frunciendo el ceño, siguió el rastro reluciente de sangre hasta llegar a un montón oscuro de carne que alguien había ordenado de manera inhumana, cortándola y revolviéndola para que adoptase formas impías, arrancando las entrañas para juntarlas o repartirlas en fragmentos que relucían.

Encima de la mesa situada en medio de la habitación habían amontonado varios cráneos, los cuales, iluminados por la luz de las llamas del exterior, miraban a Jubair con caras espantosamente inexpresivas, o burlonas hasta la locura, que le cuestionaban de manera extraña o que le miraban acusadoras.

—Dios... —dijo Jubair. Aunque hubiese perpetrado todo tipo de carnicerías en el nombre del Todopoderoso, jamás había visto nada igual. Nada de todo aquello se mencionaba en ningún libro de las Escrituras, excepto, posiblemente, en el séptimo, el Prohibido, guardado bajo llave en el tabernáculo del Gran Templo de Shaffa, pues en él se describían las... cosas que Glustrod había sacado del infierno.

»Dios... —musitó. Y una risotada cacofónica brotó de las sombras como si éstas eructasen, y las cortinas de cuero se agitaron, y bailotearon las anillas que las sujetaban. Jubair se echó hacia delante, lanzando estocadas y tajos, cortando la oscuridad, pero sin alcanzar a nada que no fuesen las cortinas; y cuando su espada se enredó en ellas, resbaló en el suelo lleno de vísceras y cayó, para luego levantarse e ir de un sitio para otro mientras no dejaba de escuchar aquellas risotadas.

»¿Dios? —balbució Jubair, que apenas podía pronunciar aquella palabra sagrada, pues la extraña sensación que nacía en sus tripas para luego subir y bajar por su columna vertebral hacía que le picara el cuero cabelludo y se le aflojaran las

rodillas. Llevaba muchos años sin sentirla. Era un recuerdo infantil que acababa de volver a su memoria en medio de aquella oscuridad. Y entonces le parecieron muy ciertas las palabras del Profeta: *El hombre que convive a diario con el miedo se siente cómodo en su compañía, pero el hombre que nunca lo ha visto, ¿cómo podrá enfrentarse a tan espantoso desconocido?*

»Dios... —Jubair gimoteó, retrocediendo hacia la escalera. De repente le rodearon unos brazos.

—Se ha ido. —La voz era como un susurro—. Pero yo sigo aquí.

—¡Maldición! —repetía Lorsen, enfadado. Aquel sueño largamente acariciado, que consistía en llevar ante el Consejo Abierto a Conthus cargado de cadenas, humillado y lleno de tatuajes, entre los que muy bien hubiera podido leerse uno nuevo: *Conceded al Inquisidor Lorsen el ascenso que se merece desde hace tanto tiempo*, acababa de convertirse en humo. O en sangre. Trece años administrando una colonia penal en Angland para eso. Tantos viajes, tantos sacrificios, tantas indignidades. La expedición se había convertido en una farsa, y no tenía duda respecto a quién sería el indigno responsable de cargar con toda la culpa. Se golpeó en una pierna, furioso—. ¡Lo quería vivo!

—Supongo que él también lo quería. —Cosca miraba el fuerte en ruinas a través de la niebla creada por el humo—. El hado no siempre es grato.

—Si usted lo dice —le espetó Lorsen. Para empeorar aún más el asunto, había perdido a la mitad de sus Practicantes en una sola noche, precisamente los mejores. Frunció el ceño al mirar a Wile, que seguía rascándose por debajo de la máscara. ¿Cómo era posible que un Practicante diese una imagen tan penosa de sí mismo y tan poco amenazante? Aquel hombre irradiaba duda. Tanto que cualquiera que lo viese sentiría las mismas dudas que él. Aunque Lorsen también hubiese tenido dudas durante años, había hecho lo que se suponía que tenía que hacer, relegándolas a la más mínima expresión dentro de sí para que no pudiesen salir al exterior ni envenenar sus decisiones.

La puerta se abrió lentamente, y los hombres de Dimbik se agitaron, nerviosos, apuntando con sus ballestas hacia aquel cuadrado de oscuridad.

—¿Jubair? —Cosca hablaba como ladrando—. Jubair, ¿lo cogisteis? ¡Responde, maldición!

Algo salió volando, rebotó en el suelo con un sonido hueco y rodó por la nieve para detenerse cerca de la fogata.

—¿Qué es eso? —preguntó Lorsen.

—La cabeza de Jubair —respondió Cosca.

—El hado no siempre es grato —musitó Brachio.

Otra cabeza salió desde la entrada del fuerte, describió un arco y rebotó cerca de la fogata. Una tercera aterrizó en la techumbre de una de las cabañas, rodó por ella y se alojó en el canalón. Una cuarta cayó entre los ballesteros, haciendo que uno de ellos se apartase de un salto y soltara su arma, cuyo dardo se clavó en un barril cercano. Más y más cabezas con los cabellos ondeando, la lengua colgando, girando, bailoteando y regándolo todo con su sangre.

La última cabeza voló muy alto, describiendo un recorrido elíptico alrededor de la fogata antes de caer justo al lado de Cosca. Aunque Lorsen no fuese un hombre capaz de desanimarse por un poco de sangre, tuvo que admitir que le enervó un tanto aquella exhibición de bestialidad gratuita.

Menos delicado que él, el capitán general dio un paso adelante y, bastante enfadado, propinó una patada a la cabeza, que cayó rodando en las llamas.

—¿A cuántos han matado esos dos viejos bastardos? —Aunque sin duda él era mucho mayor que cualquiera de los dos.

—Hasta ahora, a unos veinte —respondió Brachio.

—¡Pues, a ese ritmo, nos vamos a quedar sin gente! —Cosca se volvió, enfadado. Sworbreck garrapateaba febrilmente en su cuaderno—. ¿Qué diablos escribes?

El escritor levantó la mirada, y el reflejo de las llamas bailoteó en los cristales de sus gafas cuando dijo:

—Bueno, esto es... bastante dramático.

—¿A ti te lo parece?

—Volvió para rescatar a su amigo, teniéndolo todo en contra... —Sworbreck

señalaba el fuerte en ruinas.

—Y consiguió que lo matasen. ¿Al hombre que lucha, teniéndolo todo en contra, no suele considerársele antes un idiota incorregible que un héroe?

—La línea que separa ambos conceptos es siempre muy tenue... —musitó Brachio.

—Vine hasta aquí para escribir una historia emocionante... —Sworbreck le enseñaba las palmas de las manos.

—Y como yo no he podido inspirarte... —Cosca no le dejó terminar—. ¿Es lo que querías decir? ¡Incluso mi maldito biógrafo deserta de mi lado! ¡Seguro que acabo siendo el villano del libro que yo mismo encargué, mientras que ese loco que decapita a la gente se convierte en su protagonista! ¿Qué piensas hacer, Temple? ¿Temple? ¿Adónde ha ido ese maldito abogado? ¿Qué pasa contigo, Brachio?

El estirio se enjugó las lágrimas de su ojo lloroso.

—Creo que ha llegado el momento de poner fin a la balada del norteño de nueve dedos.

—¡Al fin alguien con un poco de sentido común! Traed el otro tubo. Lo utilizaré como excusa para arrasar ese fuerte. Quiero a ese necio entrometido hecho puré. ¿Me oyes? Que alguien me traiga otra botella. ¡Estoy harto de que me toquen las pelotas! —De un manotazo, Cosca tiró el cuaderno en el que Sworbreck estaba escribiendo—. ¿Es mucho pedir un poco de respeto? —Luego le atizó una bofetada que lo tiró encima de la nieve, donde el biógrafo se quedó sentado para llevarse una mano a la mejilla, sorprendido.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Lorsen, levantando una mano para imponer silencio. Un ruido de algo que corría y pisoteaba salió de las tinieblas, creciendo rápidamente en intensidad. Entonces, muy nervioso, dio un paso hacia la cabaña más cercana.

—Por todos los diablos —masculló Dimbik.

Un caballo de ojos enloquecidos abandonó la oscuridad al galope, seguido un instante después por varias docenas más, que, bajando por la pendiente que rodeaba el campamento, volaban como copos de nieve, una masa hirviente de animales, una marea de carne de caballo que llegaba al galope.

Los mercenarios tiraron sus armas al suelo y huyeron, lanzándose de cabeza hacia cualquier refugio o rodando por el suelo. Lorsen se enredó con los faldones de su casaca y cayó al suelo, desmadejado. Escuchó un alarido y divisó a Dab Sweet, que, cabalgando en la retaguardia de la estampida, hacía unas muecas siniestras, para luego, levantando su sombrero a modo de saludo, desaparecer por uno de los lados del campamento. Poco después, cuando los caballos llegaron a los edificios, todo fue un infierno de idas y venidas, de pisotones, de cascos que golpeaban por doquier, de gritos, de tirones, de bestias que se quedaban rezagadas, mientras Lorsen se apretaba, indefenso, contra la cabaña que tenía más cerca, clavando las uñas en sus ásperas maderas.

Algo que le golpeó en la cabeza estuvo a punto de hacer que se soltara, pero él se agarró, se agarró a la pared, entre un ruido que parecía el del fin del mundo, pues la tierra temblaba por la energía de tantos animales enloquecidos. Boqueó, gruñó y apretó los dientes y los ojos con tanta fuerza que le dolieron, mientras las astillas, el polvo y las piedras desprendidas le golpeaban en la cara.

Luego, repentinamente, se hizo el silencio. Un silencio lleno de latidos. Entonces Lorsen se despegó de la cabaña y, tambaleándose, dio uno o dos pasos por el barrizal lleno de pisadas de caballos, parpadeando a causa de la niebla creada por el humo y el polvo que comenzaba a asentarse.

—La estampida fue provocada —musitó.

—No me diga —dijo Cosca con voz chillona, saliendo del porche más cercano.

El campamento había quedado devastado. Algunas tiendas habían dejado de serlo. Las lonas y lo que había estado bajo ellas —personas y suministros— yacían en la nieve, pisoteados. El fuerte en ruinas seguía desprendiendo humo. Dos cabañas ardían, propagando el incendio con la paja en llamas que caía de sus techumbres. Los cadáveres se hacinaban entre los edificios, hombres y mujeres pisoteados que no habían tenido tiempo para vestirse por completo. Los heridos lanzaban alaridos o vagaban, aturdidos y ensangrentados. De vez en cuando aparecía un caballo herido que coceaba débilmente.

Lorsen se llevó una mano a la cabeza. Tenía los cabellos pringosos a causa de la sangre. Un hilillo de sangre le caía por una ceja.

—¡Maldito Dab Sweet! —dijo Cosca, refunfuñando.

—Como dije, tenía una reputación —dijo Sworbreck en voz baja, recogiendo del suelo su destrozado cuaderno.

—Hubiéramos debido pagarle el dinero que pedía —musitó Amistoso.

—¡Pues llévaselo tú, si tanto lo deseas! —Cosca apuntaba al carruaje con uno de sus huesudos dedos—. Está en... *el carruaje*. —Y entonces su voz murió, convirtiéndose en un graznido de incredulidad.

El carruaje reforzado que le había regalado el Superior Pike, el carruaje que transportaba los tubos de fuego, el carruaje donde el cuantioso tesoro del Pueblo del Dragón había quedado a buen recaudo...

El carruaje había desaparecido. Al lado del fuerte sólo quedaba un espacio vacío lleno de oscuridad, que resultaba tremendamente conspicuo.

—¿Dónde está? —Cosca empujó a Swordbreck mientras pasaba a su lado, corriendo hasta el sitio donde había estado el carruaje. Entre las huellas que los cascos de los caballos acababan de dejar en aquel barro lleno de nieve, podían apreciarse las dos profundas roderas que se dirigían a la Carretera Imperial.

»Brachio. —La voz de Cosca creció en intensidad para convertirse en el berrido de un demente—. ¡Brachio, coge unos malditos caballos y *ve tras ellos*!

El estirio se lo quedó mirando.

—Me dijo que llevara todos los caballos al corral. ¡Eran los de la estampida!

—¡Alguno habrá abandonado la manada! ¡Encuentra media docena y ve tras esos bastardos! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —Y, por lo furioso que estaba, dio una patada a la nieve para tirársela a Brachio, y por poco pierde el equilibrio—. ¿Dónde demonios está Temple?

Amistoso miró las huellas del carruaje y enarcó una ceja.

—¡Que todos los que puedan *moverse* se preparen! —Cosca apretaba los puños.

Dimbik intercambió con Lorsen una mirada de preocupación.

—¿Para ir a pie? ¿Hasta Arruga?

—¡Ya encontraremos monturas por el camino!

—¿Y qué hay de los heridos?

—Los que puedan caminar serán bienvenidos. Y los que no puedan... nos regalarán su parte del botín. ¡Y ahora muévete, maldito idiota!

—Sí, señor —musitó Dimbik, levantándose y quitándose el fajín, que estaba manchado de excrementos de cuando Dimbik se había tirado al suelo para guarecerse.

Amistoso señaló el fuerte con la mano.

—¿Y el norteño?

—El norteño que se joda —dijo Cosca entre dientes—. Empapad el edificio con aceite y quemadlo. ¡Nos han robado el oro! ¡Me han robado mis sueños! ¿Lo comprendes? —Miró, ceñudo, la Carretera Imperial, hacia las roderas que se perdían en la oscuridad—. *No* volverán a defraudarme.

Lorsen se resistió a la tentación de sumarse a los sentimientos de Cosca y repetir aquello de que «el hado no siempre es grato». En su lugar, mientras los mercenarios se atropellaban unos a otros por las prisas para abandonar el lugar, se quedó mirando el cadáver del que todos se habían olvidado, el de Conthus, que descansaba, roto, junto al fuerte.

—Qué desperdicio —musitó. Y lo era, en todos los sentidos. Pero el Inquisidor Lorsen siempre había sido una persona práctica. Un hombre que nunca se sentía frustrado por las dificultades o el trabajo duro. Así que se tragó la decepción que sentía y la relegó a la más mínima expresión en su interior, junto con sus dudas, dedicando sus pensamientos a lo que aún podía salvarse del desastre.

—Habrá que pagar un precio por todo esto, Cosca —musitó, dándole la espalda al capitán general—. Habrá que pagar un precio.

DEPRISA A NINGÚN LUGAR

TODOS los pernos, sujeciones, planchas y soportes de aquel carruaje monstruoso repiqueteaban o chirriaban con una cacofonía tan demencial y ensordecedora que Temple apenas podía escuchar los chillidos de terror que salían de su boca. El asiento martillaba su trasero, haciéndole dar botes como si fuese un montón de trapos viejos, y amenazaba con arrancarle los dientes que le castañeteaban. Las ramas de los árboles se deslizaban desde la oscuridad para agarrar los costados del carruaje y azotarle en la cara. Una de ellas acababa de quitarle a Shy el sombrero, de forma que su cabellera se agitaba alrededor de sus ojos, que no se apartaban de la carretera, mientras ella, enseñando los dientes, insultaba a los caballos con las palabrotas más horripilantes que uno pueda imaginar.

A Temple le horrorizaba pensar en el peso del carruaje, de la madera, del metal y, sobre todo, del oro que viajaba montaña abajo. En cualquier momento, la tensión, que excedía los límites de cualquier tipo de pruebas imaginada por la ingeniería de los seres humanos, haría que se partiese en pedazos junto con ellos. Pero como el horror formaba parte de la vida de Temple, se limitó a agarrarse a aquel artilugio mortal que daba bandazos, sintiendo que los brazos le ardían desde las uñas a los sobacos y que el estómago le daba vueltas por todo lo que había bebido y el miedo que sentía. Sin saber qué le resultaba más terrorífico, si aguantar aquello con los ojos abiertos o cerrarlos para huir de lo que veía.

—¡Resiste! —le decía Shy a gritos.

—¿Acaso te crees que soy...?

Shy echó hacia atrás la palanca del freno y apoyó las botas contra el suelo del pescante y los hombros contra el respaldo del asiento, de suerte que las fibras de su cuello se marcaron a causa del esfuerzo. Las suelas de las ruedas gimieron como los condenados que están en el Infierno, lanzando unas chispas a ambos lados que le recordaron los fuegos artificiales con los que se conmemoraba el cumpleaños del Emperador. Y cuando tiró de las riendas con la otra mano, todo lo que la rodeaba giró a su alrededor, para ladearse cuando dos de aquellas ruedas enormes

decidieron acompañar por su cuenta a aquel suelo que había echado a volar.

El tiempo corrió más despacio. Temple gritó. Shy gritó. El carruaje gritó. Los árboles que estaban al otro lado de la curva volaron como locos hacia ellos, trayendo la muerte consigo. Entonces las ruedas volvieron a traquetear y Temple se quedó colgando entre el suelo del pescante y los cascos de los caballos que amenazaban con destrozarlo, mordiéndose la lengua y ahogándose por el pánico hasta que una mano lo subió hasta el pescante.

Shy soltó el freno y chasqueó las riendas, gritándole al oído:

—¡Podíamos haber tomado esta última curva incluso un poco más deprisa!

Temple acababa de comprobar en carne propia que la línea que separa el terror del júbilo era tan tenue que acababa de cruzarla. Dio un puñetazo al aire mientras gritaba a la noche:

—¡Jódete, Coscaaaaaaaa!

Pero cuando se quedó sin aliento, volvió a ahogarse.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Shy.

—¡Estoy vivo! ¡Libre! ¡Y soy rico! —Ya estaba seguro de que Dios existía. Un dios benévolo, comprensivo, como una especie de abuelo amable que en aquellos momentos le sonreía con indulgencia—. *Antes o después tendrás que hacer algo, o nunca harás nada*, le había dicho Cosca. Y Temple se preguntó si el Viejo se refería a eso. No le pareció probable. Agarró con fuerza a Shy y casi la abrazó, gritándole al oído—. ¡Lo hicimos!

—¿Estás seguro? —dijo ella con un gruñido, volviendo a tirar de las riendas.

—¿No lo hemos hecho?

—Sólo la parte fácil.

—¿Eh?

—No dejarán que nos vayamos así como así, ¿no te parece? —exclamó ella para vencer el sonido del viento, haciendo que los caballos se pusieran al paso—. ¡Con el dinero! ¡Insultándolos!

—O sea, que nos perseguirán —musitó Temple.

—¡Ahí reside la importancia de este ejercicio!

Temple miró atentamente hacia atrás, deseando estar menos borracho. Sólo vio la tierra y la nieve que despedían las ruedas traseras a cada traqueteo que daban, así como los árboles situados a ambos lados de la carretera que se perdían entre las sombras.

—Pero no tienen caballos, ¿verdad? —dijo, añadiendo al final un quejido esperanzado.

—¡Aunque Sweet haya los haya retrasado, seguro que vienen a por nosotros! ¡Y este armatoste no es nada rápido!

Temple volvió a echar otra mirada hacia atrás, deseando en aquella ocasión estar más borracho. Como la línea que separaba el terror del júbilo seguía siendo tan tenue como antes, él acababa de cruzarla nuevamente, pero en sentido contrario.

—¡Quizá deberíamos detener el carruaje! ¡Llevarnos dos de los caballos! ¡Dejar el dinero! ¡La mayor parte del dinero, en cualquier caso...!

—Hay que darles tiempo a Lamb y a Savian, ¿no lo recuerdas?

—Claro. Eso. —El problema del sacrificio valeroso estaba en lo del sacrificio. Simplemente no iba con su carácter. Cuando el carruaje volvió a traquetear, las tripas se le revolvieron, enviando a su boca una oleada de vómito. Pero como intentó tragárselo, se ahogó, le entraron arcadas y entonces se le fue por la nariz, quemándole por el camino y haciendo que se estremeciese. Miró al cielo, que ya cambiaba del negro al gris acerado, y comprobó que las estrellas comenzaban a apagarse a medida que iba llegando la aurora.

—¡So! —Como otra curva acababa de aparecer sin previo aviso, Shy tiró del freno, que chirrió. Cuando el carruaje tomó la curva, Temple pudo escuchar el tintineo de la carga, que no dejaba de ir de un sitio para otro como si quisiera librarse de su encierro y mandarlos montaña abajo.

Entonces se produjo un fuerte crujido. Shy salió disparada del asiento, golpeándose en una pierna y gritando al darse cuenta de que se iba a caer. Temple la agarró por el cinturón y la levantó. Pero, cuando se la acercó, a punto estuvo de

sacarse un ojo con el extremo del arco que llevaba en bandolera. A todo esto, nadie manejaba las riendas.

Shy tenía algo en la mano. La palanca del freno. Era evidente que se había desprendido.

—¡Se acabó!

—¿Qué hacemos?

Tiró la palanca del freno, que rebotó en la carretera.

—¿Seguir avanzando?

El carruaje acababa de abandonar la zona de arbolado y entraba en la meseta. Ya aparecía por el este el primer destello de la aurora, y los brillantes rayos del sol se insinuaban en las cumbres, mudando el color embarrado del cielo en un azul deslavado, tiñendo las nubes deshilachadas con un tono rosado y haciendo que la nieve helada que cubría la meseta resplandeciese.

Tiró con fuerza de las riendas y volvió a insultar a los caballos. A Temple no le pareció justo hasta que recordó que, en su caso, los insultos habían sido más efectivos que las palabras de ánimo. Con la cabeza hacia abajo y las crines flotando al viento, los caballos volaban, arrastrando consigo el carruaje a mayor velocidad que antes. Las ruedas corrían cada vez más deprisa por aquel terreno, las malezas nevadas pasaban a toda prisa y el viento golpeaba a Temple en la cara, resbalando por sus mejillas y metiéndosele por la nariz.

Más adelante pudo ver varios caballos que retozaban en la llanura. Prueba evidente de que Sweet y Roca Llorona debían de haber pasado por allí con la mayoría de la manada. Aunque el dinero obtenido al vender doscientos caballos no pudiera equipararse a lo que valía el tesoro del Pueblo del Dragón para retirarse, era un buen pellizco; además, su venta no les causaría ningún problema, porque la gente de aquella región se preocuparía más por lo que costaba cada caballo que por su procedencia.

—¿Nos siguen? —preguntó Shy, sin dejar de mirar la carretera.

Temple pudo soltar la mano del asiento el tiempo suficiente para levantarse y mirar hacia atrás. Sólo veía la negrura, alterada por los troncos de los árboles y la franja blanca, cada vez más larga, que se encontraba entre los árboles y el carruaje.

—¡No! —respondió Temple, pero su seguridad comenzaba a menguar—. ¡Nadie... un momento! —Entonces captó un movimiento. Un jinete—. Oh, Dios —musitó, perdiendo del todo la esperanza. Llegaban más. —¡Oh, Dios!

—¿Cuántos son?

—¡Tres! ¡No, cinco! ¡No, siete! —Aún estaban a varios cientos de pasos de distancia, pero se iban acercando rápidamente—. Oh, Dios —repitió, hundiéndose en aquel asiento que traqueteaba—. ¿Cuál es el plan?

—¡Ya no hay plan!

—Tenía el espantoso presentimiento de que dirías eso.

—¡Coge las riendas! —exclamó ella mientras se las pasaba.

—¿Qué hago con ellas? —dijo él, abriendo y cerrando las manos.

—¿No sabes conducir?

—¡Lo hago muy mal!

—Pensaba que sabías hacerlo todo.

—¡Lo hago muy mal!

—¿Quieres que nos detengamos para enseñarte? ¡Conduce! —Desenvainó su cuchillo y se lo ofreció—. ¡O lucha!

Temple tragó saliva. Y cogió las riendas.

—Conduciré. —Estaba seguro de que Dios existía. Era un golfante que se partía el culo de risa a cuenta de Temple. Y no era la primera vez que lo hacía.

Shy se preguntó cuánto tiempo habría malgastado durante toda su vida lamentándose por tomar tal o cual decisión. Seguro que era muchísimo. Y tenía la impresión de volver otra vez a las andadas.

Gateó por encima del parapeto de madera para llegar hasta el tejado del

carruaje, que habían pintado con una capa de brea, y que corcoveaba tanto como el toro que quiere quitarse de encima a un jinete. Se agarró a su parte trasera, cogió el arco que llevaba en bandolera, se apartó de la cara la cabellera que ondeaba al viento y escrutó la meseta.

—Oh, mierda —musitó.

Siete jinetes, tal y como había dicho Temple, que iban ganando terreno. Sólo tenían que seguir al carruaje y esperar a que uno o dos caballos desfallecieran. Clavarles una flecha hubiera sido tan difícil como hacer blanco desde la balsa que se desplaza entre los rápidos de un río y además seguían estando fuera de alcance. Shy no era mala con el arco pero tampoco podía hacer milagros. Entonces, al ver la portezuela practicada en el techo, bajó el arco y se deslizó con manos y rodillas para luego desenvainar la espada y meter su punta por la aldaba del candado. Pero era demasiado robusta. Al comprobar que la pintura de alrededor de las bisagras de la portezuela apenas las cubría, supuso que la madera en las que se asentaban estaría medio podrida, así que metió la punta de la espada cerca de una de las bisagras, la retorció, hizo fuerza con ella y la soltó.

—¿Aún nos siguen? —preguntaba Temple con voz chillona.

—¡Qué va! —respondió ella mientras apretaba los dientes para encajar la espada entre la portezuela y su marco, y así poder arrastrarse—. ¡Ya los he matado a todos!

—¿De veras?

—¡No! ¡Claro que no! —Y avanzó con el trasero por delante cuando la portezuela dejó de estar sujeta por las bisagras. Entonces soltó la espada, completamente doblada, levantó la portezuela con las uñas y se coló por ella, gateando en medio de la oscuridad. En ese momento, el carruaje chocó con algo y traqueteó como si fuera a partirse, arrancándole a Shy de las manos la escalerilla por la que bajaba y haciendo que se golpease con ella.

La luz entraba desde arriba y se filtraba por las rendijas de las diminutas contraventanas del carruaje. Había unos pesados armarios enrejados a ambos lados, protegidos con candados y llenos de arquetas, cajas y alforjas que chocaban unas contra otras, tintineando, dejando escapar los tesoros que guardaban: oro que resplandecía, gemas que chispeaban, monedas que resbalaban hasta el suelo; en suma, el importe de cinco veces el rescate de un rey, más un poco de calderilla para

comprarse uno o dos palacios. Shy se sentó encima de dos sacos que crujían con ese sonido que sólo hacen las monedas. Y allí estaba ella, saltando de un armario a otro cada vez que la gemebunda suspensión del carruaje daba un bote, intentando arrastrar el saco que tenía más cerca hacia la línea brillante que alcanzaba a ver entre los dos batientes de la puerta trasera. Aunque pesase una barbaridad, no se dio por vencida, porque en su momento había cargado a la espalda tantos sacos que no iba a permitir que aquel saco la venciese. La habían vencido muchas veces, pero seguía sin gustarle.

Maldiciendo, con el sudor cayéndole a chorros por la frente, tiró de los cerrojos y, agarrándose con fuerza a la reja que tenía al lado, abrió las puertas de una patada. El viento la fustigó, la blanca y brillante vacuidad de la meseta la recibió, la estruendosa silueta de las ruedas y la nieve que éstas lanzaban se mostraron ante ella, así como las negras siluetas de los jinetes que los seguían, para entonces más cerca. Mucho más cerca.

Sacó el cuchillo y rajó el saco. Luego metió la mano y lanzó un puñado de monedas por las puertas, seguido de otro. Después las lanzó a manos llenas, como si fueran las semillas que solía sembrar en su granja. Entonces recordó todo lo que había luchado cuando se dedicaba al bandidaje, lo esclavizada que se sentía cuando era granjera y todo lo que había tenido que regatear como comerciante para obtener una mísera parte de lo que estaba tirando a puñados. El siguiente puñado se lo guardó en el bolsillo, porque, si iba a morir, ¿por qué no hacerlo siendo rica? A continuación siguió lanzando monedas con ambas manos y, cuando el saco se quedó vacío, agarró otro.

Entonces el carruaje encontró un bache y la lanzó de un sitio a otro, de suerte que, tras golpearse en la cabeza con el techo, se quedó desmadejada encima de aquel suelo de madera. Durante un momento, todo le dio vueltas. Cuando todo volvió a su sitio, se levantó y llevó a rastras otro saco hasta las puertas, que no dejaban de abrirse y de cerrarse, echando pestes por el carruaje, el techo y la herida que tenía en la cabeza. Se apoyó en la reja y, con una bota, empujó el saco, que reventó al caer en la nieve, regando de oro toda la llanura.

Un par de jinetes se detuvieron. Uno de ellos, que había desmontado para buscar las monedas a gatas, se perdió rápidamente en la distancia. Pero los demás no se detuvieron, más decididos a perseguirlos de lo que ella había supuesto. Sus esperanzas habían quedado en nada. Casi podía ver el rostro del mercenario que estaba más cerca, agachado encima de su caballo. Sin cerrar las puertas, que siguieron moviéndose a su aire, subió gateando por la escalerilla y se quedó encima

del carruaje.

—¿Aún nos siguen? —preguntó Temple, casi chillando.

—¡Sí!

—¿Qué haces?

—¡Echarme una puñetera siesta antes de que lleguen!

El carruaje llegaba a un terreno accidentado, pues la meseta estaba surcada por riachuelos, peñascos y columnas de roca retorcida. La carretera bajó hasta un valle lleno de sombras cuyas abruptas pendientes pasaron rápidamente ante su vista, mientras las ruedas traqueteaban más que nunca. Shy se secó la sangre de la frente con el dorso de una mano para luego deslizarse hasta la parte trasera del vehículo, coger el arco y poner una flecha en él. Y allí se quedó agachada durante un momento, respirando agitada.

Mejor hacerlo que vivir asustada. Mejor hacerlo.

Se levantó. El jinete que iba en cabeza estaba a menos de cinco pasos de las puertas, que seguían abriéndose y cerrándose. Tenía los ojos abiertos como platos, el cabello amarillo y las mejillas sonrosadas por efecto del viento. A ella le pareció haberlo visto en Almenara, escribiendo una carta, llorando mientras lo hacía. Disparó a su caballo en el pecho. El animal echó la cabeza hacia atrás, se enredó con las patas delanteras y caballo y jinete cayeron juntos, dando vueltas uno encima del otro, en una confusión de correas y de avíos. Los demás los evitaron rápidamente mientras ella se agachaba para coger otra flecha. Entonces oyó que Temple murmuraba algo.

—¿Estás rezando?

—¡No!

—¡Pues comienza a rezar!

Apenas subió, una flecha se clavó en la madera muy cerca de ella, donde se quedó vibrando durante unos instantes. Un jinete, negra silueta que se recortaba contra el cielo del extremo del valle, acababa de ponerse a su altura. Apenas veía los cascos de su caballo mientras él, haciendo gala de una gran maestría, se ponía de pie en los estribos y tiraba de la cuerda de su arco nuevamente hacia atrás.

—¡Mierda! —Shy se agachó cuando la saeta pasó velozmente por encima de su cabeza para clavarse en el parapeto del otro lado. Instantes después llegaba otra. Ya podía escuchar a los demás jinetes, que se hablaban a gritos justo detrás del carruaje. Cuando levantó la cabeza para mirar, otra flecha se clavó en la madera, mostrando su hierro apenas a un palmo de su cara, de suerte que volvió a pegarse al techo. Había visto a algunos Fantasmas que eran muy buenos lanzando flechas mientras montaban, pero ninguno lo era tanto como aquel mercenario. Le pareció que no jugaba limpio. Pero el juego limpio jamás había sido una norma que hubiera que respetar cuando se lucha a muerte.

Colocó la flecha, tomó aliento y levantó el arco por encima del parapeto. Cuando la flecha abandonó el arco, Shy se levantó. Sabía que no era tan buena como él, pero no le importaba, porque el caballo era un blanco grande.

Cuando la flecha se hundió entre las costillas del caballo, éste cayó de lado, lanzando de la silla a su jinete, que con un aullido soltó el arco y cayó dando vueltas con el arco y el caballo por la ladera del valle.

—¡Ja! —exclamó Shy, volviéndose a tiempo de ver que un mercenario acababa de subir de un salto al parapeto.

Le echó un vistazo. Era kantic. Entornaba los ojos y enseñaba unos dientes enmarcados por una barba negra mientras empuñaba en cada mano las armas con forma de gancho que debía de haber utilizado para subir al carruaje en marcha. Si no hubiera sido porque estaba decidido a matarla, Shy habría admirado muchísimo aquella hazaña. Pero es evidente que la inminencia de la muerte atenúa la admiración que puedas sentir por un cuerpo.

Le lanzó el arco, que él paró con un brazo mientras le tiraba una estocada con el otro. Como Shy se echó a un lado, la hoja sólo golpeó el parapeto. Luego, cuando intentó herirla de nuevo, lo agarró por el otro brazo y le lanzó un directo a las costillas mientras esquivaba el golpe. Pero se golpeó en un costado al moverse el carruaje. El mercenario retorció la espada curva que se había clavado en la madera del carruaje, pero no pudo liberarla y sacó la mano por la cuerda que la sujetaba a su muñeca. Para entonces, Shy ya había desenvainado su cuchillo y estaba acuclillada, describiendo pequeños círculos en el aire con la punta del mismo. Círculos y más círculos. Ambos se vigilaban, plantando con fuerza las botas en el suelo, muy separadas, y bajando mucho las rodillas, pues si el carruaje amenazaba con hacerles perder la estabilidad a fuerza de traqueteos, el viento los abofeteaba.

—Menudo sitio para un duelo a cuchillo —dijo Shy para sus adentros.

Cuando el carruaje dio una sacudida, el mercenario dio un traspié, apartando la mirada el tiempo suficiente para que Shy, de un salto, levantara el cuchillo como si fuera a clavárselo de arriba abajo. Pero, en lugar de hacerlo, se agachó y le hizo un tajo en una pierna, volviéndose para clavárselo en la espalda, pero el carruaje dio un salto y la lanzó hacia el parapeto, donde cayó con un gruñido.

Cuando se volvió, su contrincante se dirigía hacia ella, rugiendo y tirando tajos al aire, avanzando a tirones a causa de la herida y haciendo eses para evitar otra. Mientras miraba, bizqueando, el brillo del metal, pensó que el tejado del carruaje era tan traicionero como las arenas movedizas. Shy paró el tercer golpe con la hoja de su cuchillo. El acero chirrió contra el acero, dejándole a ella un corte en el antebrazo izquierdo y una manga rajada que ondeó al viento.

Volvieron a enfrentarse, ambos respirando afanosamente, y ambos con cortes de poca importancia, sin que la situación se hubiera decidido. El brazo de Shy cantó de dolor cuando apretó los dedos manchados de sangre y comprobó que aún podía moverlos. Hizo una finta y luego otra, para ver si podía confundir al mercenario, pero éste seguía sobre aviso, agitando su gancho ante Shy como si fuese un anzuelo con el que quisiera pescar un pez, mientras el accidentado valle seguía pasando a toda velocidad por ambos lados.

Cuando el armatoste dio un considerable rebote, Shy perdió el equilibrio por un instante, lanzando un grito mientras caía de costado. El mercenario le lanzó un tajo, pero falló. Ella trató de apuñalarle, pero la hoja sólo le rozó una mejilla. Cuando otro rebote los lanzó a uno contra otro, el mercenario le agarró la muñeca con la mano que tenía libre e intentó clavarle el gancho, pero éste se enredó con la chaqueta de Shy, así que ella le agarró a él por la muñeca y se la retorció. Y aunque aquello no fuera en lo que había estado pensando, no se la soltó. De tal suerte, los cuchillos de ambos siguieron apuntando al cielo, manchados con la sangre del contrario mientras sus dueños se tambaleaban encima del techo del carruaje.

Shy le propinó una patada en la rodilla que le hizo doblarse, pero él tenía más fuerza y, aunque titubeando, paso a paso la empujó hacia el parapeto y comenzó a dominarla al cargar todo su peso. Retorció el cuchillo y logró soltarse, y ambos se gruñeron, mientras la madera rechinaba por el peso y las ruedas se desplazaban por el suelo no muy lejos de la cabeza de Shy, manchándole las mejillas con gotas de barro al tiempo que la cara del mercenario, convertida en una

mueca, se acercaba más y más...

Shy se echó hacia delante y clavó los dientes en la nariz del mercenario, mordiéndola cada vez más, hasta que la boca le supo salada por la sangre. Su contrincante rugió, se retorció y se soltó, haciendo que Shy, que acababa de caer hacia atrás, se quedara sin aliento al llegar al parapeto y chocara contra la superficie del carruaje, mientras su cuchillo rebotaba en la carretera con un sonido metálico y ella se agarraba con una mano, sintiendo todas las fibras de su hombro tan tensas como si fueran a rompérsele en cualquier momento.

Finalmente, al ver que la carretera avanzaba a toda prisa más abajo, hizo un requiebro con el cuerpo y se libró de caer. Apretaba los dientes, dejando escapar entre ellos los sonidos propios de un loco y, mientras intentaba agarrarse con la otra mano al parapeto, movía las piernas como si fuesen las aspas de un molino. Pero como no tenía fuerza en la mano, se soltó, de suerte que una de las vertiginosas ruedas agarró una de sus botas y estuvo a punto de arrancársela del pie. Cuando lo intentó por segunda vez, pudo pasar las yemas de los dedos por encima, de suerte que, entre gemidos y quejas, y ya casi sin fuerzas, sintiendo entumecidos todos sus miembros, pudo, finalmente, subir para quedarse tumbada boca abajo.

El mercenario seguía de pie, tambaleándose porque alguien acababa de echarle un brazo alrededor del cuello. Temple. La cara que estaba al lado de aquel brazo era la suya. Los dos hombres gruñían, enseñando los dientes. Entonces Shy arremetió contra el mercenario. Y aunque poco le faltó para caerse, agarró con ambas manos, y con toda su fuerza, el brazo con el que el otro cogía el cuchillo, retorciéndoselo de arriba abajo; y entonces los mofletes de aquel hombre comenzaron a temblar, y la nariz mordida a rezumar sangre, y sus ojos fueron hacia la punta de su cuchillo cuando Shy concentró toda su fuerza en dirigirlo hacia su cuerpo. El mercenario dijo algo en kantic, moviendo la cabeza para uno y otro lado, y repitiendo muchas veces la misma palabra. Pero Shy no estaba de humor para atender ninguna súplica, ni aunque hubiese podido comprender lo que decía. Resolló cuando la punta del cuchillo le cortó la camisa y luego la piel, abriendo la boca cuando la hoja penetró profundamente en su pecho, justo hasta la empuñadura. Cuando Shy se desplomó encima de él, la sangre cubría el techo del carruaje.

Tenía algo en la boca. El extremo de una nariz. Lo escupió y, hablando entre dientes, preguntó a Temple:

—¿Quién conduce?

El carruaje se inclinó. Después escucharon una sacudida, seguida de un chirrido, y Shy salió volando.

Temple gimió mientras se daba la vuelta. Luego abrió los brazos y se quedó contemplando el cielo, disfrutando del frescor de la nieve en el cuello...

—*¡Uh!* —Se incorporó y comenzó a quejarse por los dolores que sentía. Entonces, con la mirada perdida, observó lo que le rodeaba.

Un cañón poco profundo de paredes jaspeadas, con tierra y nieve acumulada en algunos sitios, por cuya parte central corría la carretera, salpicada con zarzas y piedras sueltas. El carruaje, que estaba volcado una docena de pasos más adelante, había perdido una de sus puertas. La que quedaba colgaba de sus goznes. Una de las ruedas, que hubiera debido encontrarse encima de las dos que se apoyaban en el suelo, había desaparecido. La otra giraba lentamente. El eje se había roto. Los caballos, ciertamente complacidos por la libertad inesperada que les brindaba el accidente, habían abandonado el lugar. Aún podía verlos carretera abajo, perdiéndose en la lejanía.

El sol, que comenzaba a abrirse paso por el fondo del cañón, hacía que el oro, las monedas y las piedras preciosas, el tesoro, en suma, disperso a lo largo de veinte pasos contados desde la parte trasera del accidentado carruaje, brillasen al recibir sus rayos. Shy se sentaba en medio de él.

Temple echó a correr, cayó, se le metió nieve en la boca, escupió una pequeña moneda de oro y luego volvió a caerse. Shy, que intentaba ponerse de pie, pues su chaquetón se había enredado en unas zarzas, seguía sentada cuando Temple llegó a su lado.

—Me he fastidiado una pierna —dijo, apretando los dientes. Y Temple observó que tenía el pelo revuelto y la cara manchada de sangre.

—¿No puedes moverla?

—No. Acabo de decirte que me la he *fastidiado*.

Temple pasó un brazo alrededor de ella y, con sumo esfuerzo, consiguió levantarse y levantarla consigo, Shy apoyándose en su pierna buena y Temple en las dos suyas, que no dejaban de temblar.

—¿Ya se te ha ocurrido algún plan?

—¿Qué tal si te mato y me escondo dentro de tu cadáver?

—Pues no está mal. —Estudió los dos lados del cañón para ver si encontraba alguna manera de salir de allí y, tirando de Shy, echó a andar en busca de un sitio mejor; él a punto de caerse, ella dando saltitos, y ambos resollando por el dolor y el esfuerzo. Aquella escena hubiera parecido cómica de no ser porque sus colegas de antaño estaban cerca.

—Lamento haberte metido en esto —dijo Shy.

—Yo mismo me metí. Hace mucho tiempo. —Se agarró a una zarza que cedió, lanzando una lluvia de tierra que se le metió por la boca.

—Déjame y huye —dijo Shy.

—Es una oferta tentadora... —Temple seguía mirando para ver si podía encontrar algún camino más arriba—. Pero ya sucumbí a ella en cierta ocasión y no salió bien. —Se agarró a unas raíces que soltaron gravilla. La pendiente era tan poco segura como lo había sido a lo largo de toda su existencia—. Intento no repetir un día tras otro los mismos errores...

—¿Y cómo te va? ¿Lo consigues? —preguntó ella, refunfuñando.

—Podría irme mejor. —El borde apenas se encontraba a dos pasos más arriba, pero le hubiera dado lo mismo que si hubiese estado a más de un kilómetro, porque no había manera de...

—¡Eh, eh, Temple!

Un jinete llegaba al paso por la carretera, avanzando entre las dos roderas dejadas por el carruaje. Aunque estuviese mucho más delgado que cuando habían salido de Starikland, lo reconoció. Era Brachio. Se detuvo a cierta distancia de ellos. Luego, cargando todo su peso en el pomo de la silla de montar, habló en estirio.

—Menuda persecución. No pensaba que fueses en el carruaje.

—¡Capitán Brachio! ¡Dichosos sean los ojos! —Temple se volvió para interponerse entre Shy y el mercenario. Fue una patética muestra de galantería que le hizo ruborizarse. Pero cuando ella le cogió con fuerza de la mano y sintió sus

dedos, que estaban pegajosos por la sangre que tenía en ellos, se sintió agradecido, aunque sólo lo hubiera hecho para guardar el equilibrio.

La tierra seguía moviéndose bajo sus pies. Cuando miró a su alrededor, descubrió más arriba a otro jinete que empuñaba una ballesta cargada. Entonces fue consciente de que se le aflojaban las rodillas. Dios, cuánto le hubiera gustado ser un poco más valiente. Aunque sólo hubiese sido en aquellos momentos, quizá los últimos de su vida.

Brachio hizo avanzar indolentemente a su caballo.

—Le dije al Viejo que no se fiase de ti, pero no me hizo caso, porque eras como la niña de sus ojos.

—Bueno, no es fácil encontrar a un buen abogado. —Temple miró a su alrededor como si la manera de salir de aquella situación fuese a materializarse de repente. Nada. Intentó que su voz cascada sonara más convincente—. Llévanos ante Cosca y quizá pueda arreglarlo...

—No es posible. Cosca está de camino y me parece que quiere que todo esté arreglado cuando llegue. —Cuando Brachio desenvainó su espadón con un sonido de acero, los dedos de Shy apretaron con más fuerza los de Temple. Aunque no entendiera lo que decían, sí que comprendía su significado—. Por si te lo estabas preguntando, eso quiere decir que vais a morir.

—Sí, me di cuenta en cuanto desenvainaste la espada. Pero gracias por la aclaración —dijo Temple con voz cascada.

—Era lo menos que podía hacer por ti. Me gustas, Temple. Siempre me gustaste. Eres una persona fácil de querer.

—Aun así, vas a matarme.

—Lo dices como si me quedase otra opción.

—Yo tengo la culpa. Como siempre. Sólo que... —Temple se pasó la lengua por los labios, se soltó de Shy y miró directamente a los cansados ojos de Brachio. Pero sólo vio en ellos que estaba dispuesto a hacer lo que había dicho— suponía que podrías dejar libre a la chica. Eso sí que puedes hacerlo.

Brachio miró muy serio a Shy, que acababa de sentarse junto al borde y

guardaba silencio, y dijo:

—Me gustaría hacerlo. Lo creas o no, no me agrada en absoluto matar a una mujer.

—Claro que no. No te gustaría volver al lado de tus hijas con esa carga encima. —Sintiéndose incómodo, Brachio movió los hombros, haciendo que los cuchillos que cruzaban su barriga se moviesen. Al ver que había dado en el blanco, Temple decidió aprovecharlo. Así que se hincó de rodillas en la nieve, juntó las manos con fuerza y comenzó a rezar en silencio. No por él, sino por Shy—. Todo lo sucedido fue idea mía. Sólo mía. Yo la metí en esto. Ya sabes lo convincente que puedo llegar a ser. A ella, pobrecilla, se la engaña tan fácilmente como a un niño. Suéltala. Te sentirás mejor cuando emprendas el viaje de regreso. Suéltala. Te lo ruego.

Brachio enarcaba las cejas.

—Todo esto resulta conmovedor. Pensaba que le echarías la culpa de todo.

—Pues a mí sí que me conmueve un poquito —reconoció el que tenía la ballesta.

—No somos monstruos —dijo Brachio, acercándose más a él mientras derramaba unas pocas lágrimas por su ojo legañoso. El otro seguía tan seco como siempre—. Pero intentó robarnos, fuera quien fuese el que le metió esa idea en la cabeza. Y luego están todos los problemas que nos ha causado su padre... Así que no. Cosca no lo comprendería. Además, no podrías pagarme el favor, ¿no te parece?

—Es cierto —musitó Temple—. No lo había pensado. —Intentaba encontrar algo que decir para, al menos, retrasar lo que era inevitable y disponer de un poco más de tiempo. Qué extraño. No parecía disfrutar mucho mintiendo—. ¿Serviría de algo decir que estaba muy borracho?

—Todos lo estábamos. —Brachio disentía con la cabeza.

—¿Y que tuve una infancia asquerosa?

—Mi mamá solía dejarme encima de un aparador.

—¿Y una madurez asquerosa?

—¿Y quién no la tiene? —El caballo de Brachio avanzó unos pocos pasos, cubriendo a Temple con su enorme sombra—. Vamos, levantaos. Acabaremos enseguida. —Y movió el hombro que se terminaba en su espada—. Todos queremos que salga bien a la primera.

Temple miró a Shy, que, tan cansada y cubierta de sangre como antes, seguía sentada.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros, sintiéndose derrotado. Ella asintió, tan derrotada como él. Daba la impresión de que hubiera desistido de luchar. Temple miró al cielo, parpadeando, y luego bajó la mirada. Era un cielo de lo más corriente, grisáceo. Si había un Dios, debía de ser un banquero sin sentido del humor. Un tipo frío y pedante que tachaba los asientos de sus deudas en algún libro de cuentas cósmico. Pues todos los que habían recibido algo de él al final acababan devolviéndoselo con creces.

—No es nada personal —dijo Brachio.

Aunque Temple cerrase los ojos, el sol seguía insinuándose a través de sus párpados cuando dijo:

—Aun así, insistes en saldar personalmente esta cuenta.

—No queda más remedio.

Entonces escuchó un sonido parecido al de un resorte metálico. Hizo una mueca. Siempre había pensado que se enfrentaría a la muerte con algo de dignidad, tal y como había hecho Kahdia. Pero para mostrar algo de dignidad, antes uno tiene que practicar con ella, lo que Temple nunca había hecho. Por tanto, nada pudo impedir que se encogiese mientras se preguntaba cuánto le dolería la cabeza cuando se la cortara. Luego escuchó un par de chasquidos y un gruñido, y entonces se encogió aún más. ¿Cómo hubiese podido evitarlo? El caballo de Brachio resolló, piafando, y luego escuchó el ruido de metal que hace una espada al caer al suelo.

Temple abrió un ojo. Brachio miraba al suelo, sorprendido. Tenía clavada una flecha en el cuello y dos más en el pecho. Cuando abrió la boca, las palabras que intentaba pronunciar se convirtieron en sangre que le manchó la pechera de la camisa. Luego, lentamente, comenzó a ladearse en la silla y terminó por caer boca abajo al suelo, muy cerca de las botas de Temple, con un pie aún metido en el

estribo.

Temple miró a su alrededor. El hombre de la ballesta había desaparecido. Su montura paseaba tranquilamente, sin jinete, en la parte superior de la pared del cañón.

—Menuda sorpresa —dijo Shy, que casi no podía ni hablar.

Se acercaba un jinete. Montado en la silla, con las manos cruzadas alrededor del pomo, su rostro huesudo se enmarcaba en una corta cabellera que ondeaba al viento. Era Corlin.

—Agradable, supongo.

—Por los pelos. —Shy agarró la mano de Temple, que parecía muerta, y tirando con fuerza de ella se levantó—. Pero justo a tiempo.

Unos caballos aparecieron a ambos lados del valle, todos con sus correspondientes jinetes, unas tres docenas de hombres y de mujeres bien armados, y algunos de ellos con armadura. Jóvenes y mayores, algunos conocidos de cuando había estado en Arruga, y otros desconocidos. Tres o cuatro llevaban ballestas cargadas. Aunque no apuntasen directamente con ellas a Temple, tampoco parecían apuntar en una dirección determinada. Varios tenían sus desnudos antebrazos llenos de tatuajes: *Abajo la Unión. Muerte al Rey. ¡Levantaos!*

—Rebeldes —susurró Temple.

—Siempre tuviste la virtud de manifestar lo obvio. —Corlin se deslizó de la silla, soltó del estribo la bota de Brachio y dio la vuelta con un pie a su cadáver, que, con la cara llena de barro, se quedó con los ojos abiertos mirando al cielo—. ¿Cómo va ese brazo?

Shy se subió la destrozada manga con los dientes para mostrarle un corte alargado del que manaba sangre que le manchaba los dedos de la mano. A Temple se le aflojaron las rodillas nada más verlo. Le sorprendía que todavía siguiera de pie.

—Aún sangra.

—Es como si la escena se repitiese, ¿no te parece? —dijo Corlin, sacando una venda del bolsillo y mirando a Temple con sus ojos de azul intenso mientras

rodeaba con la venda el brazo de Shy. Si no hubiera sido porque ya había perdido los nervios, Temple se habría sentido muy nervioso al constatar una vez más que aquella mujer no parpadeaba—. ¿Dónde está mi tío?

—En Almenara —respondió con voz cascada. Los rebeldes ya habían desmontado y llevaban sus monturas hacia las empinadas pendientes del cañón, llenándolo todo de polvo.

—¿Con vida?

—No lo sabemos —dijo Shy—. Se enteraron de que era Conthus.

—¿Ah, sí? —Corlin cogió a Temple una mano inerte para que apretara con ella la muñeca de Shy—. Aprieta con fuerza. —Y entonces comenzó a desabrocharse el chaquetón.

—Lamb volvió para rescatarlo, pero se metieron en problemas. Entonces nos llevamos el carruaje. Sweet provocó una estampida para darnos algo de... tiempo.

Corlin acabó de quitarse el chaquetón y se lo pasó a su caballo por el cuello, mostrando unos brazos nervudos que desde los hombros hasta las muñecas estaban llenos de letras, palabras y consignas.

—Yo soy Conthus —declaró, sacando un cuchillo de su cinturón.

Una pausa.

—Oh —dijo Temple.

—Ah —dijo Shy.

Corlin, o Conthus, cortó la venda con un simple movimiento del cuchillo y luego la aseguró con un imperdible. Sus entornados ojos se dirigieron hacia lo que quedaba del carruaje, deteniéndose en el oro que chispeaba en la nieve.

—Al parecer, nos habéis traído un poco de dinero.

—Sólo un poco. —Temple se aclaró la garganta—. Los honorarios de los abogados se han disparado últimamente...

—Cogeremos un par de caballos. —Shy se soltó de la mano de Temple y

movió los dedos—. Nicomo Cosca no debe de andar muy lejos.

—No puedes evitar meterte siempre en problemas, ¿verdad? —Corlin dio una palmada en el cuello al caballo de Brachio—. Pues resulta que tenemos dos libres. Pero no son gratis.

—¿Vas a regatear conmigo?

—¿Contigo? No lo creo. Digamos que es una contribución muy generosa a la liberación de Starikland. —Hizo una señal a sus seguidores, y éstos se acercaron rápidamente al carruaje, llevándose de él los sacos y las alforjas. Un chico muy alto estuvo a punto de tirar a Temple cuando le golpeó con un hombro. Algunos se pusieron a gatas para recoger todo el oro que se había desparramado por el interior del vehículo. Otros se metieron dentro de él para romper las verjas y las cajas, de suerte que el tesoro del dragón fue robado por tercera vez en el transcurso de una semana.

Como poco antes Temple había sido rico hasta más allá de los sueños de cualquier avaro y unos instantes después había estado a punto de perder, literalmente, la cabeza, consideró que quejarse por el desenlace de los acontecimientos habría sido un despropósito. Por eso replicó:

—Una noble causa. Servíos a vuestro gusto.

LOS TIEMPOS CAMBIAN

LA ALCaldesa estaba de pie en su balcón, adoptando la postura de siempre, con las manos en aquella parte de la barandilla desgastada por el uso mientras vigilaba a los trabajadores de Curnsbick, que parecían esforzarse en levantar la nueva factoría. La enorme estructura, que ya casi sobrepasaba la altura del anfiteatro, era buena muestra del triunfo de lo nuevo sobre lo antiguo, pues una red de andamios cubría el sitio donde antes se encontraba la Casablanca de Papá Anillo. Aquel edificio había sido repugnante en muchos aspectos. Un edificio contra el cual había dirigido toda su furia y todo su odio durante muchos años, pues había acaparado toda la astucia de la que era capaz. Y en aquellos momentos lo echaba de menos.

La Alcaldesa se convirtió en la Reina de las Tierras Lejanas en cuanto Anillo dejó de balancearse en un extremo de la cuerda. Pero apenas pudo disfrutar de las mieles del triunfo, porque enseguida se convirtieron en hieles. Primeramente, la violencia y los incendios se encargaron de expulsar a la mitad de la población. Corrió el rumor de que el oro comenzaba a escasear. A aquello se sumó la noticia de que acababan de descubrirlo al sur de Esperanza, de suerte que la gente abandonó Arruga a centenares. Sin enemigos a los que enfrentarse, tuvo que despedir a la mayoría de sus hombres, que, descontentos, se convirtieron en pirómanos, quemando la mayoría de los edificios que habían quedado en pie. Pero como la mayoría de los que no habían ardido estaban vacíos, la Alcaldesa siguió sin percibir los alquileres. Y las parcelas municipales, junto con las concesiones de las colinas por las que antes la gente solía matar, no valieron nada. Los salones de juego y las casas de lenocinio apenas eran más que tablones sueltos, y sólo unos pocos parroquianos entraban en la Iglesia de los Dados, donde antaño ella había acuñado moneda como si poseyese una ceca en propiedad.

Arruga era lo único que tenía, y prácticamente ya no valía nada.

En ocasiones le parecía que se había pasado la vida entera haciendo cosas con sudor, sangre y esfuerzo para ver cómo quedaban en nada o eran destruidas por culpa de su orgullo, de la venganza de los demás y de los veleidosos golpes de la ultrajante Fortuna. Huir de un fracaso a otro. Abandonar, finalmente, su propio

nombre. Siempre tenía el equipaje hecho por si tenía que marcharse, incluso en aquellos momentos. Se tomó el contenido de la copa y volvió a llenarla.

En eso residía el coraje. En coger tus decepciones y tus fracasos, tu culpa y tu vergüenza, las heridas recibidas e infligidas y relegarlo todo al pasado. Volver a comenzar. Maldecir al ayer y enfrentarse al mañana con la cabeza bien alta. Los tiempos cambian. Y sólo quienes los ven venir, hacen planes y se acomodan a ellos prosperan. Por eso había hecho un trato con Curnsbick y compartido con él su pequeño imperio sin apenas regatear.

Su pequeña factoría, que, por haberse instalado en lo que había sido un burdel, le había parecido en un principio demasiado grande, echaba humo por sus dos chimeneas de latón. Aquellas chimeneas dieron paso a tres, de ladrillo, que, cuando estaba despejado, llenaban de humo todo el valle, las cuales acabaron por expulsar a las pocas putas que quedaban y que seguían comerciando fuera de sus balcones y puertas adentro.

Al parecer, la nueva factoría tendría unas chimeneas el doble de altas que las antiguas. Iba a ser el mayor edificio en un radio de casi doscientos kilómetros. Aún seguía sin saber exactamente qué iban a fabricar en ella, excepto que tenía que ver con el carbón. Si las colinas apenas habían dado un puñado de oro, no podía decirse lo mismo de aquella cosa negra que abundaba muchísimo. A medida que la sombra arrojada por la factoría crecía, la Alcaldesa se preguntaba si no habría sido más feliz con Anillo al otro lado de la calle. Al menos, sabía lo que pensaba. Pero Anillo se había ido, y el mundo por el que ambos habían luchado se había ido con él. Curnsbick traía a la ciudad hombres que construían, cavaban y alimentaban sus hornos. Y aunque fuesen más limpios, más tranquilos y más sobrios de lo que se acostumbraba en Arruga, seguían necesitando distracciones.

—¿De veras que los tiempos cambian? —Levantó la copa en un mudo saludo a todo y a nada. Quizá dedicado a Papá Anillo. O a sí misma, a la mujer que había tenido un nombre. Al distinguir una imagen deformada a través del vidrio de la copa, miró por encima de ella. Eran dos jinetes que bajaban por la calle principal y que parecían apurados, pues uno de ellos tenía una herida en un brazo. Eran aquella chica, Shy Sur, y Temple, el abogado.

La Alcaldesa frunció el ceño. Tras veinte años de capear una catástrofe tras otra, podía oler los problemas a cien pasos. Y allí estaban de nuevo, delante de la puerta de la fachada principal de su establecimiento. Temple se deslizó de su caballo, cayó al barrizal, se levantó titubeando y ayudó a bajar a Shy, que cojeaba de

mala manera.

La Alcaldesa apuró la copa y se pasó la lengua por los dientes. Mientras cruzaba sus habitaciones abotonándose el cuello de su vestido, echó un vistazo al armario donde guardaba el equipaje, preguntándose si ya sería hora de irse.

Algunas personas se convierten en un problema. Cosca era una de ellas. También Lamb. Iba al encuentro de otras dos que, sin ser un problema en sí mismas, no tardaban en crearlo en cuanto se les daba pie para ello. Siempre había sospechado que Temple podía ser una de ellas. Cuando bajaba por la escalera y lo vio apoyado en el mostrador de la desierta sala de juegos ya no tuvo duda alguna de que lo era. Tenía la ropa destrozada, llena de sangre y tiesa por el polvo que se le había pegado, la expresión alucinada y la respiración agitada.

—Parece encontrarse en un apuro —dijo la Alcaldesa.

—No lo sabe usted bien —dijo Temple, con cierto aire de culpabilidad en la mirada.

—Y de haber sufrido algún percance por el camino.

—Repito lo de antes. ¿Puedo pedirle un trago?

—¿Puede usted pagarlo?

—No.

—Pues no hago obras de caridad. ¿Qué hacen aquí?

Temple se concedió un instante para prepararse, y entonces, como el mago que se saca de improviso algo de la chistera, adoptó una expresión muy seria, que a ella le puso instantáneamente en guardia, y respondió:

—No tenía otro sitio adonde ir.

—¿Está seguro de haber buscado bien? —Entornó los ojos—. ¿Dónde está Cosca?

—Qué gracia que me lo pregunte —respondió Temple, tragando saliva.

—No estoy bromeando.

—No.

—¿Ahora ya no le parece tan divertido como antes?

—No. —Su expresión seria acababa de dar paso a otra dominada por el miedo—. Creo que llegará dentro de unas horas.

—¿Aquí?

—Supongo.

—¿Con todos sus hombres?

—Los que le quedan.

—¿Y son muchos?

—Algunos murieron en las montañas, un montón desertaron...

—¿Cuántos?

—Supongo que aún le quedarán unos cien.

La Alcaldesa se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y el Inquisidor?

—Supongo que seguirá con él.

—¿Y qué quieren?

—El Inquisidor, torturar a su estilo para conseguir un mañana más radiante.

—¿Y Cosca?

—Cosca, la fortuna en oro antiguo que robó al Pueblo del Dragón y que... —Temple se tiró con aire distraído del cuello de la camisa— yo le robé a él.

—¿Y dónde está ahora esa fortuna robada por partida doble? —preguntó ella, casi susurrando.

—Robada otra vez —respondió Temple, sonriendo de manera siniestra—.

Corlin la robó. Y resultó que era ese jefe rebelde al que llaman Conthus. Ha sido un día lleno de sorpresas —dijo finalmente, en tono de disculpa.

—Eso... parece —susurró la Alcaldesa—. ¿Dónde está Corlin?

Temple se encogió de hombros como le gustaba tanto y respondió:

—Con el viento.

Pero, a la Alcaldesa no le gustaba tanto que la gente se encogiera de hombros. Por eso se limitó a decir:

—Carezco de los hombres suficientes para luchar contra ellos. Y del dinero suficiente para pagarles. Tampoco tengo un tesoro antiguo que poder entregar al *maldito* Nicomo Cosca, ni un mañana radiante para el *jodido* Inquisidor Lorsen. ¿Sería posible que la *cabeza* de usted sirviese para calmarlos?

—Me temo que no —respondió Temple, volviendo a tragar saliva.

—Supongo que tiene razón. Pero, como no me sugiere nada mejor, tendré que ofrecérsela.

—Pues... —Temple se pasó la lengua por los labios— da la casualidad de que sí puedo hacerle una sugerencia.

La Alcaldesa agarró a Temple por el cuello de la camisa y se lo acercó a la cara.

—¿Es buena? ¿La mejor sugerencia que me hayan hecho en mi vida?

—Sinceramente lo dudo, pero, dadas las circunstancias... Por cierto, ¿no tendrá por ahí el tratado?

—Estoy cansado —dijo el cabo Brillante, mirando con desgana las casuchas de Arruga que se amontonaban unas junto a otras.

—Claro —rezongó el viejo Piñón a modo de réplica. Tenía que esforzarse en abrir los ojos, porque le pesaban después de la juerga de la noche anterior, del susto de la estampida, de la pesada marcha a pie y de la larga cabalgada.

—Y me siento sucio —añadió Brillante.

—Claro. —A lo antedicho había que sumar el humo de los incendios de la noche anterior, las carreras entre los matojos para escapar de los pisotones de los caballos y la lluvia de barro producida por los caballos que iban delante de él.

—Y dolorido —dijo Brillante.

—Sin duda. —De nuevo la juerga de la noche anterior, la cabalgada y el brazo que le dolía cuando se había caído en las montañas, junto con la antigua herida del trasero que siempre le molestaba. Nadie hubiera pensado que un flechazo en el trasero fuera a ser una maldición para el resto de su vida, pero lo era. Tener el trasero acorazado. Ahí estaba la clave de la vida del mercenario.

—Ha sido una campaña dura —declaró Piñón.

—Bueno, siempre que llames «campaña» a pasar medio año cabalgando a todas horas, bebiendo aún más, matando y robando.

—¿Y tú cómo lo llamarías?

Brillante se pensó la respuesta durante un instante.

—Tienes razón. Además, has tenido que ver cosas peores. Llevas varios años al lado de Cosca.

—En el Norte hacía más frío. Y en Kadir había más polvo. El último conflicto que pasamos en Estiria fue el más sangriento. Estuvo a punto de acabar con la Compañía. —Movió las esposas que llevaba en el cinto—. Dejamos de usar cadenas y comenzamos a colgar a todo el mundo a la menor infracción. Pero, pensándolo bien, no. No he visto peores campañas que ésta. —Piñón aspiró el moco que tenía en la nariz, se lo pasó a la boca, comprobó tranquilamente su consistencia, se echó hacia atrás y lo lanzó con una trayectoria curva que le permitió entrar por la ventana de una cabaña.

—Nunca vi a nadie que escupiera como tú —dijo Brillante.

—Sólo es cuestión de práctica —explicó Piñón—. Como todo.

—¡No os paréis! —dijo Cosca, volviendo la cabeza hacia atrás desde su posición al frente de la columna. Si es que se puede llamar «columna» a un grupo

de dieciocho hombres. El resto de la Compañía debía de estar cruzando la meseta a pie. Los que siguieran vivos, por supuesto.

Era evidente que los pensamientos de Brillante eran parecidos a los del general cuando dijo:

—Hemos perdido un montón de hombres en las últimas semanas.

—Así nos durarán más lo suministros.

—Ya sabes a lo que me refiero. No me creo que Brachio se haya ido.

—Es una baja.

—Y Jubair.

—No diré que lamente el hecho de que la cabeza de ese bastardo negro acabara separada de su cuerpo.

—Era raro, pero bastante correcto, y un buen aliado en cualquier aprieto.

—Ya sabes que yo suelo huir de cualquier aprieto.

Brillante le miró de soslayo y dejó que su caballo fuese más lento, para que quienes marchaban delante no le viesen.

—No podría estar más de acuerdo contigo. Lo único que estoy diciendo es que quiero irme a casa.

—¿Y dónde está la casa de los que son como nosotros?

—En cualquier lugar que no sea éste.

Piñón echó un vistazo a la maraña de maderas y ruinas en que Arruga se había convertido, pues, si nunca había supuesto solaz alguno para un individuo cultivado, para entonces lo era mucho menos, ya que las partes de ella que no habían ardido aparecían desiertas. Quienes quedaban parecían ser los únicos que no habían encontrado la manera de irse, a menos que estuvieran tan lejos de cualquier lugar que prefirieran quedarse. Un mendigo que parecía dominado por la miseria más absoluta los siguió con la mano extendida antes de caerse en el albañal. Al otro lado de la calle una mujer anciana y desdentada reía sin poder parar. Loca.

A menos que hubiera escuchado algo divertido. La locura parecía la opción más probable.

—Te comprendo —dijo Piñón—. Pero aún tenemos que encontrar el dinero. —No estaba muy convencido de que fueran a encontrarlo. Durante toda su vida no había hecho más que agarrar con sus ávidos dedos hasta la moneda de cobre más pequeña que pudiese encontrar. Y, de repente, tenía tanto oro que ya nada parecía importarle. Hasta el mundo dejaba de tener sentido para él.

—¿No te quedaste con nada?

—Claro que sí. Con un poco. —En realidad, algo más que un poco, pues el bolsillo que tenía bajo el sobaco estaba lleno de monedas. Y aunque no fuese suficiente para hacerle sudar por el esfuerzo de cargar con él, suponía una pequeña fortuna.

—Como todos —musitó Brillante—. Así que podemos decir con toda propiedad que todos vamos detrás del dinero de Cosca, ¿no te parece?

—También están los principios y todo eso —dijo Piñón, enarcando las cejas.

—¿Los principios? ¿De veras?

—No dejar que la gente se te suba a las barbas y te robe.

—Así que por eso nos robamos a nosotros mismos, ¿te refieres a eso? —dijo Brillante, y Piñón estuvo de acuerdo—. Te diré que ese oro está maldito. Desde el momento en que le echamos las manos encima, las cosas comenzaron a irnos de mal en peor.

—Las maldiciones no existen.

—Pues cuéntaselo a Brachio y a Jubair. ¿Cuántos éramos al partir de Starikland?

—Más de cuatrocientos, según Amistoso, y ya sabes que él nunca se equivoca.

—¿Y cuántos somos ahora?

Piñón abrió la boca y luego la cerró. No era necesario que contestase.

—Exacto —dijo Brillante—. Si seguimos merodeando más tiempo por aquí, no quedaremos ninguno.

Piñón sorbió, gruñó y volvió a escupir, llegando en aquella ocasión hasta la ventana de un primer piso. A fin de cuentas, el artista siempre se encuentra sometido a un desafío constante.

—Llevamos con Cosca mucho tiempo.

—Los tiempos cambian. Fíjate en este sitio. —Brillante miraba las cabañas amontonadas en las que se hacinaba la gente uno o dos meses antes—. ¿Qué olerá tan mal?

Piñón arrugó la nariz. Aunque el lugar siempre hubiese apestado, aquel fuerte olor a mierda y a gentuza siempre le hacía pensar en su hogar. Había un olor acre en el aire a causa del sudario de humo marrón que pendía sobre todas las cosas.

—No lo sé. Y no creo que me importe mucho.

—Quiero irme a casa —dijo Brillante, sintiéndose desgraciado.

La columna estaba llegando al centro de la ciudad, si es que aún lo tenía. A juzgar por los andamios que oscilaban y las maderas apiladas en montones muy altos, estaban construyendo algo a uno de los lados de la fangosa calle principal. Al otro lado de ella aún seguía en pie la Iglesia de los Dados, donde Piñón había pasado unas cuantas veladas muy agradables uno o dos meses antes. Cosca acababa de levantar un puño para que la columna se detuviese y, ayudado por el sargento Amistoso, desenredaba sus piernas de la silla de montar y bajaba de ella.

La Alcaldesa aguardaba en la escalinata de su establecimiento, ataviada con un vestido negro abotonado hasta el cuello. Menuda mujer. Si Piñón hubiese podido encontrar la palabra que pugnaba por salir de los recovecos más profundos de su memoria, seguro que hubiera sido la de «dama».

—General Cosca —decía ella, sonriendo cordialmente—. No suponía...

—¡No pretenda hacerse la sorprendida! —le espetó él.

—Pero lo estoy. Llega en un momento inoportuno, porque estamos esperando a...

—¿Dónde está mi oro?

—¿Perdón?

—Por favor, deje de hacerse la inocente, que nos conocemos. ¿Dónde está mi maldito notario?

—Dentro, pero...

El Viejo la apartó hacia un lado y subió refunfuñando por la escalinata, seguido de Amistoso, Sworbreck y el capitán Dimbik.

Con mucha delicadeza, la Alcaldesa tocó a Lorsen en el brazo.

—Inquisidor Lorsen, debo protestar.

Lorsen frunció el ceño y comentó:

—Mi querida señora Alcaldesa, yo llevo protestando durante meses. Y no me ha servido de nada.

No parecía que Cosca se preocupase por la media docena de asesinos que le miraban con cara de pocos amigos desde ambos lados de la puerta. Pero Piñón sí que se fijó en ellos mientras subía detrás de los demás, y Brillante también, a juzgar por la cara de preocupación que acababa de poner. A pesar de que la Compañía tuviese una superioridad numérica que iría en aumento a medida que fuesen llegando los mercenarios que recorrían la meseta, a Piñón no le apetecía pelearse con aquellos tipos.

La verdad era que no le apetecía pelearse con nadie.

El capitán Dimbik se alisó el uniforme. Aunque el polvo del camino se hubiese incrustado en su pechera. Aunque estuviera destrozado. Aunque ya no perteneciera a ningún ejército ni tuviese nación, ni luchase por ninguna causa o principio de esos en los que suele creer la gente sensata. Aunque se sintiese completamente perdido y se ocultara desesperadamente en un pozo de odio y de autocompasión creado por él mismo.

Mejor derecho que doblado.

El lugar había cambiado mucho desde la última vez. El salón de juego había cedido buena parte de su superficie a los tablones que se amontonaban en él, de suerte que las mesas para jugar a los dados y a las cartas estaban apoyadas contra la pared. A las mujeres las habían llevado a otro sitio y los clientes habían desaparecido. Sólo quedaban allí diez o doce de los matones de la Alcaldesa, que, bastante bien armados, vigilaban desde los reservados dispuestos junto a las paredes. Un hombre secaba los vasos a lo largo de la gran barra, y una mesa colocada en el centro de la estancia, al parecer, recientemente abrillantada, mostraba los signos de su prolongado uso. Junto a ella estaba Temple, consultando un montón de papeles, sin preocuparse demasiado de la llegada de Dimbik y de sus soldados, que ya comenzaban a rodearle.

Pero, ¿realmente se merecían aquel nombre? Se los veía harapientos y con la mirada perdida, como si la moral y cualquier creencia que hubiesen podido tener, por otra parte, nunca demasiado elevadas, acabaran de menguar para llegar a su punto más bajo. Lo cierto era que nunca habían sido unos ejemplos muy prometedores de lo que debe ser la humanidad. Ya había pasado mucho tiempo desde que Dimbik intentase imponerles algún tipo de disciplina. Después de que lo expulsaran del ejército. Después de su desgracia. Apenas recordaba, pues lo veía como a través de una cortina vaporosa, su primer día vestido de uniforme, tan elegante ante el espejo, imaginándose historias heroicas, con una brillante carrera al alcance de la mano. Volvió a alisarse los harapos mugrientos en que se había convertido su uniforme. ¿Cómo podía haber caído tan bajo? Ni siquiera era escoria. Era el lacayo de la escoria.

Vio al infame Nicomo Cosca pisando el piso vacío con un tintineo de espuelas, mirando a Temple con aquella cara de rata en la que se mezclaban el odio y la venganza. Y luego mirando la barra, a la que no tardó en ir, ¿a qué otro sitio hubiese podido ir? Cogió una botella, le quitó el corcho con los dientes, lo escupió y se bebió de una sentada la cuarta parte de su contenido.

—¡Vaya, si está aquí! —dijo el Viejo, rechinando los dientes—. ¡El cuco en el nido! ¡La serpiente en el seno! ¡El... el...!

—¿El gusano en la mierda? —le sugirió Temple.

—Ya que lo mencionas, ¿por qué no? Qué dijo Verturio? *Nunca temas a tus enemigos, pero teme siempre a tus amigos*. ¡Era más sabio que yo, es evidente! ¡Te perdoné! ¡*Te perdoné*, y mira cómo me lo pagaste! ¡Espero que lo estés anotando todo, Sworbreck! Quizá te sirva para escribir una pequeña parábola acerca del mito

de la redención y del precio de la traición. —El escritor rebuscó en sus bolsillos para encontrar un lápiz mientras la sonrisa siniestra de Cosca desaparecía, dando paso a un Cosca simplemente siniestro—. ¿Dónde está mi oro, Temple?

—Yo no lo tengo. —El notario cogió el montón de papeles—. Pero sí esto otro.

—Mejor será que tenga algún valor —le espetó Cosca, echándose otro trago. El sargento Amistoso se había dado un paseo hasta una de las mesas de juego, para, aparentemente ajeno a la tensión que iba en aumento, clasificar los dados que estaban encima de ella. El Inquisidor Lorsen, que acababa de entrar, saludó con un breve movimiento de cabeza al capitán Dimbik, quien respetuosamente se lo devolvió para luego llevarse un dedo a la boca y, tras mojárselo, alisarse los cabellos de la frente, sin dejar de preguntarse si el Inquisidor habría hablado en serio al decirle que, tras regresar a Adua, le recomendaría para cumplir una misión al servicio del Rey. Aunque lo más seguro fuese que no, necesitaba tener algo en qué soñar para no sentirse perdido. Si no era una segunda oportunidad, al menos la esperanza de poder conseguirla...

—Es un tratado. —Temple hablaba lo suficientemente alto para que le escucharan todas las personas de la sala—. Para el ingreso en el Imperio, de Arruga y de las tierras que la circundan. Me temo que su Brillantez Imperial no se sentirá muy complacida cuando se entere de que un grupo armado, pagado por la Unión, ha procedido a la ocupación de su territorio.

—Ya te daré yo a ti una ocupación que nunca olvidarás. —Cosca apoyó la mano izquierda en el pomo de su espada—. ¿Dónde demonios está mi *oro*?

La atmósfera de la habitación auguraba de manera inminente el derramamiento de sangre. Los chaquetones dejaban al descubierto dedos inquietos dispuestos a empuñar las espadas, las espadas asomaban por sus vainas, listas para salir por ellas, y todos entornaban la mirada. Dos mercenarios de Dimbik quitaron el seguro de sus ballestas cargadas. El empleado que secaba los vasos levantó subrepticiamente una mano por algún sitio situado bajo la barra. Dimbik observaba todos aquellos preparativos con una sensación de impotencia y de horror que iba en aumento. Odiaba la violencia. Se había hecho militar por el uniforme. Por el uniforme, los desfiles, las bandas...

—¡Un momento! —exclamó Lorsen, cruzando a zancadas la habitación. Dimbik se sintió aliviado al comprobar que alguien con autoridad aún parecía

guardar algo de sentido común—. ¡El Superior Pike dijo claramente que debíamos evitar cualquier implicación con el Imperio! —Y arrancó el tratado que Temple cogía con una mano—. ¡Esta expedición ya ha resultado demasiado desastrosa para que, además, dé comienzo a una guerra!

—No querrá legalizar esta charada —dijo Cosca, mofándose—. ¡Temple se gana la vida mintiendo!

—Ahora no miente. —En la sala acababa de entrar la Alcaldesa, flanqueada por dos de sus matones, uno de los cuales, tuerto, había ganado en amenaza lo que había perdido en vista—. Este documento ha sido aprobado por representantes elegidos entre el pueblo de Arruga, y es vinculante.

—Lo considero mi mejor trabajo. —No parecía que Temple estuviese mintiendo, porque se mostraba más pagado de sí mismo de lo que era usual en él—. Aplica el principio de propiedad inviolable que dio lugar al nacimiento de la Unión, remite a la antigua reclamación imperial del territorio e incluso es vinculante según la ley de minas. Estoy seguro de que ningún tribunal podrá impugnarlo.

—Ay, mi abogado ha dejado de estar a mi servicio de forma bastante sospechosa —comentó Cosca entre dientes—. Si decidimos impugnar tu tratado, será en el tribunal de las hojas afiladas.

—Si ni siquiera está firmado —dijo Lorsen, burlándose. Y arrojó el documento encima de la mesa.

—Y aunque lo estuviera. —Cosca entornó sus ojos inyectados en sangre—. De entre toda la gente, tú, Temple, deberías saber que las únicas leyes que importan son las que se hallan respaldadas por la fuerza. Las tropas imperiales más próximas se encuentran a varias semanas de distancia.

La sonrisa de Temple aumentó imperceptiblemente cuando dijo:

—Oh, me parece que están un poquito más cerca.

De repente, las puertas se abrieron de par en par ante la incrédula mirada de aquella asamblea fuertemente armada, y unos soldados entraron marcando el paso en la Iglesia de los Dados. Tropas imperiales que llevaban grebas y pectorales sobredorados, que empuñaban alabardas, que ceñían al cinto espadas cortas, que se protegían con escudos redondos en los que aparecía pintada la mano de Juvens con los cinco rayos y la gavilla de trigo, y que parecían surgir de la mismísima

Antigüedad.

—¿Pero qué *coño*...? —musitó Cosca.

En el centro de aquella singular guardia de honor se encontraba un anciano de barba tan blanca como la nieve, que se cubría con un yelmo sobredorado al que adornaba una larga pluma. Caminaba adrede lentamente, como si le doliese cada paso que daba, aunque perfectamente erguido. No miró a derecha ni a izquierda, como si Cosca y sus hombres, la Alcaldesa y los suyos, Temple, Lorsen y cualquier persona que se encontrase allí sólo fuesen insectos que no merecían su mirada. Como si fuese un dios que se viese obligado a caminar entre la mugrienta humanidad. Los mercenarios se apartaron, nerviosos no sólo por el miedo que les causaban las legiones del Emperador, sino por el aura de poder inaccesible que desprendía aquel anciano.

La Alcaldesa se postró ante él con un susurro de faldas.

—Legado Sarmis... —dijo casi sin aliento—. Excelencia, no podemos expresar cuánto honor nos produce su presencia...

A Dimbik se le desencajó la mandíbula. Era el Legado Sarmis, el mismo que había aplastado a los enemigos del Emperador en la Tercera Batalla de Darmium y pasado por las armas a todos los prisioneros. El mismo que, a todo lo largo y ancho del Círculo del Mundo, era famoso por su brillantez militar e infame por su falta de piedad. El mismo al que se le suponía a varios cientos de kilómetros al sur. Y en aquellos momentos se encontraba en carne y hueso ante ellos. A Dimbik le pareció haber visto antes aquel rostro tan magnífico. Quizá en una moneda.

—Debéis sentiros *honrados* —dijo el anciano—, pues mi presencia es la de Su Brillantez, el Emperador Goltus Primero. —Aunque el cuerpo del Legado quizá mostrase los signos de la edad, su voz, aderezada con un leve acento de la lengua del Imperio, retumbaba entre las altas traviesas tanto como la de un coloso, inspirando el mismo respeto que el sonoro trueno que cae muy cerca. Las rodillas de Dimbik, que siempre tendían a temblar en presencia de la autoridad, comenzaron a doblarse.

—¿Dónde está el utensilio? —preguntó el Legado con voz llena de inflexiones.

La Alcaldesa se levantó y, de manera servil, indicó la mesa donde Temple había dejado el documento y una pluma de escribir. Sarmis emitió un ligero

gruñido cuando se inclinó sobre ella.

—Firmo con el nombre de Goltus, pues esta mano mía es la mano del Emperador. —Y, con un gesto floreado que hubiera parecido insolente en cualesquiera otras circunstancias, firmó—. Ya está hecho. ¡Ahora pisáis el suelo del Imperio y sois súbditos imperiales sujetos a la protección de Su Brillantez! Abrigados por su munificencia. Humildes bajo su ley. —Cuando los ecos de su voz cantarina se desvanecieron, enarcó las cejas, como si en aquel preciso momento acabara de reparar en la presencia de los mercenarios. Y cuando su mirada exenta de piedad los recorrió uno tras otro, Dimbik sintió que se helaba el corazón.

»¿Quién es... toda esta gente? —Sarmis pronunciaba aquellas palabras con una precisión en el lenguaje que daba escalofríos.

Aunque Cosca se hubiera visto acallado por la teatralidad de la escena que acababa de desarrollarse, decidió hablar, para consternación de todos los presentes. Y para hacer más énfasis, agitó la botella medio vacía mientras con voz chillona, débil, casi ridícula comparada con la del Legado, decía:

—Soy Nicomo Cosca, Capitán General de la Compañía de la Graciosa Mano, y...

—¡Y nos disponíamos a irnos! —añadió Lorsen sin darle tiempo a terminar, mientras le agarraba del codo.

—¿Sin mi oro? —El Viejo se negaba a moverse—. ¡No lo creo!

A Dimbik no le gustaba en absoluto el cariz que estaba tomando la situación. Ni, probablemente, a nadie. Un sonido apagado. El de los dados que Amistoso acababa de lanzar. El matón tuerto de la Alcaldesa acababa de empuñar un cuchillo. A Dimbik no le pareció que eso mejorase la situación.

—¡Ya basta! —masculló Lorsen, que agarraba al Viejo por un antebrazo—. ¡En cuanto lleguemos a Starikland, todos recibirán una paga extra! ¡Todos!

Sworbreck estaba agachado en el suelo, junto a la barra, intentando pasar desapercibido mientras garrapateaba como un loco en su cuaderno. El sargento Piñón ya estaba cerca de la puerta, llevado por su instinto de conservación. La situación había cambiado, y no para mejor. Dimbik le había dicho al viejo loco de Cosca que esperase, pero lo mismo le hubiese dado hablar con una pared. En cuanto a alguien se le disparase una ballesta, habría un baño de sangre.

Dimbik levantó una mano hacia los ballesteros, haciendo el mismo gesto con el que habría intentado calmar a un caballo nervioso.

—Tranquilos...

—¡A la mierda su paga extra! —dijo Cosca, quitándose de encima con muy poca dignidad la mano con la que Lorsen le agarraba—. ¿Dónde está mi maldito oro?

Cuando la Alcaldesa comenzó a retirarse, llevándose una pálida mano a su pecho, Sarmis pareció más alto. Un instante después bajó las cejas y dijo:

—¿Qué impertinencia es ésta?

—Lo lamento muchísimo —farfulló Temple—, nosotros...

Sarmis le cruzó la cara con el dorso de la mano derecha, haciéndolo caer al suelo al tiempo que decía:

—¡Arrodíllese cuando se dirija a mí!

Dimbik tenía la boca seca y las sienes le latían. Que él tuviera que morir por culpa de la absurda ambición de Cosca le parecía terriblemente injusto. Su fajín estaba a punto de entregar la vida por aquella causa tan dudosa, un sacrificio que le parecía más que suficiente. A Dimbik le habían dicho en cierta ocasión que los mejores soldados no suelen ser valientes. Y eso le hizo pensar que el ejercicio de las armas era la carrera que más le convenía. Comenzó a mover lentamente la mano hacia su espada, sin estar muy seguro de lo que haría cuando llegara a tocar la empuñadura.

—¡No volveré a sufrir ninguna decepción más! —decía el Viejo chillando, intentando empuñar su espada mientras Lorsen se lo impedía, pero sin soltar la botella medio vacía que agarraba con la otra mano—. ¡Hombres de la Graciosa Mano, desenvai...!

—¡No! —La voz de Lorsen sonó igual de fuerte que una puerta que acabara de cerrarse de golpe—. ¡Capitán General Dimbik, ponga al traidor Nicomo Cosca bajo arresto!

Se hizo una ligerísima pausa.

Aunque quizá no duró más que lo que se tarda en tomar aliento, a todos les pareció mucho más larga. Mientras sopesaban los pros y los contras. Mientras todos intentaban prever quién acabaría mandando. Mientras todo se asentaba en la mente de Dimbik y en la de todos los que se encontraban en aquel sitio. En menos de lo que dura un respiro, todo volvió a estar donde debía.

—Por supuesto, Inquisidor —dijo Dimbik. Los dos ballesteros levantaron sus armas para apuntar con ellas a Cosca. Y aunque parecieran sorprendidos por lo que hacían, obedecieron.

Amistoso apartó la vista de los dados y enarcó ligeramente las cejas, diciendo:

—Dos.

Cosca miró a Dimbik con la mandíbula desencajada.

—¿Así, sin más? —La botella se escurrió de sus dedos sin fuerza, rebotó en el suelo y salió rodando, vertiendo el licor que aún le quedaba—. ¿Así, sin más?

—¿Acaso podía ser de otra manera? —dijo Dimbik—. ¿Sargento Piñón?

—¿Señor? —El venerable soldado acababa de dar un paso al frente con una muestra impresionante de marcialidad.

—Tenga la amabilidad de desarmar a los señores Cosca, Amistoso y Sworbreck.

—Aherrójelos para el viaje —añadió Lorsen—. Se enfrentarán a un juicio en Starikland.

—¿Por qué yo? —gimió Sworbreck, poniendo unos ojos como platos.

—¿Y por qué no? —El cabo Brillante registró al escritor, y como no encontró ninguna arma, le arrancó el lápiz que tenía en la mano, lo tiró al suelo y lo pisoteó con mucho teatro.

—¿Prisionero? —musitó Amistoso. Por algún motivo que sólo él conocía, su rostro se iluminó con una leve sonrisa cuando le pusieron las esposas.

—¡Volveré! —dijo el Viejo, refunfuñando por encima del hombro y lanzando

salivillas por la boca cuando Piñón se lo llevó, mientras la vacía vaina de su espada le golpeaba en una pierna—. ¡Reíd mientras podáis, porque Nicomo Cosca siempre ríe el último! ¡Me vengaré de todos vosotros! ¡Nadie volverá a decepcionarme! ¡Yo haré...! —Y la puerta se cerró de golpe tras él.

—¿Quién era ese borracho? —preguntó Sarmis.

—Nicomo Cosca, Excelencia —contestó Temple, que seguía de rodillas sin soltar la mano con la que restañaba la sangre que le salía de la boca—. Un infame soldado de fortuna.

—Nunca he oído hablar de él —dijo el Legado, todavía molesto.

Lorsen se puso una mano en el pecho e hizo una profunda reverencia, diciendo:

—Excelencia, le ruego que acepte mis disculpas por cualquier inconveniencia, abuso y...

—Disponen de ocho semanas para abandonar el territorio imperial —dijo Sarmis—. Cualquiera de ustedes al que se le encuentre dentro de sus fronteras después de ese tiempo será enterrado vivo. —Apartó con la mano el polvo que le cubría el peto—. ¿No tendrán ustedes algo que se parezca a una bañera?

—Lo tenemos, Excelencia —musitó la Alcaldesa, prácticamente arrastrándose—. Haremos todo lo necesario para que lo disfrute. —Miró a Dimbik mientras llevaba al Legado hacia las escaleras, para decirle en voz baja—: Váyase.

El flamante Capitán General no necesitó que se lo dijera dos veces. Muy aliviados, él y sus hombres salieron a la calle y aprestaron sus cansadas monturas para abandonar la ciudad. Cosca, que seguía esposado en la silla de montar y con el pelo desordenado, miró aturdido a Dimbik.

—Recuerdo cuando te recogí —musitó—. Borracho, abandonado y despreciado por todos. Y entonces te ofrecí mi mano. —Intentó repetir aquel momento en que le había dado la mano, pero las esposas se lo impidieron.

—Los tiempos cambian —dijo Dimbik, alisándose el pelo.

—¡Esto es justicia, Sworbreck! ¡Esto es lealtad! ¡Ved adónde os ha conducido la caridad! ¡Y considerad adónde han conducido los frutos de la urbanidad y de los

miramientos a este compañero vuestro!

—¡Por favor, que alguien haga que se calle! —exclamó Lorsen, y el sargento Piñón se inclinó desde lo alto de su silla y le metió a Cosca dos calcetines en la boca.

—Deberíamos matarlos a los tres —dijo Dimbik, acercándose al Inquisidor—. Cosca aún tiene amigos en la Compañía, y...

—Es un buen argumento, y muy bien expuesto, pero no. Mírelo. —El infame mercenario ofrecía una imagen de lo más miserable, sentado de mala manera en la silla de montar, con las manos esposadas a la espalda; la capa, llena de barro y medio rota, ladeada; el baño de su pectoral, casi pelado, por debajo del cual asomaba el óxido; la arrugada piel de su rostro, llena de eczemas; y uno de los calcetines de Piñón, colgando de su boca—. El hombre del ayer, si es que existió uno alguna vez. En cualquier caso, mi querido capitán general... —Dimbik se irguió en la silla y se estiró el uniforme al escuchar el tratamiento propio de su nuevo empleo. Le gustaba mucho como sonaba—, necesitamos alguien a quien echarle todas las culpas.

A pesar del profundo dolor que sentía en el estómago, de los calambres que tenía en las piernas, del sudor que se extendía rápidamente por debajo de su armadura, siguió erguido de manera majestuosa en el balcón, tan rígido como un poderoso roble hasta que el último de los mercenarios se perdió en la calina. Porque, ¿acaso el noble Legado Sarmis, jefe inmisericorde, general invicto, mano derecha del Emperador, temido a lo largo y ancho del Círculo de Mundo, podía mostrar debilidad?

Transcurrió toda una era de agonía antes de que la Alcaldesa, seguida por Temple, entrara en el balcón y dijera las palabras que estaba aguardando:

—Ya se han marchado.

Todas las partes de su ser se relajaron cuando gimió desde lo más profundo de su ser. Se quitó aquel yelmo ridículo y se secó el sudor de la frente con una mano que le temblaba. Apenas podía recordar haberse puesto ropas más absurdas que aquéllas durante los largos años de su vida teatral. Y aunque echara de menos las guirnaldas de flores que solía lanzarle el público que le adoraba, las cuales habían alfombrado en Adua el amplio escenario de la Casa del Drama tras interpretar por primera vez el personaje del Primero de los Magos, su satisfacción no era por ello

menos completa.

—¡Ya les dije que aún me quedaba por hacer la mejor representación de todas! —dijo Lestek.

—Y tenía razón —dijo la Alcaldesa.

—Ustedes dos hicieron un magnífico trabajo como secundarios. Me atrevería a decir que les aguarda un buen futuro en el teatro.

—¿Era necesario golpearme? —dijo Temple, tocando el labio que le había partido.

—Alguien tenía que hacerlo —musitó la Alcaldesa.

—Piense que el terrible Legado Sarmis fue quien le golpeó, y échele toda la culpa de su dolor —dijo Lestek—. ¡Cualquier representación depende de los detalles, muchacho, de los detalles! Uno debe vivir completamente el personaje. Lo que me recuerda que debo darles las gracias a los miembros de mi pequeña legión antes de que rompan filas, porque hicieron un magnífico trabajo.

—Tratándose de cinco carpinteros, tres prospectores en bancarrota, un barbero y un borracho, creo que hicieron muy bien de guardia de honor —dijo Temple.

—El borracho consiguió dar muy buena imagen —dijo Lestek.

—Fue un feliz hallazgo —añadió la Alcaldesa.

—¿Realmente funcionó? —Shy Sur acababa de llegar cojeando y se apoyaba en el marco de la puerta.

—Te dije que funcionaría —dijo Temple.

—Pero era evidente que no estabas seguro.

—No —admitió él, mirando al cielo—. Pero ahora creo que Dios sí existe.

—¿Está seguro de que se lo seguirán creyendo? —preguntó la Alcaldesa—. ¿Cuando se reúnan con el resto de la Compañía y tengan tiempo para pensar en lo sucedido?

—La gente cree en lo que quiere creer —dijo Temple—. Esos bastardos querían dejar a Cosca y volver a sus casas.

—¡Una victoria de la cultura ante la barbarie! —dijo Lestek, pasando el dedo por la pluma del yelmo.

—Una victoria de la ley ante el caos —dijo Temple, abanicándose con aquel tratado que no valía nada.

—Una victoria conseguida con la mentira —dijo la Alcaldesa—, y por un margen muy apurado.

Shy Sur se encogió de hombros antes de decir, con aquel talento suyo que lo simplificaba todo:

—Una victoria es una victoria.

—¡Tiene toda la razón! —Lestek respiró profundamente por la nariz y, a pesar del dolor y de saber que no habría resistido mucho tiempo más haciendo su papel, o quizá porque lo sabía, expulsó el aire con una expresión de profunda satisfacción, diciendo—: Cuando era joven, los finales felices me parecían empalagosos, pero, llámenme sentimental si quieren, a medida que voy haciéndome mayor, cada vez me gustan más.

EL COSTE

SHY cogió agua y se mojó la cara, quejándose de su frialdad, porque el borde del estanque estaba lleno de hielo. Se pasó los dedos por los doloridos párpados y las mejillas así como por su magullada boca. Y allí siguió, inclinada encima del estanque, observando la imagen, la suya propia, que se formaba en su superficie, hasta que las gotas que caían de su cara la alteraron. El agua se manchó de rosa a causa de la sangre. No era fácil decir de qué herida. Porque en los últimos meses la habían zurrado tanto como a un luchador profesional. Pero como a uno de esos que nunca consiguen el título.

Además de la larga quemadura producida antaño por una cuerda, que seguía enroscada en uno de sus antebrazos, y del corte reciente en el otro, que seguía manchando de sangre las vendas, tenía despellejados el dorso y la palma de ambas manos, rotas las uñas y arañados los nudillos. Se tocó la cicatriz que tenía bajo una oreja, el recuerdo que le había dejado uno de aquellos Fantasmas de las llanuras, quien estuvo a punto de arrancársela para añadirla a su colección. Palpó los chichones, las costras de su cuero cabelludo y los cortes de la cara, algunos de los cuales ya ni recordaba cómo se los había hecho. Se encogió de hombros, sintiendo, al mover la columna vertebral, que los incontables cortes, arañazos y raspones de su cuerpo formaban un coro de vocecillas muy desagradables.

Miró a la calle y, durante un instante, observó a sus hermanos. Majud les había proporcionado ropas nuevas: un traje oscuro y una camisa para Pit, y un vestido verde con encajes en las mangas para Ro. Mejores que todo lo que Shy había podido comprarles hasta entonces. Hubieran podido pasar por los hijos de un hombre acaudalado si no hubiese sido por sus cabezas afeitadas, en las que ya comenzaba a despuntar una pelusa oscura. Curnsbick, que señalaba con el dedo su enorme y nuevo edificio, hablaba entusiasmado mientras Ro le miraba y asentía de manera solemne, como si tomase buena nota de todo lo que le decía, y Pit le daba una patada a una piedra, tirándola al barro.

Shy resopló, tragó saliva y se echó más agua en la cara. Puesto que sus ojos habían recobrado algo de humedad, ¿podría llorar? Hubiera tenido que dar saltos de alegría, porque a pesar de todo lo que había tenido en contra, las penalidades,

los peligros..., los había recuperado.

Pero sólo podía pensar en el coste de todo aquello.

En los que habían muerto. En los pocos a los que echaba de menos y en los muchos que no le habían importado nada. En algunos que le parecían malvados, aunque nadie es malvado para sí mismo. Como seguían estando muertos, ya no podía hacer nada por ellos, ya fuese para bien o para mal. Personas que habían tardado toda una vida en llegar a ser lo que eran, y que luego, extirpadas de este mundo, habían vuelto al barro. Sangeed y sus Fantasmas. Papá Anillo y sus esbirros. Waerdinur y su Pueblo del Dragón. Leef, que se había quedado en las llanuras, bajo tierra; Grega Cantliss, que había bailado la danza del ahorcado; Brachio, acribillado de flechas, y...

Se pasó la toalla por la cara y se restregó con fuerza, como si quisiera quitarse de encima todo aquello, pero sin conseguirlo. Como si se lo hubiera tatuado para siempre, como las consignas que Corlin tenía en los brazos.

¿Era culpa suya? ¿Lo había provocado todo al llegar a aquella tierra, del mismo modo que uno puede provocar una avalancha de tierra con darle una simple patada a un guijarro? ¿O era culpa de Cantliss, o de Waerdinur, o de Lamb? ¿O de todos ellos? Le dolía la cabeza al buscar el hilo de su vida en la urdimbre formada por todos los sucesos acontecidos, porque buscaba la culpa como el minero enfebrecido que escarba en el fondo de un arroyo. Del que sólo sacará unos arañazos. Y aunque todo aquello ya formase parte del pasado, no podía evitar seguir mirando hacia atrás.

Se acercó cojeando a la cama y se quedó sentada en ella mientras los muelles gemían de viejos, cruzando los brazos, haciendo muecas y parpadeando a medida que los recuerdos se manifestaban, como si cobraran vida en aquel mismo instante.

Cantliss, que golpeaba su cabeza contra la pata de una mesa. El cuchillo de ella metiéndose por su carne. Gruñendo. Las cosas que había tenido que hacer. Luchando contra un Fantasma enloquecido. Leef sin orejas. La cabeza de Sangeed que se separaba de su tronco y caía al suelo con un sonido sordo. Eran ellos o ella. Volvía a ver otra vez a la chica a la que le había disparado una flecha, que no era mucho mayor que Ro. La flecha que le había disparado a un caballo, y su jinete que caía. No tenía elección, no la tenía. Lamb, que la lanzaba contra la pared. El cráneo de Waerdinur, partiéndose en dos con un *clic*, y ella, que salía volando del carruaje. Y luego todo volvía a repetirse una y otra vez...

Levantó la cabeza al oír que alguien llamaba a la puerta. Se subió la manga de la camisa y se secó las lágrimas con la venda.

—¿Quién es? —dijo, intentando que su voz sonara como si fuese una mañana cualquiera y no aquélla en particular.

—Tu abogado. —Temple abrió la puerta, con aquella expresión tan seria que Shy nunca sabía si era real o fingida—. ¿Estás bien?

—He tenido años mejores.

—¿Algo que yo pueda hacer?

—Supongo que ya es un poco tarde para recordarte que el carruaje no debe salir de la carretera.

—Me temo que sí. —Entró y se sentó en la cama, junto a ella. No se sintió incómoda. Cuando dos personas pasan por todo lo que habían pasado aquellos dos, eso de sentirse incómodo desaparece rápidamente del menú—. La Alcaldesa quiere que nos vayamos. Dice que le traemos mala suerte.

—No es fácil discutir con ella. Me sorprende que no te haya asesinado.

—Supongo que aún puede hacerlo.

—Pues esperemos sólo un poquito más. —Hizo una mueca al retorcer el tobillo para meter el pie en la bota. El dolor que sintió le hizo desistir—. Hasta que Lamb venga a buscarnos.

Se hizo el silencio. Un silencio en el que Temple estuvo a punto de preguntar: «¿De veras crees que vendrá a buscarnos?». Pero se calló y asintió como si ya lo diera por hecho, y ella se lo agradeció.

—Y luego, ¿adónde pensáis ir?

—Buena pregunta. —La nueva vida en el Oeste no le parecía muy diferente de la antigua. No había en ella ningún atajo que le permitiera enriquecerse de repente o, al menos, ninguno que pudiera tomar cualquier mujer en su sano juicio. Tampoco había sitio para los niños. Y aunque siempre hubiese pensado que el oficio de granjera era la opción menos cómoda, todo daba a entender que era la única que le quedaba. Así que, encogiéndose de hombros, dijo—: Supongo que a las Tierras

Cercanas. No será fácil, pero no se me ocurre nada mejor.

—He oído que Dab Sweet y Roca Llorona preparan una caravana para el viaje de regreso. Majud ya se ha apuntado, porque quiere hacer unos negocios en Adua. Y también Lord Ingelstad.

—Si sale algún Fantasma, ya se encargará su mujer de espantarlo.

—Ella se queda. Dicen que ha comprado la posada de Camling a muy buen precio.

—Mejor para ella.

—Los demás se irán esta misma semana.

—¿Tan pronto? ¿Antes de que mejore el tiempo?

—Sweet dice que ahora es el momento apropiado, antes de que el deshielo desborde los ríos y los Fantasmas se pongan picajosos otra vez.

Shy respiró profundamente. Aunque hubiera preferido pasar un año o dos en la cama, la vida solía ignorarla. Por eso dijo:

—A lo mejor me apunto.

—¿Qué tal... si voy contigo? —Temple parecía nervioso.

—No puedo impedírtelo.

—¿Te gustaría impedírmelo?

Ella se lo pensó durante un instante y respondió:

—No. Porque a lo mejor necesitamos a alguien en la retaguardia. O para que salte por una ventana. O para que vuelque un carro lleno de oro.

—Al parecer, soy experto en esas tres cosas. —Temple vació de aire los carrillos—. Voy a decir Sweet que os acompañaré. Y como no creo que valore mis aptitudes tanto como tú... tendré que pagarme el viaje.

Ambos se miraron.

—¿Andas escaso de fondos?

—No me diste tiempo para coger algo. Sólo tengo lo puesto.

—No sabes lo afortunado que eres por poder contar conmigo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó las pocas monedas antiguas que había cogido cuando el carruaje corría a toda velocidad por la meseta—. ¿Bastará con esto?

—Supongo. —Las cogió entre el índice y el pulgar, pero ella no las soltó.

—Creo que me debes doscientos marcos.

—¿Estás intentando ponerme nervioso? —dijo él, mirándola fijamente.

—No me hace falta intentarlo —respondió Shy, dejándole coger las monedas.

—Supongo que las personas se agarran a lo que les hace sentirse bien —dijo Temple, sonriendo, y luego lanzó una moneda al aire para cogerla al vuelo—. Al parecer, sólo me siento bien cuando le debo algo a alguien.

—Ni que lo digas —replicó ella, agarrando la botella que tenía en la mesita de noche y metiéndola en el bolsillo de su camisa—. Te pagaré un marco si me ayudas a bajar por la escalera.

Fuera caía una especie de aguanieve que se oscurecía al llegar a las humeantes chimeneas de la tienda de Curnsbick, caminaban con pasos pesados al otro lado de la calle. Temple la ayudó a acercarse a la barandilla y Shy se agarró a ella para mirar. Le resultaba curioso darse cuenta de que no quería abandonarlo.

—Me aburro —decía Pit.

—Algún día, jovencito, aprenderás que aburrirse es un lujo. —Temple le tendió una mano—. ¿Por qué no me ayudas a buscar a ese célebre explorador y hombre de la frontera llamado Dab Sweet? A lo mejor te ganas un poco de pan de jengibre, porque acabo de conseguir algo de dinero.

—De acuerdo. —Temple cargó al chico sobre los hombros y se echó un trotecillo hacia los porches, que tintineaban por todo lo que caía, mientras Pit se reía por los botes que daba.

Era evidente que a Temple se le daban bien los niños. Al parecer, mejor que a ella. Shy se subió de un salto al banco que estaba al lado de la casa y se dejó caer en él, estirando la pierna que le dolía para luego llevarla lentamente hacia atrás y resoplar mientras sus músculos comenzaban a recobrar la elasticidad, para luego quitar el corcho con la boca y sentir que el taponazo le hacía relamerse de antemano. Oh, qué alegría más tonta la de no tener que hacer nada. La de no tener que pensar en nada. Se dijo que bien podía permitirse un descanso.

Había trabajado mucho durante aquellos últimos meses.

Se acercó la botella a la boca mientras miraba a la calle, y el licor le cauterizó las heridas que tenía en ella, y eso le gustó. Entonces vio al jinete que avanzaba entre la bruma creada por el humo y la llovizna. Era un jinete que cabalgaba al paso, como desganado y sin prisa, cuya silueta comenzó a definirse a medida que se acercaba: grande, viejo y baqueteado. Su chaquetón, manchado de mugre y de cenizas, estaba destrozado. Como no llevaba sombrero, su cabeza estaba cubierta por una mata gris de pelo corto, manchado de sangre y empapado por el agua de la lluvia; y su rostro, hinchado y manchado de barro, estaba lleno de costras y arañazos.

—Me preguntaba cuándo volverías —dijo Shy, echándose otro sorbo de la botella.

—Pues ya puedes dejar de preguntártelo —dijo Lamb, refunfuñando como siempre antes de detener su cabalgadura, la cual no parecía capaz de dar un paso más—. ¿Los niños están bien?

—Siguen igual que cuando te fuiste.

—¿Y tú?

—Aunque ahora no recuerdo cuándo fue la última vez que estuve bien, al menos sigo con vida. ¿Y tú?

—Voy tirando. —Agarrándose al caballo y apretando los dientes, bajó de él, sin molestarse luego en atarlo—. Ya sabes... que soy un superviviente—. Se llevó una mano a las costillas mientras subía cojeando los escalones, y entró en el porche. Miró el banco, luego su espada, y al comprender que no podría sentarse en él con el arma encima, comenzó a desabrocharse el cinturón que la sostenía, peleándose con la hebilla. Tenía los nudillos en carne viva y dos dedos tiesos, sujetos por una venda.

—Hay... que... joderse...

—Siéntate aquí. —Cuando Shy se agachó para desabrocharle el cinturón, Lamb dejó la espada encima de los tablones al no encontrar otro sitio mejor. Entonces se dejó caer lentamente en el banco y acercó sus piernas a las de Shy.

—¿Y Savian? —le preguntó Shy.

Lamb movió la cabeza muy despacio a uno y otro lado, como si aquel simple movimiento le produjese un gran dolor, y preguntó a su vez:

—¿Dónde está Cosca?

—Se ha ido —respondió ella, pasándole la botella—. Temple le aplicó la ley y lo expulsó.

—¿Le aplicó la ley?

—Con el concurso de la Alcaldesa y el de una magnífica escenografía.

—Vaya, yo nunca lo habría conseguido. —Lamb se echó un largo trago y pasó una de sus manos por sus labios agrietados, mirando el establecimiento de Curnsbick que estaba al otro lado de la calle. Un par de puertas más abajo, encima de un antiguo salón de juegos, habían colgado un cartel en el que podía leerse: *Valint y Balk, Banqueros*. Lamb se echó otro trago—. Ahora sí que estoy seguro de que los tiempos están cambiando.

—¿Te sientes fuera de lugar?

La miró con un ojo inyectado en sangre que mantenía medio cerrado a causa de los golpes, y le ofreció la botella.

—Quizá un poco.

Y allí siguieron los dos, mirándose el uno al otro como si fuesen los únicos supervivientes de una avalancha.

—Lamb, ¿qué sucedió?

Abrió la boca como si tuviera que pensar en la respuesta y se encogió de hombros, dando la impresión de estar más cansado y lleno de golpes que Shy.

—¿Acaso importa ya?

Y como no vale la pena molestarse en hablar cuando lo que se va a decir ya nada importa, Shy levantó la botella y respondió:

—No. Supongo que no.

ÚLTIMAS PALABRAS

—¿CÓMO en los viejos tiempos, eh? —dijo Sweet, sonriendo de manera burlona al contemplar el paisaje salpicado de nieve.

—Pero con más frío —respondió Shy, arrebujándose en su chaquetón nuevo.

—Y con algunas cicatrices más —añadió Lamb, haciendo una mueca al masajearse la carne rosada que rodeaba una de las recientes adquisiciones de su cara.

—Y con más deudas que antes —apostilló Temple.

—Vaya banda de quejicas. ¿Acaso no conseguisteis recuperar a los niños y seguir con vida? ¿No disfrutáis de las Tierras Lejanas que se abren ante vosotros? Yo llamaría a todo eso un final feliz.

Lamb miró el horizonte, gruñendo como siempre. Shy refunfuñó, como dándole la razón. Temple sonrió para sus adentros, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para que la luz del sol tiñera de rosa el interior de sus párpados. Estaba vivo. Era libre. Y aunque tuviera más deudas que antes, las cosas no habían salido tan mal. Si había un Dios, tenía que ser un padre indulgente que siempre perdona los extravíos de sus hijos.

—Parece que nuestro viejo amigo Buckhorm ha prosperado bastante —comentó Lamb cuando despuntaron una loma y vieron la granja.

Formada por un grupo de cabañas perfectamente ordenadas para adoptar la forma de un cuadrado, se encontraba al lado de un arroyo. Cada una de las cabañas tenía unas ventanas estrechas que miraban hacia fuera del perímetro, el cual estaba acotado por una valla de estacas puntiagudas, a cuya entrada se levantaba una torre de madera que era el doble de alta que una persona. El humo que se escapaba lentamente de una chimenea, para manchar el cielo, hacía de aquella granja un sitio seguro, confortable y de aspecto civilizado. El valle que la rodeaba, al menos por lo que Temple podía ver, estaba alfombrado con una vegetación bastante alta, cuyo verdor se alternaba con el blanco de la nieve depositada en las oquedades y el

pardo del ganado.

—Me parece que ya tiene cabezas de ganado para vender —comentó Shy.

Sweet se enderezó en los estribos para estudiar a la vaca que estaba más cerca.

—Y es de buena calidad. Espero comerme alguna. —La vaca le miró mosqueada, al parecer no muy contenta por aquella sugerencia.

—Podríamos ganar un dinero extra —dijo Shy— si reuniéramos unas cuantas y nos las llevásemos a las Tierras Cercanas.

—Siempre pensando en las ganancias, ¿eh? —dijo Sweet.

—¿Y por qué dejar pasar la ocasión? Sobre todo cuando nos acompaña uno de los mejores conductores de ganado que se aburre de no hacer nada...

—Oh, Dios —musitó Temple.

—¿Buckhorm? —exclamó Sweet con voz potente cuando los cuatro reanudaron la marcha—. ¿Estás ahí? —Pero nadie les contestó. La puerta, que estaba entornada, chirriaba al moverse por la brisa, dejando ver una rendija. Excepto por el ganado que mugía a lo lejos, todo estaba en calma.

Y excepto por el roce del acero que hizo la espada de Lamb cuando éste la desenvainó, diciendo:

—Algo no va bien.

—En efecto —dijo Sweet, apoyando la ballesta en las rodillas mientras deslizaba un dardo en ella.

—Lo mismo digo. —Shy cogió el arco que llevaba al hombro y una flecha de la aljaba que estaba junto a una de sus piernas.

—Oh, Dios —murmuró Temple, asegurándose de ser el último en entrar por el hueco de la valla, mientras los cascos de los caballos pisaban el barro medio helado. ¿Es que nunca se iba a terminar? Fisgó por puertas y ventanas, estremeciéndose de antemano al pensar que en cualquier momento podía ver un montón de bandidos, una horda de Fantasmas, o el vengativo dragón de Waerdinur

que salía del suelo para reclamarles el oro.

—Temple, ¿dónde está mi oro?

Temple sintió que el corazón se le encogía aún más. Hubiera preferido al dragón antes que al vengativo espectro que acababa de divisar, medio encogido, bajo el dintel de la casa de Buckhorm. Pues no era otro que aquel infame soldado de fortuna, Nicomo Cosca.

Sus ropas, antaño elegantes, se habían reducido a la condición de harapos llenos de barro. Ya no tenía aquel peto oxidado, y su camisa sucia sólo se sostenía con dos botones. La pernera de una calza estaba rajada, dejando al aire parte de una blanca pantorrilla huesuda y temblorosa. Su magnífico sombrero ya era un recuerdo, y los pocos mechones de cabello gris que había cultivado con tanta dedicación para camuflar con ellos su cráneo pelado flotaban alrededor del mismo como una aureola endurecida por la pringue. Su sarpullido se había vuelto de color carmesí, surcado por las marcas de sus uñas al rascarse, y, como el moho que cubre la pared de una bodega, se había extendido por parte de su cabeza y sus escamas moteaban su cerúleo rostro. Su mano se estremecía en el marco de la puerta, su andar era inseguro, y él se asemejaba a un cadáver recién salido de la tumba, a quien la intervención de algún hechicero hubiese infundido una burla de vida.

Volvió sus ojos enloquecidos, brillantes y febriles hacia Temple mientras daba una palmada en la empuñadura de su espada: una pizca de gloria que había conseguido retener.

—Es como el final de un libro de cuentos barato, ¿eh, Sworbreck? —Reptando desde la oscuridad, el escritor apareció por detrás de Cosca, tan sucio como él y descalzo, lo que lo hacía aún más miserable, con uno de los cristales de sus gafas roto y mesándose las manos—. ¡La aparición final de los malos!

Sworbreck se pasó una lengua por los labios y guardó silencio. Quizá no tuviese muy claro quiénes eran los malos de aquella metáfora.

—¿Dónde está Buckhorm? —preguntó Shy, apuntando con el arco a Cosca y obligando a su biógrafo a agacharse detrás de él para protegerse.

—Llevando ganado a Esperanza con sus tres hijos mayores, creo. La señora de la casa sigue en ella, pero, ay, me temo que no recibe visitas. Y menos estando atada. —Se pasó una lengua ávida por los labios agrietados—. ¿Alguno de vosotros

tiene a mano una botella?

—Me la dejé al otro lado de la cresta, con el resto de la caravana —respondió Shy, señalando con la cabeza hacia el este—, porque, siempre que tengo una, acabo bebiéndomela.

—Yo siempre he tenido ese mismo problema —dijo Cosca—. Ahora me apetecería pedirle a uno de mis hombres que me sirviera un trago, pero, gracias a las terribles habilidades de maese Lamb y a las maquinaciones encubiertas de maese Temple, mi Compañía se ha reducido bastante.

—Creo que las tuyas también tuvieron algo que ver —replicó Temple.

—No lo niego. Vivir tanto para verlo todo desmoronarse. Pero aún me quedan unas cuantas cartas. —Y en aquel momento, lanzó un fuerte silbido.

La puerta del granero se abrió violentamente, y los hijos más pequeños de Buckhorm entraron en el patio arrastrando los pies, con ojos muy abiertos y asustados, y varios de ellos, con el rostro surcado por las lágrimas. Quien los pastoreaba era el sargento Amistoso, de una de cuyas muñecas colgaban unas esposas, pues la otra la tenía libre. La hoja de su cuchilla brilló imperceptiblemente al recibir la luz del sol.

—Hola, Temple —dijo, mostrando tan poca emoción como si aquel encuentro aconteciese ante la barra de una taberna.

—Hola —repitió Temple con voz cascada.

—Y también maese Hedges, que demostró el suficiente sentido común para unirse a nosotros. —Cosca los señalaba con el dedo, aunque había que imaginárselo, porque su huesudo índice temblaba tanto que no apuntaba a ningún sitio en particular. Al mirar a su alrededor, Temple descubrió la negra silueta que remataba la torrecilla de la puerta. El autoproclamado héroe de la batalla de Osrung apuntaba con su ballesta al centro del patio.

—¡De veras que lo lamento! —dijo Hedges.

—Pues si de veras lo lamentas, deja de apuntarnos —comentó Shy, rezongando.

—¡Sólo quiero lo que se me debe! —respondió.

—¡Ya te daré a ti lo que se te debe, maldito traidor...!

—¿Qué tal si ponemos en claro de una vez lo que se le debe a cada uno de nosotros una vez que me devolváis el dinero? —sugirió Cosca—. ¿Qué tal si, cumpliendo con la tradición establecida para estos casos, dais el primer paso y tiráis las armas?

Shy escupió por el hueco que tenía entre los dientes y dijo:

—¡Que te jodan! —Pero no bajó el arco.

Lamb movió el cuello a uno y otro lado antes de decir:

—No estamos muy apegados a la tradición.

—¿Sargento Amistoso? —dijo Cosca con voz chillona—. Si no han soltado las armas antes de que cuente hasta cinco, mate a uno de los niños.

—¿A cuál? —preguntó Amistoso, moviendo los dedos alrededor de la cuchilla que tenía entre ellos.

—¿Qué importa? Escoja al que quiera.

—Preferiría no hacerlo.

—Pues entonces, al mayor, y deprisa. ¿Tengo que explicarle los detalles?

—Quería decir que no...

—¡Uno! —dijo el Viejo, interrumpiéndole.

Ninguno de los tres hizo el menor ademán de bajar las armas. Todo lo contrario. Shy se apoyó un poco más en los estribos, apuntándole con su arco mientras ponía cara de pocos amigos.

—Si uno de esos niños muere, tú le seguirás.

—¡Dos!

—¡Y tú después! —Para tratarse de un héroe de guerra, la voz de Hedges tenía un registro en absoluto heroico.

—Y luego todos vosotros, cabrones —dijo Lamb, sopesando su gran espada.

Sworbreck miraba a Temple por detrás del hombro de Cosca y abría las manos como si quisiera decir: *¿Qué pueden hacer unas personas sensatas en estas circunstancias?*

—¡Tres!

—¡Aguarda! —exclamó Temple—. ¡Aguarda... maldición! —Y bajó a duras penas del caballo.

—¿Qué diablos haces? —exclamó Shy, agitando con su voz las plumas de la flecha.

—Tomar el camino difícil.

Temple comenzó a cruzar el patio sin prisa, pisando el barro y la paja mientras la brisa le removía el cabello y el aliento se le enfriaba en el pecho. No iba hacia ellos con una sonrisa, como Kahdia había hecho al acercarse a los Devoradores después de que éstos entrasen en el Gran Templo, siluetas oscuras que se recortaban en la negrura, para ofrecer su vida a cambio de las de sus alumnos. Como le suponía un gran esfuerzo, se estremeció como si caminase bajo un vendaval. Pero fue hacia ellos.

El sol se abrió paso entre las nubes durante un momento, destellando en los aceros desenvainados y resaltando tanto todos los detalles que hasta hacía daño. Estaba asustado. Se preguntó si no se orinaría encima a cada paso que daba. No estaba tomando el camino fácil, sino el bueno. Si hay Dios, seguro que es un juez justo que vela para que todos reciban según sus merecimientos. Esto explica que Temple se arrodillase en el estiércol que se encontraba delante de Nicomo Cosca y mirase sus ojos inyectados en sangre mientras se preguntaba a cuántos hombres habría asesinado en el transcurso de su larga carrera.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

El ex capitán general frunció el ceño y respondió:

—Mi oro, por supuesto.

—Lo siento —dijo Temple. Y no mentía—. Pero se esfumó. Lo tiene Conthus.

—Conthus murió.

—No. Te confundiste de persona. Conthus cogió el dinero, y ya no lo devolverá. —No intentaba parecer serio. Simplemente miraba el marchito rostro de Cosca y decía la verdad. A pesar del miedo, de la certeza de que iba a morir y del agua helada que lamía las perneras de sus pantalones, se sentía en paz.

Siguió una pausa preñada de muerte. Cosca miraba fijamente a Temple, y Shy a Cosca, y Hedges a Shy, y Sweet a Hedges, y Amistoso a Sweet, y Lamb a Amistoso, y Sworbreck a ninguno de los presentes. Todos con aplomo, todos preparados, todos manteniendo la respiración.

—Me traicionaste —dijo Cosca.

—Sí.

—Después de todo lo que hice por ti.

—Sí.

Los dedos engarabitados del Viejo fueron hacia la empuñadura de su espada.

—Debería matarte.

—Probablemente —dijo Temple, que no tenía más remedio que admitirlo.

—Quiero mi dinero —repitió Cosca, aunque con una ligera nota de dolor en la voz.

—No es tu dinero. Nunca lo fue. ¿Por qué sigues empeñado en recuperarlo?

—Bueno... porque me puede servir para recobrar mi ducado... —Cosca parpadeó, moviendo la mano como sin saber a qué atenerse.

—No quisiste el ducado cuando lo tenías.

—El... dinero...

—Tampoco te gusta el dinero. Porque, en cuanto lo tienes, lo derrochas.

Cosca abrió la boca como si quisiera refutar aquel aserto, para cerrarla en cuanto comprobó que era cierto. Y allí se quedó, lleno de picores, estremeciéndose, más viejo de lo que exigía su considerable edad. Y entonces miró a Temple como si acabara de reparar en su presencia, y dijo en voz baja:

—Creo que te pareces demasiado a mí.

—Pues intento evitarlo. ¿Qué quieres?

—Quiero... —Cosca parpadeó al mirar a los niños y entonces vio a Amistoso, que apoyaba una mano en el hombro del chico más alto mientras mantenía en alto la otra, la que tenía la cuchilla. Luego miró a Lamb, que, con la espada desenvainada, parecía tan siniestro como un sepulturero. Y después a Shy, que seguía apuntándole con su arco, y a Hedges, que apuntaba con el suyo a Shy. Y entonces encogió sus huesudos hombros.

—Quiero una oportunidad para volver a comenzar. Para hacerlo todo... bien. —Por los ojos del Viejo se asomaban las lágrimas—. Temple, ¿cómo es posible que siempre haya hecho las cosas tan mal? Tenía tantas cosas a mi favor para hacerlas bien. Tantas oportunidades. Pero las malgasté. Se escurrieron como la arena que cae por el reloj. Tantas decepciones...

—Tú mismo fuiste el causante de la mayoría de ellas.

—Lo sé. —Lanzó un suspiro entrecortado—. Por eso me dolían tanto. —Y entonces echó mano a su espada.

Pero no la encontró. Bajó la mirada, desconcertado.

—¿Dónde está mi...? Oh.

La hoja le salió por el pecho. Se la quedó mirando lo mismo que Temple, que estaba tan sorprendido como él, mientras el sol relucía en su punta y la sangre comenzaba a manar por ella y a empapar su camisa mugrienta. Sworbreck soltó la empuñadura y retrocedió, boquiabierto.

—Oh —dijo Cosca, cayendo de rodillas—. Ya la veo.

Temple oyó el tañido de una cuerda, y luego, casi al mismo tiempo, el de otra. Se volvió lentamente, apoyándose en uno de sus codos embarrados.

Hedges lanzó un grito y soltó el arco que empuñaba con una mano. Un dardo le atravesaba la otra. Sweet bajó la ballesta, al principio aturdido, pero luego complacido consigo mismo.

—Le he clavado la espada —musitaba Sworbreck.

—¿Estoy herida? —preguntó Shy.

—Vivirás —respondió Lamb, jugueteando con las plumas del dardo de Hedges, que se había clavado en el pomo de la silla de montar.

—Mis últimas palabras... —Con un quejido apenas audible, Cosca se derrumbó de costado al lado de Temple—. Tenía preparadas unas... maravillosas. ¿Adónde habrán ido? —Y entonces esbozó esa sonrisa suya tan radiante que sólo él era capaz de mostrar, y el buen humor y las buenas intenciones iluminaron su rostro curtido—. ¡Ah! Ya las recuerdo...

Y aquéllas fueron sus últimas palabras.

—Ha muerto —dijo Temple con voz átona—. Ya no sufrirá más decepciones.

—Tú fuiste la última —dijo Amistoso—. Le dije que estaríamos mejor en una prisión. —Tiró la cuchilla al barro y dio una palmada en el hombro al mayor de los hijos de Buckhorm—. Ya podéis iros los cuatro a ver a vuestra madre.

—¡Me has disparado! —decía Hedges, chillando mientras se agarraba la mano que Sweet le había atravesado.

—¡Una destreza sorprendente! —Sworbreck se ajustaba las gafas rotas como si apenas diera crédito a lo que veía.

—Le apuntaba al pecho —dijo el explorador, casi sin resuello.

El escritor rodeó con mucho cuidado el cadáver de Cosca.

—Maese Sweet, me preguntaba si podría hablarle de un libro que me ronda por la cabeza.

—¿Ahora? Realmente no me parece...

—Obtendría una parte de los beneficios.

—... que pueda negarme.

Aunque el agua se le siguiera metiendo a Temple por los bajos de los pantalones y agarrándole el trasero con sus frías zarpas, no podía moverse. Dios, qué cansado estaba. El hecho de enfrentarse a la muerte le dejaba a uno sin fuerzas. Ése era el motivo de que siempre hubiera hecho todo lo posible para no enfrentarse a nadie.

Cayó en la cuenta de que Amistoso estaba junto a él. Frunció el ceño al mirar el cadáver de Cosca y dijo:

—¿Y qué voy a hacer yo ahora?

—No lo sé —respondió Temple—. ¿Qué tal si haces lo que el resto de la gente?

—He pensado en hacer un auténtico retrato de la pacificación de las Tierras Lejanas y del posterior asentamiento en ellas —parloteaba Sworbreck—. ¡Una narración que perdurará! Una en la que usted aparecerá como el pivote central de los acontecimientos.

—El pivote, claro —dijo Sweet—. Por cierto, ¿qué es un *pivote*?

—¡Mi mano! —repetía Hedges, que no dejaba de quejarse.

—Eres afortunado, porque podría habértela clavado en la cara —dijo Lamb.

A Temple le llegaban los lloriqueos que hacían los hijos de Buckhorm al reunirse con su madre en alguna parte de la granja. Le pareció que eran buenas noticias. La cosa no había salido tan mal.

—¡Mis lectores se estremecerán con sus heroicas hazañas!

—A nosotros ya nos ha estremecido —dijo Shy, burlándose de él—. En el Este nadie se creerá la dimensión heroica que pueden alcanzar sus gases digestivos.

Temple miró hacia arriba y vio cómo se movían las nubes. Si había un Dios, el mundo no parecía notarlo.

—Debo insistir en la sinceridad más absoluta. ¡No aceptaré ninguna exageración! La verdad, maese Sweet, reside en el corazón de las grandes obras de

arte.

—No lo dudo. Lo que me lleva a preguntar... si usted conoce los detalles de aquella aventura acaecida en la cabecera del Sokwaya en la que maté a un gran oso pardo sólo con estas dos manos...

UNA ESPECIE DE COBARDE

NADA estaba como ella lo recordaba. Todo parecía más pequeño. Más gris. Más cambiado.

Una gente que no conocía acababa de construir una casa donde antes había estado la suya, junto con un nuevo granero. Los dos campos cultivados de los alrededores parecían prometedores. Las flores crecían alrededor del árbol donde habían ahorcado a Gully. El mismo bajo el que estaba enterrada la madre de Ro.

Se quedaron subidos en los caballos, mirando cariacontecidos hasta que Shy dijo:

—Pensaba que seguiría como lo habíamos dejado.

—El tiempo sigue su curso —dijo Lamb.

—Es un sitio muy bonito —dijo Temple.

—No, no lo es —dijo Shy.

—¿Bajamos?

—¿Para qué? —Shy dio media vuelta.

Ro volvía a tener la mata de pelo de siempre. Cierta mañana, mientras tocaba la escama del dragón y pensaba en Waerdinur, cogió la navaja de afeitar de Lamb para raparse la cabeza. Pero ya no recordaba su rostro. No podía recordar su voz, ni las clases que la Mano Derecha del Hacedor le había dado con tanta dedicación. ¿Cómo podía haberse borrado todo aquello de su memoria, y tan deprisa? Por eso dejó la navaja, y ya no le importó que sus cabellos siguieran creciendo.

Y como el tiempo seguía su curso, ellos prosiguieron camino hacia Tratojusto, donde las tierras de los alrededores, limpias de matojos, aparecían saneadas y roturadas, y donde nuevos edificios habían surgido por doquier y nuevas caras iban de un sitio a otro, o se detenían, o comenzaban a instalar todo tipo de negocios.

Pero no todos habían prosperado. Clay se había ido, y un idiota borracho se encargaba de su tienda vacía, que había perdido la mitad del techo. Cuando Shy le ofreció una moneda imperial de oro y una docena de botellas de licor barato, él se la vendió. Pero había que repararla. Así que, a la mañana siguiente, todos tuvieron que trabajar como si el mundo fuera a acabarse: Shy, tan inmisericorde como un verdugo, para conseguir género; Pit y Ro, riendo mientras se echaban uno a otro el polvo que barrían; Temple y Lamb, haciendo las labores de carpintería. Y, de esta suerte, al poco tiempo todo comenzó a parecerse a como era antes. A parecerse más a como Ro lo recordaba.

Excepto en los momentos en que, recordando las montañas, rompía a llorar. Y en los que veía aquella espada que Lamb le había quitado a su padre.

Temple alquiló una habitación que daba a la carretera y puso un cartel encima de la puerta que decía: *Temple y Kahdia: Contratos, Gestoría y Carpintería.*

Y Ro le dijo:

—A ese Kahdia no se le ve mucho por aquí, ¿verdad?

—Nunca lo verás —dijo Temple—, porque lo he puesto para echarle la culpa si algo sale mal.

Comenzó dedicándose a asuntos legales que les parecieron cosa de magia a quienes vivían allí, y los niños le miraban por la ventana para ver cómo escribía a la luz de una vela. En ocasiones Ro iba a verle para oírle hablar de las estrellas, de Dios, de maderas y de leyes, de todos los lugares lejanos que había visitado en el transcurso de sus viajes, y para escuchar idiomas que desconocía.

—¿Quién necesita un profesor? —preguntaba Shy—. Yo aprendí con un cinturón.

—Mira en lo que se ha convertido —decía Ro—. Sabe muchas cosas.

—Para ser tan listo —Shy lanzó una risotada—, es demasiado tonto.

Pero cierta noche en que Ro se despertó y bajó a verla, porque no podía dormirse, se los encontró en la parte trasera, besándose. Y por la manera en que Shy lo tocaba, no le pareció que ella creyera realmente que fuese tan tonto como decía.

En ocasiones salían a ver las granjas, observando que, una semana tras otra,

los edificios crecían en número para luego pasar de unas manos a otras. Pit y Ro daban botes en el asiento del carro, al lado de Shy, mientras Lamb cabalgaba en solitario, siempre preocupado, mirando el horizonte, y siempre con la mano en la empuñadura de aquella espada.

En cierta ocasión le dijo Shy:

—No tienes de qué preocuparte.

Y él le contestó, sin mirarla:

—Entonces es cuando más hay que preocuparse.

Un día volvieron a la hora de cerrar, justo cuando las alargadas nubes se teñían de rosa, el sol se hundía en el oeste y el viento suspiraba, lanzando una nube de polvo calle abajo y haciendo que la desvencijada veleta chirriase. Como no estaba prevista la llegada de ninguna caravana, la ciudad estaba tranquila y en silencio, excepto por las risas lejanas de unos niños, los crujidos de la mecedora de una abuela, que disfrutaba la placidez del día en su porche, y el caballo desconocido que alguien había atado por las bridas a la parte curva de la barandilla.

—Hay algunos días que no están mal... —dijo Shy, mirando la parte trasera del carro, que estaba casi vacía.

—Y otros que están peor —dijo Ro, terminando la frase por ella.

Dentro de la tienda reinaba la calma. Wist dormitaba en un sillón con las botas encima del mostrador. Cuando Shy las apartó de un manotazo, se despertó sobresaltado.

—¿Todo va bien?

—Ha sido un día poco movido —dijo el viejo, frotándose los ojos.

—Como todos los de tu existencia —apostilló Lamb.

—Porque los tuyos son demasiado acelerados. Oh, hay alguien esperándote. Dice que hicisteis negocios juntos.

—¿Esperándome? —preguntó Shy, mientras Ro oía pasos en la trastienda.

—A ti no, a Lamb. ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

El hombre apartó hacia un lado el rollo de cuerda que colgaba del techo y penetró en la zona iluminada. Era grande y alto, pues su cabeza rozaba las traviesas más bajas, y llevaba a la cintura una espada cuya empuñadura de metal gris tenía muescas como la de Lamb. Igual que la de su padre. Una cicatriz enorme le cruzaba la cara, y la fluctuante luz de la vela se reflejaba en uno de sus ojos, como si parpadease. Era un ojo de plata. Brillaba como un espejo.

—Caul Escalofríos —dijo el recién llegado con una voz tranquila, aunque algo chillona, que a Ro le puso los pelos de punta.

—¿A qué tipo de negocios se dedica? —preguntó Shy en voz baja.

Escalofríos miró la mano de Lamb, se fijó en el dedo que le faltaba y respondió:

—Tú sí que conoces el tipo de negocios al que me dedico, ¿no es así?

Lamb asintió, adoptando un aire siniestro.

—¡Si buscas problemas, lo mejor que puedes hacer es subir a tu caballo y largarte! —dijo Shy, graznando casi como un cuervo—. ¿Me has oído, bastardo? Ya hemos tenido demasiados problemas...

Lamb puso una mano en uno de sus antebrazos, precisamente aquel en el que tenía la cicatriz con forma de serpiente, diciendo:

—Todo está bien.

—Estará bien cuando le clave el cuchillo...

—No te entrometas en esto, Shy. Se trata de una antigua deuda que antaño quedó saldada. —Y entonces se dirigió a Escalofríos en norteño—: Haya lo que haya entre tú y yo, nada tiene que ver con estas personas.

Escalofríos miró a Shy y a Ro, y entonces le pareció a Shy que su ojo sano no era más expresivo que el muerto, de metal.

—Nada tiene que ver con ellas. ¿Qué tal si salimos fuera?

Bajaron por la escalerilla que estaba a la entrada de la tienda, pero sin apresurarse, dejando un espacio libre entre ambos y mirándose el uno al otro. Ro, Shy, Pit y Wist salieron tras ellos y se quedaron en el porche, observándolos en silencio.

—¿Así que Lamb? —dijo Escalofríos.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro.

—Oh, no, me parece que no. Tresárboles, Bethod, Whirrun de Bligh y todos los demás nombres que ya han sido olvidados sonaban mucho mejor que ése. Pero los hombres aún entonan tus cantares, ¿por qué será?

—Porque son unos necios —respondió Lamb.

La brisa llegó hasta un cartel que estaba suelto y lo zarandeó, haciéndolo chirriar. Los dos norteños se miraban a la cara, la mano de Lamb caída junto a su costado, acariciando la empuñadura de la espada con el muñón del dedo que le faltaba, y Escalofríos echándose lentamente su chaquetón hacia atrás para tocar la empuñadura de su espada y desenvainarla rápidamente.

—¿Es ésa mi vieja espada? —preguntó Lamb.

—Se la quité a Dow el Negro —respondió Escalofríos, encogiéndose de hombros—. Supongo que todo acaba por volver, ¿eh?

—En efecto. —Lamb estiró el cuello hacia un lado y luego hacia otro—. Todo acaba por volver.

El tiempo parecía haberse detenido. Los niños seguían riendo en algún sitio, y sus risas se juntaban con el eco de los gritos con que los llamaba su madre. La mecedora de la anciana seguía crujiendo en el porche. La veleta chirriaba y chirriaba. Entonces la brisa se hizo más fuerte, levantando el polvo de la calle y haciendo ondear los chaquetones de los dos hombres, a quienes apenas separaban cuatro o cinco pasos llenos de barro.

—¿Qué pasa? —preguntó Ro en voz muy baja, pero nadie contestó.

Escalofríos enseñaba los dientes. Lamb entornaba la mirada. Shy agarraba el hombro de Ro con tanta fuerza que le dolía el brazo, mientras la sangre se agolpaba en sus sienes y apenas podía respirar, y la mecedora seguía haciendo aquel crujido

tan desagradable, la veleta seguía chirriando y un perro ladraba por algún sitio.

—¿A qué esperas? —dijo Lamb, refunfuñando.

Escalofríos echó la cabeza hacia atrás, enfocando sobre Ro su ojo bueno. Posándose en ella durante un buen rato. Y Ro apretó los puños, apretó los dientes, y se dio cuenta de que quería que acabase con Lamb. Lo deseaba con todo su ser. Entonces el viento tocó sus cabellos y los desordenó, cubriéndole la cara con ellos.

Crujido. Chirrido. Ladrido.

—Será mejor que me vaya —dijo Escalofríos, encogiéndose de hombros.

—¿Eh?

—Me aguarda un largo viaje. Les diré que ese bastardo de nueve dedos ha regresado al barro. ¿No le parece, maese Lamb?

Lamb cerró la mano izquierda para ocultar el muñón de su dedo, tragó saliva y respondió:

—Sí, hace mucho tiempo que murió.

—Creo que es lo mejor, porque ¿a quién le gustaría tropezarse con él? —Y entonces fue a donde seguía su caballo y montó en él—. Me gustaría decirle: «Hasta la próxima», pero... creo que no se lo diré.

Lamb, vigilante, no se movió.

—No.

—Algunas personas no nacieron para hacer el bien —Escalofríos respiró hondo y sonrió. Algo inusual en aquel rostro destrozado—. De todas formas, uno se siente bien haciéndolo. Dejémoslo así. —Y, dando media vuelta a su caballo, comenzó a salir de la ciudad, dirigiéndose hacia el este.

Todos permanecieron inmóviles durante un largo rato, sintiendo el viento, escuchando los crujidos de la mecedora, viendo que el sol se hundía en el horizonte. Y entonces Wist lanzó un suspiro que le hizo estremecerse y dijo:

—¡Por todos los diablos, he estado a punto de hacérmelo encima!

Era como si pudieran volver a respirar. Shy y Pit se abrazaron con fuerza, pero Ro no sonreía. Miraba a Lamb, que tampoco sonreía. El norteño observó, preocupado, la nube de polvo que levantaba el caballo de Escalofríos y volvió a la tienda, subiendo por la escalerilla y desapareciendo en su interior sin decir ni una palabra. Shy fue tras él. Lamb recogía varias cosas de las estanterías como si tuviese mucha prisa. Carne seca, comida, agua y un saco de dormir. Todo lo necesario para emprender un viaje.

—Lamb, ¿qué estás haciendo? —preguntó Shy.

Levantó la mirada durante un instante, sintiéndose culpable, y siguió cogiendo los suministros.

—Siempre intenté hacer las cosas lo mejor que podía, para beneficiaros —explicó—. Se lo prometí a tu madre. En este momento, lo mejor que puedo hacer es irme.

—¿Adónde?

—Lo ignoro. —Se detuvo un momento para mirar el muñón de su dedo corazón—. Alguien acabará por llegar. Antes o después. Hay que ser realistas. Con todas las cosas que he hecho, es imposible seguir sonriendo como si nada. Los problemas siempre me perseguirán. Así que lo mejor que puedo hacer es llevármelos conmigo.

—No nos harás creer que lo haces por nosotros —dijo Shy.

—Un hombre tiene que ser lo que es. —Lamb hizo una mueca de dolor—. Despídeme de Temple. Creo que te irá bien con él.

Recogió lo que había sacado de los estantes, que no era gran cosa, y salió a la calle, metiéndolo en las alforjas y disponiéndose a partir.

—No lo comprendo —dijo Pit, con la cara arrasada por las lágrimas.

—Lo sé. —Lamb se arrodilló a su lado. Le pareció a Shy que las lágrimas se insinuaban en los ojos de Lamb—. Y lo siento. Lo siento por todo. —Se inclinó y abrazó a los tres de manera desmañada.

»Bien saben los muertos que he cometido muchos errores —añadió—. Supongo que cualquier persona puede hacer lo correcto a lo largo de su vida si

toma las decisiones correctas que yo nunca tomé. Pero sabed que nunca me arrepentí de todo lo que hice por vosotros. Y no lamento haberos reunido de nuevo a los tres. Costara lo que costase.

—Te necesitamos —dijo Shy.

—No, no me necesitáis —replicó Lamb, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. Aunque no esté orgulloso de muchas cosas, sí que estoy orgulloso de vosotros. —Y entonces se volvió y, secándose las lágrimas, montó en su caballo.

—Siempre dije que eras una especie de cobarde —dijo Shy.

Él se la quedó mirando durante un momento y asintió, diciendo:

—Nunca lo negué.

Entonces respiró profundamente y, poniendo su caballo al trote, se dirigió hacia el crepúsculo. Ro siguió en el porche, con la mano de Pit en una de las suyas y la de Shy sobre su hombro, mirándolo.

Hasta que desapareció de su vista.

AGRADECIMIENTOS

COMO siempre, a cuatro personas sin las cuales esta novela no habría visto la luz:

Ben Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos al pasar sus páginas.

Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y, también, mi agradecimiento más cordial

A toda la gente tan encantadora como inteligente de mi editorial británica, Gollancz, y de su pariente Orion; sobre todo Simon Spanton, Jon Weir, Jen McMenemy, Mark Stay y Jon Wood. Y, cómo no, a todos los que han contribuido a hacer, publicar, publicitar, traducir y, sobre todo, *vender* mis libros, en cualquier parte del mundo en que se encuentren.

A los artistas responsables, del modo que sea, de hacerme parecer elegante: Didier Graffet, Dave Senior y Laura Brett.

A los editores del otro lado del charco: Devi Pillai y Lou Anders.

A quien mantuvo al lobo al otro lado de la puerta, donde debía estar: Robert Kirby.

A todos los escritores cuyos caminos se cruzaron con el mío, ya fuese en Internet, en el bar o, en algunos casos, en el tablero de D&D, y que se pusieron a tiro, ofreciéndome ayuda y risas, junto con un montón de ideas que valía la pena robarles. Ellos ya saben a quiénes me refiero.

Y finalmente, aunque hubiera debido decir primeramente:

A mi cómplice en los crímenes perpetrados contra el género *fantasy*, Gillian Redfearn, porque, digo yo, a Butch Cassidy no lo asesinaron de manera gloriosa

cuando iba solo ¿a que no?

Título original: *Red Country*

notes

Notas a pie de página

[1]*Wist* significa «melancolía» en inglés. [N. del T.]

[2]*Lamb* significa «cordero» en inglés. [N. del T.]

[3]*Shy* significa «tímida» en inglés. [N. del T.]

[4] El juego de palabras se pierde en la traducción, porque el término *bloody* posee las dos acepciones de «puñetero» y «sangriento». A las palabras del aristócrata: *You are a bloody hero* («Usted es un puñetero héroe»), el norteño responde: *I'm bloody, all right* («Dejémoslo en sangriento»). [N. del T.]

[5] Como el autor menciona el «Alcalde» (the Mayor) y no a la «Alcaldesa» (the Mayoress), Lamb y Shy se sienten confusos porque esperaban encontrarse ante un varón. Éste es el motivo de que el presente traductor haya intentado seguirle el juego hasta ahora. [N. del T.]

[6] De aquí el nombre de la ciudad, *Crease*, «Arruga» en español. [N. del T.]

[7] Algo así como «Culoaullador» (*arse*: «culo»; *howl*: «aullido»). Que también, «gilipollas» («ojo del culo»). [N. del T.]

[8] Para darle a Cosca un aire decadente y refinado, el autor emplea aquí la palabra de origen francés *ennui*, que hemos traducido al español como «aburrimiento». [N. del T.]

[9]*Ese jodido de Pollacomo Melacasca*: una de las traducciones posibles, todas ellas a cuál más disparatada y vulgar, del original en inglés *Prickcomo fucking Cocksca*, creado a partir del nombre original del mercenario, *Nicomo Cosca*. [N. del T.]

[10] Traducción directa del original *take a page out of his book*, que se podría traducir castizamente como: «quemadle un nuevo tatuaje». [N. del T.]

Table of Contents